

DE LA AUTORA BEST SELLER DE "UN GIN TONIC, POR FAVOR"

ESTRELLA CORREA

Nerea
y las



Estrellas



2018 © ESTRELLA CORREA

2018 © de la presente edición en castellano para todo el mundo: Group
Edition World

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Junio 2018

Isbn digital: 978-84-17228-67-5

Diseño portada: Group edition world/ Ediciones K

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ESTRELLA CORREA

Nereia
y las
Estrellas

SINOPSIS

Nerea tiene una empresa de éxito, un marido que la quiere y una vida perfecta.

Nerea quiere volver a ser feliz, y cree que, si tiene paciencia y lucha, todo volverá a

ser como antes; pero no espera que su alrededor cambie tan rápido. Nada es como

ella pensaba y sus sentimientos se transforman en algo que desconocía.

Nerea tiene miedo, sin embargo, elige vivir.

¿Y tú? ¿Serías capaz de saltar al vacío sin paracaídas y sin red?

ÍNDICE

- CAPÍTULO 1: DIGNIDAD, DIVINO TESORO
- CAPÍTULO 2: VIVE Y NO TE ATRAGANTES
- CAPÍTULO 3: VIDA NUEVA, SOFÁ NUEVO
- CAPÍTULO 4: LO QUE CREES, Y LO QUE ES
- CAPÍTULO 5: EL MAROMO Y UNA CANCIÓN BONITA
- CAPÍTULO 6: MIS OJOS, LOS TUYOS Y LOS DE ÉL
- CAPÍTULO 7: UN TROPIEZO, UNA GUITARRA Y TÚ
- CAPÍTULO 8: UN PISO, TRES MALETAS Y *FOLLOW ME* DE MUSE
- CAPÍTULO 9: GRACIAS Y ADIÓS
- CAPÍTULO 10: AQUEL CIGARRO ALIÑADO
- CAPÍTULO 11: UNA FANTASÍA ERÓTICA Y UNA REALIDAD MEJORADA
- CAPÍTULO 12: LISTA DE LA COMPRA: VIBRADOR, BRAGA COMESTIBLE Y OSO DE PELUCHE
- CAPÍTULO 13: BAILA CONMIGO Y OLVÍDATE DEL MUNDO
- CAPÍTULO 14: FIESTA DE IDA, RESACÓN DE VUELTA
- CAPÍTULO 15: LO QUE PLANEAS Y LO QUE SUCEDE
- CAPÍTULO 16: FIN DE AÑO DE DÍA: RARO
- CAPÍTULO 17: FIN DE AÑO DE NOCHE: MÁS RARO
- CAPÍTULO 18: PÓRTATE MAL. TOTAL, NOS VAMOS A MORIR IGUAL
- CAPÍTULO 19: LA PRIMERA VEZ DE TODO
- CAPÍTULO 20: DOS MANOS Y UN REGALO
- CAPÍTULO 21: HAY MALAS IDEAS Y DESPUÉS ESTÁ ESTA
- CAPÍTULO 22: UN LO SIENTO Y MUCHA MÚSICA EN DIRECTO
- CAPÍTULO 23: TACHADO DE LA LISTA DE COSAS PENDIENTES
- CAPÍTULO 24: PÓNTELO, PÓNSELO
- CAPÍTULO 25: *WONDERWALL* DE OASIS
- CAPÍTULO 26: PILLADA. O NO
- CAPÍTULO 27: TÚ UN NOVIO, YO UN AMIGO
- CAPÍTULO 28: LO MEJOR DE TODO
- CAPÍTULO 29: BIEN POR TI, NEREA
- CAPÍTULO 30: LO QUE QUIERO DE LA VIDA Y LO QUE CREÍA QUE

QUERÍA

CAPÍTULO 31: DE VUELTA A LOS DIECISÉIS

CAPÍTULO 32: UNA BOFETADA DE REALIDAD

CAPÍTULO 33: EL OLOR A CAFÉ Y OTRAS COSAS BONITAS

CAPÍTULO 34: ESA EXTRAÑA SENSACIÓN

CAPÍTULO 35: ESO DEL AMOR

CAPÍTULO 36: MIS MAÑANAS PREFERIDAS

CAPÍTULO 37: NO PUEDES HACERLO Y PUNTO

CAPÍTULO 38: CONOCERME

CAPÍTULO 39: UN LUGAR ESPECIAL

CAPÍTULO 40: TU AMIGA Y, AHORA, LA MÍA

CAPÍTULO 41: UNA COSA ES PRETENDER; OTRA, QUERER

CAPÍTULO 42: SOLO LOS LOCOS SOBREVIVEN

CAPÍTULO 43: *HALLELUJAH* DE LEONARD COHEN

CAPÍTULO 44: TUS LABIOS ROZANDO LOS MÍOS

EPÍLOGO

*Al AMOR. A los grandes, a los pequeños, a los
últimos, a los primeros. A los fugaces,
a los eternos... A todos los que, de alguna manera,
dejan huella.*

A mi niña, Ariadna, mi sol, la luz que guía mis días.

DIGNIDAD, DIVINO TESORO

Salgo de casa con lo puesto. Sin móvil, sin bolso, sin cartera y sin abrigo, pero con dignidad, la recojo del suelo del rellano justo antes de cerrar la última maldita puerta con todas mis fuerzas. A mediados de octubre, en Madrid, ya se nota el frío, sin embargo, yo no siento nada, sólo un pequeño hormigueo en los dedos de las manos y de los pies. Eso es lo único que me hace sentir que sigo viva. Miro al cielo y la lluvia comienza a mojarme la cara, las gotas se mezclan con mis lágrimas mientras me debato entre volver y rogarle de rodillas que hablemos, o salir corriendo de allí sin mirar atrás. Opto por lo segundo, y no porque esté segura de ello, sino porque no me queda otra opción. Algo me empuja lejos, muy lejos, algo que no sé reconocer. El destino, tal vez. Camino calle abajo sin saber muy bien dónde ir. No llevo dinero y el frío me cala hasta los huesos. Se me pasa por la mente refugiarme en la casa que durante tantos años fue mi hogar, pero no me apetece escuchar uno de los sermones de mi madre. Ya me la imagino llamándome loca descerebrada, que actuar por impulsos siempre me ha supuesto un problema y que no pienso las cosas. No, no las pienso y por eso me encuentro en esta desafortunada situación. Cruzo la calle sin mirar a los lados y me gano el gruñido de varios conductores que me echan de la calzada tocando el claxon, enfadados. Consigo llegar al otro lado sana y salva, al menos, mi cuerpo intacto lo hace, mi corazón... es otra historia. La gente me mira entre asustada y horrorizada. Sin duda, ven a una loca que corre sin rumbo, empapada, llorando, sin paraguas bajo un aguacero y con una fina camisa blanca que se transparenta dejando al descubierto hasta mi alma.

No recuerdo muy bien cómo llego a casa de Carol. Llamo al portero y, entre hipos y sollozos, le pido que abra, pero se lo piensa dos veces; ni yo misma me reconozco la voz, rasgada por el dolor. Subo en el ascensor, dejando un charco en el suelo y tiritando, hasta el cuarto piso. Abre la puerta y no pregunta qué ha pasado. Sólo me abraza, me mete dentro y me lleva al cuarto de baño a ayudarme a entrar en calor. Me desnuda en silencio, por el momento, ninguna de las dos tiene necesidad de decir nada, me deja bajo el

chorro de agua caliente y me frota. Ella sabe muy bien lo que ha ocurrido. Por lo visto, mi matrimonio es la crónica de una muerte anunciada desde hace mucho tiempo. Todos se han dado cuenta menos yo, que no he querido hacerlo. Benditas vendas de ojos que no sirven para nada. Llevo meses negándome a mí misma que algo no va bien, siempre encuentro la excusa perfecta. «Sebastian trabaja mucho», «Sólo quiere lo mejor para los dos», «No puedo culparlo por querer crecer profesionalmente», me he dicho durante más tiempo del que me gustaría reconocer. Él siempre dice que lo hace para darnos la vida que merecemos, pero yo no llego a entenderlo del todo. De nada me sirve el dinero si no lo podemos disfrutar. Llevamos varios años sin hacer nada juntos. La última vez que viajamos solos, fue hace tres veranos, a la Rivera Maya. Lo sé, un destino muy recurrente para los europeos, Sebas nunca ha sido muy original. Desde entonces casi hacemos vidas separadas. Dormimos juntos, y, cuando digo dormir, quiero decir quedarnos en estado de reposo que consiste en la inacción o suspensión de los sentidos y de todo movimiento voluntario, (no lo digo yo, lo dice la RAE). Tampoco recuerdo muy bien la última vez que hicimos el amor. Un mete saca de vez en cuando para desfogarnos y casi nunca espera a que yo termine. Ni follar se puede llamar a lo que hacemos. Sin embargo, yo no lo he visto venir. Si fuera de otra forma, lo diría. Jamás hubiera imaginado lo que podía ocurrir.

Carol me saca de la bañera, me envuelve con una toalla que ha calentado previamente en el calefactor y me besa en la mejilla.

—¿Puedes vestirme sola? —me pregunta como a una niña pequeña. Asiento con la cabeza mientras los labios me tiemblan—. Voy a preparar a los niños y Andrés se los llevará a dar un paseo —acaricia mi cabello con delicadeza.

Sale del baño y me deja sola. Más sola de lo que me siento en estos momentos. Si es posible. Y eso que llevo así mucho tiempo, de esto me doy cuenta después. Sebastian y yo hace siglos que casi ni hablamos. Nos acostumbramos a estar acompañados, pero en soledad, nos refugiamos o nos excusamos con la cantidad excesiva de trabajo que ambos tenemos y dejó de parecernos raro que camináramos por la casa como si el otro no estuviera allí. Él empezó a viajar cada vez más y dejó de pasar muchas noches en casa.

Me siento en el inodoro y comienzo a llorar de nuevo. Tapo mi cara con las manos y me llamo, una y otra vez: «tonta de remate». A veces no veo las cosas venir ni aunque las tenga delante con un cartel de luces de neón

anunciando su llegada. Me pasa de vez en cuando. «Nerea, despierta. Vives en las estrellas», me ha dicho siempre mi madre. Y lleva razón. No me explico la media de sobresaliente de mi expediente académico. Todos dijeron que me comería el mundo y no me ha ido del todo mal, tengo una de las mejores empresas de preparación de eventos de toda la ciudad, pero nunca he creído que me pasaría esto a mí. Es como esas cosas que escuchas que le ocurre a la gente, a una prima de una amiga de una amiga. No obstante, yo me casé para toda la vida. Veo a mis padres y quiero ser como ellos. Envejecer al lado de la persona que amas tiene que ser maravilloso y yo he amado locamente a Sebastian, (o amo, no lo sé). No puedo dejar de quererlo de la noche a la mañana. Ayer nos acostamos juntos, me abracé al hombre de mi vida y me dije que la mala racha pasaría, como muchas otras. Todas las parejas pasan por esto alguna vez, no nos hace especiales atravesar un mal momento en nuestra relación. Llevamos juntos diez años, no parece raro que, en un transcurso de tiempo tan largo, nos encontremos con problemas. Ya los hemos tenido antes y siempre los hemos superado.

Carol vuelve al cuarto de baño, en el que me ahogo, unos minutos después. Yo sigo sin vestir, pero ella no hace alusión a mi desgana, solo se agacha, me agarra de las manos y me levanta. Me pone las mallas negras y la sudadera que ha dejado doblada sobre el lavabo antes de marcharse y salimos al salón. Como siempre, repleto de juguetes. Tropiezo con un Capitán América y un Hulk de quince centímetros antes de llegar al sofá y conseguir sentarme. Espero a que traiga un par de tazas de café y admiro la inmensidad de la estancia. Un enorme salón de un gran piso situado en el barrio de Los Jerónimos, un lugar tranquilo, cerca del Retiro, rodeado de parques y zonas verdes para los niños, comprado después de reflexionar sobre el futuro. Su marido, Andrés, abogado de profesión, pronto la embelesó para tener dos niños, Raúl y Manel, de cuatro y dos años de edad. Carol, como experta pediatra, siempre ha sabido los problemas que dos bebés les acarrearían, pero desde el principio tuvo claro que los quería tener y pronto se pusieron a ello.

Yo vivo en Sol, en un piso céntrico totalmente reformado. Enorme, demasiado grande para nosotros dos, pero de eso tampoco me he dado cuenta hasta ahora. No hemos tenido hijos, en alguna ocasión hablamos de ello, pero a Sebastian le entra urticaria y a mí los siete males (todos a la vez), así que siempre lo hemos aplazado justo hasta disponer de suficiente tiempo para la tarea de criar un bebé (tiempo y ganas, no nos vamos a engañar).

Así que aquí estoy yo, llorando como una magdalena, sobre el sofá del

sofisticado pero desordenado salón de una de mis mejores amigas a mis treinta y cuatro años sin saber qué hacer, por dónde tirar ni lo que va a ser de mi vida a partir de hoy.

—Ro llegará enseguida —me da el café humeante y agarro la taza temblando. Doy un sorbo y el líquido caldea mi cuerpo por dentro.

Rocío es mi otra mejor amiga, una andaluza un poco brusca que conocimos hace ya siete años en un curso de cocina. Carol y yo decidimos que sería buena idea aprender a cocinar y lo fue, a la par que divertido y práctico. Hasta ese momento lo único que sabíamos hacer era utilizar la freidora. La de fiambreras que descongelamos mientras estudiábamos en la universidad. Nos costó mucho trabajo sacar tiempo para asistir a esas clases, mi empresa empezaba a despegar y Carol ya pasaba más de doce horas diarias en el hospital, sin embargo, merecieron la pena. Rocío, actriz de profesión, nos cayó bien desde el primer día. Acababa de llegar a Madrid para estudiar un Máster de Teatro y Artes Escénicas y congeniamos en seguida. Nos hicimos inseparables. Dos años después conoció a Carlo, un chef italiano dueño del restaurante más famoso de toda la ciudad, Temaka, y, desde entontes, están juntos. Nunca se han casado «porque no se van a dejar llevar por lo que dicta una sociedad idiotizada y emborregada», pero se tratan como marido y mujer y eso es lo importante. Tienen sus propias normas y tiempos muertos, sin embargo, son una pareja feliz y se complementan a la perfección.

—¿Estás mejor?

Me encojo de hombros y cierro los ojos. No soy capaz de sumar dos más dos. No, no estoy mejor y no sé si algún día lo estaré. Decir que el futuro lo veo negro es un eufemismo en toda regla. No lo veo. Todo lo he imaginado a su lado. Con él. De dos en dos. Sebastian y yo. Así ha sido siempre y así tendría que ser.

Suena el timbre y Carol va a abrir. La escucho hablar desde donde me encuentro.

—¿Cómo está? —pregunta Rocío.

—No muy bien —contesta ella.

Tras una breve conversación de la que no he podido descifrar la mayor parte porque solo susurran, las veo aparecer en el salón y Ro viene a darme un abrazo que dura más de un minuto. Carol desaparece tras la puerta de la cocina y vuelve con una taza de té para nuestra amiga. Se la ofrece cuando me suelta y ella la coge con brío.

—Ni siquiera os he contado lo que ha pasado —suspiro.

—Te conocemos muy bien —dice Carol con condescendencia.

—Y lo llevamos esperando mucho tiempo —ataja Rocío. Ella siempre sincera y directa.

Agacho la cabeza y me toco la frente en un gesto inconsciente para taparme la cara. Me siento avergonzada y muy enfadada conmigo misma ¿Cómo es posible que todo el mundo haya visto que mi matrimonio murió hace mucho y yo no? No nos ha ido tan mal, ha habido días en los que he visto gestos en Sebastian que me hacen creer que todavía me ama. Me abraza alguna vez, me dice «te quiero» cuando me besa, me hace regalos de vez en cuando.

—Soy imbécil —musito para mí, pero mis amigas me oyen.

—No lo eres, solo estabas enamorada. El amor te ha estado cegando y no te ha dejado ver nada —contesta Carol.

—¿Tan evidente era? —levanto la cara y le miro a los ojos.

Carol se sienta a mi lado, me coge la mano y la aprieta.

—Tu matrimonio no funciona desde hace mucho. Casi hacéis vidas separadas. Solo era cuestión de tiempo.

—Yo... lo quiero —una lágrima rueda por mi mejilla.

—Tú no lo quieres. Solo estás acostumbrada a él. Es cómodo tener a alguien a tu lado los domingos por la tarde.

—Sebastian ya ni pasaba los fines de semana en casa.

—Mejor me lo pones —suena el teléfono fijo y Carol se levanta—. Tengo que cogerlo, pueden ser Andrés y los niños —descuelga y se pierde hablando por el pasillo que va a las habitaciones.

¿A eso ha quedado reducido mi matrimonio? ¿En eso se ha basado más tiempo que menos? ¿En comodidad? Me estremezco.

No. Yo lo quiero.

Miro a Ro y me asusto. No sé si deseo escucharla hablar porque no mide el daño que pueden causar sus palabras y yo en estos momentos no estoy segura de poder soportar su cruel sinceridad.

—No has dicho gran cosa —me atrevo.

—Sebastian nunca me ha caído muy bien. Ya lo sabes. Tú te mereces mucho más. Un hombre que pelee cada día por ti, que bese el suelo que pisas y que te folle como si fuera a terminar el mundo mañana. El picha floja ese se puede ir al carajo y ojalá lo funda la lava de un volcán. Lo siento, pero me alegro de que esto haya ocurrido. Crees que es lo mejor que has tenido

porque es lo *único* —enfatisa esto último— que has tenido. Cuando conozcas lo que te estás perdiendo, cambiarás de opinión. Hay todo un mundo ahí fuera, experiencias y hombres maravillosos que matarían por ti, pero que aún no lo saben. A mí tampoco me engañas, tú hace mucho que dejaste de quererlo, lo que tienes es pánico a estar sola. Y, en mi opinión, es lo que necesitas. Me alegro que hayas dejado a ese cabrón.

—Yo diría que me ha dejado él —un dolor agudo me cruza el pecho mientras lo digo.

—Lo habéis dejado los dos. Conozco a tu marido. Es un cobarde, no se habría atrevido a hacerlo si tú no se lo hubieras puesto en bandeja. —Me mira fijamente con sus ojos marrones y se retira la melena castaña de la cara. Qué sabia ha sido siempre Ro. Lleva razón. Sebastian y yo nos levantamos ese domingo como otro fin de semana más, dispuestos a no hacer nada. Yo suelo pasar el día leyendo y él en el despacho de casa ensimismado en millones de documentos absurdos que no dicen nada. Así transcurre el día libre que permanecemos en casa, muy pocos por cierto. Empezamos a discutir por la temperatura de la calefacción y una cosa lleva a otra y a otra. Que si no hay quien te aguante, que si eres insoportable, no eres la persona de la que me enamoré, no te conozco, yo a ti tampoco, no sé qué hacemos juntos, eso mismo me pregunto yo... y bla bla bla.

—Pero yo lo quiero... nunca pensé que terminaríamos así.

—Así, ¿cómo, cada uno por su lado? No hay otra forma de terminar.

De nuevo lleva razón. Cortar por lo sano es lo mejor. Darle más vueltas a lo mismo no me va a llevar a ningún sitio nuevo. Pero se me hace difícil aceptar que algo tan bonito y duradero haya terminado. Llevamos diez años juntos, la tercera parte de mi vida la he pasado junto a él. Y todo no ha sido malo, al contrario. Los primeros años de nuestra relación fueron maravillosos. Dicen que el enamoramiento (las mariposas en el estómago) solo dura tres meses, yo puedo asegurar que a nosotros nos ha durado muchos más. Nuestra boda fue de ensueño. Por lo civil en el patio de un lujoso hotel. Rodeados de nuestras familias, amigos y un millón de rosas rojas y luces pequeñas que le daban al lugar un halo de romanticismo que a cualquiera pone los pelos de punta y te invita a soñar. Yo lo hice. Soñé con una vida llena de dicha a su lado. Con varios niños correteando por nuestro salón, sonrisas de comprensión y mucho sexo pervertido sobre cualquier superficie. Entre nosotros siempre ha existido una conexión especial. Lo conocí en la biblioteca de nuestra facultad, los dos estudiamos un Master en Dirección de

Empresas y pasamos horas en ese lugar. Estuvimos mirándonos y sonriéndonos entre pupitres y apuntes durante más de dos semanas. Uno de esos días me dijo que si salía con él me invitaría a un café y así fue. Salí, nos bebimos un café solo cada uno y hasta el día de hoy. Día en que toda la vida que hemos construido juntos ha desaparecido en compañía de las ilusiones y proyectos que yo aún recuerdo en mi mente.

—Me parece increíble —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque podrías cambiar el mundo si te lo propusieses —Así me ha visto siempre Sebastian. ¿Qué ha cambiado tanto para que la última vez que me ha mirado lo haya hecho con pena y asco?

—Lo sé, pero no es fácil, son muchos años...

—No te digo que vaya a ser un camino de rosas, pero dentro de unos meses lo superarás y tu vida habrá cambiado para mejor.

¿Cuántos meses? ¿Cuánto tiempo necesitaré para pasar página, olvidar al único hombre del que me he enamorado y volver a ser feliz? No estoy muy segura siquiera de poder lograrlo, pensar en el tiempo que tardaré en conseguirlo es decir demasiado.

—Tengo un amigo psicólogo que puede ayudarte. Podría hablar con él...

—No necesito un loquero —contesto a la defensiva. No estoy enfadada, pero controlo a duras penas mis nervios y, que insinúe que contarle a alguien mis penas solucionará mis problemas, me encabrona bastante. Yo lo que necesito es a Sebas a mi lado. Dándome un beso y diciéndome que todo va a salir bien. Estoy tan acostumbrada a él, a su apoyo y al tono de su voz, que solo con escucharlo me ha tranquilizado siempre. Me cruza por la mente llamarlo y suplicarle que nos demos otra oportunidad.

—Ir a un psicólogo no significa que estés loca. No te digo que vayas mañana. Solo piénsatelo y, si lo necesitas, me lo dices.

—De acuerdo —murmuro, mientras le doy otro sorbo a mi taza de café.

—Andrés comerá con los niños en casa de sus padres. No volverá hasta la hora de merendar —nos informa Carol mientras se acerca a nosotras y se sienta a mi lado.

—¿Vas a contarnos qué ha ocurrido?

Buena pregunta. Ni yo misma tengo claro cómo hemos llegado a esto tras una breve discusión sobre la calefacción de nuestra casa. Les explico por encima la pelea y que no entiendo la razón por la que hemos terminado gritándonos que queríamos el divorcio.

—Él sale perdiendo, no va a encontrar a otra como tú —Carol me mira comprensiva.

—Desde luego, nadie lo va a aguantar tanto tiempo —sentencia Ro desde el otro lado del sofá.

¿Eso es lo que yo he estado haciendo los últimos dos años? ¿Aguantar? Trabajo-casa, casa-trabajo. Es lo que he hecho. Nada de conversaciones banales sobre la cama, nada de besos apasionados, nada de miradas cómplices. Hemos estado compartiendo piso y pagando facturas a medias. Eso es lo que Sebastian y yo hemos hecho últimamente.

—¿Es definitivo? —pregunta Carol.

—Supongo que sí... él parece tenerlo muy claro.

—Seguro que tiene a otra.

Esto último, escuchado de la boca de Ro, me cae como un jarro de agua fría. No lo he pensado hasta ahora. No lo creo capaz. No me lo imagino escondiéndome algo así, lo veo soso hasta para eso. Si no tiene fuerzas ni ganas de acostarse conmigo todos los días, ¿la va a tener para acostarse con otra? ¿O tal vez esa es la razón por la que ya no lo hacía conmigo tan a menudo? ¿Porque se folla a otra que lo deja bien servido? Sebastian nunca ha sido muy fogoso. No es de esos hombres que no pueden pasar tres días sin meterla en caliente. Sabe follar (o eso he pensado siempre), pero no le hace falta hacerlo cada veinticuatro horas.

—No digas eso —le reprocha la otra—. No sabemos qué ha pasado. Lo vuestro no iba bien desde hacía mucho. El desgaste y la monotonía termina con todo.

—Estoy muy enfadada. No entiendo por qué me ha dejado ir de casa sin luchar. Creí que él también me quería —pensé en voz alta.

—Nunca ha luchado por ti, no entiendo por qué tendría que hacerlo ahora —Ro vuelve a clavarme una estaca en el corazón con su comentario—. No me mires así —le dice a Carol, ante la mirada de reproche de ésta—, llevo razón —se centra ahora en mí—. Siempre has sido demasiado buena con él, nunca ha tenido que pelear por nada. Se lo has puesto todo en bandeja, le has hecho la vida muy fácil, eso es así.

Y vuelve a llevar razón. Durante los diez años que ha durado nuestra relación, yo siempre he estado pendiente de él. De su comodidad, que no le falte nada, pero en todo momento lo he sentido recíproco, al menos al principio. El final de nuestra historia, ni ha sido historia ni nuestra. Ha sido de él y de mí. Cada vez más separados por el abismo que se ha abierto entre

nosotros.

—Mira el lado bueno, no tenéis hijos. No tendrás que volver a tener nada que ver con él.

Y eso me duele mucho más. Quiero seguir formando parte de su vida. Él ha sido la mía. ¿Cómo voy a sacarlo de ella así, por las buenas? Si Sebas ha sido el eje que lo ha sostenido todo. Mi otro yo. Mi otra mitad. El estabilizador de desastres. La solución a casi todos mis problemas.

—Siento disentir, pero no estoy de acuerdo. Creo que si me separara, mis hijos me ayudarían a superarlo. No sois madres y no me entenderéis... cuando tienes un hijo... no vuelves a sentirte sola. No te da tiempo.

Sé que Carol dice eso porque lo siente, sin embargo, solo sirve para hundirme un poco más. En realidad nada de lo que diga me podrá ayudar en estos momentos. Nosotros no hemos tenido hijos. No ha estado entre mis prioridades y, aunque el futuro no me lo imagino sin niños correteando por la casa, siempre los he aplazado. Mi marido nunca me ha presionado sobre el tema.

Ro le da una patada por debajo de la mesa y la otra se queja. Sus intenciones son buenas, solo pretenden ayudarme a soportar lo que me está pasando y a superarlo cuanto antes. Sin embargo, yo sé que no será fácil olvidarme de todo y comenzar de nuevo.

—¿Qué vais a hacer con la casa?

¿Qué? Levanto la cabeza y la miro. No he pensado en eso todavía. Hace tres horas me encontraba “felizmente” casada y ahora... no. Porque aunque legalmente sigo siendo la mujer de Sebastian Brown, está claro que ya no lo soy. Un papel no convierte a nadie en tu marido, si él no quiere serlo, no lo es. Lo demás, burocracia que arreglar y en la que gastarte mucho dinero. Y esa certeza me da mucho vértigo. Me tiro de espaldas y cierro los ojos. Veo a mis amigas discutir entre susurros echándose las culpas una a la otra sobre no saber manejar la situación.

—¿Qué voy a hacer ahora? —pregunto, perdida.

—Vivir —responden las dos al unísono y sin ningún tipo de dudas.

Dudas... al menos mis amigas no las tienen. Yo floto a la deriva en un inmenso océano de ellas.

VIVE Y NO TE ATRAGANTES

Carol y Rocío tratan de convencerme, con toda clase de argumentos, que quedarme con una de ellas es lo mejor. Cuidarán de mí y de mi maltrecho corazón el tiempo que haga falta, pero yo no estoy segura de ello. No quiero incordiar y, aunque sé que la decisión de mudarme durante unos días con cualquiera de ellas, no implicará fastidiarles la vida, no lo veo claro. Pasear mi careto delante de sus maridos hasta que me recupere, no me apetece en absoluto. Los considero mis amigos, pero de ahí a desnudarme (y no hablo físicamente) delante de ellos, existe un abismo difícil de salvar. Bastante me pesa el hecho de tener que aguantarme a mí misma, no quiero que nadie cargue con la piltrafa de ser humano en el que me he convertido. Así que, por la tarde, para qué alargarlo más, me dirijo al único sitio en el que me siento segura y querida sin crearme un estorbo ni criticada.

Ro me deja en la puerta del edificio de mi hermana pasadas las siete de la tarde. Le he mandado un mensaje desde el teléfono de Carol hace dos horas para avisarle de mi visita, en el que solo especificaba que tenía que hablar con ella de algo importante. Cristina vive en un mini apartamento de una habitación y media en Chueca (a la segunda no se le puede llamar dormitorio, más bien «caja grande con cama de ochenta centímetros sin almohada ni colcha ni nada de nada»), salón-cocina y un baño en el que dos personas no entran a la vez. Treinta metros cuadrados, no creo que sea mucho más grande. Sin embargo, siempre me ha encantado pasar las tardes de domingo con ella, viendo películas de ciencia ficción y comiendo palomitas hasta ahogarnos. Dispone de pocos muebles, los necesarios para convertir el apartamento en un lugar habitable. La acompañé a comprarlos a Ikea, hace dos años, justo un mes después de que decidiera independizarse, o como ella dijo a nuestros padres con voz solemne: «abandonar el nido y volar sola». Mi pequeña hermana, para muchas cosas, mucho más mayor que yo. Ni los ocho años que nos separan han podido impedir que pronto nos convirtiéramos en las mejores amigas.

Como siempre, me encuentro la puerta de madera del portal de dos hojas, envejecida por las inclemencias del tiempo, abierta de par en par. Juraría que

nunca ha llegado a tener cerradura. Ese detalle disgustó tanto a mi madre (dramática de nacimiento) cuando la alquiló, que mi padre tuvo que abanicarle para evitar un síncope in situ. ¿A dónde se había mudado su pequeña y desvalida hija? Casi la sacan a rastras de allí, clamando al cielo que la descerebrada de la familia siempre había sido yo. Aún me agradece que la ayudara a convencerlos de que ese piso era tan bueno como otro cualquiera (otro que tuviera la puerta del portal arreglada. Allí la seguridad brilla por su ausencia).

Subo las escaleras hasta el segundo piso como si portara hierro forjado dentro de los calcetines. Llevo el pelo rubio a la altura de los hombros, tan revuelto que, si me preguntan de dónde vengo y contesto que de tirarme en paracaídas, cuela sin más explicación. Los ojos hinchados y rojos de llorar avalarían mi historia, así como la ropa deportiva y cómoda que esta tarde no tengo más remedio que utilizar. Le agradezco a Carol el gesto, pero ella es mucho más grande que yo, y esta ropa ha vivido tiempos mejores.

Casi he llegado a mi destino cuando tropiezo con un fuerte torso, pero no uno cualquiera, no. En ese pueden partirse nueces como si fueran de plastilina, con ese torso se puede soñar repetidamente y gozar de orgasmos de película. En un segundo su olor penetra mis poros y caigo de rodillas al suelo. Menudo golpe y lo bien que huele el jodido. Durante un segundo me quejo de mi torpeza y de su brusquedad, ya puede mirar por donde va; pero después, cuando me doy cuenta de dónde ha quedado mi cara y lo que tiene delante de ella, doy las gracias a todos los dioses por regalarme esas vistas y... de esas dimensiones. El maromo calza grande y.... Dejo de pensar. El dueño de ese cuerpo, me agarra de las manos, me levanta y me pregunta si me he hecho daño. Niego con la cabeza, me limpio las rodillas, avergonzada, y, sin mirarle más (bastante me he recreado ya), lo rodeo y sigo subiendo escalón a escalón, hasta llegar a la puerta del piso de mi hermana. Llamo al timbre un par de veces, pero no abre.

Suspiro, dudo si asesinarla cuando abra, o dejarlo para más tarde, y vuelvo a llamar.

Tiene que estar aquí, le he anunciado que vendría.

Me estará esperando.

La mataré con mis propias manos si...

En esas, la puerta se abre.

—Ne, tía. ¡Qué impaciente eres! Estaba meando —ella siempre tan fina—. ¿Qué te pasa? Tienes muy mala cara.

—Sebastian y yo vamos a separarnos —digo en un tono neutro. No voy a llorar más. Bastantes lágrimas he derramado sobre el carísimo sofá de Carol.

—¡Aleluya! —clama levantando las manos al cielo. Parece que ella también se alegra de que mi mundo se hunda bajo mis pies.

Paso dentro y me siento en el sofá, cruzando las piernas, después de quitarme los zapatos.

—Tienes esto un poco desordenado —observo, pero no lo digo en tono de reprimenda, solo reflexiono en voz alta.

—Anoche hicimos una pequeña fiesta unos cuantos amigos. Aún no me ha dado tiempo a recoger mucho. Llamaste y... —abre el frigorífico y saca dos *Coca Colas Zero*— no me ha dado tiempo de más. Pablo se quedó a dormir. Te lo has debido cruzar en la escalera.

¿Pablo? ¿Pablo Pablito Cara de Pito? ¿Es él con el que me he chocado? ¿El dueño del torso más duro que he tocado y el miembro más grande que he visto? Bueno, solo lo he intuido y tampoco es que haya visto muchos a lo largo de mi vida. Tres para ser más exactas: mi novio de instituto y dos en la universidad, con uno de estos últimos me casé. Y hasta ahí llega mi experiencia sexual y en tamaño de penes. Sin contar los de las pelis porno que Ro nos hace ver a Carol y a mí cada año para su cumpleaños (pero doy por supuesto que esas medidas no entran dentro de lo normal).

—¿Te acuestas con Pablito? —hace mucho que no lo veo. Desde los años de colegio. Yo iba a al instituto y alguna vez los ayudaba con las matemáticas o el inglés. Lo recuerdo siempre sonriendo y revoloteando por casa junto a Cristina. Ellos han seguido manteniendo contacto y sé que es su mejor amigo, por eso me parece raro que la relación haya cambiado tanto.

—¡No! ¿Estás loca? Es mi mejor amigo. Jamás me acostaría con él —me ofrece la *Coca Cola* y se sienta, dejando caer su cuerpo en un *puf* verde. Vuelvo a dudar si hablamos de la misma persona. Ese que he visto no puede ser el mismo niño que yo recuerdo—. Y dime ¿qué ha ocurrido para que te dieras cuenta de que Sebastian es un gilipollas integral?

—Siempre he creído que te caía bien.

—Tú lo has dicho. Me caía. Hace mucho tiempo que me dejó de gustar.

Le cuento con todo lujo de detalles lo que ha pasado, pero sin pararme a pensar demasiado y sin permitirme volver a llorar. Cristina me ofrece su casa desde el principio.

—Me preocupa cómo se lo va a tomar mamá —me toco la sien.

—Eso te tiene que dar igual.

—Lo sé, pero ella siempre ha tenido a Sebas en un pedestal. La voy a defraudar y me da pena que le preocupe más el qué dirán que mi propia felicidad.

—Le va a defraudar Sebastian, no tú. Lo entenderá. Estoy segura. Me niego a pensar que pueda ser tan obtusa. Se lo diremos entre las dos. Cuando estés preparada, vamos a verles.

—Gracias, hermanita.

Se levanta y me apresura para que yo haga lo mismo. La miro y abro los ojos exageradamente.

—Levántate. Tenemos que ir a recoger tus cosas.

—No voy a ir a ningún sitio.

—Necesitas tu ropa, tu bolso, el carnet de conducir, tú móvil ¡Tú coche!

—Puedo vivir sin todo eso—digo, cerrando los ojos, girando el cuerpo y dándole la espalda. Yo solo quiero dormir. Dormir y despertarme muchos meses después, cuando todo se haya calmado.

Cristina rodea el sofá, se agacha y lo levanta un metro por un lado haciéndome caer y rodar por el suelo.

Pero ¿esta quién se cree? ¿Hulk?

—¡Ay! ¿¡Estás loca!?! —me incorporo como puedo y la miro. La encuentro muerta de risa con los brazos en jarra mirando en mi dirección—. Casi me partes la espalda.

—Tenías que verte rodar por el suelo haciendo la croqueta.

No puedo hacer otra cosa que acompañarla y reírme con ella. Las carcajadas comienzan a salir y no puedo detenerme. Nos reímos más de cinco minutos. Tal vez son los nervios que necesitan desahogo, la cuestión es que estas risas liberan endorfinas dentro de mí y me recuerdan que puedo ser una persona valiente.

—¿Sabes qué? Esa también es mi casa y mis cosas están allí. Hermanita, vístete que nos vamos de mudanza.

—Estoy vestida.

—No vas a salir a la calle en pijama —respondo en serio.

—Es un chándal, idiota. Y no es que tú vayas de gala.

Volvemos a romper en carcajadas.

Recorremos tres calles hasta llegar al *Fiat 500* beige de Cristina. Poca mudanza vamos a hacer en el dedal con ruedas que tiene por coche, más pequeño que el ascensor de mi casa.

—Supongo que con hacer la mudanza te refieres a mi cartera y al móvil. No creo que podamos meter nada más aquí —digo, mientras me acomodo en el asiento del copiloto.

—Vamos a recoger tu *Range Rover* de pija endemoniada —me reprocha sin acritud—. Deja de quejarte y cómprale un coche a tu pobre y pequeña hermanita —arranca y se introduce en el tráfico demasiado deprisa.

—Vas un poco rápido ¿No?

—No —toquetea los botones de la radio e *Ironic* de Alanis Morisset suena a todo volumen por los altavoces. *Es algo irónico*. Mi vida lo es.

Comienza a llover de nuevo y Madrid se convierte en un caos. Llegamos a mi piso y, aprovechando que un Magda sale del garaje, entramos y aparcamos en una de nuestras dos plazas. El coche de Sebastian no está. Tal vez la suerte se apiade de mí y él tampoco. Subimos en el ascensor hasta el vestíbulo del edificio y le pido al portero que me abra la puerta de casa porque he olvidado las llaves dentro. Éste, educado, nos acompaña, abre y se marcha dejándonos solas. Entrar en aquel piso me duele. Me desgarran por dentro. Su olor impregna cada rincón, puedo oler su perfume. Sin duda, acaba de salir. Sebastian hace poco que ha estado aquí.

—Cojamos lo imprescindible y nos marchamos. Otro día venimos a por el resto —Cristina me agarra de la muñeca y tira de mí, que me he quedado clavada en el suelo, consciente de lo que me produce encontrarme en este lugar.

Qué difícil elegir de entre un millón de cosas las que consideras más importantes. Enseres acumulados a lo largo de toda una vida. Algunos necesarios según se mire, otros, caprichos que un día me hicieron muy feliz durante al menos una milésima de segundo. En realidad yo no quiero nada si no lo tengo a él. Mi ropa cara, mis zapatos de diseño, las joyas, los bolsos... todo me sobra en esta nueva etapa que me espera. Sólo deseo abrazarme a los recuerdos, no a todos, sólo a los bonitos, a los que me digan que mi supuesto cuento de hadas no puede haberse acabado. Un amor tan grande no puede terminar por una discusión sobre el aire acondicionado.

Entro en nuestra habitación a tientas, sin encender la luz ni abrir la persiana, no veo nada hasta que las pupilas se amoldan a la oscuridad y dejo de respirar. Anoche dormí junto a él, con la mejilla sobre su pecho, sólo han pasado unas horas. Encuentro la cama tal y como la dejé, perfectamente hecha y estirada, a excepción de un vaquero que yace solitario sobre ella. Siempre me ha gustado mi casa, en ella he vivido muy buenos momentos y la

decoración me fascina. Todo en tonos grises y blancos. Miro la pared del cabecero y casi me derrumbo, aún recuerdo el día que decidimos que sería de ladrillos gris oscuro. Meneo la cabeza y me dispongo a recoger las pocas cosas que me harán falta las próximas semanas y, en menos de diez minutos, lo tenemos todo agrupado y etiquetado. Bajamos las bolsas y cajas hasta el garaje donde se encuentra mi coche aparcado y vuelvo a subir a por el bolso y la agenda, mientras Cristina me espera subida en su Fiat 500. Me cuesta desprenderme de mi casa, realmente no lo hago del todo. Es como ese perfume que llevas utilizando años y se queda adherido a la piel. Por mucho que frotes, rasques o te laves, sigues oliendo a él, porque, además, todo se ha impregnado de él. Miro alrededor, parada en medio del salón, y lloro por última vez. Al menos eso me prometo.

La siguiente semana me resulta un poco extraña. Me escondo en el diminuto piso de Cristina y desconecto el teléfono. No quiero hablar con nadie. Que sea la dueña y jefa de mi propia empresa me ayuda a no tener que dar explicaciones a nadie en el trabajo, que también abandono. Siempre he de agradecer a Joel lo que hace por mí y por mi estabilidad económica. Se encarga de todo mientras yo me rasgo las vestiduras tapada con el edredón de cerezas de la cama de mi hermana pequeña, como helado de melón y me pregunto por qué. Por qué Sebastian no se ha puesto en contacto conmigo, por qué lo echo tanto de menos si apenas nos hemos visto en meses y por qué esta desgracia me tiene que pasar a mí.

El domingo siguiente, Cristina decide por las dos que ya está bien de rumiar las penas, ocho días son más que suficientes y ahora toca levantarse y luchar. Me obliga a ducharme, me deja bajo el chorro de agua caliente después de decir algo así como que la depresión no está reñida con la higiene y no oler a mierda podrida en un estercolero.

—Arréglate un poco, esta tarde tengo visita.

—No tengo ganas de ver a nadie.

—Pues no salgas de la habitación. Sigue haciendo nido.

Deja una toalla sobre el lavabo y sale del baño, dejándome sola. Me lavo a conciencia, es cierto que he abandonado un pelín mi higiene personal. La sensación del agua caer sobre mi piel me alivia. Me pongo algo de ropa y me seco el pelo con el secador lo suficiente para que no me moje la sudadera gris que me pongo. Me miro al espejo cuando termino y no me encuentro tan mal, el pelo rubio a la altura de los hombros y un poco ondulado, los ojos marrones claros y un toque de rubor en las mejillas. Trato de sonreír y,

después de mucho esfuerzo, lo consigo. Hago una pequeña mueca que para muchas personas no significa sonrisa, pero que a mí en este momento me basta para animarme y darme las fuerzas suficientes para salir de la habitación.

Llego al salón-cocina caminando sobre unas *Adidas Superstar* blancas y nude.

—Pareces otra —dice mientras toma un trago de café y trastea con el móvil— y hueles a persona distinguida.

—Siento haberme comportado así —voy hasta la cafetera y me sirvo una taza.

—¿Como una guarra? —Le tiro un trapo y ella lo esquiva—. En serio. Tienes que moverte, ir a trabajar, buscar una casa, hacer la mudanza...

—¿Me estás echando? —pregunto sorprendida.

—Claro que no, pero no puedes seguir revolcándote entre tanta desidia. Sebastian te ha dejado ¿Y qué? Ya no estabais juntos, solo compartíais gastos. Y deberías hablar con mamá y papá. No sé ya qué inventarme cuando me preguntan por ti. Les he dicho que tienes mucho trabajo y estás muy ocupada.

Cris lleva razón, debo centrarme y empezar a ordenar mi vida. Así que, en un arrebato, me levanto demasiado deprisa, me mareo y vuelvo a caer de bruces sobre el sofá. Mi hermana me mira y sonrío.

—Tal vez sea mejor que te lo tomes con calma. Ayúdame a preparar la comida.

El menú del domingo consiste en pollo a la plancha y patatas fritas. La cocina es pequeña y a Cristina no se le da muy bien cocinar. Ella lo que hace verdaderamente bien es la fotografía, tanto que lo ha convertido en su profesión, pero no de *bbc* (bodas, bautizos y comuniones). No. Ella trabaja para las mejores revistas de moda y tendencias del país. Estoy muy orgullosa de mi hermanita. Realmente es una artista con mucho talento y un futuro prometedor. Siempre he sabido que llegará muy lejos, todo lo lejos que se proponga.

Para mi asombro, me como un plato que carga hasta arriba. Las patatas siempre me han gustado de cualquier manera, no obstante, las prefiero así, fritas y aceitosas. Qué le voy a hacer, todos tenemos alguna manía que nos perjudica la salud, yo no bebo ni fumo (de manera habitual); me hartó de patatas como una gorrina. Fregamos la vajilla, recogemos el mini piso en cero coma dos segundos y nos tumbamos sobre el sofá a ver una peli de las

que televisan la sobremesa de los fines de semana. Aún queda un mes y medio para Navidad, sin embargo, ya huele a epifanía, y el film trata de una pareja de desconocidos que coinciden el día de Nochebuena en un centro comercial, se quedan prendados el uno del otro con tan sólo cruzar una sola frase y no vuelven a verse hasta justo dos años más tarde. Amor, qué gran mentira.

Me despierto una hora después, el timbre suena en el salón y retumba en mis tímpanos. Tendría que hablar con mi hermana para bajarle el volumen al altavoz. Miro a ambos lados y no encuentro a Cristina. La llamo, pero nadie contesta. Me levanto, camino hasta la puerta (dos pasos y medio tengo que dar) y miro por la mirilla. Veo a un guayabo de impresión que no reconozco. Vaya, menudo cuerpo y ojazos tiene el desconocido.

—Pétalo, abre, te estoy escuchando. Date prisa que me meo. —Otro fino.

Debe ser verdad porque se mueve de una forma muy graciosa, de un lado a otro, dando saltitos, mientras se recoloca el paquete. Sonrío y pienso si abrirle o no. Allí no vive ninguna Pétalo.

—Cris, no aguanto más.

No lo conozco de nada, pero está claro que él sí conoce a mi hermana. Ha dicho su nombre.

Vuelve a tocar el timbre y lo acompaña de dos golpes fuertes en la puerta.

—Te juro que como no abras, le riego la maceta a tu vecina. —El muchacho lo está pasando fatal, lo veo en la mueca de su cara, sin embargo, no hago nada. Porque yo, en cambio, me lo estoy pasando pipa.

Unos segundos después abro los ojos de par en par. Madre mía, no lo ha dicho de broma, se está desabrochando el botón del pantalón y girándose hacia el pobre helecho. Abro la puerta a toda prisa.

—No ¡no! ¡No lo hagas! —grito.

El joven que tengo frente a mí casi se ha sacado la chorra allí en medio del descansillo. Gira su cuerpo y sonrío. Posee la sonrisa más sensual que he visto nunca. Los dientes perfectamente alineados y de un blanco nuclear rodeado de unos jugosos labios sin llegar a ser voluminosos (más bien todo lo contrario). Una barba de cuatro días los rodea. Debe medir al menos un metro noventa y el flequillo peinado hacia atrás levantado unos centímetros. Un moreno de ojos azules de los de *toma pan y moja*. Debo de llevar un rato sin decir nada, porque da un paso y se pone frente mí.

—Entonces... ¿Puedo...?

Me hago a un lado dejándole paso y su aroma se introduce por mis fosas

nasales despertando una parte de mí que creía dormida desde hacía mucho tiempo. Lleva unos vaqueros desgastados, una camiseta Diesel verde militar, una chaqueta de cuero negra y unas botas de cordones del mismo color. Reconozco que le miro el culo durante los dos segundos que tarda en cruzar el saloncito y desaparecer tras la puerta del baño. Un trasero de impresión, sí señor.

Me giro a cerrar la puerta y me choco con Cristina que entra en ese momento con una bolsa en la mano.

—Ha llegado tu invitado.

—¿Dónde está? —pregunta mientras deja las cosas sobre la encimera.

—En el baño. Casi mea en la maceta de tu vecina.

—Me extraña que ese helecho no haya muerto ya —mira detrás de mí, encontrando a quien busca—. ¡Tú! —lo señala con el dedo—, eres un indeseable, deja de experimentar con esa maceta.

Me vuelvo y me encuentro de nuevo con esa sonrisa que ilumina toda la sala y a la que acompaña unos ojos enormes adornados de una inmensas pestañas.

Parpadeo varias veces y, haciendo alarde de mi educación (y viendo que Cristina no tiene intención de presentarnos), lo hago yo.

—Hola, soy Nerea.

—Ya os conocéis, es Pablo.

VIDA NUEVA, SOFÁ NUEVO

El tío enorme, guapo y atractivo hasta casi rabiarse que me mira sonriente es Pablito. El niño que rondaba por mi casa corriendo junto a Cris. Su mejor amigo desde los cuatro años, hijo de nuestros vecinos y un incordio para mí. Siempre me perseguían a todos lados, yo los echaba de muy malas maneras y, al cabo de un rato, me los volvía a encontrar. Lo miro de arriba abajo, durante demasiado tiempo y muy descarada, tanto que, cuando llego a su cara, sus ojos me esperan clavados en los míos. Aparto la mirada, avergonzada, y trato de disimular lo mucho que me ha impresionado. Pablo ha crecido. Y mucho.

Me quedo muda, prácticamente sin nada que decir. Pablo se acerca a mí, me agarra de la cintura y se agacha hasta juntar nuestras mejillas y darme dos besos que recordaré mientras viva. Sus labios, cálidos, rozan mi piel erizando todos los vellos de mi cuerpo. Yo diría que se entretiene demasiado y que alarga el contacto más de lo necesario, pero no me quejo. Me da tiempo a sentirlo en muchas partes de mi cuerpo, noto su fuerte mano apretar sobre la parte alta de mi cadera, la otra me acaricia el cuello aprovechando que me aparta un mechón de pelo de la mejilla, sus calientes labios demasiado cerca de los míos y su pecho rozando mi hombro izquierdo... uff qué calor me entra, casi ardo ante su cercanía. ¿Qué me pasa? Parezco una quinceañera con las hormonas revolucionadas. Nunca me he sentido así antes, ni siquiera cuando conocí a Sebastian, que me gustó desde el primer momento.

Cuando se retira, me mira, divertido.

—No nos vemos desde hace mucho —dice sin soltarme de la cintura.

Lo sé, creo que la última vez él lleva ortodoncia y yo el pelo por la cintura.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunta divertido.

Doy un paso atrás y me separo interponiendo distancia entre los dos.

—Salgo a dar una vuelta. Querréis hablar de vuestras... cosas.

—Vamos a beber cerveza y escuchar música —Cristina saca una del frigorífico y se la ofrece a su amigo.

—No quiero molestar. Mejor me voy.

—Vamos, quédate —me pide Pablo—, si te vas ahora, me sentiré fatal —la abre y le da un trago—, parece que lo haces por mí —sonríe y... ¡Madre mía qué sonrisa! Preocupado porque me vaya no lo veo.

—Déjala. Necesita que le dé un poco el aire —Cris sonríe sardónica. Sabe que algo me pasa.

Me meto en la habitación, cojo la chaqueta *bomber* negra, me la pongo y salgo de nuevo. Cris y Pablo ríen a carcajadas sentados en el sofá. Casi ni se dan cuenta de que me marchó.

Ya en la calle respiro varias veces antes de comenzar a caminar. Me mareo un poco al ver tanto espacio abierto ante mí. Llevo más de una semana metida en una lata de atún de treinta metros cuadrados. Madrid, la ciudad en la que llevo treinta y cuatro años viviendo, la que me ha visto nacer, por la que he paseado incontables veces, esa que disfruto al máximo y que me enamora cada día, ahora se me antoja demasiado grande. Cierro los ojos y aprieto los puños. Me digo que no pasa nada, que todo se arreglará de una forma u otra y volveré a querer comerme la vida como siempre he deseado. Algún día, no muy lejano, Nerea regresará con más fuerza que nunca.

No recuerdo muy bien por donde camino. Me dedico a dar un paso detrás de otro sin pensar demasiado. Respiro, parpadeo y me muevo. El frío me corta la cara mientras trato de no parar, si lo hago, estoy casi segura que no podría volver. Me da miedo detenerme y darme cuenta de todo lo que he perdido, de todo lo que dejo atrás. Tengo que centrarme y pensar en todo lo que me queda por ganar.

Vuelvo al apartamento un rato después, no sé si una hora, dos o tres. El sol se ha escondido tras el *skyline* convirtiendo el cielo de la ciudad en un precioso óleo de colores naranjas, amarillos, rosas y morados. Entro en el piso y Cristina y Pablo siguen en el salón, esta vez sentados sobre la alfombra que cubre casi todo el suelo. Ríen tanto o más que cuando los he dejado. Sobre la mesita baja yacen cinco o seis botellines vacíos junto a un par de paquetes de patatas sabor jamón y un cuenco con aceitunas.

—Hola —saludo, intentando convertir mi rostro en una cara afable.

—Estábamos a punto de salir a buscarte o llamar a los GEOS, has tardado demasiado —dice Cristina sin un atisbo de preocupación en la voz.

—Si, ya —murmuro para mí.

—Déjala, ya es mayorcita —contesta Pablo, sonriendo, casi al mismo tiempo que yo. No sé explicar cómo me sienta la frase. A primera vista puede parecer que me defiende (y si tuviera quince años, sería así), pero no, yo tengo treinta y cuatro y muy pocas ganas de bromear. Vivo, según palabras textuales de mi querida hermanita, con un palo metido por el culo que me

cuesta mucho sacar. En fin, que la cara que le pongo debe ser como la de la niña del exorcista dando vueltas sobre la cama pero sin darlas. Incluso me atrevo a decir que se asusta, sin saber todavía que Pablo no se asusta con casi nada, solo con él mismo. Esa sonrisa impertinente con la que me habla se le corta, y, menos mal, porque a mí me sobran ganas de borrarla con una buena bofetada.

«Niño, esas bromas no se hacen a una mujer mayor de treinta, recién separada y con la autoestima tres metros por debajo del nivel del mar».

—¿Tienes hambre? —media mi hermana, levantándose del suelo con una velocidad y agilidad que también me fastidian. Argg. Me odio hasta yo misma.

«No, gracias. El niñato este me ha quitado el poco apetito que tenía».

—No me apetece comer nada —me quito el abrigo y lo dejo sobre una silla.

—Vamos a pedir comida japonesa —trata de convencerme sabiendo lo que me gusta. En otras ocasiones ese truco le ha funcionado muy bien, cada vez que nos enfadamos, se presenta en casa con dos karéraisu y sashimi que, junto con un «te quiero», me gana sin tener que hacer o decir mucho más.

Cuando termina la frase, me encuentro ya en la habitación deseando que llegue la hora de dormir, despertarme por la mañana y empezar con la lista de tareas que he pospuesto para el lunes, día designado para dejar de auto compadecerme y volver a ser una mujer de esas que pueden con todo y no llora ni rumia las penas por las esquinas. Nueve días tienen que ser suficientes para hacer borrón y cuenta nueva. Los nueve días que llevo sin noticias de Sebastian.

Una semana hace que no me alimento en condiciones, así que creo que haré exactamente lo mismo (básicamente, no comer), pero mi estómago empieza a rugir desesperado. Espero a que pase la mala hora, sin embargo, reacciona con unos dolores abdominales que me merezco. Lo estoy tratando fatal. Salgo de debajo de la colcha de cerezas en pijama y con un moño desaliñado del que escapan varios mechones que caen sobre mi cara, escucho a Cris en la ducha al pasar por la puerta del baño y entro en la cocina. Me llevo un susto de muerte, no me esperaba encontrar a Pablo fregando los platos en la diminuta estancia a esas horas.

—¡Mierda!

—¡Joder! —dice a la vez que me agarra de los hombros con fuerza.

Levanto el mentón y nuestras miradas conectan. Descalza como me encuentro, la diferencia de altura se acrecienta, en ese momento me parece que mide más de dos metros. Durante unos segundos no reacciono, sus ojos y su eterna sonrisa me transportan a otro lugar donde nada ni nadie (ni mi yo actual) existimos. Poco después protesto.

—Qué susto me has dado.

—Lo mismo digo —responde a la vez que se seca las manos con un trapo.

—¿Quieres dejar de atropellarme? —me aparto dándole un pequeño empujón.

—¡Eh! Has sido tú, yo no me he movido —contesta. Lo sobrepaso y él se gira en mi dirección.

—Ponte un putito cascabel —musito entre dientes mientras abro el frigorífico, pero no me escucha o no quiere hacerlo.

—Cris te ha dejado sushi en la primera balda.

—Es un poco tarde, ¿no tienes casa? —saco el plato y me giro para dejarlo en la encimera, sin embargo, vuelvo a encontrarme con su cuerpo de frente muy cerca del mío. ¿Pero a este niño no le han enseñado a no asaltar el espacio personal de las personas? Vale que la cocina mide metro y medio cuadrado, pero no tenemos que rozarnos cada vez que nos movemos.

—Si te dijera que malvivo debajo de un puente... ¿me dejarías dormir aquí? —y su voz me parece sensual a la vez que impertinente, tal vez esto último sea reflejo de la maldita sonrisa que le acompaña.

—Esta no es mi casa, si Cris deja que te quedes en el sofá, yo no tengo nada que objetar —trato de que suene como lo siento, me da completamente igual. Doy un paso a la derecha para salir de allí, pero él se mueve en la misma dirección, cortándome el paso.

—Me refiero contigo, en tu cama —y esta vez su voz es un sonido áspero y sexual de esos que se te meten en las entrañas y te explotan sin avisar porque además denota una seguridad aplastante. Trago con dificultad y contesto todo lo ingeniosa que sé: sin genialidad ninguna.

—Mi cama está muy lejos de aquí y, créeme, te perderías en ella.

—¿Qué te hace pensar eso?

Dudo si contestarle o no, pero mi perorata terminaría con un «solo eres un niño que mide casi dos metros de altura, pero no tienes ni puta idea de la vida» y no tengo ganas ni fuerzas de discutir con nadie.

—Déjame pasar, tengo hambre.

—¿Por qué te caigo tan mal? —cambia el tono por uno más rudo.

—No me caes mal, casi no te conozco.

—En eso llevas razón, lo que no entiendo es por qué no quieres hacerlo.

—Eres amigo de Cristina, no mío.

—Podríamos serlo si tú quisieras.

—Envíame una solicitud al Facebook y me lo pienso —contesto de forma muy irónica. Tanto que sin decir nada más se aparta, deja caer su escultural cuerpo sobre la pared, se mete las manos en los bolsillos y me deja pasar.

Me siento en el sofá con las piernas cruzadas y el plato sobre ellas, enciendo el televisor y sintonizo uno de los canales donde emiten una serie detrás de otra intentando ignorar a Pablo que sale de la cocina. En ese momento entra Cristina con unos vaqueros, un abrigo verde botella y el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Te vas? —pregunto mientras su amigo se pone la chaqueta. Son más de las once de la noche.

—Me han llamado de la revista, ha habido un problema de última hora con las fotos y hay que arreglarlo antes de que esta noche entre en rotativas. Pablo va a acompañarme —se agacha y me besa en la mejilla—. No creo que vuelva, su casa me pilla más cerca.

No estoy segura de por qué, mis ojos se desvían buscando los suyos y se encuentran. Dura un segundo, pero a mí me ha parecido mucho más. Me da tiempo a darme cuenta del brillo que desprenden, de las motas anaranjadas que rodean sus pupilas, de la pequeña brecha en el mentón y de cómo moja sus labios con la punta de la lengua para luego esbozar otra sonrisa. Maldito cabrón, sabe el efecto que tiene en las mujeres. Pues conmigo va listo el muchacho.

—¿Estarás aquí cuándo vuelva mañana?

—Pasaré el día en la oficina —contesto, desconectando mi mirada de la de Pablo, sin embargo, no dejo de observarlo discretamente.

—Llámame si necesitas algo.

—Tranquila. Estaré con Joel.

Esa noche duermo mucho mejor que todas las anteriores, no necesito pastilla, la que me deja grogui durante más de diez horas. Y aunque sólo han sido seis, me siento tan satisfecha que a las ocho de la mañana desayuno en la cafetería de la esquina, engalanada con un vestido negro ajustado hasta media pierna de canalé y mangas largas con un escote de pico que me hace unos pechos considerables, un abrigo de corte clásico con cuello alzado beige y

unos zapatos negros de salón de ocho centímetros de altura. El pelo rubio lo dejo secar al viento y lo llevo al natural, despeinado en rizos incontrolables. Me siento atractiva conforme me arreglo esta mañana.

Entro en la oficina pisando fuerte y enorgulleciéndome de ella. Toda una planta en la calle Marqués de Cubas. Me ha costado años de trabajo y esfuerzo conseguirla. Aún recuerdo el día en el que Sebastian me acompañó tan ilusionado como yo a verla. Siempre me decía que se enorgullecía de mí y me animaba a crecer profesionalmente. Me apoyaba en las decisiones y me aconsejaba si lo creía conveniente. Hace tanto de eso que me parece que fue en otra vida.

La finca aún tiene una hipoteca considerable que sigo pagando, pero no me arrepiento de ello, la empresa es como una parte de mí. Una importante, de esas que te hacen feliz, de las que notas si te faltan. De las que tiran de ti cuando tú no encuentras las ganas de seguir. No tengo muchos trabajadores, no me hace falta. Casi todo lo ocupa la exposición en la que le enseñamos al público lo que somos capaces de hacer. No vemos imposibles y queremos que el resto del mundo lo sepa. Nuestros clientes siempre quedan más que satisfechos y encantados con el resultado de nuestros esfuerzos.

Saludo a Mía, mi secretaria, nada más cruzar el vestíbulo. Es evidente su sorpresa al verme allí, llevo casi dos semanas desaparecida, pero la alegría supera la anterior emoción. Se levanta y me abraza. No he avisado de mi llegada, ni siquiera Joel, mi ayudante y mano derecha, está al tanto de mi decisión. Llamo a la puerta de su despacho por cortesía (y por prudencia), antes nunca lo hacía, sin embargo, una tarde me lo encontré con los pantalones bajados y cara de satisfacción mientras Toni, su novio desde hace más de dos años, se lo trabajaba de rodillas (ya me entendéis). Tuvimos una pelotera al respecto y me prometió que jamás volvería a hacerlo, había sido un arrebató después de una discusión y, como todos sabemos, la tan deseada reconciliación. Lo comprendí, pero le pedí que dejara esas cosas para la intimidad de su hogar o de un cuarto de baño lejos de donde yo estuviera. La imagen me castigó durante semanas. Fue una de las normas que impuse después de esa experiencia: nada de sexo en la oficina.

—Dichoso son los ojos que te ven —mi ayudante se levanta y me da un abrazo que casi me rompe.

—¿Te has vuelto a cambiar el color de pelo?

—El morado ha pasado de moda, ahora el verde es lo más *cool* —termina el saludo dándome dos besos al aire—. Cuéntame, *Virgen de los Dolores*

¿qué es lo que ha pasado?

—No tengo ganas de hablar de ello —dejo el bolso negro de terciopelo sobre la mesa.

—Dime al menos que estás bien, *queen*, y que se la cortaste antes de largarte de casa —hace el gesto con la mano a la vez que lo dice.

—Ganas no me faltaron. ¿Cómo va todo por aquí?

—Eres una mala pécora, ni siquiera has contestado a mis llamadas esta semana —me recuerda que aún no he encendido el móvil—. He necesitado que decidieras sobre temas importantes en varias ocasiones, he estado a punto de perder el pelo durante estos días. Te perdono si me regalas un tratamiento de esos que cuestan un dineral en la calle Serrano —dice en serio. Camina hasta su agenda y la abre sin mirarla—. Dejarme solo ante el peligro poco más de un mes antes de navidad ¡Qué horror! Mira —alarga las manos y me las enseña—, me he estado comiendo las uñas ¡Esto ya no se lleva! Y he debido perder dos kilos, eso te lo tengo que agradecer.

—Pero si tú eres delgado —sonríe. Me encanta su frescura y su forma de hablar. Joel siempre ha sido una persona que transmite alegría y positivismo aunque te esté contando que al mundo le quedan pocos segundos para explotar.

—Ne, reina, no hurgues. Me estaba saliendo barriga cervecera —pone los ojos en blanco—. Bueno, a lo que iba —posa la vista sobre su agenda de brillantes swaroskis rosas—. Hoy tenemos reunión con el señor Almagra a las diez, piensa que estás de viaje, se alegrará de verte. Por cierto, si te preguntan, has estado tomando el sol en una isla desierta, alimentándote de cocos y bebiendo daiquiris—ahí me habría gustado estar. Sí señor—. A las doce, el señor y la señora “Reinas de Inglaterra” —así llama a una pareja de ancianos que celebrarán sus bodas de oro en Marzo y que tanto ella como él tienen un parecido razonable con Isabel II. Si, los dos.— nos enseñarán las sillas y mesas que desean para el evento, necesitan el visto bueno. Y después hemos quedado para comer con Toni.

—Te lo agradezco, pero me quedaré aquí a adelantar trabajo. Comeré una ensalada de Manolitos.

—Pero ¿por quién me tomas? —levanta los brazos, escandalizado—. No hay trabajo que adelantar. Lo he llevado todo al día. Puedes estar orgullosa de mí. Nos acompañas en el almuerzo y te cuento todo lo que ha pasado mientras tú estabas de vacaciones. Y *mi amor* se queda tranquilo, nos has tenido muy preocupados.

La mañana pasa rápida y recuerdo lo que me gusta mi trabajo. El trasiego, el contacto con la gente, las prisas, tomar decisiones, actuar con vehemencia aunque esté un poco perdida. Vuelvo a ser yo aunque solo sea durante unas horas. Ir a esa comida a uno de los restaurantes preferidos de mi ex marido me demuestra que he perdido un poco el norte. Lo pienso, no es tan descabellada la idea de poder encontrarlo allí, pero coño ¿tan mala suerte voy a tener? Desecho la idea y me animo a pasar un rato agradable con Joel y Toni en el Ten Con Ten.

Mala suerte es mi segundo nombre.

Cuando llego, Toni me abraza con fuerza y me giro en lo que a mí me parece una vuelta demasiado rápida y a demasiada altura. Total, que bajo mareada, nunca me han gustado las atracciones de feria y parece que acabo de subir en una de ellas. El novio de Joel es un hombre de unos cuarenta años, diez más que él, con la cabeza rapada, músculos de gimnasio y un tatuaje en la mano derecha que no sé qué significa y nunca me ha dado por preguntar. Se dedica a la enfermería, una gran persona y muy cariñoso.

—Estás delgadísima, Diva Elsa —siempre me llama así. Dice que me parezco a Elsa Pataki. A mí me hace mucha gracia. Pataki y yo solo tenemos en común que somos hembras humanas. Y la altura, eso es cierto.

—Gracias, Toni, por el doble cumplido —me agarro a su brazo para no caer al suelo. Aún me siento bastante mareada.

Joel y él se funden en un abrazo y se dan un corto pero amoroso beso que me da hasta un poco de envidia, de la sana, no os creáis. Me alegra ver a la gente tan feliz. Yo no recuerdo la última vez que Sebas me besó así. De una forma breve pero intensa, deseada. Como si esa mañana se hubieran levantado sólo para poder vivir ese momento y entregarse todo en un gesto tan sencillo y cotidiano para una pareja.

El restaurante se encuentra a reventar, como cada día a esta hora. No tenemos un sitio muy íntimo y apartado, desde donde estamos se ve la barra e incluso la puerta de entrada. Joel me habla sobre nuestro trabajo más importante antes de que termine el año, la preparación de una cena de Navidad de una de las empresas más importantes de todo el país que se celebrará dentro de un mes, cuando atisbo su pelo detrás del cristal de uno de los ventanales.

LO QUE CREES, Y LO QUE ES

Mierda. Así es como me siento. Como una auténtica y enorme mierda. Una colosal boñiga. Entra en el restaurante sonriendo, hablando con lo que supongo que es uno de esos ejecutivos con millones en la cuenta bancaria con los que se codea y seguido por su tetona y pava secretaria. Está guapísimo, con un traje de dos piezas azul oscuro y una camisa más clara, sobre la que reposa una corbata de un tono intermedio. Recién afeitado. Sebastian no es demasiado alto. No llega al metro ochenta de estatura, pero no le hace falta. Tiene una forma de ser arrolladora y ese aire de lord inglés que te guía en la dirección que al él le convenga. Conmigo lo hizo durante años. Lleva el pelo negro muy corto y a juego con sus ojos oscuros. Un camarero los aguarda junto a la barra y los acompaña hasta una mesa donde los espera otra mujer, ésta un poco mayor que todos ellos.

Parece, o esa es mi impresión, que nada le ha ocurrido hace poco. Como si yo no hubiera existido en su vida y no me hubiese marchado de casa diez días antes. No parece estar preocupado ni que le falten horas de sueño como a mí. No. Nadie habría apostado porque a ese hombre de ahí, que ahora le aparta la silla a su secretaria para que se siente, le ha abandonado su mujer hace menos de dos semanas. Yo a él, él a mí. Yo tampoco lo tengo muy claro. Yo me fui y él no hizo nada por detenerme. Que cada uno saque sus propias conclusiones.

—Diva ¿te ocurre algo? Parece que hayas visto un fantasma —me pregunta Toni mientras Joel ojea la carta.

—Ehh, acabo de recordar que... eh... Tengo algo urgente que hacer —contesto tratando de no tartamudear sin conseguirlo. Joel saca la cabeza por encima de la carta y me mira extrañado.

—*Amore*, pero si todavía no hemos comido nada.

—Pillaré algo de camino —me levanto haciendo demasiado ruido con la silla y miro hacia donde Sebastian se encuentra para cerciorarme de que no se ha percatado de mi presencia—. No os preocupéis. Después nos vemos en la

oficina. Toni, siento dejaros plantados, te debo una comida.

—No te preocupes, pero ¿seguro que no pasa nada?

—No, no. Solo creo que... —doy un paso hacia atrás con tan mala suerte de chocar con un camarero que lleva un par de tazas de té, una en cada mano, y las tira al suelo.

Me agacho a ayudar a recogerlo (y a esconderme de todos los pares de ojos que ahora están puestos sobre mí), pero no me sirve de nada. Me incorporo y me encuentro con la cara de Sebas que me mira sorprendido. Cojo el bolso y salgo de allí como alma que lleva el diablo esquivando todo tipo de obstáculos por el camino. Llego a la calle y cojo aire con fuerzas. Nunca he sido una persona que le tenga miedo a todo, pero en ese momento, no estoy segura de quién soy en realidad, así que mi primera reacción es huir. Doy dos pasos sobre los adoquines de la acera hasta que su voz me paraliza.

—Nerea —pronuncia mi nombre con su perfecto español. Parece increíble que sea inglés y que la mayor parte de su vida la haya pasado en Londres. Sebastian es una de las pocas personas, a parte de mis padres, que no acortan mi nombre para referirse a mí.

Me vuelvo y nuestras miradas se encuentran. Está enfadado, pero yo lo estoy mucho más.

—No puedes evitarme eternamente —dice cansado y molesto. ¿No puedo? Pues es lo que pretendo, sinceramente.

—¿Qué quieres?

—Creo que deberíamos hablar.

—Está todo bastante claro. Mi abogado te llamará.

—Llevo toda la semana intentando hablar contigo. Nos merecemos hacer las cosas bien.

—Hace mucho que dejamos de hacer nada juntos. Ni bien ni mal. Lo nuestro terminó hace bastante más de diez días. Hace años que no existo para ti.

—Eso no es verdad, no seas injusta.

—Injusto fue abandonar mi casa y que a mi marido no le importara.

—¿Por eso lo hiciste? ¿Querías que fuera detrás de ti? Crece y sé consecuente con tus actos —me regaña como si fuera una niña pequeña que tiene una de sus tantas pataletas.

Lo atravieso con la mirada. Me giro y trato de escapar, pero me agarra del brazo y me lo impide.

—Nerea, por favor. Nos debemos hacer las cosas bien.

Tal vez lleve razón, pero yo en este momento no veo nada, las lágrimas que intento cazar salen a borbotones de mis ojos y no quiero que me vea llorar, así que me zafa de su agarre y le digo que no quiero verlo más.

Diez años, diez años con una persona a la que desconozco por completo. Me resulta raro tenerlo cerca y no tocarlo, no tratarlo como lo que ha sido durante mucho tiempo, mi amigo, mi confidente, mi compañero. Y, ahora, de la noche a la mañana, ya no es nada. ¿Cómo se digiere eso? Lloro durante dos días. Al tercero me levanto obligada por Ro y Carol que, avisadas por mi hermana, vienen a rescatarme. Tomamos cantidades ingentes de café, té y kilos de dulces que ésta última ha comprado de camino en La Mallorquina.

—Llamó a casa el otro día, quería hablar con Andrés —me mira con cara de circunstancia. Trato de asimilar a lo que se refiere y ella sigue hablando—. Quería que se ocupara del divorcio —tengo que tragar al escuchar aquella palabra. No sé si quiero divorciarme, pero cuesta acostumbrarse a ello—. Por supuesto le dije a mi marido que, si se ponía de su parte en esto, no volvería a vernos ni a mí ni a los niños nunca más. Tendrá que buscarse otro abogado. Por cierto, Andrés te espera el lunes en el despacho para asesorarte.

—Gracias, pero no es necesario...

—Claro que lo es. Entre todos arreglaremos esto lo antes posible para que puedas seguir con tu vida.

—No es que ahora esté muerta —le contesta Ro a la defensiva.

—No me refiero a eso —Carol me mira. Le digo que lo sé con un gesto y que comprendo qué quiere decir—. Un divorcio puede llegar a ser muy traumático, si conseguís llegar a un acuerdo, será lo mejor para los dos.

—Está bien. Dile a Andrés que me pasará. Que me mande un mensaje y me diga cuándo le viene mejor.

—Eso funcionaría si encendieras el móvil de una vez.

Llevan razón, ya es hora de volver al mundo real de una forma completa y enfrentarme a todos mis temores. Me asusta tanto que Sebastian haya intentado ponerse en contacto conmigo, como que no lo hubiese hecho. Así de trastornada me encuentro.

Voy al dormitorio y vuelvo con el teléfono en la mano. Le meto el pin y empieza a sonar y a vibrar durante más de un minuto. Casi todas las llamadas pertenecen a Sebastian y Joel. Unas cuantas de mis amigas y dos de mis padres. La proporción de los mensajes es exactamente la misma. Voy al principio y solo leo uno de ellos. Es de mi marido, media hora después de

abandonar mi casa hace casi dos semanas. No creas que me suplica que no me vaya, sus palabras exactas fueron «Te estás portando como una loca. Vuelve y hagamos esto como dos personas adultas». Vete al carajo, Sebas. Vete lo más lejos que te puedas ir. ¿Plutón sigue siendo un planeta? Me da igual, múdate a vivir allí y no vuelvas.

Las siguientes dos semanas son difíciles. Como las dos anteriores, pero haciendo alarde de mi excepcional higiene personal, profesionalidad y puntualidad. Nada de oler a estercolero. Nada de revolverme entre la desidia y nada de auto compadecerme todo el día. Bueno, esto lo hago, pero no se da cuenta nadie. Me levanto cada día al salir el sol, voy a la oficina cada mañana y no me permito derramar una sola lágrima más por alguien que no se preocupa por mí después de todo lo que hemos pasado juntos.

El lunes decido coger el autobús. El coche lo he dejado aparcado el fin de semana a cinco o seis calles de casa y no tengo muchas ganas de caminar con los *Louboutin* de estampado floral y ocho centímetros de tacón de la colección de primavera de este año. Estamos en Otoño, pero yo necesito color para sentirme un poco más feliz. No me ha costado demasiado encontrar la parada, y eso que hace mucho que no utilizo este transporte, está justo en frente de la puerta de entrada del edificio en el que actualmente considero mi casa. Sigo viviendo con Cristina. Buscar piso es una de las cosas importantes que tengo pendiente. Terminar de hacer la mudanza otra, pero antes preciso encontrar un sitio donde meterlas.

Quince minutos después, mi paciencia se esfuma. Tres mujeres con una media de edad de ochenta años charlan en el banco de la parada de los ingredientes que debe llevar una auténtica paella valenciana mientras yo me debato entre seguir esperando o parar el primer taxi que pase, ya que, viendo a aquellas señoras, no me voy a poder sentar en el autobús casi con toda probabilidad.

Agarro el bolso con fuerza y me arrimo al borde de la acera a ver si la suerte hace acto de presencia en mi desdichada vida (mátame si sigo quejándome) y aparece un taxi antes de que tanta autocompasión acabe conmigo. Me está convirtiendo en una imbécil. Vislumbro uno que viene no muy deprisa por la izquierda y levanto la mano para que me vea. Para a unos diez metros de donde me encuentro. Camino hasta llegar a él con prisa, dando las gracias porque ni yo misma creo haber conseguido un taxi a esas horas de la mañana. Alargo el brazo para alcanzar la manilla de la puerta y en ese mismo momento otras manos, más robustas y fuertes, agarran las mías.

Levanto la vista y me encuentro con unos ojos marrones sorprendidos.

—Este taxi es mío —le informo, tratando de que me suelte la mano que aún tiene cogida, pero no lo hace.

—Déjeme decirle que no le veo mucha pinta de taxista —contesta haciéndose el gracioso.

—Tengo mucha prisa.

—¡Qué bien! Tenemos algo en común —suelta, irónico. Abro la puerta y lo aparto. Tomo asiento y, sin cerrarla, digo:

—A Marqués de Cubas —cierro entonces de un golpe. Caigo en la cuenta a los pocos segundos que el desalmado hombre atractivo enchaquetado y con un pelo envidiable abre la puerta del otro lado, se sienta y cierra después. Lo miro sorprendida. Me clava sus ojazos marrones y sonrío.

—Parece que tenemos en común algo más. A Marqués de Cubas —le indica al taxista. Voy a replicar cuando sigue—. Lo sé, este es su taxi —repite lo que le he dicho hace un escaso minuto—, pero seguro que es una buena persona a la que no le importa ayudar a un pobre hombre estresado. El karma se lo agradecerá de alguna manera.

«El karma es un cabrón retorcido» me entran ganas de responderle. No digo nada porque no me apetece entablar conversación y además soy una señora educada y respetable. Alzo dignamente mi torso y miro al frente. Ignorarlo sería la mejor opción. Y lo es. El taxi para y él se adelanta a pagar la carrera. Le doy las gracias y bajo del coche antes de que pueda hacerlo él. No me gusta que me paguen nada, pero se me ocurre que es la mejor opción para desaparecer mientras él se entretiene con el cambio.

Entro en la oficina con paso firme, saludo a Mía con los acostumbrados buenos días y ella me los devuelve con un gesto de la mano mientras atiende el teléfono. Me paso por el despacho de Joel, pero no lo encuentro. Camino hasta la sala de exposiciones y lo escucho antes de verlo. Le está enseñando el muestrario para bodas a una mujer rubia de interminables piernas.

—Buenos días, *queen* —me saluda mi ayudante nada más verme. Camina hasta mí y me da dos besos sin tocarme—. Te voy a presentar a Elena Márquez, es la mujer de uno de los abogados mejor pagados de la ciudad —susurra junto a mi oído.

Nos acercamos donde ésta ojea nuestra revista.

—Señorita Márquez, va a tener mucha suerte esta mañana. Le presento a Nerea González Baena, artífice y dueña de esta maravillosa empresa. Nerea,

ella es Elena Márquez, una de las mujeres más atractivas de Europa —la susodicha sonrío y éste le devuelve el gesto—. No lo digo yo, lo dijo la revista *Elle* el otoño pasado.

Lleva razón, Elena es preciosa. Altísima, rubísima, guapísima y muchos más *isimas*. Tiene los ojos de un azul que te ciega y una nariz pequeña sobre unos labios carnosos, pero no demasiado grandes. Levanta su delgado brazo y me ofrece la mano.

—Encantada de conocerla. Me han hablado maravillas de usted.

—El placer es mío. Gracias. Estaremos con usted durante todo el proceso. ¿Sabe exactamente qué es lo que desea?

—Joel y yo estamos barajando un par de opciones. Quiero algo espectacular. Que se recuerde en la ciudad durante mucho tiempo. El dinero no es problema. No vamos a escatimar en gastos.

—De acuerdo. Empecemos por el principio. ¿Qué día es el acontecimiento?

A la hora de comer salgo con Joel a uno de las decenas de *gastrobares* que hay en la avenida. Nos decantamos por el *Tomates Rojos Fritos*, un lugar acogedor y familiar, pero nada barato. Después de degustar varias tapas exquisitas y pagar la desorbitada cuenta entre los dos, nos disponemos a abandonar aquel lugar y, justo cuando voy a salir del restaurante, alguien agarra la puerta por el mismo sitio que yo.

Nos miramos.

Mierda. Otra vez no.

—Vaya, qué bonita casualidad —tuerce la boca en una media sonrisa.

Guapísimo, no puedo negarlo. Y muy alto, siempre me han gustado los hombres altos aunque me casé con uno que no lo era demasiado.

Fuerzo el gesto e intento demostrar amabilidad. No sé si lo logro. Él me suelta la mano que tenemos sobre la puerta e introduce los dedos entre su cabello. Si, es muy atractivo.

Me doy cuenta de que Joel nos mira intrigado y con ganas de que yo deje de ser La Estatua de la Libertad y diga algo, pero no me sale.

—He tenido demasiada suerte. Encontrarte dos veces el mismo día. Estoy seguro de que debería pedirte el teléfono.

—Creo que mejor esperamos a una tercera —abro la puerta, salgo a la calle y no paro de caminar.

Después de unos veinte metros y un minuto, Joel aparece a mi lado,

irritado.

—Pero reina ¿qué ha sido eso? ¿Por qué has tratado así a ese *King of sex*?

—Querrás decir *King of danger* —contesto sin parar de caminar.

—*King de los casquetes sagrados*, Diva Elsa. Tú necesitas echar un polvo o se te va a resecar la almeja.

—Qué grosero eres —digo sin acritud.

—Vamos, ese portento de *man* está deseando llevarte al séptimo cielo.

—No lo necesito.

—Claro que sí. Eres demasiado trágica para ser heterosexual.

—Me parece fatal que digas eso —me detengo y lo miro con cara de reprimenda.

—Gracias por parar. Con lo chiquitina que eres, no veas lo rápido que caminas—respira con dificultad—. Escúchame. No sigas con ese papel de mujer desvalida a la que le da todo igual y se conforma con una vida que no le llena. Sigue teniendo cojones y demuéstrales a todos de qué pasta estás hecha. Comienza de nuevo ya. Cierra página. Dile adiós a Sebastian.

Carol me llama el miércoles por la tarde para salir de compras, me recoge en la puerta de la oficina, aparcamos cerca del centro y esperamos a Ro tomando un café en Lolina Vintage. La tercera en discordia llega poco después gritando exabruptos. Deja las bolsas que trae en las manos junto a la silla donde se sienta con rabia y expone, ante nuestras caras atónitas, que ha parado en una zapatería en la que ha visto anunciadas unas rebajas *del copón* y ha tenido que pelearse con una «rubia pollo chupa rabos que debe comerse las pollas de cinco en cinco» por el último par de zapatos de su número.

—No tienes que explicarnos más, te entendemos perfectamente —Carol la tranquiliza, identificándose con la situación—. Pero no seas tan mal hablada.

—A ver. Enséñanos los culpables de que vengas echando espuma por la boca —le insto a que abra la caja.

Los zapatos son preciosos, dignos merecedores de una trifulca como la que imaginamos que ha acontecido. Si no se han tirado de los pelos, habrá sido purita casualidad.

Durante las casi dos horas que hemos estado recorriendo tiendas no me he acordado del día tan horroroso que ha sobrevenido, tengo que acostumbrarme aún a todos los cambios ocurridos en mi vida y lidiar con mis transformaciones de humor me desesperan hasta a mí. Tan pronto me encuentro bien, riendo y con ganas de unas cervezas, como con apetencia de

ahogarme en un pozo, o gritar a los cuatro vientos lo desgraciada que me siento. A eso de las nueve, Ro comenta algo así como «O paramos a comer algo, o le quito el bocadillo a ese nene», señalando a un niño de siete u ocho años que muerde un sándwich de algo que parece tener muy buena pinta. Caminamos durante cinco minutos y nos sentamos en la cervecería de Chueca más escondida, todas las demás revientan de gente. Esta, en cambio, se encuentra casi vacía.

—Acerca esa silla. No quiero dejar las bolsas sobre este suelo —dice Carol con cara de asco.

Me giro sobre mí misma y le pregunto a la pareja que tengo sentada detrás de mí si la silla que sobra está ocupada. La chica me dice que no con una sonrisa muy bonita y la agarro para volverme de nuevo, pero mis ojos paran en seco, como si hubiera echado el freno de emergencia de un tren, sobre los de él.

EL MAROMO Y UNA CANCIÓN BONITA

—Hola, Nerea —me saluda.

Mis neuronas salen a pasear durante un rato, o eso, o va a ser cierto que un gato se come mi lengua cada vez que lo veo. Trago saliva tratando de buscar algo que decir mientras asimilo lo guapo que es. Joder. Nunca he visto a nadie así. Los ojos azules le brillan tanto que, si los miro durante más de cinco segundos seguidos, me quedo ciega, y la camiseta blanca se le pega a los hombros de una manera perfecta.

—Hola, Pablo. No te había visto —sonrío, forzada. Una gorra de los Yankees negra le tapa media cara—. Me alegro de verte. Adiós. —Levanto la silla y me la llevo conmigo hasta nuestra mesa, a un par de metros de la de ellos. Me parece que él quiere decir algo más, pero no lo deajo, escapo de allí antes de que me invite a sentarme a charlar, es capaz de eso y de más. Creo que ya se ha dado cuenta de lo nerviosa que me pone y le encanta recrearse en ello.

—¿Quién es ese maromo, diablilla? —pregunta Ro, bajo un murmullo, dándome un golpe en el brazo.

—Es amigo de Cristina —le quito importancia, porque no la tiene.

—Qué calladito te lo tenías —murmura Carol sin dejar de mirar a Pablo por el rabillo del ojo.

—¿Qué callado me tenía el qué? —realmente no sé a qué se refieren las dos majaras.

—Vamos —Ro me mira—, no me hagas creer que no te has dado cuenta de lo bueno que está el muchacho. Si hasta los hombres heteros de la barra lo miran, ¡por favor! —Lleva razón, no le quitan la vista de encima.

—No lo miro con esos ojos. Lo conozco de toda la vida —me encojo de hombros.

—Menuda cerda mentirosa —me pellizca el brazo.

—¡Ay! —suelto una queja a la vez que me masajeo la zona.

—No seas malhablada —le reprende Carol.

—Si lo conoces de toda la vida, ¿cómo es que no lo habíamos visto nunca?

—Hace años que no lo veía. Desde... —finjo que lo tengo que pensar—, yo qué sé. Desde que yo estaba en el instituto. Es el mejor amigo de Cristina y ha estado por ahí estudiando y trabajando... —empiezo a dar demasiadas explicaciones (inventadas) sin saber realmente de qué hablo—. Tú sí lo conoces, Carol. Es Pablito.

—¿Qué Pablito?

—Pablo Pablito...

—¡¿Cara de Pito?! —termina ella, sorprendida, abriendo los ojos de par en par—. Pues sí que ha crecido el niño.

—Lo mismo pensé yo.

—Vamos, que pensaste que estaba bueno —apunta Rocío.

—No me refiero a eso.

—¿A qué te refieres entonces?—insiste con una sonrisilla en la boca. Suspiro y afortunadamente el camarero viene a tomarnos nota y nos interrumpe.

—Andrés sigue esperando a que lo llames —casi me atraganto con una de las patatas bravas. Menudo giro en la conversación. Le doy un sorbo a mi refresco y contesto a Carol.

—Lo haré un día de estos. No es tan fácil —me defiendo en un tono que deja claro que no me hace sentir cómoda hablar sobre mi separación, me da vértigo nombrarla, hacerla real firmando los papeles del divorcio sobrepasa mis límites admisibles de aceptación. No estoy preparada.

—Alargarlo no solucionará nada.

—Sebastian tampoco ha movido ficha —pincho un trozo de tortilla y me la llevo a la boca.

—¿Y qué quieres decir con eso? —mueve la cabeza.

—Eso, ¿qué quieres decir? —pregunta Ro, que lleva distraída con el móvil los últimos cinco minutos—, ¿qué más te da lo que él haga?

—Me da igual, chicas. No levantemos la liebre, no es eso. Sólo... no tengo ganas de verlo. Aún no. Dadme tiempo.

Ro mira por detrás de mí como si tuviera ante ella una aparición mariana.

—Liebre la que tiene que tener tu amigo entre las piernas —levanta el mentón.

Miro hacia allí y Pablo ayuda a su acompañante a levantarse y deja unos billetes sobre la mesa. Le rodea los hombros con el brazo y salen del local. No los pierdo de vista hasta que desaparecen de mi campo de visión. Cuando vuelvo a pisar tierra, Carol y Ro me miran con una sonrisilla en los labios.

—No te has dado cuenta... ya ya —Rocío termina con su bebida.

Me retiro el cabello de la cara con un movimiento de cabeza y de mano y no digo nada, muy digna.

Terminamos la cena y pago, siento que les debo la vida, los días pasan más amenos gracias a ellas. Aunque Sebastian y yo casi ni hablábamos, sabía que lo tenía ahí, que estaba conmigo aún sin estarlo. Es una sensación rara la que me recorre desde que salí de casa corriendo dejando atrás todo lo que me ha acompañado durante más de diez años, porque siento que sigue ahí, conmigo, a cada paso que doy, pero cuando miro hacia los lados no encuentro nada.

Un viento helado nos cruza la cara y Ro suelta un exagerado «Me cago en la puta».

—Deja de decir palabrotas. Si los niños te escuchan, las repetirán sin parar —le regaña Carol.

—Qué cansina eres. No veo a ningún niño por ningún lado —le contesta la aludida mientras se abrocha la chaqueta y se le cae una de las bolsas al suelo —. Joder.

—Las repites sin cesar delante de mis hijos. Juraría que el otro día Manel dijo coño.

—Y la culpa es mía —abre mucho los ojos.

—Eres la única persona a la que se las escucha. Blanco y en botella.

—Blanco y en botella pueden ser muchas cosas —bromea la andaluza. Carol voltea los ojos sabiendo a lo que se refiere—. Por ejemplo, jabón, mal pensada —sonríe desvergonzada—. Nerea, Nerea... —me llama, pero yo miro ensimismada la escena que se reproduce delante de mí. Pablo sonríe a su acompañante de pie sobre la calzada. La agarra por la cintura y le da un corto y casto beso en los labios, le dice algo al oído y la chica se ruboriza. Ésta sube a un taxi que la espera justo al lado y desaparece. Pablo se mete las manos en los bolsillos y comienza a caminar en nuestra dirección—. Nerea —repite—. Houston llamando a la luna, Houston llamando a la luna —me da un golpe en el hombro.

—¡Ay! ¿Qué? —pregunto.

—Que bajas de las estrellas, tenemos que irnos. Se me están congelando

hasta los pelos del...

—No termines esa frase, por favor —le corta Carol.

—Iba a decir chumino.

—¿Y te parece correcto?

—No me parece mal —se encoge de hombros.

—Buenas noches —la voz de Pablo les corta la discusión. Las dos miran hacia él sin decir nada y casi babeando—. ¿Qué tal la cena? —me pregunta.

—Bien. Ya nos íbamos a casa —digo, tratando de largarme de allí, pero la jugada me sale muy mal (o muy bien, según se mire).

—Voy a casa de Cris. Si quieres, te llevo —se ofrece.

—Oh, no, gracias. Carol me acercará.

En esas veo cómo Ro le da un empujón a Carol, bastante fuerte, y ésta reacciona.

—Ehh, ohhh —mira el reloj de su muñeca—. Ne, cariño. Tengo mucha prisa. Andrés me necesita. Me acaba de llamar preguntando dónde estaba —¿Cómo? Qué mentirosa—, no puede bañar a los niños sin ayuda. Ya sabes... hombres... se ahogan en un vaso de agua... imagínate en una bañera... —sigue dando explicaciones mientras nuestra otra amiga se parte de la risa.

—Venga, pues eso. A este muchacho no le importa llevarte, ¿verdad? —le pregunta Ro, divertida.

Pablo se encoge de hombros y me mira.

—En absoluto.

—Esta bien, vamos. Mañana hablamos, perras —susurro esto último sin que Pablo me escuche

—Tengo el coche aparcado en la otra calle —me explica para que camine junto a él.

El frío envuelve la noche demasiado deprisa, cada vez que doy un paso, los vellos de la piel se me erizan. El pavimento, mojado de la humedad, resbala un poco y unas gotas comienzan a caer. La calle, casi desierta, enmudece a nuestro lado, sólo los pocos coches que cruzan la avenida rompen el agradable silencio.

—Ven, crucemos por aquí.

Lo sigo hasta el filo de la calzada por donde el tráfico rueda y miramos hacia un lado y al otro. De pronto me agarra la mano y tira de mí.

—Vamos, de prisa o nos atropellarán.

Corro junto a él los cuatro carriles hasta el otro lado sintiendo su piel contra mi piel. Cuando subimos a la acera, me suelta y sigue caminando, pero

yo me quedo parada asimilando la electricidad que aún sube por mi brazo. Él se gira y me mira, extrañado.

—¿Ocurre algo?

—Ehh... no. No. Sólo... he creído perder alguna bolsa.

—Espera, vuelvo y...

—No, no es necesario. Las llevo todas.

Subimos a su coche y se introduce en el tráfico, suave. Me sorprende que conduzca un Audi deportivo de gama alta, pero en realidad no sé nada de él. Ni quiero, que conste.

Toquetea unos botones del volante y *Himn for the weekend* de Coldplay comienza a sonar a un volumen considerable. Lo baja un poco y se disculpa.

—Vaya, debes estar sordo si llevas siempre la música así de alta.

—¿Qué? ¡No te oigo! —bromea. Me mira y una sonrisa perfecta le cruza la cara. Pablo es guapo, pero guapo guapo. Esta noche y en este preciso momento me doy cuenta de la belleza de sus facciones sin llegar a ser perfectas. Aparta sus ojos de los míos y los vuelve a poner sobre la carretera. Unos minutos después suena otra canción, preciosa, pero nunca la había escuchado antes.

—Qué bonita. ¿Quiénes son?

—The Fox' Lair.

—La guarida del zorro —musito.

Los escucho durante un minuto.

—Me gustan. Son buenos.

Pablo sonrío y sigue conduciendo. Cambia de marcha con agilidad y acelera. Me fijo en las venas que sobresalen por la piel de sus brazos y en los tatuajes de sus manos... aguanto un pequeño suspiro.

—A mí también me gusta el rock británico. Mi grupo favorito son los Beatles —suelto rápido, como si me hubiera preguntado y yo llevara más de dos minutos sin contestar. Cierro los ojos y giro la cara hacia la ventana, tratando de distraerme y obviar al hombre que tengo al lado. Me abstraigo con el alumbrado de la ciudad.

Mueve unos de sus dedos con agilidad y la canción *Don't let my down* llega hasta mis oídos. Sonrío y apoyo la frente sobre el frío cristal, cierro los ojos y, durante unos minutos, el tiempo que tardamos en llegar, me siento simplemente tranquila. No quisiera moverme de allí. La calefacción del coche irradia el calor necesario, los acordes de una canción de The Beatles pausan los latidos de mi corazón y la compañía de Pablo me agrada tanto que me

hace sentir bien, amparada... como si me abrazara con tan sólo estar a mi lado. Lo miro cuando el motor deja de rugir, tiene sus ojos puestos en mí.

—Si quieres, nos podemos quedar aquí, tengo la discografía completa — sugiere.

Me incorporo y me giro para desabrocharme el cinturón. Me agarra de la mano y me detiene.

—Lo digo en serio. No tengo prisa —susurra demasiado cerca de mí. No quiero hacerlo, pero no lo puedo evitar, miro sus labios y me pregunto, durante unos segundos, cómo sería besarlo.

—Será mejor que nos vayamos. Cristina te estará esperando —sugiero. Me bajo del coche como si dentro no pudiera respirar.

Abro la puerta del piso y él entra detrás de mí. Nos encontramos a Cristina tirada en el sofá tomando una cerveza.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunta a Pablo, pasando de mí, mientras deja el botellín sobre la mesa.

—Hola, Pétalo —se acerca y le da un beso en la mejilla—. Carolina tenía hambre y fuimos a cenar algo —se encoge de hombros. La susodicha que le acompañaba esta noche tiene nombre. Carolina.

—Yo ya he cenado, gracias —le obsequia con una sonrisa forzada—. Podías haber avisado.

—No te enfades conmigo —se sienta junto a ella en el sofá y la abraza exagerado—. Pero tú no me dejas meterte mano —se burla. O eso creo.

Cristina le da un golpe en el pecho y se separa de él.

—Por eso sales con esa fresca, porque te deja meterte en sus bragas.

—Soy un hombre, ¿qué quieres?

—Lo que eres es un cerdo. ¿Quieres dejar de tirarte a todas tus *groupies*?

Ellos siguen charlando como si yo no estuviera. Cuando me doy cuenta, mi hermana me habla directamente.

—Ne, ¿has cenado?

—Oh, sí. He estado con las chicas.

—¿Qué llevas en las bolsas? —se levanta y camina hacia mí. Me quita una de ellas y saca lo que hay dentro.

—¡No! No lo abras... —trato de evitar que exponga el conjunto de lencería de color negro que he comprado en La Perla, pero no me da tiempo. Unas milésimas de segundo después (Cris siempre ha sido muy rápida) lo presenta delante de nosotros. (Delante de Pablo, para más señas).

—Vaya, vaya... Pero qué tenemos aquí... —abre los ojos, divertida.

Intento quitárselo a manotazos, pero ella me esquivo.

—Dámelo, no seas cría —consigo hacerme con él y lo guardo en su bolsa. La cara me va a explotar de calor. Por el rabillo del ojo veo a Pablo sonriendo.

—¿Tú para qué quieres eso? —pregunta Cristina.

—¿Y a ti qué te importa? —me escondo en la habitación muerta de la vergüenza.

Tiro las bolsas sobre la cama de ochenta centímetros y me siento. El móvil comienza a sonar.

Ro: «Dime que *culito prieto* ha parado en el arcén y te ha quitado la ropa». 23:12.

Carol: «Tíratelo, pero todavía no. No estás preparada». 23:13.

Ro: «Ya está la mamá responsable y aguafiestas. Déjala que disfrute ahora que puede. Por cierto, me suena mucho su cara, pero no sé de qué». 23:13.

Carol: «A lo mejor te lo has tirado y ni te acuerdas». 23:14.

Ro: «¿Cómo no me iba a acordar de un tío así? ¿Estamos locas?». 23:14.

Yo: «Voy a ducharme y a la cama. Mañana tengo una reunión a primera hora». 23:15 ✓ ✓

Ro: «¿Sigue ahí?». 23:15.

Yo: «¿Quién?». 23:15 ✓ ✓

Ro: «El coco. ¿Quién va a ser? *Culito prieto*». 23:16.

Yo: «Supongo. No sé». 23:16 ✓ ✓

Carol: «Os dejo, Manel se ha despertado llorando.

Ne, no hagas caso de lo que te diga Ro. Es una libertina». 23:17.

Ro: «Mírala. Se va a follar con su señor marido y dice que el niño está llorando. Buenas noches». 23:17.

Carol no contesta. Debe estar ocupada con... lo que sea.

Yo: «Te dejo. Me voy a dar una ducha». 23:18 ✓ ✓

Ro: «Me parece genial, pero dile a ese tal Pablo que te enjabone, será más divertido». 23:19.

Ignoro su propuesta.

Pongo el teléfono a cargar sobre la pequeñísima mesita de noche y cojo ropa para dirigirme al baño. En ese momento pienso en Sebastian y no estoy segura de por qué lo hago. Tal vez pensar en Carol con su marido, en Ro con su italiano... me entra morriña sin darme cuenta. Vuelvo a coger el móvil, abro la aplicación de WhatsApp y miro si Sebas está en línea. Lo encuentro conectado, así que, sin pensarlo, comienzo a escribir un mensaje ñoño que no me atrevo a contar, sólo admitiré que le confieso que lo echo mucho de menos. Por fortuna, alguien llama a la puerta y me hace volver a la realidad, impidiendo que lo envíe.

—¿Se puede? —escucho la voz de Pablo a través de la madera. Abre un poco y le digo que pase. Se queda debajo del vano.

—Voy a dormir aquí. Si quieres... —Por un momento creo (sueño) que va a proponerme un masaje. ¿Por qué lo pienso? Ni idea. Mi mente ya se disloca cuando Pablo anda cerca. Levanta el brazo para tocarse el cabello y unos oblicuos perfectos asoman bajo la camiseta. Trago con dificultad—. Mi casa está muy cerca de tus oficinas. Mañana puedo dejarte en Marqués de Cubas.

Lo del masaje es poco factible, pero... soñar es gratis ¿no?

—Vale, te lo agradezco —le ofrezco una media sonrisa. Me acaba de salvar de hacer el ridículo suplicándole a Sebastian una oportunidad. Debería darle las gracias o... besarle los pies, al menos.

—¿Estás bien?

—Si... Si. Nos vemos mañana —lo echo sin contemplaciones. No quiero meter la pata. Él asiente y se dispone a cerrar la puerta.

—Pablo. ¿Cómo sabes dónde trabajo? —caigo en la cuenta. Se gira y me mira.

—Pétalo... Digo... Cris me lo ha dicho.

—Oh, vale. Hasta mañana.

Me tiro sobre el colchón y decido no ducharme. Lo haré cuando me levante y así iré espabilada a las tres reuniones de mañana. Aparto el teléfono de mí y alejo la posibilidad de cogerlo y escribirle al que todavía es mi marido. Hacer la idiota no entra en mis planes, sin embargo, no me puedo negar cuánto me acuerdo de él, de su olor, de su presencia, incluso de sus manías. Diez años no se olvidan en unos días y yo siento un vacío enorme en mi interior que no logro llenar con nada. Refugiarme en el trabajo y en mis

amigas consigue mantenerme a flote, pero yo noto que la balsa a la que me aferro puede hundirse en cualquier momento.

Me despierto temprano, como había planeado, y me da tiempo a darme un baño de media hora (con sales y jabones incluidos), interrumpido por Cristina y su mal humor mañanero. Me pongo un vestido gris de cuello alto y mangas largas con unas botas negras hasta las rodillas. El cabello suelto ondulado a la altura de los hombros. Entro en la cocina mirando la hora en mi reloj preferido, el que me regaló Sebastian las navidades anteriores. Faltan unos minutos para las ocho.

—Buenos días —la sonrisa de Pablo me corta la respiración. No recordaba que estaría aquí. Yo y mis lapsus mentales.

—Buenos días. Un café y nos vamos —digo.

—He pensado que podríamos desayunar de camino —propone.

—Tengo una reunión a las nueve en la Torre de Cristal.

—Para eso queda más de una hora. Vamos. Tenemos tiempo de sobra. — Pasa por mi lado, se pone la chaqueta, coge las llaves del coche de la mesita del salón y abre la puerta, quedándose a esperar a que yo salga. Lo miro y puedo observar su perfecto cuerpo de arriba abajo. Cuando paro en sus ojos, los encuentro escrutando los míos. Me resigno y salgo. Él cierra la puerta detrás de mí.

Arranca el coche y la música salta justo en la última canción que habíamos escuchado la noche anterior. Ahora sí que puedo recrearme, mientras Pablo mira concentrado la carretera y tararea al son de la música. Pecho y espalda ancha. Piernas y brazos fuertes. Robustas manos. Una poblada barba que no esconde sus masculinos labios y unos ojos azules que te dejan sin habla. La chaqueta de cuero que lleva sobre la camiseta blanca le queda como un guante...

—Puedes cambiar la música si quieres. Tal vez prefieras escuchar la radio.

—No importa. Esto está bien —dirijo mi vista al frente.

—¿Desde cuándo te gustan los Beatles? —pregunta.

—No sé... desde siempre.

—Creí que eras más de... las Spice Girls —sonríe, divertido, como si hubiera dicho algo que yo debería saber.

Las escuchaba de joven. No lo voy a negar, pero en cuanto pasaron de moda, se me olvidaron como tantas cosas que olvidamos cuando crecemos y dejamos de pensar que todo puede ser posible.

—Me gustaban, pero hace tanto tiempo de eso que parece que fue en otra

vida.

—Vamos. No eres tan mayor.

—Lo dices porque aún eres muy joven.

—¿Cuántos años crees que tengo?

—La edad de Cristina. Está claro.

Se ríe y enseña esa dentadura blanca y perfecta que admiro y me embelesa.

—¿Y eso te supone un problema?

—¿Un problema para qué? —lo miro, extrañada. En ese momento se detiene a un lado de la calzada con movimientos ágiles y aparca.

—Hemos llegado —pone el freno de mano, apaga el motor, se quita el cinturón y se gira hacia mí—. Vas a tomar el mejor café de todo Madrid.

MIS OJOS, LOS TUYOS Y LOS DE ÉL

Pablo lleva razón, el café sabe exquisito, y fuerte, como a mí me gusta. Nos sentamos uno frente al otro en una mesita junto a una ventana pequeña repleta de macetitas con flores. El lugar, precioso, te hace sentir en el patio de tu abuela, en esa casita de pueblo blanco, acogedora y familiar. He de puntualizar que el mobiliario no está hecho a la medida de mi acompañante, sino más bien a la mía. Para que os hagáis una idea, mido poco más de metro y medio (vale, uno sesenta, ya está). En cambio, las piernas de Pablo casi no caben debajo de la mesa. Lo miro y sonrío.

—Entiendo que vienes por el café.

—Y por los dulces, no cabe duda —me devuelve el gesto, removiéndose sobre la silla, buscando la posición correcta que le permita sentarse del todo. Cuando lo consigue, toma su taza y bebe.

—Llevas razón, no entiendo por qué no conozco este sitio.

—Porque no me conocías a mí. Si me dejas, te enseñaré muchas más cosas increíbles.

Alto, vaquero.

—La tarta de melón está... —me llevo un trozo a la boca y lo saboreo, suspirando al final, ignorando lo que estoy segura que ha sido una propuesta en toda regla. Pablo no se anda con chiquitas, ya me he dado cuenta.

Se queda ensimismado a través de la ventana y giro la cara buscando eso tan importante en lo que fija la vista. No encuentro nada. No pasa nadie por la calle, la cafetería está tan escondida que por eso no la conocía. No es un lugar que se visite a menudo. Ni yo ni casi nadie. Muy poca gente pasa por allí.

—¿Te importa que nos terminemos el café fuera?

—Está comenzando a llover —observo.

—Por eso, me encanta el olor a tierra y asfalto mojado.

Me encojo de hombros y no le doy demasiadas vueltas. Cojo mi café y Pablo se hace cargo del suyo y del platito de tarta de melón. Abro la puerta de la calle y la aguanto para que él pueda pasar, pero la detiene con el pie y me indica, con una sonrisa, que las damas primero. Nos sentamos en una mesita

que hay pegada a la pared, cubierta por un toldo de rayas rojas y blancas, esta vez lo hace a mi lado, dejando su cuerpo muy cerca del mío.

—Cierra los ojos —me invita.

—¿Qué?

—Que cierres los ojos.

—¿Para qué?

—¿Qué más da? Porque yo te lo pido —tuerce la boca en una sonrisa agradable y los ojos le empiezan a brillar.

—Estás loco —observo y le hago caso. Me quedo a oscuras.

—Ahora inspira. — Silencio— ¿Lo hueles? Las gotas de lluvia se mezclan con la arena del parque, con las hojas de los árboles, con el asfalto... — Siento que respira muy cerca de mi boca— y el aroma llega hasta nosotros avisando de que, aunque no nos hayamos dado cuenta, el invierno se acerca.

Nos quedamos sumidos en nuestra propia oscuridad durante más de un minuto, nuestras pantorrillas se tocan y puedo sentir su respiración mezclarse con la mía.

—Ya puedes abrirlos... —susurra.

—¿Mmm? —llego a relajarme de tal manera que casi me adormezco.

—Son las nueve menos cuarto. Si no salimos ya, llegarás tarde a esa reunión. —Abro los ojos de golpe.

Mierda. Eso no me puede suceder a mí. MKD es una de las empresas más importantes de todo el país y estoy orgullosa de poder decir que los tengo como clientes desde hace cuatro años. Cuentan conmigo para cualquier evento del año, grande o pequeño, formal o cotidiano. Ingreso mucho dinero con ellos y no me puedo permitir perderlos, ni siquiera que dejen de confiar en mi profesionalidad.

—Vámonos —me levanto con ímpetu—, no puedo llegar tarde.

El día pasa tan rápido que, cuando quiero darme cuenta, estoy acostada en la cama tapada hasta las cejas. ¡Qué digo el día! ¡La semana! Y un nuevo lunes empieza, por cierto, de manera funesta, (mucho peor de cómo he pasado el fin de semana: dormida y comiendo galletas hasta casi explotar y caer desfallecida. O reacciono o me convierto en el muñeco *Michelin*). Total, que llego a la oficina y la luz del portal y el ascensor no funcionan. Subo por las escaleras, entro en recepción y me encuentro a Joel pegando voces a Mía.

—¡Oh, *my god!* —mira en mi dirección y levanta las manos, alarmado—. Por fin llegas. No hay teléfono. Los ordenadores no funcionan. Es el final, ¡es

el apocalipsis! —se lleva el dorso de la mano derecha a la frente y disimula que se desvanece.

—¿Qué ocurre? —me alarmo ante su estado de preocupación. Ha debido borrarse la base de datos.

—*Queen*, no hay luz, en todo el edificio.

Ah, solo es eso.

—¿Estás seguro?

—He subido al despacho de abogados que, por cierto, cada día parece más una agencia de modelos masculinos que una asesoría jurídica, ¡cómo les quedan los trajes! —apunta— y tampoco tienen. Parece que el problema es grave.

Despido a los técnicos dos horas más tarde y les doy las gracias por trabajar con tanta rapidez y eficacia, gracias a ellos Joel no ha muerto de una angina de pecho y, menos importante, ha vuelto la electricidad. Invito a mi ayudante a salir a tomar algo (no le quiero decir que debe tomarse una infusión de tila), sin embargo, él me responde que debo estar loca, que hay mucho trabajo atrasado y tiene que hablar con un millar de personas antes de las dos. Así que, en contra de mi voluntad, me siento en mi mesa y me pongo a trabajar. No es que no me apetezca, pero prefiero salir y que me dé un poco el aire. Una hora más tarde me suena el teléfono y veo su nombre. Pienso pasar de él y no cogerlo, me lo quedo mirando durante dos o tres tonos más, sin embargo, al final, descuelgo; si me llama, después de pasar de mí durante estas semanas, tiene que ser importante.

—Sebastian.

—Hola, Nerea —saluda cordialmente—. ¿Cómo estás?

«Echa una piltrafa».

—Bien, ¿y tú?

—Lo sobrellevo como puedo. Escucha. Quería comentarte algo, pero... en persona. No quiero hablar de esto por teléfono. —Me lo imagino tocándose el pelo sin saber muy bien qué hacer.

—Puedes decirme lo que quieras ahora. —«No quiero verte. No estoy preparada».

—Necesito verte. ¿Puedes venir a casa esta tarde? ¿A eso de las siete?

Ese «necesito verte» me descoloca bastante.

—Está bien. Allí estaré.

—Gracias —escucho un silencio tras la línea—. Nerea, ¿de verdad estás bien? —insiste.

—Si. Nos vemos luego —y cuelgo.

Me pongo un poco nerviosa y llamo al comité de emergencias para concretar una reunión. Carol y Ro se apuntan en cuanto les cuento la enigmática llamada de mi aún marido.

—A ver, ¿qué te ha dicho el picha floja? —me pregunta Ro en cuanto tomo asiento frente a ella. Carol la reprende con la mirada.

—Pues eso. Ya os lo he dicho, no sé nada más.

—Nena, desgrana. ¿En qué tono lo dijo?

—No estoy muy segura. Parecía desvalido.

—Ese quiere echar el polvo de despedida —contesta a la vez que llena las copas de vino.

—No digas estupideces. Querrá arreglar las cosas —señala Carol, acomodada a su lado—. Se habrá dado cuenta de que todavía te quiere.

—Lo que quiere es meterla en caliente porque hace semanas que no folla —la andaluza sigue en sus trece. Me mira y me señala con el dedo—. No vayas a caer en la tentación. ¡Que se pajee él solo! Como te lo tires, se me cae un mito.

La posibilidad de que Sebastian haya follado con otra u otras en estas semanas me dan arcadas, tanto que me disculpo y voy a esconderme al baño. ¿Podría ser? ¿Para eso quiere quedar conmigo? Si no le importaba demasiado el sexo cuando estábamos juntos, ¿le va a importar ahora? Las manos me comienzan a sudar y el corazón me palpita a gran velocidad. Abro el grifo, me las enjuago con agua fría y la seco con papel. Lo de las manos ya lo tengo arreglado, ahora camino hasta la barra a pedir un vaso de agua fresca, a ver si me calma los latidos del corazón. Se la pido al camarero y éste me la ofrece, amable.

Me la llevo a la boca y la trago como si fueran las últimas gotas potables de la faz de la tierra. Casi estoy terminando cuando veo unos ojos azules, sonrientes, a poco menos de un metro de mí.

Pablo.

Me atraganto y comienzo a toser, tanto que salpico, (de baba también), el pecho del que parece mi nuevo amigo. Éste trata de golpearme la espalda mientras yo parezco un gatito que ha caído al río.

Glup glup.

—Oh, lo siento —consigo decir cuando el maldito líquido desaparece de mi garganta y consigo que baje por el esófago. Claro que, mientras lo digo, le

palpo el pecho tratando de limpiarlo. Vale, aprovecho y me recreo durante unos segundos. El pecho de Pablo bien merece que le hagamos la ola. Empiezo a imaginármelo sin camiseta y casi comienzo a toser de nuevo.

—Nerea, ¿estás bien?

—Sí, sí. Se me ha ido por otro lado —me excuso. Quiero decir que el agua se me ha ido por otro lado, pero mis manos y mis pensamientos también han tomado su propio rumbo. Las retiro de su cuerpo y miro al suelo.

Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada. De repente, noto sus dedos acariciar un mechón de mi pelo y meterlo detrás de mi oreja. Sigue por mi mandíbula y viaja hasta la comisura de mis labios, que repasa, despacio, con el dedo pulgar. Un leve cosquilleo me recorre la columna vertebral y se me corta la respiración con ese insignificante acto.

—Tienes un poco de agua —excusa el hecho de que su piel esté tocando la mía en una zona tan personal y ... erógena, no nos vamos a engañar.

—Gracias. —Termino con el contacto. Se aparta y yo me muerdo el labio inferior con los dientes—. Bueno, ehh..., tengo que irme. Me están esperando.

Me giro y comienzo a caminar, sin embargo, no llego a dar ni un paso, su voz me para.

—Nerea —lo miro—. Cena conmigo esta noche —pide sin más. Ya me he dado cuenta que no le gustan los rodeos.

No me da tiempo a contestar, una chica muy muy alta y muy muy guapa llega hasta él, le agarra de la cintura y le pide mimosa que se vayan a casa. Pablo no le hace ni caso, sigue mirándome como si la rubia no estuviera metiéndole la mano por los pantalones.

—Adiós —digo sin más.

Llego a la mesa de las chicas y me siento a comer. Hacen alusión a mi tardanza, pero me salvo de dar explicaciones gracias a la conversación tan acalorada que mantienen. No me inmiscuyo en la trifulca, a mí, la tortilla, me gusta de todas las formas posibles. Me da igual que lleve cebolla o no.

Rocío me deja en la puerta de la casa de Cristina, no sin antes recordarme que no me deje convencer por Sebastian. «Si quiere echar un polvo, que se pague una puta. Y si quiere volver, lo mandas a mi casa que yo se lo explico». Mi amiga quiere hacerle entender que yo valgo mucho más que él y que, si alguien ha perdido con lo ocurrido, no he sido yo. No obstante, yo no lo veo del todo así, mi marido no es mala persona y siempre ha cuidado de mí. Lo que nos ha pasado ha sido culpa de los dos. Poco a poco, casi sin

darnos cuenta, nos hemos dejado de necesitar. No puedo cargarlo con la culpa completa de nuestra ruptura, yo también estaba ahí y no hice nada para remediarlo.

Tomo una ducha muy caliente, tanto que el agua me enrojece la piel, me visto de manera informal pero arreglada y me maquillo lo justo para estar guapa sin parecer que quería estarlo. Mis mejores vaqueros de color negro, una camiseta blanca con cuello desbocado, un pañuelo gris oscuro y un abrigo de un tono gris más claro con las mangas de cuero. El pelo un poco alborotado y las mejillas sonrosadas. No acierto a adivinar sobre lo que Sebastian desea hablar, pero pronto lo averiguaré, estoy segura.

Le envío un mensaje a Cristina en el que la informo de mis planes para esta tarde. No espero a que conteste y guardo el móvil dentro del bolso que llevo colgado del hombro izquierdo. Me paro frente al espejo que cuelga cerca de la puerta de salida del piso y me doy un poco de brillo de labios. Me veo bien, tanto que sonrío y el gesto no sale forzado, sino todo lo contrario.

Aparco en mi plaza de garaje, junto al coche del que aún considero mi marido. Las manos me empiezan a sudar antes de apagar el motor y sacar la llave del contacto. Agarro fuerte el volante con las manos y apoyo la cabeza sobre él. Muchas imágenes acumuladas en mi mente de todos estos años juntos comienzan a rondarme. Siempre me ha gustado el tono de su voz, la forma en que me miraba en la biblioteca de la universidad, el roce de mi piel con su piel cuando estamos acostados, el calor que desprende... Levanto la cabeza, respiro hondo varios veces y paro antes de hiperventilar. Me doy ánimos a mí misma una y otra vez y bajo del coche llena de miedos. Una sensación muy rara me recorre entera, voy a mi casa, voy a ver a mi marido, entonces, ¿por qué siento que necesito un mapa de ruta para llegar hasta allí y... hasta él?

Abro la puerta con mi llave, ni siquiera me pienso si llamar y pedir permiso para entrar o no. Esta sigue siendo mi casa o, al menos, todas mis pertenencias importantes aguardan aquí. Empujo la madera con la mano y un montón de olores familiares se pegan a mi piel y hacen reaccionar a todos mis sentidos. Camino hasta el salón y me encuentro a Sebastian de pie, debajo del arco que divide el salón del comedor y junto a mi sillón preferido, ese en el que tantas horas he pasado leyendo novelas de ciencia ficción, mirándome fijamente. Sus hombros descansan abatidos como si algo muy pesado cayera sobre ellos. Mis ojos encuentran los suyos y contengo las ganas de llorar. Un par de metros nos separan, sin embargo, parecen muchos

más.

—Nerea. —Descifro por su tono de voz que está tan turbado como yo. Da un paso deshaciendo unos palmos el espacio que nos separa—. ¿Quieres sentarte? —me pide, comedido.

—Estoy bien —contesto sin moverme.

—Verás... yo... No sé por dónde empezar.

—Empieza desde el principio —contesto un poco a la defensiva.

Sebas bufa y no dice nada, me doy cuenta de que prefiere no discutir, así que me resigno y me trago todo lo que me gustaría decirle. Durante estas semanas una rabia muy fuerte se ha ido creando dentro de mí. Nunca jamás creí que lo nuestro terminaría de ninguna manera y menos así, como si no hubiera sido importante.

—Yo...

—Quieres divorciarte —le ayudo a terminar. Recuerdo muy bien que habló con Andrés sobre ello.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué piensas eso?

—Le pediste ayuda a Andrés.

—No, Nerea. Discutimos, te fuiste y... —se toca el pelo, nervioso—, no me coges el teléfono ni me devuelves las llamadas. Estaba... estoy muy enfadado.

—Y por eso barajas la opción del divorcio, solo unos días después de que me fuera de casa...

—Me dejaste...

—Y tú me dejaste ir —lo corto.

Cierra los ojos y respira hondo. Desaparece tras la puerta de la cocina y yo tomo asiento sobre el sillón blanco de piel. Se hunde lo justo para recordarme la de veces que he hecho este mismo gesto, la cantidad de noches que me he tumbado aquí a leer. Lo acaricio con las manos y la temperatura también es exactamente la que esperaba.

Sebastian se acerca a mí con dos vasos de agua, uno en cada mano, me ofrece uno, lo cojo y musito un casi imaginario gracias. Él se bebe el suyo de un trago y lo deja sobre la mesa, vacío. Se sienta frente a mí y suspira.

—Nerea, yo te quiero —clava su mirada en la mía mientras lo dice y lo creo—, pero no podemos seguir así. Lo único que hacemos es discutir. No nos ponemos de acuerdo en nada. Te echo de menos, sin embargo...

—No quieres estar conmigo.

—¿Tú me quieres?

—Claro que te quiero —confirmo, segura.

—¿Y crees que nos merecemos tratarnos como lo hacemos?

—No —dejo el vaso sobre la mesita baja de cristal—. Creo que nadie merece esto.

—¿Tú quieres estar conmigo? —noto cómo le tiemblan las manos al decirlo. Le da miedo mi respuesta y eso confirma mis sospechas, se siente tan perdido como yo.

—No lo sé —agacho la cabeza y me miro las manos—. Eres mi marido, pero... no me gusta cómo nos comportamos últimamente el uno con el otro —cojo aire con fuerza—. No, ahora mismo no quiero estar contigo —digo en voz alta y ni me reconozco la voz. Me acabo de dar cuenta, en este momento que no quiero estar aquí—. No quiero que sigamos juntos y nos hagamos más daño. Me gustaría que todo se arreglara, que todo fuera como antes, pero... ahora...

Se arrodilla frente a mí y me agarra las dos manos.

—No quiero el divorcio, Nerea. Solo quiero tiempo, no para mí. Para los dos. Tal vez todavía podamos arreglar lo que tenemos y podamos ser felices juntos... algún día.

Los siguientes días, además de trabajar mucho, los paso convenciéndome de que hemos tomado la mejor decisión. Darnos un tiempo para pensar en nuestra vida en común y en lo mejor para nuestro futuro no parece una mala idea, sin embargo, no puedo parar de preguntarme qué es lo nuestro si al primer obstáculo lo arreglamos poniendo espacio entre los dos. ¿Qué nos ha hecho llegar aquí? Nosotros siempre lo hemos hablado todo y tal vez ahí radique el problema, que dejamos de hacerlo y la comunicación desapareció. Sebastian me pidió antes de irme que no me trasladara con Cristina, que me quedara en la casa y se iría él, buscaría un hotel hasta encontrar algo decente que alquilar; pero yo no quiero vivir allí, no por ahora. No deseo olvidar todo lo que ha ocurrido entre esas paredes, pero, por el momento, necesito alejarme de esos recuerdos, hasta que dejen de doler y me permitan ver el mundo con perspectiva.

El viernes llego a casa de Cristina pasadas las diez de la noche, ha sido un día agotador, repleto de reuniones, problemas y sorpresas de última hora, y tener que aparcar a ocho calles del apartamento, solo ha acrecentado mi cabreo. Dejar el coche cada día en esta zona se convierte en una yincana difícil de superar. Ni que decir tiene que cuando abro la puerta del portal casi

echo espumarajos por la boca, se me ha roto el tacón del pie izquierdo y los últimos metros los he caminado descalza. Tengo los pies helados y destrozados. Subo las escaleras murmurando exabruptos, con los zapatos en la mano. Me encuentro a Pablo sentado en el último escalón.

UN TROPIEZO, UNA GUITARRA Y TÚ

Pablo... ¿Qué decir de él? Pablo es como una aparición mariana de esas que dejan huella, como un sueño erótico del que desearías no despertar jamás. Nada que ver con el niño desgarbado que recordaba, todo lo contrario, como diría Joel: un portento de *man*. Lo encuentro sentado sobre el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas flexionadas a la altura del pecho en una postura desganada. Lleva una chaqueta de cuero negra sobre un chaleco de lana gris de cuello alto, vaqueros desgastados y unas botas de cordones también negras. Barba de varios días y el pelo despeinado. Todo envuelto en un olor a perfume caro de hombre mezclado con su esencia varonil.

—Pétalo, estoy hasta los cojones de esperarte. Me duele el culo de estar aquí sentado —suelta, rudo, antes de mirarme y darse cuenta de que soy yo—. Vaya, eres tú —suena a desilusión.

—Si, siento decepcionarte —digo en voz alta lo que solo debería haber pensado. Me mira, sonrío y no se aparta.

—Si no te quitas, no puedo pasar —lo informo de lo obvio, cortante.

Retira las piernas y me hace un gesto con la mano para que suba el último escalón. Lo hago, pero tropiezo con su pie (que vuelve a estar donde no debe) y caigo sobre su regazo quedándonos en una especie de apretón. Mis brazos rodean sus hombros y los de él mi cintura. Mi nariz casi puede rozar la suya.

—¿Qué haces? —pregunto, impertinente.

—Salvarte de una caída mortal por las escaleras —intenta ponerse serio, pero no lo consigue del todo—. Deberías agradecermelo.

—Lo has hecho a posta —lo acuso.

—No sé de qué hablas —noto su respiración sobre mi boca.

—No te hagas el tonto, me has hecho la zancadilla.

—¿Y no te alegras?

—¿Cómo dices? —pregunto, contrariada.

—Que te encanta que lo haya hecho. No encuentro otra explicación para

que me abrace de esta manera —me aprieta más contra él y me doy cuenta de que mis brazos lo rodean con fuerza y decisión. Abro la boca para decir algo, sin embargo, prefiero callarme y no meter más la pata. Me levanto con rapidez y él lo hace detrás. Giro para introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. Siento su pecho demasiado cerca de mi espalda.

Me doy la vuelta y lo miro.

—¿A dónde vas?

—Dentro. He venido a ver a Cristina —habla como si fuera indiscutible.

—Ya, pero Cris no está y no sé cuánto va a tardar —respondo, cortante.

—¿Qué te pasa hoy?

—¿Por qué crees que me pasa algo? —levanto la cara, irritada.

—Porque no te brillan los ojos como siempre y no me gusta verlos así.

Su contestación me paraliza durante unos instantes, pero vuelvo a mí unos segundos después. Me giro a abrir la puerta y contesto.

—No me conoces de nada, ¿qué sabrás? —entro en el apartamento y dejo la puerta abierta para que él haga lo mismo. Voy a la cocina y cojo una Coca Cola. Cuando salgo al salón, Pablo deja una guitarra junto al sofá y se sienta al lado. Coge el móvil y se lo lleva a la oreja.

—Soy yo. ¿Tardas? —suena hosco—. No me pasa nada. ¿Vienes o no? ... Vale, te espero.

—¿Quieres algo de beber? —le ofrezco.

—No, gracias —responde, seco.

—¿Y qué te pasa a ti ahora? —me sorprende su tono de voz.

—No tengo sed —ni siquiera me mira, escribe un mensaje con rapidez. Me tengo merecida su contestación, me he comportado bastante estúpida. Pablo no tiene la culpa de que mi matrimonio se esté yendo a la mierda ni que el trabajo esta semana haya sido tan duro, no merece que pague con él lo que me ocurre, así que trato de entablar conversación.

—¿Y esa guitarra? ¿Tocas?

Me clava la mirada con cara de pocos amigos.

—Vale, lo siento. He sido un poco descortés. No he tenido una buena tarde.

—Yo tampoco, pero no lo pago contigo —sigue trasteando con el móvil y ni me mira.

—Ya te he dicho que lo siento.

—¿Te suele bastar con decirlo? —deja el teléfono sobre la mesita baja y me mira. No sonrío, y me doy cuenta de lo que echo de menos que lo haga.

—Eres imbécil... —lo insulto. Se levanta y se pone frente a mí. Me saca más de una cabeza, su grande y musculado cuerpo me impone. Tengo que levantar el mentón para no desconectar nuestras miradas.

—Iba a aceptar tus disculpas, pero que me insultes hace que me lo replantee. ¿Sabes qué? —aprieta la mandíbula durante unos segundos, después la relaja—. Cena conmigo esta noche y lo olvido todo —me regala una sonrisa de las suyas, de esas que le ocupa toda la cara y te dejan ciega, y, en contra de mi voluntad, mi corazón da un saltito.

Le doy un puñetazo en el pecho.

—¡No estabas ofendido! ¡Lo has hecho para molestarme! —ensancha más su sonrisa—. Por supuesto que no voy a cenar contigo. Ni ahora ni nunca. No insistas más.

Lo dejo en el pequeño salón y me retiro a mi habitación.

El día ha sido agotador y casi no tengo apetito, así que me pongo el pijama, me tumbo sobre la cama y trato de dormir escuchando algo de música. Me quedo en un estado de duermevela durante más de una hora, tanto que se me olvida que he dejado a Pablo solo en el salón y no me preocupo si Cristina ha vuelto a casa o no. Unos preciosos acordes de guitarra me despiertan de mi sueño, le subo el volumen al móvil para escuchar mejor la melodía, pero me doy cuenta de que el teléfono se ha quedado sin batería. Lo miro, extrañada, y me quito los cascos de las orejas. Ahora escucho la canción mucho mejor, una voz masculina, pero muy dulce canta en inglés. Me incorporo y abro la puerta de la habitación, Cristina ha debido de llegar y ha puesto algo de música, sin embargo, me encuentro con una situación totalmente distinta a la que esperaba. Pablo sentado sobre el sofá, con la guitarra sobre su regazo, tocando las cuerdas con maestría y cantando muy bajito. Se ha quitado la chaqueta y deshecho también del chaleco de lana gris y su cuerpo solo lo cubre una camiseta blanca de mangas largas remangada a la altura de los codos. El pelo le cae sobre la frente de una manera muy salvaje y me fijo en las venas que sobresalen de la piel de sus brazos, pero mis ojos viajan hasta su boca y allí... allí no me importaría quedarme a vivir. La letra habla sobre amantes desnudos y flores sobre el agua, sobre vivir o no vivir. Casi ni me percató de que Cristina lo escucha sentada en el suelo frente a él.

—Con canciones como esta, normal que folles tanto. Si hasta yo me acostaría contigo ahora mismo —le dice mi hermana cuando termina.

Pablo deja la guitarra a un lado y le da un trago a su cerveza.

—Esta semana viajo a Londres, ¿quieres venir? Solo serán unos días.

—Me encantaría, pero estoy a tope de trabajo —Cris se levanta y me ve—. Nerea, hemos pedido pizza, ¿te apetece?

Asiento con la cabeza y camino hasta el salón, siento la mirada de Pablo sobre mí. Mi hermana desaparece en su habitación y yo me escondo en la cocina, pero un minuto después me doy cuenta de que no tengo más remedio que salir, así que lo hago y me siento en el sofá, junto a Pablo.

—Preciosa canción, me ha encantado —musito casi sin mirarle.

—Vaya, un cumplido —contesta, resuelto. Hago caso omiso a su comentario y sigo.

—No sabía que supieras tocar y... cantar.

—Lo intento —se encoge de hombros.

—La letra hablaba de dos amantes que no saben si quieren vivir o morir —comento.

—No exactamente, pero algo así —da un trago a su cerveza y la mira.

—Hablas inglés a la perfección, ¿verdad?

—Llevo años viviendo en Londres. Considero esa ciudad parte de mí —deja el botellín sobre la mesa y me mira. Sus ojos azules se clavan en los míos y durante unos segundos ninguno dice nada. Se crea una especie de cápsula a nuestro alrededor y siento como si estuviéramos solos en el mundo, antes solo me había pasado con una persona. Puedo notar su respiración acompañándose a la mía.

—No os levantéis, ya abro yo —Cristina nos lanza una indirecta, cruza el salón como una exhalación y contesta al portero automático. Nosotros seguimos metidos en nuestra burbuja—. Pero, ¿qué os pasa? ¡Espabilad, que ya está la cena!

Nos comemos la pizza hablando sobre gustos culinarios, pelis antiguas y el sin fin de posibilidades y maneras de meter la pata la primera vez que te acuestas con alguien. Bueno, de este último tema los dejo a hablar a ellos y he de reconocer que no entiendo muy bien por qué me molesta un poco enterarme de las aventuras y desventuras de Pablo con alguna de sus amantes. Pero ¿qué me importará a mí?

—¿Te acuerdas aquella vez que te pillé tirándote a una rubia en el cuarto de baño de un bar? —se carcajea Cris, recordándole a Pablo una de sus fechorías—. Qué asco, casi se me caen los ojos con lo que vi. ¿Cómo se llamaba? —le pregunta.

El susodicho se encoge de hombros y se acomoda en el sofá, apoyando la

espalda sobre este, dejando claro que ni lo sabe ni le importa no saberlo. Estoy a punto de levantarme, despedirme e irme a la cama, (decido que por hoy ya tengo suficiente información sobre Pablo y sus conquistas), cuando Cris salta gritando que necesita ir al baño y cierra la puerta después de desaparecer tras él.

—Creo que me voy a acostar —me impulso para levantarme, pero Pablo me agarra de la muñeca y me frena.

—Al final hemos cenado juntos.

—Esto no cuenta. No estábamos solos.

—Para mí cuenta cada segundo que paso contigo —dice sin darle ningún tono especial a su voz, no obstante, sus palabras me paralizan durante un segundo, el tiempo que tardo en darme cuenta que tengo delante a un mujeriego con mucha experiencia. Tiro del brazo, me suelto, le doy las buenas noches y me voy a mi habitación. Pablo habla inglés como si fuera londinense, pero me doy cuenta de que no es el único idioma que maneja a la perfección. Menudo Don Juan.

El sábado me levanto con la firme convicción de que ha llegado la hora de buscar piso y dejar a Cristina en paz. No me vendría mal encontrar un poco de tranquilidad y un remanso de paz en el que descansar y adaptarme a mi nueva vida. Me da un poco de miedo pensar en la soledad, en eso que llaman *El nido vacío*, pero mirar hacia adelante es mi única opción y estoy preparada para ello. Abro el ordenador sobre mi regazo y, junto a una taza de café y algo de música, me siento sobre el sofá y busco en distintas páginas de alquileres de viviendas una en la que pueda llegar a sentirme como en casa. Anoto varias en una hoja de papel, apunto los teléfonos y llamo para concertar las citas de las visitas. Salgo a comer con Ro y Carol y les cuento mi nuevo plan, me animan y me acompañan a ver la primera casa. ¿Qué decir de ella? Que es más fea que el hambre.

—Cariño, el cuarto de baño no está tan mal —susurra Carol a nuestro lado para que el agente no nos oiga.

Os voy a decir una cosa: el cuarto de baño es rosa, pero rosa rosa. Creo que los azulejos debieron colocarlos antes de la Guerra Civil Española.

—Carol, amor, no puedes decirlo en serio. No había visto nada tan horroroso en mi vida —advierte Ro, demasiado alto.

—Es cerámica traída de Italia... —apunta el vendedor, pero la andaluza lo corta.

—Como si ha viajado desde el mismísimo cielo. Me duele la cabeza de mirarla —le contesta sin pelos en la lengua.

Le hago un gesto con la mirada pidiéndole que se calle, sin embargo, la conozco y doy por supuesto que no lo hará, así que le doy las gracias al señor que trata de alquilarme el piso con el aseo más horroroso de todos los tiempos y nos vamos.

La siguiente no tiene nada feo, pero dudo que quepan cuatro personas en el salón. No lo dudo, lo comprobamos in situ. Gracias, adiós y muy buenas. La tercera no está nada mal, pero la raja en la pared junto a la cama creo que no me dejaría dormir tranquila sin pensar que el techo se pueda caer sobre mí en cualquier momento. La cuarta no tiene daños estructurales, pero huele a cloaca y... ¡tendría de compañera de piso a una rata enorme, más grande que yo! (Aunque esto último no es que sea muy difícil). Total, que llego a casa cabizbaja y con la moral por los suelos. Me tomo una ducha, me arreglo como si fuera fin de año: top negro, mini falda plateada, tacones altos y pelo ondulado; y salgo a bailar con Cristina, la mejor hermana del mundo que, después de escuchar mis peripecias buscando piso, ha decidido que podríamos salir a tomar unas copas. No suelo beber alcohol, pero pensar en un buen vino me hace la boca agua.

Nos sentamos en un sitio muy pintoresco en el que la media de edad ronda los veinticinco años, pero lo paso por alto por no dar el coñazo a mi hermanita que, aún resfriada, ha salido para hacerme sentir mejor. Una camarera muy simpática de unos dieciocho años con delantal rosa a juego con la decoración (como el baño que he visto esta tarde —creo que tendré pesadillas con él-) se acerca a nosotras para tomarnos nota. Optamos por hamburguesas de buey y medio kilo de patatas fritas; nos encantan desde pequeñas. El vino lo dejo para después, no quiero salir de aquí con dolor de cabeza.

—¡Achís! —Cris estornuda sobre la comida.

—Nena, mira para otro lado. Me vas a pegar el resfriado —cojo una patata de todas formas y me la llevo a la boca.

—Lo siento. No lo puedo controlar.

—Tápate esa boquita que tienes o... toma —le doy una servilleta—, se te está cayendo el moquillo.

La coge y se limpia.

—Cenemos y nos vamos a casa. No estás tú para estar por ahí de fiesta.

—Que no, que estoy bien. Además, te he prometido que lo pasaríamos

bien y lo haremos. He quedado con unos amigos, nos han invitado a una fiesta.

Me alerto ante lo que dice, no me apetece ver a Pablo, me pone nerviosa y no me gusta la sensación, siempre he controlado todo. Con él... hay cosas que se me escapan, aún no entiendo muy bien por qué. A veces pienso que no le caigo bien y que se ríe de mí, otras creo que la que no lo soporta soy yo, pero me niego a reconocerlo por no darle demasiada importancia a la situación. En fin, que prefiero ir a otro lugar, cabe la posibilidad de que entre esos amigos se encuentre Pablo.

—Cris, te agradezco que trates de animarme, pero no me apetece meterme en un piso con gente que no conozco.

—Conoces a Laura. Y no es en un piso. Vamos a una discoteca, no tienes de qué preocuparte. Habrá mucha más gente. De tu edad, tal vez —sonríe, perversa.

—¡Vete a la mierda! ¿Me estás llamando vieja? —sonríe ante su provocación—. No te llevo tantos años.

—Pues no hagas que parezca que son más. Nos lo vamos a pasar genial, ya lo verás.

Entramos en la discoteca una hora después. No hacemos cola en la puerta porque un gorila muy amable nos acompaña hasta un reservado decorado como si fuera el cumpleaños de alguien. De alguien importante. Globos plateados por todos lados, copas, champán, canapés y... un cartel frente a nosotras en el que se puede leer *Feliz Cumpleaños*.

Yo la mato.

—Cristina —le doy un toque en el hombro, ésta se gira hacia mí y deja de hablar con un amigo al que acaba de saludar—. ¿Me has traído a la fiesta de cumpleaños de una amiga? ¿En serio? ¿Estás loca? No la conozco de nada —abro los ojos de par en par y me cruzo de hombros.

—Tranquila, no pasa nada. Me dijo que podría traerte.

—Ah, bueno, me dejas mucho más tranquila —contesto, sarcástica.

—Hola, Pétalo. Me alegro que hayas venido —Pablo aparece por detrás de ella y la coge en brazos dando una vuelta sobre sí mismo con Cris encima. Ésta le rodea el cuello con los brazos, felicitándolo, y sonríe. La deja sobre el suelo frente a mí y le pregunta que por qué llega tan tarde.

—Me costó convencer a Ne. No quería venir. —Me carga con la culpa de nuestro retraso. Vale, lleva razón. No ha mentido, pero eso no significa que

no desee estrangularla y tirar su cuerpo a un río. Paso de ella y sonrío también. Me sale forzado, pero no dejaré que crea que lo estoy pasando mal y disfrute con ello.

—Hola, Pablo. Felicidades. De haberlo sabido antes, hubiera traído un regalo.

—No es necesario. Pasadlo bien y me haréis muy feliz. ¿Qué queréis tomar?

El cumpleaños desaparece entre el grupo de personas invitadas al evento en busca de nuestras bebidas. No se me escapa la de veces que es interceptado por todas las féminas del lugar, que lo paran, abrazan y besan felicitándolo. No necesito preguntar cuántos años cumple, nació el mismo año que mi hermana. Veintisiete primaveras.

Nos sentamos sobre unos sofás blancos de piel muy pijos y un camarero muy mono nos sirve las copas en el mismo lugar. Para Cris un Ron Bacardi con Coca Cola y para mí un vino blanco seco. Le doy un sorbo y calmo la sequedad de mi garganta desde que me di cuenta de la encerrona de mi queridísima hermana a la que torturaré como es debido en cuanto tenga tiempo. Ahora voy a tratar de relajarme y pasarlo bien. Miro a mi alrededor y recuerdo haber estado aquí antes. Trabajamos en una despedida de soltera hace un año que se celebró en este mismo lugar. Aprovecho que Cris habla con unas chicas para levantarme y mirar hacia el local. La muchedumbre baila al compás de *In to The Blue* de Kylie Minogue y, sin pensarlo, comienzo a contonear mi cuerpo al son de la música.

—¿Puedo acompañarte? —escucho a mi lado. Donde estamos se puede hablar, la música no amenaza con dejarnos sordos.

Un chico alto y desgarrado me regala una sonrisa muy bonita. El pelo ondulado le cae por encima de los hombros y rodea unas facciones muy atractivas. Tiene un *nosequéquenoseyo*.

Me encojo de hombros ante su pregunta y sigo a lo mío. Bailando y mirando hacia la gran pista de baile.

—Me llamo Allan —se presenta, amable.

Estoy a punto de decirle que no me importa cómo se llame, pero me recuerdo que he venido a pasarlo bien y decido ser amable.

—Nerea, encantada.

—Eres la hermana de Cristina ¿verdad? —pregunta tratando de entablar conversación. Asiento con la cabeza y le doy un sorbo a mi copa de vino—. No os parecéis en nada.

Me dan ganas de contarle la historia que le relataba a Cris cuando era pequeña para hacerle llorar y decirle que en realidad no somos hermanas, que a Cris la encontraron en la puerta de casa una noche de lluvia y nuestros padres decidieron adoptarla, pero que es hija de unos rusos traficantes de drogas que vienen a visitarla de vez en cuando y amenazan con llevársela algún día.

—Eso dicen —opto por otra respuesta más correcta y verdadera—¿Eres inglés? Tu acento...

—Madre inglesa, padre español —levanta su copa, brindando al aire en mi dirección y a continuación bebe.

Hablamos durante más de una hora y he de reconocer que me lo paso bien. Allan parece bastante divertido y sus ocurrencias me hacen sonreír en más de una ocasión. Terminamos sentados en una esquina de la sala, demasiado cerca y con muy poca luz. Aún así me doy cuenta de la fina línea en la que se convierten sus ojos cuando sonrío y en lo ancho de sus hombros bajo la camiseta negra de mangas cortas que lleva.

—¿Qué significa este tatuaje? —Parece chino, pero no puedo asegurarlo.

—Algo así como «Soplapollas».

Lo miro y abro los ojos.

—¡No! ¡No puede ser! —Asiente con la cabeza— ¿En serio? —Vuelve a hacer el mismo gesto.

Comienzo a reír desinhibida, me agarro el estómago y mi cuerpo cae un poco sobre el suyo a causa de las pequeñas convulsiones. Me disculpo y vuelvo a mi sitio.

—¿Pero cómo...?

—No preguntes. Un mal día lo tiene cualquiera.

—Quiero saber la historia —le insto a que me haga partícipe de ella.

—La próxima vez que nos veamos te la cuento. Me da un poco de vergüenza.

Allan no tiene pinta de ser de esos tipos a los que les da vergüenza nada, pero no insisto y cambiamos de tema. Cuando miro el reloj me doy cuenta de lo tarde que se ha hecho y que me duelen los pies de bailar con mi nuevo amigo. Le informo de que ha llegado la hora de volver a casa y se ofrece a acompañarme.

—No es necesario.

—No dejaré a una dama por ahí sola a las cinco de la mañana.

—No tiene usted pinta de caballero —contesto siguiéndole el rollo. Me

hace una reverencia después de decirme que será un placer acompañarme.

Busco a Cristina entre el gentío y veo a Pablo besándose con una chica en un rincón. La morena lo aprisiona contra la pared sin darle opción a escapar (aunque, de todas formas, no parece que desee hacerlo). Un pequeño resquemor me remueve el estómago y pienso que he bebido demasiado vino. Dejo la copa sobre una mesa y sigo con lo mío. Encuentro a Cristina hablando con un chico muy cerca de la barra.

—Cris, me voy. Mañana quiero seguir buscando piso. ¿Te vienes? —pregunto, sabiendo la respuesta.

—Me quedo un rato más.

—Vale, nos vemos en casa.

—Llama a un taxi y que te recoja en la puerta —casi me ordena. A veces se le olvida quien es la mayor.

—Tranquila, Allan me acompaña.

—Estupendo —zanja el tema. Me da un beso y nos despedimos. Se ve que confía en Allan, al menos más que yo.

Salimos del local y un frío helado se me mete dentro. Me abrazo a mí misma y Allan me rodea los hombros con su brazo derecho. Es tan alto como Pablo. Mierda. ¿Por qué me acuerdo de él ahora? Vaya comparación más desafortunada. Caminamos juntos hasta la acera y me para delante de una limusina. Abre la puerta y me invita a que entre.

—¿Qué es esto?

Se encoge de hombros y sonrío.

UN PISO, TRES MALETAS Y *FOLLOW ME* DE MUSE

El domingo me levanto con un poco de resaca. Como he dicho, no suelo beber alcohol por una buena razón que contaré algún día, pero me gusta tomar un poco de vino de vez en cuando aunque se me sube a la cabeza demasiado rápido. Me tomo un ibuprofeno, una ducha y todo solucionado. Abro el correo en el móvil para ver si puedo visitar alguna de las casas a las que llamé ayer y con la que no había concertado cita y encuentro que dos me han contactado y citado para esta tarde. Lo celebro con un donut de chocolate, un café doble y un poco de música. Eso sí, me pongo los auriculares para no despertar a Cristina que aún duerme. No me extraña que siga sopa después de comprobar a la hora que llegó anoche, o debería decir esta mañana, hace exactamente —miro el reloj— tres horas que la muchacha hizo una aparición estelar llevándose por medio todo lo que pillaba a su paso. Tarareo *Yesterday* de The Beatles mientras sigo buscando casa propia en varias plataformas online. Espero que la suerte me acompañe hoy y una de las visitas que tengo programada sea la elegida, pero visto lo visto, mejor seguir buscando por si acaso. Anoto dos teléfonos más y los guardo en la agenda del móvil para llamar mañana lunes si los astros no desean alinearse y darme una vivienda digna antes de que termine el día. Me suena el teléfono móvil y corta la canción que escucho. Miro la pantalla y acepto mi destino. No puedo ignorar más a mi madre.

—Hola, mamá —me resigno.

—¡Nerea! Por fin consigo hablar contigo. ¿Cómo se te ocurre hacerle esto a tu madre?

—Ya sabes que es época de mucho trabajo. No tengo tiempo para nada.

—¿No tienes ni cinco minutos para llamar a tu madre? ¡Ay, Nerea! Qué disgusto más grande.

—No te pongas así, prometo ir a veros pronto.

—¿Cuándo? Tú padre y yo te echamos de menos.

—Yo a vosotros también, mamá. Intentaré ir el fin de semana que viene.

¿Te parece?

—Claro que sí. Dile a Sebastian que tu padre tiene que hacerle una consulta sobre unas inversiones.

Se me corta la respiración y la frente me comienza a sudar cuando escucho su nombre y recuerdo que he de darle la noticia de mi separación a mi *santa* madre.

—¿Papá unas inversiones? —me extraño.

—Si, hija, si. Le dije que no se jubilara tan pronto, pero no quiso escucharme. Ahora juega al monopoli con nuestros ahorros. Entre todos vais a matarme a disgustos.

Disgusto el que le voy a dar cuando se entere de que Sebas y yo nos hemos dado un tiempo indefinido para pensar sobre nuestro futuro juntos.

—Mamá, tengo que dejarte. Voy a coger el coche —miento como una bellaca, pero darme cuenta de lo que me espera cuando hable con ella me produce arcadas.

—Adiós, mi niña. Llama a tu hermana y dile que pon fin he hablado contigo. Te quiero.

—Lo haré. Yo también te quiero —cuelgo y me tiro de espaldas sobre el sofá con los ojos cerrados tratando de no hiperventilar.

—¿Quién era? —pregunta Cris, con voz rasposa, tirándose a mi lado y aplastándome medio cuerpo.

—Nuestra querida madre.

—¿Te ha sometido al tercer grado?

—Ha optado por hacerse la mártir.

—Era otra opción —se toca la cabeza y suelta un pequeño quejido.

—La semana que viene voy a verles. ¿Me acompañarás? —la empujo para que deje de aprisionarme.

—Claro.

Bufo.

—Lo entenderán —me anima a sabiendas de lo que pienso en estos momentos.

Supongo que deberían hacerlo y confío en que mi padre lo haga, sin embargo, mi madre es harina de otro costal. No la culpo por creer que el matrimonio debería ser para toda la vida, tuvo una educación muy religiosa y

le costó aceptar que mi boda no fuera en una iglesia con un cura dándonos la bendición y ante los ojos de Dios, no obstante, entre todos conseguimos que entendiera cuáles eran mis deseos y que debía apoyarme en mi decisión. Carmela, mi progenitora, quiere tanto a sus hijas que daría la vida por nosotras, como todas las madres, supongo, yo aún no entiendo qué significa eso; sin embargo, algunas veces nos critica demasiado, no aprueba lo que hacemos y utiliza su delicado estado de salud para llevarnos al huerto y hagamos lo que ella quiere.

—Esta tarde voy a ver un par de pisos. ¿Vienes conmigo? —cambio de tema.

—Si consigo estar de pie más de cinco segundos sin caerme, me apunto. Me encantaría ver los pisos de pija en los que te fijas.

—Solo quiero sentirme cómoda en algún sitio —voy a la cocina y cojo una botella de agua fría. Se la ofrezco y bebe.

—Sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Lo sé, pero necesito normalizar la situación. Hacerla real, estar aquí contigo me gusta, sin embargo, me parece que voy a volver a casa en cualquier momento...

—¿Quieres volver? ¿Con él? —se sienta y termina con la botella del tirón.

—No —atajo, segura—. Ahora mismo, no. Lo echo mucho de menos, pero a veces creo que no lo echo de menos a él, sino a la vida que teníamos. No sé... es difícil de explicar.

Encontrar un piso habitable en esta ciudad se convierte en misión imposible. Vamos al barrio de Salamanca con la idea de toparnos con un ático de lujo, pero nos damos cuenta de que *de lujo* solo tiene el precio. Cristina se ríe a carcajadas delante del agente comercial y esta vez la sigo sin remordimientos. Los muebles son tan antiguos que bien se podría haber sentado en ellos la reina Isabel II. Vamos, que salimos corriendo de allí como si el fantasma de la Reina Castiza se fuera a presentar vestida de gala y con corona.

—Creo que estoy perdiendo las esperanzas.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Pues Ramón fue lo primero que perdió —ríe mientras subimos en su Fiat 500 y ponemos rumbo a nuestro nuevo destino.

Suelto una carcajada recordando el mal rato que pasó mi amigo Ramón cuando a los dieciocho años de edad fue abandonado por su primera novia llamada Esperanza. Desde entonces hacemos bromas sobre ello, él incluido.

No creáis que somos tan malas personas, la ocurrencia fue del muchacho. Hace mucho que no lo llamo, así que me anoto mentalmente enviarle un mensaje en cuanto tenga algo de tiempo. De momento, encontrar casa se ha convertido en mi único objetivo y fijación. Cris aparca el coche en una calle muy poco concurrida cerca de Marqués de Cubas y me ilusiono pensando que tal vez que se ubique tan cerca de mi trabajo puede ser una señal.

—Es aquí —paramos frente al edificio y miramos hacia arriba. Me resulta raro que mi hermana, la que todo lo sabe, no diga nada.

—Entremos, llegamos un poco tarde —veo salir una pareja de ancianos del portal.

—¿Qué piso es? —pregunta a la vez que cruzamos el bonito pasillo.

—Décimo B —contesto comprobando en el papel que no me equivoco.

Subimos en el ascensor los diez pisos demasiado calladas. Yo pido al destino que me obsequie con un poco de suerte y Cris debe ir pensando en lo bien que lo pasó anoche porque no se le borra la sonrisilla de la cara.

Saludamos al comercial que nos espera con la puerta abierta. En el rellano casi empiezo a aplaudir, solo son dos pisos por planta y todo parece muy nuevo. Paredes lisas grises recién pintadas, suelo blanco y apliques negros. Tengo que controlarme y no empezar a saltar. El piso bien merece que no me corte y comience a dar brincos como una descerebrada. Un vestíbulo con un espejo con bordes plateados de estilo moderno a juego con toda la decoración de la casa que sigue el mismo estilo. Salón blanco con cortinas blancas, todo lleno de luz. Un enorme sofá gris, mesa simple de cristal, pocos adornos... una cocina enorme y a estrenar, dos baños perfectos, dos habitaciones dobles, una terraza considerable con vistas al sur, calefacción central... ¡es perfecto!

Cris ve mi cara de felicidad y sigue sin decir una palabra. Algo huele mal, pero mi estado de euforia no me deja pensar.

—¡Di algo! —la insto.

—Es... muy tú —se encoge de hombros.

—Si ¿verdad?

Me giro hacia el comercial y le digo que me lo quedo. Me informa de que no es tan sencillo, me hace un listado con toda la documentación que necesita y que me llamará mañana mismo para comprobar que cumplo los requisitos y que el dueño está de acuerdo con el contrato. El agente nos deja a solas mientras va a cerrar las ventanas y le susurro a Cris que tiene que ser mío.

—Aquí podré vivir tranquila. Seguro que los vecinos no dan ruido. Parece un sitio muy serio y distinguido. Ya lo has visto. La media de edad debe ser

superior a sesenta años.

—No sé. A lo mejor tienes suerte y conoces a un vecino cañón y no te deja dormir por las noches.

—No digas tonterías —me siento sobre el cómodo sofá y suspiro—. Créeme, aquí encontraré paz.

—Disculpe —me interpela el comercial—. Acabo de hablar con el dueño y, al decirle su nombre, se ha alegrado de que sea usted. La conoce desde hace dos años porque se ocupa de preparar los eventos de su empresa. Así que, si lo desea, podemos cerrar el trato ahora mismo.

Así es como consigo hacerme con la casa de alquiler de mi sueños. La suerte se apiada de mí y decide darle un empujoncito a los astros para que se alineen y me regalen este maravilloso apartamento en el que viviré momentos inolvidables, estoy segura.

El lunes llamo a Joel y le pido que se encargue de todo porque, y cito palabras textuales: «voy a mudarme al paraíso». Le prometo que intentaré pasarme esta tarde por la oficina y preparar la reunión de mañana. Me pongo manos a la obra en cuanto cuelgo el teléfono. Contacto con una empresa de limpieza y me envían dos trabajadores para que se encarguen de dejarlo todo de punta en blanco antes del mediodía y soborno a Cristina para que me ayude con la mudanza. En mi coche, claro. En el suyo solo cabemos ella, yo y poco más. Cargamos las maletas, mis pocos enseres personales y nos dirigimos rumbo a mi nuevo destino. Cantamos canciones de Ariana Grande durante todo el trayecto, Cristina se proclama su fan más incondicional y ha conectado su Smartphone al Bluetooth del coche antes incluso de salir del aparcamiento. Me detengo en la puerta del edificio en doble fila y sacamos todo en unos minutos para dejarlo sobre la acera. Le pido que se quede a vigilar los bártulos mientras yo voy a aparcar el armatoste que tengo por coche. Tardo más de lo esperado por sus grandes dimensiones, así que vuelvo con mi hermana bufando y corriendo calle abajo. Llego justo antes de que empiece a llover y me alegro al ver que mi preciada hermana tiene todas las maletas subidas a una especie de carrito.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del cuarto de la luz —contesta, resuelta.

Hago caso omiso al hecho de que supiera donde estaba el carro o la posibilidad de que haya cotilleado por ahí y agradezco, de todas formas, que lo haya encontrado.

No voy a mentir y admitiré que un rescoldo de tristeza me remueve el

corazón mientras coloco mis cosas en los armarios. Incluso una furtiva lágrima se me escapa y rueda por mi mejilla, pero la limpio con la mano y respiro hondo. Yo puedo con esto y con más, además, tengo que ser sincera conmigo misma y reconocer que, por mucho que eche de menos a Sebastian, no me gustaba la vida que llevaba con él. Aún así, no puedo evitar que un montón de recuerdos de cuando sí éramos felices revoloteen por mi mente y me hagan sonreír. Aparece en mi cabeza la imagen de los dos haciendo la mudanza a la casa que se convirtió en nuestro hogar durante casi siete años, las primeras noches allí cuando ni siquiera teníamos lámparas o sillas. No nos hizo falta que las habitaciones tuvieran muebles, no echábamos nada de menos porque todo lo llenaba nuestro amor. El mismo que desapareció por el desagüe en algún momento de nuestra relación. Cierro los ojos y casi lo siento detrás de mí, abrazándome y diciéndome lo felices que seremos en nuestro nuevo hogar. Tiró de mí, me llevó a la cama y entre un millón de promesas de futuro me hizo el amor con pasión.

—Ne, tía. Mira lo que he encontrado —mi hermana aparece como salida de la nada y me saca de mi ensoñación. Sobre la palma de su mano derecha descansa un anillo de plata muy grande con forma de estrella sobre la parte superior. Lo cojo y lo observo más de cerca. Adoro las estrellas, si me estuviera bueno, me lo quedaría.

—Debe ser del anterior inquilino. Un hombre sin duda —comento mientras me lo pongo y me doy cuenta de que me caben dos dedos a la vez—. Llamaré a Pedro —el dueño de la vivienda— y tal vez pueda devolvérselo.

Lo meto dentro de un cajón del mueble del salón junto a la copia de la llave del apartamento. Despido a los trabajadores de la limpieza y Cristina y yo salimos a comer a un bar cercano. Cierro con llave mi nueva casa y busco a mi hermana con la mirada, otra vez aparece en su rostro esa sonrisilla que me tiene contrariada.

—¿Por qué sonríes así? —llamo al ascensor.

—Por nada. Estoy segura que serás muy feliz aquí.

—Me alegra que pienses así.

—Yo me alegro por ti.

Por la tarde me paso por la oficina, tal y como prometí a Joel, y lo encuentro con un más que considerable ataque de nervios. Mía trata de calmarlo con un par de infusiones de tila y muchas palabras de ánimo. Barajo

como primera opción que ha discutido con Toni y que ha tenido que ser gorda para que mi «tranquilo» (lo subrayo porque es ironía) ayudante se suba por las paredes de esta manera. No obstante, me equivoco de lleno y abro los ojos de par en par cuando me dice que el fotógrafo de la boda de este fin de semana ha tenido un accidente de moto y nos ha dejado tirados.

—Joel, de verdad. ¿Te pones así por eso?

—*Queen*, Reina Mora, Diva Elsa —me llama por muchos mote menos por mi nombre— ¿Acaso no ves lo difícil que es encontrar un fotógrafo en estas fechas y cinco días antes?

—Le pediré a Cris que las haga, no te preocupes.

Asunto solucionado, ¿para qué tanto drama? Llamo a mi hermana y compruebo su disponibilidad para ese día y tranquilizo a Joel haciéndoselo saber. Le damos otra infusión y una pastillita de valeriana y me pongo a trabajar en lo que esta semana me va a ocupar todas las horas del día: la fiesta, este jueves, de una de las empresas más importantes del país, la cena de navidad de MKD.

Esa noche duermo en la que a partir de ahora será mi casa durante mucho tiempo. Cuando llego, pongo la calefacción el tiempo justo para que se caldeen todas las estancias y estreno el sofá con un buen queso, una copa de vino y un poco de rock sonando por el altavoz de mi teléfono móvil. Me doy cuenta de que tengo que comprar varias cosas para sentirme del todo cómoda y que debería pasarme por mi casa a recoger otras tantas que me harán falta tarde o temprano. Como mi equipo de música, rizador de pelo o depiladora. Me miro las piernas y las confundo con las de un perro. Qué horror. Aunque no tengo sexo y las previsiones se esperan desfavorables, debería quitarme esos pelillos que me saludan desde abajo.

Las chicas me llaman para animarme y amenazan con presentarse en este preciso momento a ver el piso si no les mando algunas fotos, así que la siguiente media hora la paso fotografiando todo y enviándolo al grupo de WhatsApp que tenemos las tres. Las invito a tomar café el viernes, ellas insisten en venir mañana, pero les explico que esta semana el trabajo me ahoga y pasaré más horas en la oficina que aquí, suerte tendré si consigo venir a dormir.

El martes, Joel se tira de sus pelos verdes, cuando nos llaman de MKD y nos informan que ha habido unos cambios de última hora y que hay que trasladar una exposición de cuadros al hotel donde se va a celebrar el evento pasado mañana. Vuelvo a darle una valeriana y un vaso de agua y trato de

que la sangre no llegue al río. Nos ponemos manos a la obra en cuanto se tranquiliza y a última hora de la tarde lo tenemos casi todo arreglado. Nos tiramos los dos sobre el sofá de una de las salas, derrotados.

—*Queen*, creo que no me siento las uñas —se las mira. Yo las agarro y suelto una carcajada.

—¿Qué es esto? —algo brilla en cada una de ellas.

—Lo último en laca de uñas —tira y se suelta, fingiéndose ofendido—. Tú deberías cuidar más las tuyas.

Sólo llevo un poco de brillo, pero limpias y perfectas.

—No te enfades, *cari*. Me encanta cómo te quedan —son de un color azul eléctrico con vetas verdes a juego con su color actual de pelo.

El miércoles a primera hora cruzamos las puertas del Hotel Silken Puerta Madrid y no paramos en todo el día. Mía, Joel y yo trabajamos codo con codo para que todo salga perfecto mañana por la noche. Alejandro Fernández es uno de mis clientes más poderosos y no me puedo permitir perderlo, menos aún desde que la economía de mi hogar depende solo de mí. Reconozco que el alquiler que voy a pagar a partir de ahora es bastante alto, pero esa casa lo vale. Por la tarde me presentan a la responsable de la exposición, una chica muy guapa y simpática llamada Daniel Sánchez, a la que pongo al día de todo y la dejo más tranquila, parece un poco apurada. Me ocupo de que las obras de arte sean tratadas como se merecen y le pido a Joel que coloque los jarrones de rosas blancas donde él vea conveniente. La sala queda preciosa, adornada de poemas y maravillosas obras de arte. Miro a mi alrededor y una sensación de plenitud me invade por completo, me encanta mi trabajo. Me despido de la señorita Sánchez hasta mañana y vuelvo a casa muy cansada, pero orgullosa con lo que hago.

Me tumbo sobre el sofá después de darme una ducha de agua muy caliente y me tapo con una manta gris con dibujos en relieve de mariposas. Cierro los ojos y... siento paz. Nada de música, nada de televisión, quiero descansar; pero mi remanso de tranquilidad solo dura unos minutos. A través de la pared del salón se empieza a escuchar los acordes de una melodía que me resulta familiar: *Follow Me* de Muse. A pesar de que el grupo me encanta y comienzo a tararear la canción, no tengo fuerzas ni ganas de nada más por hoy, así que me voy a la cama preguntándome quiénes serán mis vecinos, hasta ahora había creído que la casa se encontraba vacía.

GRACIAS Y ADIÓS

—Reina mora, ¿qué modelo elegirás para esta noche? —me pregunta Joel mientras me pone un café delante y él toma asiento frente a mí en la cafetería del hotel donde se celebrará el evento.

—Un Dolce Gabbana negro.

—¿El de la boda de los Andrades?

Asiento y le doy un sorbo a mi bebida. Ese vestido se podría comparar con la obra de arte más exquisita. El encaje negro me cubre casi al completo, llegando hasta las muñecas y dejando entrever parte de los pechos y la espalda, sin dejar que se vea nada. Largo hasta el tobillo, desistiendo de tapar mis preciosos zapatos del mismo color, ausentes de adornos o remilgos, mi atuendo no necesita nada más.

—Llevas todo el día bastante callada —observa.

—No hemos parado de trabajar en ningún momento —le doy un sorbo al café y cierro los ojos. Joel se incorpora hacia delante y me agarra la mano con cariño.

—Diva, algo te preocupa, ¿puedo saber qué es?

—No es nada, estoy bien.

—Es Sebastian, ¿verdad? Temes encontrarlo en la fiesta.

Lo miro y entiendo lo que le quiero decir. Ha dado justo en el clavo. Mi marido siempre ha asistido a este tipo de eventos. Se codea con lo mejorcito de la ciudad y cabe la posibilidad de que dentro de unas horas aparezca por esas puertas vestido con un traje de chaqueta de diseño perfecto para la ocasión. La empresa para la que trabaja hace negocios con MKD y, por supuesto, está invitada a la fiesta.

—A veces lo echo tanto de menos que parece... Es como si me faltara una mano. Como si no supiera hacer las cosas sin él —reconozco, con la mirada perdida en el suelo y susurrando; como si las palabras de esta forma fueran más débiles y el aire se las pudiera llevar con facilidad alejándolas de mí conforme salen de entre mis labios.

—Lo estás haciendo genial —me aprieta la mano—. Habéis estado juntos diez años. No puedes olvidarlo en dos días.

—Ha pasado más de un mes.

—¿Y qué? ¿De verdad creíste que sería fácil? —Niego con la cabeza—. Mírame. —Lo hago y él sigue—. Sebastian te quería y tú lo querías a él. ¿Me equivoco? —Vuelvo a negar—. Fue amor y no lo hubiese sido si lo pudieras olvidar de la noche a la mañana. Yo lo veo así. El amor no se borra de un plumazo, no desaparece cuando nosotros queremos. Aunque lo ahuyentes, aunque lo alejes, el amor se va cuando quiere, no intentes deshacerte de él.

—¿No se ha ido ya? No estamos juntos.

—Eso no significa que no os queráis, solo que os falta algo importante, el nexo de unión se rompió y tal vez nunca vuelva a uniros.

—¿Y si no lo hace?

—Debes aceptar tu destino.

Jodido destino que me puso delante al hombre de mi vida y ahora me pone a prueba, haciéndome dudar de si realmente lo era.

Toco la madera de una mesa con la yema de los dedos, paseo la palma de la mano con suavidad sobre ella y siento la cálida y a la vez basta superficie tratando de asimilar cada detalle. Huelo la rosa blanca que llevo en la otra mano y cierro los párpados dejando que la oscuridad me abrace durante unos segundos. Mi momento de tranquilidad, de descanso, de alivio antes de que la guerra ponga en pie las tropas y todo a mi alrededor se convierta en un montón de mareas de San Juan con las que tengo que lidiar. En poco más de una hora comienza el evento y no puedo dejar que nada salga mal. Miro el enorme salón donde se celebrará y me aseguro de que todo está en su sitio, nada fuera de lugar. Dejo la rosa dentro de uno de los jarrones que adornan la sala y paro frente a un poema que me llega directo al corazón, como si este fuera una diana que llama a gritos a la lanza que mis recuerdos empuñan en todo momento. «El olvido está tan lleno de memoria que a veces no caben las remembranzas y hay que tirar rencores por la borda. En el fondo, el olvido es un gran simulacro repleto de fantasmas». Lleno el pecho de aire y relajo las manos junto a mis costados; me llevo una, despacio, hasta el pecho y trato de acompañar mi respiración, deshaciéndome de parte del lastre que me hunde los hombros.

—Ya están todos los pergaminos preparados. Yo me pondré en la puerta a dar la bienvenida y los repartiré —Joel llega hasta mí.

—Comprueba que la cocina está preparada. Iré a ver si han arreglado el tema de la luz.

Los asistentes comienzan a llegar, el catering reparte delicatessen y recibimos a todos con una copa de champán. La noche pasa perfecta, sin ningún tipo de incidentes y sin invitados no deseados como un ex marido al que no acabo de olvidar. A las doce suelto todo el aire que contenía dentro del pecho, no creo que aparezca viendo la hora que es. Me acerco a la barra y pido una botella de agua que me calme la sed y el desasosiego. Todo va perfecto, no hay nada que pueda estropear el instante de tranquilidad. Joel se acerca a mí con dos copas de cava, una en cada mano. Me ofrece una y yo la acepto haciendo una pequeña reverencia. Él levanta la suya y yo lo sigo; brindamos por el buen trabajo que hemos realizado y por el maravilloso transcurso de la noche, sin incidentes, sin nada que pueda manchar o estropear el buen nombre de mi empresa.

Me atraganto con el líquido y lo escupo sobre la chaqueta morada de mi ayudante que me mira como si pudiera desintegrarme con ese simple acto.

—*Queen*, pero ¿qué haces? Esta chaqueta me costó el sueldo de un mes. —Sigue hablando y soltando exabruptos mientras yo pierdo la mirada al fondo de la sala. Sebas habla con un grupo de hombres no muy lejos de donde me encuentro. Parece sentirse cómodo entre tanto magnate. ¿Cuándo ha llegado? Da la sensación de que lleva aquí bastante tiempo. Después de ponerme de vuelta y media, Joel gira y sigue mi mirada encontrándose con la razón de que mi cara haya tomado ese tono blanquecino. Ninguno de los dos decimos nada. Una chica morena con el pelo muy largo, de unos veinte años de edad, se acerca a él, lo agarra del codo y le dice algo al oído. Sebas sonríe, se disculpa ante sus acompañantes y desaparece con la mujer detrás de una puerta que da a otra sala un poco más privada. La reconozco unos segundos después, justo antes de que mi lucidez vuelva y no corra hasta ellos y empiece a gritar.

—Discúlpame —le doy mi copa a Joel y salgo a la calle a tomar un poco el aire. No llego a salir del halls del hotel porque hace más frío que en Alaska. Mi amigo de pelo verde sale detrás y para frente a mí.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Sabes qué es lo que más me molesta?

—Viniendo de ti, cualquier cosa, Reina Mora.

—Que tiene las tetas de silicona.

—¿Quién? —pregunta entre extrañado y divertido.

—Su secretaria —aclaró—. Siempre quise operarme los pechos —me las señalo— y Sebas nunca estuvo de acuerdo. Decía que no le gustaba, que las prefería naturales. No me las operé nunca porque no me dio la gana, su opinión no fue la principal razón por la que no lo hice, me da mucho miedo la anestesia; pero decía que no le gustaba tocar goma y ahora ¡se busca a una niñata siliconada!

—¿Esa niña es su secretaria?

—Sí, no nos desviemos del tema principal.

—Y el tema principal es... —hace un gesto con la mano para que yo siga.

—Las tetas de silicona —me las vuelvo a señalar.

—¿Qué más da que lleve como que no? —se cruza de brazos esperando que yo diga algo, sin embargo, no lo hago. Me agarra de los brazos y pone su cara a la altura de la mía—. Es su secretaria, habrá venido acompañándolo como tal.

Solo hay una manera de averiguarlo: preguntárselo. Joel trata de evitar que haga el ridículo de mi vida, pero lo convengo de que no haré nada que ponga en peligro mi dignidad y llego hasta la sala donde se metieron. Hay muy poca gente, dejando grandes espacios libres entre unos grupos y otros. Diviso a mi marido y a su secretaria hablando junto a una pared de madera de la que cuelga un cuadro con una imagen de una mujer casi desnuda bañándose en un río. Sebas me ve antes de que llegue a ellos y se pone rígido al instante.

—¿Podemos hablar un momento? —Le pregunto, pero él no dice nada—. A solas —miro a su secretaria y no puedo controlar que mis ojos se vayan a su escote. Son operadas, sentencio. Marga, creo recordar que se llama, lo mira buscando su aprobación y desaparece de mi vista subida a unos tacones de infarto.

—Estás guapísima —me alaga.

—Gracias, pero dejemos los cumplidos para otro momento. ¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora. He intentado negarme a venir, sabía que estarías aquí, pero me ha sido imposible escabullirme.

—Y tienes que presentarte con tu secretaria como acompañante.

—Ella conoce a todos los clientes. Maneja bien los contactos.

Esa zorra no es lo único que sabe manejar.

—Nerea —da un paso hacia mí y me aparto. Suspira y sigue—. Sabes perfectamente que es trabajo...

—¿Te acuestas con ella? —la pregunta se escapa de entre mis labios.

Su silencio da respuesta a mi consulta.

—Solo ha pasado una vez y ya no estábamos juntos. Nunca te he mentido.

Se me corta la respiración y me giro, tratando de escapar; Sebastian me agarra del brazo y me para.

—No significa nada.

—¡Suéltame! —siseo. Corro hasta el baño más cercano. Perdonadme que llore ante la noticia de que el que sigue siendo mi marido se haya tirado a su secretaria probablemente sobre la mesa de su despacho. El sitio es lo de menos, pero imágenes de todo tipo, la mayoría rocambolescas, aparecen en mi mente a trompazos. Me meto en uno de los baños y me permito derramar unas lágrimas ante esa idea. Entiendo que la necesidad de cada persona de tener sexo con otra difiere según qué cosas, pero me cuesta creer que Sebas tenga ganas de acostarse con alguien que no soy yo cuando a mí ni se me pasa por la cabeza hacerlo.

Alguien da unos toques en la puerta preguntando si me encuentro bien. Le digo que sí, que no se preocupe y susurro que ya salgo entre hipos y sollozos.

—¿Necesitas algo? —me pregunta Dani, la recuerdo.

—Oh, gracias. Estoy bien —le contesto bastante afligida, tratando de no llorar más.

—Me ha parecido que no lo estabas. Espera... tienes un poco de rímel aquí —coge un trozo de papel del servilletero pijo que yo misma me he encargado de poner y me ayuda a limpiarme.

—Gracias. La vida es un asco —me miro en el espejo, refregando la tinta negra sobre mi piel y no entiendo muy bien por qué me sincero con esa mujer —. Mi ex marido ha venido a la fiesta a refregarme por la cara que tiene una amante. Si pudiera, le cortaba los huevos.

—Si vas a sentirte mejor, hazlo —me aconseja y me saca una pequeña sonrisa; muy corta, pero suficiente por ahora—. Pero habla con propiedad. La vida es maravillosa, son los tíos los que no valen nada.

En ese momento, dos mujeres, que no me caen para nada bien, nos interrumpen y una de ellas me insta a que atienda la barra y la falta de *Macallan*. Así que nos despedimos de ellas y me parece escuchar que Dani, la encargada de la exposición, la llama *Whisquera Pajillera*. Sonrío para mí y la acompaño hasta fuera. La dejo en un duelo a muerte con el dueño de la empresa y repongo la falta de Whisky antes de que Marina o Natasha se quejen y tenga algún problema con el jefe. Las conozco de otros eventos que

he preparado y de nuestras relaciones laborales, y soy consciente de la mala leche que gastan.

Llego a casa pasadas las cinco de la mañana, me duelen los pies una barbaridad y casi no puedo caminar. El taxi me deja en la puerta de mi nuevo edificio y recorro los pocos pasos hasta el portal notando el frío sobre la planta de mis pies, aguantando los zapatos con una de mis manos. Bajo del ascensor en mi planta, paro frente a la puerta e intento abrir con una de las llaves. La cerradura se resiste y trato de hacerla girar con un movimiento de muñeca. Lo intento otra vez y... Escucho la puerta de al lado abrirse. Miro en esa dirección y una chica muy atractiva y con pinta de modelo de pasarela me mira con cara de pocos amigos. La saludo con un cordial «buenas noches», pero ella me ignora por completo y desaparece dentro del elevador. Vaya, pues parece que tengo vecina y, por cierto, bastante antipática.

Quince minutos después, me he dado una ducha, puesto el pijama y preparado un café que me tomo tirada sobre mi maravilloso sofá. Escucho el poco tráfico de Madrid muy a lo lejos y el silbido del viento que se cuele por una ventana mal cerrada. Me levanto y la empujo para sellarla bien. Miro hacia el cielo y me entretengo buscando las estrellas, durante mucho tiempo fueron los astros los únicos que conseguían darme paz, hace tanto tiempo de aquello que casi se me había olvidado; ceso en mi intento por encontrarlas y me tumbo en mi cama tapada hasta los ojos. Escucho un fuerte golpe en el piso de al lado seguido de lo que me parece un «joder». Caigo en la cuenta de que debo de tener más de un vecino, ¿una pareja tal vez?

El viernes salgo de casa con mis mejores vaqueros y mi más abrigado chaleco de lana. Hace un frío que corta la cara. Joel me saluda con unas ojeras negras muy a juego con las mías. Pasan las diez de la mañana cuando llego hasta él y le ofrezco uno de los cafés que llevo en las manos, sin embargo, ninguno de los dos hemos dormido más de cuatro escasas horas. Mi ayudante me recuerda la importante fiesta de fin de año que tenemos que terminar de organizar durante estos días.

—No me gusta trabajar en fin de año —se queja dándole un sorbo al café.

—No hace falta que vengas. Yo me pasaré a echar un vistazo y me iré cuando todo esté controlado. Seguro que Toni tiene mejores planes para vosotros dos —me siento sobre su mesa y me masajeo la sien.

—Quería llevarme a los Alpes Suizos, pero, reina de los Ángeles, jamás te

dejaría sola en un evento tan importante.

El acontecimiento en cuestión es la fiesta de fin de año de un famoso grupo de rock británico recién llegado a nuestro país. Se celebrará en La Finca, la urbanización más selecta de Madrid y a donde asistirán famosos y gente influyente de todas partes del globo.

—¿Cómo se llama el grupo? —pregunto.

—The Fox' Lair. ¿Lo conoces?

—He escuchado una canción, de casualidad.

—Por lo visto han tenido mucho éxito en el Reino Unido y ya son número uno en nuestro país.

—Sabes muchas cosas sobre ellos.

—En las semanas que estuviste ausente tuve que encargarme de todo, ¿recuerdas? —me mira y se ríe. Le acompaño en el gesto y le doy un cariñoso beso en la mejilla.

—No sé qué haría sin ti.

—Muchas cosas, nena, pero nada interesante. Por cierto, el cantante del grupo está cañón, te caerás de espaldas cuando lo veas. El manager vive estreñado, pero los chicos parecen salidos de una revista de tíos buenos.

Nunca le agradeceré bastante a Joel lo que hace por mí, ha llevado la empresa adelante como si fuera de él durante el tiempo que me tomé de descanso tras abandonar mi casa y mi marido y tengo que buscar una forma de darle las gracias. Algo especial.

—¿Cuántos años tienen? —pregunto por curiosidad, por supuesto lo que menos me apetece en estos momentos es flirtear con roqueros veinteañeros, con las autoestimas demasiado altas y rodeados de *groupies* que babea a cada paso que dan.

—*Queen*. No les he preguntado la edad. Míralo en Wikipedia si tanto te interesa —suelta, sardónico.

Pongo los ojos en blanco y paso de él. Quiere picarme y hacerme hablar sobre hombres y la posibilidad de salir con alguno. Me levanto y lo dejo solo atendiendo una llamada telefónica. Mía tiene hoy el día libre y nos tenemos que repartir el trabajo de recepcionista entre los dos.

A la hora de comer aprovecho para comprar un regalo a mi madre, ese detalle apaciguará a la fiera que lleva dentro y, con suerte, me salvo de tener que escuchar su sermón sobre hijas malcriadas que no tienen decencia ni decoro a la hora de satisfacer los deseos de una madre que se preocupa por ellas. Un collar de oro blanco con una cadena muy fina del que cuelga un

pequeño corazón llama mi atención y me acerco a él. El dependiente de la joyería me lo enseña y me enamoro al instante. A mamá le gustará. Le pido que me lo envuelva como regalo y espero a que lo haga admirando una colección de anillos con variadas piedras preciosas.

—Son preciosos, pero enmudecen ante su belleza. —Escucho una voz grave a mi lado. Me giro y me encuentro con unos ojos conocidos.

—Parece que el destino desea que nos encontremos —sigue con una enigmática sonrisa.

—O tal vez sea usted que me persigue a todos lados —me pongo frente a él con una mueca amigable.

—Ojalá tuviera tiempo para eso —ensancha la sonrisa, enseñándome su blanca y perfecta dentadura blanca. Me ofrece la mano y se presenta formalmente—. Michelle Jackson.

Se la aprieto con cortesía.

—Nerea González.

—Por fin me dice su nombre. Llevo semanas barajando varias opciones.

—Dudo que eso sea cierto, recuerde que es un hombre muy ocupado.

—Señorita, aquí tiene —el dependiente me ofrece la bolsita y me da las gracias por la compra. Se aleja y atiende a otro cliente.

—Encantada de volver a verle, señor Jackson, pero tengo que irme —giro sobre mis talones y me dispongo a salir de la tienda.

—Tres veces —dice, enigmático pero seguro y me paro. Lo miro y él sigue.

—Dijo que esperaría a una tercera vez para darme el teléfono y estoy seguro de que es una mujer que no falta a su palabra.

AQUEL CIGARRO ALIÑADO

Le cuento a Joel que me he vuelto a encontrar con el hombre que me avasalló en el restaurante hace unas semanas y que le he dado mi teléfono. No le digo ni cómo se llama ni le doy ningún dato más. Él trata de convencerme llamándome «perra diabólica» y cosas mucho peores, pero me niego a dar importancia a algo que no la tiene. Probablemente se olvide y no me llame nunca; y, si lo hace, todavía estoy a tiempo de ignorar la llamada y declinar su invitación. No tengo claro que sea buena idea quedar con un desconocido después de todo. Puede que quedemos para ir a cenar, ver una obra de teatro y tomarnos un buen vino en un local pijo, pero después... ¿qué? Querrá más. Querrá acostarse conmigo y no me siento preparada para tener sexo con nadie, ni siquiera conmigo misma. Mi apático estado de ánimo es el culpable de que no me apetezca ni tocarme.

Por la tarde, después de confirmar el catering para la fiesta de fin de año, decido irme a casa. Me paso por un mercado cercano y hago una pequeña compra para no morir de inanición e invitar a las chicas a merendar. Miro el reloj esperando que me envuelvan unos dulces y me doy cuenta de que las chicas llegarán dentro de menos de media hora. Les envío un mensaje al grupo de WhatsApp informándolas de que tal vez llegue un poco tarde y recibo dos de vuelta, uno de cada una. Dicen así:

«No te preocupes, cariño. Quedamos un poco más tarde y todo solucionado».

«¡Ja! Intentas escaquearte y no enseñarnos la casa, pero no te saldrás con la tuya. Compra té».

No hace falta decir que el primero lo manda Carol y el segundo Ro. Quedamos a las siete y media en vez de a las siete; y llego a casa cargada con más bolsas de las que tenía en mente, casi arrastrándome por el portal. Las dejo sobre el suelo del ascensor y me tiro de espaldas en el espejo, bufando y estirando las manos, rojas del peso de la compra. El timbre anuncia que he llegado al piso número diez y salgo de espaldas arrastrando las bolsas por el suelo, no puedo más. Pongo los pies sobre el mármol con la mala suerte de

resbalar y darme un culazo de película a la vez que se rompe una de las bolsas y un montón de naranjas salen desperdigadas por todo el rellano.

—¡Ah, Dios! Qué dolor —me quejo y me refriego el glúteo. Sigo con la vista una de las naranjas que ruedan dirección a las escaleras (dispuesta a perderla para siempre, espachurrada en uno de los pisos inferiores), cuando alguien la coge y se la lleva a la nariz, oliéndola.

Conforme subo con la mirada por ese cuerpo, se me corta la respiración un poco más. Largas y torneadas piernas, cintura estrecha, pecho definido... cuello delicioso, labios de infarto... ojos azules como un mar de verano... Mierda, Pablo.

Me mira como si me quisiera comer o ¿soy yo la que lo mira así? Qué vergüenza, Pablo ha sido testigo de mi caída y, por cierto, ¿qué hace aquí?

—¿Nerea? —pregunta, tan contrariado como yo. Me doy cuenta de que mis rizos rubios me tapan la cara, ocultándome. Aún estoy a tiempo de hacerme la sueca y despedirlo con un «mí no entender».

Se agacha delante de mí, me retiro el pelo de la cara aceptando mi destino y resoplo.

—Hola —lo saludo mientras me ofrece la mano y me ayuda a ponerme de pie.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —la agarro y me incorporo. Sus dedos rodean por completo mi diminuta muñeca.

—No, tranquilo. Estoy bien —me pongo a recoger naranjas y las meto en otra bolsa.

—Espera que te ayudo —se ofrece a echarme una mano y en un par de segundos las guardamos todas—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces aquí tú?

—Yo vivo aquí.

—Nooo —niego con la cabeza—. Aquí vivo yo.

—Vivo aquí desde hace un año. Al menos cuando estoy en Madrid.

Mi cabeza comienza a darse cuenta de lo que realmente pasa.

—No, no puede ser —pero mi boca sigue negando la evidencia.

—Nerea, ¿eres la nueva inquilina del B?

Asiento con la cabeza como esos muñecos antiguos de los coches, esos que tienen un muelle en el cuello y se zarandean con el movimiento. Abro los ojos de par en par y la bolsa que tengo agarrada con las manos se me cae al suelo. «Nerea, espabila». Me digo. Volvemos a recoger toda la compra esparcida por el piso y le doy las gracias por ayudarme de nuevo.

—Tú... —trato de decir algo coherente, pero sigo sin conseguir conectar mis neuronas.

—Me dijeron que el piso estaba alquilado de nuevo, pero jamás me imaginé que fueras tú. ¿Ya no vives con Cristina?

—No. Pensé que ya estaba bien de molestarla con mis manías —sonrío, forzada. Pablo me pone muy nerviosa. Me giro y abro la puerta de casa. Voy a agacharme a coger las bolsas de las compras, entrar y desaparecer, sin embargo, él se me adelanta y las agarra todas con maestría y como si no pesaran nada. Da un paso en mi dirección y me aparto para que pase.

—¿Me permites? —pide permiso para entrar. Le hago un gesto con la mano y entro detrás de él—. ¿Dónde las dejo?

—En la cocina está bien —camina hasta la estancia que le he indicado sin tener que pensar dónde se encuentra, supongo que su piso y el mío deben parecerse.

—Gracias de nuevo.

—No tienes por qué darlas —para delante de mí. Me mira desde una posición mucho más superior y privilegiada que la mía. Durante unos segundos no decimos nada y el ambiente se densa bastante. Se toca el pelo—. Debería irme. —Camina hasta la puerta, cruza el vano y se gira hacia mí desde el otro lado. Yo me agarro a la madera, preparada para cerrarla y terminar con esta tensión—. Si necesitas algo, estoy en la puerta de al lado — la señala con el dedo y me sonrío.

Me dejo caer sobre la pared más cercana y respiro hondo tratando de tranquilizarme. Lo último que ha dicho me ha puesto de los nervios. Ha sonado a amenaza o a... promesa, no lo sé. No consigo pillarle el truco a Pablo. A veces me cae bien, otras no lo soporto. Me tomo un vaso de agua fría y pienso que probablemente no viva solo. La pasada madrugada vi salir a una chica de ahí. No creo que sea su novia, ya me he percatado de que Pablo no tiene novias, él se enrolla con chicas de las que ni siquiera recuerda el nombre. Sin embargo ¿habrá alguna especial? Ese pensamiento me aflige y giro la cabeza de lado a lado intentando que desaparezca. Ese niño me da igual. Tiene un cuerpo de pecado y una cara de morbo que hace que te tiemblen las piernas, pero no conseguirá que babeo detrás de él. ¡Ni loca!

El timbre del portero automático me saca de mis pensamientos y aprovecho que las chicas suben en el ascensor para enchufar la cafetera y poner los dulces en una bandeja blanca con servilletas de flores. Me gustan los detalles, pero a Carol mucho más.

—Hola, cariño —Carol me envuelve con sus brazos—. Como el piso sea como el edificio, tiene que ser una hermosura.

—Qué pasada. Me encanta el espejo —me abraza Rocío.

Pasan hasta el salón y me indican su entusiasmo con un montón de suspiros seguidos de «oes» y saltitos. Les enseño las dos habitaciones, los dos baños y terminamos en la moderna cocina.

—¿Cómo lo has encontrado? —Ro se enciende un cigarrillo.

—¿Qué haces? ¿No lo habías dejado? —le reprendo. Cojo unas tazas del mueble y las dejo sobre la encimera.

—Un malvado compañero de trabajo me llevó por el camino de la perdición anoche y me obligó a beberme unas copas y fumar —coge un mechero y lo enciende, pero antes de arrimarlo al cigarrillo me mira y pregunta—, ¿se puede fumar en tu nuevo piso?

—Preferiría que no lo hicieras, pero ¿serviría de algo pedirte que te vayas a la terraza?

—¿Estás loca? ¡Hace mucho frío!

Sonrío, me encojo de hombros y abro un palmo la ventana de la cocina.

—Rocío, te vas a morir —Carol la señala con el dedo.

—Como tú, como todos. Volveré a dejarlo después de Reyes —promete.

—Siempre lo estás dejando y cogiendo. No engañas a nadie.

—Bah, qué sabrás tú —le da una calada y cierra los ojos, disfrutándola.

—Dame uno —le pido.

—¿Estás loca? Pero si tú no fumas —me recuerda Carol, con cara de susto.

—Fumaba en la universidad, de vez en cuando. Y tú también, ¿ya no te acuerdas?

Dudo que se le haya olvidado aquella noche de intenso estudio en la que decidimos tomarnos un descanso y fumarnos un cigarrillo. Como no teníamos (porque no fumábamos), caminamos en chanclas hasta una tienda que abría las veinticuatro horas y en la que pagamos un cigarro a precio de oro. Nos lo fumamos a medias, sentadas sobre los escalones de la puerta de entrada de la biblioteca (que en época de exámenes no cerraba en ningún momento) y aguantando las altas temperaturas que el mes de junio traía a pesar de ser madrugada. No hablamos demasiado, solo miramos las estrellas mientras el cigarro se consumía.

—¿No te sabe raro? —me preguntó ella.

Me encogí de hombros, dándole la última calada.

—Sabe como todos. Mal y fuerte.

—No, en serio. Huele —inhalamos las dos cerca del humo y nos miramos contrariadas—¿No te huele a hierba?

—Un poco sí.

Sonreímos y terminamos a carcajadas sobre el suelo. No creo que el cigarro llevara nada (aparte de toda la mierda que ya viene incluida de fábrica en él), pero el solo hecho de pensarlo nos sirvió para cogernos la coloqueta más curiosa de nuestra vida. Poco más pudimos estudiar aquella noche.

Tomamos café, té y nos comemos los dulces sentadas en el salón, acomodadas en el sofá y escuchando de fondo canciones antiguas de Alejandro Sanz. A Rocío le encanta y hoy le toca elegir a ella. Cada vez que estamos juntas en estas condiciones, una de nosotros decides qué música escuchar. *Tu letra podré acariciar* suena por el mini altavoz que he comprado de camino aquí.

—¿Qué tal son los vecinos? —Rocío deja la taza de té sobre el cristal y se sienta en la alfombra con las piernas cruzadas. Carol responde unos correos en el móvil que no pueden esperar.

—Mmm —hago una especie de ruidito con la boca y pierdo la mirada en el café, como si la espumita que sobresale por encima tuviera el secreto de la felicidad. Cuando las miro, tengo sus ojos sobre mí.

—¿Qué quieres decir? —la andaluza achina los ojos y me escruta—. ¿Algo reseñable que contar? ¡¿Un tío bueno en el edificio?!

—Nooo. —Niego, exagerando demasiado mi «no».

—¿Qué? ¿Nos mientes a la cara? —sigue presionándome.

—Carol, deja el teléfono y ayúdame sacarle la verdad a esta mentirosa.

—Vamos, déjala —mete el Smartphone dentro del bolso y le da un sorbo a su café—. Seguro que la media de edad supera los cincuenta.

Vuelvo a mirar hacia otro lado y Ro me da un guantazo en la pierna.

—Habla, mala mujer. Habla ahora o calla para siempre.

—Elijo callar —sentencio.

—¡Venga ya! Tienes un tío bueno en el edificio. ¿En qué planta? Para en ella todas las mañanas y espera a tener suerte a coincidir con él en el ascensor.

—No hace falta. Vive aquí al lado —señalo la pared detrás de mí.

—¿En serio? —Ro abre la boca de par en par y da unas palmaditas—. ¡Qué suerte! Es una señal. Debes tirártelo.

—Pero ¿qué dices? De eso nada, Ne. Tú céntrate en el trabajo y no te lées con un vecino. ¿Estás loca? Eso no te traería nada bueno.

—Unos polvos de escándalo, ¿te parece poco? —le contesta la otra.

—¡Si ni siquiera lo has visto! ¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

Ro va a contestar y seguir con la discusión cuando yo hablo y las freno.

—Chicas, dejad de especular. Lo conozco. Es un viejo amigo.

Las dos giran sus cabezas hacia mí prestándome toda su atención.

—Es Pablo. Tú ya lo conoces, Carol. Y tú —señalo a Rocío— lo viste el otro día en el bar, el día que te peleaste por un par de zapatos.

—¿Ese tío de infarto es tu vecino? ¡Menuda suerte tienes! —apoya las manos en el suelo y se incorpora poniéndose de pie.

—¿A dónde vas? —le pregunto cuando ya casi ha desaparecido a través de la puerta de la terraza.

—Parece que no la conozcas. A ver si lo ve por alguna ventana.

Sonrío y cojo un trozo de dulce de leche. La saboreo con lentitud en mi paladar y la trago.

—¿Estás bien? —Carol me mira demasiado seria.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no debería estarlo?

—Nerea, soy tu mejor amiga. ¿Crees que puedes engañarme? —me acusa con el dedo. A veces me regaña como a sus hijos pequeños.

—Estoy bien, mami —bromeo, pero ella no se ríe. Cambio el semblante a uno mucho más serio para que me crea—. De verdad, estoy bien. Me gusta mi nueva casa, adoro mi trabajo y casi nunca me siento sola.

—Sabes que no lo estás, nos tienes a nosotras.

—Lo sé. Es solo que... —pienso en lo que me pasa y ni yo misma puedo describirlo con seguridad—. No te preocupes ¿vale? Pronto estaré bien y me podré reír de todo esto.

—Nada, no he tenido suerte. No lo veo —Rocío entra en el salón trayendo con ella un frío helador. Para fumar no sale al balcón, por un tío bueno se tiraría por él.

—Cierra la puerta, cariño. Si la dejas abierta, de nada sirve tener puesta la calefacción —Carol da un último sorbo a su café. Se levanta, recoge la mesa y lleva la bandeja a la cocina.

Las despido a eso de las nueve de la tarde, me cuesta convencer a Rocío de que no llame “por equivocación” al piso A y se haga la despistada esperando a Pablo, según sus propias palabras, enseñando carne; y les digo adiós mientras las veo desaparecer tras el ascensor. Estreno la bañera que

ocupa la mayor parte del aseo de mi habitación con un baño que dura más de una hora. Me relajo sintiendo la calidez del agua masajear mi blanca y suave piel y un apacible estado de duermevela se apodera de mí. Me despierta el teléfono que suena a todo volumen en el salón. Ni trato de salir a cogerlo porque doy por hecho que no me va a dar tiempo. Así que me seco con cuidado, me rocío todo el cuerpo con una crema de melocotón que me regaló Carol en mi último cumpleaños, me seco el pelo con el secador lo suficiente para que no me gotee sobre la ropa, me pongo un pijama de algodón de un gris muy claro y camino descalza hasta mi teléfono para ver quién me llama un viernes por la noche a estas horas.

No podía ser otra persona. Le devuelvo la llamada.

—¿Qué pasa, Cris?

—Nada, hermanita. Me preguntaba si te apetecía venir a casa y ver una peli. Podías quedarte a dormir aquí y mañana nos vamos juntas a ver a mamá.

—Ya tengo el pijama puesto. —Decir esto deja poco lugar a la discusión. Cuando tienes el pijama puesto se entiende que nada te puede hacer cambiar de opinión. No cabe la opción de aceptar otro plan—. Pero no te preocupes, yo te recojo a eso de las doce. Llegaremos a buena hora para comer.

—¿Qué tal te va en tu nueva casa? —me pregunta. Y, creedme, puedo imaginarme su impertinente sonrisa. De manera automática, caigo en la cuenta de que la lista de mi hermana pequeña sabía quién iba a ser mi vecino, seguro. Me juego el cuello a que Cris estaba al tanto de que Pablo vivía en el décimo A. De ahí su sonrisilla traviesa cuando vio el edificio por primera vez y durante todo el traslado.

—¡Tú! Mala hermana. ¿Por qué no me dijiste que Pablo vivía en el piso de al lado?

—No caí —la imagino mirándose las uñas como si nada.

—Serás hija de satán... —siseo.

—¿Qué más da? Piensa que te vendrá bien tener cerca un hombre alto y fuerte por si... ¡tienes que cambiar las cortinas! O... yo que sé... Montar algún mueble —sigue, tomándome el pelo sin pudor.

—Deja de reírte de mí —me quejo.

—Vamos, Pablo es mi mejor amigo. Me quedo más tranquila si él está por ahí para cuidarte.

¿Cuidarme? Ella sí que está loca.

—Creo que no le caigo bien —barajo la opción.

—Qué va. Pablo es así... Un poco español... un poco inglés...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que es buena persona, Ne. No te preocupes.

Cuelgo después de hacerla partícipe de mis ganas de estrangularla por no haberme avisado antes de que Pablo Pablito Cara de Pito iba a ser mi vecino y quedamos para mañana pasar el día a las afueras de Madrid. No me apetece mucho contarle a mi madre la nueva situación, sin embargo, no puedo aplazarlo más, lo sé; pero me da un poco de miedo cómo se lo pueda tomar. Espero y deseo que no demasiado mal. El médico nos aconsejó que, por su problema de corazón, no debemos darle disgustos. Tendrá que entender que estoy bien, que separarme de Sebastian no está siendo tan malo como en un principio creí.

Troceo un poco de fruta sobre un plato, abro una botella de agua y ceno de pie en la cocina, viendo cómo la lluvia cae sobre la ciudad y las gotitas de agua ruedan por el cristal hasta estrellarse y unirse con las demás sobre el alfeizar de la ventana. Huele a invierno y no se escucha nada, solo la tormenta que avanza hacia nosotros. Soledad... qué buena compañera a veces.

Friego la vajilla y me tumbo sobre el sofá con un libro en la mano y una taza de leche caliente con miel en la otra, me molesta la garganta y confío en que el viejo remedio calme el dolor. Leo un par de páginas sumida en la semi penumbra que yo he mismo he creado, dejando encendida solo la lámpara pequeña de la mesita de mi lado. La historia me sorprende y me sumerjo en primera persona en una serie de asesinatos sin resolver, una llamada de aviso, los cuerpos putrefactos descubiertos de su enterramiento por una fuerte marea de agua que baja por la montaña provocada por unas fuertes lluvias... En ese momento suena el timbre de casa y pego tal respingo que casi doy con la cabeza en el techo (y son altos, de al menos cuatro metros) llevándome un susto de muerte. ¿Quién osa perturbar mi tranquilidad? Solo se me ocurre una persona que pueda llamar a estas horas a mi puerta, lo que se escapa a mi entendimiento es qué querrá.

Me arengo, en plan: «No pasa nada, sé educada, pero despáchalo rápido y sin compasión»; y camino hasta el hall con la firme convicción de que tiene que ser él, no me imagino a nadie más. Acabo de hablar con Cristina y mis amigas se marcharon hace escasas dos horas. Y ¿Sebastián? Imposible, ni siquiera sabe donde vivo.

Paro frente a la puerta y un pensamiento pasa, fugaz, por mi mente: me gustaría que fuera él, me decepcionaría que fuera otra persona.

Una luz roja comienza a parpadear en mi cerebro anunciando un sin fin de problemas difíciles de solucionar. No pasa nada, me repito, solo es Pablo, el amigo de Cristina, ese niño pesado, con ortodoncia y granos, que no me dejaba en paz. ¿Sabéis cuál es la diferencia? Que ahora, ese niño, se ha convertido en un jodido dios.

UNA FANTASÍA ERÓTICA Y UNA REALIDAD MEJORADA

A ver cómo os lo explico. Imaginaos vuestra fantasía más erótica y multiplicadla por mil. Pues ni aún así se asemeja a lo que tengo delante. Un hombre de (juraría) más de metro noventa —porque por más que me lo niegue, aquel niño hace mucho que superó la pubertad—, de hombros anchos, pechos definidos, cara de demonio pervertido capaz de transportarte más allá del séptimo cielo, pero a la vez, angelical; grandes manos, pelo revuelto y barba de más de siete días. Todo ello aderezado con unos vaqueros rotos, una camiseta blanca de mangas cortas, pies descalzos y una maldita sonrisa y ojos claros que te calan hasta el alma.

Pablo: un pecado mortal.

—Hola —Lo saludo ¿Me tiembla la voz? Por supuesto que no, soy una mujer madura (que no mayor) de treinta y cuatro años que sabe manejar la situación a la perfección y que “no esconde medio cuerpo detrás de la puerta”. Ejem, ejem, ya me entendéis.

—Hola —a él se le ve muy desenvuelto y curtido en esta clase de... situaciones, aunque haya dicho lo mismo que yo. Aún no sé ni lo que quiere y ya me estoy haciendo ilusiones. Pero, ¿qué digo? La fruta me ha debido sentar fatal. Yo no me hago ilusiones de nada porque no deseo que ocurra nada entre... este ser todopoderoso y yo—. Me preguntaba si te apetecería cenar cuscús. He hecho suficiente como para dar de comer a todo el edificio durante dos días y no me gusta tirar la comida.

—Gracias, ya he cenado. Tal vez en otra ocasión —me decido a cerrar la puerta, pero su voz me frena.

—Tal vez te apetezca una copa.

—No bebo.

—¿Un café?

—Acabo de tomarme una taza de leche caliente.

—Nerea, vamos. Solo quiero que seamos amigos. ¿Qué tal si te vienes y charlamos un poco junto a mi chimenea?

¿Ha dicho chimenea?

—¿Tienes chimenea? —abro los ojos de par en par, ilusionada. Me encanta el calor que da, el crepitar del fuego, el reflejo del mismo cubriendo las paredes de la habitación. La casa de mis padres siempre tuvo una, mi madre quiso deshacerse de ella y hacer obra una primavera porque ensuciaba mucho, pero, afortunadamente, mi padre le quitó la idea. Tengo recuerdos maravillosos sentada con mi hermana demasiado cerca de las llamas las frías noches de invierno, asando castañas o tirando sal para que sonara como petardos y saltaran chispas. Me emociono solo de pensarlo.

—Muy grande —especifica con una sonrisa que le cruza la cara, enseñando toda su perfecta dentadura; dándose cuenta de que no he sido difícil de convencer.

Una chica fácil, ¿qué le voy a hacer?

—Esta bien, pero solo un rato y... —me miro el pijama, preguntándome si es lícito que me vea de esa guisa.

—No te preocupes, no invitaremos a nadie más —me guiña un ojo y... ¡¡muerte por combustión espontánea!! Giro sobre mi cuerpo ocultando mi cara, colorada camino de morada, cojo las llaves y el móvil y me cambio la parte de arriba del pijama por una sudadera roja. Cuando vuelvo, ha desaparecido tras su puerta, abierta de par en par, invitándome a entrar.

—¡Estoy aquí! —escucho que me grita desde la cocina. Llego allí y paro bajo el vano de la puerta, prácticamente como la mía, pero un poco más amplia y con espacio suficiente para ver una isla en medio de ella. Muebles blancos, encimera gris y una ventana sin cortinas que da a la calle. Pablo saca algo de la nevera y lo deja en un plato—. No puedes negarte a comer helado —me mira y sonrío. Lo acompaño con la cabeza y el mismo gesto.

—¿De qué es?

—Melón —lo corta en dos trozos y deja el cuchillo en el fregadero.

—Me encanta el melón.

—Lo sé —abre un cajón y coge un par de cucharillas—. Pediste tarta de melón en el café —lo cierra con un golpe de cadera.

Me asombra que recuerde ese detalle.

—¿A ti también te gusta? —No encuentro otra explicación a por qué tiene aquí.

—Lo compré para ti —coge el plato y sale de la cocina dejándome atrás y sola. Lo sigo contrariada.

—¿Cómo que la compraste para mí? ¿Sabías que iba venir? —me cruzo de brazos y lo escruto con la mirada, anonadada. Él deja el helado sobre la mesa y se incorpora frente a mí.

—Si. Pensé invitarte cuando te vi y lo compré. ¿Qué más da? He acertado ¿no? —levanta una mano indicando que no tiene más importancia.

Menudo debe ser Pablo. Conoce sus encantos a la perfección y el efecto que causa en las mujeres. Por supuesto, nadie le dice que no. ¿Quién se va a resistir a ese cuerpo y a esa cara? Pues... YO.

Decido pasar por alto su altísima autoestima y seguridad en sí mismo y en sus encantos; y le pregunto por una foto que veo dentro de un precioso marco de madera clara gastado por el tiempo y que desentona con el resto de la decoración.

—Somos Cristina y yo sentados en el porche de la puerta del patio de mi casa.

Me acerco y me doy cuenta de que lleva razón. Deben tener menos de cinco años y los dos sonríen como si toda la felicidad del mundo estuviera embutida en esa foto, en ese preciso momento, en sus bonitas caras.

—Recuerdo ese vestido. Mamá nos hizo dos iguales y yo odiaba que nos los pusiera a la vez.

Pablo camina hasta parar a mi lado y coge la foto.

—Recuerdo esta tarde como si fuese ayer. Nos llevamos una buena regañina por meternos en un charco de barro.

—¡Yo también recuerdo ese día! Cris estuvo castigada sin televisión dos semanas.

—Me sentí muy culpable por aquello, yo la animé a que lo hiciera.

—Qué traviosos eráis.

—Afortunadamente, ya no —me mira otra vez con esa sonrisa que le cruza la cara y que me da a entender que en realidad es más juguetón que antes; y deja la foto donde estaba—. Vamos, el helado se derrite.

Nos sentamos uno frente al otro en dos sillones de piel gris, dejamos libre el de en medio y más largo; y nos comemos el helado hablando de la tormenta que sigue cayendo sobre Madrid. Cada vez soy más consciente de su piel morena, sus largas pestañas, el grosor de su pelo y sus fascinantes facciones. Me doy cuenta de que lleva varias pulseras y dos anillos en su mano izquierda, tatuajes de toda clase le cubren casi al completo ambos

brazos y una nota musical se antepone sobre ellos.

—¿Te gusta la música?

—Amo la música. No podría vivir sin ella.

—Yo no creo que haya nada por lo que podamos dejar de vivir. Pase lo que pase, nosotros seguiremos aquí. —No entiendo por qué hago tal reflexión delante de Pablo y comiendo helado en su casa a estas horas de la noche. Él frunce el ceño contrariado, espero no haberlo ofendido.

—No me creo que pienses así, seguro que hay algo o alguien por el que darías tu vida.

—Por supuesto. Mi familia, mis amigas, mi hermana. Sin embargo, esa no es la cuestión. Yo daría mi vida por ellas, pero ¿podría vivir sin tenerlas? Estoy segura de que sí.

Nos comemos el helado hablando de cosas mucho más banales, como las virtudes de mi hermanita o sus defectos más inconfesables. Parece que somos las dos personas que mejor la conocen en el mundo y pierdo la cuenta del tiempo que nos llevamos conversando sobre Cristina. Le cuento una vez que se quemó con la cera de una vela el dorso de la mano y que en rebeldía, la mordisqueó y se la comió. Él no me pregunta por mi situación actual, por mi separación ni por qué me he ido a vivir con Cristina y ahora me he mudado aquí; supongo que lo sabe, pero no hace alusión al nuevo rumbo de mi vida y se lo agradezco en silencio.

—Debería irme, es muy tarde —miro la pantalla del móvil y me sorprendo al comprobar el tiempo que llevamos hablando.

—Es viernes y la noche es joven —La luz de la lumbre se refleja en su rostro.

—Por eso. Aún estás a tiempo de salir por ahí y divertirme —me levanto y me aliso la sudadera— O... a lo mejor esperas a alguien. No quiero molestar. Seguro que prefieres ir con tus amigos a la discoteca esa antes que estar aquí hablando conmigo en pijama.

A ver si me callo y dejo de decir tonterías.

—Me gusta tu pijama —sonríe y se acomoda más, reclinando su ancha espalda en el sofá—. Venga, no te vayas —da unas palmaditas sobre el cojín para que vuelva a sentarme—. No tengo sueño. Me he desvelado y me gustaría que me hablaras de lo bien que lo pasaste en mi cumpleaños. Desde entonces, Allan solo habla de ti.

Su comentario me deja un poco desubicada. Allan me cayó muy bien y lo pasamos genial juntos. Tengo que agradecerle que no me dejara sola en

ningún momento y me acompañara en una noche que se presumía aburrida, rodeada de amigos veinteañeros de Cristina que no conozco de nada.

—Mejor me voy. Mañana recojo a Cristina muy temprano —camino hasta la puerta. Cuando me giro para darle las gracias por el helado y el rato tan agradable que hemos compartido, lo tengo delante de mí, demasiado cerca. Huele tan bien...—. Gracias por la invitación.

—No tienes por qué darlas —sonríe ampliamente.

Maldita sonrisa la de Pablo.

Me doy la vuelta y me dispongo a abrir la puerta, pero en ese momento, Pablo me agarra del codo, me atrae hacia él y me da un beso en la mejilla que bien sabe a gloria bendita mezclada con música celestial. Me quedo estupefacta ante su osadía y dejo de respirar, pero ni aún así evito que su narcótico olor se introduzca dentro de mí.

Me clava la mirada.

—Hasta mañana, Nerea —susurra demasiado cerca de mi cara.

Salgo del piso temblando, con una sensación que no logro descifrar apoderándose de cada poro de mi piel. Pablo sabe cómo tratar a una mujer, cómo hacerla sentir bien, cómoda y relajada. Me acuesto con su olor a hombre deseable masajeándome la piel y con su imagen de niño malo taladrándome la mente y los sueños.

—¿Que te has separado? —mi madre me grita, buscando una superficie alta para sentarse antes de caer desmayada al suelo, mientras se lleva la mano a la frente, dramatizando ante el hecho de que su hija y el marido de la susodicha hayan decidido seguir su vida por caminos separados. De nada me ha servido el colgante que le acabo de regalar.

Mi padre le acerca una silla y le pide que se tranquilice. Después me mira a mí suplicándome paciencia y manda a Cristina a por un vaso de agua y la caja donde mamá guarda sus pastillas.

—Carmela, dejemos que Nerea nos cuente todo lo que ha ocurrido —le acaricia la espalda, palpando el chaleco de cachemir rosa de mi progenitora.

—Lorenzo, la niña se divorcia. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Quién la va a querer?

—¡Mamá! —levanto la voz—. No necesito que nadie me quiera, ¡sé cuidarme sola! —trato de calmarme y no alterarla más, pero lo que dice me enfada mucho. No necesito a ningún hombre a mi lado para ser feliz, no necesito a nadie que cuide de mí. Mi padre me mira con cara de reprimenda.

Respiro hondo y sigo en un tono mucho más comedido.

—Mamá —le agarro de la mano—. Sebastian me sigue queriendo y yo a él también lo quiero, solo es... nosotros...

—Si os queréis, no entiendo por qué no estáis juntos. Es tu marido, deberíais hablar y arreglarlo.

—Ya lo hemos hablado —la suelto—. Necesitamos tiempo. No pido que lo entendáis —miro también a mi padre—, sólo quiero que me apoyéis y no me criticéis, nada más.

—¿Cómo vamos a criticarte? Somos tus padres, estaremos aquí siempre que lo necesites —ataja mi padre, sin dudar en ningún momento.

—Pero cariño. No le animes a seguir con esta locura. Lo que debe hacer es llamar a su marido y hacer las paces. O llámale tú, habla con tu yerno, él te escuchará.

Pongo los ojos en blanco al escuchar tal sugerencia. Sé que mi padre jamás se inmiscuiría en mi vida de esa manera, pero que mi madre tan solo lo insinúe...

—Papá no va a hacer nada, ni tu tampoco, ¿me has oído? Prométeme que no te meterás en mis asuntos —le pido a mi madre. La conozco muy bien y sé que sería capaz de cualquier cosa porque Sebastian y yo volvamos a estar juntos—. Prométemelo —repito ante su silencio.

—Esta bien, pero que quede claro que no estoy de acuerdo con lo que estás haciendo con tu vida —mira hacia otro lado y coge el vaso de agua que Cristina le ofrece.

Miro a mi hermana y le reprendo sin tener que hablar. Me prometió que me ayudaría y estaría a mi lado en estos momentos; y ha desaparecido como la sabandija que es. Ella se encoge de hombros y toma asiento al otro lado de la mesa, ¡y se pone a limarse las uñas!

—Tómate esta pastilla. Te tranquilizará —mi padre obliga a su enferma esposa a tragar el medicamento que la hará dormir durante un par de horas. La lleva a la cama y la acuesta con amor y ternura. Miro la escena con devoción. La mayor parte del tiempo ni aguanto ni entiendo la forma de ser y de pensar de mi madre. Crecimos en épocas distintas, pero a veces parece que nos separan siglos en vez de años. Ella cree que el matrimonio se creó como un vínculo sagrado para toda la vida y que bajo ningún concepto tiene que romperse. No la culpo por pensar así después de la educación tan arcaica que recibió, sin embargo, podría abrir un poco la mente y entender que ya no vivimos en un mundo donde la mujer tiene que aguantar todo por seguir con

su marido. Mis padres tiene suerte, se aman tanto o más que el primer día; y se nota en sus miradas y actos, ni siquiera tienes que fijarte para darte cuenta de cuánto se quieren.

—Ya podías haberme echado una mano y no esconderte en la cocina — miro a Cris con cara de reprimenda.

—No parecías necesitar ayuda —bromea, pero se arrepiente de haberlo hecho al comprobar la mueca de mi cara—. Venga, no se lo tomes en cuenta. Terminará por aceptarlo. Vámonos —se levanta y se pone el abrigo.

—¿A dónde?

—A tomar una cerveza.

—Es casi la hora de comer.

—Comeremos algo por ahí. Mamá no despertará en horas.

—No me parece bien dejar que papá coma solo.

—Estoy segura de que no le importará —se pinta los labios mirándose al espejo con ribetes dorados que cuelga de una de las paredes beis del salón.

—Ya está dormida —escucho la voz de mi padre entrar en la habitación. Se sienta a mi lado y me pregunta si estoy bien. Le digo que sí, que no tiene de qué preocuparse y que quiero que confíe en mí.

—Por supuesto, cariño. Tienes todo mi apoyo y confianza. Cuenta conmigo para lo que necesites. Y con tu madre también, estoy seguro, solo necesita un poco de tiempo para asimilar que su niña ha elegido otra vida que la que ella deseaba para sus retoños.

Le pedimos a papá que salga con nosotras a comer algo por el pueblo, pero se niega a salir de casa con este frío, así que al final casi nos obliga que nos vayamos las dos a algún restaurante y lo pasemos bien. Nos despedimos de él hasta la semana que viene, cenaremos aquí en Nochebuena.

A las seis de la tarde volvemos a la ciudad, necesito que Cris se encargue de hacer el reportaje de fotos de una boda de uno de nuestros clientes más importantes. Recogemos a Joel en la puerta de su apartamento y entre los tres nos encargamos de que el evento salga a la perfección. Invito a mi hermana a cenar en un buen restaurante para agradecerle el gran trabajo que ha hecho esta tarde y terminamos en mi nueva casa viendo películas de ciencia ficción y comiendo palomitas en cantidades industriales.

Se levanta al terminar la primera y me doy cuenta de que se encamina dirección a la puerta de salida.

—¿A dónde vas? Creí que dormirías aquí.

—Y así es, hermanita. Voy a casa de Pablo, a ver si tiene cervezas.

Me pongo nerviosa y comienzo a tener palpitaciones, pero ¿qué me pasa? y ¿por qué Cristina ha decidido terminar con mi apacible noche? Pablo me empieza a caer bien, sin embargo, no me apetece verlo de nuevo. Rectifico, no me importaría ver a ese ser todopoderoso y admirar su salvaje belleza en silencio, pero me pone de los nervios (y no en el mismo sentido que lo hace las sinrazones de mi madre), no. Este me ataca el sistema nervioso de una manera muy distinta y no me gusta no tener plena conciencia de mi cuerpo y mis reacciones.

—No está —cierra la puerta y se encoge de hombros—, estará por ahí tirándose a alguien. No sabe tener la polla metida en los pantalones —camina y vuelve a sentarse en el mismo sitio.

Respiro tranquila ante lo primero que dice, pero siento un pinchazo en el estómago al escuchar lo segundo. Reacciono a tiempo y le riño.

—¿Por qué hablas así?

—Porque es la verdad. Pablo es mi mejor amigo, pero sé lo atractivo que es, no estoy ciega. Las mujeres se acercan a él como moscas a la miel y él... pues aprovecha las oportunidades. Le gusta el sexo y... —coge el mando a distancia y pone otra película que comienza a la vez que ella deja de hablar— según dicen es una máquina, un portento... no sé si me entiendes.

Me ruborizo y miro hacia otro lado. Creo que me está dando demasiada información. Claro que la entiendo, no obstante no tengo la imperiosa necesidad de saber cómo se las gasta Pablo en la cama, ni en ningún otro sitio.

LISTA DE LA COMPRA: VIBRADOR, BRAGA COMESTIBLE Y OSO DE PELUCHE

El martes me encuentro enterrada en papeles y telefoneando a la gestoría por el maldito cierre fiscal. Joel entra cada diez minutos en mi despacho y apila carpetas a mi lado, sobre la mesa, en el suelo... Miro alrededor y me tapo los ojos con las manos intentando que todo el caos desaparezca, pero cuando los abro siguen ahí. Mi ayudante de pelo verde me anima invitándome a comer en Manolitos y prometiéndome que ni él ni Mía se irán a casa hoy si no conseguimos terminar a tiempo todo el trabajo atrasado. Para colmo, los Serrano, una familia muy adinerada e influyente de la ciudad, nos ha contratado a última hora para que organicemos su comida de Navidad familiar dentro de... ¡dos días! Le pido a Joel que centre sus esfuerzos en cerrar ese tema y que yo me encargo de todo lo demás. Uno de los gestores aparece una hora después y me salva de morir ahogada entre tanto papeleo. Se lo lleva todo en un carrito y por fin puedo ver mi mesa despejada. Apoyo la frente sobre la madera y respiro hondo, pensando en lo bien que me vendría un fin de semana de tranquilidad, pero no me da tiempo a relajarme, una llamada en mi teléfono móvil me obliga a levantar la cabeza y volver a la realidad. El número desconocido hace plantearme si cogerlo o no, no suelo dar mi teléfono personal para temas de trabajo, así que dudo que se trate de un cliente; normalmente llaman a la oficina, a Joel o a Mía. Aún sabiendo esto, descuelgo sin dar demasiado importancia al hecho de no tener ni idea de quién puede tratarse.

—Buenas tardes, ¿Nerea? —escucho una voz muy varonil al otro lado.

—Si, hola. ¿Quién es?

—¿Que no recuerdes mi voz debería molestarme? Tal vez estés haciéndote la interesante... y déjame decirte que se te da muy bien.

—Lo siento, pero sigo sin saber quién eres —levanto el semblante al escuchar que la puerta de mi despacho se abre. Joel entra cargado de papeles. Le pido silencio llevándome el dedo índice a los labios y él toma asiento frente a mi mesa. Pulso el manos libres para que mi ayudante escuche la conversación y me ayude a descifrar el enigma.

—Me dejas el ego herido —dice con una seguridad aplastante. Dudo que ese ego pueda verse afectado por nada—. Espero que me ayudes a recuperarlo cenando conmigo esta noche —Joel levanta las cejas y abre muchos los ojos. Leo en sus labios «¿Quién es?». Me encojo de hombros y sigo.

—No salgo con desconocidos.

—Me alegra no ser uno de ellos. Te recojo a las diez —y cuelga.

—Pero, ¡Reina! ¿Quién es el dueño de esa sensual voz? —pregunta Joel, interesado, casi más que yo. Voy a contestarle cuando mi móvil vibra a la vez que suena sobre la mesa. Lo miro y un mensaje de texto parpadea en su pantalla.

«Soy Michelle. Ahora tengo muchas más ganas de conocerte». El desconocido ya tiene nombre. El trabajo me ha absorbido tanto estos días que ni siquiera he reparado en que no me había llamado tal y como prometió. Mi asistente, al verme la sonrisilla en los labios, insiste y vuelve a preguntarme quién es.

—Y no me digas que no lo sabes. ¿A qué viene esa sonrisa? ¿Está bueno?

En un principio decido callarme, cerrar el pico y no contarle nada, sin embargo, pierdo la guerra unos segundos después. Joel sabe sonsacarme cualquier información sin necesidad de torturas chinas. Él me mira, suelta dos o tres frescas que dan justo en el clavo y yo acabo cantando y recitando hasta El Quijote. Así que hablamos sobre mi cita de esta noche: el hombre misterioso, atractivo, decidido y seductor que los dos conocimos en la puerta de un gastrobar hace unas semanas. Al saber de quién se trata, me anima a pasarlo bien y a darlo todo esta noche. Se ofrece a acompañarme y ayudarme con el modelito que llevaré en la cita.

A pesar de la cantidad de trabajo que aún nos espera a los tres el resto de la tarde, decidimos salir a comer a Manolitos. Mía nos cuenta que su novio la ha llevado este fin de semana a Valencia a conocer a sus suegros y que lo ha pasado fatal tratando de entender el humor negro del padre de Fran. Volvemos a la oficina a eso de las tres y media, después de dos tapas engullidas mal y rápido. Abro la puerta del despacho y dejo el bolso negro de Chanel sobre la mesa. No me da tiempo a sentarme cuando el móvil comienza a sonar. Lo saco y leo en la pantalla el nombre de Carol. Me parece raro que me llame aunque no descabellado, pero hablé con ella esta mañana mientras desayunaba y quedamos en vernos el jueves, día de Nochebuena, al mediodía para tomar un vino y celebrar el día.

—Hola, cariño. ¿Ocurre algo?

Al otro lado de la línea solo escucho sollozos y lamentos. Me asusto y me llevo la mano al pecho.

—Carol, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —repito insistentemente.

—An... An... —no escucho mucho más.

—¿Los niños están bien? —alzo la voz, preocupada—. ¿Tú estás bien?

—Sí... sí... —sigue llorando—... ¿Puedes...? ¿Puedes... venir a casa ahora?

—Por supuesto que sí, pero dime qué ha pasado.

—An... Andrés... Creo que Andrés me engaña.

—Pero... ¿qué dices? —No entiendo muy bien de qué habla. Andrés la engaña... ¿en qué sentido? ¿Está con otra? ¿Tiene una amante? No me lo creo. No le pega nada.

—Pues eso... No... No...

—Está bien. Estoy allí en veinte minutos. Tranquilízate.

Me despido de Joel y Mía y me disculpo con ellos por tener que desaparecer así con todo el trabajo que aún nos queda hoy, pero deben verme la cara desencajada y preocupada porque no me preguntan si quiera si pienso volver o no. Paro un taxi que cruza la avenida y llamo a Rocío para contarle la extraña llamada que me acaba de hacer Carol. Ella se queda tan estupefacta como yo y me promete que nos veremos en casa de nuestra amiga en pocos minutos. Dudo mucho que Andrés le esté siendo infiel a Carol, pero esta no se altera por nada, algo debe de haber descubierto para reaccionar así.

Cuando entro en su casa la encuentro mucho más tranquila. Sigue sollozando, pero al menos puede hablar y no balbucea como si tuviera una naranja en la boca. Le doy un beso y un abrazo y preparo café mientras ella se ducha y a Ro le da por aparecer.

—¿Cómo está? ¿Te ha contado ya lo que ha pasado? —me pregunta Rocío mientras se quita el abrigo y yo cierro la puerta detrás.

—Estamos esperándote. No tengo ni idea.

—Y parecía tonto —se refiere a Andrés—. Todos son iguales... al final, te la dan con queso.

—No digas estupideces —le reprendo. Entro en la cocina y ella lo hace detrás—. No sabemos qué ha ocurrido y dudo mucho que Andrés sea de esos. Tiene que haber una explicación. ¿Quieres té?

—Una Coca Cola.

Abro el frigorífico, cojo una y la sirvo en un vaso con hielo. Se la ofrezco

y ella bebe.

—No es natural que solo tengamos una pareja sexual... ni sano.

—Calla, loca. Claro que lo es.

Carol llega al salón al mismo tiempo que nosotras, le pongo el café delante y tomamos asiento una en cada sillón. Ro en medio de las dos.

—Carol, cariño. ¿Puedes explicarme por qué piensas que tu marido te engaña con otra? —pregunto a través de la humeante taza que aguanto con las dos manos. Ella se levanta y, sin decir una palabra, se acerca al mueble del televisor, coge lo que parece un papel y me lo da para que lo lea. Parece un ticket de compra de una tienda de artículos y juegos sexuales muy conocida. Hay de todo, desde un mini vibrador, lubricante, bragas comestibles, látigo de piel... hasta...

—Lo que no entiendo es lo del oso de peluche —habla ella quitándome las palabras de la boca. Iba a decir lo mismo.

—¿Qué es esto? —pregunto, desorientada. Rocío me lo quita de las manos y le echa un vistazo.

—Eso mismo me pregunto yo. Lo he encontrado en una bolsa de plástico en la que Andrés trajo carpetas anoche.

La miro con sorpresa.

—Joder —suelta Ro.

—No pongas esa cara. Nosotros no utilizamos esas cosas... Dime tú... Dame una explicación lógica de por qué o para qué lo ha comprado.

—Tal vez no sea de él. —No me imagino al serio Andrés entrando en un Sex-shop y adquiriendo todos estos artículos sexuales y ¡mucho menos utilizándolos! No digo yo que no sea un perverso en la cama, pero Carol hubiera hecho alusión a ello en algún momento de nuestras largas charlas, o tal vez ha decidido no contarlo. En la cama cada uno hace lo que quiere. Ni me he metido nunca ni lo voy a hacer ahora, sin embargo, algo me dice que el marido de mi amiga no innova demasiado en ese sentido. Una vez me contó que le roció el cuerpo con nata y que le sorprendió bastante, por ello, descarto la idea de que Andrés haya comprado todo eso.

—Maldito mal nacido... —la andaluza sigue echando espuma por la boca. Ahora mismo le estará deseando una gripe aviar.

—¿Y de quién va a ser? ¿Por qué viene en su bolsa? —se hace preguntas en voz alta que yo no puedo contestar.

—Cariño, pensemos las cosas. Estoy segura que Andrés no te engaña con otra. Tiene que haber una explicación lógica a todo esto. Habla con él, seguro

que...

—Seguro que nada. ¿Para qué quiere él un vibrador? O... ¿un látigo? — pregunta con sorpresa— ¿Os va el sado? —abre tanto los ojos que se le van a salir de las órbitas. En ese momento, Andrés abre la puerta del piso y entra en el salón con un maletín en una mano y unos papeles que lee en otra. Levanta la cabeza, nos ve y nos saluda.

—¿Reunión de chicas? No sabía nada —sonríe, cálido.

En ese momento, Carol coge un jarrón de encima de la mesa y se lo tira con todas sus fuerzas a la cabeza, Andrés lo esquiva en el último momento y este se estrella contra el suelo del vestíbulo haciendo un ruido estrepitoso. La cara del hombre lo dice todo, mezcla de susto, sorpresa y confusión.

—Pero...

—Tú, ¡eres un cabrón! —lo señala con el dedo—. Pero ¿cómo se te ocurre engañarme de esa forma?

La mirada de Andrés va de su mujer a mí, de mí a Rocío, de Rocío a su mujer y vuelta a empezar. Todo sucede en un segundo, pero veo a Ro llegar hasta él, darle un guantazo y una patada en los huevos. El hombre reacciona retorciéndose de dolor y agachándose a comprobar que sus gónadas siguen en su sitio.

—La bofetada es por listo, la patada por engañar a mi amiga con alguna puta de tres al cuarto ¡listo!, ¡que eres un listo!

Tras unos segundos de confusión, el apaleado coge aire, se incorpora y logra decir una frase completa después de que casi se quede eunuco de por vida.

—Pero ¿se puede saber de qué cojones estáis hablando?

Carol coge el ticket de encima de la mesa, camina hasta él y se lo tira a la cara. Éste lo caza al vuelo y lo lee.

—De esto. ¿Creías que no me iba a enterar? ¿Desde cuándo llevas engañándome? Por dios, Andrés. ¡Los niños! —Levanta la mano, desesperada.

El marido de la afectada, camina hasta una silla, se sienta y deja el papelito (prueba fehaciente del delito) sobre la mesa del comedor.

—A ver que me aclare —nos mira a todas—. Creéis que tengo una amante —afirma; y nosotras no decimos nada—. Creéis que tengo una amante — repite—. Y supongo que todo esto lo he comprado para utilizarlo con ella. ¿Me equivoco en algo? —Rocío va a contestarle, pero como sé que lo único que saldría por esa boca en estos momentos sería una fresca, la paro con la

mano y seguimos calladas. Él se saca el teléfono del bolsillo de la chaqueta y realiza una llamada.

—Virginia, por favor. ¿Podrías enviarme una copia de la factura de la compra que hiciste ayer de todos los empleados para el amigo invisible? ... Si, la de la cena de mañana... No, envíamela al WhatsApp... Una foto está bien. Sólo quiero comprobar una cosa... De acuerdo. Gracias.

Unos segundos después un pitido avisa de que le acaba de llegar un mensaje. Se levanta, le da el teléfono a su mujer y desaparece por el pasillo que va hacia las habitaciones. En cuanto dejamos de verlo, Ro y yo nos acercamos a nuestra amiga a comprobar qué ha recibido.

Mientras me arreglo para mi cita, hablo con Carol por el manos libre y me termina de explicar lo que ha ocurrido. Justo después de darnos cuenta de que habíamos metido la pata, —ellas dos más que yo (yo confiaba en que Andrés no la estaba engañando)—, nos fuimos con el rabo entre las piernas cada una a nuestra casa. Resulta que todo el departamento encargó a la secretaria de planta que comprase los regalos para el amigo invisible de la cena de la empresa que se celebrará mañana. Convinieron entre todos que se tratase de bromas más que regalos y a uno se le ocurrió la gran idea de enviarla al sex-shop. Andrés cogió la primera bolsa que vio más a mano para meter las carpetas que anoche debía traer a casa para poder seguir trabajando en un caso importante que le trae de cabeza; y el ticket estaba dentro. Créible, ¿no? A mí me lo parece, así que me despido de ella haciendo alusión a mi confianza en su marido y le recuerdo que hemos quedado pasado mañana. Me hago una foto de cuerpo entero y se la envío a Joel. En un principio iba a ayudarme para la cena, pero la tarde se complicó y él no confía mucho en mi gusto a la hora de elegir modelito. Recibo su beneplácito en forma de emoji sonriente y con corazones en vez de ojos. Me quedo más tranquila después de escuchar (ver) su opinión y termino de maquillarme los ojos. Dejo el lápiz de labios dentro del bolso negro a juego con mi vestido negro ajustado cortado por encima de las rodillas, mangas largas y escote redondo, dejando entrever mucha piel por encima de mis pechos. Escucho el portero automático y camino hasta él para descolgarlo. Escucho su voz a través del mismo y aviso de que bajo en un minuto. Me echo un vistazo frente al espejo que tengo delante y me cubro con un abrigo rojo conjunto con mi labial. Me atuso el pelo que he dejado suelto y ondulado y me dispongo a salir. Cierro la puerta de un portazo y llamo al ascensor. Salgo a la calle y busco a Michelle junto a la acera. No lo encuentro por ningún sitio.

—¿Nerea? —Esta vez, la voz, me eriza los vellos de la piel. Pablo, a mi derecha, me mira dislocado—. Estás... estás... *¡wow!* —levanta la mano señalándome. Yo me sonrojo y no consigo decir nada—. ¿Sales un miércoles? Chica mala... —sonríe—. Yo que pensaba invitarte a helado —levanta una bolsa que agarra con una mano. Muy buen truco, Pablito, pero no me harás creer que ahí llevas helado y que lo has comprado expresamente para mí.

—En otra ocasión, tengo que irme. —Intento despedirme de mi vecino cañón y salir corriendo (confiando que los zapatos de tacón de diez centímetros de altura me permitieran hacerlo), pero en ese momento, Michelle llega hasta nosotros.

—Buenas noches, Nerea —me da un beso en la mejilla—. Estás preciosa. —No se me escapa la cara de sorpresa de Pablo, que nos mira como si hubiera visto un fantasma... un fantasma desnudo—. Disculpe —se dirige ahora a Pablo—, tenemos mucha prisa —me agarra de la mano y tira de mí, llevándome con él.

Como un caballero, me abre la puerta del coche y subo. Espero a que tome asiento al otro lado y miro hacia donde aún se encuentra Pablo, de pie, sin perder detalle de la situación. Michelle arranca y me dice que llegaremos en seguida. Desconecto mi mirada de la de «Pecado Mortal» y atiendo a mi cita como se merece.

La noche pasa distendida. Cenamos en un restaurante muy exclusivo de las afueras de Madrid, en una sala solitaria, iluminada con velas y con un camarero para nosotros solos. Me cuenta que nació en Chicago, allí realizó sus primeros estudios de leyes, pero en un viaje con amigos a España se enamoró del país y decidió terminar de formarse aquí y trasladarse definitivamente a Madrid un par de años después de que su hermano pequeño también lo hiciera. En un principio pienso en ahorrarle los desafortunados detalles de mi vida privada, pero no sirvo para mentir, ni siquiera para esconder cosas, así que le hago partícipe de mi reciente separación y él me coge de la mano, me dice que, si necesito apoyo de cualquier forma (incluso jurídico) cuente con él y que todo saldrá bien.

—Me he divorciado dos veces. —La noticia me sorprende, no puedo negarlo.

—Lo siento —le miro a los ojos.

—No lo sientas. Lo volvería a hacer.

—¿Divorciarte? —levanto una ceja, divertida.

—¡Casarme! Soy un romántico empedernido —sonríe y le da un sorbo a su copa de vino sin dejar de mirarme, enigmático.

Me despido de Michelle en la puerta, no se me ocurre invitarlo a subir y, afortunadamente, él no lo insinúa. Lo puedo describir como un hombre educado, amable, seductor y buen conversador, lo he pasado bien, pero de ahí a querer acostarme con él... hay un abismo infinito. No descarto la idea, le he prometido que habrá una próxima vez, sin embargo, no estoy preparada para meter a ningún hombre en mi cama. No todavía. Mientras abro la puerta de mi apartamento escucho música en el piso de al lado, durante un segundo la idea de llamar al timbre y aceptar la proposición del helado no me parece muy descabellada, pero la descarto al caer en la cuenta de que tal vez haya cambiado de plan y ahora tenga alrededor de su cintura dos largas, delgadas y bronceadas piernas.

BAILA CONMIGO Y OLVÍDATE DEL MUNDO

Despido a Carol y a Rocío en la puerta de Salados, un bar muy pijo de tapas y vinos. Tengo que ducharme, recoger a Cristina y llegar a casa de nuestros padres a buena hora para ayudar a preparar la cena de esta noche. He llamado a mi padre y me ha informado que mamá se encuentra bien, asimilando las «buenas nuevas» que le di la semana pasada y que todo transcurre mucho más tranquilo. Me seco el pelo, me pongo unos vaqueros, un chaleco ancho de lana gris, un abrigo negro con gorro rodeado de un suave pelo, unas zapatillas de deportes blancas y una cola alta un poco despeinada. Me llevo el vestido para esta noche en una bolsa junto a todos los complementos necesarios. Subo en mi Range Rover Evoque blanco aparcado ochocientas ocho calles más allá de la mía. Necesito buscar un garaje cerca de mi nueva casa. Paro en la puerta del piso de Cristina y pito varias veces después de haberla llamado por teléfono y sentirme ignorada. La veo salir del portal acompañada por un chico de su misma altura y al que despide con un beso demasiado húmedo. Sube al coche justo después de dejar una mochila en el asiento trasero.

—¿Quién era ese? —la miro, achinando los ojos.

—Lucas —se encoge de hombros y saca un chicle de su bolso azul—. ¿Quieres uno? —me lo ofrece y niego con la cabeza. Se lo mete en la boca y arruga el papel con la mano—. Vamos, parecías tener prisa hace un momento —me arenga.

Arranco y me incorporo al tráfico. Tardamos en llegar mucho más que la última vez, pero no se me hace largo el camino. Cristina me cuenta que conoció a Lucas ayer, en la fiesta de una revista con la que colabora a menudo. Trabaja como redactor jefe en la sección de deportes y se le insinuó

nada más conocerla y hablar con ella. Mi hermana no suele acostarse con un chico en la primera cita, así que doy por hecho que el flechazo ha sido instantáneo. Aparco en la puerta de casa, algo bueno tiene que tener vivir en las afueras; yo no cambiaría la ciudad por nada. No me arrepiento de haber vivido mi niñez en estas calles, corriendo sin peligro de patio en patio, pero esa etapa pasó y ahora me gusta sentirme cosmopolita.

Mi madre me da un beso y un abrazo que valen oro, sin embargo, noto algo fuera de lugar en ello. Miro a mi padre buscando una explicación a la extrañeza de los actos de mi progenitora y, con un imperceptible movimiento de hombros, me pide que acepte lo que ella haya decidido. No lo entiendo muy bien al principio, así que lo dejo pasar y me pongo a cocinar codo con codo con Cristina. A media tarde lo tenemos todo listo, nos lavamos las manos en el baño peleándonos por ver quién de las dos entra primero (recordando no tan viejos tiempos) y mi hermanita se cuele ante mi atónita mirada. Golpeo la puerta con fuerza llamándola «niñata malcriada» y ella abre sonriendo de oreja a oreja. Bajamos al salón y Cris sale corriendo al escuchar el timbre de la puerta. Abre y se tira sobre una mole de músculos y perfectos ojos azules que la rodean y la aguantan con sus grandes manos.

—¡Pablo! Te he echado de menos.

—Y yo a ti, Pétalo; pero solo hace una semana que no nos vemos —la deja sobre el suelo y la agarra del cuello de una manera muy cariñosa, tanto que me conmueve.

—A saber qué has estado haciendo por ahí.

—He trabajado mucho, últimamente la inspiración viene sola —la atrae hacia él y le da un beso en la mejilla—. Vamos, me muero por una cerveza.

—Espera, tengo que coger el abrigo —se deshace de su agarre, pasa por mi lado y se pierde en la cocina. Pablo se da cuenta de mi presencia y clava su mirada en la mía.

—Hola, Nerea —levanta el brazo a modo de saludo y, a continuación, se mete las manos en los bolsillos dejándose caer con un hombro del arco de la puerta.

—Hola, Pablo. ¿Qué tal va todo?

En ese momento llega Cristina a mi lado con su abrigo puesto y ofreciéndome el mío. Entrecierro los ojos preguntándole qué quiere.

—Ya está todo preparado. Nos acompañas a tomar unas cervezas.

Pablo aparca el Audi muy cerca del bar de Bob. Un inglés afincado en Madrid desde mucho antes de que yo naciera. Su pub, uno de los pocos del

pueblo, siempre tiene buena música y mucho ambiente. Entramos los tres y caminamos hasta la barra. Pablo se detiene un par de veces para saludar a varias personas, imagino que antiguos amigos del barrio. Incluso, con una de ellas, se hace una foto. Cristina pide dos cervezas y un vino a una camarera con un top demasiado estrecho y pequeño para tan prominente pecho. No me pasa desapercibida la sonrisa que le regala a Pablo cuando este llega hasta nuestro lado, se quita la chaqueta y la deja sobre un taburete detrás de donde me encuentro. Un chaleco de cuello alto de lana se pega a su cuerpo como si estuviera cosido a él. La chica nos sirve las bebidas, se inclina hacia adelante, le dice algo a Pablo al oído y le pasa un papel amarillo que este coge con la mano.

—Es de mala educación ligar cuando dos chicas tan monas como nosotras te acompañan —Cris le da un golpe en el hombro.

—No se me ocurriría, Pétalo —le entrega el papel a mi hermana sin importarle lo que ponga en él y perderlo para siempre—. Tú eres la única. —Le guiña un ojo y levanta la copa—. Brindo por vosotras. Por las dos chicas más guapas que conozco —me mira y sonrío. Alzamos las copas y bebemos.

—Qué mono eres. Yo también te quiero —contesta Cristina. De repente abre mucho los ojos y comienza a gritarle a alguien al fondo de la sala—. ¡Almudena! ¡Almudena! —Sale corriendo y desaparece entre el gentío, dejándome a solas con Pablo. Bueno, solos... más de cincuenta personas nos rodean (entre ellas, la despampanante camarera que no deja de mirarnos, de una manera muy descarada).

Tomo asiento en un taburete y bebo otro sorbo de la copa de vino. Pablo se apoya con los codos en la barra y echa un vistazo al local para terminar con su mirada sobre mí.

—¿Lo pasaste bien la otra noche?

—¿Perdona? —dejo la copa sobre la barra y abro los ojos, confundida.

—Con tu cita. Te estuve esperando horas. No me apetecía comer helado solo —hace un mohín.

—Déjame que ponga en duda eso.

—¿Qué? ¿No te crees que te esperara?

—No.

—Pues es cierto —asegura.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Tan directo. Tan... sincero.

—Me gusta decir lo que pienso.

—¿Y en qué piensas ahora?

Se gira hacia mí, me mira, le da un trago a su cerveza, la posa sobre la barra y se agacha un poco hasta dejar sus ojos a la altura de los míos. Ni subida en el taburete le llego a la nariz.

—Pienso en muchas cosas... —musita muy cerca de mis labios. Trago para humedecer la sequedad instantánea de mi garganta—, pero las tetas de la camarera ocupan mi mente ahora —termina, en un tono mucho más alto y bromista.

—Eres imbécil ¿lo sabías? —sonrío por su salida de tono, aunque tengo que admitir que no me hace mucha gracia que piense en los senos de otra mujer. Espera, tampoco me parecería correcto que pensara en los míos, o ¿sí? ¿Veis? Con Pablo cerca, mis pensamientos e ideas se distorsionan.

—Sí, ya me lo habían dicho antes —coge el botellín y lo levanta, brindando en solitario, y bebe.

—¿Quieres bailar? Me encanta esta canción —propone.

—No puedes estar hablando en serio —miro a nuestro alrededor y no encuentro a nadie sobre la improvisada y supuesta pista de baile.

—Por supuesto que sí —se incorpora y me ofrece la mano.

—No —me niego en rotundo.

—Nerea. No puedes negarte —cambia su semblante a uno mucho más serio (que no se cree ni él)—. Me partirás el corazón si lo haces —se toca el pecho, dramático. Yo su corazón me lo imagino de grafeno, irrompible e inexpugnable.

Suena *Nothing else matters* de Metálica.

—Me da mucha vergüenza... —trato de que olvide el tema. Agacha el semblante, fingiéndose derrotado—. Está bien, pero al fondo. Así no nos verá mucha gente —cojo su mano y bajo del taburete. Me hace una reverencia justo antes de agarrarme de la cintura y empezar a moverse con un excelente ritmo. (Si es cierto esa leyenda urbana que dice que un hombre que sabe bailar, sabe moverse en la cama, Cristina lleva razón y es un portento en lo que a sexo se refiere). Pongo mis manos sobre su pecho y noto su firmeza debajo de la ropa. Me ruborizo y agacho la cara.

—Tranquila, nadie puede vernos desde aquí. —Levanto el semblante y atrapa mi mirada—. Te tengo a mi merced... podría hacer contigo lo que quisiera... —bromea, o eso me parece.

—Podría deshacerme de ti con un movimiento de piernas. Soy chiquetita,

pero sé defenderme de alguien como tú.

—¿Alguien como yo? Eso ha sonado muy... despectivo.

—He estado casada muchos años, pero conozco a los que son como tú. No os tomáis a las mujeres en serio. Solo queréis un poco de sexo y poco más.

—Me tomo muy en serio a las mujeres. Me molesta que pienses así. Pero, sí. No busco una relación, si es a eso a lo que te refieres. ¿Soy mala persona por ello?

—Supongo que no, pero no me va ese rollo. No soy de esas.

—¿De las que disfrutan cuándo y cómo les da la gana? —me mira frunciendo el ceño y yo le devuelvo el gesto como si de un duelo se tratara. Espero a que él relaje el gesto para hacerlo yo después. Nos dedicamos a escuchar la canción y, cuando termina, me suelto y volvemos a la barra. Pablo pide otra cerveza para él y un refresco para mí; y lo bebemos hablando de música, nuestro tema preferido, hasta que Cristina llega a nuestro lado y nos informa que esta noche la fiesta en su casa se ha convertido en una reunión bastante íntima, pero que cuenta con nosotros dos. No me atrae la idea que propone, sin embargo decido callarme y ya se lo haré saber después, cuando llegue la hora. Me iré a casa a ver la tele, escuchar música o terminar el libro que me tiene enganchada desde hace una semana. A veces me gustaría multiplicarme por tres y tener tiempo para hacer todo lo que me gusta sin dar de lado mis obligaciones. A la vuelta, Pablo aparca en la puerta de la casa de sus padres y nos acompaña calle arriba caminando. Mi hermana tararea una canción de Ariana Grande que acabamos de escuchar en la radio del coche, agarrada del brazo de su amigo. Yo voy con las manos en los bolsillos y el gorro del abrigo tapándome hasta las cejas. Juraría que falta muy poco para que caiga una pequeña nevada. Paramos en nuestra puerta y Cris se despide de Pablo con un beso. Le amenaza con envenenarle la comida si no va a su fiesta esta noche y sale corriendo aduciendo que se le congelan los dedos de los pies. De nuevo nos quedamos solos bajo la oscuridad de la noche y la luz de las farolas.

—Nos vemos otro día —le sonrío, escueta, y subo un par de escalones del porche de la casa de mis padres.

—Nerea —me llama y me giro. Me encuentro con sus ojos a la altura de los míos—. En el brillo de tus ojos. En eso pienso la mayor parte del tiempo —me da un casto beso en la nariz y desaparece calle abajo. Me quedo pasmada viendo como lo pierdo de vista, ensimismada con su imponente silueta, imaginándome el sabor de sus labios y tragándome las ganas de todo

que me dan con Pablo.

Obligo a mamá a descansar y a no preocuparse por nada, me cuesta convencerla una barbaridad, la cabezonería en esta familia viene de fábrica, pero papá utiliza todas sus artimañas para persuadirla. Cristina y yo ponemos la mesa. Cubrimos la madera oscura con un mantel beis y encendemos unas velas de centro. Nos damos la enhorabuena chocando nuestras manos por dejarlo todo tan bonito y me pide que cantemos un villancico como cuando éramos pequeñas junto a la chimenea. El timbre de la puerta interrumpe nuestro improvisado concierto a tres voces (papá se ha apuntado en el último momento) y voy a abrir tarareando El burrito sabanero. La sorpresa que me llevo al ver a Sebastian de pie bajo el vano de la puerta con una botella de vino en la mano es diametralmente proporcional a su decepción al darse cuenta de que yo no sabía que vendría a cenar.

—Yo... lo siento. Nerea, de verdad. Creí que lo sabrías. Si quieres, me voy —me mira con cariño (aunque contrariado).

—No es necesario. Me alegro de que estés aquí. —Damos un paso hacia delante y nos fundimos en un corto abrazo. Lo he dicho en serio. En algún momento se me ha pasado por la mente con quién pasaría la noche mi todavía marido. Sus padres viven en Londres y dudaba mucho que él se trasladara allí en un día como hoy. Nunca lo ha sugerido estos años que hemos pasado juntos.

—Supuse que tu madre te lo habría comentado y que tú estarías de acuerdo —se excusa.

—No tienes que explicarme nada. Pasa, te vas a congelar de frío.

La cena transcurre más distendida de lo que pensaba en un principio, no obstante, no puedo obviar los comentarios de mi madre alabando las virtudes de Sebastian. Conozco sus artimañas, creo que me daré cuenta de que no encontraré a otro como él y caeré rendida a sus brazos. Lo que se escapa a su entendimiento es que, ahora mismo, Sebastian tampoco quiere saber nada de mí y que, por supuesto, no busco un hombre para mi vida. Mi padre le comenta lo de las inversiones que ha hecho últimamente y este le aconseja sobre cómo actuar a partir de ahora. Durante un momento tengo la sensación de que todo sigue igual, mi marido y yo seguimos juntos y no vivimos separados desde hace ya un par de meses. ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando salí de mi casa sin mirar atrás y sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Me doy cuenta de lo orgullosa que me siento de mí

misma, poco a poco voy adaptándome a mi nueva vida sin necesitar a un hombre a mi lado. No me malinterpretéis, pero me he llevado tanto tiempo contando con Sebastian para todo, que al principio pensé que me sería muy difícil (si no imposible) manejarme sin él. Pero aquí estoy, adueñándome de mi propia vida. Comemos el postre y servimos café y chocolate, esto último para agradar a mi querida madre. Vuelvo a la cocina a por la leche que he dejado calentar en el microondas y Sebas me sigue ofreciéndome su ayuda.

—Busca azúcar en ese mueble —le pido mientras cojo un par de tazas más que mi madre me ha pedido.

Las deja sobre la bandeja que preparo con servilletas y cucharillas y me agarra la mano con la suya.

—Esta noche tienes algo especial, Nerea. No sé qué es pero... te ves diferente.

—Debe ser el vestido —le quito importancia a lo que dice. Llevo un Hermes plateado largo hasta los tobillos.

—No es eso. Es como si... fueras más feliz —susurra demasiado cerca de mi cara. No entiendo muy bien por qué, pero mi primer impulso es alejarme y soltarme de su agarre—. ¿Lo eres? ¿Eres feliz sin mí?

—No creo que sea momento ni lugar para hablar sobre lo nuestro —Se empieza a escuchar demasiado ruido en la sala.

—Perdona, llevas razón —se aparta unos pasos—. No sé qué me ha pasado.

—Ya lo hemos hablado, Sebastian. Tú también estabas de acuerdo.

Cojo la bandeja y salgo al salón sin esperar a que Sebas haga lo mismo. Me encuentro con tres caras conocidas que aún saludan a mis padres y a mi hermana.

—Nerea, ¿recuerdas a Malena y Rodrigo? —pregunta mi padre.

Sonrío, asiento con la cabeza, dejo la bandeja sobre la mesa y los saludo con un par de cariñosos besos a cada uno. Hace años que nos los veo, sin embargo, no me he olvidado de los padres de Pablo.

—Me alegro de veros. Malena, estás igual que siempre —la halago.

—Gracias, mi niña. Tú estás hecha toda una mujer. —Se gira para hablar con mis padres y alabar la belleza de Cristina. Pablo aprovecha el barullo para acercarse a mí.

—¿A mí no me das dos besos? —para a mi lado y ni me mira. Yo tampoco lo hago, pero intuyo su sonrisilla.

Hago caso omiso a su pregunta-proposición y dirijo mi vista hacia otro

lado. Exactamente hacia la puerta de la cocina, donde mi subconsciente no ha olvidado que se halla Sebastian. Como si me hubiera escuchado, sale de allí y saluda a los presentes, educado. Mi madre lo presenta como mi marido y no me opongo a ello ni la rectifico. ¿Qué voy a hacer? ¿Contarles la historia de mi vida? ¿Explicar nuestra situación actual? Dejo que cada uno saque sus propias conclusiones y no le doy más importancia al hecho de que mi madre hable como si el mes que viene fuéramos a anunciar nuestra próxima paternidad. Miro a Pablo por el rabillo del ojo y juraría, si no supiera que pasa de mí como de comer mierda y que lo único que pretende es jugar conmigo, que no le hace ninguna gracia que Sebas esté aquí.

A eso de las doce despedimos a los invitados y poco después hago lo mismo con mi ex marido. Se ofrece a llevarme a casa, pero declino la invitación aduciendo que tengo que volver en mi coche a Madrid. Me cuesta convencerlo de que no voy a dejar que me acompañe, pero al final se da por vencido y se marcha, no sin antes darme un beso demasiado cerca de la comisura de los labios que, reconozco, me deja descolocada.

El camino de vuelta lo paso discutiendo con Cristina, explicándole las mil razones por las que prefiero irme a casa y descansar, a asistir a la fiesta que celebra en la suya.

—Si no te quedas, no te lo perdonaré jamás. No seremos más de siete u ocho personas.

—Dudo que en tu piso quepan muchas más —pongo el intermitente y adelanto un camión.

—Te crees muy graciosa —me enseña los dientes, forzada—. Vamos, conoces a Laura, Pablo también vendrá y... te presentaré a Lucas.

—No es eso. Tengo ganas de descansar.

—Venga, hazlo por mí.

—No te pongas pesada.

Comienza a cantar, desgañitándose, canciones de Ariana Grande. Intento taparme los oídos para no quedarme sorda por culpa de sus gritos y ella reacciona apartándome la mano de la oreja. Le regaño porque vamos a tener un accidente por culpa de sus locuras y me contesta que no parará hasta que le diga que iré a esa maldita fiesta.

—Está bien, pero solo un rato. Después me voy a casa. —Da unas palmaditas y sonrío.

—Eres la mejor, hermanita. Al final, te quedarás a dormir. Ya lo verás. Cristina... la adivina.

FIESTA DE IDA, RESACÓN DE VUELTA

Cristina se bebe su cuarto chupito de tequila a eso de las tres de la mañana. Hora en que me doy cuenta de que Pablo no va a venir. Jugamos a algo parecido al Juego de la Oca, pero sin patos de por medio y sí con mucho alcohol. Bueno, ellos juegan, yo miro cómo se emborrachan con una Coca Cola en la mano. Tiene su gracia ver cómo otros pierden los papeles poco a poco mientras tú eres consciente de todas las tonterías que están dispuestos a hacer. La reunión que Cris prometía íntima, se ha convertido en casi una convención. (Vale, soy un poco exagerada). Cuento once personas en el pequeño salón, todas ellas sentadas en el suelo alrededor del juego en cuestión. Cristina, sus amigas: Laura, Carmen y Lola; Lucas, cuatro amigos de este y dos muchachos de unos veinte años de edad que parecen que se han equivocado de fiesta, por lo visto, *follaamigos* de Carmen y Lola. Uno de ellos se me acerca y se acomoda en el sofá a mi lado. Intenta entablar conversación, sin embargo, la lengua se le traba varias veces denotando su alto estado de embriaguez. Le pregunto por los años que tiene y me responde, muy orgulloso, que el próximo enero cumple veintitrés; me dan ganas de darle un mini punto por ello. Casi me río en su cara cuando sigue con la típica frase «¿Estudias o trabajas?». ¿Tengo pinta de colegiala? De alguna forma me halaga, así que decido no insultarle de ninguna manera y contestarle cordialmente, como la mujer educada que soy.

—Trabajo.

—Y ¿a qué te dedicas?

Pobrecito, me da pena. Lo de ligar no se le da muy bien. No es que yo sea una experta en el tema, no obstante, lo hace mucho peor que yo.

—Soy maestra. De... lengua —me invento. No deseo contarle mi vida.

Tuerce la boca en una sonrisa y responde:

—¿En serio? Podrías darme unas clases prácticas... —saca la lengua haciendo un gesto muy obsceno que no voy a describir. Ahora más que pena, me da mucho asco. Me levanto del sillón y me escondo en la cocina. Recojo un poco el piso mientras ellos siguen riendo esparcidos sobre el suelo.

Tiro un par de litronas a la basura y escucho sonar el timbre de la puerta. Viendo que nadie se levanta para abrir, voy yo y lo hago. Un increíble Pablo, con el pelo alborotado y abriéndose la cremallera de la chaqueta de cuero me saluda con una sonrisa perfecta.

—¿Llego muy tarde? —me pregunta, alegre.

—Depende para qué.

—Para drogarte y enrollarme contigo —bromea. O no, Pablo suele hablar con tanta seguridad que parece cierto lo que dice.

—Si me das a elegir, prefiero el cracks —me hago a un lado para dejarlo pasar—. Cristina se alegrará de verte. Creía que ya no vendrías.

Mi hermana alza los brazos cuando lo ve y éste la ayuda a levantarse. Le aconseja que no beba mucho más al comprobar que casi no se mantiene en pie sola. Lucas se incorpora a su lado y se presenta, Pablo le aprieta la mano y lo mira con cara de desconfianza. Me alegra saber que mi hermana pequeña tiene al lado un amigo que se preocupa tanto por su bienestar. La fiesta sigue su curso y los escucho hablar mientras cambio el estilo de música, mis oídos no aguantan más *reggaetón*. Conecto mi móvil por Bluetooth al altavoz y reproduzco mi lista de canciones favoritas a través de él. Supongo que nadie se opondrá a escuchar música Rock, ni siquiera creo que se den cuenta.

—Pensaba que habías preferido pasar la noche rodeado de famosos —le recrimina Cris a Pablo, de pie, junto a la ventana del salón.

—No me he podido escapar antes, pero estoy aquí ¿no?

—¿Qué te parece Lucas?

—No tengo datos suficientes —lo mira de soslayo.

—Me gusta mucho.

—Lo conociste ayer. No te ciegues porque tenga una cara bonita.

—No conozco a nadie más guapo que tú —lo señala con el dedo—. Y nunca me has fallado. Te quiero —lo abraza en un acto de exaltación de la amistad—. Eres mi mejor amigo.

Siempre me ha parecido curioso cómo el alcohol desinhibe a las personas, nunca he tenido muy claro si las convierte en otras diferentes o revela lo que realmente son. Mis párpados, a punto de cerrarse solos, deciden mandarme a la cama justo antes de salir el sol. No me despido de nadie, abro la puerta de la que fue mi habitación y me dispongo a entrar, pero Sergio, el niño que intentó ligar conmigo a comienzos de la noche, me agarra del codo y me para.

—¿Te has pensado mejor lo de darme esa clase magistral? —se pega

demasiado a mí, dejándome sin espacio vital, y lo empujó. Vuelve a la carga y entra conmigo en la habitación dando tumbos.

—Vete de aquí —le pido sin conseguir que me haga caso. Da un par de pasos y se pega a mí. Mi espalda choca contra una pared y, a punto estoy de darle una patada en los testículos, cuando Pablo lo agarra del cuello y lo empuja fuera.

—Cretino. ¡Te ha dicho que te largues! —le escupe a la cara, antes de soltarlo y girarse hacia mí con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces? Lo tenía todo controlado —le recrimino.

—Ya lo he visto —responde, sarcástico—. Solo le faltaba meterte la mano debajo de la falda.

—Estaba a punto de darle una patata en las pelotas —levanto las manos—. Y, de todas formas, ¿a ti qué te importa? —respondo enfadada, aún con el susto en el cuerpo.

—Llevas razón, me importa una mierda lo que hagas —expresa con furia. Me clava la mirada, se toca el cabello y se da la vuelta, dispuesto a salir de la habitación.

—Pablo —lo paro antes de que cruce el vano de la puerta. Frena, pero no se gira a mirarme—. Pablo —apaciguo el tono. Recorto los dos pasos que nos separan y apoyo mi mano sobre su espalda—. Lo siento —noto que coge aire y se posiciona frente a mí. Trato de descifrar su mirada, no lo consigo, pero no leo enfado—. Gracias por echar de aquí a ese niño. De verdad, te lo agradezco. Me he puesto un poco nerviosa. Eso es todo.

—Ese gilipollas lleva molestándote toda la noche.

—Bueno, creo que no lo hará más. Casi se mea encima cuando lo has cogido del cuello —sonrío, quitándole hierro a la situación y él me imita en el gesto.

—Me voy a casa, ¿quieres que te lleve?

—No, voy a dormir aquí.

—Está bien. Pues... nos vemos otro día —el ambiente se densa ante nosotros y ninguno hace ni dice nada.

—No te vayas —le pido. Él levanta las cejas, sorprendido—. Quédate un rato más, no me apetece estar sola. Si quieres, claro.

—¿Estás segura?

—No te lo pediría si fuera de otra forma. Anda, entra y... cierra la puerta. Estoy cansada de escuchar gritar a las amigas de mi hermana.

Tiro los zapatos al suelo y me siento sobre la cama con las piernas

cruzadas. Pablo me mira desde lo alto sin saber muy bien qué hacer. Le digo que se ponga cómodo y apoya el culo en el filo a un metro de mí. Le sugiero que se eche para atrás y pegue la espalda a la pared.

—No sabía que habías vuelto con tu marido —dice en un tono neutro.

—No lo he hecho. Mi madre lo invitó a cenar sin mi consentimiento. Justo después de prometerme que no se entrometería en mis asuntos.

—Parece que entre vosotros hay mucha complicidad.

—Llevamos... o nos hemos llevado —rectifico— más de diez años juntos. Me conoce mejor que nadie y supongo que yo a él.

—¿Por qué os habéis separado? —pregunta sin, seguro, ninguna intención. Sin embargo, a mí, pensar las razones me deja sin palabras; y él cree que ha metido la pata.

—Lo siento, no es de mi incumbencia.

—No, no es eso —me toco la sien—, es que no sabría qué contestarte.

Se remueve sobre sí mismo, incómodo. Me levanto y me pongo de rodillas en el suelo frente a él.

—No hace falta que me la chupes, estoy bien así —guasea, destensando el ambiente—. Pero, oye, si es lo que quieres, por mí no hay ningún problema —levanta las manos con las palmas hacia arriba y adornando su cara con su maldita sonrisa.

—Eres un payaso —le quito una bota y luego la otra—. Así estarás más cómodo. —Tomo asiento a su lado, me pongo un cojín detrás de la espalda y le ofrezco uno a él, que lo coge y lo ahueca del mismo modo.

Hablamos sobre el tiempo, sobre el colegio, nuestros padres... me cuenta que es hijo único y que siempre quiso un hermano, que lo pidió reiteradamente hasta que cumplió los quince años, pero nunca llegó. Una hora más tarde, me tumbo sobre la cama y le obligo a que lo haga a mi lado. Termino también bromeando: «Hazlo por mí. No aguanto más tus quejidos por el dolor de espalda». Lo último que veo son sus ojos claros cerrándose delante de los míos.

Un calor abrasador me rodea la cintura y me recorre la espalda. Me pesan los párpados y, aunque trato de abrirlos, no lo consigo de ninguna de las maneras. Giro mi cuerpo sobre sí mismo notando el poco espacio libre del colchón. Vuelvo a hacer un esfuerzo y mi iris se encoge en un punto muy fino acostumbrándose a la luz que entra por la ventana, medio abierta, bañando las paredes y la cama. Me encuentro con la cara de Pablo, relajado.

Los labios entre abiertos y el pecho le sube y baja muy despacio. Sus manos se aferran a mi cuerpo como si sintiera que podría caerme al suelo en cualquier momento (y esto no me parece una idea muy descabellada, no sobra sitio en el colchón). Admiro su belleza en silencio, levanto la mano y le acaricio el torso, despacio, sin prisas, subo por el cuello y llego hasta sus labios. Mi tacto le hace cosquillas y los mueve, sacando la lengua y recorriéndolos con ella. Me quedo quieta.

—Mmm, puedes seguir tocándome, no te cortes —susurra con voz adormilada.

Dejo de respirar y un calor abrasador me sube hasta las mejillas.

—Yo... yo... lo siento —murmuro, avergonzada. Abre los ojos, me mira y tuerce la boca en una media sonrisa que me cala hasta el alma (por no decir que me moja —y mucho— las bragas).

—Buenos días —se masajea los ojos.

—No deben ser más de las dos de la tarde. Hemos dormido apenas unas horas —me remuevo y trato de levantarme, pero él me agarra fuerte y me impide la huida (porque vamos a hablar claro, hace ya bastante rato que me di cuenta que debo escapar del arrollador atractivo de Pablo).

—¿Qué haces? —pregunto, confusa.

—He descubierto lo que me gusta abrazarte —gira su cuerpo hasta dejarlo de lado, frente a mí—. Estás muy blandita.

—¿Me estás diciendo que necesito hacer ejercicio? —frunzo el ceño, haciéndome la herida.

—Estoy diciendo que me gusta tenerte así —me atrae más hacia él, tanto que nuestras bocas son ahora las que se miran.

—Venga, deja de bromear —susurro, con las palmas de mis dos manos sobre sus pectorales.

—Hablo muy en serio —responde en el mismo tono. No sabría especificar si son mis ganas o la inercia las que me empujan, muy lentamente, a probar sus labios. Él también avanza hacia mi boca de manera lenta y cautelosa.

—¡Nerea! —Cris entra en la habitación como un huracán. Pablo y yo nos separamos con rapidez y nos sentamos en el filo de la cama. Mi hermana frena en seco dándose cuenta de la situación y nos mira, desubicada—. Pero... —pone los brazos en jarra, unos segundos más tarde señala a Pablo con el dedo—. ¡Tú!, ¡degenerado! ¡No te habrás follado a mi hermana!

Pablo se toca el pelo y la cara. Va a decir algo, cuando yo lo paro.

—¿Estás loca? Nos quedamos dormidos, eso es todo —nos defiende de su

“falsa” acusación. La mirada de Cristina salta de su amigo a mí y viceversa. Se piensa durante unos larguísimos segundos si seguir ahondando en el tema o dejarlo pasar y, por suerte, para todos, lo deja correr.

—Me han llamado del curro, tengo que ir a Salamanca a hacer unas fotos y el coche no me arranca. ¿Puedes llevarme? —me pide.

—Yo te llevaré, Pétalo. —Estira los brazos y coge los zapatos—. Dame unos minutos.

—Está bien. No tardes. Tengo mucha prisa —le dice a él—. Ne, cierra con llave al salir. Mañana te llamo. —Desaparece de la habitación dejándonos solos. Miro a Pablo que termina de ponerse las botas y se levanta. Me clava la mirada desde lo alto y me ofrece una mano instándome a agarrarla y ponerme de pie. Lo hago y me encuentro frente a él; descalza, no le llego ni al pecho.

—Lo he pasado muy bien esta noche —confiesa, acariciándome la mano.

—Querrás decir esta mañana... —respondo, sin reconocerme la voz.

Nos miramos durante unos segundos y he de confesar que no sé qué hacer. Pablo, que es más valiente que yo, se agacha y me da un beso en la mejilla. Un beso simple, corto y rápido, pero que me descompone por dentro y me deja temblando durante al menos cinco minutos. Y que, además, me da en qué pensar, como por qué he sentido mucho más con este beso que con el que me dio mi marido anoche al despedirse.

La tarea de recoger el piso de mi pequeña hermana me lleva casi todo el día, no puedo irme y dejar el apartamento convertido en un estercolero, mi parte responsable y pulcra no me lo permite. Llego a casa pasadas las nueve de la noche, declino la oferta de Rocío de invitarme a cenar en el restaurante de su novio, Temaka, y me preparo un baño con sales y velas. Me desnudo en la semi penumbra, me tumbo en la bañera y cubro de agua muy caliente casi todo mi cuerpo. Suena *Some thing Just Like This* de Coldplay. Sumerjo la cabeza en el agua y pierdo la noción del tiempo. Me enjabono, masajeo cada músculo de mi piel y salgo cuando empieza a hacer frío. Me embadurno en crema y directamente me voy a la cama. Leo varios mensajes de mis amigas en nuestro grupo de WhatsApp. Por cierto, no os he dicho cómo se llama: Pijas Endemoniadas. Lo puso Ro, por sugerencia de Cristina, y creo firmemente que fue un insulto sin adornos.

Ro: «¿Cenamos mañana?» 23:54

Carol: «Por mí, perfecto. Andrés se quedará con los niños» 23:59

Ro: «¿Os parece bien a las 21:30?» 00:02

Carol: «De acuerdo» 00:03

Ro: «A ver si doña remilgada se digna a contestar... » 00:22

Yo: «Hola, chicas. Estaba dándome un baño y me he quedado dormida. Nos vemos allí» 00:27 ✓ ✓

Ro: «Después salimos a tomar una copa. Avisadas quedáis» 00:31

—Entonces... ¿dormiste con él? ¿Juntos? ¿En la misma cama? —Carol me mira, abriendo mucho los ojos con una copa de vino blanco en la mano derecha. La tengo sentada frente a mí, en una de las salas privadas del restaurante más caro de la ciudad, pero venimos muy bien recomendadas.

—No pasó nada, chicas. No podía dejarlo volver a casa a las siete de la mañana —me excuso.

—Ya —me corta, Rocío, a mi derecha—. Creo recordar que el salón de Cristina tiene sofá... —mira hacia el techo achinando los ojos.

—Sus amigos aún estaban allí, borrachos como cubas. Además, no fue premeditado. Solo le pedí que me acompañara un rato. Un imbécil intentó sobrepasarse...

—¿Qué?

—¿Cómo? —gritan las dos al unísono.

—No os preocupéis. No fue nada, un niño demasiado bebido, pero sé defenderme sola y Pablo me ayudó.

—Ooohhh —Carol se lleva la mano al pecho—. Qué romántico, te salvó.

—No digas tonterías —Rocío hace un gesto despectivo con la mano—. Ella no necesita que la salven, sabe cuidarse sola.

—Eso mismo, más o menos, le dije yo.

Carlo, el chef del restaurante y novio de mi amiga la andaluza, viene a saludarnos y él mismo nos trae el postre: unas bolitas de chocolate con albaricoque y naranja que saben a gloria bendita. Se toma un pequeño descanso y se sienta con nosotras a charlar un rato. Nos cuenta que hoy ha venido a cenar Hugo Silva con unos amigos y casi todos ellos eran vegetarianos. Mientras habla, abraza a Rocío de una manera muy cariñosa, pasando su brazo por los hombros de ella; me doy cuenta de lo que se aman y respetan. Ésta lo mira embelesada. Nunca he entendido muy bien por qué no

quieren casarse, pero no los juzgo, solo hay que verlos para comprobar por qué les funciona la relación tan abierta que llevan.

El taxi nos deja en la puerta del Bogga, nos bajamos de él con mucho estilo (si tenemos en cuenta los taconazos que llevamos en los pies) y nos disponemos a esperar la cola. Para ser sábado no hay demasiada gente, pero Rocío tiene poco aguante (o muy poca paciencia, llamadlo como queráis) y va empujando hacia el comienzo de la ancha fila pidiendo perdón a todo el que pisa. Ha pensado ir a convencer al gorila para que nos deje colarnos y pasar dentro.

—No hay nada que hacer, chicas. Juraría que es gay —vuelve hasta donde aguardamos.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, esperando cualquier cosa.

—Nada, enseñar un poco de mi maravillosa ropa interior —se encoge de hombros.

—¿Le has enseñado una teta? —Carol grita, escandalizada.

—Claro que no, ¿por quién me tomas? —responde, fingiéndose herida mientras me guiña un ojo en la clandestinidad.

Comienza a llover, no de manera torrencial, pero, si no nos cobijara la pérgola de la discoteca, se nos encresparía el pelo. Un coche azul metalizado para delante de nosotros y de él salen cuatro espectaculares hombres entre los que descubro a Allan y a... Pablo. Me escondo detrás de mis amigas para que no me vean, no me preguntéis por qué reacciono de esta manera, y observo cómo le abren las puertas invitándolos a entrar como si fueran los Reyes del Mambo. Por alguna razón que se escapa a mi entendimiento, ellos, no esperan la cola.

LO QUE PLANEAS Y LO QUE SUCEDE

Veinte minutos tardamos en entrar, llegar a la barra, pedir dos gin-tonics y una Coca Cola y acomodarnos en una esquina. En el gran y presuntuoso local no cabe nadie más, tratamos de hacernos un hueco para poder bailar, pero nos cuesta horrores que no nos empujen, pisoteen y nos lleven de un lado a otro en contra de nuestra voluntad. La música casi no nos deja hablar, sin embargo, nosotras, que no nos callamos ni debajo del agua, mantenemos una conversación a base de gritos. No podría describir la decoración del club, hace tiempo que no vengo y juraría que han hecho una reforma hace poco. Imaginaos todo negro bañado con luces de colores y muchas, muchas personas contoneando sus cuerpos a ritmo de Robin Schulz, incluidas nosotras tres. Una mujer muy alta pasa por mi lado y me da un codazo en el costado tratando de pasar, no la culpo, pero podría tener más cuidado. Se disculpa desde su altura y no puedo evitar ponerle mala cara. Rocío le saca el dedo en un gesto muy impropio de una dama a un hombre que no deja de mirarnos de manera pervertida y Carol intenta no desmayarse por el agobio que le causa dicha masificación. No he visto a Pablo y sus amigos por ningún lado. No es que los haya buscado... Bueno, tal vez mi subconsciente lo ha hecho, pero yo no, (cri, cri, cri). Contra viento y marea decidimos jugarnos la vida e ir al baño. Hay mucha gente, pero el arquitecto de la discoteca fue inteligente y la dotó de un gran número de inodoros, así que no tardamos demasiado. Volver a nuestra posición inicial se convierte en algo imposible de llevar a cabo, por ello, decidimos quedarnos en el primer hueco que encontramos libre, junto a unos escalones que llevan a la zona de reservados. Por los altavoces comienza a sonar Lilly Wood & The Prick and Robin Schulz con la canción *Prayer In C* y muevo el cuerpo al ritmo de la música. Miro hacia un lado contoneándome y algo llama poderosamente mi atención. Un pecho ancho, unos brazos torneados y tatuados y... una sonrisa capaz de

descongelar el maldito polo norte. Aprovecho que mis amigas andan enfrascadas en una conversación y dedico unos minutos a admirarlo como se merece. Desde aquí nadie puede verme, así que me tomo mi tiempo y contemplo lo bien que le quedan los vaqueros caídos a la cintura, la camiseta blanca, la poblada barba, el pelo despeinado... Habla con otro chico con las manos metidas en los bolsillos, dejando caer su cuerpo de una manera relajada. De repente, una chica (que no me es del todo desconocida) se acerca a él, le rodea el cuello con los brazos y le da un beso en los labios. Él reacciona sacando las manos de su escondrijo y envolviendo la cintura de la chica. (Hablo de Pablo, por si nadie se había dado cuenta).

—¿Nerea? —escucho a mi lado. Miro en dirección a la voz y unos ojos marrones me sonríen.

—¡Allan! —le devuelvo el gesto. Él se acerca a mí y me da dos cariñosos y amigables besos. Mis amigas deciden abandonar su acalorada discusión y centrar toda la atención sobre mí y el chico que me alaba diciéndome lo guapa que estoy y lo mucho que se alegra de verme.

—Gracias —me sonrojo ante tanta exaltación de mis virtudes físicas. Nunca me he sentido cómoda escuchando piropos, por ello, decido cambiar de tema—. Allan, ellas son Carol y Rocío. Chicas, él es Allan. Un amigo de Pablo —se saludan con dos besos y le echan un repaso que me llega a incomodar, no obstante, por fortuna, él no se da cuenta de nada.

—¿Qué tal estás? No he vuelto a tener noticias tuyas —me recrimina divertido. Me dio el teléfono aquella noche, pero a mí ni se me ha pasado por la mente llamarle, ¿para qué?

—He estado trabajando, ya sabes —me disculpo.

—Déjame que te invite a algo. Debes resarcirme el agravio —sonríe y yo hago lo mismo. Me hace gracia que hable de una manera tan solemne, no parece un tipo de esos que regalan flores y cantan serenatas debajo de balcones.

—Te lo agradezco, pero estoy con mis amigas. Mejor otro día.

—Tus amigas también pueden venir. Estamos ahí —señala el reservado donde se encuentra Pablo hablándole al oído a la chica que antes lo saludó con tanto ímpetu—. Vamos, no estaréis tan apretadas. Os pido una copa y después puedes optar por ignorarme toda la noche.

Mis amigas me miran con cara de gatitos ahogados, suplicándome que acepte la oferta. Yo estará deseando bailar rodeada de tíos buenos y Carol daría la vida por tener un poco de más espacio. Por ellas, no por mí (emoji

mirando hacia arriba, disimulando) le digo que sí y caminamos detrás de él. Allan me agarra de la mano para ayudarme a subir los cuatro escalones que nos separan de los reservados. Nos pregunta qué queremos beber y hace el pedido al camarero que los atiende. Nos presenta a dos chicos con la misma pinta de modernos que él. Chase y Robbie resultan ser muy agradables y simpáticos. Hablan con nosotras durante un rato, hasta que un hombre un poco más mayor, de unos cuarenta años, los llama y charla con ellos sentados sobre unos sofás rojos muy modernos. Carol y Ro comienzan a bailar a mi lado y yo entablo conversación con Allan. Se me ocurre ir a saludar a Pablo, pero él no se ha percatado de mi presencia y yo no quiero interrumpir la charla tan animada que mantiene con su acompañante femenina. Rocío aprovecha que mi amigo se aleja un par de pasos a pedir otra copa y me grita al oído.

—¿Aquél de allí no es Pablo?

Me encojo de hombros y le doy un sorbo a mi bebida.

—¿No vas a saludarlo?

—No quiero interrumpir.

—No seas boba —me quita el vaso de la mano—. Anda, ve. Si lo estás deseando.

Al ver que no me muevo, Rocío deja los vasos sobre una mesa, me empuja por la espalda y me lleva hasta dejarme casi delante de él. Pablo me ve, abre los ojos asombrado y se levanta, dejando a sus dos acompañantes femeninas con la palabra en la boca.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —sonríe, aturdido.

—He venido con las chicas —respondo sin saber qué más decir. Las señalo, pero él no me quita la vista de encima—. Allan nos ha invitado, ha ido a por una copa. —En ese momento, el apelado llega y le ofrece una cerveza a su amigo. Éste la acepta y la choca contra la de él. Las chicas que estaban sentadas junto a Pablo se levantan, una de ellas le dice algo en el oído y desaparece, junto con su amiga, por un pasillo que hay detrás de nosotros. Reconozco esas piernas tan largas, es la chica que salió de su piso de madrugada hace un par de semanas.

—Parece que te espera una noche de lujuria y desenfreno —bromea Allan, señalando, con el botellín en la mano, el sitio por donde han salido.

—Paso, tío. Ve tú si quieres.

—¿Yo? —me rodea los hombros con su brazo—. No cambiaría la compañía por nada del mundo. —Pablo y yo nos miramos con cara de

circunstancia. Unos segundos más tarde, se mete las manos en los bolsillos y sale del reservado para dirigirse a la barra más cercana. Tendrá ganas de salir y socializar con el resto de mortales que bailan apretados un poco más abajo, porque aquí podría pedir al camarero lo que quisiera.

La compañía de Allan me gusta, pero preferiría que fuera Pablo el que estuviera haciéndome reír. No obstante, no le puedo quitar mérito al medio inglés medio español que, con sus historias, me hace soltar más de una carcajada. Vuelvo a preguntarle por el tatuaje y le pido, por favor, que me haga partícipe de la razón por la que se tatuó la frase «Soplapollas» en Chino. Me cuenta que se acostó con la novia del tatuador y que este no le dijo que lo sabía hasta después de marcarle la piel para siempre.

—He pensado borrarlo y hacerme otro encima, pero aún no he encontrado tiempo. De todas formas, nadie sabe lo que significa, al menos por aquí.

—Está bien que lo tengas, así te recordará lo que nunca más debes hacer.

—¿Acostarme con la mujer de mi tatuador?

—Acostarte con una mujer comprometida, memo —nos partimos de la risa.

Las chicas vienen a avisarme de su partida y decido irme con ellas. Allan se ofrece a llevarme, pero declino su oferta y me despido de él con un fuerte abrazo. No me pasa desapercibido su dulce olor, su cuerpo definido y el cosquilleo que siento en mis partes bajas. Hace muchísimo tiempo que no me acuesto con nadie, creo que nunca he pasado una época tan larga de sequía. Incluso con Sebastian, aunque nuestra relación no fuera la Panacea, manteníamos relaciones sexuales de vez en cuando (que no esperara a que yo terminara es otro tema que debí aclarar con él). Conclusión: necesito echar un polvo o... eso creo.

Salimos a la calle entre empujones, malas caras y unos cuantos «perdón», «lo siento» y «dejen paso». Nos resguardamos bajo la pérgola y esperamos que deje de llover. Rocío se enciende un cigarro y telefona a Carlo, mientras Carol llama a un taxi y yo me entretengo leyendo y respondiendo varios mensajes de Cristina preguntándome dónde estoy. Me extraño al tener también un par de llamadas de ella, pero renuncio a la idea de telefonarle al comprobar que el reloj del móvil marca más de las cuatro de la mañana. Le pregunto por WhatsApp qué necesita y espero a que le llegue. Lo hace, pero no parece que lo lea. Me la imagino dormida, babeando sobre la cama o abrazada desnuda (puag, qué asco) sobre ese tal Lucas. El humo de un cigarro sobrevuela mi cara y la giro para ver de dónde proviene (Rocío fuma bastante

lejos de mí). Me encuentro a Pablo de pie, con la espalda apoyada en la pared del edificio y un pie sobre la misma con la rodilla flexionada.

—¿Te ibas sin despedirte? —mis ojos se encuentran con los suyos.

—No estabas, pensé...

—Estás muy guapa —se impulsa hacia delante y se incorpora frente a mí. Le da una última calada al cigarro y lo tira a un lado. Sobre la acera puede haber más de veinte personas que vienen y van, sin embargo, yo solo escucho la lluvia caer sobre el asfalto.

—Ne, vamos. El taxi nos espera —Ro tira de mi brazo, pero yo no me muevo. Gira la cabeza hacia atrás y se da cuenta de por qué no lo hago.

—Yo la llevaré a casa —contesta Pablo, sin desconectar nuestras miradas.

Mis amigas esperan, impacientes, mi decisión. Les digo que pueden irse sin mí, me dan dos besos cada una y nos despedimos hasta mañana. Rocío me susurra al oído que no me lo piense y me lo tire. Carol me musita al otro que medite bien las cosas antes de hacerlas.

—¿Nos vamos? —con un golpe de cabeza me indica que lo siga. Camino a su lado hasta llegar al borde de la calzada, donde paramos.

—Ya sé que te gusta la lluvia, pero... nos estamos mojando —le informo.

—Muy observadora —tuerce la boca en esa media sonrisa que me deja sin aire. El coche del que los vi bajar al comienzo de la noche para ante nosotros, Pablo me abre la puerta y me invita a que pase, caballeroso.

—A casa, Steeve —le pide al conductor.

—Por supuesto, señor —le contesta este.

—¿Señor? —le pregunto, sentada a su lado. Él se encoge de hombros y no le da importancia al asunto.

—Llevo la ropa empapada —me miro el vestido negro, demasiado corto según mi amiga Carol.

—Siempre puedes quitártela —propone. Lo miro con una ceja enarcada y él tuerce la boca hacia arriba. Se deshace de su chaqueta de cuero y me la pone por encima de los hombros.

—Así entrarás en calor.

No, Pablo, así no.

Calor me entra cuando me doy cuenta de que la camiseta blanca mojada se pega a su pecho como si no llevara nada. Cierro la boca para no babear (más) y miro hacia otro lado. Unos segundos después me pregunta si estoy mejor.

—Ajá —musito (como la persona más tonta que haya pisado la faz de la tierra) y asiento con la cabeza.

Bajamos del coche y le pide al chófer que vuelva a por los chicos y que los lleve a casa, no entiendo muy bien a qué se refiere. Habla como si todos viviesen en comuna (y de hippies no tienen nada. Tampoco de pijos, parecen más roqueros modernos).

Entramos en el ascensor y los dos levantamos la mano para pulsar el botón con el número diez en relieve. Nuestra piel se toca y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Barajo la posibilidad de que se trate de frío; pero la descarto al notar un inmenso rubor sobre las mejillas.

—¿Por qué no bebes alcohol? —pregunta con las manos metidas en los bolsillos y con la espalda sobre el cristal.

—¿Qué?

—Me he dado cuenta que no bebes demasiado alcohol. Tal vez una copa de vino.

—No soy abstemia... si es lo que me preguntas, pero... me gusta controlar mi cuerpo. Odio no manejar la situación.

—¿Nunca te dejas llevar? —abre los ojos, sorprendido.

—Depende.

—¿De qué depende? —tuerce la cabeza a un lado, dejando su mejilla muy cerca del hombro.

—De según como se mire, todo depende —tarareo la tan conocida canción.

—¿Te estás quedando conmigo? —sonríe de oreja a oreja, se incorpora y se saca las manos de los bolsillos. Tengo que levantar el mentón para poder mirarlo a los ojos. Me encojo de hombros y también sonrío.

—Vaya, vaya... ¿Te gusta jugar? —se acerca un paso—. ¿Qué tengo que hacer para que decidas dejarte llevar conmigo?

NA-DA, pienso.

De repente, todo se ralentiza, mi respiración se acelera al ritmo de la suya y noto su cuerpo, ardiente, demasiado cerca del mío.

Levanta una mano, pulsa el botón de parada y el ascensor deja de moverse, (aunque a mí todo me da vueltas).

—Pablo —su nombre se escapa entre mis labios—. ¿A dónde vas?

—Voy a besarte —contesta seguro de sí mismo y de su atractivo sexual.

—¿Y por qué crees que te dejaría hacerlo?

—No lo sé, pero eso solo lo hace más emocionante—musita. Da otro corto paso y yo retrocedo, chocando con la pared de metal. Apoya una mano en el ascensor junto a mi cabeza y la otra la mete entre su chaqueta (que aún llevo

puesta) y me acaricia el costado.

—No debemos —suspiro y dejo la palma de mis manos sobre su pecho, empujándolo levemente hacia atrás.

—¿Quién lo dice? —siento su respiración sobre la mía.

Empiezo a pensar en la lista de personas que no estarían de acuerdo con lo que estamos a punto de hacer. Sebastian la encabezaría y con mucha diferencia, pero la saco de ella de un plumazo al entender que él no tiene nada que opinar aquí. Mi madre, por supuesto, pondría el grito en el cielo y tendríamos que llevarla al hospital. A mi padre le daría igual, él solo quiere mi felicidad. Mis amigas ya me han dicho lo que piensan antes de dejarme en la puerta del Bogga y Cristina... Cristina sí tendría mucho que objetar.

—Eres el mejor amigo de mi hermana pequeña —se me corta la respiración al notar su nariz entre mi cuello.

—¿Y...? —me roza la piel con los labios y todo mi cuerpo se estremece con el leve contacto— Yo no le voy a decir nada —vuelve a separarse unos centímetros y a mirarme.

—Tienes veintisiete años... —busco otra excusa.

—Me muero por besarte, Nerea. —Sus pupilas se han dilatado tanto que han raptado el azul de sus ojos. Asiento con la cabeza y me quedo sin respiración al notar sus labios, muy despacio, rozar los míos. Nuestras respiraciones se aceleran y rebotan en el poco espacio del habitáculo donde nos encontramos. Levanto un poco más la cabeza y la inclino hacia delante para que el beso se haga más profundo, pero Pablo me agarra del cuello y la cintura y me para. Vuelve a mirarme y encuentro algo que no había visto antes. Mucho anhelo, o tal vez deseo, el mismo que recorre cada una de mis venas. De nuevo, roza con sus labios los míos y yo trato de agarrarme a su cuello y atraerlo más hacia mí. Él se separa y sonríe ante mi cara de cabreo. Pero tipo sonrisa pervertida de demonio pervertido. Por supuesto es muy consciente de su atractivo sexual.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —me acaricia los labios de una manera muy sucia con el dedo pulgar.

Trato de morderlo, pero se aparta.

—Te deseo. —¿Eso lo he dicho yo? Me sorprende de mí misma y a él le cambia la cara. Aprieta la mandíbula, traga en un gesto muy masculino y un brillo incandescente le cruza la mirada.

Une su boca a la mía, de repente, con mucha ansia; y un fuerte gemido se escapa de entre mis labios cuando este los muerde con fuerza. Introduce su

lengua en mi boca y yo le busco hueco a la mía en la suya. Está húmeda y muy caliente, tanto como me estoy poniendo yo. Lo devoro como llevaba semanas queriendo hacer, pero no lo sabía. Pablo me agarra del culo y me lo levanta apremiándome a que lo rodee con mis piernas. Cuando lo hago, me quita la chaqueta, dejándola caer al suelo y me clava más a la pared. Con una mano palpa el panel del ascensor y noto que comienza a moverse. Enredo mis dedos entre sus cabellos y él me masajea un pecho por encima de la ropa. Se escucha el pitido que indica que hemos llegado a nuestra planta y salimos de ella chocándonos contra todo lo que se pone por delante. Mis pies siguen sin tocar el suelo. Pablo saca las llaves de su piso de los pantalones e intenta introducirla en la cerradura. Noto que su miembro, duro y expectante, choca contra la fina y mojada tela de mis bragas.

Jadeo y giro la cabeza hacia un lado, tratando de coger aire, aprovechando que su boca y su lengua me recorren el cuello y la clavícula.

—Pablo... —intento apartarlo, pero él me besa de nuevo—. Pablo... Para... —le tiro del pelo hacia atrás, sin embargo, me muerde el labio como respuesta.

—Ni en sueños —sigue devorándome y deshaciéndome por dentro, así que tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para frenar esto.

—Pablo... —le agarro la cara con las manos y le tuerzo la cabeza hacia mi izquierda para que observe a Cristina durmiendo sentada en el suelo, sobre el felpudo de mi piso.

—Joder, Pétalo —musita mirándola, sin soltarme el culo.

—No podemos dejarla ahí —digo, aún entre pequeños gemidos. Pablo centra su mirada ahora en mí.

—Será solo un ratito —tuerce la boca en una mueca muy perversa. Sonrío, le acaricio la mejilla y le doy un corto beso muy cerca de los labios. Estoy segura de que no habla en serio. Me deja en el suelo y me bajo el vestido, mientras él se agacha y trata de despertarla.

—Pétalo... Peque... Despierta —le da golpecitos en los hombros y en la cara.

—Mmm... ¿Qué hora es? —contesta sin ni siquiera parpadear.

—Muy tarde, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Quiero un burrito —habla en sueños.

—Abre la puerta, Nerea. La llevaré en brazos.

La coge como si no pesara nada, cruza la casa y la deja sobre mi cama. Yo le quito los zapatos, la cubro con la colcha, apago la luz de la habitación y

salgo al salón donde me encuentro a Pablo de pie, muy cerca de la salida.

—¿Te vas?

—No si tú me pides que me quede —termina con el paso que nos separa y con el dedo índice me acaricia la mandíbula.

—Pablo, yo... —llega hasta mis labios y los bordea, suave y despacio. Todos los vellos de mi piel se erizan. Se me olvida lo que quería decir. Mierda, solo me pido un mínimo de concentración.

—Debería ir a ver por qué está aquí Cristina. Tal vez haya ocurrido algo —se me ocurre.

Da un chasquido con la boca, deja de acariciarme y se toca el cabello con las dos manos. Lo veo dudar, hace un imperceptible gesto como para acercarse a mí y terminar con los pocos centímetros que nos separan, pero al final retrocede, coge aire y camina hasta la puerta. La abre y se gira.

—Nerea.

—¿Si? —una llamarada me recorre de arriba abajo y un único deseo se instala en mi mente: que vuelva, me bese, me lleve a su casa, me desnude y haga conmigo lo que quiera.

Va a decir algo, pero se calla, indeciso.

—Dile a Cristina que me llame mañana. Tengo que hablar con ella.

FIN DE AÑO DE DÍA: RARO

El domingo, Cristina y yo nos tomamos el café en la cocina a eso de las once de la mañana. Ella con un inmenso dolor de cuello, yo con un gran dolor de cabeza (y más caliente que el pico de una plancha. En serio, llevo toda la noche besando a Pablo en sueños y... otras cosas que me niego a reconocer). Trasnuchar no le viene bien a mi jaqueca y una punzada de dolor me pincha la sien. Me tomo una pastilla mientras Cris me cuenta que perdió las llaves de su piso y que el casero pasa las vacaciones fuera del país y que yo soy la única persona que tiene llave de su casa. Total, que como yo no le cogía el teléfono ni le contestaba a los mensajes, se vino rezando a su dios Jean Clean Van Damme, encontrarme en casa. Por supuesto, no lo hizo, así que esperó a que alguien saliera del edificio para colarse y esperar en el rellano.

—¿Por qué no llamaste a una amiga? —Cojo una galleta y le doy un mordisco.

—Se han ido de fin de semana —se masajea la zona dolorida.

—Y ¿por qué no avisaste a Pablo?

—Porque es gilipollas y no nos hablamos —se lleva la humeante taza a los labios.

—¿Y eso? —pregunto pensando que yo tampoco le hablaré jamás. Me niego, qué vergüenza. Me mudaré de piso si es necesario. Qué penita, con lo *cuqui* y precioso que luce y el trabajo que me ha costado encontrarlo.

—Se mete donde no lo llaman. No lo aguanto cuando hace eso.

A mí me lo vas a decir, ese malnacido me metió la lengua hasta la garganta sin que yo se lo pidiera. Valeeee, se lo demandé a gritos.

Deja el vaso en el fregadero y abre el armario donde guardo los paquetes de patatas. Coge uno lo rasga y se lleva unas cuantas a la boca.

—Puafff, qué asco. Odio que hagas eso —achino los ojos y frunzo el ceño.

—Me gusta la mezcla del sabor dulce y salado —la cierra con una pinza que coge de la encimera y la deja donde estaba—. Me voy. Tengo que hacer una copia de la llave.

—Hoy no encontrarás nada abierto.

—Pues me llevo la tuya, ya te la devolveré otro día.

—Quédate aquí hoy. Hace tiempo que no pasamos el día juntas.

—Vale, pero comemos fuera. Déjame algo de ropa.

—De eso nada. Pide comida si quieres, pero no puedo salir. Hoy toca limpieza —salgo de la cocina y ella lo hace detrás.

—¿Y pretendes que yo te ayude? —Se tira sobre el sofá y comienza a cambiar de canal compulsivamente.

—Mientras no molestes, haz lo que te dé la gana. No tardaré mucho.

Me entretengo recogiendo el piso y ordenándolo todo para poder sentarme con ella a charlar. A las cinco de la tarde me hartó de escucharla lloriquear y decido obligarla a que haga las cosas bien.

—Cris, levanta.

—¿Para qué? Ya lo has recogido todo. Espera, no. Creo que debajo de la mesa hay una pelusilla —bromea sin gracia y yo le respondo con una mueca muy apática.

—Ve a ver a tu amigo, anda. Anoche me dijo que necesitaba hablar contigo. Estoy segura de que a él tampoco le gusta esta situación.

—Me importa una mierda lo que ese gilipollas necesite; y tú ¿estuviste con él anoche? Os estáis haciendo muy amiguitos, ¿no?

—Coincidimos en el Bogga y nos vinimos juntos a casa. Resulta que es mi vecino —ironizo (y olvido que su miembro rozaba, muy erecto, mis partes íntimas mientras nos devorábamos y él me agarraba del culo). Qué calor. Resoplo hacia arriba.

—Paso. No quiero saber nada más de él. ¡Nunca! —dramatiza mirando la televisión e ignorándome a mí y a mi careto.

La ignoro, a ella y a de su bajón-depresión pos resaca y vuelvo a mi habitación a ahogarme en papeles. Me gustaría resolver el tema administrativo antes que termine el año y para que eso ocurra solo quedan unos días. Si Cris no está dispuesta a poner de su parte, yo aprovecharé la tarde en otros quehaceres.

Recibo mensajes de las chicas preguntando qué ocurrió anoche. Las tranquilizo haciéndoles saber que no pasó nada de nada (me ahorro los detalles y las razones que me frenaron a cometer una locura) y hablamos por WhatsApp durante un rato, hasta que Carol se despide porque tiene que bañar a los niños (en el saco incluye a Andrés); y Rocío debe vestirse para salir a cenar con Carlo. Dejo el móvil sobre la peana para que se cargue, sin embargo, vuelvo a cogerlo al escuchar un mensaje.

555460077: «¿Estás en casa? ¿Podemos hablar un momento?» 20:09

Yo: «¿Quién eres?» 20:10 ✓ ✓

555460077: «Pablo» 20:10

Yo: «¿Quién te ha dado mi número?» 20:11 ✓ ✓

555460077: «Se lo quité a Cristina de su móvil» 20:12 .

Él siempre tan honesto.

Yo: «Pero, ¿cómo te atreves?» 20:16 ✓ ✓ .

Me quedo bastante asombrada y tardo unos minutos en contestar. De camino guardo el número para no volver a cogerlo nunca.

Pablito Cara de Pito (utilizo el apodo que le puse de pequeño para tratar de aliviar el cabreo que tengo. Con él y conmigo): «Venga, no te enfades. Los dos sabemos que tarde o temprano me lo ibas a dar» 20:19

Será creído. Decido obviar lo que ha dicho (y a todo él) y le hablo de Cristina.

Yo: «Tu Pétalo está depresiva ocupando todo mi sofá porque ya no sois amiguitos» 20:20 ✓ ✓

A las ocho y media me doy cuenta de que no va a contestar. Mis sospechas se confirman al escuchar el timbre de la puerta. Me hago la remolona y espero a que Cristina se levante y abra. Unos minutos después me veo obligada a salir al salón y parar la pelea que se traen mi hermana y sumejoramigo-vecinotiobuenoquecasimetro. Las voces deben escucharse

desde la calle, diez pisos más abajo.

—¿Puedes decirme en qué te basas para asegurar eso si solo lo conoces de unas horas? —Cristina mueve las manos, descontrolada.

—Ese tío solo quiere acostarse contigo. ¡No entiendo por qué estás tan ciega!

—Que tú seas alérgico a las relaciones, no significa que todos los tíos lo sean —contesta Cristina y a Pablo le cambia la cara.

—Yo no soy alérgico a nada. Ese niño solo quiere pasar el rato. Si tú estás de acuerdo, me parece perfecto. Pero te conozco y sé que te gusta mucho...

—Pero, ¿tú qué sabrás? —lo corta—. Si no reconoces el amor aunque lo tengas delante. Dejaste a Brittany y ni siquiera...

—Ella no tiene nada que ver —se mete los dedos entre el cabello. Cierra los ojos y coge aire. Me siento fuera de lugar, pero no hago nada para remediarlo, solo me quedo allí, escondida al cobijo de la oscuridad que me concede el pasillo—. Pétalo, solo quiero lo mejor para ti.

—Pues no te metas —le pide en un tono bastante beligerante.

—No quiero que te hagan daño —la mira, tratando de calmarse. Se masajea la sien y pone un brazo en jarra—. Y no quiero tener que partirle la cara.

—¿Te crees muy machito? ¡No necesito que te pelees por mí!

—¡Joder! ¡No conozco a nadie más cabezona que tú! —vocifera.

—Yo sí. ¡Tú! —lo señala con el dedo.

Viendo que la situación va a peor y que no tiene visos de mejorar, decido meterme donde no me llaman y arriesgarme a salir bien escaldada. Doy un par de pasos y entro en el salón; ninguno de los dos miran en mi dirección y siguen gritándose como si no hubiera un mañana.

—Chicos —los llamo, calmada—. Chicos —vuelvo a intentarlo—. ¡Chicos! —grito, de pie entre los dos—. ¿Queréis dejar de gritar? —me miran y, después de mucho tiempo, reina el silencio.

—¡No te metas tú tampoco! —lo rompe Cris, dirigiéndose a mí.

—Estáis peleándoos en el salón de mi casa. Si queréis seguir haciéndolo, os ruego que salgáis de aquí —les pido a los dos.

—Joder, lo siento —Pablo deja caer los brazos junto a sus costados y cambia el peso de un pie a otro.

—¿Con cuál de las dos estás hablando? —pregunta Cristina, levantando el mentón sin izar la bandera blanca.

—Con las dos. —Coge aire—. Nerea, siento el festival que hemos montado. No tenía derecho a entrar en tu casa y ponerme a pegar voces —se disculpa, sincero—. Pétalo —se dirige ahora a ella—. Llevas razón, tengo que confiar más en ti y en tu criterio.

—Y no tratarme como si fueras mi padre —apunta, listilla, y se cruza de brazos.

—Vale, y eso. —Su amigo sonrío de medio lado—. Vamos, ven. Dame un abrazo.

—No quiero —mira hacia otro sitio.

—Pero yo sí. ¿Vas a dejarme así? —Pablo abre un poco los brazos y pone cara de cachorrillo abandonado. A punto estoy de ir yo y entregarle mi cuerpo desnudo como ofrenda... digo, y abrazarlo; cuando Cristina salta sobre él y lo envuelve con todo su cuerpo: piernas y brazos.

Les dejo intimidad para que lleven a cabo la reconciliación y me meto en mi dormitorio a recoger toda la documentación para dejarla mañana en la gestoría. Cris me llama para cenar y, aunque trato de disculparme y quedarme escondida, no me queda más remedio que salir y enfrentarme a Pablo (con sudadera, despeinado, vaqueros muy rotos, zapatillas de deportes y las mejillas sonrosadas de la calefacción). Ya me imaginaba que mi hermana lo invitaría a cenar y que no lo iba a dejar rechazar la oferta, así que trago para humedecer mi garganta y saco mi parte valiente y sinvergüenza a pasear. Entre los dos han preparado un poco de comida mexicana: burritos, tacos y guacamole. Comemos sentados sobre la alfombra, viendo una película de ciencia ficción y alabando la perfección de los efectos especiales a pesar de que el film tenga más de quince años.

En cuanto recogemos la mesa me voy a la cama y me acuesto. Aún no sé qué quería hablar Pablo conmigo, pero seguro que no me interesa lo más mínimo. Lo de ayer mejor olvidarlo, como si no hubiera existido. Ellos se quedan en el salón; Pablo sentado en el sofá y Cris con las piernas sobre su regazo.

El lunes entro en la oficina pisando fuerte. Me encanta no tener que coger el coche para venir a trabajar, solo necesito caminar durante unos quince minutos y listo. Compró tres cafés por el camino y nos los tomamos en mi despacho mientras ultimamos detalles de la fiesta de fin de año de un grupo de música. Mía revisa la lista de invitados, Joel la decoración y yo el catering. Un DJ muy famoso pinchará durante toda la noche, varios bailarines e, incluso, un mago amenizarán la velada. Llamamos al teléfono de Mía y ésta va a

contestar. Unos segundos más tarde viene a avisarnos de que dentro de media hora tenemos reunión con Elena Márquez, la modelo que se casará la próxima primavera con uno de los solteros de oro de esta ciudad.

—*Queen*, ¿a qué hora hay que estar en la fiesta?

—No hace falta que vengas. Ya te encargaste tú de la de Nochebuena. Para Nochevieja trabajaré yo.

—Pero a mí no me importa. Es más, me encantaría conocer de cerca a esos hombretones —se lleva las manos al pecho y cierra los ojos.

—Como quieras. Ese mismo día lo vamos viendo sobre la marcha.

La semana pasa casi sin darme cuenta. El lunes llego a casa cruzando el rellano como el ninja más sigiloso, utilizando todas las tácticas habidas y por haber sobre el escapismo para lograr mi objetivo: no encontrarme con Pablo (nunca más, puestos a pedir). El martes hago lo mismo, pero con más experiencia (me quito los tacones y voy preparada con las llaves en la mano) y cabreada (porque tampoco me ha telefoneado). El miércoles me llama, sin embargo, no contesto. ¿Por qué? Cosas de mi bipolaridad, que se pregunta, con razón, por qué ha tardado tres días en hacerlo. Si quisiera hablar conmigo, solo tendría que llamar a mi puerta. Vivo en la casa de al lado. Vamos, digo yo. El jueves el que me llama es Sebastian y no sé decir si me alegra o me da coraje. Al escuchar sonar el teléfono pensé que podría ser Pablo y, al comprobar la equivocación, me llevo una pequeña decepción. Mi marido me invita a comer y acepto no muy encantada. Me incomoda. No sé muy bien cómo explicar lo que siento, ha sido mi otra mitad durante tanto tiempo que me resulta imposible verlo de otra forma. Mi cuerpo reacciona de una manera muy natural con él y yo trato de evitar esos impulsos. Aún lo quiero, no lo puedo negar y ya me resulta difícil hacerme a la idea de vivir sin él no teniéndolo cerca. Me da miedo pensar que ha rehecho su vida, me da pánico darme cuenta que me ha olvidado. ¿Soy rara? Porque bien pensado yo no quiero volver con él, ahora mismo no, pero descubrir que eres fácil de olvidar no gusta a nadie. Vale, esto ha sonado muy egoísta. Me gustaría que fuera feliz, que los dos lo fuéramos, pero no estoy preparada para pasar página, no tan pronto.

A Joel le cambia la cara cuando le digo con quien voy a almorzar (ahora parece un espárrago mojado. Recordad que tiene el pelo verde), no le gusta verme sufrir y sabe que quedar con Sebastian puede afectar mucho a mi estado de ánimo. Aún así, me entiende y me apoya. Lo despidió en la puerta de

nuestra oficina y quedo en recogerlo a las ocho para dirigirnos a La Finca.

Entro en el restaurante bastante nerviosa, lo vi hace una semana en la cena de Nochebuena y desde entonces no hemos vuelto a hablar. Se levanta como un caballero cuando me ve acercarme a la mesa donde me espera.

—Hola —me da un corto beso en la mejilla y retira mi silla para que me siente frente a él.

—Hola —dejo el abrigo colgado en el respaldo junto con el bolso. Después, tomo asiento.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada.

—Nerea... verás. Te he llamado porque me apetecía verte, pero...

—Vaya, te hubiera quedado mejor sin ningún pero.

—No quiero discutir, de verdad. Sabes que te echo de menos, la casa sin ti se me hace demasiado grande. Sin embargo, necesito pedirte un favor.

Me cabrea. Aún no hemos pedido la comida y me viene con esas. No es que me haya hecho ilusiones con su llamada, tengo muy claro lo que hay entre nosotros dos ahora mismo, pero pensaba que le pasaba lo mismo que a mí, como poco, sentirse perdido. Aún así, lo entiendo. Si yo necesitara algo, la primera persona que se me vendría a la cabeza sería él, me he llevado diez años teniéndolo para todo, así que no puedo culparlo de que me pida a mí un favor.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien?

—Si si. Tranquila, todo está bien. Es solo que... Mis padres vienen a pasar el fin de semana, ya sabes... hace tiempo que no viajan; y no les he dicho nada de nuestra separación. No quiero preocuparlos hasta asegurarme si nuestra ruptura es definitiva o no. Ellos son muy antiguos y lo pasarían fatal con el divorcio de su único hijo.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Que vuelvas a casa esos días.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—No te lo pediría si no fuera importante.

—Sebas, no puedes pedirme eso. Me está costando horrores acostumbrarme a estar sin ti. No puedo.

—Nerea —me agarra una mano con las suyas y me acaricia—. Solo serán dos noches. Dormiré en el suelo, pero, por favor... —me mira agachando el semblante.

—No te pediré nada más —sigue.

—Estás siendo un poco injusto...

—Lo sé —agacha el rostro, avergonzado.

Cierro los ojos y resoplo. No me parece una buena idea, ni a mí ni a mi salud mental. De cualquier forma, acepto. ¿Qué otra cosa podría hacer? Es mi marido y, aunque mis suegros y yo nunca hemos conectado del todo, no quiero hacerles daño. Yo elegí cuándo decírselo a mis padres, no soy nadie para imponérselo a él.

—Esta bien —claudico, sabiendo que me arrepentiré.

Nos despedimos en la puerta, incómodos, sin saber muy bien qué hacer o cómo actuar. Cuesta asimilar que no encuentras la manera de decirle adiós a alguien que hasta hace no mucho fue tu mitad. Lo veo acercarse a mí y abro los brazos para recibirlo; acomodo la cara en su hombro y respiro fuerte, llevando su fragancia donde antes acostumbraba a estar, muy dentro de mí.

—Gracias —musita junto a mi oído. Me da un beso en la mejilla antes de apartarse. Nos veremos dentro de unos días, cuando el telón se levante y tengamos que fingir que aún nos tenemos, porque que nos queremos no tenemos que disimularlo ¿no?

El último día de este año tan raro no ha empezado bien, pero importa más como termina y yo confío en que mejore conforme el sol desaparece tras el horizonte. Vuelvo a la oficina mirándome los pies, cada paso que doy me separa más de él, no obstante, me acerca más a mi nueva vida, esa a la que cada vez le tengo más cariño. Recojo mi agenda y block de notas, las dos cosas me harán falta después. Hoy se celebra una gran fiesta de fin de año en una de las mansiones del exclusivísimo complejo residencial de La Finca y nada puede salir mal. A las seis me voy a casa, me arreglo el pelo y visto mis mejores galas. Recojo a Joel a las ocho en la puerta de su piso. Va perfectamente ataviado con un moderno traje de pantalón y chaqueta de dos botones verde botella, pajarita negra sobre una camisa blanca y zapatos burdeos que contrastan con su color de pelo. Ultimamos detalles en el coche, mientras yo calculo las botellas de cava que debemos enfriar según los asistentes, él me recuerda lo buenos que están los componentes del grupo y me da las gracias por dejarlo trabajar en Nochevieja. A quien se lo cuente no se lo creería. Suena raro, pero se moría por socializar con esos «súper *mens*». Así que me río de él y de sus ocurrencias.

—*Queen*, hoy sí que pareces una auténtica diva. ¿De quién es el modelito?

—me pregunta, a la vez que busca fotos de los miembros del grupo en Google.

—Pues no sé, me lo regaló Cristina para mi cumpleaños.

—Tu hermana tiene muy buen gusto. Tendría que quedar más con ella. — Si le digo que hay una alta probabilidad de que sea de mercadillo, le da un patatús y el color de pelo le cambia a blanco. Le da alergia hasta acercarse a menos de un kilómetro al Rastro.

De repente da un grito y se lleva una mano al pecho. Me asusto y doy un pequeño frenazo.

—Virgencita de los Ángeles, ¿pretendes que nos matemos? —me mira, asustado—. Me vas a despeinar el flequillo —abre el parasol y comprueba en el espejo que no se le ha movido un pelo.

—La culpa es tuya. ¿Qué ha sido ese chillido?

—The Fox' Lair, reina. Esos tíos no son normales, parecen salidos de otro mundo. El *world* de los tíos súper buenorros. Y el vocalista... ¿será gay? — se queda en silencio y lo miro de reojo. Mantiene toda su atención sobre la pantalla del móvil.

—Deja de babear ante el cristal, los vas a ver ahora en carne y hueso. Pero, por favor, controla tus impulsos. Si saltas sobre alguno de ellos, me muero. —Viendo que pasa de mí, pregunto—. ¿Qué haces ahora?

—Estoy buscando información —teclea de nuevo—. Parece que es hetero. ¡*Fuck!* —se toca el cabello y lo peina hacia atrás—. Bueno, ya lo veremos. La prensa a veces se equivoca...

—Pero, ¿qué dices?

—Nada. Mira, debe ser por ahí —señala la salida de la autopista.

Llegamos a la urbanización y un elenco de medidas de seguridad se superponen unas a otras. Una doble valla muy alta rodea el descomunal perímetro. Paramos en una de las puertas y dos guardias de seguridad salen de una garita y nos someten al tercer grado, además de pedirnos el DNI, informarnos de que estamos siendo grabados y llamar a la residencia a la que vamos para asegurarse de que estamos invitados y no nos colamos como dos ladrones con mucho gusto y elegantemente vestidos. Conducimos por las calles desiertas, rodeadas de zonas verdes, lagos y parques donde pasar el rato parece todo un placer. Una persona nos espera delante de una gran puerta de hierro, que se abre conforme la cruzamos sin bajar del coche. La gran casa impresiona. De mármol blanco, unos dos mil metros construidos, dos plantas, las paredes de la de abajo son todas de cristal dejando ver lo que hay dentro.

Todo iluminado de una forma exquisita. Una piscina rectangular delante de la casa y un jacuzzi en el lateral derecho. Pierdo la cuenta de los metros que debe tener la parcela.

—*Amore*, hemos muerto y resucitado en el paraíso.

FIN DE AÑO DE NOCHE: MÁS RARO

Joel lleva razón al referirse a esto como el paraíso. Cientos de metros de césped muy verde y perfectamente cuidado se extiende hacia todos lados desde mis pies. Una empresa que hemos contratado se ha encargado de parte de la iluminación, pero aseguraría que otro tanto fue obra del arquitecto que diseñó esta hermosura. Busco a Ferrán entre las personas que nos esforzamos por tenerlo todo listo a la hora convenida y le doy la enhorabuena por el gran trabajo que ha hecho con las luces. Lo despido hasta la próxima y le solicito que me pase la factura lo antes posible. El maître se acerca a mí y comienza a hablar demasiado deprisa, algo ha ocurrido con los canapés de gambas, pero no logro averiguar el qué. Le ruego que se tranquilice, coja aire y se tome unos segundos para descansar. Lo acompaño hasta un banco de hierro al que alumbra una lámpara en forma de farola y lo obligo a tomar asiento y a relajarse un poco. Por fin me cuenta lo que pasa. Atención, problemón: las gambas no vienen peladas. No suelto una carcajada porque me da mucha ternurita la cara de descomposición y miedo con la que me mira, a punto del llanto y la desesperación. Buscamos una solución rápida: las gambas se servirán tal cual y serán los invitados los que las tengan que pelar.

—Reina Mora. Ya está todo preparado. Los invitados no tardarán en llegar —Joel me enseña un ramo de flores que ha sobrado de los jarrones—. He pensado que podríamos esparcirlas alrededor de la piscina.

—Me parece muy buena idea. Se verá desde dentro.

Le pido que se haga cargo del asunto (paso de salir, hace más frío que en la fiesta de graduación de Pingu) y voy a recibir al DJ y a los bailarines. A las diez de la noche comienzan a llegar coches, uno detrás de otro, como si de una coreografía muy ensayada se tratase. La cena se sirve entre los dos gigantes salones de la planta baja, ocupados por mesas redondas para ocho comensales cada una. Me quedo en el pasillo que une la cocina con las salas para cerciorarme de que todo sale como esperaba. Dos horas más tarde una

marabunta de gente gritan Feliz Año Nuevo y bailan desinhibidos, gozando del momento, la compañía y la situación. Miro a mi ayudante que parlotea animadamente con un futbolista de reconocido prestigio copa en mano. Hay más de setenta personas pululando por toda la casa y de repente siento que necesito un ratito para mí. Los últimos diez años me he tomado las uvas junto a Sebastian, soñando con todas las posibilidades que nos podría traer un año nuevo, ignorando que comenzaríamos separados. Me escondo en un cuarto de baño de la primera planta y me permito derramar un par de lágrimas, solo un par, ni una más. Me limpio con una servilleta color oro dispuesta sobre el lavabo de mármol gris y salgo a avisar a Joel de nuestra partida. Tardo en dar con él, lo encuentro en el sótano, sentado en un sofá negro en lo que parece una sala de juegos. Me ruega que le dé una hora más de felicidad y lo deje gozar de la compañía.

—Además, Diva. The Fox' Lair va a cantar su nuevo single en vivo y en directo. No serías tan cruel como para obligarme a perdérmelo. Te odiaría por ello y tendría que matarte y tirar tu cuerpo por un acantilado —me susurra al oído para que su acompañante no lo escuche, con una sonrisa muy cínica.

—Esta bien. Búscame cuando terminen y nos vamos.

Abro una puerta de dos hojas al final de un pasillo, también en el sótano, y descubro una piscina climatizada de un tamaño considerable, muy poco iluminada y donde la temperatura ha subido bastante. Camino hasta el borde y mi sentido común apenas supera a las ganas de tirarme de cabeza y relajarme en sus profundidades. Me quito el abrigo y lo dejo sobre una hamaca, la misma sobre la que tomo asiento. Levanto el cuello, cierro los ojos y respiro toda la paz y la tranquilidad que la solitaria estancia desprende. Aquí no hay nadie ni nada, el murmullo del gentío se desvanece mucho antes de llegar al pasillo y la música no tiene permiso para atravesar estas paredes. De repente, un sonido en la esquina opuesta de la sala me asusta. Me levanto y pregunto si hay alguien ahí. Nadie responde, sin embargo, ya no me siento tan sola, sino todo lo contrario, miro hacia atrás y, a dos metros, unos ojos me miran y me arropan.

—¿Pablo? —pregunto, desconcertada. La persona en cuestión se adelanta unos centímetros y la luz ilumina su cara, descubriéndola entera. Y lo veo—. Pablo, ¿qué haces aquí? —frunzo el ceño, totalmente contrariada y sorprendida.

—Esconderme —contesta, con las manos metidas en los bolsillos y como si el mundo le importara poco o nada.

—¿De qué? —me fascino ante su imponente belleza masculina. Alto, fuerte y con un atractivo arrollador.

—De la gente. Igual que tú, supongo —se encoge de hombros en un gesto imperceptible, pero que reconozco característico de su personalidad. Finge desgana, aunque nada le da igual.

—Yo solo buscaba algo de tranquilidad —me meto un rebelde rizo de pelo detrás de la oreja y me humedezco los labios. Mueca que no le pasa desapercibida a Pablo (y que prometo solemnemente que ha sido sin intención).

—Y yo la he enturbiado —dice a modo de disculpa.

—No no. Tú estabas aquí primero. Soy yo la que debería irse —argumento sin casi pensar. Me agacho para coger mi abrigo y marcharme, cuando él me agarra de la muñeca, que acaricia, y me para.

—¿Por qué huyes de mí?

—¿Qué... Qué quieres decir? —trago con dificultad.

—Llevas evitándome toda la semana —manifiesta.

—¡Eso no es cierto! —replico con demasiado énfasis, delatando mi nerviosismo y declarándome culpable de su acusación.

—¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

—Estaba ocupada y... Vives al otro lado de la pared. Pensé que, si fuera importante, vendrías a hablar conmigo en persona.

—Eso te hubiera gustado —confirma seguro, en un tono mucho más bajo.

—Me da igual. No seas tan presuntuoso.

—A mí me hubiera encantado verte. Es más, he estado soñando contigo —manifiesta, honesto.

Yo también he soñado con él, pero me niego a reconocerlo en voz alta y que su ya hinchado y enorme ego se haga más grande y nos explote en las narices a los dos. Sus ojos, clavados en los míos, ya averiguan demasiado cada vez que se encuentran y este muchacho no necesita saber nada más de los sentimientos que causa su presencia en mí, al menos por ahora.

Un huracán de silencio y de algo que no entiendo nos envuelve, transportándonos muy lejos de allí, a un lugar con mucha menos gente y mucha menos responsabilidad.

—¿De verdad robaste mi número de teléfono a Cristina? —intento entablar conversación.

Él se encoge de hombros y se toca el pelo.

—¿Cómo fuiste capaz de hacerlo? —curioso, anonadada por su falta de

vergüenza y respeto.

—Yo siempre consigo lo que quiero —se acerca demasiado a mí y yo doy un paso hacia atrás.

—¿Qué haces aquí? —suelto la pregunta entre tartamudeos, asustada por la fuerza que me atrae, inexplicablemente, hacia él, pero dejando ver mi animadversión a que la intimidad se instale entre nosotros.

—Ya te lo he dicho, no me gusta la gente. Arriba hay demasiada —el tono molesto no me pasa desapercibido. No le gusta que lo rechacen, lo sé desde hace tiempo.

—Me refiero en esta fiesta de... snobs —levanto las manos señalando el espacio que nos rodea.

—Estoy por obligación —se encoge de hombros y camina hasta el borde de la piscina. Me extraño de su respuesta, pero decido ignorarla y ponerme a su lado. Podemos ver nuestro reflejo en el agua.

Tomo aire.

—Después de lo que pasó el fin de semana... —me sincero, sin mirarlo—, me avergonzaba verte.

—No pude dormir en toda la noche. Me moría por volver a besarte —se gira y me mira—. Nerea —me llama.

Lo miro.

—Báñate conmigo.

Sonrí y abro los ojos, extrañada.

—¿Qué?

—Que comencemos el año bañándonos juntos —se quita la chaqueta y la deja caer al suelo.

—No hablas en serio —niego con la cabeza.

—¿Alguna vez bromeo? —se ríe—. Vale, pero nunca miento. Vamos, anímate —me coge de las manos y de un tirón las suelta.

—Estás loco. No tengo bañador, estoy trabajando y mi ayudante me espera para irnos.

—Excusas. No te atreves y punto —me desafía.

—Ese truco lo inventé yo. No vas a convencerme —pongo los brazos en jarra.

Coge su camiseta negra por la parte de la cintura, la levanta con las dos manos y se la saca por la cabeza, dejando todo su torso desnudo a muy pocos centímetros de mí. Me quedo embobada observando sus oblicuos, los abdominales y el perfecto pecho que luce sobre ellos, rodeado de unos anchos

hombros y torneados brazos. Pierdo la cuenta en el décimo tatuaje que cubre casi toda su piel.

—Quítate la ropa —me pide.

—Deja de decir estupideces.

—No te miraré. Te esperaré en el agua, de espaldas, hasta que te metas — se desabrocha los pantalones y le ruego que pare.

—¿Quieres dejar de desnudarte? —me tapo los ojos con las manos.

—No quiero mojarme la ropa —sigue quedándose sin indumentaria delante de mí. Me doy la vuelta y espero a que termine. Vuelvo a girarme cuando escucho que se tira a la piscina. Observo su pantalón y sus botas esparcidas por el suelo y su cabeza salir del agua a pocos metros de mí.

—Tienes un minuto para entrar aquí. Si no lo haces por ti misma, saldré y te tiraré vestida —grita.

—¡No serías capaz!

—Ponme a prueba.

Resoplo, suspiro y me resigno. Bueno, decido que no hay nada que desee más que mojarme junto a su cuerpo. Así que camino hasta la tumbona, le digo que no mire, espero hasta que se gira para otro lado y me quito el vestido y las medias hasta las ingles. Me siento muy desnuda aunque no lo esté del todo, un conjunto de braga y sujetador de encaje blanco cubre mis zonas más íntimas. Me introduzco en el agua despacio por las escaleras. La temperatura está demasiado alta si la comparamos con la que hace fuera y el vapor cubre unos centímetros por encima del filo del agua.

—Ya puedes mirar —mi voz sale como un murmullo.

Pablo camina hasta parar a un metro de mí, respetando un prudente espacio entre nuestros dos cuerpos casi desnudos. A él el agua no le cubre los hombros, sin embargo, yo doy pie a duras penas.

—Casi no llego al fondo.

—Ven —me ofrece la mano, la miro y, tras dudar durante una milésima de segundo, la agarro y dejo que me lleve hacia otro lado. Un calor irrefrenable me cruza el brazo y mi corazón comienza a bombear con fuerza—. Aquí estarás mejor —me suelta en una zona menos profunda. Ahora puedo vislumbrar su pecho casi entero.

—Gracias. Hubiera sido muy poco glamuroso ahogarme como un pollo — digo sin pensar. Los nervios y el calentón no me dejan procesar mucha información. Él suelta una carcajada y los músculos se le contraen ante mi atónita mirada. Poco a poco, el agua se calma y el aire comienza a pesar y a

caer sobre nuestros hombros. Deja de sonreír, respira y se muerde el labio inferior con los dientes sin perder de vista mi boca.

—Eres muy bonita.

Agacho el semblante, ruborizada.

—No te escondas. Siempre he querido decírtelo.

—¿Siempre dices lo que piensas? —me armo de valor y lo miro.

—Por supuesto que no.

—Pero no te gustan los rodeos.

—No sólo no sirven para nada, sino que tardas más en conseguir tu objetivo.

—De eso se trata, ¿no? —acaricio el agua con mis manos, haciéndola resbalar entre mis dedos—, de obtener lo que quieres. No importa cómo, sino el fin.

—Yo no he dicho eso. Por mucho que desee algo o a alguien... —baja el tono al decir esto último—, no todo vale.

Un craso silencio nos envuelve.

Se toca el cabello de adelante hacia tras y viceversa de una manera rápida y un montón de gotas se esparcen a su alrededor rompiendo la tensión del momento.

—¿Quién te crees que soy? Tengo sentimientos —responde, fingiéndose lastimado.

—¡Ah! ¿Sí? Pues me ha parecido lo contrario —dramatizo, como él.

Para mi asombro, empezamos a hablar sin parar, de todo tipo de temas. Me hace reír, desinhibida, y consigue que me sienta tan cómoda y relajada que me olvido de donde estamos y por qué. De repente, lo percibo demasiado cerca, su hombro roza el mío y me pongo muy nerviosa.

—Estás temblando, quizás deberíamos salir —advierte.

—Estoy bien —susurro, ensimismada, viendo el agua resbalar por su moreno cuerpo.

Levanta un brazo y toca el mío.

—No lo estás, Nerea. —Cierro los ojos ante su contacto y, al abrirlos, me encuentro los suyos y sus labios muy cerca de los míos. La mano con la que me tiene agarrada baja hasta mi cintura, acariciando y calentando cada centímetro de mi piel. Con la otra me acaricia el cuello con cuidado.

—No conozco a nadie como tú —su respiración colisiona con la mía.

—¿Y cómo soy yo?

—Frágil y fuerte al mismo tiempo.

—Eso no parece tener mucho sentido.

—Las cosas que de verdad importan nunca lo tienen.

—¿Qué te importa a ti?

—Ahora mismo no hay nada que me importe más que besarte —murmura justo antes de unir sus labios con los míos, muy despacio, de una manera lenta y dolorosa, como si saborearme fuera lo último que va a hacer antes de partir hacia otra vida. Mi cuerpo se pega al suyo y soy consciente de nuestra piel mojada y desnuda, resbalando la una con la otra, acariciándose, inconsciente, bajo el agua. Abro mi boca para darle paso a su lengua, que se encuentra con la mía, dispuesta y decidida a aceptarla sin pudor y con muchas ganas. Pablo sabe a pensamientos maravillosos, a recuerdos bonitos y lujuria, a dejarse llevar. Gimo al notar sus dientes chocar contra los míos, le rodeo el cuello con mis brazos y me pongo de puntillas para llegar a su boca con más facilidad. Él me agarra de la cintura, me lleva hasta unas escaleras y me sienta en un peldaño para dejarme a su altura, hacerse hueco entre mis piernas y rozar con su miembro mi sexo por encima de las braguitas mojadas. Jadea cuando lo hace y yo me pongo a mil. Le rodeo las caderas con las piernas y, con sus grandes manos, me aprieta contra su pecho. Mete una de ellas entre los dos y, muy despacio, la introduce en mi ropa interior rozando mi monte de venus y abriéndose paso entre mis pliegues. Gimo sobre su boca cuando me masajea el clítoris y hace giros sobre él. Apoya su frente sobre la mía y me mira. Yo cierro los ojos, muerta de vergüenza. Y de placer.

—Mírame —susurra entre jadeos entrecortados.

Niego con la cabeza y aprieto los labios.

—Nerea. No me prives del brillo de tus ojos.

Sus palabras me hacen reaccionar y le obedezco. Nuestras miradas conectan y es entonces cuando introduce un dedo dentro de mí. Doy un pequeño grito y una corriente eléctrica recorre mis piernas hasta instalarse en mi estómago. Pablo comienza a moverlo rítmicamente, dentro y fuera, y me besa con ardor. Unos minutos después, introduce otro y el placer se multiplica por mil. Intento no chillar, pero el gustazo de sus caricias me impiden mantenerme callada. Aprieto la mandíbula y cojo aire.

—Quiero escucharte gritar. No te reprimas —murmura sin despegar nuestras bocas.

Suelto el aire que contenía y me dejo llevar.

—Llevo semanas soñando con verte así. Disfrutando de mis caricias.

Jadea y yo respondo mordiéndole un hombro. Se queja, pero no se aparta

ni hace nada que me indique que no le gusta que le vaya a dejar marca.

Introduce la otra mano dentro de mis bragas y me masajea el clítoris mientras entra y sale de mi vagina con dos dedos, cada vez más rápido, cada vez a un ritmo más devastador. Me corro de golpe, sobre sus dos manos que me miman con maestría. Él no deja de tocarme hasta que mis espasmos cesan a la vez que lo hacen mis gemidos. Me relajo y mi cuerpo se queda inerte, apoyado sobre el suyo. Pablo saca sus dedos con mucho cuidado de dentro de mí y me rodea la cintura con sus grandes y tatuados brazos. Yo escondo mi cara en su cuello, abochornada por lo que acaba de pasar.

Me acaricia el pelo y la espalda con, me atrevería a decir, mucha ternura, y mi cuerpo se calma hasta que se escucha la puerta abrirse y cerrarse de un portazo, sin cuidado. Me tensó y recuerdo donde estoy.

Qué irresponsabilidad.

—Tío, te estamos esperando desde hace más de media hora —enuncia una voz masculina detrás de mí.

Pablo me cobija bajo sus brazos para que esa persona no pueda ver mi desnudez.

—¿Qué haces, tío? Vete de aquí —le recrimina.

—Imaginaba que te estarías follando a alguna zorra aquí abajo. Qué cabrón. —No puedo verle la cara desde mi posición, al igual que él no puede ver la mía (por fortuna), pero no me gusta su voz ni lo que dice; una inmensa rabia se acumula en mi estómago.

—¡Vete si no quieres que te mate! —grita demasiado cerca de mi oído y me encojo como acto reflejo.

—Está bien, pero date prisa. Tenemos que estar listos en cinco minutos.

Escuchamos la puerta, de nuevo, dar un portazo y Pablo se separa un poco de mí.

—¿Estás bien? —me agarra de la barbilla y me insta a que lo mire. Muevo la cabeza a un lado y lo empujo hacia atrás. De repente solo tengo ganas de llorar.

—¿A dónde vas? —pregunta sin soltarme.

No digo nada y me remuevo.

—Nerea, ¿qué ocurre?

—Nada. Déjame salir —contesto a la defensiva.

—Vale, tranquilízate y dime qué pasa. —Me deshago de su agarre e intento salir de la piscina.

—Nerea, no te vas a ir así —me agarra de la cintura y me atrae hacia él.

—¿Qué más da? Solo soy una zorra a la que, por cierto, no te has follado —replico, soberbia, muy cerca de su cara. Él aprieta la mandíbula, como si le molestara lo que acabo de decir.

—No puedes enfadarte conmigo por lo que haya dicho un imbécil. Y tú no eres una zorra, joder.

—No es solo por eso. Es por mí. Esto no debería haber sucedido.

—¿Por qué no? —noto que sus músculos se tensan.

—Porque no y punto. No tengo por qué darte explicac... —me corta la perorata uniendo su boca a la mía y besándome con mucha pasión. Al principio trato de separarme, pero solo tardo dos segundos en rendirme a él.

—Prométeme que me esperarás —me pide sin dejar de besarme.

—Me están esperando. Tengo que irme —musito, desorientada por su maestría al besar.

—No lo harás —beso—. Prométemelo —beso—. Dile al del pelo verde que se vaya —beso—. Yo te llevaré a casa.

Le empujo el pecho y lo aparto hasta que puedo mirarlo a los ojos.

—¿Cómo sabes que Joel...? ¿Llevas vigilándome toda la noche?

—Llevo admirándote toda la noche —me besa.

—Eres... —lo beso.

—Soy... ¿qué? —sonríe, me besa y me derrito—. Prométeme que no te irás.

Me lo pienso durante unos segundos y decido que ¿qué más puede pasar? Está bien, me puede hacer el amor en el coche, o en el ascensor, o en el rellano, o en su piso... o en el mío...

—Te lo prometo.

Espero a que salga de la piscina y no encuentro palabras adecuadas para definir lo que mis ojos ven a cámara lenta. Me babea hasta el alma. Posa las manos sobre el filo de la piscina y se impulsa hacia arriba tensando todos los músculos de brazos y espalda a la vez que el agua se desliza por su morena piel. No me pasa desapercibido el bulto de entre sus piernas. Pablo, además, tiene la ocurrencia de quitarse los calzoncillos antes de ponerse los pantalones secos. Pero no imaginéis cosas raras (grandes y prominentes), solo le veo el culo y bajo demasiadas sombras para vislumbrar todo lo que me gustaría, no obstante, aún con lo poco que consigo distinguir, puedo afirmar que tengo delante el trasero más perfecto que he tenido el placer de admirar. Se despide de mí con un guiño justo antes de cerrarse la puerta y yo no ardo porque millones de litros de agua apagan mi fuego interior.

Pero... ¿qué acaba de pasar? ¿He dejado que Pablo, el amigo de mi hermana pequeña, me masturbara?

Subo a la planta superior, donde la fiesta sigue en su máximo esplendor, la música suena a un volumen considerable y todo lo inundan cuerpos contoneándose con copas de cava en las manos. Busco a Joel para informarle de mi loca decisión: tirar mi raciocinio por el retrete y quedarme con el mejor amigo de mi hermana pequeña un rato más para, digamos, pasarlo bien y... no sé, follar, puestos a pedir. Él podría llevarse mi coche y mañana me acercaría a recogerlo a su casa.

Habla junto a la barra con el mismo chico que lo dejé en el salón de juegos. Le pregunto si podemos hablar un momento, se disculpa ante su acompañante y nos separamos de él unos metros.

—¿Se puede saber qué haces? —le pellizco el brazo.

—Ay, *¡witch!* ¡Que duele! —se masajea la zona— ¿A qué te refieres?

—¿Crees que a Toni le gustaría verte flirtear con otro hombre? —le regaño, señalándolo con el dedo.

—No hago nada malo, solo estamos hablando —se defiende.

Lleva razón. No ha hecho nada malo. No es que se haya enrollado con un veinteañero en la piscina climatizada de una casa de La Finca y se haya dejado toquetear por ahí abajo, gemido y gritado mientras lo llevaban más allá del arcoíris.

—Voy a quedarme un rato más. Me he encontrado con un amigo y él me llevará a casa.

—¿Te refieres a ese *man* que salió de la piscina con el pelo mojado? Por cierto, las puntas —me toca el cabello— aún no se te han secado. —Me las miro y pienso que debería habérmelo recogido.

—Pero, ¿qué dices? —disimulo (muy mal).

—Oye, Reina Mora, yo me alegro de que hayas decidido darle vida a ese cuerpecito menudo, pero no tienes ni idea de con quién estabas ¿me equivoco?

Achino los ojos, un poco contrariada.

—Es Pablo, un amigo de mi hermana. Lo sé, demasiado joven... —me defiende como puedo. Una melodía muy roquera comienza a sonar por todos los altavoces y me interrumpe. Joel me agarra de la cintura y me gira hacia el improvisado escenario donde antes pinchaba el Dj. Cinco chicos conforman una banda muy atractiva para la vista y, según lo que escucho, también para

los oídos. Los ojos se me salen de las órbitas al reconocer a uno de los guitarristas, Allan toca concentrado los acordes de una preciosa melodía, no obstante, casi caigo desmayada al suelo cuando el vocalista comienza a cantar.

—Ellos son The Fox' Lair, *amore*. Y con el que te has enrollado abajo es Pablo Aragón. Una de las voces con más proyección en el mundo de la música en estos momentos.

PÓRTATE MAL. TOTAL, NOS VAMOS A MORIR IGUAL

Pablo Pablito Cara de Pito, ese niño que siempre corría detrás de un balón, ahora canta delante de una multitud considerable de personas sin pudor y con maestría. Todos los aquí presentes lo miran, admirando cada uno de sus gestos, sin dejar de escuchar con atención su voz, alabando su arte y la letra de una preciosa canción.

Pero... ¿qué coño?

—Vámonos —mascullo a Joel, abrochándome el abrigo. Me giro y comienzo a caminar hasta la salida. Él corre detrás de mí.

—Pero Reina, ¿no ibas a quedarte con ese dios?

Llego hasta el coche y, entre gruñidos, busco la llave dentro de mi bolso. Casi lo vuelco en el capó, no las encuentro por ningún lado y mira que es pequeñito.

—Mierda, ¡joder! —pataleo sobre el empedrado y suspiro.

—La tengo yo —me la enseña y, de un tirón, se la quito de las manos.

—La mala hostia que gastas a veces.

Ignoro su comentario y subo al coche. Él lo hace a la misma vez que yo, arranco y salgo del chalet de lujo a toda velocidad, casi derrapando.

—No entiendo tu enfado.

Gruño como respuesta y acelero un poco más, incorporándome a la autopista.

—Me gustaría llegar vivo a casa. Si no es mucho pedir —se agarra al cinturón como si ese acto fuera a salvarle la vida—. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Ese niñato creído cree que puede quedarse conmigo —adelanto a un coche—. Me ha mentido —vuelvo al carril de la derecha con un desplazamiento muy brusco.

—¿En qué te ha mentido exactamente? —toca el salpicadero buscando algo. No lo miro, pero su tez blanca y lívida brilla reflejándose en el cristal. Va muerto de miedo.

—¡En todo! —doy un grito seco a la vez que golpeo el volante.

—Tranquilízate, diva. Soy muy joven para morir —se remueve en el asiento y frena imaginariamente con sus pies—. ¿Por qué no paras en el arcén y me dejas conducir a mí?

—¡Ja! ¡Cree que soy imbécil! Pues va listo si piensa que voy a ser una de sus zorras. ¿Cómo he estado tan ciega? Su *groupie*... ya.

—Creo que me estoy perdiendo algo. ¿Quieres hacer el favor de explicarte?

El resto del camino lo paso contándole a Joel lo que ha pasado; no hoy, sino en las últimas semanas. Se asombra de que lo conozca desde pequeño, que fuera mi vecino entonces y que lo sea ahora. Me llama «Jodida», «Perrísima con suerte» y cosas muy hirientes que prefiero olvidar porque sé que lo dice con amor, además de no creerse que no supiera quién era. Por lo visto han triunfado en Reino Unido y su primer single en España está siendo todo un éxito. Lo dejo en su casa a eso de las cuatro de la mañana y yo llego a la mía una hora después. Me urge encontrar un garaje.

Al día siguiente me levanto pensando que es una gran idea ir a comer a casa de Cristina y pedirle explicaciones sobre la profesión de su amiguito y, más concretamente, de por qué nadie me ha informado de nada. Por supuesto, debería llamar a la puerta de al lado y hablar directamente con la persona que me ha engañado o que se ha callado cosas importantes, pero he decidido no acercarme a la tentación hecha carne y hueso. Llamo al timbre repetidas veces hasta que mi hermana me abre con muy mala cara (tipo Eduard Cullen, que, aunque se diga que luce espléndido en la película, a mí esa tez tan blanca no me mola nada) y con voz de haber estado gritando como una desequilibrada hasta altas horas de la madrugada. Ya me la imagino, bebiendo chupitos, subida en el capó de un coche y gritando que Ariana Grande no es solo una cara bonita, sino la artista más grande de todos los tiempos. Lleva el pelo como un nido de pájaros en los que los animalitos se han cagado repetidamente y la pintura de labios le llega a la oreja derecha. Camina hasta el sofá como si de un Caminante de *The Walking Dead* se tratara, se tira boca abajo sin medir su peso y la inercia al caer lo empuja y choca contra la pared. Le doy tiempo al zombi para que se recupere y meto en el frigorífico la comida que acabo de comprar de camino hasta aquí. Supongo que nadie había pensado que Cristina iba a cocinar.

—¿Tan gorda fue la de anoche? —pregunto levantando una persiana.

La escucho quejarse, pero no logro discernir qué quiere decir. Tiene la cara contra un cojín.

—Venga, date una ducha y te espabilas. Tenemos que hablar —me siento en una silla y cruzo los brazos.

Ella se gira y se pone boca arriba con los ojos cerrados.

—¿Por qué suena a regañina? —habla con voz de camionero de cincuenta años, obeso y fumador empedernido.

—Porque lo va a ser. Levanta. —La cojo por debajo del brazo y la llevo al cuarto de baño. Le pregunto si puede bañarse sola y le dejo un poco de intimidad. Mientras, yo preparo la mesa y caliento la comida. La espero sentada en el sofá, bebiendo un poco de agua, tratando de calmar la sed que me ha dado al recordar lo que pasó anoche. Soy una maldita inconsciente, estaba trabajando y me enrollé con un tío ocho años menor que yo, amigo de mi hermana, en la piscina de una casa de lujo. ¿Dónde estaba yo y quién se adueñó de mi cuerpo? Cris se sienta a mi lado bastante más recuperada, pero con la misma mala cara.

—¿Tú no saliste ayer? —me pregunta—. Se te ve muy despierta para ser Año Nuevo.

—Estuve trabajando en un evento, al que por cierto asistía tu amigo Pablo.

—Últimamente coincidís mucho —se masajea la sien.

Si yo te contara...

—¿Por qué no me dijiste que es el cantante de una banda de rock? —lleno su vaso de agua, intentando que no se me note el nerviosismo, pero ¿queréis saber una cosa? Tiemblo como si estuviera muerta de frío y, claro, derramo casi todo fuera. Lo limpio antes de que se dé cuenta y la miro. Ella se encoje de hombros y se incorpora para coger una patata.

—Yo que sé. Creí que lo sabías. No has preguntado.

—Cris, es tu mejor amigo y ahora es mi vecino. Por Dios, ¿es el jodido cantante de The Fox' Lair!

—¡Ay! No grites —se encoge y guiña los ojos—. Ya lo sé, ¿y qué?

¿Y qué? Pues nada, que casi me lo tiro dos veces, pero eso tú no lo sabes y yo no te lo pienso decir. Callo durante unos segundos.

—Nada, Cristina. Que... que me ha sorprendido. No me lo esperaba. Nunca has comentado nada.

—Algunas veces tienes unas cosas. No voy por ahí pregonando que Pablo Aragón es mi mejor amigo. No tendría sentido.

—Pero yo soy tu hermana —replico.

—Para mí es Pablo —le da un sorbo al agua—. La mayor parte del tiempo ni recuerdo que canta, o que está nominado a los Brits Awards o que se tira a tres *grupies* cada fin de semana. —Esto último se lo podía haber ahorrado, no necesito saberlo; pero... ¿está nominado a los premios más importantes de la música inglesa? No doy crédito. No es que crea que no lo merezca, no sé nada de él y cada vez me doy más cuenta de ello; sin embargo, no entiendo cómo no me he enterado de lo que sucedía a mi alrededor—. Oye, no sé por qué le das tanta importancia.

Lleva razón, no la tiene, y no cambia nada. Si antes huía de él como de la peste por ser el mejor amigo de Cristina y mucho menor que yo, ahora solo correré más rápido y con las zancadas mucho más largas. ¿Un cantante de rock?

—¿Un cantante de qué? —Carol abre los ojos de par en par levantando mucho las cejas.

—De rock, nena. De rock —contesta Rocío, por el contrario, muy ilusionada.

—Y te diste cuenta justo después de casi tirártelo en una piscina. Corrígeme si me equivoco.

—Os lo acabo de contar —replico, molesta ante su tono.

El camarero nos trae los cafés y los deja sobre la mesa. Me entretengo abriendo el sobre de azúcar, echándolo en el líquido y removiéndolo hasta marearlo.

—Tengo una pregunta —sigue, impertinente. La miro y le hago un gesto dándole permiso. (Como si de lo contrario no fuera a realizarla)—. ¿Por qué no os acostasteis? Tal y como lo cuentas, no entiendo cómo no pasó.

—No sé —me encojo de hombros—. No surgió.

—Oh, pensé que tu sentido común te persuadió de cometer una locura — replica con cinismo.

—¡Déjala en paz! —Ro le regaña—. Puede hacer lo que le dé la gana.

—Sigue casada —sentencia.

—No tiene que darle explicaciones a nadie —discuten, obviando mi presencia.

—Chicas, estoy aquí. Por si se os ha olvidado —las interrumpo.

—Cariño —Carol me coge la mano en un gesto de afecto—, no lo digo por Sebastian, él me da igual. Me preocupas tú, creo que no estás preparada

para mantener una relación tan pronto.

—¿Quién está hablando de una relación? Déjala que folle y disfrute —manifiesta Rocío.

—Carol, gracias por preocuparte. Si fuera al contrario, yo también lo haría. Pero Ro lleva razón. Nunca me plantearía tener una relación con alguien como Pablo, no estoy tan loca —afirmo convencida—. Es más, preferiría no volver a tener nada que ver con él.

Manel, que dormía en el carrito, comienza a llorar y nos impide seguir con la conversación de un modo coherente. Su madre lo coge y comprueba que le tiene que cambiar el pañal. Se disculpa y va al baño, dejándonos solas.

—Ne, no le hagas caso. Pásalo bien, te lo mereces. Tírate a Pablo si te apetece y luego pasa de él. Tírate a otro, acuéstate con quien te apetezca. La vida es muy corta para pararte a pensar en lo que debes hacer. Haz lo que te plazca y te haga sentir bien. No pienses en Sebastian ni en Carol ni en mí ni en nadie más que en ti. Hazte un favor y aprovecha los orgasmos que ese muchacho quiere darte. Por una vez, ¡diviértete! Deja de comerte el coco —me da golpecitos en la sien con el dedo.

Carol vuelve poco después y seguimos conversando, afortunadamente, de otros temas. A Carol se le hace tarde y se despide de nosotras hasta otro día. Tiene que bañar a los niños, hacer la cena y preparar la comida para mañana. Abre la cartera y deja un billete de cinco euros sobre la mesa. Lo cojo y se lo devuelvo.

—Ya pagamos nosotras. Anda, vete. Andrés se preguntará donde te has escondido toda la tarde de un lunes —le doy un beso a Manel, que juega con una bicicleta de goma y me llena toda la cara de babas.

Rocío y yo nos quedamos un rato más hablando de todo. No se me ha olvidado que el fin de semana lo pasaré con Sebastian, no he querido informar a estas dos hienas que tardarían dos segundos en despedirme y dejarme destrozada; cada una a su manera. Así que me callo la noticia (irrelevante, por otra parte) y dejo que me cuente sus días rodando una serie para televisión. Le pido, por favor, que me lleve un día de estos al set de rodaje y me presente a ese actor tan guapo con el que trabaja. Me deja en la puerta de mi casa a eso de las nueve de la tarde, la hago prometer que la semana que viene me llevará con ella a los estudios y le doy un beso en la mejilla dándole las gracias por ello.

Subo en el ascensor pidiendo al karma, el destino o a cualquiera que interfiera en estas cosas y maneje los hilos de nuestro sino, no encontrarme

con Pablo en ningún sitio. Meto las llaves en la cerradura, giro y plaf. ¡Se rompe! Quedándose dentro la mitad. No me lo puedo creer. Y ahora ¿qué hago? Llamo a Pedro, mi casero, y éste, muy amable, me dice que enviará un cerrajero a que cambie el bombín y me dé las llaves nuevas, que tardará una hora más o menos. Me resigno, se lo agradezco y le doy una patada a la puerta (esto último no tiene explicación alguna, pero me deja más relajada). Maldita puerta, tengo ganas de darme una ducha, cenar y acostarme.

No me apetece bajar y salir a la calle, sin embargo, aquí no hago nada, quedarme solo aumentará las posibilidades de encontrarme con el niño, así que aprovecho y ceno en el bar de enfrente. A las diez y media me extraño de que ni Pedro ni el cerrajero me hayan llamado, miro la pantalla del móvil varias veces y telefono a mi casero. Me informa que envió al mecánico a arreglar la puerta y debe estar arriba. Pago la cuenta a Paula, la camarera que me ha atendido esta noche, y subo a ver qué ocurre con la puta cerradura. (La palabrota la he dicho para mis adentros, no vaya a creerse Carol que sus hijos son unos malhablados por mi culpa). Para mi ingrata sorpresa, la llave sigue rota dentro del agujero y no veo a nadie por ninguna parte. Llamo de nuevo e investigo qué pasa. Cuelgo y suspiro, desanimada. Apoyo la espalda en la madera y me deslizo hasta terminar sentada en el suelo. Hoy ha sido un día agotador, sobre todo porque anoche casi no pude pegar ojo. El teléfono suena en mi mano y leo «Michelle». Me pienso si cogerlo o no, al final, descuelgo con una sonrisa en los labios.

—Pensaba que pasarías de mí —escucho al otro lado.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque ya te has dado cuenta que no soy un hombre de fiar.

—Ningún abogado lo es, pero contigo voy a hacer un acto de fe.

—Hazlo cenando conmigo el miércoles.

—Mmm... no sé —me hago la interesante—. Tal vez no pueda.

—Tal vez te obligue.

—¿Cómo?

—Jamás desvelaría mis tácticas de seducción. Tú cena conmigo y hazme el hombre más dichoso del planeta —su voz suena sensual y muy varonil.

—Eres un adulator.

—Lo sé. Te recojo a las nueve y media —termina y cuelga.

Miro el móvil con una sonrisilla en los labios y me sorprendo de mí misma. A cualquier otra persona la hubiera mandado a freír espárragos (a la mierda, pero dicho más finamente) en la segunda frase, pero Michelle tiene

algo especial. Lo pasamos bien cenando la última (y única) vez que quedamos, sabe lo que quiere y va a por ello, una persona segura de sí misma que no se anda con rodeos. Conoce su atractivo y lo utiliza para conseguir su objetivo. Podría calificarlo de creído e incluso de petulante, sin embargo, su forma de ser cuadra a la perfección con su estilo y físico. Entiendes que sea así y no de cualquier otra manera.

Una segunda llamada corta el hilo de mis pensamientos y me cabrea sobremanera. El cerrajero tardará todavía un par de horas. Parece que hoy ha sido mal día para las cerraduras y para las personas que deseamos llegar a casa y vagar sobre el sofá. El técnico se ha visto desbordado de trabajo.

Se abre el ascensor y a mí se me corta la respiración. Lo primero que veo (sobre todo porque está a la altura de mi cara) son sus botas negras de cordones. Intento disimular el nerviosismo que desprende todo mi cuerpo, pero, cuando me encuentro con sus ojos, doy la batalla por perdida. Me saluda con un escueto «Buenas noches» y yo respondo exactamente con lo mismo.

—¿Qué haces ahí sentada? —sonríe a la vez que arruga el ceño, extrañado.

—Estoy esperando al cerrajero, se me ha roto la llave y se ha quedado dentro —me quedo sentada, no veo forma de levantarme sin hacer un ridículo descomunal. O ruedo sobre el suelo o... ruedo sobre el suelo. No hay más opciones.

Él me ofrece la mano, que agarro para impulsarme y ponerme de pie. Le doy las gracias mientras me sacudo las pelusillas que la alfombrilla ha dejado pegadas a mi culo.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta mientras se agacha y observa el destrozo.

Se me ocurren un millón de cosas que pedirle a Pablo y todas ellas terminan con un gran y descomunal orgasmo. Me arden hasta las orejas. Sí, lo sé. Si yo no quiero que lo de la otra noche se repita (digo esto mirando hacia otro lado, disimulando la gran mentira que acabo de decir, o pensar) por un millón de razones, entre ellas: me mintió.

—No. Estará al llegar. Pedro me ha dicho que lo envió hace más de dos horas —aparto mis pensamientos de un manotazo.

—Me parece extraño que no esté aquí ya —saca las llaves del bolsillo de su chaqueta negra de cuero estilo motero. Abre la puerta de su casa y me mira—. Entra, llamaremos a ver qué ocurre.

—No te preocupes. Esperaré aquí fuera. —Ni de coña entro en ese piso los dos solos. Me tiraría sobre él antes de llegar al salón, los pantalones vaqueros grises le quedan de muueeerte.

—Nerea, no voy a dejarte aquí. ¿Por quién me tomas?

Por un depravado que me tiene loca.

—¿Y si viene y no me entero?

—Seguro que lo escuchamos. Hará mucho ruido con las herramientas.

Lo pienso. Él me ve dudar.

—Anda, entra. Te prometo que me portaré bien —sonríe de una forma demencial y perversa. Mis bragas (como las de cualquiera en mi situación) comienzan a arder y cierro la boca para no suspirar.

¡Pórtate mal, Pablo! Haz conmigo lo que quieras.

LA PRIMERA VEZ DE TODO

Nada más entrar en lo que ahora me parece un antro de perversión y lujuria, vuelvo a recordar y rememoro en mi mente más maligna el monumental cabreo que pillé cuando me enteré que es el cantante del grupo de rock con más proyección en estos momentos y, por esta sencilla razón, me cruzo de brazos nada más llegar al salón y me hago la digna levantando el mentón.

—¿Has cenado? —Pablo deja las llaves sobre una mesa y se quita la chaqueta, para mí, muy a cámara lenta. La cuelga en una silla y camina hasta la cocina.

—Comí algo en Corazón de Melón —contesto con insolencia. Así se llama el bar de enfrente. Él se da cuenta del tono de mi voz y por el rabillo del ojo le veo una sonrisa de satisfacción, parece que le gusta molestarme.

—Seguro que Paula te atendió a la perfección —lo dice como si la conociera muy bien; muy a fondo, quiero decir. Abre el frigorífico y saca una botella de vino. Me está picando para que salte, pero no lo haré.

—Es muy simpática —digo con un poco de resquemor. ¿Celos? Noooo —. Prefiero un poco de agua —especifico cuando veo que llena dos copas de vino blanco.

—Venga, dime qué te pasa.

—A mí no me pasa nada —giro la cabeza hacia un lado, con desgana.

Deja la botella sobre la encimera y se acerca a mí.

—¿Por qué me dejaste tirado la otra noche? Pensé que lo estábamos pasando bien. —Doy un paso hacia atrás y él frena, percatándose de que me incomoda.

—¿Tú lo pasas bien riéndote de mí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto tiempo creías que tardaría en enterarme de quién eres? —pongo un brazo en jarra.

—Sabes quién soy. Me conoces de toda la vida —frunce el ceño.

—Eres el cantante de The Fox' Lair —específico, quizás, demasiado despectiva.

Un denso silencio cruza la estancia y enfría el ambiente hasta casi congelar el oxígeno que nos rodea. Clava su mirada en la mía y no me gusta lo que encuentro.

—No. Soy Pablo. Y canto en una jodida banda de rock. —Levanta el tono unos decibelios, pasa por mi lado, cabreado, y se va al salón. Lo sigo y paro frente a él, o debería decir frente su espalda. Se gira, introduciendo los dedos de sus dos manos entre su cabello. Va a decir algo, pero lo piensa más detenidamente y calla.

—Debería ser yo quien estuviera cabreado. Me dejaste plantado.

—A ti lo que te molesta es que no follaste esa noche —escupo. Me agarro la cintura con las dos manos.

—¿Qué te hace pensar que no follé? —contesta, con ánimos de superioridad.

—Me importa una mierda lo que hicieras —me muerdo la boca, pongo cara de circunstancia y espero que no se dé cuenta—. Me mentiste.

—Yo no te mentí. Sabes perfectamente quién soy.

—Tú y yo no nos conocemos de nada, a la vista está —nos señalo a los dos.

—¡Porque tú no me dejas conocerte! —levanta la palma de la mano derecha, resignado.

—Me voy. El cerrajero estará a punto de llegar —cojo el bolso que dejé sobre una silla y me lo cuelgo en el hombro izquierdo.

Pablo me mira, sin decir nada.

—Lo de la otra noche fue un error —sigo. Trato de ser convincente, pero sus ojos me distraen demasiado.

—Lo fue dejar que te marcharas —da un paso hasta mí y acorta nuestra distancia dejándonos a un escaso metro.

—Olvídalo. No volverá a pasar.

—¿No quieres que pase?

—Esa no es la pregunta.

—A mí me parece que sí.

—No. No quiero que pase —trato de parecer convincente. Da otro paso y deja su cuerpo muy cerca del mío—. Claro que... no —comienzo a dar señales de duda.

—No pareces muy segura de lo que dices.

¡Porque no lo estoy!

—Pues ¿sabes qué? Yo no pienso en otra cosa desde entonces —susurra, sensual. Levanta la mano y me acaricia despacio la mandíbula, el mentón y, a continuación y con la misma templanza, los labios. Se me escapa un pequeñísimo gemido ante ese contacto tan íntimo y un montón de elefantes (las mariposas se quedan pequeñas) comienzan a pegar saltos en mi estómago, deshaciéndome por dentro—. No duermo pensando en todas las cosas que me gustaría hacerte. —Trago para humedecer mi más que reseca garganta.

—¿Qué... qué cosas? —me asombro de mi propia pregunta. ¿De verdad he dicho yo eso? Desde que Pablo ronda a mi alrededor descubro partes de mí yo más profundo que desconocía. Me vuelvo curiosa y desinhibida.

—Cosas... —acerca sus labios a los míos y nuestras respiraciones se mezclan—, todas muy pervertidas y muy muy húmedas. —Las piernas me comienzan a flaquear, él lo nota y me agarra de la cintura. Con un leve empujón me lleva hacia atrás y dejo caer la espalda sobre la pared. Tengo su pecho pegado al mío y su miembro (grande y duro) sobre mi estómago.

En la habitación solo se escuchan nuestras agitadas respiraciones. Pablo vuelve a acariciarme los labios, esta vez con el dedo pulgar, mientras que con los otros me rodea el cuello y ejerce un poco de presión, dejándome sin aire. Gimo. Su boca vuela en busca de la mía y, cuando la encuentra, algo implosiona en mi interior. Los elefantes comienzan a correr desbocados admitiendo todo lo que este niño me hace experimentar. Su lengua se enreda en la mía y todo su sabor, humedad y calor me recorren el cuerpo de arriba abajo. Me pongo de puntillas, agarro a sus hombros con fuerza y lo atraigo más hacia mí. Se me escapa un jadeo cuando pega su miembro mucho más y su solidez y firmeza me dan una pequeña pista de lo bien que lo puedo pasar con él. Agarro su camiseta por debajo y comienzo a tirar, tratando de quitársela. Se da cuenta y termina el trabajo por mí. Admiro su torso, hechizada por tanto músculo y perfección. Me mira y sonrío.

—Ahora te toca a ti —me desafía.

Le clavo mis ojos caramelo y, sin perderlo de vista ni un segundo, me

desabrocho la blusa botón a botón, dejando al descubierto mi maravillosa (y oportuna) ropa interior (un body blanco con encajes y un lacito entre los dos pechos). Vislumbro un brillo inusitado cruzar su pupila y se muerde el labio inferior, hambriento, apuesto lo que sea que deseando devorarme. No llego a quitarme el último broche, él lo rompe tirando de ambos lados de mi camisa. Estampa su boca contra la mía, me agarra del culo y rodeo con las dos piernas su cintura. Tarda dos segundos en cruzar el salón, llegar a su dormitorio y tirarme sobre la cama con él encima.

—Ay —me quejo.

—¿Estás... bien? —pregunta con su lengua encontrando lugares recónditos de mi boca.

—Siii —digo entrecortadamente.

Introduce las manos por la pernera de mi pantalón de pinza y los baja hasta tirarlos al suelo. Se deshace de mis tacones y mis medias. Lo poco que quedaba de mí entera, se licua al verlo de rodillas sobre la cama delante de mí, con el pecho subiendo y bajando con rapidez, con la luz de la luna llena de esta noche bañando su morena piel adornada con un montón de trazos perfectos formando maravillosas figuras. Se hace hueco entre mis piernas y con sus manos, y demasiado suave, me agarra de las tirantas de mi body enterizo y las baja muy lentamente. El corazón se me va a salir por la boca. Hace mucho tiempo que no me inundan estas sensaciones casi olvidadas para mí. Una fuerte emoción que te empuja a recibir y disfrutar de todo lo que está por venir. Algo parecido al temor, a la inquietud de encontrarte algo que no esperabas, algo mucho mejor. Me estremezco cuando la tela roza mis pezones y el frío aire los envuelve poniéndolos muy erectos, como si de dos diamantes se trataran. No me pasa desapercibida la mirada de devoción de Pablo cuando los ve. No se lo piensa dos veces, se agacha y se lleva uno de ellos a la boca mientras que al otro no lo deja desatendido y lo masajea con una mano. Su pene, duro, se pega a mi sexo y levanto las caderas con ansia para rozarlo con él. Pablo suelta un rudo gemido cuando lo hago y esto me da rienda suelta y mucha confianza en mí misma para continuar haciéndolo y volverlo loco. Comienza a moverse sobre mí y es él el que roza su polla contra mi zona más erógena, ya húmeda y dispuesta para todo lo que queramos hacer. Termina de bajarme la ropa interior y me deja desnuda. Casi tengo la intención de taparme con las manos, pero algo en su mirada me indica que no lo haga. Se entretiene admirándolo de arriba abajo y me dice lo bonita que soy.

—No sabes lo perfecta que eres —me acaricia los muslos, de abajo a arriba, hasta parar muy cerca de mi sexo.

Jadeo.

Se lleva las manos a su pantalón, lo desabrocha y se lo quita, llevándose el bóxer con él. Su imponente masculinidad se impone ante mí y se me corta la respiración. Está muy que muy bien dotado el niño.

En contra de todo pensamiento, me besa la barriga y acaricia los pechos, a la vez que baja poco a poco hasta parar y recrearse en mi depilado monte de venus.

—Pablo... —suspiro—. No... —le agarro del pelo y lo atraigo hasta mi boca.

—¿No te gusta? —musita. No consigo decirle que no—. Quiero hacerlo. Tú... solo... disfruta.

Vuelve a bajar buscando mi humedad y me da un lametón justo en el clítoris. Un calambre me traspasa. Gimo y me agarro a la almohada. Se aparta del centro de mi placer y riega de besos mis muslos. La anticipación me está matando y se lo hago saber.

—Pablo... vas a matarme.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tu boca.

Abre los pliegues de mis labios y con la lengua los repasa de arriba abajo. Chupa con maestría, sopla y muerde justo en el momento y donde tiene que hacerlo. Un prodigioso orgasmo se va creando dentro de mí. Todas las terminaciones nerviosas se unen en una fiesta donde celebrar la explosión de placer. Aguanto, apretando los músculos de las piernas y los brazos, encogiendo el estómago hasta casi morir, prelude de lo que viene, para un momento después dejar escapar todo en un segundo y que un soberbio orgasmo se expanda y riegue de sexo todo nuestro alrededor. Pablo deja de lamerme cuando mi cuerpo para de convulsionar. Observo el brillo que mi humedad ha dejado en su boca, que limpia con el antebrazo.

—No ha estado tan mal —se sienta sobre la cama y abre un cajón.

¿Bromeas? ¡Ha sido brutal!

Coge un condón de la mesita, se lo pone con maestría ante mi atónita mirada y se arrodilla, majestuoso, delante de mí.

—¿Preparada? —sonríe a la vez que se agarra el pene con la mano derecha.

Asiento con la cabeza, se agacha e introduce la cabeza de su polla muy lentamente. Yo aún no me he recuperado de lo anterior y pego un pequeño

grito. Me duele. Para y hace un gesto para retirarse.

—No —lo agarro del hombro y lo retengo—. No te vayas.

Se agacha y pone un brazo a cada lado de mi cabeza, con su cuerpo sobre el mío sin dejarlo caer del todo. Empuja y se introduce un poco más.

—Ahhh.

—¿Te duele? —susurra contra mi boca.

—Un poco —musito con la respiración muy irregular—. Pero no pares.

Vuelve a moverse y lo siento llegar hasta el fondo. De su boca sale un brusco jadeo, llegando a ser desgarrador. Yo grito.

—Joder, Nerea. Estás muy apretada —acompaña la frase de un beso muy tierno pero húmedo.

Cierro los ojos y lo siento dentro de mí. En mayúsculas, a Pablo, en todo su esplendor. Su grandeza, su calor. Cada parte de él se apodera de cada parte de mí.

Retrocede hasta casi salir y entra contenido. Realiza la acción varias veces hasta que para y pega su frente a la mía.

—Nerea —respira con fuerza.

—¿Qué? —consigo decir.

—Voy a explotar. No puedo tener más cuidado.

—Pues no lo tengas. Haz conmigo lo que quieras.

Suelta todo el aire y me besa como se besa cuando las ganas no te dejan reprimirte. Comienza a salir y a entrar, fuerte, tosco, sin compasión, sin celo. Mis gritos y sus jadeos se enfrentan como nuestros cuerpos que chocan sin medida. Su pelvis contra la mía, su sexo destrozando el mío, sus manos buscando las mías. Las agarra y me las deja sobre la cabeza. Con las piernas rodeo su cintura consiguiendo que llegue más profundo, que aborde mi lugar más recóndito y escondido. El pelo negro le cae sobre la frente, unas gotas de sudor brillan y ruedan por sus mejillas y aprieta los dientes y la mandíbula. Todos los músculos de su cuerpo se tensan convirtiéndolo en un Adonis espectacular. Me besa. Lo beso. Me muerde. Lo muerdo. Lengua. Dientes. Labios. Gemidos. Pablo se mueve de una forma magistral, prolongando el placer. Parando cuando los orgasmos, mío y suyo, asoman por las esquinas de nuestros cuerpos. Acelera el ritmo hasta casi volverme loca y lo aviso de que no puedo más.

—Me voy a correr, Pablo.

Me agarra de las caderas, las aprieta y me levanta la pelvis unos centímetros de la cama para entrar y salir con más facilidad y a un ritmo

demencial, rápido, seco, seguro.

Grito a la vez que me dejo llevar. Lo siento derramarse dentro del condón y jadear junto a mi oreja. Se mueve sin parar hasta dejarse caer sobre mí, aguantando su peso sobre sus brazos. Su respiración, alterada, hace juego con la mía.

Unos segundos después, lo siento salir de mi sexo y se tumba a mi lado con un brazo sobre la frente.

—Deberías ser más coherente con tus palabras.

—¿Qué? —le miro, extrañada, y aún respirando con dificultad.

—Cuando has dicho que te ibas y que esto no pasaría jamás —sonríe.

—Yo no he dicho eso —me quejo y le doy un pequeño golpe en la costilla.

—Me alegro, porque quiero volver a repetir.

—¿Ahora? —la voz me sale demasiado aguda, denotando mi inquietud.

—No soy un dios. Dame... dos minutos para recuperarme —me guiña un ojo, se levanta y camina hasta el baño de la habitación.

No tengo ganas de levantarme, pero me hago mucho pis, así que lo sigo y entro detrás de él. La imagen que tengo delante de mí de repente me parece la más erótica que he visto desde hace tiempo: se agarra la base del pene con una mano, con la otra tira del condón, se lo quita y lo tira dentro de una papelera. Mira en mi dirección cuando se da cuenta de mi presencia.

—Disculpa, es que me estoy haciendo mucho pis.

—Todo tuyo —señala el inodoro y abre la ducha.

—¡No voy a mear delante tuya!

—¿Por qué no? Ya te estoy viendo desnuda —me señala.

¡Hombres!

—¿Puedes salir un momento?

—¡No! —me coge de la mano y tira de mí. Mi pecho choca contra el suyo.

—¿Qué haces?

—Vamos a repetir en la ducha —me agarra de la cintura y, en volandas, me deja bajo el chorro—. Date la vuelta.

—No quiero —me hago la dura.

Me coge de las caderas, me da la vuelta y pega mi culo a su miembro ya duro y dispuesto para volver a empezar.

—Aún no han pasado los dos minutos.

—Me has pillado. Sí soy un dios —susurra junto a mi oído y el agua comienza a evaporarse conforme toca mi ardiente piel.

Entro en la cocina y lo primero que percibo es su esencia anegándolo todo, pero hasta su aroma a limpio, feromonas y sexo pervertido queda reducido a cenizas ante su imponente aspecto. Lleva el pelo mojado, un chaleco de lana gris y cuello alto y unos vaqueros negros muy rotos que se le agarran a la cintura como me gustaría hacerlo a mí. Levanta la vista del teléfono cuando me ve llegar y sonrío.

—Tengo sed —señalo... No sé ni donde señalo. Parezco medio lela ahora mismo.

Abre el mueble, coge un vaso y me lo da.

—En el frigorífico —me indica dónde puedo conseguir agua fresca y me pide que me sirva yo misma.

Abro una botella casi congelada que encuentro en la puerta y a punto estoy de pegar el morro y beber directamente de ella, me apetece engullirla entera; no sé si para saciar mi sed o apagar el fuego que sigue muy activo dentro de mí. Pablo sabe cómo llevar a una mujer al límite y hacerla estallar. El niño tiene muchas tablas en lo que a sexo se refiere. Sabe cómo tocar, dónde tocar y cuánto tocar. Todavía siento su calor en las mejillas y su tacto por toda la piel.

—Estabas sedienta. —Me percató de que ha fijado la mirada en el simple acto de beber. Asiento con la cabeza y dejo el vaso sobre la encimera.

—Vamos. Te llevo a comer algo —hace un gesto con la cabeza para que vaya detrás de él.

—Yo ya he cenado —lo sigo hasta el salón y veo que se guarda una cartera en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No te ha dado hambre lo que acabamos de hacer? A mí sí, mucha —levanta una ceja y yo me convierto en un tomate maduro.

—No puedo irme, tengo que esperar a que me arreglen la puerta —me excuso.

Coge un llavero de la mesa, me lo tira y lo cazo al vuelo.

—Ha venido mientras estabas en la ducha. Las ha dejado aquí.

—¿Así? ¿Un desconocido te ha dado las llaves de mi casa sin más?

—He salido al escuchar los golpes. Le he explicado que te había dejado exhausta en la cama después de echarte tres polvos y que yo te las haría llegar.

La mandíbula me llega al suelo y los ojos se me van a salir de las órbitas. Supongo que no le ha contestado eso al cerrajero, sin embargo, una parte de

mí, esa que comienza a conocer de verdad a Pablo, me susurra al oído que no dé nada por sentado en lo que a él se refiere. Me mira con una sonrisa socarrona, camina hasta la puerta y la abre.

—Como no nos demos prisa, no vamos a pillar nada aceptable abierto — me insta a que salga, pero yo no me muevo del sitio.

¿De qué va todo esto?

—No te estoy pidiendo una cita. Solo tengo hambre —precisa.

Y a mí me queda bastante claro.

DOS MANOS Y UN REGALO

La hamburguesería Palermo, un local recóndito de Malasaña, es lo único que hemos encontrado abierto a la una de la mañana. El sitio no está del todo mal, si obviamos el fuerte olor a fritanga y a aceite requemado, la suciedad del suelo, el chicle que se me ha pegado al culo al sentarme en el sofá de plástico rosa y la jauría de jóvenes hormonados que gritan a nuestro alrededor como si en vez de cuerdas vocales, dios les hubiera dotado de bocinas ultrasónicas. Un grupo de siete chicos sentados a mi espalda jalean obscenidades a cinco chicas sentadas detrás de la espalda de Pablo. Juraría que todos van bastante desfasados, o eso o yo estoy fuera de onda (y no descarto esta última idea). Por la cara de incomodidad de Pablo sospecho que esto le agobia tanto o más que a mí. Se remueve en su asiento sin llegar a encontrarse a gusto. Sé por experiencia que no lo va a conseguir, el problema no es que el sillón sea diminuto para su gran tamaño.

—Si quieres, nos vamos —hablo, enseñando los ojos por encima de la carta de comidas.

—¿No te has quedado satisfecha? ¿Quieres más?—bromea, leyendo la suya.

—Muy gracioso —sonrío, no del todo forzada.

El camarero llega hasta nosotros y pedimos hamburguesas con queso, patatas y un par de Coca Colas. Pablo mira hacia un lado y asesina con la mirada a dos jóvenes que, ebrios, casi caen sobre su regazo.

—Hablo en serio. Pareces incómodo —insisto.

—Estoy bien.

—No lo estás. Tendrías que verte la cara.

—No me gusta la gente —se remueve el cabello—. Ya te lo dije.

—Pues... has escogido la profesión equivocada, ¿no crees? —descanso un codo sobre la mesa y la barbilla en la mano.

—Yo no elegí ser músico. La música me escogió a mí —responde apático

y con un deje de desgana en la voz.

—Lo dices como si el hecho te pesara.

—A veces es así.

—No te entiendo...

—Amo la música, crearla, sentirla, hacerla mía y que la gente la haga suya, pero... —fija la vista en un punto de mi asiento— no soporto la hipocresía, la gente que te adula y que se acerca a ti por ser conocido y tener éxito... Intento acostumbrarme —su voz se va endureciendo a la vez que habla.

—Tiene que ser un suplicio para ti tener a centenares de chicas haciendo cola para acostarse contigo —destenso el ambiente.

—De esa parte no me quejo —apoya los brazos en la mesa y se inclina hacia delante—. Y son miles —me guiña un ojo y sonrío.

—Eres... eres... —le tiro una servilleta.

Nos traen la comida y comienzo a devorar las patatas como si se me fuera la vida en ello. Me doy cuenta del hambre que tengo, no encuentro otra explicación para engullir así esta comida tan... grasienta (dejémoslo ahí). El sitio, cuanto menos peculiar, no es lo que se dice un restaurante cinco estrellas, por cierto, como los que solía frecuentar junto a Sebastian. Mi marido jamás entraría aquí, ni aunque le dijeran que cena al completo el equipo de fútbol del Real Madrid.

Pablo me cuenta que empezó a tocar la guitarra a los diez años, su madre tenía una guardada en el desván y él un día la encontró, la desempolvó y le pidió que le enseñara. A los once compuso su primera canción y hacía improvisados conciertos en todas las reuniones familiares.

—Si me hubieran preguntado por aquella época, habría jurado que serías futbolista profesional. Siempre te veía con un balón en los pies.

—Lo intenté, pero tuve un accidente de tráfico y me destrocé la rodilla. Así que... me dediqué en exclusiva a la música.

—¿En serio? —abro mucho los ojos.

—Aún me duele a veces.

—¡Cómo Julio Iglesias! —apunto con sorna.

Me mira, lo miro y estallamos en carcajadas. Me tira una patata cuando nuestros pechos aún vibran y yo me aparto para intentar esquivarla, pero me da en un ojo, me quejo y me lo tapo con una mano. Gimoteo lo mucho que me duele. Toma asiento a mi lado y me agarra de la muñeca para poder mirar si me ha hecho daño.

—A ver... —su respiración roza mi boca—. Parece que no es nada. —Mis ojos se encuentran con los suyos demasiado cerca. Él cambia el semblante a uno mucho menos distendido y observo cómo traga con dificultad. Me avergüenzo de la imagen que proyectamos, de mucha intimidad.

—Perdona —una voz pizpireta nos interrumpe—. ¿Eres Pablo Aragón?

Durante unos segundos el interpelado hace caso omiso a la chica que lo aclama y sigue con la mirada puesta sobre mí, sin embargo, un momento después, se gira y le sonrío. Y puedo asegurar que esa sonrisa nunca la ha utilizado conmigo. La sinceridad y la naturalidad brilla por su ausencia aunque intente disimular lo contrario.

—Hola, ¿qué puedo hacer por vosotras?

Las muchachas comienzan a dar saltitos, contentas.

—¿Ves? Te lo dije —le dice una a la otra sin perder de vista a Pablo.

—Oh, dios mío. Creo que me voy a desmayar.

—¿Te importaría firmarnos un autógrafo? —pregunta la individua número una.

—Claro. —Pablo se va a levantar, pero la chica se abre la camisa, se agacha y le pone las tetas muy cerca de la cara.

—Aquí —le señala el sujetador con un rotulador negro.

No sé si reír o llorar, aplaudir a la fan por su audacia o avergonzarme y esconderme debajo de la mesa. Pablo no le da importancia, firma la ropa interior de la chica y deja que le dé un beso. Hace lo mismo con la individua número dos, la que está a punto de sufrir un colapso nervioso, pero esta además se engancha a su cuello y le dice repetidamente que lo ama. Cuando mi amigo consigue desprenderse de ella y de sus tocamientos obscenos e inadecuados, yo ya tengo el bolso colgado, preparada para irnos de allí antes de que una horda de fans se le tiren encima y lo aplasten. La individua número uno hace alarde ante todo el bar de que Pablo Aragón acaba de firmarle las tetas y tres mujeres comienzan a desfilarse hacia nosotros.

Pablo me agarra de la mano y me saca del local haciendo hueco entre todas las personas que se interponen en nuestro camino. Corremos por la calle hasta que llegamos al coche, nos sentamos y cerramos la puerta.

—Me parece surrealista lo que acaba de suceder —apunto.

Él se encoge de hombros y arranca.

—Te pasa muy a menudo ¿no es así? —caigo en la cuenta de que debe estar acostumbrado a este tipo de situaciones. Que lo acosen las chicas y les pidan autógrafos en sitios muy íntimos debe formar parte de su día a día.

El trayecto, como siempre, lo hacemos escuchando música, esta vez, de Coldplay y no hablamos demasiado. Me sorprende que meta el coche en un garaje subterráneo del edificio contiguo al nuestro, nunca lo había hecho antes viniendo conmigo.

—No sabía que tuvieras garaje. Siempre dejas el coche en la calle.

—Si encuentro aparcamiento fuera, no me entretengo. Me gusta que le dé el aire —me toma el pelo, supongo. Aparca con agilidad y saca la llave del contacto.

Le pregunto por si hubiese alguna plaza libre y él estuviera al tanto.

—Esa —señala con el mentón justo detrás de mí. Observo el espacio vacío junto a su coche.

—¿Me lo dices en serio? Necesito un garaje con urgencia —casi grito de alegría.

—Baja. Vamos a verla.

Nos apeamos del vehículo y caminamos hasta parar frente a ella. Una sonrisa se dibuja en mi rostro al comprobar que ahí cabe mi Range Rover Evoque.

—Es perfecta —doy una palmadita—. Pero... —miro hacia ambos lados, buscando algún número de teléfono— ¿Dónde llamo?

—No hace falta. Es mía.

Acorto los dos pasos que nos separan en dos largas zancadas, me tiro sobre él con ímpetu y lo abrazo. Al principio lo cojo desprevenido, después me rodea la cintura y lo escucho sonreír.

—Gracias, gracias, gracias —no lo suelto—. Me has salvado la vida.

—¿Si? Pues... no sé. Se me ocurren varias cosas que podrías hacer para devolverme el favor... —me mira con una expresión muy divertida y traviesa.

—¿Siempre piensas en sexo?

—La mayor parte del tiempo sí —sonríe y levanta las cejas. Lo empujo hacia atrás y me suelto, caminando de espaldas.

—Eres un cerdo —lo señalo con el dedo, ampliando mi ya perenne sonrisa cuando estoy junto a él.

Se encoge de hombros y comienza a correr detrás mí. Pego un chillido y hago lo mismo. Llego a una puerta en la que pone «Salida», la abro y entro. Subo los escalones de dos en dos. Pablo corre a un escaso metro de mi espalda, gritando que me cogerá y me arrepentiré de haberlo insultado. Salgo a la calle y él lo hace detrás, me agarra de la cintura, me pega a la pared y me

besa. Así, sin avisar. Y cómo leches besa Pablo. Unimos nuestras bocas, nuestros dientes chocan y varios suspiros se escapan mientras nuestras lenguas se enredan la una con la otra. Mis manos se pierden entre su cuello y su cabello y las suyas me agarran con brío la cintura. No nos despegamos hasta que una pareja tose a nuestro lado varias veces, sin embargo, ni la miramos. Pablo me agarra de la mano y caminamos hasta nuestro portal. No obstante, al contrario de lo que todo el mundo podría pensar, subimos en el ascensor discutiendo, medio en broma, medio en serio. No quiere cobrarme alquiler y yo no voy a tolerar que me regale nada. Le pagaré y punto. Cerramos el pequeño acuerdo comercial de pie sobre el rellano. Pablo me invita a pasar y declino la oferta, son más de las dos de la mañana y el alba llega muy temprano.

Me ahogo en dos litros de café mientras intento espabilarme y autoconvencerme de que acostarme con Pablo no fue la peor idea que he tenido en mucho tiempo. Me siento rara, llevo muchos años con la misma persona, acostumbrada a su forma de tocarme, de llegar hasta mí y con este chico todo ha sido... diferente, además de rápido, confuso y extremadamente satisfactorio. Le cuento a Joel lo ocurrido; en un principio no iba a hacerlo, pero nada más entrar en la oficina esta mañana me ha chillado cual grillo pisado, en plan: «¡Perra! ¡Tienes cara de haber follado!» Iba a negarlo rotundamente tres veces, como Judas a Jesús, pero en la segunda advertí que no serviría de nada, así que me declaré culpable de haber echado el mejor polvo de mi vida y él siguió gritando como si Lady Gaga hubiera confirmado un concierto en Madrid y a él le hubieran tocado entradas vips y pases para conocerla y cenar con la *artistaza*.

Mi ayudante me pregunta si voy a salir esta tarde a ver la Cabalgata de Reyes.

—Voy a aprovechar y a hacer las últimas compras.

—Estupendo. Voy contigo, reina. Toni trabaja hasta las diez y aún no le he comprado nada.

Llamo a Cristina para que nos acompañe, me informa que necesita un vestido para una fiesta este fin de semana e intento quedar con ella a las siete en una boutique de la calle Serrano, así aprovecho y adquiero algo para la cena de mañana con Michelle (porque, después de pensarlo durante toda la noche, he decidido que el polvo que ayer eché con Pablo no tiene nada que ver con mi relación con él. A ver... no soy una experta en esto de las citas y

salir con más de un hombre en diez años, pero haberme acostado con mi vecino no significa que nos vayamos a casar, no tenemos nada, no hemos compartido nada a excepción de muchos fluidos, jadeos y varios orgasmos. Conclusión: soy una chica soltera que no va a desperdiciar ninguna oportunidad. «¡A vivir que son dos días!», mi nuevo mantra a partir de ahora). Total, que mi plan de «Pija endemoniada» se va al traste al escuchar gritar a mi hermana esto mismo a través del teléfono, seguido de «Estás loca si crees que voy a gastarme mil euros en un metro y medio de tela». Me alegra poder contar con Joel para este tipo de cosas, él sabe mucho de moda, le gusta y, a pesar de que lleve el pelo verde chillón (sobre gustos no hay nada escrito, ha dicho siempre mi madre), se le da muy bien. Por supuesto, le recuerdo que lo que ha pasado con Pablo debe quedar entre él y yo. Si Cristina se enterase, me mataría lenta y dolorosamente.

Quedamos para cenar con Toni en un bar de Chueca y llegamos a la cita justo a tiempo para pillar la última mesa libre del bar más famoso del barrio. Tenemos que pelearnos con tres chicas que han intentado ser más listas que nosotros, pero han salido con el rabo entre las piernas en cuanto han tenido que vérselas con Cristina. Joel saluda a su novio con un beso de película guarra y lo acompaña con un manoseo de culo. Mi hermana me mira, se mete el dedo en la boca, finge una arcada y le suelta una grosería a la desvergonzada pareja por la impúdica escena.

Toni sonrío, nos da un cariñoso abrazo y entramos sin demorarnos demasiado, el termómetro debe marcar cero grados.

—¿Qué tal el día, cariño?

—Tengo la mejor jefa del mundo, así que fenomenal —responde mi ayudante.

—¡Qué pelota, dios! —bromea Cristina volteando los ojos—. A la próxima empiezas a botar.

Yo sonrío y le digo que no le voy a subir el sueldo. Creedme, le pago muy que muy bien.

—Y dime, diva, ¿cómo va todo? —me pregunta a mí.

—Bien, acostumbándome a mi nueva vida.

—Mañana tiene una cita con un hombre muy enigmático. Se ha comprado un vestido maravilloso —le informa Joel.

—Me alegro de que estés bien, te lo mereces —me acaricia la espalda con cariño.

Hablamos sobre lo mucho que ha subido el precio de la cerveza en este

barrio, mi ayudante nos hace partícipes de su idea de volver a cambiarse el color de pelo y Cristina, a la que le encanta pincharle, le aconseja que podría decolorarlo y pintarlo de amarillo pollo con una veta naranja sobre la oreja. Todos reímos, pero Joel no descarta la idea del todo. No me pasa desapercibida la mirada de devoción con la que Toni lo observa en todo momento, enamorado como el primer día aunque el próximo verano celebren cinco años juntos. Se da cuenta de que mis ojos recaen sobre los suyos y adivina lo que estoy pensando. Me regala una sonrisa afable y me aprieta la mano. Yo trato de sonreír y después dirijo la vista hacia el mantel blanco con flores doradas, escondiéndome. Intentando recordar cuándo fue la última vez que mi marido me miró así.

—*Amore*, se me ha olvidado avisarte. El jueves y el viernes no iré a trabajar, pero he dejado todos los temas pendientes cerrados —Joel me saca de mis ensoñaciones.

—Está bien, no te preocupes —vuelvo a la realidad y le doy un sorbo a mi vaso de agua.

—Toni me lleva a esquiar —se tira sobre él y lo abraza.

—¡Qué suerte! Joel, quiero un novio tan atento como tú —comenta Cristina, con envidia sana.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunto por Lucas.

—¡No! Nos estamos conociendo. Y este fin de semana ha preparado algo especial —bebe de su cerveza

—Si algo no fuera bien, me lo dirías, ¿verdad?

—Ne, lo conocí hace una semana, aún no le ha dado tiempo de meter la pata. A ninguno de los dos —especifica.

A mi hermana nunca le ha durado una pareja más de tres o cuatro meses. Los deja a todos y, si alguno le ha gustado de verdad, la han dejado a ella. No quiero que le rompan el corazón, ya paseo el mío destrozado por las dos; y recuerdo muy bien que a Pablo no le hizo mucha gracia el día que lo conoció, algo me dice que lleva razón al desconfiar del tal Lucas.

El seis de enero me despierto con una loca en bragas y despeinada saltando en mi cama. Mi cuerpo pega pequeños botes al compás de sus peligrosas acrobacias. Mi lado más maligno y perverso me insta a que le ponga la zancadilla y la haga caer, pero el otro, el de hermana responsable y mayor, me impide hacerlo. Algo me dice que no hace mucho que amaneció, el sol entra demasiado tenue por la ventana. Cristina sigue brincando sobre el colchón y en la última pirueta se tira sobre mí como si mi cuerpo fuera de

plastilina.

—¡Ah! —grito.

—Venga, hermanita. Quiero mi regalo.

—Pero si no te he comprado nada, se me ha olvidado —bromeo. Me refriego los ojos, aún pegados y lleno de legañas.

Se remueve sobre mí y me hace cosquillas en los costados con ambas manos. Me parto de la risa y le pido por favor que pare.

—Arriba —me ordena. Baja de la cama y sale de la habitación.

Llego al salón con la cara recién lavada y en pijama. Me tiro sobre el sofá y cierro los ojos de nuevo, haciéndome la dormida.

—¿No me merezco un poco de café? —me quejo, con razón y mucha mala leche.

—Primero los regalos. Toma, este es el tuyo —coge una cajita de la mesa y me la ofrece, ilusionada. Va envuelta con un papel precioso de lunitas plateadas.

La abro con cuidado, alargando la espera y haciéndola rabiar. Me apremia dando palmaditas e incluso me ayuda a deshacerme del pequeño embalaje. Cuando veo lo que hay dentro, casi caigo desfallecida al suelo.

—Pero Cris... —me tapo la boca con una mano y el corazón se me encoge.

—¿Te gusta?

¿Lo pregunta en serio? Acaricio los pendientes de oro blanco que descansan sobre una fina almohadilla de terciopelo azul claro. De cada uno de ellos cuelga una estrella de un centímetro de longitud. Me sorprende que Cristina recuerde que hace un año, hoy, perdí unos exactamente iguales que me regaló mi madre a los diez años de edad, el verano que descubrí lo que me gustaba dormir en el porche mirando las estrellas. Me incorporo y la abrazo, dándole las gracias por el detalle.

—Llevo todo el año buscándolos. Al final los compró Pablo en Londres. Le había hablado tanto de ellos que en cuento los vio me mandó una foto y casi me da un patatús cuando vi que eran los mismos.

—Me encanta —le doy un beso en la mejilla—. Te quiero.

—Yo también te quiero y, si quieres que eso siga así, dame mi regalo antes de que piense que no me has comprado nada.

Pongo cara de circunstancia y me excuso.

—Lo siento, peque, se me pasó... —cierro la cajita de mi regalo y lo dejo sobre la mesa.

—No cuele —sonríe.

—Te lo digo en serio. Lo iba a comprar ayer y con los vestidos se me pasó.

—Mentira... —comienza a dudar.

—No me mates. Ahora vamos y te compro lo que quieras —sigo, juntando las palmas de las manos y poniendo los dedos sobre mis labios.

—No te creo —los ojos le empiezan a brillar y casi muero de la pena. Me doy una patata imaginaria en mi pequeño trasero por ser tan cruel y hacerla sufrir de esta manera después del detallazo que ha tenido ella; abro el bolso y cojo un sobre que guardo en un bolsillo.

—Claro que no, tonta. ¿Me ves capaz de olvidar tu regalo?

—No te he creído —disimula el susto.

Se lo ofrezco y ella lo mira con reticencia.

—¿Qué es eso? —pregunta, incrédula.

—Tu regalo.

—¿Me has escrito una carta?

—¿Quieres abrirlo? —lo muevo y la insto a que lo coja de mis manos.

Cuando lo abre y ve lo que hay dentro se tira sobre mí y estampa mi espalda sobre el sofá. La empujo para poder respirar, pero ella sigue dándome besos por toda la cara y jurándome que soy la mejor hermana «del mundo mundial».

HAY MALAS IDEAS Y DESPUÉS ESTÁ ESTA

Mi hermanita adora este día, a mí también me gusta, pero no me ilusiona tanto como a ella. Llega a casa de nuestros padres dando saltos, repartiendo besos y buscando los regalos debajo del gran árbol que nos espera con las luces encendidas junto a la chimenea. Casi se estampa contra sus ramas al derrapar en la esquina del salón y no poder frenar a tiempo. Al final solo choca con un par de sillas y una lámpara para terminar quejándose de que el suelo resbala tanto por la obsesión de nuestra madre por la limpieza, el brillo y la cera. Volvemos a Madrid justo después de tomar café. Yo tengo que prepararme para mi cita con Michelle y Cristina ha quedado con Pablo para tomar algo y entregarse sus regalos. Por lo visto durante muchos años se los han enviado por correo, ya que Pablo vivía en Londres y hace mucho tiempo que estas fechas no las pasaba por aquí. Algo sabía sobre el tema. Respiro tranquila cuando me pide que la deje en su casa, Pablo se pasará a buscarla por allí un rato después. Me despido de mi hermanita hasta la semana que viene y, como ella también tiene planes para este fin de semana, no me pregunta qué voy a hacer yo y cómo de solitario lo voy a pasar. Y menos mal, porque me cortaría el cuello si se enterara de que he quedado con Sebastian para hacerle el favor para con sus padres.

A las nueve y media Michelle me saluda con un casto beso en el dorso de la mano en la puerta de mi apartamento. Subimos al coche y volvemos a cenar en un restaurante en las afueras de Madrid. Llevo un vestido rojo, de mangas largas y cuello cuadrado, ajustado al cuerpo y cortado sobre las rodillas. Mi acompañante me quita el abrigo negro y lo deja en el guardarropa

junto al suyo. No puedo negar que Michelle es todo un caballero, me retira la silla, me pregunta qué quiero tomar y pide al camarero por los dos. Algunas costumbres no me gustan demasiado, pero la noche transcurre entre confidencias (o eso me parece) y risas agradables. La próxima semana viajará a Chicago con su hermano a visitar a sus padres, a los que no ve desde hace seis meses. Pasará allí un mes y aprovechará para cerrar algún tema laboral importante. Promete que me llamará en cuanto vuelva a Madrid. Me fijo en una cicatriz que tiene en el cuello, en sus ojos oscuros y rasgados y en su tostada piel. Sin duda su atractivo no puede negarse.

—Mis abuelos eran dominicanos. Llegaron a los Estados Unidos cuando mi padre tenía seis años —eso explica sus rasgos latinos—. Crecí hablando los dos idiomas.

—Me encantaría ir algún día a Las Vegas.

—¿Te gusta el juego?

—Me gustan las luces. Tiene que ser impresionante verla de noche.

—Lo es.

—¿Has estado?

—Unas cuantas veces. Tengo clientes allí. Podrías acompañarme la próxima vez —levanta su copa y me invita a que brinde por ello.

Cojo la mía y las chocamos.

Me ayuda a ponerme el abrigo en el vestíbulo del lujoso bar. Sus manos rozan mi cuello y... no siento nada. Nada. Nada comparado con lo que noto por mi cuerpo cuando es Pablo quien lo hace. Subimos al coche y me invita a ir a su casa. Me lo pienso dos veces, me parece muy atractivo y tiene pinta de ser un dios en la cama, sin embargo, decido irme a dormir (sola) y dar la noche por terminada. No obstante, no descarto seguir viéndonos. Me acompaña hasta el portal, me acaricia el cuello y roza sus labios con los míos en un extraño beso que dura un par de segundos.

Me acuesto con la amarga sensación de haber engañado a Pablo, sé que no tengo razones para pensar eso, pero no estoy acostumbrada a tanto ajetreo sentimental y/o físico. Después de media hora dando vueltas en la cama sin poder dormir, se me ocurre contar ovejitas y ¿sabéis qué? Que cuento besos. Besos de Pablo.

El viernes llega casi sin darme cuenta. Despido a Mía en la oficina a mediodía, me voy a casa, hago una pequeña maleta y la arrastro hasta el salón, donde me pinto los labios, me pongo el abrigo y cuelgo el bolso

Chanel sobre mi hombro izquierdo. Salgo al rellano y me vuelvo para cerrar la puerta con llave, estaré fuera varios días. Mientras la hago girar, me digo una y otra vez que esto no es buena idea, pero que tengo que hacerlo por los diez años que he estado junto a Sebastian. Todo saldrá bien y no habrá daños colaterales, como los que puede sufrir mi pequeño corazón.

—Vecina, ¿te vas de viaje? —escucho la voz de Pablo a mi lado.

Lo miro y trago saliva. Esa chaqueta de cuero que siempre lleva me pone ¡y mucho!

—Me voy de fin de semana. Volveré el lunes por la tarde —me callo antes de seguir dando inútiles explicaciones—. Gracias por... los pendientes —me los acaricio—, sé que ayudaste a Cris a encontrarlos. Me encantan.

Pillo el mango de la maleta con la mano y me dispongo a llamar al ascensor. No me ha llamado desde que nos acostamos. No es que tenga que hacerlo, pero... ¡yo qué sé! Soy nueva en esto.

—Espera, no te vayas. Entra un momento —lo observo con desconfianza—. Tengo que darte las llaves y el mando del garaje. Solo será un segundo.

Tira la chaqueta sobre el sofá y todos los músculos se le marcan bajo la camiseta. Abre un cajón del mueble del salón, saca lo que busca y me lo da. Lo meto en el bolso, le doy las gracias y me despido.

—¿Por qué no te quedas un rato? Tengo helado de melón —se mete las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y me mira bajando los párpados en un gesto muy sensual y... erótico. Todo en Pablo refleja mucho sexo placentero y perverso.

—No puedo, he quedado —camino hasta la puerta y agarro el pomo.

—¿Con tu cita de la otra noche? —pregunta sin denotar enfado o recriminación alguna.

Cierro los ojos, aprieto la mandíbula y frunzo el ceño. Relajo el semblante antes de voltearme y ponerme frente a él.

—Ehhh... si... Yo... —tartamudeo.

—Tranquila, no tienes que darme explicaciones —se encoge de hombros—. Cris me dijo que saliste con alguien. Solo quiero saber si lo pasaste mejor que conmigo.

—Ehhh... yo... —sigo sin dar pie con bola. ¿De verdad le interesa saber eso?

Llega hasta mí, me agarra de los hombros y los aprieta.

—Nerea, me estoy quedando contigo —sonríe y yo trato de hacer lo mismo, pero aún me dura el susto en el cuerpo.

Me levanta la barbilla con un dedo y me da un beso en la mejilla, mientras lo hace, me acaricia el cuello y pega su firme pecho al mío. Dura solo un momento, dos segundos, como el beso de Michelle, pero difieren en muchos aspectos, este se convierte en un viaje a una dimensión desconocida donde estremecerse mucho y fuerte es la atracción principal.

—Pásalo bien —susurra muy cerca de mis labios.

Llamo a la puerta de mi casa (Mi Casa) antes de entrar. Ahora ya no vivo aquí y, aunque mi nombre figure en las escrituras y la mayor parte de mis pertenencias duerman entre estas paredes cada noche, no me siento con derecho a entrar como si nada hubiera ocurrido entre los dos y yo no me hubiera largado hace ya casi tres meses. Sebastian me recibe con una especie de abrazo que no llega a serlo (quedando claro que los dos nos sentimos tan incómodos como dos pingüinos tomando el sol en las Bahamas) y me acompaña a dejar mi maleta en nuestro dormitorio. Durante una milésima de segundo me da la sensación de que nada ha cambiado, pero solo dura eso, el segundo que tardo en darme cuenta de que preferiría estar en cualquier otro lugar que no implicara luchar contra todo lo que siento. La mayor parte lo ocupa la incertidumbre de no saber si hemos luchado o no lo suficiente por lo nuestro.

—Aquí tienes... —abre el armario y me señala un espacio vacío sin saber muy bien qué decir.

—Vale —saco un vestido de la maleta, cojo una percha y lo cuelgo en la balda.

—Nerea, yo... —se acerca demasiado.

—No tienes que decir nada.

—Solo quiero agradecerte que estés aquí —me coge de las manos y las aprieta—. Es muy importante para mí.

—Entiende lo duro que me resulta hacer esto —le recuerdo.

—Lo sé y trataré de que lo pasemos bien, ¿vale? Como amigos, como dos viejos amigos —recalca.

—Sebas... No lo somos. Aún no sé ni si lograremos serlo algún día.

—Nerea —toma aire y lo suelta—. De una forma u otra siempre formarás parte de mi vida.

Un silencio muy pesado nos envuelve. Suspiro y me suelto.

—Vamos a recoger a mis padres al aeropuerto. El avión aterriza dentro de una hora.

Recibimos a Nick y Joanne con dos abrazos, volvemos al piso a dejar el equipaje y salimos a cenar a un restaurante que se ubica en nuestra misma calle. Sebastian ha reservado mesa temprano para que puedan descansar, tal vez el pequeño cambio de horario les afecte y, además, acostumbran a cenar a esa hora que nosotros utilizamos para merendar. En algún momento de la comida mi aún marido se muestra un tanto cariñoso conmigo, sin embargo, no lo tomo en cuenta y lo achaco a que de alguna manera tenemos que actuar de acuerdo a la situación. Debemos hacer creer que aún somos una pareja feliz. Hablamos sobre mi trabajo, el de Sebas, la reciente jubilación de Nick y su nueva afición: el boxeo. Casi escupo el vino al enterarme.

—Papá, ¿a tu edad? —pregunta su hijo, sorprendido.

Mi ex suegro va a cumplir sesenta y cinco años, pero hay que especificar que no aparenta ni cincuenta. Se mantiene en forma, siempre ha hecho deporte; ha corrido, ha jugado al golf, incluso lo he visto jugar al bádminton, pero ¿boxeo? No me lo imagino dando golpes (o recibíendolos) encima de un ring.

—Hijo, los años que me quede quiero hacer lo que me apetece.

—¿Y lo que te apetece es que te partan la nariz?

—Estoy harta de decirle que lo deje, pero no me hace caso. A ver si tu opinión la tiene más en cuenta —Joanne posa su mano sobre el brazo de Sebastian.

—¿Qué opinas tú, Nerea? —Me pregunta a mí, metiéndome en lo que yo llamo «Disputa familiar peligrosa».

—Yo pienso que si le hace feliz, adelante.

—Siempre supe que tenías una mujer muy sabia —le dice a su hijo mientras le da un golpe en la espalda. A mí no me pasa desapercibida la mirada reprobatoria que me echa su mujer.

En los postres llega la pregunta que tanto temía, seguida de la típica reflexión que odio: «¿Cuándo pensáis tener hijos? Ya tienes una edad, se te va a pasar el arroz». Esta es la traducción al español que yo le hago, por supuesto hablamos en inglés todo el tiempo aunque sepan ambos idiomas.

—Mamá, esa decisión debemos tomarla nosotros. Ahora mismo estamos muy centrados en nuestras profesiones.

—¿Sigues preparando bodas? —no me pasa desapercibido el tono despectivo de su voz.

—Si —me como un trozo de tarta de queso y trato de ignorarla.

—Quizás deberías dejar de trabajar y darme un nieto. Si seguís esperando, no podréis tenerlo —incide en que mi edad pronto se convertirá en un problema para procrear.

Voy a contestarle que aún soy joven y que no debería meterse en temas tan íntimos, pero Sebas me agarra la pierna y la aprieta, pidiéndome con ello que me calle.

A las once de la noche solo se escucha el murmullo del tráfico en la calle y a Sebastian lavándose los dientes en el cuarto de baño de la habitación. Me tapo con el edredón y respiro hondo, necesito descansar y que el fin de semana pase pronto. Veo a mi marido coger una manta y una almohada del armario y sentarse sobre el diván que adorna una esquina del dormitorio. Le pregunto por lo que hace y me responde que entiende que no desee dormir con él en la misma cama.

—Puede ser incómodo para ti —explica.

—¿Lo es para ti? —si lo ha pensado, tal vez sea porque él siente exactamente eso.

—Claro que no, pero prometí que te haría las cosas fáciles. No quiero molestarte, aquí estaré bien.

—No digas tonterías —retiro la colcha, abriendo su lado—. Anda, ven.

Se acomoda, apaga la luz de la mesita de noche y noto las sábanas moverse hacia él. El reflejo del alumbrado de la calle atraviesan la ventana creando sombras en el techo mientras unos segundos se me hacen eternos. Lo siento moverse y mirar hacia mí.

—¿Sabes? —susurra—. Te sigo echando de menos, cada noche.

Trago saliva y me obligo a no contestar. Me doy la vuelta, tumbándome de lado, de espaldas a él, e ignoro lo que ha dicho.

—Buenas noches, Sebastian —cierro los ojos.

—Buenas noches, Nerea.

El fin de semana pasa muy despacio y tengo que aguantar a Joanne decirme una y otra vez que debería pensar en ser madre pronto. Hago caso omiso a sus ganas de molestarme y obvio el hecho de que Sebastian no le pide que deje el tema ya; él solo le da largas y le asegura que estamos en ello. Yo lo fulmino con la mirada y le pongo mala cara. También tengo que asentir ante los planes de las próximas vacaciones: viajar todos juntos a Suiza en Semana Santa. ¿En serio? Abro tanto los ojos que casi se salen ellos solitos

de las órbitas. Vale que estamos fingiendo que todo va bien, vale que su madre es una arpía que desea controlar a su hijo, vale que Nick es buena gente y no ser merece que yo lo mande todo a la mierda y le haga sufrir; pero no vale que su madre me trate con el desprecio que lo hace. Ante la posibilidad de que me dé un ataque de ansiedad, propongo salir a tomar un café. No me apetece socializar por la ciudad con una mujer tan tirana como ella, lo sugiero por tomar un poco el aire; y Sebas no me va a dejar salir sin ellos. Las dos horas se hacen eternas, Joanne no para de quejarse de el calor que hace en este país y yo me tiro de los pelos por no soltarle una fresca. ¿Calor? ¡Pero si estamos en invierno! Volvemos a la que aún es mi casa y me disculpo antes de esconderme en la habitación.

—Qué grosera. Ni se preocupa por la cena —la escucho murmurar.

Sebas se da cuenta de que la he escuchado por el cambio en la velocidad de mis pasos. Cierro la puerta sin dar portazo y hago la maleta. No aguanto más.

—Diles lo que quieras, pero me voy. No puedo aguantar más esta mentira —susurro a mi marido, que ha entrado sabiendo lo que ocurría, para que sus padres no nos escuchen en la otra habitación.

—Nerea, perdona a mi madre. Ella es así. No quería decir eso.

—Tu madre no tiene nada que ver. Sé muy bien cómo es —guardo mi ropa en la maleta—. Esto no funciona. Si sigo con esta farsa, hasta yo misma me la creeré. No es justo, Sebastian. Para ninguno de los dos—. Dejo mi mini equipaje en el suelo y tiro del asa.

—No quiero que te vayas —me agarra del brazo y me para.

—Tranquilo, les diré que mi madre necesita que la cuide un par de días. No se darán cuenta de nada.

—No me has entendido, quiero que te quedes —repito muy serio.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Vamos... vamos a intentarlo, sé que lo nuestro puede funcionar —propone no muy convencido.

—No juegues conmigo. ¿Realmente quieres que volvamos?

—Yo... —vuele a dudar.

—Adiós, Sebastian. Despídeme de tus padres. Y... cuídate.

Aparco el coche en mi nueva plaza de garaje y camino hasta el portal con ganas de tirarme sobre el sofá y ahogarme en un bol de palomitas, justo después de darme un baño relajante y masajearme todo el cuerpo con crema.

Tras atiborrarme de chucherías y ver una peli en la que una invasión de alienígenas se han adueñado del planeta, me doy cuenta de que lo único que realmente me apetece es ver a Pablo y pasar un rato agradable con él; así que, con la ropa cómoda que me he puesto para hacer la vaga y comer como una cerda, llamo decidida al timbre del décimo A. Abre un Pablo despeinado, sin camiseta, con el botón superior de la bragueta desabrochado y descalzo. Lo miro de arriba abajo y bizqueo como si fuera idiota. Ay, madre. Maldito atractivo el del niñato.

—Hola, me preguntaba si... —le enseño la carátula de un CD de Coldplay — te apetecería escuchar un poco de música conmigo.

Apoya el hombro sobre el quicio de la puerta que no ha abierto del todo.

—Nerea, no es buen momento.

—Puedo esperar a que te vistas o...

—Pablo, ¿dónde tienes el vino? —pregunta la voz de una mujer dentro de su piso.

UN LO SIENTO Y MUCHA MÚSICA EN DIRECTO

No puedo decir que me siente mal darme cuenta de que acabo de interrumpir el polvo entre Pablo y una chica. Y no lo digo porque mentiría. Lo que noto se asemeja más a la vergüenza.

—Lo siento —me doy media vuelta y cierro los ojos, llamándome «Idiota» en silencio.

—Espera —sale detrás de mí. Trato de abrir la puerta, pero la cerradura se me resiste—. Nerea, mírame.

—No pasa nada. No quiero molestar.

Me agarra del hombro y me da la vuelta.

—Tú no molestas. Me encantaría escuchar música contigo, ¿te parece bien el viernes?

Lo miro y no digo nada. ¿Debería aceptar? No tengo por qué enfadarme, somos amigos, nada más.

—Vamos. Música en vivo y en directo —insiste.

—No lo sé. Ya veremos —consigo girar la llave. Me adentro un paso en mi casa y me dispongo a cerrar. Él aguanta la puerta con una mano.

—Nerea, yo...

—Hasta mañana, Pablo.

Me quedo dormida con el estómago lleno de golosinas de todos los sabores, formas y colores. Trato de ahogarme (in)conscientemente y no pensar en la diferencia entre las dos despedidas que he tenido hoy. Decirle adiós a Sebastian ha costado, pero no se me ha formado el nudo en el estómago que se me ha creado cuando le he cerrado la puerta en las narices a mi vecino roquero.

Una tarde invito a mis amigas a cenar, necesito la opinión de personas imparciales. Mi plan se basa en atiborrarlas de comida y contarles mi desliz con Pablo, así como la sorpresa que me llevé cuando lo vi el domingo con otra chica. Llegan a eso de las nueve. Carol entra quejándose de que hoy va a

tener que pagarle horas extras a la niñera porque Andrés está de viaje de negocios en Bilbao y que no le gusta no acostar y arropar a Raúl y Manel por las noches. Rocío viene con ganas de marcha y trae dos botellas de vino que mete en la nevera nada más entrar. También se queja, sin embargo, de algo muy diferente de lo de nuestra amiga.

—Nena, ¡qué mala pata! No he visto a Pablo por ningún sitio.

—Creo que no está. Hace unos días que no lo veo —respondo sin dar importancia al hecho de llevar toda la semana pegando la oreja a la pared para comprobar que no se escuchan ruidos en su casa. Vale, no hago eso literalmente hablando, solo me arrimo al tabique y espero a ver qué pasa.

Nos sentamos alrededor de la mesa baja y nos tomamos una copa de vino mientras nos atiborramos de canapés rellenos. Me he pasado por el mercado y he comprado verduras, carne y pescado y he puesto en práctica lo que aprendimos en aquel curso de cocina.

—Te han quedado de muerte —Ro se mete uno en la boca y lo saborea—. Mmm, exquisito. ¿De qué son?

—Hay un poco de todo —respondo.

—Bueno, al grano —nos corta Carol—, que yo tengo un poco de prisa. ¿Por qué nos has hecho venir?

—Hace mucho que no nos vemos. Os echaba de menos.

—Yo a ti también, cariño, pero no tengo esa cara de compungida. Venga, ¿qué te pasa?

Carol me conoce mejor que nadie. Cuando teníamos nueve años, traté de ocultarle que había robado un caramelo del kiosco del parque. No por no compartirlo, sino porque me daba vergüenza que lo supiera y creyera que era una ladrona. Ella me lo sonsacó antes de sentarnos en el banco de hierro en el que pasábamos tardes enteras. Sé poner cara de póker, pero con mi amiga no sirve de nada.

—Me he acostado con Pablo —suelto de un tirón. Si me lo pienso, cabe la posibilidad de que me lo guarde para mí y me explote dentro.

—¡Enhorabuena! —Ro me felicita a la vez que Carol suspira y levanta las cejas sin decir nada.

—¿Tú no me la das?

—¿Estás bien?

—Si —enfático mi contestación asintiendo con la cabeza.

—Pues me alegro por ti.

Les cuento lo que pasó sin demasiados detalles. Ro me pide que

especifique según qué cuestiones, no obstante, me niego a describir cómo la tiene y cuáles son sus mejores tácticas en la cama. Aún así les pongo al día de mi gran experiencia sexual y de que el muchacho sabe muy bien lo que se hace.

—Entonces, si todo fue tan bien, ¿por qué tienes esa cara? —insiste Carol.

Cojo aire y cierro los ojos, dispuesta a sincerarme y hacerles saber lo que me ha... molestado. Digámoslo así.

—El domingo por la noche fui a proponerle escuchar un poco de música y...

—¡Y te lo hizo en el rellano! —grita Ro.

—¡No! —la miro con el ceño fruncido. Qué más hubiera querido yo—. Veréis, sé que no tengo nada con él... —me masajeo la frente—. Lo encontré con otra chica... ya me entendéis... Me dio mucha vergüenza.

—¿Cómo que lo encontraste con otra chica? —pregunta Carol.

—Pues... él salió medio desnudo y escuché una voz de mujer detrás de él.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. Solo que no era un buen momento.

—¡Claro que no! Le fastidiaste el polvo —sigue Ro.

—No les fastidié nada. No tardó en abrir, después seguirían... pufff —respiro con fuerza—. No estoy acostumbrada a esto.

—No tienes porqué enfadarte. Habéis follado, no estáis saliendo ni nada de eso —Ro me expone su opinión. Sé que lleva razón, sin embargo, que se acostara con una chica unos días después que conmigo me incomoda.

—¿Ves? Te dije que esperaras, todavía no estás preparada —Carol me apunta con un dedo.

—Claro que lo está. Lo que tiene que entender es que acostarse con un hombre no significa que te vayas a casar con él. Solo han follado. ¡Una vez!

Bueno, fueron varias en una noche, pero no lo digo en voz alta, lo pienso y las dejo discutiendo como si yo no estuviera delante. Otra vez.

—Ella no está preparada para acostarse con hombres. Lo de Sebastian es muy reciente.

—A Sebastian que le peten el ojete. Ella puede hacer lo que quiera.

—Chicas, estoy aquí. No entiendo cómo se os olvida tan a menudo —se retan con la mirada, ahora en silencio—. Quería que lo supierais, nada más. Estoy bien.

Ro se levanta a por otra botella de vino para brindar por la paz entre amigas. Carol insiste en su preocupación por mí y le pido por favor que no

tiene de qué preocuparse. Por supuesto, después de la pequeña trifulca que se ha creado por este tema, no se me ocurre contarles dónde he pasado el fin de semana y con quién. A las dos les daría un infarto, aunque por diferentes razones. En ese momento llaman a la puerta y Rocío, aprovechando que sale de la cocina, va a abrir. Vemos a Pablo entrar en el salón y a nuestra amiga babear a su lado.

—Buenas noches, no quería interrumpir —se disculpa.

—Pablo —me levanto con rapidez—. No interrumpes nada.

—Claro que sí. Es una noche de chicas —Carol lo mira con muy mala cara.

—Será mejor que me vaya —señala la puerta.

—No no —contesta Ro, que hace gestos obscenos fuera de su ángulo de visión—. Las que se van somos nosotras. Es muy tarde ya —coge el bolso y su abrigo y le hace señales a Carol para que se levante. Ésta la atraviesa con la mirada, se incorpora, me da un beso en la mejilla a la vez que me dice que lo mande a casa y sale del piso sin despedirse de Pablo. Rocío me dice vocalizando que me lo folle hasta reventarlo y cierra la puerta justo antes de que mi vecino se dé cuenta de lo que hace.

Nos quedamos solos y en silencio.

Él lo rompe.

—Parece que tenían prisa. Espero no haberlas echado.

—Estaban a punto de irse —recojo la mesa y llevo las copas sucias a la cocina—. ¿Quieres tomar algo?

—Venía a saludarte. Acabo de llegar de Liverpool y me apetecía verte —me dice, como si nada, apoyando el hombro en el quicio de la puerta.

—No me había dado cuenta de que no estabas —disimulo y meto los vasos en el lavavajillas—. Por cierto, ¿tienes noticias de Cristina? No sé nada de ella y de su fin de semana. —Me incorporo, me doy la vuelta y me lo encuentro muy cerca de mí. Mi pecho casi roza el suyo. Lo miro y me pierdo en sus ojos. Trago con dificultad.

El tiempo se ralentiza.

Sin decir nada y muy lentamente, se agacha y roza mis labios con los suyos. Dejo de respirar y agarro el filo de la encimera con las dos manos. Abre un centímetro la boca y me besa las comisuras con mucha parsimonia. Mi respiración se acelera tanto que comienzo a temer por la estabilidad de mi corazón. Gimo cuando muerde mi labio inferior y tira de él hasta casi hacerme daño. Me agarra de la cintura y me atrae hacia él. Su cuerpo, duro,

choca con el mío y un montón de terminaciones nerviosas se me activan. Le respondo con besos cortos pero húmedos. Él me levanta y me sienta junto al fregadero.

—Me gusta cómo sabes —susurra sin dejar de besarme.

—Mmm —murmuro, introduciendo mi lengua en su boca.

—Llevo tres días obsesionado con tus labios.

Lo agarro del pelo y lo atraigo más a mí.

Los besos comienzan a ser cada vez más urgentes, nos tocamos por encima de la ropa durante unos minutos hasta que él decide tirar de mi camiseta hacia arriba y quitármela por encima de la cabeza. Le ayudo en el proceso y me dispongo a desabrocharle el pantalón, sacarle el miembro viril y masajearlo con parsimonia. Él jadea y apoya su frente sobre la mía. Noto un poco de líquido pre seminal mancharme la palma de la mano. Vuelve a unir su boca con la mía e introduce sus manos en mi cabello. Baja por mis senos, mi cintura, agarra el filo de mi pantalón y se dispone a deslizarlos llevándose las bragas con él. Me abre las piernas y me toca. Introduce un dedo y después otro. Gimo con sus dientes chocando con los míos. Me aparta la mano que lo toca con ardor y muchas ganas, se agarra el centro de su placer y lo deja en la entrada del mío. En ese momento escuchamos el timbre sonar. Para durante un milésima de segundo y le pido que siga. Se introduce unos centímetros en mí y el sonido del timbre suena de nuevo.

—Joder —se queja.

—No pares —le ruego.

—Ne, ¡Ne! ¡Abre! Sé que estás aquí, veo las luces encendidas —grita Cristina al otro lado de la puerta.

—¡Mierda! —murmuro, empujando a Pablo hacia atrás y obligándolo a salir de mí. Él suelta dos, tres, cuatro exabruptos a la vez que se sube los pantalones. Le pido que se vista con rapidez mientras yo me pongo la camiseta. Echo un vistazo alrededor por si dejáramos tirada alguna prueba que delatase lo que hacíamos y voy a abrir la puerta a mi inoportuna hermana. Pablo me agarra antes de salir, me lleva hasta su boca y me da un apasionado beso que me deja sin aliento.

—Me vuelves loco —susurra, clavándome la mirada.

Me suelto, agarro el pomo de la puerta y respiro varias veces antes de girarlo y saludar a Cris.

—¿Qué pasa?

—He discutido con Lucas. No me apetece estar sola —entra hasta el salón

despotricando sobre su nuevo novio. Ve a Pablo salir de la cocina—. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a preguntar por ti. No me contestas a las llamadas — responde resuelto, con las manos en los bolsillos. Y debe ser verdad que la ha estado llamando porque Cristina no se extraña. Mi hermana se acerca a él, lo abraza y comienza a llorar. Éste le acaricia el cabello y besa la cabeza. La deja desahogarse durante un buen rato.

—¿Qué ha ocurrido, Pétalo? —le pregunta, cariñoso.

—Tenías razón, es un estúpido —consigue decir entre sollozos.

—No llores más, me rompes el corazón y solo conseguirás que vaya a buscarlo y le parta la boca.

La imagen que tengo delante me causa mucha ternura, se nota el amor que Pablo le profesa a Cristina y durante una milésima de segundo siento mucha envidia, supongo que de la sana. Antes alguien se preocupaba a cada minuto por mí, ahora tengo que acostumbrarme a hacerlo yo sola.

Paso a paso.

Preparo la cama de invitados y, entre los dos, acostamos a mi agotada y pequeña hermana. La arropo, le doy un beso en la mejilla y le prometo que todo saldrá bien. Sé que será así, una persona tan buena como ella se lo merece.

—Oye... podemos... —Pablo señala el sofá que se ubica detrás de él.

—Estás loco si crees que vamos a echar un polvo con mi hermana durmiendo justo al lado —contesto frunciendo el ceño y las palmas de las manos levantadas.

—Quería proponerte ver una peli, solo eso —aclara con una ceja enarcada.

—Seguro... —musito, dudando sobre lo que dice.

Me mira durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve. Después coge la chaqueta y se la pone. Cierro los ojos y me llamo «imbécil» en silencio. Cuando los abro, lo veo caminar hasta mí.

—Recuerda que el viernes te llevo a escuchar música.

—Respecto a eso... no te he dicho que iría.

—Lo pasaremos bien —me da un beso distraído en la mejilla, me acaricia el cuello y se va.

Me quedo de pie en medio del salón durante más de cinco minutos tratando de poner en orden todos los sentimientos que Pablo reproduce muy dentro de mí. Van desde el entusiasmo por lo nuevo y desconocido al recelo y al miedo por todo lo que podría salir mal, que, analizando con profundidad la

situación, se me ocurren muchas razones por las que cabría la posibilidad de que esto se convirtiera en un desastre.

Joel me acompaña a varias reuniones el viernes por la mañana. Paramos en una cafetería del centro a desayunar y descansar un rato. La última cita ha sido muy estresante. Una empresa de suministro eléctrico pretende que organicemos su fiesta de décimo aniversario en menos de dos semanas. Repasamos la lista de lo que quieren exactamente y priorizamos lo más importante. No podemos esperar al lunes para empezar a trabajar sobre ello, así que nos quedaremos en la oficina toda la tarde. Le envío un mensaje a Pablo en el que le hago saber que no podré quedar con él esta tarde. Esta es la respuesta que recibo: «No te vas a librar de mí. Te recogeré en tu oficina a las diez». Mi ayudante me pregunta por la sonrisilla de felicidad que me adorna la cara.

—Es Pablo. Salimos esta noche.

—¿Sales con el roquero que quema bragas? —casi se atraganta con el café.

Encojo los hombros y guardo el móvil.

Me somete a un trillón de preguntas durante todo el día, sin embargo me niego a contestar a ninguna de ellas. Todas me parecen demasiado intimidantes, subidas de tono y entrometidas.

A las diez menos cinco de la noche suena el timbre de la puerta y Joel va a abrir.

—*Queen*, tu *rockerman* te espera —entra en mi despacho y llega hasta mi mesa. La luz de una pequeña lámpara alumbra todo el desorden con el que lidio.

—¿Puedes cerrar tú? —tiro el bolígrafo, me levanto y me pongo el abrigo.

—Claro, no te preocupes. Tú, pásalo bien. —Le doy un beso en la mejilla y me despido de él. Salgo a la sala anterior a mi oficina y veo a Pablo de pie, con la mirada perdida en la calle. Lleva su habitual y gastada chaqueta de cuero, vaqueros azules, botas negras y el tupé peinado hacia arriba formando un arco hasta la nuca. Una imagen para soñar con él y con su semblante de tipo duro y pasado de vueltas.

Se gira y me mira.

—¿Lista para pasar la mejor noche de tu vida?

TACHADO DE LA LISTA DE COSAS PENDIENTES

—¿A dónde vamos?

—A escuchar música. Ya te lo dije —responde mientras conduce entre el ajetreado tráfico de la ciudad un viernes por la noche.

—Por aquí no se va a casa —manifiesto.

—Lo sé —sigue, enigmático.

—¿Entonces? —insisto.

—¿Entonces, qué? —me mira y sonrío de lado.

Bufo para mí y me doy por vencida. Si quisiera decírmelo, ya lo hubiera hecho. Me entretengo tarareando una canción que suena, bajita, en la radio. Me doy cuenta que nos disponemos a alejarnos de la ciudad y le pregunto si vamos a tardar mucho en llegar, estoy muy cansada.

—No prometo mantenerme despierta.

Él no responde, solo respira hondo y sigue conduciendo. Reconozco el camino y caigo en la cuenta de hacia dónde nos dirigimos.

Pablo saluda al vigilante de seguridad, que abre la puerta de inmediato. Nos adentramos en la urbanización La Finca y aparcamos en un garaje subterráneo junto a la piscina climatizada donde nos enrollamos la noche de Fin de Año. Bajamos del coche, me agarra de la mano y subimos las escaleras. Sentados aquí y allá nos encontramos a los que reconozco como parte del grupo.

—Hey, tío —uno de ellos se levanta y, de forma muy amistosa, le choca la mano.

—Nerea, este es Chaise. —El chico me abraza y me da dos besos que me dejan descolocada. Muy alto, moreno de piel, ojos negros y cabello oscuro.

—Hola, soy Robby —otro, este de estatura media, rubio, barba clara y tez blanca se presenta dándome la mano en cuanto su amigo me deja en el suelo.

—Encantada, Nerea.

—Aquellos son Edu y Pierre. —Me sonrían y saludan desde el otro lado del inmenso salón y yo levanto la mano devolviéndoles el gesto.

—Vamos, tomaremos algo —me agarra de la espalda y me empuja para que lo siga.

Entramos en la cocina y un chico pelirrojo y repleto de pecas sonrío de oreja a oreja al vernos.

—Este es Peter.

—Y tú eres Nerea. Estoy harto de escuchar hablar de ti. —Miro a Pablo buscando una explicación que no llega—. Me alegro de conocerte.

—Ve a prepararlo todo. Empezaremos en seguida —le insta este.

Pregunta qué voy a tomar y me pide disculpas por no tener vino. Me ofrece una cerveza y se la acepto, brindando con la suya. El barullo que se comienza a formar en el salón llega hasta nosotros.

—Creí que iríamos a escuchar música.

—Y es lo que vas a hacer —acerca su boca a mi cuello y lo riega de dulces besos.

—Pablo... —musito, con todos los vellos del cuerpo de punta. Me empuja y me acorrala contra una pared.

—Nerea... —une su boca con la mía y el sabor a cerveza se mezcla con nuestras lenguas.

Unos segundos más tarde se retira y me invita a que lo siga.

—Los chicos esperan.

Me recompongo y salgo de la cocina detrás de él.

—¡Nerea! —Allan llega hasta mí, me abraza y me besa la mejilla—. No esperaba encontrarte aquí. ¡Me alegro de verte!

—Yo también me alegro —respondo con sinceridad.

—¿Has venido a vernos ensayar? —su pregunta aclara qué hago aquí.

—Creo que sí.

—Será estupendo. Después tienes que dejarme invitarte a una cerveza. ¿Lo prometes?

—Por supuesto —sonrío mientras se aleja.

—Ven —Pablo me indica que tome asiento con la mano—. Si necesitas algo, Edu te ayudará. —Miro al muchacho y este asiente con la cabeza.

—No te preocupes, estaré bien.

Me quedo embobada mirando cómo cada uno de ellos ocupa su sitio y maneja su instrumento. Pablo afina la guitarra y prueba el micrófono. Chaise se sienta detrás de la batería, Robbie toquetea las cuerdas del bajo y Peter enciende el teclado. Tardan unos minutos en tenerlo todo listo y comenzar a tocar. Una canción muy cañera inaugura el repertorio. No puedo hacer otra

cosa que observarlos embelesada, admirando cada melodía. En la cuarta paran un par de veces para hacer unos retoques, Pablo me mira y me guiña un ojo, cómplice. Siguen con una mucho más lenta y su voz se introduce en mi torrente sanguíneo recorriendo cada vena. Trago con dificultad y me pierdo en un maremágnum de sensaciones al encontrar a Pablo totalmente abstraído, como si no estuviera aquí. Mis bragas se ponen a caminar solitas por el salón en su busca y tengo que cogerlas, guardarlas en el bolso y cerrarlo con llave. Cuando termina, abre los ojos y me mira haciéndome sentir especial y viva.

Edu me trae otra cerveza y un par de sándwiches de pollo y lechuga. Le agradezco el gesto y me como uno de ellos. Unas cuantas canciones después, dan por finalizado el improvisado concierto. Hablan entre ellos de los arreglos que deben hacerse y le piden a Pierre que guarde los instrumentos. Pablo me mira y se dispone a caminar hacia mí, pero Chaise lo intercepta, le dice algo y desaparecen por el pasillo.

—¿Te ha gustado? —Allan toma asiento en el sofá a mi lado.

—Me habéis dejado alucinada. Sois muy buenos.

—No puedo creerme que no nos conocieras. —Ve mi expresión de extrañeza—. Pablo me dijo que desconocías nuestro trabajo —se explica.

—Había escuchado alguna canción suelta, pero no os había visto nunca ni la relacionaba con vuestro grupo. Sois geniales, lo digo en serio.

—Venga, no quieras arreglarlo —me da un toque en mi hombro con el suyo—. No te interesamos y punto —bromea. Me fijo en su bonita sonrisa. Edu llega hasta nosotros y nos ofrece dos cervezas frías.

—Ha llegado Arthur —le informa.

—Y ya le está tocando las pelotas —afirma Allan. El chico para todo asiente con la cabeza y desaparece.

—Y dime, ¿estudias o trabajas? —se burla, acomodándose hacia atrás.

—No hago nada. Me dedico a reproducirme como las esporas. No soy un buen partido —le sigo el juego.

—¿Asexual? —pone cara de horror.

—Abstención total —le doy un trago a mi cerveza.

—¿Sabes que podrías morir?

—Jajaja, como todos.

—Lo digo en serio —cambia el rictus a uno muy severo—. El sexo es imprescindible para el sistema inmunológico. Podrías coger cualquier enfermedad mortal. Yo que sé... el ébola, por ejemplo.

—Tendré que arriesgarme —seguimos riendo.

Me invita a bajar a la habitación de juegos y, viendo que mi acompañante tarda en regresar, acepto y llegamos al lugar con mi brazo agarrado el suyo. Pone un poco de música, coge un palo de billar y me invita a echar una partida. Hace siglos que no juego a esto, pero acepto el reto y soy la primera en tirar. Después de ganarme dos veces le pido que me enseñe sus magistrales trucos con las bolas. Por supuesto hace una broma al respecto de mi comentario y rompemos en carcajadas. Lo llamo «guarro» y se posiciona detrás de mí, me rodea con los brazos y pega sus labios a mi oído.

—Tienes que ser suave al principio, pero empujar con fuerza —le da a la bola con el palo y, después de dos rebotes en las paredes, la cuele en una de las esquinas—. Venga, inténtalo tú.

Me pongo en posición, agacho el cuerpo, visualizo la bola a la que quiero darle y... ¡pum! Sale disparada y la cuele. Pego saltos de alegría y me cuelgo de su cuello. Él da vueltas sobre sí mismo conmigo en brazos y nos reímos.

Me deja sobre el suelo.

—Aprendes muy rápido —me halaga sin soltarme.

—Tengo un buen maestro —sonríó con ganas.

—¿Pasándolo bien sin mí? —Pablo entra en la estancia y se dirige directamente hasta un frigorífico rojo, coge una cerveza, la abre y le da un trago. Le tira una Allan y este la caza al vuelo.

—Enseñándole algunos trucos a tu chica. —Pablo no hace ningún tipo de gesto al escuchar a su amigo y yo trato de disimular que no hiperventilo.

—¿Puedo unirme al juego? —coge un palo, pone tiza en el taco y se prepara—. Las chicas primero —me hace una pequeña reverencia para que empiece.

Juego contra Pablo la primera partida, que pierdo gustosa. Me parece curioso cómo los chicos odian perder cuando se enfrentan al sexo femenino. Se acerca a mí, me da un beso muy húmedo y muy largo sin importarle que su amigo se encuentre a nuestro lado y me pellizca el culo.

—Otra vez será, nena.

—¡Eso no vale! —Me quejo—. Allan y yo formaremos equipo. ¿Te atreves? —lo reto.

—Será un placer ganarles a los dos —se termina la cerveza y me muerde el cuello. Ya me he dado cuenta de que le cuesta mantenerse alejado de mí cuando estamos cerca.

Esta vez comienza él y cuele tres bolas seguidas, en la cuarta falla y tomamos el relevo. Allan mete también tres y chocamos las manos, sin

embargo, en el cuarto tiro fracasa y perdemos la vez. Pablo se concentra y nos adelanta por dos bolas. Me toca el turno a mí. Respiro hondo, me posiciono y pongo en práctica las enseñanzas de Allan. Tiro y cuelo dos en la misma tronera. Mi compañero de juego se acerca a mí, me susurra al oído nuestra próxima estrategia y me masajea los hombros antes de marcharse.

—¡Puedes hacerlo! —me anima.

Fijo la vista en mi objetivo, muevo el palo con suavidad sobre mis dedos y, cuando creo que es el momento adecuado, empujo con fuerza en el centro de la blanca. Cuelo las bolas que quedan y grito con fuerza, sin creermelo improbable hazaña. Me tiro sobre Allan, este me rodea con sus brazos y me da un corto beso en los labios. Me sonrojo por lo que acaba de hacer y miro hacia un lado en busca de Pablo. Lo encuentro sonriendo, levantado la cerveza y brindando por nosotros.

Allan va a por otros tres botellines, Pablo camina hasta mí, introduce su nariz en el arco de mi cuello y me pregunta si me gusta Allan.

—Claro —respondo contrariada.

Sube hasta mi boca y me besa con pasión. Agarra mi cintura, me sienta sobre la mesa de billar y se hace hueco entre mis piernas sin separar nuestros labios. Poso las palmas de las manos sobre la tela verde y gimo cuando noto su miembro, duro y preparado, rozar mis braguitas.

—Pablo... —musito, pero él no para—. Pablo, ¿qué haces?

—¿Quieres pasarlo bien? —me mira a los ojos.

—¿A qué te refieres? —el corazón se me va a salir del pecho.

—Con Allan y conmigo —especifica. Y puedo asegurar que su voz se ha convertido en un sonido muy áspero e inmensamente perverso.

—¿Qué? Yo nunca... Yo... nunca... —no salgo de mi (excitado) asombro.

Nuestro amigo llega hasta donde estamos y nos ofrece las cervezas. He dicho que prefiero vino, ¿no? Bueno, pues en estos momentos como si me quieren dar cianuro. Me bebería el Guadalquivir entero. La termino de un trago y dejo la botella vacía sobre la mesa. Los miro, ambos mantienen la vista fija en mí y, supongo, que en mi decisión.

—Nerea, nosotros haremos lo que tú nos digas —Pablo me tranquiliza.

No sabría decir por qué, un artículo que leí en una revista para adolescentes cuando aún yo lo era, se me viene a la mente y la repaso en décimas de segundos. Básicamente exponía en un listado ocho cosas que tenía que hacer antes de cumplir los treinta.

1. Viajar sola. Hecho.
2. Colaborar para una ONG o donar dinero para una causa solidaria. Hecho.
3. Aprender otro idioma. Hecho.
4. Hacer un «sin-pa». Hecho y... hecho (he de reconocer).
5. Donar sangre. Hecho una vez al año, al menos.
6. Darlo todo en un karaoke. Hecho y avergonzada por ello.
7. Ir a una playa nudista. Pendiente.
8. Hacer un trío con dos chicos. Pendiente.

Total, que me pongo a darle vueltas al tema (dos, para concretar) y llego a una conclusión: aunque sobrepaso en cuatro años los treinta, aún estoy a tiempo y puede que sea mi última oportunidad.

Agarro a Pablo del cuello y lo atraigo hacia mí, le quito la chaqueta, que dejo caer al suelo y lo beso.

—Una chica atrevida —sonríe sobre mi boca. Pego mi pelvis a la suya y se pone rígido. Me agarra del pelo con posesión y me acaricia con su lengua. De un tirón me baja de la mesa y Allan toma posición detrás de mí, se agarra a mis caderas y noto que me mordisquea el cuello. La sangre se me calienta tanto que estoy a punto de la combustión interna.

—Vamos al dormitorio —aconseja Pablo—. Aquí puede vernos cualquiera.

Sin soltarnos, camino de espaldas y entramos en una habitación muy grande con cama doble. Mi vecino me vuelve a preguntar si estoy segura de mi decisión y contesto asintiendo con la cabeza. A ver... segura segura... no, pero algo muy dentro de mí me repite que me deje llevar y lo haga.

Pablo me empuja sobre la cama y me tumba boca arriba. Agarra mi blusa blanca y la levanta dejando mi vientre al desnudo. Riega de besos esa parte de piel y me estremezco. Poco a poco va bajando hasta rozar la cinturilla de mis pantalones de pinza negros, abre la cremallera sin parar de lamerme cada rincón y baja hasta rozar mi monte de Venus por encima de la fina tela de mis bragas de encaje negro. Allan se tumba a mi lado y me pregunta si puede besarme. Le contesto acercando mi boca a la suya y besándolo yo. Botón a botón me desabrocha la camisa y mis pechos quedan expuestos ante sus miradas, cubiertos solos por un diminuto sujetador que descubre más que esconde. Pablo me baja los pantalones y, con él, las bragas, mientras Allan se deshace de mi sujetador. Me abrumba la sincronización que parecen tener entre ambos. Se colocan cada uno a un lado sobre la cama y se entretienen en

acariciar todas las zonas de mi cuerpo con sus manos. Cuatro manos... Cierro los ojos y me dejo llevar. Mi imaginación proyecta en mi mente la imagen que damos. Yo totalmente desnuda entre dos hombres que me tocan, totalmente vestidos. Gimo cuando uno de ellos llega a mis labios vaginales y los abre para que el otro pueda rozar mi clítoris con atino e introducir un dedo en el centro de mi placer. Escuchar sus aceleradas respiraciones muy cerca de mis oídos me activa y me calienta mucho más. Tuerzo la cabeza hacia un lado y cazo con ardor la boca de Pablo, que me recibe dispuesta. Cambio de sentido y ahora beso a Allan en la misma medida. Noto que el anterior se levanta. Con el rabillo del ojo lo veo desnudarse y ponerse un preservativo. Lo digo a la ligera, pero imaginaos que lo contemplo a cámara lenta y que puedo notar el movimiento de cada tatuaje. Se arrodilla frente a mí, me abre las piernas y con su polla acaricia la entrada de mi sexo. Jadeo tanto que llego a hiperventilar.

—Joder, Nerea, estás empapada —asegura con voz ronca y muy muy sexual. Allan me abre con las dos manos para que su amigo me penetre poco a poco. Lo noto llegar al fondo y grito.

—Te voy a lamer entera —susurra Allan sobre mi boca y me muerde. Pablo se mueve hacia fuera sin salir del todo y vuelve a entrar, rudo y con fuerza. Un jadeo hosco y bruto sale de su boca y yo me parto en dos. Grito y beso con desesperación la boca que tengo cerca: la de Allan. Este se separa y baja para lamer mis pechos hasta hacerlos arder. Pablo entra y sale sin parar. Sus gemidos se mezclan con los míos y mi cuerpo se bambolea desmedido, dejándose manejar. No sé cuánto tiempo estamos así, sale de mí, me gira, me pone a cuatro patas y me empala de nuevo. Allan se desnuda, se arrodilla delante de mi cara y con la punta de su pene roza mi boca. No lo mete, soy yo la que lo introduce y lo chupa una y otra vez. Los movimientos de mi cuerpo hacia delante y hacia atrás por las penetraciones duras de Pablo me ayudan a chupar el miembro de Allan. En una de las embestidas me quejo de una arcada y paran.

—¿Estás bien? —Pablo pega su pecho a mi espalda y me habla entre susurros libidinosos al oído.

—Ssiii —balbuceo.

—Te vamos a follar los dos, ¿estás preparada?

No especifica qué es lo que va a pasar, pero aunque soy nueva en esto, no nací ayer. Quiere estar seguro de que practico sexo anal y lo voy a disfrutar. Llevo diez años con la misma persona, he utilizado todos los agujeros de mi

cuerpo y en más de una ocasión. Bueno, todos los que se pueden utilizar. Descartamos oídos y nariz, por supuesto.

Asiento con la cabeza, bajan de la cama y se cambian de condón. Allan se tumba sobre mí y me da unos cortos besos muy cerca de los labios y me pregunta si estoy segura de lo que hago. Por un instante me molesta que se preocupen tanto por mí, pero entiendo y les agradezco que lo hagan. Le devuelvo el beso y nos devoramos. Me abre las piernas con su rodilla y noto la punta de su miembro hacerse hueco en mí, un segundo más tarde me empala y grito echando la cabeza hacia atrás. Me agarra de la nuca y vuelve a besarme.

—Joder, Nerea... —Jadea sobre mi boca y yo respondo de la misma manera. Entra hasta el fondo y sale. Me agarro a sus hombros y aprieto. Entra y vuelve a salir. Grito. Pablo nos mira a unos metros de distancia con una botella de agua en la mano y completamente desnudo. No puedo descifrar el gesto de su cara, sin embargo, los ojos le brillan tanto que iluminan parte de la habitación y está tan empalmado que le tiene hasta que doler.

Noto a Allan salir de mí y tumbarse a mi lado. Me pide que suba sobre él y me siente a horcajadas. Lo hago, apoyo la palma de mi mano izquierda sobre su duro abdomen y con la derecha agarro su miembro y lo introduzco en mí, bajando con suavidad, despacio. Él cierra los ojos y aprieta la mandíbula. No sé por qué busco a Pablo con la mirada cuando me empalo por completo. Comienzo a moverme arriba y abajo sin desconectar mi mirada de la suya. Me muevo otra vez. Y otra, y otra, y otra... con movimientos decadentes... despacio. Subo y bajo, subo y bajo... Pablo se acerca a mí, se arrodilla a mi lado y me besa como si dentro de dos minutos fuéramos a desaparecer. Agarro su miembro que cae sobre el vientre de su amigo y lo masajeo.

Noto las manos de Allan apretar mi cadera hacia abajo impidiendo que me mueva.

—Si sigues, me corro —asegura.

Me quedo quieta, pero no dejo de masturbar a Pablo y él no para de besarme.

Estoy sentada a horcajadas sobre un hombre, empalada por su polla y a otro devorándome la boca y sobándome los pechos con ambas manos mientras lo masajeo. Un jadeo ronco y el líquido pre seminal mancharme la mano me indica que él también está a punto de correrse, pero no me dice que pare.

—Pablo —gimo su boca.

—¿Qué quieres, nena? —me lame los labios.

—A ti... dentro de mí. —Sonríe levemente y me acaricia el cuello en un gesto de mucha ternura que me sorprende, porque lo que hacemos es lo más guarro y excitante de mi vida.

Se aparta y se arrodilla detrás de mí.

—Nena, agáchate un poco —susurra en mi cuello mientras me acaricia la espalda. Lo hago y mi trasero queda expuesto ante él. Siento la punta de su miembro rozar la entrada de mi culo—. Avísame si te duele —la introduce unos centímetros y grito—. ¿Estás bien? —Soy yo la que empuja hacia atrás y lo ayudo a entrar. Pablo posa su mano en mi vientre y me dice que no me mueva.

—Allan, muévete tú —jadea.

—Fuck... —Su amigo retrocede un poco y el otro la introduce entera. Los tres gemimos casi al unísono. Me siento llena y completa. He practicado sexo anal, pero nunca he tenido dos pollas dentro de mí.

Uno entra y otro sale. Cada célula de mi piel se activa para recibirlos, para acoger todo el placer. Me siento pequeña ante los dos grandes y fuertes cuerpos que me cubren entera, no obstante, ahora mismo me veo capaz de cambiar el sentido en el que gira la tierra, con poder para hacer explotar los planetas.

Allan me besa y me tira del pelo mientras Pablo me mordisqueea el cuello y la espalda. Voy a morir de placer y casi lo hago. Un impresionante e indescriptible orgasmo se apodera de todo mi ser poco después de notar que los dos se derraman en el condón, casi al mismo tiempo.

Caigo exhausta sobre el pecho de Allan y Pablo lo hace sobre mi espalda.

—¿Todo bien? —insiste mi vecino.

—Si —respiro con dificultad.

Primer asalto: superado.

Después: vinieron dos más.

Resultado: Mi cuerpo desmembrado. No recuerdo ni en qué momento me quedé dormida. Solo sé que Allan desapareció y Pablo yacía desnudo y sus manos abrazaban, fuerte, mi cuerpo.

PÓNTELO, PÓNSELO

Me despierto entumecida y relajada, como si flotara entre nubes y una brisa muy cálida me empujara hasta un lugar agradable y reconfortante. Inspiro con fuerza sin abrir los ojos y un olor a suavizante que no reconozco me recuerda la noche que he pasado fuera de casa. Me incorporo demasiado deprisa, tanto que todos los muebles de la habitación comienzan a dar vueltas. Me tapo con la sábana y comienzo a negarme una y otra vez lo que pasó hace unas horas. «No, no, no puede ser». Compruebo que aún estoy desnuda y que nadie más puede ver mi vergüenza salir a desfilarse por la habitación. Busco mi ropa y me visto todo lo deprisa que mis temblorosas manos me dejan. Voy al cuarto de baño de la suite y me lavo la cara, me peino con las manos y froto mis dientes con un poco de pasta que encuentro y que rocío sobre mi dedo. Observo mi reflejo en el espejo y *voilà*: cara de recién (y bien) follada, que, oye, pues no me queda nada mal.

Mi primera opción es armarme de valentía, buscar a Pablo y pedirle que me lleve a casa, donde me encerraré durante dos o tres años hasta que se me olvide lo que ocurrió entre nosotros y Allan. Sin embargo, elijo lo que llamaremos «Operación Escape Sibilino» y busco salir a hurtadillas por la puerta de atrás, llamar a un taxi y mudarme a otro país. Esto último lo veo poco factible por ahora, pero no vamos a descartar una buena idea por muy descabellada que parezca.

Subo las escaleras descalza para no armar ruido, y me asomo al salón donde, en contra de lo que esperaba, no hay nadie. Lo cruzo y camino por un pasillo muy largo hasta llegar a lo que parece la habitación del servicio de la mansión. Un montón de ropa apilada me indica que encuentro el cuarto de la colada, me dispongo a cerrar la puerta cuando una mujer de mediana edad con uniforme blanco me pregunta si necesito algo.

—Ehh —piensa, Nerea, piensa—. Si, busco la salida —no le doy más vueltas.

—Sígame —deshago lo recorrido, pero siguiendo sus pasos y, por lo visto,

hablando en voz alta.

—Solo a ti se te ocurre hacer estas cosas —me digo, susurrando para mí—. Que ya tienes una edad, Nerea, por dios.

La trabajadora del hogar se vuelve y me pregunta si yo soy la señorita Nerea. Asiento con la cabeza, ella sonrío y sigue caminando. Unos metros después me doy cuenta que nos dirigimos a la cocina.

—Disculpe, señorita —la llamo, no demasiado alto—. Me gustaría irme a casa —casi le ruego de rodillas. Ella me ignora y entra en la otra estancia. Yo me quedo fuera y barajo la posibilidad de salir corriendo. Tardo demasiado en pensar mi siguientes pasos, porque Pablo aparece con un café en la mano.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Me quedo lela perdida y no digo nada.

—¿Quieres un café? —sigue, ofreciéndome el que lleva y lo rehúso.

Yo lo que quiero es viajar a Marte y quedarme allí una temporadita.

—¿Le ha pasado algo a tu lengua? Juraría que anoche la tenías intacta y sabías utilizarla muy bien —tuerce la boca en una sonrisa muy muy depravada.

—Oh, dios... —me tapo la cara con las manos y gimoteo.

—Venga, ¿qué te ocurre? —me agarra de las muñecas y me las aparta, no obstante, sigo negándome a mirarlo y mantengo los ojos cerrados—. Nerea, mírame.

—No quiero —lloriqueo.

—Mírame —insiste.

—No. Quiero irme a casa —o volatilizarme.

—No seas cría —me pide con un tono muy guasón.

Abro los ojos despacio y lo miro. Sus ojos... oh, esos ojos...

—Tranquilízate. Los chicos se han ido, solo estamos tú y yo en la casa...

—Y la chica del servicio —lo corto—, que me ha mirado con mucho recelo.

—Y la chica del servicio —se corrige y ríe—. Desayuna conmigo y te llevo a donde quieras. He preparado tostadas.

Suspiro, recapacito y lo sigo. Tomo asiento en una de las doce sillas que rodean la gran mesa de madera muy clara. Cojo el café recién hecho que me ofrece e introduce varios trozos de pan en la tostadora.

—No habías hecho tostadas —le recrimino.

—No quería que se enfriasen. Tardarán solo unos segundos.

Exacto, un momento después, las pone sobre la mesa y se sienta a mi

izquierda, en la esquina.

—Cuéntame qué ocurre.

—Verás... lo de anoche... —dudo cómo plantearle que me abochorna muchísimo lo que hicimos ayer.

—¿No te gustó? —pregunta, sabiendo la respuesta.

—Oh, dios. No es eso... Me muero de la vergüenza —me refriego la frente con los dedos y, de paso, me limpio los goterones de sudor que ruedan por mi mejilla. Sofocada no, lo siguiente.

—Nerea —me insta a que lo mire—. ¿Te divertiste?

Asiento, colorada como un tomate. No pienso negarlo, fue muy muy placentero.

—Pues de eso se trataba —se encoge de hombros y le da un sorbo al café.

—Arrggg —gruño, agacho la cabeza y comienzo a darme pequeños golpes con la frente sobre la madera. Pablo me agarra de los hombros, me levanta y me gira, poniéndome totalmente frente a él.

—¿Qué te preocupa exactamente?

—Yo no hago estas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Pasarlo bien? ¿Tener orgasmos múltiples?

—Oh, mierda —vuelvo a taparme la cara con las manos. Y él vuelve a apartarlas y conseguir mi atención.

—Escucha. Ni sé ni me importa si es tu primera vez o si lo has hecho mil veces antes. Yo no te juzgo, no lo hagas tú. Follamos porque quisimos, nadie nos obligó. Y fue una de las noches más placenteras de mi vida.

Vaya, ¿debería tomármelo como un cumplido? Soy una inepta en estos menesteres. Si ha intentado tranquilizarme, se lo agradezco, pero sigo queriendo viajar a Marte y que el Olympus Mons me trague.

En vez de agradecerle sus palabras para tratar de hacerme sentir mejor, le contesto con una pregunta que me cruza, veloz, la mente.

—Tú... ¿haces estas cosas a menudo?

Él se encoge de hombros y responde sin darle vueltas. Honesto, como siempre.

—Cuando surge. Me gusta pasarlo bien en la cama —abro imperceptiblemente los ojos, pero parece que se da cuenta—. No lo tengo por costumbre, no obstante... si me lo ofrecen y la chica me gusta, lo hago y punto.

—¿Eres gay? —la pregunta se escapa de mi boca sin poder detenerla.

—¿Qué? —su semblante es una mezcla de sorpresa y diversión. Desde

luego, no está ofendido. (Y no tendría por qué).

—¿Bisexual? —sigo metiendo la pata—. No me importaría, cada uno...

—Oye, no te embales. ¿Por qué piensas eso? Creí que anoche te dejé clara mi orientación sexual —dice, convencido. Yo no lo estoy tanto. Recuerdo que un cuerpo masculino se movía muy cerca del suyo y no le importó lo más mínimo. Parece averiguar lo que estoy pensando—. Nerea, pero tú ¿en qué mundo has vivido durante todo este tiempo? —suspira, fuerte. Cierra los ojos y, a continuación, los abre, armándose de paciencia—. No, no soy gay. Soy hetero. Y no, no me importa follar al lado de otro hombre si no me toca si no es estrictamente necesario. Me gusta ver el placer que una mujer siente mientras nos la tiramos entre dos hombres, es como viajar a otra dimensión. —Lo sé, yo aún me encuentro muy lejos de aquí—. Lo de anoche no estuvo bien, fue espectacular y, si tú piensas lo mismo, no te arrepientas de ello. No le des más vueltas, follamos porque quisimos, para divertirnos y lo conseguimos. Haz siempre lo que te plazca sin excusarte ante nadie, ni ante ti misma. ¿Me explico? —Más o menos.

Y he aquí una de las tantas lecciones que estoy segura que me dará Pablo. Aunque sea ocho años más joven que yo, sabe latín, griego y hasta esperanto. En este preciso momento me doy cuenta. Pablo el sabio.

—Por cierto. Cristina me obliga a acompañarla al concierto de Ariana Grande. Según me ha dicho, a quién tengo que matar es a ti —conduce bajo un aguacero.

—No seas tan quejica. La música es música —bromeo—. Y tú seguro que sabes apreciarla de cualquier manera.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Los Reyes Magos solo dejaron dos entradas bajo el árbol —hago un mohín.

—Y estabas segura de que me invitaría a mí... —sonríe de medio lado y se detiene en un semáforo.

—No me gustan los días nublados —pienso en voz alta, mirando el cielo totalmente encapotado.

—¿No te gusta la lluvia? En Londres es lo normal, supongo que por eso me gusta tanto.

—Me da igual la lluvia, pero por la noche... las nubes no dejan ver las estrellas —respondo en un tono melancólico—. Da igual, es una tontería.

—Claro que no lo es —me agarra del mentón y me invita a que siga

hablando. Sus ojos se clavan en los míos y una sensación de equilibrio me recorre de pies a cabeza.

—Las estrellas... el universo en general, me transmite mucha paz. Me gusta observarlas, me hacen sentir bien... no sé... en casa. —Nos miramos intensamente durante unos segundos hasta que un coche pita y nos avisa de que la luz ha cambiado a verde.

Para en doble fila en la puerta de nuestro edificio sin apagar el motor. Debe irse ya si no quiere llegar tarde a una entrevista en directo para MTV España dentro de poco más de media hora. Le doy las gracias por traerme y me dispongo a abrir la puerta.

—¿No me das un beso antes de irte? —agarra mi muñeca y me arrima a él.

—¿Por qué debería hacerlo? —sonríó con sus labios pegados a los míos.

—Porque yo te lo pido —susurra.

—Creo que anoche te di demasiados.

—Nunca se dan demasiados besos. Es más, cuando se trata de los tuyos, siempre me quedo con ganas de más —los mueve de lado a lado—, de mucho más. —Une su boca a la mía y me B.E.S.A. Oooohhhh. Escucho una orquesta sinfónica tocar y un montón de pájaros sobre volar y cantar al son de un gran piano de cola. Me vuelvo idiota, lo sé. Meo virutas de confeti y cago arcoiris si de Pablo se trata.

La única forma que encuentro para no pensar demasiado en lo de anoche y convertirme en La Antorcha Humana es hacer limpieza a fondo en toda la casa y escuchar música al máximo volumen en mi iPod. Pablo me llama por la tarde para ir al cine, no obstante, rechazo la oferta, regodeándome en la firme convicción de que pasar casi todos los días con él no puede traer nada bueno. Visualizo una imagen de mí enamorándome de él como las locas y colándome en cada concierto en plan *groupie* descerebrada con una orden de alejamiento de quinientos metros.

Michelle me llama un par de veces esa semana para charlar e, incluso, me invita a que viaje a Chicago y visite la ciudad. Él me hará de guía. Ignoro la descabellada propuesta aunque insista en ella. Pablo me envía un mensaje el lunes en el que me informa que pasará unos días fuera de la ciudad, seguido de «Espero que me vigiles la casa». Le contesto con un simple «Ok» y nada más. No entiendo ni por qué me avisa de su ausencia. Quedo para comer con las chicas el viernes a mediodía. No nos vemos desde hace más de una semana. Carol ha estado doblando turnos en el hospital y Rocío grabando

escenas de una película en Salamanca. La primera se queja de que no puede aguantar más la situación y que necesita unas largas vacaciones sin marido y sin niños.

—¿Soy una mala persona por si quiera pensar en ello? —Carol achina los ojos y se masajea la frente.

—Claro que no, cariño —acaricio su brazo, consolándola.

—Esa es otra de las razones por las que nunca tendré hijos, te absorben por completo —opina Ro.

—Hoy no tengo fuerzas ni para llevarte la contraria —le contesta Carol.

—Tal vez te venga bien rebajar tu horario laboral —aconsejo a ciegas.

—Sabes que amo mi trabajo.

—Lo sé. Todo saldrá bien —la animo.

—¿Qué tal con Pablo? —cambia de tema evitando que sigamos atosigándola buscando soluciones muy pocos factibles para su caso.

Encojo los hombros e introduzco en mi boca un poco de comida. Mi plan se basa en masticar hasta que se le olvide y no tener que contestar. Cuando trago (diez segundos después) aún me mira.

—Bien. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Él viaja mucho y solo somos amigos.

—¿Habéis vuelto a fornicar? —pregunta Ro, a la vez que muerde un trozo de costilla con salsa barbacoa.

A mi mente vienen imágenes de hace exactamente una semana, la noche que tuve su cuerpo y el de Allan pegados al mío. Me atraganto con el agua y comienzo a toser. Cojo una servilleta de tela que me cubría el regazo y me limpio la boca.

—Perdonad, se me ha ido por otro lado —me disculpo—. No. No he sabido nada de él.

—¿No te ha llamado? Será cerdo...

—Si si. No es eso —la corto—. Hemos hablado, pero nada más. Y tú, ¿qué? ¿Cuándo será la inauguración del nuevo restaurante?

—Las obras van muy adelantadas, así que... —se le ilumina la cara y da un par de palmaditas—. Ya hay fecha de apertura. La inauguración será el tercer jueves del mes de febrero. Aun no tengo las invitaciones, pero daros por invitadísimas.

—Qué bien, nena. Me alegro —le doy un pequeño abrazo.

—Yo sí que me alegro. Si llega a alargarse más, mato a Carlo. Todo esto

lo tiene muy estresado. Me prometió que después se tomaría unas vacaciones.

—Os la merecéis los dos —apunta Carol.

Alargamos la comida hasta convertirla en merienda y me tomo un par de copas de vino que se me suben rápidamente a la cabeza. Al llegar a casa, a eso de las siete, se me ocurre llamar al piso de Pablo por si estuviera. Resoplo y aparto un mechón de pelo que ha caído sobre mi frente y no me deja ver con claridad. Un pequeño hormigueo en los brazos me indica que no estoy del todo sobria y me doy cuenta que bebo más de lo que acostumbraba desde que dejé a Sebastian. Puede que sea porque salgo algo más. No estoy segura. Un impresionante Pablo con camiseta negra con un dibujo de una calavera en el pecho y una endiablada sonrisa abre la puerta y se me caen las bragas. Míralas, arrastrándose solitas por el suelo y saltando hasta el bolsillo de sus pantalones desgastados.

Se cruza de brazos y apoya el hombro en el quicio de la puerta.

—Vaya, estaba pensando en ti... —comienza a hablar, pero lo corto lanzándome sobre él y comiéndole la boca. ¿Por qué lo hago? Porque me apetece y punto. Reacciona en décimas de segundo, rodeándome con sus brazos y cerrando la puerta detrás de nosotros. Me agarra del culo y le rodeo la cintura con las piernas. La falda se me levanta hasta la cintura y, sin parar de devorarnos, me lleva hasta el sofá, me tira de espaldas sobre él y Pablo lo hace sobre mí. Nuestros gemidos son ya tan fuertes que ni la canción *Californication* de Red Hot Chili Peppers que suena por los altavoces consigue acallarlos. Me lame el cuello, los pechos por encima de la camisa y yo le revuelvo el pelo a la vez que cojo aire e inspiro. Agarro su camiseta con prisas y, a tirones, me deshago de ella sacándola por la cabeza. Él tira de mi blusa hacia ambos lados y la abre, rompiendo los botones. Se abalanza sobre la fina tela de mi sujetador de encaje rojo que cubre mis ya erectos pezones y los muerde. Noto una de sus manos agarrar mis bragas, halar con fuerza y hacerla jirones. Yo trato de desabrocharle el pantalón, pero las manos se me enredan y tardo demasiado. Lo hace por mí, los baja y, de una fuerte estocada, me penetra. Grito de la impresión y Pablo jadea ronco a la vez que cierra los ojos. Comienza a entrar y salir, rápido, con ímpetu. Nuestros dientes chocan y mis manos se pierden entre sus tatuajes, su pelo y sus tonificados hombros. Apoya los codos junto a mi cabeza y sigue empujando enérgico dentro de mí. Sus ojos se clavan en los míos y, durante unos segundos, me pierdo en ellos. Una sensación de desasosiego me sube desde el estómago hasta la garganta y me deja sin respiración. La aparto,

concentrándome en el orgasmo que se forma y conecta todas mis terminaciones nerviosas y disfruto de los movimientos magistrales que el niño coordina a la perfección. Unos minutos de placer infinito y los dos culminamos el terrenal acto sexual llegando al más increíble éxtasis. Su cuerpo cae, sudoroso, sobre el mío y, mientras nuestras respiraciones tratan de acompasarse, le acaricio el pelo. Levanta la cabeza que tenía enterrada en mi hombro izquierdo, me mira y sonrío.

—Hola.

—Hola —contesto, avergonzada por el hecho de entrar y avasallarlo de esta manera.

Me da un corto beso en los labios y sale de mí. Los dos nos damos cuenta de que no hemos utilizado protección. Se sube la ropa interior, se abrocha los vaqueros y se pone la camiseta. Me levanto junto a él y trato de taparme con la falda y lo que queda de mi blusa.

—Lo siento. Yo... Nunca lo hago sin condón —se disculpa—. No sé en qué pensaba...

—También ha sido culpa mía —resoplo—. Escucha... Tomo la píldora... —«Joder, meteorito, mátame»—. Me preocupa más cualquier enfermedad de transmisión sexual.

—No no. No te preocupes. Estoy limpio. ¿Y tú?

Por un momento estoy a punto de preguntar «Y yo, ¿qué?», sin embargo, lo pienso fríamente y admito que él puede inquietarse tanto como yo. No tiene por qué saber que llevo acostándome con el mismo hombre casi toda mi vida y que, actualmente, solo lo hago con él. Bueno, y con Allan, pero solo una vez y con preservativo. Vaya lío en los que me meto desde que soy soltera (y descerebrada).

—Si, supongo que sí —intento abrocharme los botones de la camisa—. La has destrozado.

—Ha sido culpa tuya. Entrás aquí y me obligas —bromea.

—Oh, perdón —le sigo el juego—. Pues se te ha visto muy entregado.

Camina hasta mí y, con los brazos, me rodea la cintura. Yo le envuelvo con los míos el cuello.

—Supongo que esto significa que me has echado mucho de menos —susurra.

—Yo diría que has sido víctima de las dos copas de vino que me he tomado para merendar —me río.

—¿Soy el daño colateral de un poco de alcohol?

Asiento mientras dejo asomar una pequeña sonrisa bobalicona de mis labios.

—Estás convirtiéndote en toda una alcohólica —dice juguetón.

Le doy un golpe en el pecho y me remuevo.

—¿Sabes? Yo sí te he echado de menos —sigue, abrazándome más.

—Seguro —murmuro con desdén.

Sube las cejas enigmático.

—Por supuesto que sí. Ninguna de las chicas con las que me enrollé esta semana sabe tan bien como tú —afirma, muy serio.

Lo empujo hacia atrás y lo llamo «gilipollas». Sonríe de oreja a oreja y vuelve a agarrarme y atraerme hacia él.

—Eres imbécil —trato de apartarlo, entre risas, sin conseguirlo.

—Pero me has echado mucho de menos, reconócelo.

Ni muerta le digo que no puedo parar de pensar en él. Que por las noches su cuerpo duerme junto al mío y me despierto con sus besos cada mañana.

Viendo que no contesto, me da un beso en la nariz y me suelta.

—¿Qué te parece si vamos al cine?

—No tienes que invitarme a salir. Sé qué es esto —suelto por mi linda boquita y me quedo tan pancha.

—Ah ¿sí? —Levanta una ceja y se cruza de brazos—. ¿Y qué es?

¿Por qué no me calló?, pienso, atragantándome con mi propia saliva.

—Pues... sexo. Solo follamos —reproduzco la exacta definición que Rocío dio de esto.

—Follamos de puta madre... —repite, muy despacio y volviendo a pegarse a mí. Afianzo la definición de lo que hacemos con un enérgico movimiento afirmativo de cabeza, embelesada con su gesto perverso, asimilando el efecto que esa simple palabra, salida de su boca, causa en mi cuerpo. Me acaricia la mejilla y me turbo. De repente el ambiente se densa y los dos nos miramos con una infinita intensidad. Ambos nos damos cuenta de la energía que nos rodea, pero ninguno hace nada, hasta que él se aparta y coge la chaqueta.

—Es casi la hora de cenar. Comamos algo y vemos una peli —va hasta la puerta y la abre.

—Pablo —lo llamo—. No puedo ir por ahí sin bragas y con la camisa abierta —me señalo.

—Me gusta que no lleves bragas —sonríe, pongo los ojos en blanco y voy a mi casa a darme una ducha rápida y cambiarme de ropa.

WONDERWALL DE OASIS

La fuerza de Pablo, a veces, me deja exhausta. No para, puede follar durante horas y le sobran energías para proponer que juguemos un partido de fútbol. No ha sugerido esto concretamente, pero para mí viene a ser lo mismo. Después del ajetreado día, el almuerzo y la merienda con las chicas y el polvo rápido que hemos echado en el sofá, lo que me apetece, sin lugar a dudas, es dormir hasta mañana al mediodía; pero Pablo tiene otros planes que incluyen beber cerveza, comer montaditos y ver una película en el cine más cercano. Así que nos sentamos en un bar de tapas y casi caigo desfallecida sobre la silla. Él toma asiento a mi lado, me rodea los hombros con la mano derecha y me apoya la cabeza sobre su brazo.

—¿Mucho curro?

—Si me acaricias el cuello, me quedo dormida.

—Mmm, no me des ideas —roza con su nariz mi mejilla.

Sé que solo follamos cuando nos apetece, sin embargo, a veces, la intimidad con la que nos tratamos me deja descolocada.

Un considerable barullo a nuestro lado llama mi atención y miro hacia él. Parece que un grupo de chicos y chicas lo reconocen y se acercan a pedirle autógrafos y fotos. Pablo chasquea con la lengua antes de separarse de mí, levantarse y tratarlos con cortesía. Charla con ellos durante unos minutos mientras yo observo la escena preguntándome cómo no me había dado cuenta antes. Una joven le da un beso en la mejilla, lo abraza y le pinta sobre la piel con un rotulador negro lo que parece su número de teléfono a la vez que le susurra algo al oído. No lo escucho desde mi posición, sin embargo, me imagino un montón de proposiciones obscenas. Él sonríe y la observa desaparecer cuchicheando con una amiga.

De nuevo, toma asiento a mi lado y le da un trago a su cerveza.

—¿Siempre es así? —pregunto. Él me mira achinando los ojos—.

¿Siempre es tan fácil? Tú solo tienes que elegir la chica y ella se postra a tus pies.

—¿A dónde quieres llegar? —Suspira y frunce el ceño.

—A ningún sitio. Solo... pensaba —bebo también.

—¿Quieres salir el sábado que viene? —me agarra un mechón de pelo y lo recoge detrás de mi oreja.

—Aún no me hemos llegado a casa. Tal vez te hartes de mí esta noche —sonrío.

—Te lo pido como un favor personal. Es un evento. Nada formal. El cumpleaños de un productor musical en una discoteca. Mi manager dice que no debo ir solo y no quiero pedírselo a ninguna chica. La última vez, mi acompañante me tiró un vaso de Martini delante de un montón de fotografías.

—Apuesto que te lo merecías. Y... no sé cómo tomarme tu proposición. ¿Yo no soy una chica?

—Sé a ciencia cierta que sí lo eres —mete una mano por debajo del vuelo de mi vestido y noto el calor de su piel entre mis muslos. Lo paro agarrándolo con fuerza y le pregunto si está loco. Él sigue acariciándome, haciendo espirales con los dedos.

—Puede vernos cualquiera —vigilo nuestro alrededor para comprobar si alguien nos mira.

—Tú no eres una chica. Eres La Chica —susurra, calentando con su respiración mi oreja.

Gimo.

—Pablo.

—¿Qué? —besuquea el arco de mi cuello.

—Para.

—Si me acompañas el sábado —me mira y me reta.

—Vale —le retiro la mano—. Y prometo no tirarte ninguna copa —arqueo una ceja.

—Genial —besa mis labios, rápido—. Seguiremos luego.

Nos peleamos en la cola del cine. Acaba de pagar la cena, por nada del mundo lo dejo también pagar las entradas para ver la peli. Hablar con él me recuerda las discusiones con Cristina. Casi nunca sirven de nada.

Me desespera, resoplo y le doy la espalda. Mi hermana normalmente me agarra del pelo y tira de él; Pablo me abraza por detrás, gira la cabeza hacia delante y me besa la mejilla.

—Está bien. Tú ganas.

No le contesto. Espero que una pareja se haga a un lado y camino hasta llegar a la ventanilla. Intento abrir el bolso, pero con el abrazo de Pablo no consigo llegar hasta él. Me remuevo, le pido que me suelte y lo hace a regañadientes. La cajera lo mira embobada y ni me escucha. Le vuelvo a indicar las dos entradas que necesito y sigue observando a Pablo sin mover un dedo.

—Perdona. Dos para la sala siete —repito.

—Si —las pone sobre la barra—. Doce con cincuenta. —Las cojo y caminamos por la moqueta azul buscando dónde proyectarán el film.

La sala nos recibe desierta, solo acompañados por un grupo de cuatro chicas más abajo a la izquierda y una pareja más arriba a la derecha. Nos acomodamos en una de las filas de en medio.

—Espero que no me mates del aburrimiento con la película —deja la chaqueta en el asiento de al lado.

—La idea ha sido tuya —coloco las palomitas y me como una.

—Ni siquiera me has preguntado por la cartelera. Seguro que lloraré con una peli romántica —bromea.

Lo miro, sonrío y niego con la cabeza.

—¿Qué? —levanta el mentón.

—Nada.

—Conozco esa cara. Estás deseando picarme.

—He escuchado tus canciones —me sincero—. Son pura poesía. No me hagas creer que no eres un romántico.

Me mira y, durante unos segundos, no dice nada. La película comienza y gira la cabeza hacia la pantalla.

—Cállate. Vamos a molestar a alguien —sonríe de oreja a oreja.

Pasamos la mayor parte del tiempo metiéndonos mano y besándonos. Cuando termina la proyección y encienden las luces estamos tan calientes que, si nos acercaran una cerilla, prendería sin hacer fricción. Bajamos las escaleras de la sala agarrados de la mano y aprovechamos la soledad del aparcamiento para besarnos como dos locos en todas las columnas que nos encontramos. Llegamos al coche y Pablo desactiva el seguro con la llave automática y abre la puerta trasera, indicándome con un gesto de cabeza que entre detrás. Le digo que está loco, pero lo hago. Él cierra la puerta y se abalanza sobre mí. Pego la espalda al cristal y lo agarro de los pelos. Le repito que estamos locos y que no podemos follar en un sitio público.

—Tú tienes la culpa, que me miras con lascivia —me muerde el labio.

—¿Yo? Pero si ni siquiera quería venir —le quito la chaqueta y él se deshace de la mía.

—Lo que no querías era ver la peli. Solo pensabas en meterme mano — agarra mi camisa roja por abajo, la saca por mi cabeza y la tira al asiento delantero. Se queda mirando mis pechos—. Me encantan tus tetas —se acerca a ellas y las lame a la vez que agarra mi tanga y lo saca por mis piernas. Yo le desabrocho el pantalón y le acaricio la verga un par de veces antes de que me la meta. Dos jadeos, mío y suyo, retumban en el escaso metro cuadrado cuando la introduce con ímpetu. Los cristales están tintados y nadie podría vernos de todas formas, no obstante, todos se han enturbiado de vaho.

—Creo que nunca más utilizaré condón contigo —susurra junto a mi oído.

—Eso lo discutiremos luego. —Entra con fuerza y grito.

—Sentirte así... es como... hacer música —Sale y vuelve a entrar.

Lo empujo hacia atrás, lo obligo a sentarse y yo lo hago a horcajadas sobre él. No paramos de besarnos, los labios hinchados del roce y las lenguas buscándose la una a la otra. Subo y bajo con movimientos secos. Él me agarra de las caderas y las aprieta.

—Loco... me vuelves loco, ¡joder!

Subo y bajo sobre su miembro cada vez más rápido. Nuestros gemidos se mezclan con el calor y condensan todas las sensaciones hasta dejarlas caer sobre las alfombras. Subo y bajo. Subo y bajo. Me muerde. Lo muerdo. Me lame el pecho. Muerdo su cuello. Nuestras bocas se vuelven a encontrar y... explotamos en dos colosales orgasmos. Su semen se mezcla con mis fluidos y cierro los ojos dejándome llevar.

Apoyo mi frente sobre la suya y él me da varios besos sobre los labios.

—¿Acabamos de follar en tu coche? —pregunto con su pene todavía dentro.

—Creo que aún lo estamos haciendo —se remueve y gimo.

—Eres una muy mala influencia para mí —apoyo las manos en sus hombros y me impulso hacia arriba.

—Arrgg. Vas a matarme —se queja agarrándose el miembro y guardándolo dentro del slip.

—¿Dónde están mis bragas? —las busco en el asiento del copiloto, me agacho a cogerlas y me muerde el culo.

—¡Ah! Eres un bruto —le doy un codazo, me siento y me las pongo. Él se abrocha los pantalones.

Sale del coche y entra, acomodándose detrás del volante. Yo salto por los

sillones y me siento al lado (creo que hace años que no hago esto). Arranca el motor y enciendo la radio.

—¿Duermes en mi casa esta noche? —sale del aparcamiento con rapidez.

—Por supuesto que no. —Pulso el botón que se conecta con el bluetooth de mi teléfono y *Wonderwall* de Oasis suena a todo volumen por los altavoces.

Me despierta el insistente sonido del timbre de la puerta. Me remuevo entre las sábanas y topo con un cuerpo duro y tonificado. Miro hacia él y me encuentro a Pablo desnudo, boca arriba, con todo el pecho tatuado y respirando con tranquilidad. En su cama, para más señas. Antes de que digáis nada y hagáis alusión a la poca o ausente fiabilidad de mi palabra, diré que dormir lo que se dice dormir, no hemos dormido nada. Técnicamente hemos estado follando toda la noche hasta caer desfallecidos y exhaustos sobre el colchón. Así que absténganse los presentes de replicar, bastante tengo con el dolor punzante que acucia cada rincón de mi cuerpo y las marcas de sus dedos en mi piel.

—Pablo, Pablo —lo empujo—. Despierta.

—Mmm —se lamenta.

—Están llamando a la puerta.

Me agarra de la cintura, me sube sobre su cuerpo y lo cubre con el mío. Ni siquiera ha abierto los ojos y ya le apetece volver a follar.

—Ya se cansarán —me muerde el cuello.

El timbre no deja de sonar.

—Puede ser importante —lo empujo y bajo de la cama.

Suelta un exabrupto, se levanta, se pone los vaqueros (sin ropa interior) que la noche anterior tiramos a un rincón y me pide que lo espere en la habitación. Me visto y abro unos centímetros la puerta. Una voz conocida me pone en alerta. Cierro los ojos y frunzo el ceño. Mierda. Esto no puede terminar bien.

—¿Por eso has tardado en abrir? Pero si tienes el pelo seco... Es otra cosa... —replica mi hermana—. ¡Hay una zorra en tu cama! —Vaya manía que tiene la gente de llamarme zorra.

—Pétalo —lo oigo suspirar—. No la llames así, no es ninguna zorra. Espérame abajo mientras me doy una ducha rápida y saluda a Paula, yo no tardo.

—¿Cómo? ¿La defiendes y me echas? ¿Qué está pasando?

—No pasa nada.

—¿Está aquí Brittany? —pregunta con un tono demasiado alto y asombrado.

¿Quién es esa Brittany?

—No.

—¿Entonces?... —Silencio—. Quiero conocerla.

—¿A quién? —pregunta Pablo, exasperado.

—A esa chica. Si es alguien especial, quiero saber quién es.

—No es nadie especial y... No quiero inmiscuirte en mis historias —silencio—. Anda. Vete que ahora bajo.

Escucho a Cristina gritarle que no tarde y la puerta cerrarse. Unos segundos después, Pablo entra en la habitación y me pide disculpas. Por un momento creo que lo hace refiriéndose a lo que ha dicho: que no soy especial. Al preguntarle «Por qué», salgo de dudas y me hundo en el propio mar de cuento que yo misma he creado.

—Por la interrupción. —Su respuesta me deja fría y me cabrea al mismo tiempo.

—Tengo que irme —cojo el bolso y salgo del dormitorio. Él camina detrás de mí.

—No tienes que irte tan rápido.

Intento tomar aire con tranquilidad y no mandarlo a comer mierda, pero fracaso estrepitosamente y me vuelvo con el fuego de la ira iluminando mis pupilas.

—Ah, ¿no? —Cierro los ojos y cuento hasta tres. Bueno, lo intento, después del uno, le grito lo siguiente a la cara— ¿Echamos uno rapidito antes de que te vayas? —levanto demasiado el tono de voz y lo dejo estupefacto.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —pone los brazos en jarra.

—¡Nada! ¿Qué? ¿Lo echamos o no? Venga, no tengo todo el día —escupo a pocos centímetros de su cara—. O... no importa. A lo mejor te encuentras esta tarde con otra cualquiera y te la follas en los aparcamientos de un centro comercial.

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque es así! —me vuelvo y camino hasta la puerta. Él me para agarrándome de una mano y poniéndome frente a él.

—Nerea. ¿Qué ha pasado? —pregunta con su cara muy cerca de la mía y totalmente desconcertado. Respiro hondo, trato de tranquilizarme y razonar. No tenemos nada. No tengo por qué ponerme así, pero permitidme que me

duela escuchar de su boca que no soy especial, sobre todo porque... él sí lo es para mí.

Ya. Lo he dicho.

—Joder, soy imbécil —tiro y me suelto—. Yo... lo siento. Olvídalo — abro la puerta y salgo.

—Nerea, no te vayas.

Cierro con un portazo y me desprendo del aire que contenía y oprimía mis pulmones. Me parece escuchar «Te llamo luego». Pero ni lo pienso. Me encierro en mi casa, me tiro sobre la cama y me tapo la cabeza con la almohada.

Nerea, ¿qué estás haciendo?

Duermo casi todo el día. O lo intento. Pongo el móvil en silencio después de ignorar dos llamadas de Pablo, una de Michelle y tres de Sebastian. Este último me escribe un mensaje preguntándome cómo estoy, sin embargo, ni le contesto, no me da la cabeza para nada más. La mantengo entretenida durante toda la tarde dándole vueltas al hecho de que «no soy nadie especial». En realidad, hasta el momento en que lo dijo nunca pensé que lo fuera, ni se me ocurrió especular con la posibilidad; pero ahora... ahora me molesta convertirme en una muesca más del cabecero de su cama y me cabrea en demasía porque también ha servido para darme cuenta de que él para mí no es un tío más. Llamo al servicio de emergencias, (no, no me refiero al 112), sino más bien a Rocío, esa amiga que te dice las cosas tal y como las piensa y muy poquitas veces se guarda algo en la chistera. Me explica (otra vez) que follar con alguien no me convierte en su esposa y que tanto él como yo podemos quedar y acostarnos con quien nos plazca. Esto lo sé, como cualquier hijo de vecino, pero, de vez en cuando, necesito que me lo recuerden. Cuelgo el teléfono decidida a ir a su casa y pedirle perdón, pero caigo en la cuenta que hacer esto implicaría admitir que algo me ocurría y no se me sobreviene ninguna explicación plausible en la que pueda obviar el hecho de lo que realmente me pasaba: estaba jodida y muerta de celos. Así que decido quedarme en casa y no seguir metiendo la pata. Hibernaré hasta el lunes y, con el comienzo de semana, todo mejorará.

El lunes llega cargado de reuniones, citas con nuevos clientes y un montón de correos electrónicos sin contestar. Mía me sirve café, un trozo de tarta que ha traído de casa (sobras de una merienda truncada por una discusión

bastante infantil) y un par de revistas en las que la empresa sale recomendada y en cuyos artículos nos dejan en muy buen lugar. La mañana mejora minuto a minuto, hasta que veo a Joel entrar con cara de estreñido sin apartar la pantalla del móvil y el pelo rosa. Esto es literal. ¿Cuándo se ha cambiado el color de pelo? Se sienta en una de las sillas, se pone el teléfono en el pecho y me mira como si estuvieran a punto de ahorcarme o enviarme a la silla eléctrica.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —retiro las manos del teclado y estiro la espalda hacia atrás, poniendo espacio entre la lindeza que puede soltar por esa boca de serpiente y yo.

—Ay, *amore*, no sé cómo decirte esto —lloriquea.

—¿Qué? ¿Algún problema con alguna cuenta? ¿Un cliente insatisfecho?

—No, no es eso —se toca el flequillo.

—¿Entonces? Me estás poniendo muy nerviosa.

—Ay, ay, *queen*. Verás... ¿Sigues viéndote con el roquero cañón?

—Alguna vez, ¿por qué? ¿Le ha ocurrido algo? —me levanto de la silla, asustada. Ahora sí que la preocupación se ha elevado al máximo nivel.

—No no no. Nada de eso —suspira, cierra los ojos, hace una mueca con la boca, los abre y me mira—. Lo han pillado este fin de semana trincándose a una tía en unos aparcamientos. Mira, hay fotos subidas a Instagram y algunos medios se han hecho eco de la noticia —me planta delante de los morros la pantalla del móvil, pero yo no veo nada.

Un calor inexplicable me sube desde la barriga hasta las mejillas, comienzo a sentir hormigueo en las extremidades y un montón de luciérnagas vuelan delante de mis ojos. Tomo asiento antes de caer desmayada al suelo de mi oficina y romperme los dientes, y me tapo la cara con las manos deseando desaparecer o convertirme en otra persona.

—Diva, no te pongas así. No debería habértelo dicho —se acerca, preocupado, se agacha ante mí y me acaricia el pelo—. Venga, no pasa nada. No sabía que te lo íbas a tomar tan mal.

Lo miro, achino los ojos y resoplo. «Pero, ¿qué he hecho». Joel llega a sus propias conclusiones y comienza a gritar como si el duende de Boris Izaguirre en sus tiempos de Crónicas Marcianas se hubiera apoderado de él.

—¡Te gusta! —Abre mucho la boca—. ¡Te gusta mucho! ¡Te has enamorado de él! No no no, no puede ser. Es Pablo Aragón, tiene veintisiete años y canta en una banda de rock. ¿Estás *crazy*?

—Joel —intento pararle la perorata.

—¡Totalmente loca! Te has depilado demasiado los pelos del chichi y eso afecta a las neuronas —sigue. Frunzo el ceño, tratando de darle sentido a lo que ha dicho—. Hay que dejarse el bigotito porque si no, pasa lo que pasa...

—Joel, no seas *drama queen*—lo corto.

—¡Virgencita de los Ángeles! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¡Joel! —grito y me levanto, poniéndome frente a él. Me mira y se calla—. Que esté con otra no es lo que me preocupa. No estoy enamorada de él, ni mucho menos. Es... Es... —me acaricio la sien, respiro hondo y lo suelto—. Esa chica soy yo. Yo soy la que estaba con él dentro del coche.

Abre tanto los ojos y la boca que me recuerda a Bob Esponja el día que le dijeron que se acabaron las hamburguesas.

—¿Qué? —grita como un grillo al que acaban de pisar.

—Salimos a cenar, vimos una peli y...

—Y te lo follaste en el asiento de atrás de un... —mira la foto— Audi gris con los cristales tintados.

Le quito el móvil y me aseguro que no se me ve. En realidad no se aprecia mucho. Solo dos siluetas negras muy acarameladas detrás del cristal.

—¡Joder! ¿Hay más fotos? —comienzo a sudar.

—No sé, las podemos buscar.

—¡Pues busca! —le pido, con un tono de voz demasiado alto. Levanto el teléfono y él me lo quita de las manos.

Murmuro exabruptos mientras mi ayudante rastrea cuentas y *hashtags*. La culpa es de ese niño que me hace perder la cabeza cada vez que anda cerca.

—Nerea... —se me congela la sangre en las venas cuando escucho mi nombre salir de la boca de Joel. No recuerdo que me haya llamado así nunca. Lo miro con cautela y me enseña una foto. Aparezco de espaldas, abrazada al cuello de Pablo y las manos de este rodeando mi cintura. Besándonos, claro. No se me ve la cara, muy poca gente lograría reconocerme en la imagen.

—¿Hay alguna más?

—En ninguna se distingue con quién está. En los comentarios se preguntan quién es la afortunada chica.

Me siento en la silla, apoyo los codos en la mesa y aguanto la cabeza con las manos.

—Podría ser peor, *amore*. Nadie sabe que eres tú la de las fotos. Solo los que te conocemos te podríamos reconocer.

Eso me recuerda que...

Mía llama a la puerta, entra y, con cara de circunstancia, me dice que mi

marido espera fuera.

—Le he dicho que estás reunida. He tratado de disuadirlo y que se vaya, parece alterado. Pero quiere hablar contigo.

Me imagino sobre qué.

PILLADA. O NO

A veces, si no la mayoría de ellas, hacemos las cosas sin pensar. Es más fácil centrarse en el «aquí y ahora» que ponerse a desglosar las consecuencias de nuestros actos en el futuro. Mi madre siempre me ha acusado de impulsiva y quizás en mi juventud fuese así, ahora me defino más como una mujer espontánea que actúa sin dejarse influir por miedos o inhibiciones. Quiero decir que mido mi reacción, no actúo sin ton ni son y sin cuidar lo que hago. O debería decir que esta regla funciona siempre y cuando no se trate de Pablo. Con él pierdo la cabeza y todas y cada una de mis neuronas salen a dar un paseo astral. Nunca se me ocurrió que alguien podría hacernos fotos en los aparcamientos de un centro comercial, claro que debería haber tenido en cuenta que me acuesto con Pablo Aragón, el cantante de una banda de rock muy conocida; y no con mi vecino Pablo, ese niño que me incordiaba cada tarde con un balón.

Joel se despide de mí dándome ánimos y le pido a Mía que haga entrar a Sebastian. De repente la estancia se me hace demasiado pequeña y noto que no llega aire suficiente a mis pulmones. Abro una ventana y respiro hondo.

—¿Desde cuándo tengo que pedir audiencia para verte? —No sabría decir el tono que utiliza, parece enfadado, sin embargo, yo diría que trata de esconder mucha pena y decepción.

Cojo fuerzas y me giro hacia él.

—Estaba reunida. Buenos días para ti también —respondo cortante, clavando mi mirada en la suya—. ¿A qué has venido? —trato de llegar al fondo de la cuestión con rapidez. Mientras antes me eche en cara las fotos de la otra noche, antes se irá y podré sentirme mal sin que él me vea.

—Mierda, yo... Sé que no tengo derecho... —noto que sus hombros se destensan y su semblante se relaja—. Anoche les conté a mis padres nuestra situación y mi madre se puso muy nerviosa. Pretende llamarte y hablar

contigo. Solo quería avisarte y pedirte que le cogieras el teléfono. Dile lo que quieras, pero tranquilízala. Tal vez tú puedas hacer que se relaje.

—Sebas, no tengo por qué hablar de mi vida privada con tu madre. Ya es demasiado duro.

—Dile que solo es un bache, que lo arreglaremos —camina hasta mí y me coge una mano.

—Acabas de decirme que le diga lo que quiera... Y no puedo decirle eso —reconozco que me agrada el tacto de su piel. Es como llegar a casa después de un largo viaje truncado por el mal tiempo y cuarenta y ocho horas sentada en el suelo de un aeropuerto, sin muda limpia, sin agua y sin comida.

—¿Por qué?

—Porque no es verdad —recapacito y me suelto. Doy un paso hacia atrás y veo (a él y a la situación) con más perspectiva.

—¿Qué quieres decir?

—No pienso mentirle a nadie y mucho menos a tu madre.

Un silencio muy pesado nos rodea.

—Tú... ¿estás con alguien? —comprime el semblante al barajar la posibilidad.

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que no —manifiesto, demasiado rápido y con demasiado énfasis. Parece que se relaja.

—Entonces... ¿no quieres que lo solucionemos?

—Nada me gustaría más que todo volviera a ser como antes, pero ninguno de los dos sabe qué va a pasar... ¿Puedes tú decirme si esto tiene arreglo?

—Claro que lo tiene. Solo tenemos que buscarlo —me agarra de los hombros y los acaricia con ternura—. Me niego a pensar que nuestra vida juntos termina aquí. Eres mi mujer, mi familia —susurra, afligido. Lo último que dice me llega al corazón y trato de no llorar. Lleva razón, las últimas diez navidades las he pasado junto a él. Los últimos diez días de los enamorados me he levantado a su lado. Los últimos diez años ha sido él quien me ha calmado cuando lo he necesitado. Una lágrima rueda por mi mejilla y él la limpia con el dedo pulgar.

—¿Y si no lo encontramos? Y si...

—Nerea —me acaricia el cuello—. Yo estoy tan perdido como tú. Hay días que agradezco la soledad y otros... otros te echo tanto de menos que tengo que contar hasta mil para no ir a buscarte.

Lo abrazo y entierro la cara en su pecho.

—¿Qué estamos haciendo? —la voz me sale rasgada y dolorida.

—No tengo ni idea, pero todo saldrá bien. Ya lo verás —me besa la cabeza y la acaricia con cariño—. Buscaremos una solución.

La línea que traza nuestra separación es tan fina y delgada que muchas veces se desdibuja, otras, incluso, desaparece. Los dos sabemos que está ahí, pero, o no la vemos, o la ignoramos cuando nos da la gana. Este momento es uno de ellos, de esos en los que no sabes si salir corriendo, alejarte y poner distancia, o quedarte y agarrarte con fuerza a lo que conoces y te transmite serenidad.

—Necesito espacio —lo miro y me separo—. Necesito alejarme de ti y ver las cosas con perspectiva. Estoy... confundida —respiro. Él me mira serio. Sopesando mis palabras—. No puedo pensar si te tengo cerca.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me llames, no me pidas favores... No me necesites.

Suspira y parpadea despacio.

—¿Es eso lo que realmente quieres?

—Últimamente no pienso demasiado. Sobrevivo al día a día, pero tengo clara una cosa: quiero hacer las cosas bien. Me fui de casa porque quise y tú no me detuviste porque sabías que era lo mejor. Los dos necesitábamos alejarnos y aún lo necesitamos. Veamos qué ocurre...

—Está bien. Llevas razón... —sonríe triste.

—¿Sabes que desde que nos separamos nos comunicamos más que cuando estábamos juntos? —intento que el final de la conversación no nos deje un mal sabor de boca, pero consigo totalmente lo contrario.

—Te abandoné, ¿verdad?

—No es eso, Sebastian. Los dos antepusimos nuestras carreras y dimos por hecho que el otro siempre estaría ahí.

Es curioso cómo las personas dejamos de prestar importancia a las cosas que damos por sentado. Nos acostumbramos a una realidad, esa que nos rodea, que nos parece nuestra y que nunca va a cambiar; y solo cuando lo hace, nos damos cuenta de que nada nos pertenece y que lo que hemos perdido es más valioso de lo que creíamos. Y tal vez lo que se fue no vuelva, o lo que se marchitó no florezca nunca más. Cerciorarnos de que no somos dueños de nada y de nadie puede ayudarnos a ver lo que nos rodea con más claridad y a valorarlo de verdad. No obstante... cabe la posibilidad de que cuando eso ocurra, quizás sea demasiado tarde. De cualquier forma, hay que ser valiente y arriesgarse.

Entro en mi piso con una sensación de cansancio muy grande, tanto que

paso de llamar al timbre de Pablo y contarle mi cabreo y frustración por la pillada en los aparcamientos del centro comercial. Me quito los zapatos, la ropa y lleno la bañera hasta rozar el límite. Echo sales de baño que dejan el agua azul y enciendo unas velas. Justo antes de meterme y disfrutar de un merecido descanso basado en remojar me hasta que la piel se arrugue, llaman a la puerta (no al portero) y voy a abrir, sabiendo a quien me voy a encontrar. Sin embargo, es otra persona la que me saluda con una sonrisa.

—Hola, hermanita —levanta un pack de latas de cerveza—. He pensado que podíamos cenar algo y celebrar que... estamos vivas.

Me cruzo de brazos y la miro, inquisitiva.

—¿Qué haces aquí un lunes por la noche?

—¿Los lunes no puedo venir a verte? —entra y cierro la puerta.

—No me has avisado, ¿y si no estuviera?

—He quedado con Pablo —reconoce. Mete las cervezas en el frigorífico, coge una de las dos que yo tengo ya frías y la abre—, pero se está retrasando —le da un trago.

Eso tiene más sentido.

—Supongo que no te importa que lo espere aquí —ironiza—. Podemos cenar algo mientras.

—Estaba a punto de darme un baño relajante. Había preparado... —lo pienso. Una hermana es una hermana por muy pesada que sea—. ¿Sabes qué? Pide comida a domicilio mientras. Voy a cambiarme.

Entro en el aseo y casi me dan ganas de llorar al ver las velas, el olor a flores y a frutas de las sales y el vapor del agua calentita. Vaticinaba un gran momento de relax y encuentro conmigo misma... Qué pena, otra vez será. Opto por una ducha rápida y me meto en la bañera mientras dejo ir el agua por el desagüe. Me da tiempo a aprovechar unos minutos del spa improvisado y algo de la fragancia se queda impregnada en mi piel. Me pongo un pijama beige de pantalón y blusa y salgo al salón donde me espera Cristina sobando sobre el sofá.

—Cris —agito su hombro.

—Mmm —refunfuña.

—¿Qué haces dormida? ¿Aún no han traído la cena? —le quito los pies y tomo asiento.

—La trae Pablo, le cogía de camino —se refriega los ojos y estira los brazos.

—¿Cómo puedes quedarte dormida en diez minutos? —cojo el mando a

distancia, apago la tele y la miro.

Se encoge de hombros.

—Has estado dentro... —mira su reloj— más de media hora. —Coge el móvil que comienza a sonar y lo descuelga.

—Estoy en casa de mi hermana —...—. Pues no sé. No he escuchado nada. Ne, ¿tú has escuchado el timbre de la puerta? —Niego con la cabeza—. No sé. Nerea estaba en la ducha y yo me he quedado dormida —...—. Vale. Ahora vamos —deja el móvil sobre la mesa y se levanta—. Pablo está en su casa esperándonos. Cenamos allí.

—Ve, tú. Yo prefiero quedarme. Comeré cualquier cosa.

—¿Estás tonta? ¿Por qué? Le he encargado comida para los tres. Venga, va. No seas rara. Sociabiliza con tu vecino. Hazte amiga de él, es importante para mí.

Las palabras de Cristina me hacen sentir mal. ¿Debería decirle que sí que lo conozco y mejor de lo que debería? Probablemente no. Lo nuestro (si es que hay algo) pasará en seguida a la historia y, mientras menos gente lo sepa, mejor. Cabe la posibilidad de que vea las fotos de Instagram y me reconozca, pero mi hermana no atiende mucho sus redes sociales, así que prefiero callarme y arriesgarme.

—Vale, pero solo un rato. Que mañana tengo mucho trabajo.

Pablo nos abre con una sonrisa en los labios y el pelo revuelto. Lleva unos vaqueros muy gastados y rotos, un jersey de lana de cuello alto verde botella y sus botas negras de cordones.

—Y aquí llegan mis chicas preferidas —apoya el hombro en la puerta abierta y nos deja entrar—. Pasad, he encendido la chimenea —nos informa, pero me guiña un ojo a mí.

—Míralo. Si no necesita que le ayuden —apunta Cris, al ver la mesa preparada—. Este hombre lo tiene todo. Si no me dieras tanta grima, me enamoraría de ti —bromea, mientras se sienta en una de las sillas.

—¿Qué queréis beber? —pregunta junto a mí, de pie.

—Una cerveza —pide mi hermana.

—Agua, pero... te ayudo a traer lo que falta.

Entro en la cocina detrás de él. Abre el frigorífico, coge las bebidas y las deja sobre la isla. Observo los cuencos de la comida justo al lado y me acerco a cogerlos y llevarlos al salón, pero Pablo aprovecha mi cercanía para agarrarme de la cintura, atraerme hacia él y estampar sus labios contra los

míos y besarme con ganas. En un primer momento me tenso, después... después pierdo la cordura (como cada vez que ando cerca de él), me agarro a su cuello y le respondo con excitación. Nos separamos unos segundos más tarde.

—Estaba deseando hacerlo —roza con su nariz mi cuello.

—Acabo de llegar —me estremezco con su tacto.

—No puedo pensar en otra cosa —vuelve a besarme.

—Cristina nos va a pillar —trato de apartarme (esto es mentira) y me quejo (esto es verdad, pero con la boca pequeñita).

—Me da igual —sigue apoderándose de mi boca.

Recuerdo que Cristina no es la única que nos va a pillar un día de estos y que debería hablar del tema con él (sin alterarme, por supuesto).

—Pablo... —toda la piel se me eriza al notar que me muerde una oreja—. Tengo que decirte algo... —Me pellizca el culo y doy un pequeño grito.

—Sshhh... —me mira y sonrío sádico—. Vas a conseguir que Cristina nos descubra —se aparta y coge las cervezas y el agua como si hace un segundo no hubiera estado poniéndome cachonda perdida.

—¡Tendrás cara! —abro la boca, indignada. Cojo los platos de comida y lo sigo hasta la mesa del comedor.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Cris mete un dedo en una especie de salsa.

—Nerea ha estado calentándolo todo, la comida estaba fría. —Entona cada palabra de tal forma que no se me pasa desapercibida la doble intención.

—Yo juraría que estaba caliente antes de que llegáramos —trato de devolvérsela, pero ya advertí que no tengo ingenio ninguno. Si estuviera aquí Rocío le soltaría una fresca y se quedaría tan pancha.

Me siento frente a Cristina y Pablo lo hace a nuestro lado, en medio de las dos, presidiendo la mesa. Al principio no tengo ni hambre, solo me imagino a Pablo desnudo, junto a la chimenea y encima de mí. O a mi hermanita dándose cuenta de que hay algo entre los dos (follamos donde nos pille) y poniendo el grito en el cielo a la vez que nos corta el cuello con el cuchillo del jamón. Por fortuna, la conversación se centra en ella y su nuevo novio, Lucas, del que parece que está completamente enamorada. Pablo no dice nada, sin embargo, sé de buena tinta que no le hace mucha gracia. Bueno, a mí también me preocupa que le puedan hacer daño, pero le tiene que gustar a ella, ¿no? Así que no pienso inmiscuirme en el asunto a no ser que vea algo raro por parte de él. Si esto ocurriera, sería yo la que utilizaría el cuchillo

jamonero para ir y cortarle los huevos. Nos cuenta que esta semana ha conocido a sus padres y que todo salió mucho mejor de lo que ella esperaba. Cenaron en el restaurante familiar y la trataron con mucha ternura y educación. Por lo visto son un amor. Le digo que me parece demasiado pronto para conocer a su familia y que debería esperar un poco para ver cómo va la cosa.

—Es el hombre de mi vida —me corta, sin enfadarse.

—Cris, no puedes saberlo. Lo conoces solo desde hace un mes.

—¿Cuánto tiempo tardaste tú en enamorarte de Sebastian? —la pregunta me incomoda. Pablo no hace ni dice nada, sigue comiendo como si tal cosa.

—Eso es diferente...

—¿Por qué?

—Éramos muy jóvenes.

—Solo tenías tres años menos que yo ahora.

Lo pienso y me escondo detrás de mi vaso de agua.

—Está bien, a mí también me gustaría conocerlo mejor. Tráelo un día a casa —claudico.

—¿Y tú no dices nada? —se gira hacia Pablo que intenta no inmiscuirse en la conversación, ya le llovieron palos la última vez que opinó sobre el tal Lucas.

—A mí también me gustaría conocerlo —contesta demasiado serio.

—Tú lo que quieres es asustarlo y que salga corriendo —lo increpa. Su amigo pasa de ella y sigue comiendo. Un millón de ángeles pasan por nuestras cabezas dejando un silencio sepulcral—. A ver. Sois dos de las personas más importantes de mi vida —cambia el tono a uno mucho más solemne—, necesito vuestro apoyo en este tema. Lucas me gusta mucho y yo a él también, estoy segura; y os pediría que le dierais una oportunidad. Desde el primer momento en que lo visteis le hicisteis la cruz. ¿Se puede saber qué os pasa? No os ha hecho nada.

—Llevas razón. Cuenta con mi apoyo —le sonrío, amable.

Las dos miramos hacia Pablo que sigue sin decir nada.

—Con el mío también —suelta, después de unos segundos, juraría que no muy convencido.

—Gracias —respira tranquila.

Terminamos de cenar y entre los tres recogemos la mesa y metemos los platos en el lavavajillas. Mi hermana se queja mientras guarda el mantel en un cajón y casi le impone a Pablo que contrate a alguien que haga las tareas

del hogar.

—O vete a vivir al chalet de La Finca y nos invitas allí. Nosotras podemos tener mucho glamour —se sienta, de un salto, sobre la encimera.

—Sabes que no me gusta. Siempre hay demasiada gente —coge de un mueble una botella de agua nueva y la mete en el frigorífico.

—Dame otra cerveza —le pide.

—Lo siento, no quedan. Se me olvidó meterlas para que se enfriaran.

—Pufff —resopla y, con un brinco, se pone de pie sobre el suelo—. Ne, dame las llaves y voy a tu casa a coger las que traje.

Las saco del bolsillo de la sudadera roja con cremallera que me puse sobre el pijama y se las tiro.

—Ten cuidado, no la vayas a dejar dentro y me quedo en la calle —le grito al ver que va ya saliendo por la puerta.

—No te quedarías en la calle, te quedarías conmigo —Pablo me mira y se ríe—. Podrías dejar aquí unas.

—¿Unas qué? —pregunto con voz aguda.

Se acerca a mí, me abraza y sonrío.

—Unas llaves. Pero no te asustes. Tal vez algún día pierdas las tuyas, o te las dejes en la oficina, o... la casa sale ardiendo y tú estás demasiado lejos. —No digo nada. Solo lo miro tratando de descifrar lo que dice—. Tranquilízate, no pienso utilizarlas para entrar en tu casa sin tu permiso, meterme en tu cama de madrugada, desnudarte y follarte hasta el amanecer —susurra esto último muy cerca de mi boca y de pronto no me parece tan mala idea. A punto estoy de tallarla a mano aquí y ahora. Me da un corto beso sobre los labios—. Me cuesta mucho mantenerme alejado de ti —adorna de besos mi barbilla.

—Pablo, nos hicieron unas fotos en el centro comercial y están por todos lados.

—¿Y? —sigue a lo suyo.

—Podían habernos grabado dentro del coche... yo que sé. No me apetece que todo el mundo me vea contigo.

Detiene sus caricias, me mira y frunce el ceño.

—No quería decir eso —me retracto—. Me refiero a que no deseo salir en la prensa rosa ni de ningún otro tipo. No quiero que todo el mundo me vea en una situación tan íntima... —relaja el gesto.

—Está bien, lo entiendo. Sé lo de las fotos, esperaba que no te enteraras.

—¿Pretendías ocultármelo? —lo empuja hacia atrás y me alejo un paso.

—No quería que te preocuparas.

—Todo un detalle —apunto, sarcástica. Me cruzo de brazos y resoplo.

—Edu y Pierre han estado rastreando la red y nadie sabe quién eres.

—Afortunadamente —me giro y me dispongo a salir de la cocina. Me agarra de la sudadera y me atrae hacia él.

—Vamos, no te pongas así. Normalmente no me siguen los medios. No soy tan importante.

—Pablo, no te rías de mí. Estás nominado a los Brit Awards —le agarro de los brazos y no me pasa desapercibido la dureza debajo de su chaleco.

—En España suelo pasar inadvertido.

—Si, ya lo he visto. ¿Cuántas veces nos ha parado ya alguna chica?

—Venga, no te pongas así y dame un beso. Llevo toda la cena suplicándote un poco de atención —se acerca a mí, mimoso, y yo no puedo hacer otra cosa que unir, despacio, mi boca a la suya y darle un beso lento y húmedo. Él me acaricia el cuello con la yema de los dedos y los elefantes que viven dentro de mí comienzan a trotar.

—No veas para encontrar las luces —escuchamos a Cristina entrar en el piso y nos separamos. Pablo no esconde su cara de decepción. Quiere más. Y también yo—. Me he dado un golpe en la frente con una pared y creo que me he hecho un chichón —llega hasta nosotros tocándose la zona y me acerco a ella a comprobar que no es nada, disimulando muy bien.

—A ver... te va a salir un chichón.

—Toma —nuestro amigo le pone un poco de hielo que ha metido en una servilleta—. Con esto te bajará la hinchazón.

Pasamos la siguiente hora escuchando música, tirados sobre la alfombra y comiendo helado. A Cristina le ha extrañado que Pablo tuviera de melón porque nunca antes había hecho referencia a que le gustase, no obstante, ni se le pasa por la cabeza la idea de que lo tenga porque a mí me pirra ese sabor. Solo hace alusión a la casualidad y la suerte que tengo de que mi vecino acertara con mis gustos culinarios. Me despido de ellos a eso de las doce de la noche después de que Cristina me diga que prefiere dormir en casa de su amigo porque está mucho más calentita que la mía. Me tumbo sobre la cama y me pongo a leer. Mi cuerpo me pide dormir, pero mi mente no piensa lo mismo. Así que decido entretenerme con una buena historia y no darle más vueltas a la cabeza y a la posibilidad de que Sebastian o mis padres vean las dichas fotos que corren por internet.

Me parece escuchar el timbre de la puerta y miro el reloj asustada, ¿habrá

ocurrido algo? Vuelven a llamar y me levanto. Camino descalza y con el corazón en un puño. Pasan la una de la madrugada. Miro por la mirilla y veo a Pablo de pie. Abro la puerta y no me da tiempo a decir nada. Me empuja hacia atrás, enreda su lengua con la mía y antes de llegar al salón estamos los dos desnudos: él y yo. Porque si él ha tardado poco en deshacerse de mi ropa, más rápida he sido yo quitándole la suya. Esta noche tampoco duermo mucho. Pablo se va a las seis para que Cristina no se dé cuenta de que ha pasado la noche fuera y yo me levanto a las ocho, así que haced la cuenta.

Pablo, me vas a matar.

TÚ UN NOVIO, YO UN AMIGO

Y sí. Pablo pretende matarme a base de polvos indescriptibles. Básicamente nos dedicamos a fornicar durante toda la noche todas las noches de la semana. No sabría decir cuántas veces en su casa y cuántas en la mía. Imposible llevar la cuenta y asumir detalles ante tanta pasión desmedida y locura *follaril*. Lo que sí puedo asegurar son las dos veces que lo hemos hecho entre el ascensor y el descansillo de nuestra planta, básicamente por el inconveniente de no poder esperar a llegar a un lugar más privado e íntimo porque estamos más salidos que el pico de una plancha. Y mira que comienzo a darme cuenta cómo se las gastan los medios de comunicación y las redes sociales. Ayer una revista muy conocida sacó en la esquina de una portada una de las fotos que nos hicieron en el centro comercial. Afortunadamente se ve muy borrosa y casi ni se me distingue el color del pelo, pero si lees el artículo de la página central, cavilan durante quinientas palabras sobre quién puede ser la enigmática chica. Anoche, Pablo, me confesó que un reportero le había parado a la salida del estudio de grabación para preguntarle por la mujer de la foto y que él lo había despachado con una sonrisa. Pues ni esto me frenó de bajarle los pantalones, meterme su polla en la boca y hacerle una mamada mientras el ascensor subía. Cuando se abrió la puerta yo también había perdido mi ropa interior, me empotró contra una pared y lo hicimos allí, tapándonos la boca mutuamente y corriéndonos mientras la luz del portal se encendía y apagaba, prueba de que en cualquier momento un vecino podría percatarse de lo que hacíamos: follar sin contención.

El jueves entro en la oficina con unas ojeras que casi me llegan a la barbilla, estuvimos dale que te pego hasta las cuatro de la mañana y cuando me he levantado y me he metido en la ducha para intentar espabilarme y dejar de parecer un espárrago triguero, Pablo se ha metido conmigo y se ha emocionado con mi culo, ahí lo dejo.

Mía me sigue al verme, relatándome el listado de llamadas que tengo que devolver. Yo la escucho como si estuviera metida en una tinaja. Me va a explotar la cabeza. Tomo asiento en mi mesa y no me quito ni las gafas de

sol, le pido que lo apunte todo en la agenda electrónica, que ahora le echaré un vistazo, y me traiga un café. Le suplico que no tarde demasiado o me moriré ahogada en mi propia desidia. Joel entra poco después y me recuerda la reunión con «Las Reinas de Inglaterra» a las doce y la comida con Elena Márquez a las dos. Todo esto mirando el móvil y sin darse cuenta de mi penoso estado físico.

—¡Ais! —da un pequeño grito y se lleva la mano izquierda a la boca a tomar asiento y percatarse de mi pelo (desaliñado como de haber follado contra la puerta de mi casa justo antes de salir hace solo una hora, y después de lo de la ducha), de mi inexistente maquillaje (por falta de tiempo y de ganas) y de mis mejores amigas: las gafas de sol (porque me he convertido en una vampiresa que en vez de chupar sangre, chupa... pues eso)—. Pero, *amore*, ¿se puede saber qué autobús te ha atropellado antes de venir?

—¿Tan mal estoy?

—Mucho peor, *queen* —tuerce la cabeza.

Yo creo que la sinceridad está sobrevalorada. ¿En qué me ayuda a mí y a mi estado de flojera y desgana que Joel me diga que parezco un espantapájaros al que acaban de robar la ropa y pegado con un palo de beisbol? De nada, leñe, de nada. Yo lo que necesito es que me digan lo guapa, maravillosa y perfecta que soy aunque con la mentira mueran tres unicornios. (Pobrecitos, me retracto de lo dicho).

—Arrggg —me quito las gafas y me tapo la cara con las manos—. El autobús se llama Pablo y yo lo definiría más como una jodida apisonadora.

—¡Qué suerte tienes! —se ríe—. No te quejes y disfruta.

—Si no me quejo, pero me cuesta seguir el ritmo. Necesito dormir. ¿Crees que estoy vieja? —echo la cabeza hacia atrás, abro un cajón y me tomo un ibuprofeno.

—Claro que no, estás en la flor de la vida. Lo que pasa es que habías perdido la costumbre. Hacía tiempo que no te follaban como te merecías.

Pongo un pie sobre la mesa para que vea que ni tacones me he podido poner.

—Me tiemblan las piernas, casi no puedo andar.

Suelta una risotada y se levanta.

—No me digas más. Anda, descansa un rato. Pero maquíllate para las reuniones, después vengo a buscarte.

«Las Reinas de Inglaterra» nos dan el listado de canciones que desean que el grupo de música toque en cada momento. Cerramos menú (por fin) y los

acompañamos al estilista para que ultime los detalles del vestido y el peinado. Paso un apuro descomunal al no recordar sus nombres originales, menos mal que Joel se da cuenta y me salva de morir ahogada en mi propia vergüenza. Miguel y Virginia, Miguel y Virginia, me repito una y otra vez durante todo el trayecto hasta la peluquería. En serio, follar atonta, y mucho. Los despedimos poco después y no puedo negar que me causan mucha ternura y envidia, no lo voy a negar; llevar cincuenta años juntos y celebrarlo con las ganas que ellos lo hacen, no ocurre muy a menudo. Al menos, yo no lo veo.

A las dos entramos en el restaurante y Elena ya nos espera en una de las mesas más privilegiadas. Cuando se levanta a saludarnos me doy cuenta de lo alta y esbelta que es, (o de lo bajita que soy yo). Auto compadecerme se ha convertido en mi grito de guerra de hoy, o debería decir en mi grito de pena de hoy. Comemos comida muy pija (más del gusto de Carol y de Sebas, que del mío) y escuchamos con atención todas sus peticiones. Adora los detalles y sabe lo que quiere, me gusta la gente así (y me libro de muchos quebraderos de cabeza y confusiones). La chica habla con mucha educación y elegancia, en varios momentos me quedo embobada ante tanta belleza (está bien, influye que el sueño y el cansancio me supera), sin embargo, no se puede negar la perfección de sus facciones. Parece una muñeca. Nos despedimos de ella junto al taxi en el que sube poco después, volvemos a la oficina y... duermo un rato sobre el pequeño sofá que adorna una esquina de mi despacho. Un poquito nada más. Trabajo el resto de la tarde, hasta que recibo un mensaje de Pablo al que adjunta una foto de una botella de vino tinto, y me doy cuenta que pasan las ocho de la tarde. Salgo a la sala de exposiciones y me encuentro a Joel apagando las luces, Mía se fue hace más de media hora y, por lo visto, me dijo adiós desde la puerta, pero parece que yo estaba muy concentrada (que no dormida, aunque es lo que parezca). Al final me ha cundido el día.

Entro en mi piso y me doy una pequeña ducha, me pongo ropa cómoda y llamo a la puerta de Pablo. Abre sin camiseta, con el pelo revuelto, descalzo y los pantalones muy caídos a la cintura, con sus oblicuos y abdominales en todo su esplendor. Le echo un vistazo de arriba abajo sin cortarme un pelo, me cruzo de brazos y enarco una ceja.

—¿No tienes camisetas?

Niega con la cabeza.

—Todas sucias... —abre más la puerta.

—Te vas a resfriar.

—Anda, pasa. La cena se va a enfriar. Llevo una hora cocinando —se queja sin ocultar la sonrisa.

—En serio, esto cada vez se parece más a un matrimonio —me río.

Pablo tuerce la boca en una mueca muy perversa, agarra la cinturilla de mi pantalón vaquero, me atrae hacia él y cierra detrás de mí. Me besa el cuello a la vez que mete la mano por mis braguitas y acaricia mi monte de Venus. Gimo cuando baja más, me abre los labios vaginales e introduce un dedo dentro de mí. «Bienvenido», mi humedad lo saluda. Une sus labios con los míos y me besa con mucha ternura (demasiada, teniendo en cuenta que me está masturbando).

—¿Qué tal el día, cariño? —me sigue el juego y mete otro dedo. Pego un pequeño respingo y gimo.

—Muy largo —suspiro sobre sus labios.

—¿Y eso?

—Un niño que canta en una banda de rock no me deja dormir por las noches —me agarro a sus hombros al notar que las piernas me flaquean.

—¿Ensayas con la guitarra a altas horas de la madrugada? —sigue regalándome placer.

—Si... Toda la noche dale que te pego —jadeo y enredo mi lengua con la suya. Adoro su sabor y calidez.

—Vaya, ¿y qué hacemos al respecto? —levanta el dedo pulgar y me acaricia el clítoris.

—Pablo... —gimo—, fóllame —musito entre quejidos inconexos.

En ese momento suena el timbre y me tenso. Él frunce el ceño, me mira a los ojos, me hace a un lado (sin sacar el dedo de mí) y ¡abre la puerta! A ver, rebobinemos. Estaba masturbándome magistralmente, me quedaban dos segundos para llegar al orgasmo, llaman a la puerta y Pablo abre ¡con su dedo dentro de mí y sin dejar de moverlo! Vale, la puerta tapa mi cuerpo y no se me puede ver, pero no creo que el que está al otro lado sea sordo; y no controlo mis grititos con tanto placer.

—Hola, ¿qué puedo hacer por usted? —pregunta como si nada.

—Buenas noches, no quería molestar. Tal vez sea un poco tarde —dice una voz de hombre ya curtida.

—No se preocupe, no tenía nada entre manos —mete el dedo y lo saca. Yo me muerdo el labio inferior y cierro los ojos.

—Verá, es que mi mujer... ya sabe usted como son las mujeres...

—¿Qué me va a contar...! —se ríe y me pellizca el clítoris. Doy un grito y

aprieto su brazo con fuerza.

—A su vecina se le cayó esto a nuestro patio ayer por la tarde. Mi mujer la vio tendiéndolo... He venido hoy varias veces para devolvérselo, pero nunca está en casa...

—Si, me consta que pasa muchas horas fuera —se ríe y yo intento darle una patada, pero el orgasmo que se avecina no me deja maniobrar.

—Bueno... Si usted quisiera dárselo... Es que mi mujer... —su señora esposa debe ser una víbora buena—. ¿Tiene alguna relación con su vecina?

—Lo cierto es que casi no la conozco. Es un poco antipática. —Reacciono ante su insulto y le doy un fuerte pellizco en el brazo—. Ay —se queja, sin embargo, el hombre que habla frente a él parece no darse cuenta de nada de lo que sucede.

—¿Le importa que le deje la toalla? —la prenda que cayó a su patio es una toalla voladora. En estos momentos, como si la quema—. Se la da cuando la vea.

—No se preocupe, yo me encargo; pero no puedo prometerle nada —entra y sale, pego la cabeza a la pared y resoplo. Pablo se echa hacia delante y le susurra (lo suficientemente alto como para que yo lo escuche)—, me parece que duerme casi todas las noches fuera de casa... ya me entiende...

Abro los ojos de par en par por lo que insinúa de mí y ahora sí que le doy un puñetazo en el costado. Se dobla y suelta una carcajada. Despide a nuestro vecino del bajo y cierra la puerta. Se pega a mi cuerpo y me besa. Lo empujo hacia atrás y me muerde la boca.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Qué va a pensar de mí?

—¿Qué mas da? No lo conoces de nada —me baja el pantalón y la bragas.

—Es nuestro vecino... —me tapa la boca con la suya y se desabrocha el pantalón.

—No lo habías visto nunca... —agarra mi cadera, le da la vuelta a mi cuerpo pegando mis pechos a la pared, me lame el cuello y me acaricia el culo.

—Ahora creerá que soy una cualquiera —gimo cuando me pellizca una nalga.

—Que crea lo que quiera. Yo sé lo que eres y con eso basta —empuja mi espalda hacia abajo, se agarra el miembro y lo introduce dentro de mí.

Jadea junto a mi oído y un latigazo de electricidad me recorre. Se aferra a mis caderas con las dos manos y comienza a entrar y a salir con golpes fuertes y secos. Con los antebrazos me apoyo en la pared y trato de frenar su

rudeza. Rodea mi cintura con el brazo y pega su pecho a mi espalda. Comienza a masajear mi clítoris de nuevo, haciendo círculos sobre él y me dejo llevar, convulsionando y jadeando incontrolada por el inconmensurable orgasmo.

Sale de mí, me da la vuelta y me pregunta si estoy preparada para seguir. Asiento con la cabeza y vuelve a penetrarme, me agarra de las piernas para que le rodee la cintura y nos lleva hasta el sofá. Se sienta en él, conmigo encima. Asa mi pelo con una mano y, con brusquedad, me echa la cabeza hacia atrás.

—Fóllame, tú. Vuélveme loco —susurra con la voz más sucia que he escuchado jamás.

Me abalanzo sobre su boca y me lo como (casi literalmente hablando, porque le tengo tantas ganas que, si pudiera comérmelo, lo haría). Me agarro con ímpetu a sus hombros y subo y bajo sobre su polla con rapidez, una y otra vez, una y otra vez. Enredamos nuestras lenguas y gemimos al unísono. Sube mi camiseta hasta dejar a la vista mis pechos, solo tapados con un sujetador nude de encaje, y me mordisquea los pezones. Yo siento que voy a explotar, de nuevo, en décimas de segundo.

—Joder —me mira—, eres una diosa. —Su comentario tiene un efecto inminente en mí. Tiro de su pelo hacia atrás y entro y salgo de su pene rítmicamente y muy deprisa—. Me voy a correr. ¿Tú estás lista? —Lo miro a los ojos y asiento casi imperceptiblemente con la cabeza porque mis veloces movimientos no me dejan concentrarme en nada más—. Joder, joder, joder —jadea con la cabeza hacia atrás y apoyada en el respaldo del sofá.

—Arrg —grito mientras me dejo llevar y lo siento, caliente, derramarse en mí.

Entro y salgo un par de veces más para exprimir todo su simiente y pego, desfallecida, mi pecho al suyo. Él sigue gimiendo junto a mi oído y siento su corazón acelerado junto al mío. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero casi me duermo entre sus brazos y con su polla dentro. Noto que me acaricia el pelo y me besa el hombro, diría que con afecto, sin embargo, no estoy segura porque a estas alturas mi cabeza vuela libre en su propio mundo imaginando cosas que le gustaría que ocurriesen. Pablo se levanta, sin cambiarnos de posición, nos lleva a la ducha, abre el grifo y nos baña a los dos.

—Nerea, te voy a soltar. No te caigas —apoya mi espalda en la pared, se echa gel en las manos y me enjabona todo el cuerpo muy despacio. Entre el

cansancio que tengo y su improvisado masaje, cierro los ojos y me transporto al mundo de los sueños dulces con Pablo, un universo maravilloso en el que me gustaría quedarme a vivir. Coge la ducha, me enjuaga, me saca de la bañera y me seca con una toalla; mi cuerpo lánguido y casi inerte se deja hacer.

—Llévame a la cama —musito medio dormida.

—¿No quieres cenar? —Me coge en brazos.

—Quiero dormir —descanso la mejilla en su hombro.

Me tumba sobre la cama y él lo hace detrás, abrazándome, fuerte y sin contención, la piel de nuestros cuerpos desnudos, se encuentran, cálidas.

—Pablo... —musito, entre el sueño profundo y mi desvelo despierto.

—¿Si?

—Para el vecino soy una furcia... ¿qué soy para ti?

.....

—...

No sabría decir si no contesta o yo no llego a escuchar lo que dice, porque caigo en un profundo sueño causado por el cansancio acumulado de los anteriores días y no recuerdo nada más.

Cuando me levanto al día siguiente, encuentro una nota colgada en el frigorífico con un imán con forma de altavoz que no me suena de nada. La cojo con una mano y casi estoy a punto de olerla. Lo de la gilipollez me sobrepasa, tengo que hacer algo al respecto. «Buenos días. Cogía un avión muy temprano y no he querido despertarte. No te dije nada anoche porque no me diste oportunidad, entraste y me violaste, como siempre. No es una queja, puedes hacerlo cuando quieras. Volveré el sábado. Recuerda que hemos quedado para salir. Ya te echo de menos».

Y yo a ti, Pablo. Y yo a ti.

Joder...

El sábado quedo para comer con las chicas y les comento que Pablo y yo salimos esa misma noche. Me lleva a una fiesta en una discoteca donde se celebrará el cumpleaños de un productor musical. Carol me mira con desconfianza y me pregunta si hablo de una cita o no. Me encojo de hombros y hago hincapié en que solo somos amigos que se acuestan cuando les apetece (que son todas las horas libres que tenemos al día, pero esto me lo callo) y que vamos a salir a pasarlo bien por el simple hecho de que somos

jóvenes y nos lo merecemos.

—Sí, ya. Él, mucho más joven que tú —apunta con inquina.

—Eso es lo mejor de todo. Déjala —la corta Rocío—. Esos follan sin cansarse.

Ni que lo digas.

—Tú, diviértete, pero recuerda siempre que solo es sexo, no te confundas.

Hago un ruidito raro al tragar el pan y las dos me miran con el ceño levemente fruncido.

—¿Qué pasa? —respiro.

—¿A qué viene ese suspirito? —pregunta Ro.

—¿Qué suspirito? Estoy comiendo.

—De eso nada, has suspirado por él —me acusa (de algo que es verdad verdadera).

Dejo el vaso, del que bebía agua, sobre la mesa y me explico.

—Me gusta, pero nada más. A ver... es obvio... es buena persona, simpático, educado, culto, está como un queso, me trata bien...

—Y folla que te deja temblando —detiene mi discurso (y menos mal porque a punto estoy de soltar corazoncitos por los ojos).

—Y eso.

—¿No te estarás enamorando?

LO MEJOR DE TODO

La pregunta de Carol me deja desubicada y, por una milésima de segundo, me hace recapacitar seriamente. Pero no. Por supuesto que no, ¿qué voy a estar yo enamorada?

—¿Estás loca? ¿Qué voy a hacer yo con él? —contesto con un tono demasiado agudo.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—No. No estoy enamorada de él.

—Me parece fenomenal que lo tengas tan claro. Porque con él no vas a hacer nada. Estáis follando como si tuvierais quince años y acabaras de descubrir el sexo...

—¿Con quince años tú follabas así? —la corta Rocío—. Mira la reprimida... —Carol le echa una mirada de reprimenda y sigue.

—... Me parece estupendo, pero tienes que saber que no puedes enamorarte de él. Es el cantante de una banda de rock, tiene veintisiete años... ¡No puede darte lo que necesitas!

—Sebas tampoco ha sabido dármelo y no se parecen en nada —la miro, molesta.

—Tu marido quiere arreglar lo vuestro...

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Ha estado hablando con Andrés. Son amigos...

—Y parece que tú también ¿Ahora estás de su parte? —recojo la servilleta de mi regazo y la tiro, de malas maneras, sobre la mesa.

—No te pongas así. Claro que no. Siempre te apoyaré, ya lo sabes. Yo también veía cómo te tenía abandonada, pero está arrepentido, sabe que se

equivocó y aún te quiere.

—Estás muy segura... ¿Y si yo no quiero lo que teníamos?

—Claro que lo quieres. Me refiero a lo que erais cuando os casasteis. Lo que pasa que ese Pablo te tiene ciega. Me parece perfecto que lo pases bien un tiempo, pero no creas que él te va a hacer feliz. Tú no eres así, tú necesitas más... —se echa hacia delante—. Estabilidad, alguien que esté ahí día tras día. Por dios, Nerea, ¿de verdad crees que lo vuestro puede funcionar? Solo es un niño que se folla a una treintañera que está de muy buen ver.

La miro sin decir nada, aguantando las ganas de llorar y apretando la mandíbula y los puños. Me está haciendo todas las preguntas de las que llevo huyendo desde que comencé a sentir que Pablo me gustaba de verdad, desde que me di cuenta de que para mí no son simples polvos los que echamos aunque se pudieran catalogar de sexo puro, duro y muy bien hecho. Si echo la vista atrás, podría decir que para mí el sexo nunca fue solo eso, siempre significó un poco más. Perdí mi virginidad con un medio novio en el instituto con el que creí que me casaría, sin embargo, él no tenía los planes tan claros como yo. Con el segundo chico con el que me acosté salí durante unos meses y, aunque mi mundo de princesas ya se había desmoronado por completo y sabía que acostarme con un chico no implicaba tener hijos y una hipoteca en común, también me hice ciertas ilusiones y hasta pensé presentárselo a mis padres. Por todo esto, no entiendo cómo en algún momento de esta locura he llegado a pensar que follar con Pablo no iba a implicar, por mi parte, nada más.

—Tengo que irme —me levanto, cojo el bolso, abro la cartera y dejo sobre la mesa un par de billetes de veinte euros.

—No te vayas, nena —Rocío me agarra del brazo con ternura—. Carol no quería decir eso.

—Da igual, lleva razón —me suelto y salgo del bar. Me detengo junto a la calzada, levanto la mano y paro a un taxi.

—Ne, ¿estás bien? —escucho la voz de Rocío junto a mí. Se pone delante, me agarra de las manos y me mira.

Niego con la cabeza y le digo que lo único que necesito es estar sola.

—Siempre has sido tú la que me dañas con tu forma de decir las cosas —sonrío, triste.

—No se lo tengas en cuenta. Solo se preocupa por ti. Y yo también estoy preocupada. No puedes enamorarte de él, cariño. Sois de dos mundos totalmente distintos. ¿Qué harías? ¿Convertirte en una *groupie* y seguirlo por

el mundo?

—De alguna manera lo quiero, pero no de la forma en que pensáis, se ha convertido en un buen amigo.

El taxista baja la ventanilla (harto de esperar) y me pregunta si me lleva o no. Me despido de Ro y me voy a casa. Hago malabares para no llorar hasta llegar al piso y desahogarme en la intimidad. Subo en el ascensor con la espalda apoyada en la pared y la cabeza gacha. Carol y Rocío llevan razón, lo sé. No puedo enamorarme de Pablo y no lo haré. Que me guste y me caiga bien no significa que, como en la universidad, me quiera casar con él. Con una boda ya he tenido bastante.

La puerta del ático A se abre justo cuando introduzco la llave en el B y por inercia miro hacia allí, encontrándome con la sonrisa de Pablo, acompañada del pelo revuelto, los ojos brillantes, una prominente barba y el pecho al descubierto. En serio, ese niño necesita comprarse camisetas.

Intento devolverle el gesto, porque me alegro de verlo y porque se lo merece, se porta tan bien conmigo que pagarle con la misma moneda es lo mínimo que debo hacer, pero las palabras de mis amigas se repiten en mi mente sin cesar y él se da cuenta de que algo ocurre.

—¿Qué pasa? —camina hasta mí, apoya el hombro en la pared y me mira.

—No es buen momento —resoplo y abro la puerta.

—Vamos, somos amigos. Cuéntamelo. Te sentirás mejor.

Mejor me sentiría si no provocaras en mí todos estos sentimientos que pugnan por salir y llenarlo todo de confeti y purpurina. O de mierda, según se mire, porque la opinión de mis grandes y queridísimas amigas es que lo que hago contigo destrozará mi vida. Vale, no han sido tan radicales, pero yo ahora lo veo todo del color del carbón.

—No es nada. Solo necesito descansar un poco. Después nos vemos —entro y me dispongo a cerrar. Hago un esfuerzo sobrehumano para no abrazarme a él y enterrar mi cara en su pecho. Tengo que sincerarme, por lo menos conmigo misma, y admitir que nada me apetece más ahora mismo que volverme moñas y dejarlo que me dé todo el cariño que quizás no esté dispuesto a concederme, pero que yo necesito.

—Nerea, llevo varios días sin verte. Creí...

—¿Qué creíste? ¿Qué follaríamos en el rellano? —salto sin razón.

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces? —pongo un brazo en jarra, envalentonada.

—Entonces nada —parece cansado—. Solo me apetecía ver a mi amiga,

darle un abrazo y contarle lo que he estado haciendo estos días y que me cuente qué ha hecho ella. La he echado de menos, me he acostumbrado a tenerla cerca, pero veo que a ella le da exactamente igual —silencio... Un silencio demasiado largo y denso en el que espera que yo rectifique o diga algo, pero, como soy gilipollas profunda, pues me callo—. Me voy, no quiero molestarte —Se gira y se pierde dentro de su piso.

Joder. Soy imbécil.

—¡Pablo! —grito y recibo un fuerte portazo como respuesta.

Trato de ocupar el resto de la tarde con quehaceres varios (como limpiar, doblar ropa u ordenar zapatos. Esto último me lleva gran parte del tiempo y, en realidad, necesitaría como un mes para dejarlo como me gustaría). Intento no pensar en lo rematadamente estúpida que he sido con él, pero una vocecilla dentro de mí no para de recordármelo. Me doy una ducha y me pongo unos vaqueros y un jersey amarillo de cuello ancho. Con el secador le doy volumen a mi pelo ondulado y me miro en el espejo. Nerea la educada me echa una ojeada de reprobación y me señala con el dedo: «Nerea, ve a pedirle disculpas y compórtate». Suspiro y agarro la encimera del lavabo. Dentro de una hora debería salir con él y ni siquiera sé si aún quiere que le acompañe. Seguro que no, que prefiere perder de vista a su vecina la gilipollas, pero me armo de valentía y voy a preguntárselo. Me arrepiento de hacerlo justo después de llamar a su puerta. Barajo la posibilidad de irme, sin embargo, deshecho la idea, porque estoy segura que sabría que he sido yo. Me recibe recién salido de la ducha, con el pelo mojado, unos vaqueros negros caídos a las caderas y una camiseta del mismo color de mangas cortas. Ea, ya tenemos a Nerea babeando. Con una mano aguanta la hoja y durante unos segundos tengo la sensación de que la va a cerrar y me dará con ella en las narices. Que lo merezco, no digo yo que no.

—Hola —levanto la mano sin saber muy bien cómo actuar.

—Hola —repito en tono neutro.

—Tú no me molestas —musito, sincera, perdiendo la vista en mis dedos que se entrelazan con nerviosismo.

—Parecía lo contrario —su voz, entre dolida y molesta, me hace levantar la vista. Apoya el antebrazo en el quicio de la puerta y sus tatuajes se mueven sobre sus músculos cobrando vida. Intento no bizquear y centrarme en lo que he venido a hacer: pedir disculpas; y no en lo que me apetece hacer: arrodillarme, bajarle el pantalón y chupársela con devoción.

—Lo siento, he discutido con Carol y he pagado mi frustración contigo.

No debería haberlo hecho.

Él me mira, concentrado, sin decir nada.

—Yo... a mí también me apetecía verte —me moría por verte. Sigue en silencio—. Mi otro amante no tiene tanto aguante como tú. Me deja bastante insatisfecha.

Relaja el rostro y atisbo una suerte de sonrisa que me parece Gloria Bendita, no obstante, no me contesta.

—Bueno, pues nada. Ya nos vemos otro día —señalo mi puerta y no corro para esconderme detrás porque aún me queda glamour y algo de dignidad en la mochila. Y lo de mochila no lo digo al azar; desde que cambié de vida me siento un poco Dora La Exploradora y me vendría de perlas una bolsa de la que sacar un mapa que me indicara o me diera pistas de cómo llegar a los sitios. En este caso, de cómo llegar a Pablo.

Voy a girarme cuando me detiene.

—¿Qué haces que no estás arreglada? —se cruza de brazos y ¡Madre mía qué bíceps! Babeo, babeo mucho.

Lo miro, extrañada (y babeando, claro).

—Tenemos que irnos dentro de una hora —sigue.

—Pensé que no querías mi compañía, antes has dicho...

Se ríe de un golpe, como si supiera algo que a mí se me escapa, da un paso hasta mí y se pega tanto que tengo que levantar el mentón para seguir mirándolo a los ojos. Descruza los brazos, con ambas manos me agarra de la mandíbula y, con los dedos, me acaricia despacio. Mueve el pulgar derecho hacia arriba y me roza los labios a la vez que se me escapa un gemidito. A continuación pega su boca a la mía, muerde mi labio inferior y tira de él. Después lo lame e introduce la lengua enroscándose con la mía. No podría decir si son segundos, minutos u horas el tiempo que nos llevamos así, sin embargo, yo podría morirme ahora y me daría exactamente igual. Se aparta y, cuando abro los ojos, me encuentro con una sonrisa complacida.

—Nerea, me encanta follar contigo, pero no entiendo por qué crees que es lo único que me importa —susurra a pocos centímetros.

—Es lo que hacemos. Follar... —suspiro al notar su nariz acariciando mi cuello.

—Si, follamos. Y se nos da de miedo —me acaricia la cintura y vuelve a regalarle besos a mi boca. Bajo la mano para meterla por su pantalón a la vez que lo empujo hacia dentro; pero me sorprende agarrándome por la muñeca y deteniéndome. Aparta unos centímetros su cara de la mía, me mira, sonrío y

niega con la cabeza.

—Esta noche, para variar, no follaremos. —Achino los ojos sin controlarme y le muestro mi decepción. Él amplía la sonrisa y me da un corto beso en la nariz—. ¿Pero qué te crees que soy? ¿Un trozo de carne? —retrocede un paso, dramatizando, como si él fuera una dama y yo el desgraciado que quiere arrebatarse la virginidad—. Vete. Te recogeré dentro de una hora y prometo que tendré las manos quietas toda la noche. —Y no sabría decir si habla en serio o no, pero rezo para que no cumpla su promesa.

Dicho y hecho. Ni un minuto más, ni un minuto menos. Una hora después, mi vecino llama a mi puerta con unos vaqueros negros, y camiseta y chaqueta de cuero del mismo color, además de sus botas de cordones. El pelo peinado hacia atrás en un tupé alto con algún mechón suelto y caído hacia delante y el olor más exquisito que he tenido el placer de olfatear. Yo llevo un top negro amarrado al cuello y con la espalda al aire y una falda plateada (según Carol, muy corta; y según Ro, muy larga). Les he mandado una foto al grupo de WhatsApp para que me dieran su opinión del modelito para ir a una fiesta glamurosa a una discoteca y sus veredictos han sido tan dispares como siempre. Han coincidido en lo maravilloso de mis zapatos, eso sí; unos salones negro de Hugo Boss de ocho centímetros que realzan mi pequeña figura, a juego con un bolso de piel de mano de la misma marca y una chaqueta de cuero muy parecida a la de Pablo que aún no me he puesto cuando abro la puerta.

—Vale, esta noche follamos —comenta muy serio, con las manos metidas en los bolsillos, cuando me ve y me echa un vistazo de arriba a bajo.

Me doy la vuelta sin hacer caso a lo que dice y él entra detrás. Camino hasta el salón para recoger la chaqueta que he dejado sobre el sofá cuando noto sus manos introducirse por los huecos de mi espalda desnuda.

—Es más, follamos ahora —me muerde el cuello.

Me retuerzo y me río.

—¡Pablo! ¡Has dicho que no me pondrías las manos encima hoy! —me dejo hacer y me lame la clavícula.

—Pues no te desnudes delante de mí —me da la vuelta, me pone frente a él y me rodea la cintura con las manos.

—Pero si voy vestida —río feliz.

Mete la mano derecha por debajo de mi falda y acaricia mis medias negras hasta tocar el ligero.

—Que le den por culo a la fiesta. De aquí no nos movemos —asegura. Sigue subiéndome y me acaricia el culo, cerciorándose también de mis culotes de encaje.

Lo empujo hacia atrás (de mala gana, porque también yo me quedaría aquí y dejaría que me quitara a zarpazos la poca ropa que llevo) y él se queja como si fuera un niño pequeño al que acaban de privar de la nube de azúcar más grande de toda la feria.

—Cumple tu promesa —me pongo la chaqueta y cojo el bolso. Él sigue mirándome enfurruñado.

—Esta noche se me gangrena —se agarra el paquete y se lo recoloca dentro de los pantalones.

Salimos a la puerta y un coche negro de alta gama con los cristales tintados y un hombre con uniforme y gorra nos espera aparcado en doble fila. Pablo me agarra por la parte baja de la cintura y me dirige hacia el auto. Lo miro, sorprendida.

—No ha sido cosa mía. A mi mánager le pareció buena idea. Yo prefiero mi Audi —se encoge de hombros levemente—. Buenas noches, Steeve —saluda al conductor.

—Buenas noches, señor —nos abre la puerta para que entremos.

—Por favor, llámame Pablo.

—Sí, señor —cierra la puerta detrás de mí y Pablo sonrío quedamente ante su respuesta.

Tomamos asiento uno al lado del otro y la falda se me levanta hasta destapar el encaje de mi liguero. Veo por el rabillo del ojo que lo mira y resopla con disimulo. Mi primer instinto me indica que agarre el dobladillo y lo baje, pero mi parte perversa me obliga a que lo deje así. Juraría que se da cuenta de mi intención de provocarlo.

—¿Sabes qué? —acerca su boca a mi oreja y susurra sin rozarme la piel—. No voy a tocarte hasta que me lo supliques.

Giro la cara y dejo mi boca a unos milímetros de la suya.

—¿Sabes qué? —lo remedo—. Morirás esperando a que lo haga... —Dejo de respirar para no abalanzarme sobre él y montarlo en el asiento de atrás. A nadie le gustan las guerras tanto como a mí. Y ganarlas, claro.

Ninguno de los dos se aparta, nuestras miradas se retan y las respiraciones se mezclan como si fueran una.

—Qué pena —sigue, sensual—. Porque nada me gustaría más que abrirte de piernas y lamerte entera. —Todo mi cuerpo se estremece, pero disimulo y

le devuelvo el golpe.

—Si, una pena, porque me muero por bajarte los pantalones, sacarte la polla, chuparte desde la base a la punta y metérmela en la boca hasta que te corras y me baje por la garganta.

Bien por ti, Nerea.

Lo oigo tragar con dificultad y apretar la mandíbula durante unos segundos, después se aparta y mira por la ventanilla atusándose el pelo.

Sonrío, triunfal.

Bajamos del coche en la puerta del Club Adara, el más importante de la ciudad, y un montón de fotógrafos comienzan a lanzar fotos. Haciendo alarde de mi imbecilidad, no caí en la posibilidad de que la prensa estaría aquí. Me aterrorizo al pensar que mañana podemos salir en todas las revistas del corazón del país y entonces Sebastian sí que se enterará de... de nada, porque Pablo y yo no tenemos nada. Solo somos dos amigos (que se acuestan, —pero esto no tiene que saberlo nadie—) que han ido juntos a una fiesta. Bueno, pues mi amigo me agarra de la cintura y me empuja hacia dentro del local tratando, sin conseguirlo, de taparme y que no nos hagan fotos. Nada más entrar me pregunta si estoy bien, pero no me da tiempo a contestar. Un montón de personas llegan hasta él y comienzan a saludarlo. Me presenta como una amiga y no me deja de lado ni sola en ningún momento. Alguien le dice que Arthur lo espera al fondo del local y nos acercamos hasta allí, no sin antes detenernos cada dos metros a abrazar o besar por doquier. Me da tiempo a mirar alrededor y admirar la inmensidad del lugar. Hemos celebrado algún evento importante aquí, gracias a mi trabajo conozco casi todos los garitos relevantes de la ciudad, sin embargo, hacía mucho tiempo que no venía. Tres grandes salas se unen creando una enorme pista de baile en medio, y de todas las paredes cuelgan grandes reservados vips. Llegamos a uno de los apartados solo aptos para bolsillos adinerados de la planta baja, donde nos encontramos con toda la banda. Pablo me presenta a Arthur, el mánager del grupo, y empiezan una charla demasiado larga para prestarle atención. Miro hacia un lado y Edu, el chico para todo del grupo, viene a saludarme. Me da dos besos y me ofrece una copa; le pido un vino blanco y desaparece detrás de una pequeña y exclusiva barra. Pablo sigue hablando animadamente con Arthur y, de vez en cuando, me mira y sonrío. Yo le devuelvo el gesto, haciéndole saber que me encuentro bien, y sigue con la animada conversación, parece importante.

—¡Nerea! —Allan llega hasta mí y me da un pequeño abrazo, como siempre hace cuando nos vemos, pero esta vez a mí se me corta un poco la respiración al recordar lo que hicimos la última vez que coincidimos.

BIEN POR TI, NEREA

Instintivamente cierro los ojos y un montón de imágenes de aquella maravillosa noche arremeten contra mí. Cuatro manos tocándome, dos bocas besándome, mi cuerpo lleno y satisfecho por todos lados. Sus gemidos mezclándose con los míos, dos hombres cuidando de mí y de mi placer... Mi cuerpo, lánguido, entre dos esculturales torsos, sostenido y empujado por sus magnánimos miembros viriles. Trago saliva y trato de comportarme como una mujer adulta y no como una niña de quince años que ve al chico con el que perdió la virginidad la noche antes.

—Hola, Allan —sonrío y le toco el hombro con afecto.

—No sabía que vendrías. Este cabrón no me dijo nada —señala a Pablo, que mira en nuestra dirección, y lo saluda con un gesto de cabeza—. Me alegro de verte.

Edu me da mi bebida, nos informa de que la cena estará en seguida, este le responde que se relaje un poco y disfrute, y se marcha.

—Se toma demasiado en serio su trabajo —levanta el botellín de cerveza y bebe.

—Parece un buen chico... —pienso en voz alta.

—Lo es, pero no tanto como yo —me regala una sonrisa taimada y me golpea el hombro—. Y dime, ¿qué tal te trata tu vecino?

—Preferiría uno que supiera cambiar bombillas, arreglar tuberías... ya me entiendes... un *manitas*.

—¿Alguna pega a cómo te tratan mis manos? —Pablo llega hasta nuestro lado, me abraza por detrás y me da un beso en el cuello. Yo las agarro e hincho el pecho (de aire y de felicidad). Allan nos mira con una risa socarrona.

—¿Qué pasa, tío? —Pablo me suelta de un lado y choca la mano con su amigo—. Me dijo Peter que Liza te acompañaría a la fiesta, ¿ya la has

perdido?

—La he dejado en el baño recomponiéndose, la he despeinado un poco... —guasea y me guiña un ojo. Me pongo colorada al caer en la cuenta de lo que estaban haciendo en el baño; y no porque me dé vergüenza, sino más bien porque nos imagino a nosotros en la situación y mi libido se altera tanto que me bebo la copa de vino de un trago. A Pablo no le pasa desapercibido mi sofoco y se pega más a mí.

Allan se despide alegando que va a buscar a su acompañante al sospechar que sí que ha debido perderse por el trayecto desde los aseos y dejo caer mi espalda en el pecho de Pablo.

—Me estás tocando... —adviento totalmente relajada, sintiendo la tela de su camisa sobre mi espalda desnuda.

—No como me gustaría, te lo aseguro. Esto no cuenta... —roza con la nariz mis hombros descubiertos y me estremezco—. Recuerda... no te follaré hasta que lo implores de rodillas.

De rodilla me voy a poner ahora, delante de todos, pero para chupártela, ¡leñe! No aguanto más, hablando en plata, sin embargo, haré lo que sea para conseguir ganar este excitante pulso que él comenzó porque yo lo animé a que lo hiciera.

—Anda, suéltame, alguien puede fotografiarnos así —despego mi cuerpo de él, me giro y lo miro.

—¿Por qué te importa tanto lo que piense la gente? —coge dos copas de vino de la bandeja de un camarero que pasa por nuestro lado y me ofrece una.

—Me da igual la gente, pero no quiero que Cristina o Sebastian se enteren.

No sabría descifrar el gesto de su cara, que cambia considerablemente, dejando la mirada fija en un punto detrás de mi espalda. Durante unos segundos, ninguno decimos nada. Edu llega hasta nosotros y nos indica que podemos pasar a otra sala donde la cena está a punto de comenzar. Nos sentamos en una mesa para diez comensales con el resto del grupo y sus acompañantes, a los que he ido saludando a lo largo de la noche. Allan se sienta a mi lado izquierdo y, junto a este, Liza. En frente tengo a Peter con la que me presenta como su novia, Marcella; y a Chase y Robbie con dos hermanas gemelas, tan iguales que me cuesta diferenciarlas, porque, además, llevan casi el mismo vestido dorado. Pablo toma asiento a mi derecha unos segundos después, pues alguien le ha parado justo cuando hemos llegado. La cena pasa distendida y converso animadamente con todos, pero en especial con Marcella que me cae bien al instante. Natural de Guatemala, se trasladó a

Londres hace cinco años a estudiar Diseño y Moda, conoció a Peter en una tienda de ropa. Lo vio bastante perdido y se ofreció a ayudarlo. Desde entonces salen juntos y casi nunca se separan. Su trabajo de *personal shopper* le permite acompañarlo en muchas ocasiones. Me fijo en su preciosa piel morena, carente de imperfecciones, su pelo negro a juego con sus grandes ojos y largas pestañas y su esbelto cuerpo sin llegar a ser demasiado alta. No le pregunto la edad, pero no hace falta, debe rondar los veinticinco, como mucho. Un montón de comida pija más tarde, nos levantamos y volvemos al reservado junto a la pista de baile donde Pablo me presenta al cumpleaños. Víctor Espinosa, el productor musical más conocido en este país, con el que trabajan desde hace un mes y con el que grabarán su próximo disco. Un hombre de unos cincuenta años, corpulento, buena presencia y una cara muy normal. Su asistente, una chica muy joven con el pelo rubio platino tirando a blanco nuclear, lo aclama y se despide de nosotros deseándonos que lo pasemos bien en la fiesta y disfrutemos. La siguiente hora la paso viendo cómo todas las mujeres del lugar se acercan a mi acompañante y le regalan halagos, miradas de deseo y alguna que otra proposición indecente. Pablo las trata con cortesía y, aunque les sigue el juego, de alguna forma se mantiene distante. Marcella y yo nos acercamos a la barra a pedir un par de copas, esta noche he decidido que me tomaré un gin-tonic. Pienso darlo todo y pasarlo bien. Con nuestras bebidas ya en las manos llegamos a la pista de baile y nos movemos al son de *Nevermind* de Dennis Lloyd y *Me Rehúso* de Danny Ocean. Nos reímos, damos vueltas sobre nosotras mismas y movemos las caderas. En uno de los zarandeos de mi pelvis levanto la mirada y me encuentro con la de Pablo, fija, puesta sobre mí. Todo mi cuerpo comienza a arder al cerciorarme de que sus labios tararean la canción. Comienza a caminar, despacio, acortando nuestra distancia, hasta llegar y parar frente a mí, me rodea, pega su pecho a mi espalda y mueve sus caderas al son de la mía, noto su miembro, duro, acariciando mi trasero. Con una mano me aparta el pelo de los hombros y comienza a cantarme en el oído. Cierro los ojos y aprieto los muslos. Calor, mucha mucha calor. «Sin mirar atrás, sin buscar a nadie más, solo quiero estar contigo. Si no te tengo aquí conmigo, ya no quiero ser tu amigo porque tú eres mi camino»...«Haciéndotelo así, así y así. Así como te gusta, baby». Me giro y vuelvo a ponerme frente a él. Deja de cantar al ver mi mirada, extraña y asustada; todo a nuestro alrededor desaparece, al menos para mí, y me doy cuenta de que siento algo muy fuerte por el hombre que tengo delante. Noto su respiración agitada bajo la

camiseta, sus labios abrirse levemente para respirar mejor y su mano levantarse hasta llegar a mis dedos y acariciarlos. En un acto reflejo, los aparto y salgo corriendo. De repente necesito aire frío y espacio abierto para no ahogarme entre todas las sensaciones que me recorren. Salgo a la calle sin chaqueta y el frío cae sobre mi espalda desnuda, no obstante, me da igual; lo necesito, si pudiera tirarme al mar, lo haría. Tengo que despertar de este sueño en el que vivo cuando estoy con él.

—Nerea. —Pablo llega hasta mí y me cubre con mi chaqueta—. ¿Estás bien?

—Sácame de aquí. —No necesito decirle nada más. Llamo por teléfono a alguien y dos segundos después, el coche que nos trajo se detiene delante de nosotros, Steeve le da las llaves y subimos en él.

No me importa a dónde vamos ni lo pregunto. Él no habla y yo no busco conversación, no me apetece y no la necesitamos. No sabría decir si sospecha que algo me ocurre o no. Aparca cerca del Cerro del Tío Pío, más conocido como las Colinas del Parque de las Siete Tetras. Pasan unos minutos en los que ninguno decimos nada. Solo miramos al frente, donde se expande un parque verde, iluminado con una hilera de farolas que lo rodean.

Por la radio suena *Helium* de Sia, David Guetta & Afrojack.

—¿Quieres bajar? Me gustaría enseñarte algo.

No digo nada, mi mirada y mi mente siguen perdidas en la oscuridad de la noche y de mi interior, dándole vueltas al sinsentido que sería enamorarme de él.

—Nerea —me agarra de la mano y su tacto me atrae hacia la luz. Giro la cabeza en su dirección y lo miro—. ¿Confías en mí?

Asiento con la cabeza varias veces, casi imperceptiblemente.

—Espera, no te muevas.

Baja del coche, lo escucho trastear en el maletero, lo cierra y abre mi puerta.

—Ten, ponte mi chaqueta, hace mucho frío —me envuelve con ella.

—¡No! —me remuevo y trato de quitármela—. Te vas a congelar.

—He encontrado esto —se pone una especie de rebeca de hombre que ha debido hallar en la parte de atrás—. Tiene pinta de ser de Chaise. No te la ofrezco porque no estoy muy seguro de su higiene personal —sonríe y yo trato de imitar su gesto, pero la idea de estar perdiendo la cabeza por él no me deja disfrutar mucho más. Como siempre, se da cuenta. Me agarra de la barbilla y la sube—. Nerea. Soy yo. Estás conmigo. —Sabe que algo me

atormenta.

Nuestras miradas vuelven a conectar, con un dedo me acaricia el mentón y mi respiración se corta. Acerca sus labios y me da un efímero pero húmedo beso.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Entrelaza nuestros dedos y, agarrados de la mano, caminamos unos metros hasta llegar a un lugar desde el que puede verse todo Madrid bañado de un millar de estrellas. Me quedo embobada ante la maravillosa estampa que tenemos delante, sin embargo, ni la grandeza del momento me hace obviar el medio abrazo de Pablo y su calor.

—Dijiste que te gustaban las estrellas. —Musita mirando al frente—. No se me ocurrió un lugar mejor.

—Es... precioso. Gracias. Nunca había estado aquí de noche.

Seguimos observándolo todo en un silencio que ni es incómodo ni pretende serlo.

—De pequeña tenía un telescopio. Me lo regalaron mis padres al cumplir los diez años —comienzo a hablar—. Me llevaba horas observando el firmamento. Me encantaba descubrir nuevas estrellas, nuevas para mí, claro. Hasta les ponía mis propios nombres. Quería ser astrónoma, incluso astronauta... Cuando crecí, le di prioridad a otras cosas y... bueno... Me fui a la universidad, me casé, monté mi empresa... Me pregunto dónde estará... El telescopio, digo. Te parecerá una tontería, pero durante muchos años, siempre que me sentía triste o sola, las miraba y todo desaparecía. No lo puedo explicar....

—Sé a qué te refieres.

—¡Mira! —señalo al cielo—. ¿Ves aquellas estrellas? Esas que forman un carro. —Levanta la cabeza en esa dirección—. Justo ahí —especifico.

—Creo que sí.

—Es la Osa Mayor, está visible durante todo el año en el hemisferio norte —sonrío de oreja a oreja, desprendiéndome de todo lo que me pesaba antes de llegar aquí.

—Y allí. ¿Ves esas estrellas que asemejan el mango de una cuchara? Es la Osa Menor. ¿La ves? —pregunto sin poder encubrir la emoción.

No lo escucho decir nada y lo miro. La luz de la luna baña la tez de su cara y me entretengo observándola mientras él pierde la vista en lo que le estoy enseñando.

—¿Qué quieres, Nerea? —suelta la pregunta al aire, sin darle importancia a todo lo que la posible contestación conllevaría.

—No sé a qué te refieres —pierdo la mirada al frente, confusa.

—Me refiero a esto —señala hacia delante—. ¿Qué quieres de la vida? — noto que hace la pregunta mirándome a mí.

Me encojo de hombros y lo pienso durante un instante.

—Lo que todos, supongo. Una casa, un buen trabajo, que me quieran, ser feliz. —Obvio la inmensidad de una Madrid nocturna que hacía tiempo que no disfrutaba para girarme hacia él—. ¿Por qué me miras así? —tengo la sensación de que lo hace con tristeza—. ¿Crees que le pido demasiado?

—En absoluto. A la vida le podemos pedir lo que queramos —me agarra del cuello con las dos manos y me acaricia con los dedos—. ¿Eso es todo? ¿Nada más?

—¿Te parece poco? —musito, perdiéndome en el perfecto gris azulado de su mirada.

—Ser feliz es algo muy amplio —musita sobre mis labios y los roza. A continuación se separa y me clava la mirada— ¿Qué cosas te hacen feliz, Nerea?

—¿Qué cosas te hacen feliz a ti? —le devuelvo la pregunta en forma de boomerang porque no me apetece contestarla sin mentir.

Me fijo en que un brillo inusual cruza su mirada, como si acabara de encontrar esa felicidad en la cosa más simple e inesperada.

—Yo disfruto luchando por lo que quiero, que no sea fácil y que me cueste mucho trabajo y esfuerzo conseguirlo. Yo quiero... quiero despertarme por la mañana y darme una ducha fría y... Y acostarme por las noches con la sensación de haber hecho las cosas bien. Quiero viajar y descubrir otras culturas. Quiero tener hijos... —abro los ojos, sorprendida y alucinada. Él sonrío y me mesa el pelo en ese movimiento que tanto me gusta y me relaja—. No ahora —aclara—, pero sí algún día. Quiero conocer a alguien que me haga perder la cabeza, que me haga volar, quiero acariciar a la mujer que amo y erizarle los vellos de la piel, quiero que suspire con mis besos. Quiero amarla y hacerle el amor a cualquier hora del día... Y sobre cualquier superficie —sonríe y me guiña un ojo—. Y todo... —vuelve a ponerse serio—, todo rodeado y envuelto de una melodía... La música siempre formará parte de mí y me acompañará durante toda mi vida... Nada tendría sentido sin música...

—Quiero que me besen bajo la lluvia —musito de golpe—. Me gustaría ver en concierto a Coldplay y cantar hasta quedarme sin voz. Quiero sentirme parte de alguien, que me demuestre que le importo más que cualquier otra

cosa, que me anteponga... a todo, incluso a su trabajo... —susurro esto último, apenada, recordando a Sebastian—. Quiero... Me haría inmensamente feliz... —me quedo en silencio y miro al suelo, avergonzada.

—¿Qué, Nerea? ¿Qué te haría feliz? —me clava la mirada y me pierdo irremediabilmente en ella; tanto que me emociona y dos lágrimas ruedan por mis mejillas. Él las besa y me abraza con fuerza. Entierro la cara en su pecho y siento su respiración, acompasada, y me pego más a él. Comienzo a llorar y me consuela, acariciándome y besándome la sien. No sé decir cuánto tiempo nos quedamos así, sin hablar, sin movernos, solo sintiéndonos, abrazados y haciendo caso omiso al ligero silencio.

—Llévame a casa. —Es lo último que digo antes de llegar a la puerta de nuestro edificio. Pablo aparca el coche junto a la acera y subimos en el ascensor abrazados. Él con la espalda apoyada en el cristal y yo con la mía sobre su pecho, nuestras manos quedan entrelazadas en mi vientre. Las puertas se abren y salimos sin soltarnos. Introduce la llave en la cerradura de su piso, empuja la puerta y me lleva con él. Casi ni me empuja, pero una fuerza más enérgica que nosotros mismos nos atrae el uno hacia el otro. Llegamos a su habitación y nos despojamos de la ropa en silencio, mirándonos a los ojos, despacio, sin prisas ni arrebatos de pasión. Nos quedamos desnudos, de pie, uno frente al otro. Sube una mano hasta mi cuello y con un dedo pinta una línea imaginaria hasta mi vientre, pasando por en medio de mis pechos, sin parar en ninguno de ellos. Encojo el estómago cuando hace espirales sobre él. Acerca su boca a la mía y me besa en la comisura de los labios. Se aparta y me empuja hacia atrás, tumbándome sobre la cama, dejando su cuerpo sobre el mío sin llegar a aplastarme. Vuelve a besarme, con mucha calma y devoción. Sus manos se pierden bordeando mi cuerpo, acariciando cada rincón. Se abre hueco entre mis piernas, que yo flexiono para recibirlo. Nuestras respiraciones se mezclan y casi puedo jurar que crean una magnífica y sincera sinfonía.

—Nerea... —musita, sin apartar su mirada de la mía.

—Pablo...

Me acaricia el pelo y coge aire con fuerza.

Me abre más las piernas con sus rodillas, pone la punta de su miembro en la entrada de mi vagina y empuja, introduciéndolo solo unos centímetros. Gimo sobre su boca y él jadea.

—Pablo... prometiste que hoy no follaríamos...

—Cariño... —me mesa el mentón—, te voy a hacer el amor. Es mi

primera vez, tal vez tú puedas enseñarme...

Los ojos se me llenan de lágrimas. Levanto la pelvis para meter su polla hasta el final y lo noto vibrar. Los dos jadeamos al unísono sin dejar de mirarnos.

Pablo comienza a entrar y salir paulatinamente, sin dejar de regalarme besos y regar con ellos cada centímetro de mi piel. Empiezo a respirar con dificultad, casi ahogándome; entra y sale de una forma demencial, haciéndome perder la cabeza y la razón. Me acaricia con suavidad, me lame, susurra mi nombre al oído y yo me dejo llevar. Paseo las manos por su torso duro y lo siento tan turbado como yo con la situación. Sube la mano derecha hasta mi cuello, lo agarra y pega mi boca a la suya; y perdemos un poco el control. Lo escucho respirar con ímpetu y empuja sin contención. Pego un grito y echo la cabeza hacia atrás. Sale en igual medida y vuelve a entrar. Sus movimientos, cada vez más rápidos y desesperados, me lanzan a otro lugar. La punta de su polla llega hasta la parte más profunda de mí y mi cuerpo se desbarata. Mi boca se abre soltando un jadeo seco. Él sigue con su ritmo demencial y pierdo la cabeza. Entra y sale sin parar, deslizándose sobre el mío, buscando y encontrando cada zona erógena de mi piel. Me corro entre gritos. Pablo lo hace al mismo tiempo sin dejar de empujar, hasta derramarse entero y calentar todo mi ser. Detiene el ritmo y sus ojos, vidriosos y culpables, se fijan en los míos.

—Lo... lo siento... —se disculpa con la voz ronca y entrecortada.

—¿Por qué? —le acaricio la frente, confundida.

—Tal vez no sepa hacer el amor... —cierra los ojos y apoya su frente en la mía.

Agarro sus mejillas, lo separo unos centímetros y le obligo a que me mire.

—Pablo... nunca nadie me había hecho el amor así... —susurro.

Hincha el pecho y cierra los ojos.

—Nerea... —le tiembla la voz.

—No digamos nada, Pablo. Prefiero sentir y no pensar en nada más.

Sale de mí y parte de su simiente se desliza entre mis piernas. Se tumba a mi lado, me abraza y me pega a él.

—Tú... tú eres mi música, Nerea —susurra—. La melodía que lo impregna todo de cosas bonitas.

Unos minutos después de su confesión volvemos a hacer el amor. En este caso, se lo hago yo a él.

LO QUE QUIERO DE LA VIDA Y LO QUE CREÍA QUE QUERÍA

Salgo de la cama a hurtadillas cuando todavía ni ha salido el sol. Me encierro en mi piso y un torrente inesperado de llanto y desazón se apodera de mí. No puedo amar a Pablo, no puedo enamorarme de él. Pero lo cierto es que algo dentro de mí, una voz más fuerte que todo lo conocido hasta ahora, me grita que llego demasiado tarde, que el desastre ya ha ocurrido y que me prepare para lo que se avecina. Lloro, lloro mucho pensando en mi marido, en lo que siento por él y dónde queda ese sentimiento en todo esto. Dejo que mis emociones me lleven a un lugar donde la razón no tiene lugar y quizás encuentre las respuestas que busco, pero me doy cuenta de que ni siquiera sé cuáles son las preguntas correctas.

Llamo a Carol entre lágrimas y media hora después se presenta en casa con Rocío, a la que ha recogido de camino aquí. Les pongo al día de mis sentimientos y, conforme voy abriéndoles mi corazón, me doy cuenta del sentimiento de culpabilidad que me aplasta el alma. Es como si le estuviera siendo infiel a Sebastian. Me siento... mala persona.

—No sé cómo ha ocurrido... Me he enamorado de él —me toco la frente con ambas manos.

—Esto se venía venir. Tú no sirves para tener un *follaamigo* —sentencia Carol.

—Siento tener que darle la razón —comenta Ro.

—Tú tienes parte de la culpa —le reprende—. Tú la animaste a ello.

—Así no me ayudáis en nada —las miro y me quejo.

—¿Qué quieres? Te lo dije —Carol me apunta con el dedo.

—Parece que disfrutas viéndome así —y me refiero a hecha una piltrafa humana, con el pelo revuelto, unas ojeras descomunales y más perdida que una lagartija en el desierto del Sahara.

—¿De verdad piensas que me gusta ver cómo destrozas tu vida?

Abro los ojos de par en par.

—¿En serio me dices eso? No sé si recuerdas que cuando dejé a Sebastian

te pareció una buena idea...

—Claro que me la pareció. ¡Llevabais mal mucho tiempo! Pero ¿de verdad crees que tu futuro está al lado de un niño lleno de tatuajes al que lo único que le importa es cantar con su banda de rock? ¿Crees que eres la única a la que se tira?

—¡Tú no lo conoces de nada! —me levanto con ímpetu y me voy a la cocina a beber un poco de agua.

—Te has colado —escucho que le recrimina Rocío.

—Tú piensas lo mismo, pero por alguna razón que se me escapa, no le dices nada... Con lo *bocachanclas* que siempre has sido...

—Estoy aquí —me hago presente y callan.

—Joder, Nerea. Te dije que te lo tirarás, que disfrutaras. No que te enamoraras de él —Ro suspira, apesadumbrada.

Me desplomo de espaldas sobre el sofá, cierro los ojos y respiro.

—Siento que seamos tan duras, Ne. Solo queremos que veas las cosas con perspectiva —Carol se sienta a mi lado y me acaricia el brazo con ternura.

La miro.

—Estoy bien jodida.

—¿Qué siente él?

—No lo sé. Y... ¿acaso importa?

—Tal vez sí. Quizás... —lo piensa mejor y calla.

—Habla con él, nena —me aconseja Ro—. Sé sincera con él.

—Lo más probable es que salga corriendo en cuanto se entere —me duele reconocerlo, pero pasará.

—Tienes dos opciones: o se lo dices, o te alejas. En unos meses lo habrás olvidado.

Parece fácil, pero en realidad no lo es. Ahora mismo veo más factible averiguar el secreto de los ingredientes de la Coca Cola que hacer una elección, sobre todo porque con las dos pierdo lo que quiero, lo pierdo a él.

Seguimos hablando sobre los pros y los contra de mantener una relación que no va a llegar a ningún sitio y las tres llegamos a la misma conclusión: dejarlo ahora que la cosa aún no se ha puesto demasiado intensa.

No necesito pensar cuándo hablar con él porque el timbre suena y sé perfectamente quién llama. Abro la puerta con Carol y Rocío detrás, ambas poniéndose los abrigo y preparándose para marcharse.

—Hola... esta mañana te fuiste... —deja de hablar cuando las ve—. Puedo venir en otro momento.

—No te preocupes, ya se iban. —Las despido con dos besos y miradas cómplices. Les doy las gracias por lo bajini y cierro la puerta, quedándome a solas con él.

Este se acerca a mí, me rodea con los brazos la cintura y me da un beso distraído en la mejilla.

—Vine esta mañana a invitarte a desayunar, pero no estabas.

—Sí estaba... Necesitaba... Necesitaba pensar —respondo toda lo fría que puedo.

Lo veo arrugar el ceño. Apoyo las manos sobre su pecho y lo aparto hacia atrás. Giro sobre mis pasos y me dirijo al salón. Él me sigue, desorientado.

—Pablo... Verás...

—¿Qué pasa, Nerea? —da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás.

—Tú... —suspiro—. Lo hemos pasado muy bien juntos... pero... —trago con dificultad—. Lo mejor será que dejemos de vernos... Esto... —nos señalo a los dos—, esto no volverá a pasar.

—¿Qué no volverá a pasar? —se cruza de brazos y levanta el mentón—. ¿De qué cojones estás hablando? —alza la voz, sorprendido y enojado.

—Nosotros... lo nuestro... No nos volveremos a acostar. Bueno... no solo me refiero a eso...

—¿A qué te refieres entonces?

—Tú y yo, Pablo. Lo mejor será que...

Descruza los brazos, los deja junto a los costados y aprieta la mandíbula.

—¿Qué quieres decir?

—Que se acabó. El juego que teníamos ha terminado.

—¿El juego? ¿Para ti esto es un juego? —grita demasiado alto.

—¿Para ti no? —levanto una mano, enfadada. No contesta, solo me clava su mirada—. Vamos, Pablo, ¡no soy imbécil! No me hagas creer que soy la única con la que te acuestas.

—¿Qué te hace pensar lo contrario? —ladra sobre mi cara.

—Eres el jodido cantante de una banda de rock cada vez más conocida. ¡He visto con mis propios ojos cómo las tías se te tiran encima y tú no las apartas! ¡Te dan su teléfono y... se dejan que les firmes las tetas!

—¿Eso es lo que piensas que soy? Ya te lo dije una vez. ¡Soy Pablo, joder! No me puedo creer que seas como toda esa gente de la que huyo, ¡como todo ese mundo que me trata como si fuera un dios solo porque les hago ganar mucho dinero! Trato así a la gente porque es lo que se espera de mí, porque... —para y coge aire. Me duele lo que dice— ¿Sabes qué? No

importa, creí que eras diferente, creí que lo nuestro lo era...

—¿Qué es lo nuestro, Pablo? —me encaro con él—Follamos porque se nos da de miedo, ¿recuerdas? Tú no buscas una relación ni nada serio en las mujeres... Así que no creo que te importe que acabe, tendrás miles con las que...

Veo un haz de oscuridad cruzar su mirada. Me agarra de los hombros, me acerca a él, pegando nuestros cuerpo y susurra sobre mi boca.

—¿Lo de anoche no significó nada para ti?

Respiro con dificultad y noto la piel de sus labios, ardientes, a dos milímetros de poder morderla.

—Pablo... —cierro los ojos y una lanza atraviesa mi corazón.

—Dímelo...

—No puedo...

—¿Por qué? —pregunta sobre mi boca.

—Me destrozarás... —trato de separarme, pero me mantiene pegada a él.

—¿Qué te hace pensar eso? —me acaricia desde la sien hasta el cuello—. ¿Es por él? ¿Es por Sebastian?

—No... —trago y lo empujo con más ímpetu—. Vete. Por favor.

Se retira y me mira, irritado.

—¿Y ya está? ¿Se acabó?

—Podemos ser amigos...

—Yo no quiero ser tu amigo —me corta, seguro y cabreado.

—No, tú quieres follar y eso no volverá a pasar —contesto con crueldad.

—Vete a la mierda, Nerea. No te enteras de nada —escupe. Nos retamos con la mirada durante unos segundos y exploto.

—¿No me entero de qué, Pablo? ¿De qué? Porque follar es lo que hacemos. ¡Follar! —le grito en la cara—. Lo has repetido un montón de veces. Y eso terminará en algún momento; y seguro que será cuando a ti te dé la gana. Lo que te molesta es que sea yo quien le ponga fin a esto. ¿Qué pasa? ¿Nunca te han dicho que no? ¿Nunca te han rechazado? ¿Te sientes abandonado? Permíteme dudar de que tu ego se vea ultrajado porque una mujer de treinta y cuatro años le diga que no quiere saber nada más de él.

Un denso silencio se instala entre nosotros.

—Me voy, no tengo por qué escuchar esto —se gira y camina hasta la puerta.

—¿Qué? ¿Duele que te digan la verdad? —chillo a su espalda.

Da la vuelta y, de dos largas y rápidas zancadas, se detiene a pocos

milímetros de mí.

—¿La verdad? No creo ni una puta palabra de lo que dices.

—Te he dicho lo que pienso todo lo claro que he sabido. Si tú no lo quieres ver, es tu problema.

—Está bien. Tú ganas —me suelta y un sentimiento de abandono se apodera de todo mi ser—. Creí que eras diferente a ellos, creí que eras sincera conmigo —sus palabras me rompen por dentro—. Se acabó. —Camina hasta la puerta, la abre y dice mirando hacia atrás—. Adiós, Nerea. Espero que te vaya bien.

El portazo que da no solo retumba en todo el edificio, también remueve los cimientos de mi corazón. Caigo de rodillas al suelo y comienzo a llorar. No sé cuanto pasa hasta que me levanto, me doy una ducha y salgo a dar un paseo. Me aterroriza admitir que el sentimiento de abandono que me ronda es infinitamente más grande que el que sentí cuando abandoné a Sebastian, así que trato de ignorarlo y lo aparto de mi mente y de mi corazón.

La semana pasa lenta y dolorosa para mí y para todos los que están a mi alrededor. El lunes quedo con mis amigas y les cuento lo ocurrido, ellas tratan de animarme invitándome a merendar en una de mis cafeterías preferidas. Me hartó de chocolate y de helado sabor melón y me voy a casa cabizbaja, pero con el estómago lleno. Una vez le pregunté a Siri cuál es la clave de la felicidad y ella no dudó en contestarme que todos coinciden en que es el chocolate. Bueno, si Siri lo dice, por algo será. No me encuentro a Pablo en el rellano y entro en mi piso con una doble sensación: por un lado la decepción de no coincidir con él por casualidad y apaciguar las tremendas ganas que tengo de verle; y por otro, la tranquilidad de no empeorar la situación entre los dos si vernos va a significar volver a gritarnos como lo hicimos. El miércoles, Joel está a punto de abrir una ventana de la oficina y tirarme por ella, o tirarse él, cambia de opinión según el momento y mi estado de ánimo. El jueves salgo a comer con él y con Toni y consiguen hacerme reír contándome la disfunción eréctil que ha sufrido este último porque Joel le mordió demasiado fuerte, llevándose parte de la piel. Casi me explota la cara del sofoco y rompo a carcajadas sin control. El viernes me encuentro mucho mejor y salgo a tomar unas copas con Cristina a la que no veo desde hace demasiado días. Hablamos de todo lo que nos ha ocurrido últimamente y nos ponemos al día. Por supuesto, obvio mi «no historia» con Pablo y me centro en el trabajo y en las dos citas con Michelle. Me anima a

enviarle un mensaje y lo hago. Me responde que volverá la semana que viene y que está deseando verme. Su respuesta no crea ni una leve sonrisa en mí, pero decido que centrarme en él y olvidarme de Pablo será lo más sensato. Pedimos otras dos copas de vino a la camarera y el móvil de Cristina, que vibra sobre la mesa, comienza a sonar. Leo «Pablo» sobre la pantalla y trago con dificultad.

—Hola, ¿te has sacado ya el palo de escoba del culo? —...—El imbécil eres tú. No sé qué te habrá pasado, pero estás gilipollas perdido —...—Si, no hay quien te aguante —...—. ¿Qué quieres? —...— No puedo, estoy con Nerea —...—. Pues no sé. Emborracharnos, buscarnos a dos tíos y tirárnoslos en el baño de un bar —... ..— Jajaja ¿Qué más te da? Lo hago por mi hermana. Necesita follar. A ella también le han metido un palo por el culo esta semana.

Abro los ojos de par en par y le doy un tortazo en el hombro.

—No sé... estás de lo más pesado... —...— Vale, espera un momento — se aparta el teléfono de la oreja y me lo ofrece—. Toma, es Pablo. Quiere hablar contigo. No sé qué del piso —abro los ojos y me retiro unos centímetros—. Toma —repite—. Voy al baño un momento —me lo da y, resignada, me lo llevo a la oreja.

Pierdo de vista a Cristina en el fondo del salón.

—¿Qué quieres, Pablo? —pregunto, cansada. Me cuesta mucho luchar contra lo que siento por él.

—Tú no bebes, Nerea. ¿Qué te hace pensar que es buena idea empezar hoy?

—No tienes que preocuparte. No somos amigos, ¿recuerdas? Dejaste bastante claro qué es lo único que buscabas en mí.

—Nerea —me reprende.

—Pablo —contesto insolente—. Si no tienes nada más que decir...

—No bebas, no te sienta bien. Por algo no lo sueles hacer.

—¿Qué sabes tú de eso? Hoy voy a emborracharme y... sí. A lo mejor me follo a alguien en el baño de un bar.

—Nerea... —noto su crispación.

—Adiós, Pablo. Espero que te vaya bien —me despido de él con la misma frase con la que él lo hizo conmigo hace una semana, y cuelgo.

En ese momento, Cristina llega a la mesa, toma asiento y pregunta:

—¿Qué te ha dicho?

—Que lo pasemos bien —le devuelvo el teléfono.

—¿Nada más? Parecía que se te estaba inundando el piso o algo peor.

La descerebrada de mi hermana y yo lo damos todo durante más de cinco horas al más puro estilo *Resacón en las Vegas* en varios garitos de la ciudad. Hay diferencias con la película, pues ni nos drogamos ni perdemos totalmente la cabeza y el sentido. Yo no bebo demasiado, dos gin-tonics que, unidos a tres copas de vinos, se me suben a la cabeza bastante rápido y más de lo que quisiera. Cristina pide su cuarto Barcardi con Coca Cola y baila sobre una especie de jaula en medio de la pista. Me gustaría contar que baja por su propia voluntad, sin embargo, son dos gorilas los que la obligan a descender del escenario para que una auténtica gogó pueda deleitar al personal con un baile profesional y no con uno destartalado y arrítmico. A las cinco de la mañana, Cristina llama a Lucas, que viene a recogernos y pasa, por el gesto, a caerme bien al instante. Tal vez me equivoque con él, desde luego voy a concederle el beneficio de la duda. Durante el trayecto me da hasta un poquito de pena, sé lo pesada que puede llegar a ponerse mi hermana cuando ha bebido demasiado, y no deja de meterle una especie de palito por la oreja y la nariz. Él le riñe, diciéndole que va a provocar un accidente, pero acto seguido le acaricia la mejilla en un gesto de lo más cariñoso y fraternal. También tiene que aguantarnos cantando canciones de Ariana Grande (esto lo negaré mañana) a voz en grito y abrazándonos en una exaltación del amor. Aparca en doble fila en la puerta de mi edificio y me ayuda a bajar del coche. Me pregunta si puedo caminar sola y le respondo que por supuesto que sí.

—Mira —lo insto a que observe cómo pongo un pie después de otro, pero trastabillo y me agarro a él, que me endereza y se ríe.

—No te preocupes, yo me ocupo de ella —escucho la voz de Pablo, con un tono demasiado duro, detrás de mí.

—Toda tuya, colega —me empuja hacia él y este me agarra de un brazo y me pega a su costado.

—¿Cristina está bien? —le pregunta mirando hacia el coche. Mi hermana duerme con la boca abierta, babeando.

—Mañana le dolerá la cabeza, estoy seguro. — Se despiden y escucho el motor acelerar y alejarse.

Miro hacia arriba y me encuentro con la mirada de Pablo, fija en la mía y más gélida que la noche.

—Suéltame, no necesito tu ayuda —tiro del brazo, pero no consigo soltarme. Se agacha, agarra mi muñeca derecha y rodea su cuello con ella.

Camina conmigo casi en brazos.

—Hueles fatal.

—Creo que Cris me vomitó encima —barrunto.

—Seguro que lo habéis pasado de lujo —comenta con cinismo.

—Pues la verdad es que sí. Mucho mejor que tú, seguro. Y eso que no he follado con nadie en ningún centro comercial —parloteo—. ¿Tú has follado? Seguro que sí. Y, ¿sabes qué? Me da igual... ya no somos amigos, ni quiero serlo. No eres un buen amigo... —el alcohol me suelta la lengua, una de las razones por las que no me gusta beber.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? Vas a despertar a todo el vecindario —me deja caer en la pared del ascensor y pulsa el botón de subida.

—¿Te has tirado a alguien o no? Me gustaría saberlo... Yo qué sé, por curiosidad... —insisto, clavándole el dedo índice en el pecho.

—No, esta noche no.

—¿Ninguna mujer ha querido follar contigo hoy? Pobrecito —le acaricio la cara y me agarro al cuello de su chaqueta cuando noto que el habitáculo se mueve en círculos. Cierro los ojos y respiro.

—He sido yo quien no ha querido —contesta, arrogante.

—Llevas razón. Se me olvidaba con quién estaba hablando. Eres el jodido Pablo Aragón —resbalo la espalda hacia abajo hasta sentarme en el suelo con las piernas flexionadas y tapándome la cara con los dos antebrazos.

Pablo se arrodilla delante de mí.

—Vamos, levanta. Hemos llegado.

—No quiero, déjame —lloriqueo.

—No me jodas que te dejo aquí.

—Pues dejamé.

Lo escucho suspirar. Me coge en brazos y para frente a mi puerta.

—Nerea, ¿y las llaves de tu casa?

—¿Mmm? En mi bolso.

—Aquí no están. ¿Tienes otras?

—En uno de los cajones del salón —musito, rodeando su cuello con ambas manos—. He soñado que te besaba todas estas noches... —le mordisqueo el cuello.

Me despierto con un dolor de cabeza considerable. Otra de las razones por la que con veinte años decidí que beber no es una buena decisión. Solo tengo que abrir un ojo para darme cuenta de que retozo en la cama de Pablo y no en

la mía. Trato de recordar lo que pasó la noche anterior. Juraría que no follamos, pero tampoco apostaría mis zapatos; una nebulosa oscura no me deja aclarar mis pensamientos del todo. Me incorporo y me tambaleo. Tomo asiento en el filo de la cama y me doy cuenta de que solo llevo una camiseta y las bragas. Meto la cabeza entre las piernas y trato de no hiperventilar. «Nerea, muy mal...».

—¿Estás bien? —me pregunta Pablo, de pie, con los brazos y las piernas cruzadas, apoyado en el vano de la puerta.

—Todo me da vueltas. No bebí tanto como para merecerme esta resaca.

—Supongo que no estás acostumbrada —habla en tono neutro—. He preparado café —se gira.

—¿Nos acostamos anoche? —lo paro antes de desaparecer por el pasillo.

—No —me mira—. Pero no porque yo no quisiera.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijiste que estarías dispuesta a follar conmigo otra vez porque ni tu marido en diez años te ha follado como lo hago yo.

—Oh, dios —me tapo la cara—. Estaba borracha —me defiando, avergonzada.

—Tranquila, lo sé. Pero si tan claro tienes que no quieres acostarte conmigo, no vuelvas a desnudarte delante de mí. No soy de piedra —contesta, displicente. Me duele escucharlo porque Pablo no es así, al menos, no el que yo he conocido.

Camino detrás de él, le agarro del codo y lo detengo en medio del salón. Descalza como me encuentro, me saca dos cabezas. Me da igual, levanto el mentón y me hago la dura.

—¿Se puede saber qué te he hecho para que me trates así?

DE VUELTA A LOS DIECISÉIS

Ver cómo me mira, no me gusta en absoluto. Sé que fui yo la que hace una semana escasa le pedí que no nos viéramos más, pero no creo que me merezca que me trate así, de manera esquiva y desdenosa.

—Nada. No te trato de ninguna manera —contesta con indiferencia—. Vístete, estoy esperando visita.

—No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué es lo que tanto te molesta —me cruzo de brazos.

Lo veo que coge aire y lo suelta despacio, resignado.

—Nerea, eres tú quién ha decidido sacarme de su vida. No yo. Ahora, vete. No tenemos nada más de qué hablar.

—Yo creo que sí —pongo un brazo en jarra.

—Está bien —apoya el culo sobre el brazo del sofá—. Soy todo oídos.

Me quedo muda de repente. Intento decir algo, pero no me salen las palabras.

—Empieza ya, o la banda te va a ver medio desnuda. —Me miro y me doy cuenta de que lleva razón. Su camiseta casi cubre mis braguitas y caen por mis hombros dejando entrever el arco de mis pechos.

Comienzo.

—Te has convertido en mi mejor amigo, no quiero perderte...

—Esta bien, se terminó la conversación —me corta.

—¿Qué quieres que te diga? —levanto la voz, exasperada.

—Si vas a empezar con lo mismo, no quiero escucharlo.

—¿Y qué quieres escuchar?

—La verdad —se incorpora y para a un paso de mí.

Mierda de «Verdad» y de «Sinceridad». A veces hay que callarse las cosas por no hacer daño, o porque no nos lo hagan a nosotros. Mi padre siempre me ha dicho que «Con la verdad se llega a todas partes» y nunca había dudado de que fuera así, hasta ahora. Porque revelarle a Pablo mis sentimientos, solo provocará que se aleje de mí. Aún así, ya puestos, prefiero hablar con

franqueza y despedirme de él con valentía.

Cojo aire y decido abrirle mi corazón aunque esté firmando nuestra sentencia de muerte. Quiere sinceridad, pues ahí la lleva.

—Pablo... sé lo que éramos, pero a veces... A veces me confundías ¡me confundes! Comenzó a ponerse muy intenso, todo se complicó... —Me callo, esperando que diga algo, me corte y me eche a la calle, pero no lo hace—. Lo nuestro empezó como algo divertido, pensé que podríamos pasarlo bien juntos y que me ayudarías a superar mi ruptura con Sebastian —arruga levemente el ceño—. Vale, eso ha sonado muy mal. Lo siento —tuerzo la cabeza hacia un lado, tomo aire y sigo—. Nunca he follado con nadie por follar, siempre ha habido algo más. Creí que podría hacerlo contigo porque, además, se te da genial —ni se inmuta ante mi conato de broma—, pero no sé cuándo todo comenzó a ponerse intenso, al menos para mí. Pablo... dejaste de ser un pasatiempo mucho antes de lo que me gustaría reconocer —agarro el cuello de la camiseta y lo empujo hacia abajo como si me ahogara—. Yo... Yo... Pienso que acabar con esto es lo mejor porque... porque... Me he enamorado de ti.

Él sigue inmutable, mirándome con gesto indescifrable.

—Tranquilo. No tienes que decir nada. Tú me has obligado a que fuera sincera. Después de esta semana... —de mierda y desazón—. Olvídalo. Me visto y me voy, no quiero molestarte más; y no pienso convertirme en una *groupie* acosadora ni nada por el estilo. No volverás a verme... —De repente, me agarra de la cintura, me pega a él y une su boca a la mía, besándome como si también llevara toda la semana soñando con hacerlo. Durante unos segundos me quedo totalmente sorprendida con los brazos lánguidos a mis costados sin reaccionar, cuando me doy cuenta de lo que ocurre, los levanto, le rodeo el cuello y pego mi pecho al suyo.

—¿Te parece bien? ¿No piensas echarme a patadas? —musito entre beso y beso.

—Nerea —rodea mi nuca con una mano, nos separa dejando nuestros ojos a escasos centímetros uno del otro y clava su iris en el mío—, no sé lo que siento por ti, lo único que te puedo asegurar es que nunca lo he sentido por nadie —pega su frente a la mía sin dejar de mirarme—. No duermo pensando en ti y solo hago música si pienso en ti... —susurra sobre mi boca.

—Pablo... —acaricio su nombre y lo saboreo. Introduce las manos por debajo de la camiseta y me acaricia el costado.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo? —mueve sus labios de lado a

lado acariciando los míos.

—Escuché cómo le decías a Cris que yo no era nadie especial... —cierro los ojos por el dolor que me causa recordarlo—. Creí que me echarías de tu vida.

—Y decidiste echarme tú —sonríe, triste, y yo lo imito—. Mírame. ¿Te imaginas si le digo a tu cotilla hermana que he conocido a alguien que me vuelve loco? No me dejaría hasta descubrir quién es. Lo hice para protegerte.

Sus palabras me llenan de dicha.

—¿Qué vamos a hacer? —le acaricio la barba—. No quiero mentirle más a Cristina.

—¿Quieres que hablemos con ella? —riega de besos mi barbilla y mi cuello.

—Será lo mejor. —Noto que sube con las palmas de las manos hasta mis pechos y los acaricia—. Pablo... ¿qué haces? —me estremezco cuando me pellizca un pezón.

—Te voy a comer entera. ¿Te parece bien?

—Siii... —gimo al sentir que muerde el otro.

—Nena, llevo privado de tu cuerpo una semana, lo he echado mucho de menos —agarra el borde de la camiseta y me la saca por la cabeza dejándome casi desnuda ante él. Solo me cubre el cuerpo unas braguitas blancas muy pequeñas—. Te voy a destrozar —se muerde el labio inferior sin dejar de mirarme.

—Estabas esperando visita... —gimo cuando noto una de sus manos acariciarme el sexo por encima de la tela.

—No les abriré —aparta el encaje hacia un lado e introduce un dedo entre mis pliegues—. Estás empapada —hace círculos sobre mi clítoris—. Me encanta que te mojes tanto por mí... —mete el dedo con facilidad dentro de mi vagina y jadeo. Me agarro a sus hombros y abro más las piernas.

—Pablo...

—¿Qué quieres, Nerea? —bajo por su abdomen, le desabrocho el vaquero botón a botón y le saco la polla con las dos manos. Me muerde el labio inferior y jadea cuando comienzo a masturbarlo con lentitud.

—Haces que me sienta como un adolescente —echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Casi tienes edad de serlo —bromeo.

Se agacha, me da un mordisquito en un pezón y grito. Un dolor punzante me atraviesa el vientre y explota justo en el mismo sitio donde el hábil dedo

de Pablo me regala un inmenso placer. Lo saca y mete dos, mi cavidad se expande para hacerle sitio y me derrito. Nota el temblor de mis piernas y me empuja hacia atrás, me deja caer de espaldas en el sofá, baja las braguitas y acerca la lengua donde hasta hace dos segundos se movían sus dedos. Me lame de arriba a bajo. Con las manos abre los labios vaginales y succiona el clítoris catapultándome a otra dimensión.

Jadeo.

—Pablo... quiero tocarte... —musito, anhelando su miembro entre las palmas de mis manos.

—Ahora me tocarás. Disfruta. Quiero que te corras —vuelve a meter dos dedos, a la vez que me chupa mi zona más erógena. Le agarro del pelo y me vuelvo loca. Grito sin contención y mi cuerpo se zarandea al son de un brutal orgasmo. Él sigue lamiendo mi sexo, absorbiendo todo de mí.

Le agarro de los hombros, lo empujo hacia atrás, le obligo a sentarse con la espalda apoyada en el sofá, me subo a horcajadas sobre él, le agarro la polla, la pongo en la entrada de mi mojada vagina y caigo sobre ella, introduciéndola hasta llegar al fondo. De la boca de Pablo sale el más sexual sonido gutural que haya escuchado jamás y echo la cabeza hacia atrás absorbiendo todo el placer.

Me agarra de la nuca con la mano derecha y me atrae hacia su boca. Me lame el labio inferior y me muerde el superior. Sus gemidos chocan con los míos e introduzco mi lengua en su boca y paladeo el sabor de mi sexo. Me muevo hacia arriba y caigo de nuevo en un movimiento seco y controlado.

—Quieres matarme, Nerea...

Reproduzco el movimiento y ambos gritamos.

—Muévete más rápido o me explotan los huevos. —Hago caso omiso a su petición y subo y bajo sin prisas pero con mucha fuerza.

Los ojos de Pablo se vuelven de un tono mucho más oscuro. Me agarra de las caderas, se levanta conmigo encima y aún dentro de mí, pega mi espalda a la pared más cercana y me empala sin compasión.

Grito.

—Llevo —sale— toda —entra— la jodida semana —sale— tocándome —entra— pensando en ti —sale—. No juegues conmigo, Nerea —me agarra del cuello y me besa, dejándome sin resuello—. Déjame follarte como los dos necesitamos. —Abro la boca para coger aire y él comienza a salir y a entrar de mí, desesperado. Mi espalda golpea la pared con sus enérgicos movimientos.

Jadeo.

Jadea.

Grito.

Grita.

Entra y sale, desmedido.

Entra y sale, sin contención.

—Me... voy... a correr... Pablo. No puedo más.

Me separa de la pared, me tumba sobre el suelo y sigue con sus magistrales y potentes movimientos. Se aferra a mis caderas con tanto ímpetu que sé que me dejará marca.

Sale, para un segundo, me mira a los ojos y empuja con brío.

—Joder —gime. Me agarra del pelo y apoya la frente sobre la mía— Eres la puta hostia, Nerea.

Sigue con sus potentes acometidas.

—No me dejes nunca —gime. Noto su semen esparcirse, ardiente, dentro de mí y me corro de una manera que ni comprendo. Lo que acaba de decir ayuda a que el placer se multiplique y termine por perder la cabeza por él.

Apoya la frente entre mis pechos y gruñe. Le acaricio el cabello sin parar de jadear.

En ese momento llaman a la puerta con varios golpes.

—Joder —musita.

—Abre, hombretón. Sabemos que estás ahí. Os hemos escuchado follar —grita la voz de Chaise a través de la madera.

Me remuevo para levantarme, pero Pablo me lo impide. Se sienta en el suelo conmigo encima y sin salir de mí.

—Que se vayan a la mierda. No he terminado contigo —sonríe, perverso—. Tenemos que recuperar el tiempo —levanta la pelvis y lo noto, de nuevo, erecto y preparado.

—Abre, tío. Déjanos participar —sigue Robbie.

—¡Largaos! —grita Pablo, agarrándome de la cintura.

—¿Tú y ellos...? —se me pasa por la cabeza la idea de todos ellos y una orgía.

—No preguntes —me besa con pasión.

Sí, será lo mejor.

Una hora y media más tarde y después de follar en el salón, la cocina (a la que hemos ido a intentar comer algo y he terminado con los pechos sobre la encimera y Pablo dándome por detrás) y el baño (en el que se la he chupado

hasta quedarme satisfecha), me visto y me despido de él en el vestíbulo.

—¿Cómo piensas entrar en tu casa? Anoche no tenías llaves —arruga el entrecejo.

Abro el bolso, tiro de una cremallera lateral, las saco y se las enseño.

—¿Dónde estaban? No logré encontrarlas.

—Venga, no disimules. Lo que querías era dormir conmigo —le sonrío.

—Me has pillado —se acerca a mí y me da un beso en la mejilla—. Me moría por dormir contigo.

—Lo sé, yo también —me estremezco cuando me muerde el cuello.

—Vete, o no salimos de aquí en todo el día. En cuanto termine de ensayar con los chicos, te llamo.

Paso la tarde recorriendo tiendas y mirando escaparates. Me gasto parte del sueldo del mes en un bolso y un par de pares de zapatos (tiro de tarjeta de empresa que para eso es mía). Cristina me llama justo cuando decido sentarme a tomar un café en una terraza repleta de plantas y mobiliario desvencijado (viejo pero de lo más *cool*. Cosas modernas). Dejo las bolsas sobre la silla que tengo al lado, me quito las gafas de sol, las pongo junto al café que me acaban de servir y descuelgo el teléfono.

—¿Qué te pica?

—No te gustaría saberlo. Además, tampoco quiero ponerte los dientes largos alardeando de mi espléndida vida sexual —me la imagino sonriendo de oreja a oreja. Escucho un pitido y un frenazo—. Tú, ¿te crees Fernando Alonso? ¡Mira por donde vas! —le grita a alguien.

—Cris, ¿vas conduciendo?

—Tranqui, llevo el manos libres. Un subnormal se ha saltado un semáforo en rojo.

—Un día de estos te van a dar un señor guantazo.

—Que se atrevan.

—¿Qué querías? —le doy un sorbo al café y abro Instagram.

—He hablado con Pablo hace un momento —me atraganto—, lo he invitado a cenar esta noche en casa para que conozca mejor a Lucas y me gustaría que tú también vinieras.

—Vale.

—¿A eso de las diez?

—¿Vas a cocinar tú?

—Claro que no, ¿quieres morir envenenada? Lucas se ha ofrecido, se le da bien.

—Al final va a resultar el hombre perfecto. Entonces, ¿no llevo nada?

—Trae un buen vino.

Le cuelgo a mi hermana y, no me da tiempo a dejar el teléfono sobre la mesa y dar un sorbo al café, que vuelve a sonar. Una sonrisa de oreja a oreja se instala en mi rostro cuando leo su nombre en la pantalla. En serio, no recordaba lo que el amor *agilipollea* a una persona. A mí, en concreto.

—¿Sí? —musito, tratando de esconder la emoción.

—Puedo estar en tu casa dentro de una hora. Dime que me esperarás empapada y desnuda —susurra libidinoso.

Hala, acabo de mojar las bragas. Aprieto los pantorrillas y trago con dificultad. Miro a todos lados como si alguien pudiera averiguar lo que Pablo Aragón acaba de decirme por teléfono. Me pongo las gafas de sol como si estas tuvieran el poder de la invisibilidad y le sigo el juego.

—¿Boca arriba o a cuatro patas? —Me tapo la boca con la mano para que nadie pueda leerme los labios (en el hipotético caso de que alguien supiera hacerlo).

Lo escucho respirar.

—Joder, Nerea. Llevo todo el día empalmado. Parece que tengo dieciséis años. Están a punto de salirme granos.

Me río.

—Eres idiota.

—Un idiota que no deja de pensar en ti.

Suspiro.

—¿Qué querías? —centro la conversación en otra cosa o me corro sobre la silla, en medio de una terraza llena de gente y dándome el sol en la cara a través de la cristalera.

—¿No te lo he dicho ya? Correrme dentro de ti —lo escucho sonreír.

—¡Pablo! ¡Hablo en serio!

—Y yo.

—Venga ya.

—Puff. Vuelvo a estar empalmado —sigue sin hacerme caso.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme?

—Si es lo que hago —se queja como un niño pequeño.

—Me ha llamado Cristina.

—Me estoy tocando la polla y me hablas de tu hermana. Ya se me ha bajado la erección. Qué manera de cortarme el rollo.

—Pues me alegro de que Cris no te la ponga dura —no se me borra la

sonrisa del rostro. Le doy un sorbo al café y lo vuelvo a dejar sobre la mesa —. Esta noche nos invita a cenar en su casa para que conozcamos mejor a Lucas.

—Lo sé. ¿Te recojo a las ocho?

—No hemos quedado hasta las diez.

—No he dicho que fuéramos a salir tan pronto. Tengo otros planes mucho más divertidos —simula una voz ronca que a mí llega al alma y a otras zonas mucho más erógenas.

Llegamos a casa de Cristina a las diez y media. Nos hemos entretenido bastante en eso que Pablo quería que hiciéramos antes de salir de casa. Subimos los dos pisos por las escaleras y llegamos al rellano. Me dispongo a llamar al timbre cuando me coge la mano y me para. Me agarra de la cintura, me atrae hacia él y me besa con muchas ganas. Unos segundos después me suelta y me tambaleo.

—No sé cuánto tiempo voy a tener que estar sin besarte —explica sin darle importancia.

Ahhh. Es eso. Me obligo a cerrar la boca.

Cristina nos abre con una sonrisa y me da un abrazo. Le da otro a Pablo y no hace alusión al hecho de que lleguemos los dos a la vez y juntos. Coge la botella de vino que llevo en una mano, me la quita y pregunta si hay que meterla en la nevera. A mi hermana no la saques del mundo de la cerveza que se pierde.

—No necesariamente, pero yo lo prefiero frío.

—¿Venís juntos? —pregunta. (Me retracto de lo dicho hace un segundo, pero no creo que piense nada indecente, lo comenta como si fuera obvio). Camina hasta la cocina y la seguimos. Veo a Lucas cortar pan.

—Si, ¿para qué traer dos coches si vivimos en el mismo edificio? —contesto, y Pablo me mira levantando una ceja.

—Llegáis tarde —mete el vino en el frigo.

—He tenido que esperar a que se cambiara de ropa unas... —lo piensa— tres veces —habla Pablo a mi lado bajo el quicio de la puerta. Tres son las veces que me ha empotrado contra alguna superficie.

—Hola —Lucas nos saluda con un afectuoso apretón de manos—. Espero que os guste la cena. Cristina me ha dicho que coméis de todo.

Pablo sonrío lascivo y yo le doy un codazo disimulado.

—Yo soy alérgica a las almendras —informo. El roquero me mira

levantando una ceja, sorprendido.

—Venga, sentaos, ya está todo preparado.

La cena al principio pasa distendida. Lucas nos cuenta que alucinó cuando se dio cuenta de que Pablo era Pablo Aragón. Lo sigue desde hace tiempo. Noto que a este no le gusta hablar de él en ese sentido y lo adoro muchísimo más por eso. Diría que hasta se avergüenza de que lo admiren y lo reconozcan. Casi mato a Cristina cuando comienza a contar momentos indecorosos que me han avergonzado a lo largo de mi vida (como el día que me presenté al examen práctico del carnet de conducir y le poté al examinador en la entrepierna). Se la devuelvo detallando la vez que nuestros padres la pillaron haciéndole una paja al hijo del vecino detrás del jardín a la edad de catorce años.

—¿A ese cretino? —Pablo abre los ojos, asombrado.

—¿Qué pasa? A mí me gustaba —lo fulmina con la mirada.

—Pero si ni siquiera sabía hablar, no pronunciaba la erre y tenía algo en el cuello... una verruga roja... —se ríe a mandíbula abierta.

Mi hermana le da un guantazo en el brazo y le dice que se calle.

—Pues a ti, Adriana Martínez, te arañó la polla con los brackets —suelta, con malicia y se parte de la risa. Yo abro la boca y me carcajeo. Lucas alucina.

Miro a Pablo y levanto las cejas, él se encoje de hombros y seguimos inundando el pequeño salón de risas y anécdotas que a ninguno nos gustaría recordar.

Recogemos la mesa y nos sentamos delante del televisor, Cristina pone un canal de música inglesa. Comentamos los siguientes vídeos musicales que reproducen hasta que dejamos de prestarle atención. Lucas le pregunta a Pablo sobre su trabajo y este le contesta con normalidad, como si ser el cantante de una famosa banda de rock fuera lo más corriente del mundo. Vuelvo del baño cuando Cristina los manda a callar y sube el volumen de la tele. Me quedo de pie junto al sofá.

—Están hablando de ti —le dice a Pablo.

La presentadora, una chica muy atractiva y muy delgada, habla en inglés con el copresentador, un hombre muy atractivo y muy delgado, sobre la nueva conquista de Pablo Aragón, una mujer española y desconocida. Pablo me busca con la mirada, lo rehúyo y pongo atención en la noticia. No sale ninguna imagen de nosotros dos, solo de él con un montón de chicas con las que ha salido antes y una de ellas se repite en un montón de fotos.

«Me pregunto cómo se tomará la noticia Brittany Larson, su novia hasta hace un par de meses y con la que se le ha visto en numerosas ocasiones. Muchos medios afirmaban que habría boda a final de este año. Hasta se hablaba de un embarazo». Informa la presentadora.

«Sé de primera mano que todo esto le sorprende igual que a nosotros. Nuestra redacción ha hablado con la señorita Larson y no ha querido hacer declaraciones sobre el tema, pero se le ha visto muy afectada. Se les fotografió juntos hace solo unos días saliendo de un hotel...». Cuenta el presentador.

Siguen hablando, pero dejo de escuchar lo que dicen y miro a Pablo que ya tiene los ojos clavados en los míos. El estómago se me revuelve y el hígado me sube por el esófago hasta salir por la boca. De repente tengo unas tremendas ganas de vomitar.

UNA BOFETADA DE REALIDAD

Doy la vuelta sobre mis tacones y me meto en el dormitorio de Cristina. Cojo el abrigo, que está tumbado sobre la cama junto a los demás, y me lo pongo deprisa. «Soy idiota, pero ¿qué creía?», me digo mientras abrocho los botones con demasiada torpeza para una acción que realizo bastantes veces al día. Escucho que alguien entra y cierra la puerta. Respiro hondo y me giro. Pablo me mira apoyado contra la madera.

—Apártate. Quiero irme a casa —hablo con contundencia, intentando ocultar toda la decepción, el dolor y el enfado que pugnan por salir de mi garganta y arrasar con todo.

—Nerea, no puedes creer todo lo que digan los medios sobre mi vida —responde sereno.

—Me da igual lo que hicieras con esa chica o con cualquiera. No estábamos juntos, ni siquiera sé si lo estamos ahora.

—¿Y por qué estás tan enfadada?

—No estoy enfadada contigo, lo estoy conmigo, por pensar que no habría nadie más, que nuestra relación podría ser normal —doy un paso hacia delante—. Aparta, quiero salir.

—Solo me he acostado con una chica desde que nos enrollamos la primera vez. Y fue hace mucho —Le clavo la mirada. Lo recuerdo, fui a su casa con un CD en la mano con la excusa de escuchar un poco de música y lo pillé con las manos en la masa. Pasé tanta vergüenza que casi me muero. Vale, esa es una. ¿Tengo que fiarme de él cuando dice que no ha habido más?

—Me alegro —suelto muy cínica—. Quiero irme —repito.

—No —resuelve.

—¿Estuviste con esa Brittany en un hotel esta semana?

—Si —afirma sin ninguna duda en la voz—, pero... —Camino hasta donde está y lo empujo para apartarlo y poder salir. No quiero escuchar más —. Nerea —me agarra de los brazos y me detiene. No he conseguido que se mueva ni un centímetro. ¿Qué creía? Que podría con un tío como él?

—No me toques —intento soltarme y le golpeo el pecho.

Me aprieta contra él.

—¡Suéltame! —le grito a la cara.

—¡No te voy a soltar hasta que me escuches! —me agarra con fuerza las dos muñecas, me empuja hacia atrás y me acorrala contra una pared. Sube mis manos sobre mi cabeza y las deja ahí.

—Ya te he escuchado. Tú mismo has reconocido que estuviste con ella. —«Nerea, no llores», me digo a mí misma—. ¡Y eso fue hace solo unos días!

—Es verdad, fue el martes. He estado en Londres trabajando toda la semana. Salíamos de una reunión en la que también estaban los chicos; pero la prensa solo saca lo que le interesa, lo que da morbo, lo tergiversan todo.

—¿Quién es Brittany? —susurro.

—Es la hija de Arthur, mi mánager. Suele acompañar a su padre a las reuniones —En mis ojos pronto ve que no me refiero a eso exactamente. Deja de hacer presión sobre mi piel y sigue hablando—. Salimos durante algún tiempo. Es lo más parecido a una novia que he tenido. —Me remuevo y él me suelta del todo, pero no se aparta—. Nerea, tienes que creerme y confiar en mí. Esto pasará muy a menudo. A la prensa inglesa le encanta especular sobre mi vida —con el dedo índice y el pulgar me agarra el mentón y lo levanta para que lo mire—. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo, Pablo —suspiro—. Pero no sé si quiero formar parte de todo esto.

—Forma parte de mí, pero no soy yo.

—No sé... —suspiro, niego con la cabeza y aún así reflejo signos de muchas dudas y flaqueza en mi voz. Él roza con su boca la mía y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Una simple caricia y ya estoy perdida entre sus manos.

—Pablo... no puedo estar contigo pensando que podría haber otras.

Me agarra del cuello con ambas manos en ese gesto que tanto le gusta y pega mi cabeza a la pared.

—No hay nadie más, Nerea. Desde que volví a verte supe que estaba condenado a quererte —la punta de su nariz toca la mía con suavidad.

—¿Me quieres? —pongo mis manos sobre las suyas.

—No puede ser de otra forma. ¿Qué otra cosa te hace estallar el corazón? A veces creo que me dejas sin respiración. Como ahora... dime que lo entiendes y que vamos a intentarlo a pesar de que yo sea un gilipollas y mi mundo se esté volviendo cada día un poco más loco.

—Pablo... —cierro los ojos y me recreo en el beso suave y húmedo que comienza a darme.

—Dímelo —apoya la frente sobre la mía y no aparta ni un milímetro nuestras bocas.

—Haremos todo lo posible para que funcione —musito, y una breve sonrisa se dibuja en mi rostro. Al escucharme, en la de él también se pinta la misma mueca. Me agarra con más fuerza y me besa, esta vez de una manera mucho menos comedida y más escandalosa y erótica, tanto que se me escapa un pequeño gemidito.

—Para —le pido. No porque quiera, sino porque estamos en la habitación de Cristina y ella y su novio nos esperan al otro lado.

—No quiero —ronronea y sigue besándome.

Se escucha la puerta abrirse de par en par.

—¡Quita tus zarpas de mi hermana, cabronazo! —chilla Cristina bajo el vano de la puerta.

Pillados.

Oigo a Pablo chasquear con la lengua y apartarse unos centímetros de mí. Me agarra de la mano y yo entrelazo los dedos con los de él. Cris se da cuenta del gesto, aprieta la mandíbula y sale del dormitorio echando chispas.

La seguimos y nos quedamos de pie en el salón.

—¿Qué cojones está pasando? —Si las miradas matasen, Pablo y yo yaceríamos inertes sobre el suelo.

—Pétalo, íbamos a decírtelo esta noche.

—¿Qué me tenéis que decir? —nos señala a los dos.

—Cris, no te pongas así y escúchanos —le pido yo.

—¡No me lo puedo creer! —levanta las manos clamando al cielo—. ¡Te tiras a mi hermana! —lo señala a él—. ¡Te follas a la única persona en el mundo que me importa de verdad además de ti!

—A mí también me importa. Y no me la follo —asegura él con voz rotunda.

—Ah, ¿no? Y, ¿qué hacéis? ¿Quedáis para hacer punto de cruz? —grita fuera de sí.

—Cristina —intento acercarme a ella para tranquilizarla, pero Pablo me para.

—Pétalo, estamos juntos. Queríamos decírtelo, pero hasta hoy ni nosotros sabíamos muy bien lo que ocurría.

—Me parece perfecto —sonríe sarcástica, poniendo los brazos en jarra—.

De modo que lleváis como dos horas saliendo y ya os creéis que esto es serio.

—Es que lo es —digo, cada vez más enfadada, sin entender por qué se pone así.

—Hermanita —me mira—. Siento decirte esto. Pablo es mi mejor amigo, pero no sirve para tener novia. Nunca la ha tenido. Huye de las relaciones, ¡Él se tira a las tías, no se casa con ellas! ¿Cuánto tiempo crees que va a durar esto?

Me trago las lágrimas que pugnan por salir y le contesto.

—¡No lo sé! Pero a ti, ¿qué más te da? —le grito en la cara. Pablo me agarra de la cintura y me aleja un poco de ella.

—¡Claro que me da! ¡Por supuesto que me importa! ¿Qué pasará cuando mi hermana y mi mejor amigo lo dejen y se tiren los trastos a la cabeza? ¿Qué crees que pasará? Porque yo lo tengo muy claro.

—Eso no va a pasar —asegura Pablo.

—Ah, ¿no? —lo atraviesa con la mirada—. ¿Puedes asegurarme que estaréis juntos el resto de vuestra vida? —un denso silencio nos envuelve.

—Venga, no pasa nada. Vamos a tranquilizarnos —media Lucas, que no habla desde que empezó toda esta locura.

—Yo estoy muy tranquila —le contesta Cris y vuelve a dirigirse a nosotros—. ¿Qué pasará? ¿Qué ocurrirá cuando se acabe y no os podáis ni mirar a la cara? ¿Qué haré yo en medio de los dos?

—Nunca haremos nada que te ponga en un compromiso. Jamás te situaremos en una posición delicada —asegura Pablo, tanto como me hubiera gustado que le asegurase que lo nuestro no terminará jamás.

—Con todas las tías que hay, ¿tenías que fijarte en mi jodida hermana?

—Ha ocurrido sin darnos cuenta —me agarra la mano y la aprieta con fuerza—. No es un polvo, Cristina. Me he enamorado de ella.

Nos cuesta una hora convencerla de que lo nuestro va en serio. Bueno, no creo que se haya quedado muy convencida, pero le prometemos que nunca la meteremos en nuestros asuntos y se ha quedado más tranquila. Lucas sigue ganando puntos, nos ha defendido aún sabiendo que le costará una buena bronca con mi hermana y probablemente no folle en unos días. Volvemos a casa en el coche y en silencio. Pablo me pregunta en un par de ocasiones si estoy bien y le contesto con un escueto «sí», porque no, no lo estoy. Todo esto me ha hecho pensar en lo difícil que va a ser mantener una relación con una estrella del rock cada vez más conocida, mucho más pequeño que yo y mejor amigo de mi hermana.

—Venga, dime qué te ocurre —me agarra de la cintura y me atrae hacia él en el rellano de nuestro piso.

—No me gusta discutir con mi hermana —desvió la mirada para que no descubra que no estoy siendo del todo sincera.

—Ya está solucionado. Lo ha entendido —me acaricia el cuello con la yema del dedo pulgar—. Venga, dame un beso. Esta es una de esas veces que me cuesta respirar.

Lo miro y sonrío con tristeza.

—¿Por qué? —susurro.

—Porque sé que algo no va bien y que cualquier cosa puede pasar.

—No pasa nada. Solo... tengo miedo —lo miro y abro mi corazón.

—Yo también, nena. Todo esto es nuevo para mí.

—Pero Pablo... No sé si estoy preparada... No sé...

—Aprenderemos juntos. Encontraremos la forma de que nuestras vidas encajen. ¿Tú no escuchas la melodía?

Yo escucho a cada minuto la jodida Orquesta Sinfónica de Londres desde el segundo uno que te vi.

Esa noche la pasamos haciendo el amor. Pablo empujado dentro de mí con una lentitud pasmosa. Diciéndonos que nos queremos y que nada ni nadie nos separará. Me susurra al oído que yo soy su más bella melodía y que no le encuentra sentido a la vida sin mí. Durante horas intercambiamos fluidos. Yo debajo, luego encima. De lado, con sus brazos rodeándome la cintura, con una mano sobre mi vientre y otra acariciándome entre los pechos. Pierdo la cuenta de las veces que me corro y no tengo ni idea de cuántas se derrama él. Nos dormimos con nuestras extremidades enredadas en las del otro, con su miembro descansando dentro de mí y sus labios cantando muy bajito una preciosa canción que versa sobre dos amantes que mueren de amor.

Pero yo no quiero morir, Pablo. Yo quiero aprender a vivir de verdad y hacerlo a tu lado.

El domingo me levanto y llamo a Cristina por si aún quiere acompañarme a casa de nuestros padres a comer. La recojo a la una, después de escapar de las manos de Pablo y del misil que lleva entre las piernas. Eso no es normal. No hablamos mucho durante el camino. Me refiero a Cristina y a mí; el misil no me lo puedo llevar conmigo aunque quisiera. Intento establecer una conversación amistosa con ella, pero solo responde con monosílabos y ni siquiera me mira. Me duele porque, además de ser mi hermana, la considero

mi mejor amiga.

—Venga, Cris. Perdóname por no habértelo dicho antes, pero es que ni yo misma sabía lo que teníamos —digo sin apartar la vista de la carretera.

—No estoy enfadada por eso. Ni siquiera estoy enfadada. Me preocupa perderos a cualquiera de los dos —contesta ojeando el móvil.

—Eso no va a pasar. Jamás te daría a elegir entre él y yo.

—Sé que no lo harás, pero cuando... —rectifica—. Si lo dejáis, tal vez no querréis miraros a la cara nunca más y no me gustaría tener que fijar un calendario para veros.

—¿Por qué estás tan segura de que esto no tiene futuro? —pregunto sin enfadarme, con más pena que otra cosa.

Se encoge de hombros y no dice nada.

—Está bien, te entiendo —Aparco en la puerta de la casa de nuestros padres. Tiro del freno de manos y la miro—. No lo hemos hecho para molestarte, ha ocurrido sin más.

Ella abre la puerta, sale y no contesta, haciéndome saber que no quiere hablar más del tema. La respeto y decido que no meterla en esto incluye no contarle nada de mi relación. Me apena no poder compartir con mi mejor amiga mis sentimientos, pero tengo que respetar su decisión.

Mis padres se alegran de vernos y tenemos que escuchar cómo nuestra madre lloriquea y nos dice que no la queremos lo suficiente porque no la visitamos con la frecuencia que a ella le gustaría. Mi padre es harina de otro costal, me envuelve entre sus brazos y me besa con mucho amor. No digo que mi madre no lo sienta por nosotros, pero ella siempre ha necesitado más recibirlo que darlo.

—¿Todo bien? —pregunta papá sin más. Sé que no quiere agobiarme ni someterme al tercer grado, ese al que me somete mi querida progenitora poco después. No le miento, pero tampoco le digo la verdad. Digamos que adorno lo que acontece en mi vida y le ahorro los detalles con los que la podría matar. Y esto lo digo literal. Si le contara que mantengo una relación con Pablo, la estrella del rock, le daría un infarto y dejaría a mi padre viudo in situ. Puff, comienzo a agobiarme al caer en la cuenta de que algún día se lo tendré que decir. Y la mirada inquisitiva de Cristina no me ayuda en absoluto.

Terminamos de tomar el café junto a la chimenea, subo a mi habitación (que Carmela conserva como si yo aún viviera aquí o fuese a volver algún día) y busco en el armario el telescopio que me regalaron cuando era pequeña y con el que me evadía observando las estrellas. Saco todas las cajas de ropa

antigua y de trastos obsoletos y las pongo sobre el suelo y la cama. Las abro todas sin rastro de él.

—¿Qué haces? —Cris entra con un dulce de chocolate en una mano y una bolsa de patatas en la otra. Jamás entenderé el gusto ese tan raro de mezclar lo dulce con lo salado.

—Estoy buscando algo, pero no lo encuentro.

—¿Puedo ayudarte? —se sienta en el único hueco libre de la cama y cruza las piernas.

—No, da igual. No es nada importante —cierro varias cajas y las vuelvo a meter en el armario.

—Ne, siento haber reaccionado así, os apoyaré si es lo que queréis — rompe el cómodo silencio. La ausencia de conversación entre ella y yo nunca es molesta.

Cuelgo las últimas perchas que me quedan por ordenar, me siento a su lado y le doy un bocado a su dulce.

—Solo te pido que sigas siendo mi hermana y mi mejor amiga.

—Eso puedo hacerlo —me mira y sonrío.

—Eres la mejor persona que conozco —le doy un abrazo y el paquete de patatas se estruja entre las dos.

—Tú eres la peor. Acabas de hacer polvo mis patatas de queso —observa el paquete con mucha pena.

Nos separamos y sonreímos.

—Parece una locura... pero lo quiero, Cris. Si no fuera así, no te hubiera dicho nada.

—No me lo dijisteis, lo descubrí —frunce el ceño.

—Te lo íbamos a decir anoche, pero todo se complicó.

—Está bien, no pasa nada.

—¿Tú conoces a Brittany? —pregunto como si nada. Ella suspira y me clava la mirada.

—Me has prometido que no me meterías en vuestros asuntos —me recuerda y se levanta.

—Llevas razón, es solo curiosidad —me incorporo yo también y estiro la cama.

—No es mala chica, Ne. Ha hecho algunas cosas mal... —Piensa mejor lo que va a decir y cambia de tercio—. Está muy enamorada de Pablo desde hace varios años. Él siempre le ha dejado claro que no quiere nada serio con ella... aún así... se la ha tirado cuando le ha dado la gana —hace una mueca

con la cara—. Pablo es una de las mejores personas que conozco, pero con las tías... él va a lo suyo, no quiere complicaciones. No digo que contigo no sea diferente, a todo cerdo le llega su San Martín, pero me cuesta creer que vaya a tomarse una relación en serio, aunque sea contigo.

Lo cierto es que en la cama «cerdo» es un huevo y ¡cómo me pone que lo sea...! Agito mentalmente la cabeza de lado a lado y me centro en lo importante.

—¿Tan mala idea crees que es lo que estamos haciendo?

—No lo sé, Ne —encoge los hombros y sonrío con melancolía.

—El presentador ese dijo algo de un embarazo ... —recuerdo en voz alta.

—Eso es mejor que se lo preguntes a Pablo. Por favor... me has prometido...

—Llevas razón —me acerco a ella y le cojo la mano—. Se acabó el hablar del macarra de tu amigo —bromeo—. Te llevo a cenar, ¿te apetece?

Despedimos a nuestros padres y lo último que me dice mi madre es que vaya a un consejero matrimonial muy bueno que ayudó a su amiga Carmen en unos momentos duros y arregle mi matrimonio, incluso me da la tarjeta del psicólogo y me obliga a guardarla en el bolso. Me resigno, le doy un fuerte abrazo y le digo que la quiero. Cris y yo cenamos en un restaurante italiano y nos ponemos hasta el culo de queso provolone, pizza barbacoa y lasaña boloseña. Cuando salimos de allí no podemos ni caminar. Como estamos cerca de mi casa y no me apetece conducir para llevarla a la suya, le pido que duerma en mi piso esta noche. Ella acepta sin pestañear alegando que lo único que desea es un poco de sal de frutas y dormir hasta mañana.

Llamo a Pablo después de escuchar a Cristina roncar, por si quiere venir a casa a hacer guarrerías sobre el sofá. Me responde que ha salido a cenar con la banda y los directores de un programa de televisión y que no sabe a qué hora llegará, pero que le encantaría dormir conmigo.

—Puedo dejarte la llave debajo del felpudo de la puerta.

—Vale. Me encantaría llegar pronto, pero no sé cuánto se puede alargar esto —se queja.

—No te preocupes, pero despiértame cuando llegues —intento que suene muy sensual.

—No te preocupes, lo haré —puedo imaginármelo con esa sonrisa tan gamberra; y mis bragas comienzan a bailar la danza del vientre.

No sé qué hora marcan las agujas del reloj cuando siento que la cama se hunde a mi lado y unos brazos fuertes me rodean la cintura y me llevan hacia

su cuerpo.

—Nena... —susurra muy cerca de mi oído. Su respiración me hace cosquillas en el cuello.

—Mmm... —me acurruco contra él—. ¿Qué hora es?

—Muy tarde, duérmete.

Refriego mi culo contra su polla y la noto endurecerse en seguida.

—Nerea... no he venido para follar. Solo me apetecía abrazarte.

—Lo sé. Hazme el amor. Yo necesito sentirte —le bajo el pantalón muy despacio, con los ojos cerrados y casi entre sueños.

Pablo se pone encima de mí, me baja las braguitas con mucha lentitud, con las rodillas me abre las piernas y deja su miembro rozando mi entrada, que se muere por abrazarlo. Me da un corto beso en los labios y abro los ojos (no sé si por instinto o porque él me lo pide. Aún no me he despertado del todo).

—Te quiero, Nerea. Estoy seguro de que es amor.

—Lo sé, a mí también me cuesta respirar a veces.

—Dímelo —se agarra el miembro y lo utiliza para deleitarme con dulces caricias entre mis labios vaginales.

—¿Qué quieres que te diga? —se me escapa un gemidito.

—Que me quieres. Que en tu vida no hay nadie más.

Y en ese momento, en ese preciso instante en que todo a mi alrededor había desaparecido, de pronto y sin pedir permiso, la imagen de Sebastian diciéndome que soy la mujer de su vida, postrado de rodillas junto al Tower Bridge de Londres y pidiéndome que lo hiciera el hombre más feliz del mundo casándome con él, aparece en todo su esplendor. Una lágrima rueda por mi mejilla y Pablo la enjuga con sus labios.

—Te quiero, Pablo. Y cuando te tengo cerca desaparece todo.

Me penetra con cuidado y mi cuerpo se expande hacia todos lados para hacerle hueco. A él, a su gran miembro viril y a todo lo que me hace sentir.

Yo tampoco puedo respirar sin ti, Pablo. A mí también me va a estallar el corazón. Pero ¿será suficiente querernos como dos locos para que esto salga bien? ¿Amar sin razón puede tener un buen final?

EL OLOR A CAFÉ Y OTRAS COSAS BONITAS

El lunes me despierta el olor a café y un montón de cosas bonitas, como el recuerdo de haber pasado la noche unida en cuerpo y alma a la persona que se ha adueñado de mi corazón de una forma que ni yo misma entiendo. Me remuevo entre las sábanas y los pinchazos en cada músculo me catapultan a una montaña de imágenes, todas obscenas, pervertidas y en las que intercambiamos muchos muchos fluidos. Respiro con fuerza, sonrío y salgo de la cama dando saltitos, los mismos con los que llego a la cocina y topo con un Pablo casi desnudo de espaldas a mí, con ese culito respingón llamándome a gritos para que lo pellizque, cubierto con unos slip negros y nada más. Casi toda la piel de cintura hacia arriba la lleva cubierta de tatuajes de un montón de colores con los que me quedo completamente embobada (o boba, para ser más exactos). Llego hasta él, le rodeo la cintura con los brazos, abro las palmas sobre su abdomen y apoyo la mejilla sobre su escultural espalda. Él no tarda en dejar lo que estaba haciendo, agarrarme, girarse y dejarnos de frente. Levanto el mentón y lo miro; sonrío de esa forma que me hace perder el sentido.

—Buenos días —musito nadando en sus preciosos ojos.

—Buenos días —mete la mano por debajo de la camiseta y me soba el culo—. Sabes que no llevas bragas, ¿no?

—Ups... —aleteo las pestañas con inocencia—. Se me ha debido olvidar...

—Chica mala... —me agarra de la cintura, me sube sobre la encimera, me abre las piernas y me levanta la ropa. Mira mi sexo con una mueca muy perversa. No dice nada, no digo nada. Se baja los pantalones, se saca la polla, la masajea durante un minuto (sesenta segundos en el que miro la escena obnubilada) y me penetra. Así, sin más, sin preliminares, sin avisar, sin pedir permiso, sin pensar en nada.

El lunes y el martes pasan de la misma manera, (mi culo desnudo no se

lleva dos días sobre una encimera; pero sí con Pablo y conmigo revolcándonos en cualquier lugar como dos adolescentes que acaban de descubrir el sexo y los orgasmos. Sobre todo esto último). El miércoles aparece en mi oficina a eso de media mañana y Mía llama a mi puerta con los ojos como platos.

—Nerea, tienes una visita —me dice como si hubiera visto al Yeti.

Por un momento pienso en el Cobrador del Frac, pero en los modernos que hay ahora, vestido de Hello Kitty, Doraemon o de la Pantera Rosa. O desnudo, yo que sé. Tal y como me mira, podría ser Maluma en ropa de baño. Si tuviera la certeza de que este último está a punto de entrar en mi despacho, le diría que abriera la puerta de par en par. Pero como hay más probabilidades de que me parta un rayo, o de que me toque el Euromillón (aún sin jugarlo), le pido por favor que le diga que no estoy, que he salido a una reunión fuera de la ciudad y volveré por la tarde. Necesito terminar todo el trabajo acumulado en los dos días anteriores en los que he estado tan dormida que lo único que he hecho ha sido babear sobre el teclado. Mía vuelve a mirarme como si estuviera loca, sale y cierra la puerta. Unos minutos después, vuelve a llamar.

Resoplo y le echo una de esas miradas asesinas que Cristina me lanza cada vez que digo que Ariana Grande es demasiado bajita y delgada, (yo, que mido metro y medio y peso cincuenta kilos). Mi hermana ya debería saber que solo deseo fastidiarla, pero es tan inocente que sigue cayendo en la trampa.

—La visita insiste. Dice...Dice...

—¿Qué dice, Mía? Tengo mucho trabajo —vuelvo a ser demasiado brusca. Las siete fiestas de compromiso de la modelo de pasarela Elena Márquez me tiene sobrepasada.

—Dice... —resoplo— Dice que esta mañana te dejaste las bragas en su casa y que no le gusta que vayas por ahí sin ellas —suelta la frase de un tirón, tan rápida que en un principio puede parecer que no se entiende, sin embargo he captado cada palabra y, por ende, el significado entero.

Me pongo colorada como los fresones y casi me explota la cara.

Yo lo mato. No tiene vergüenza el degenerado.

—Dile que pase. —Dile que pase al mamón mal nacido ese.

Pablo entra con las manos en los bolsillos, con ese paso tan seguro de sí mismo, tan «mira lo malo que soy y lo grande que la tengo» y como si no hubiera roto nunca un plato. Mía cierra la puerta mirando el suelo y yo me

levanto para esperarlo de pie delante de mi mesa con las mismas ganas de comérmelo como de tirarle la grapadora a la cabeza. ¿Cómo se atreve a presentarse así ante mi trabajadora?

Lo de tirarle la grapadora y abrirle una brecha en la frente se me pasa en cuanto me mira; como siempre cuando estoy con Pablo: me vuelvo juguetona y pierdo el norte. Y la razón.

—Tengo más bragas, ¿sabes? —me cruzo de brazos. Él llega hasta mí, se detiene a un metro y se encoge de hombros—. ¿Por qué le dices eso a mi secretaria?

Obvia mi pregunta y mira hacia los lados.

—Así que aquí es donde pasas la mayor parte del tiempo.

—La mayor parte del tiempo la paso o en tu cama o en la mía —me siento sobre la madera y descanso las palmas de las manos en ella.

—Me encanta tenerte en mi cama —me clava la mirada, sonrío y me derrito.

Hale, ya está Nerea mojando las bragas.

El cabronazo sigue sin acercarse más a mí y yo me muero porque me toque.

—¿No piensas darme un beso? —pregunto tratando de mostrar indiferencia, apartándome un mechón de pelo de los hombros.

—Esta mañana te di demasiados —me contesta, repitiendo lo que le dije hace algún tiempo en su coche.

—Alguien me dijo una vez que nunca se dan demasiados besos... —me incorporo y termino con el paso que nos separa.

—Pues deberíamos hacerle caso... —me agarra fuerte de la nuca y de la cintura y me besa sin contemplaciones. Cuando me suelta tengo que aferrarme a sus hombros para no caer de rodillas al suelo.

Espera... de rodillas al suelo... Se me ocurre una idea.

Le acaricio el pecho en dirección descendente, llego hasta sus pantalones y le desabrocho el cinturón y los botones.

—Nerea... ¿Qué haces? —enarca una ceja.

—Tú qué crees... —le bajo unos centímetros el slip y le saco el miembro viril que aún anda un poco adormecido.

—Ni siquiera creo que se me levante. Anoche me corrí como unas cuatro veces. —Comienzo a masajearlo—. Arrgg —gime.

—Ya veremos... —Me pongo de rodillas y comienzo a lamerla con suavidad. No tarda ni tres lengüetazos en ponerse completamente dura y

medir medio metro, (vale, esto es una exageración, de ser así, no podría ni caminar; pero que Pablo tiene una polla enorme seguro que lo pueden corroborar muchas mujeres de este mundo. Mierda, me comen los celos. «Nerea, deja de pensar»). Rodeo la base con la mano y me la meto en la boca, primero hasta la mitad, después hasta el fondo. El gemido de Pablo me explota en mis partes íntimas. Me agarra del pelo y empuja para llevar el ritmo de la mamada.

—Qué bueno, nena —comenta entre gemidos, follándome la boca.

Yo sigo a lo mío, dejándome llevar por los vaivenes de su mano, su pelvis y mi lengua que lo chupa sin parar.

—Levántate, quiero correrme dentro de ti —pide. Pero no le hago caso y vuelvo a meterla en mi boca. Esto es un regalo para él, por todo lo que me da, por hacerme tan feliz.

—Joder... joder... joder... —Sus jadeos me indican que va a correrse dentro de pocos segundos. Miro hacia arriba y lo veo con los ojos cerrados y mordiéndose con fuerza el labio inferior.

—*Queen*, ha llegado el pedido de los manteles, tienes que firmar aquí. — Joel entra como un elefante en una cacharrería, como suele hacer, sin llamar ni pedir permiso, como si fuera el dueño del cortijo y tuviera la llave maestra de todas las puertas. Casi tropieza con la escena porno que se desarrolla delante de él. Me incorporo a gran velocidad, casi a la misma a la que Pablo se guarda la chorra y la introduce, totalmente erecta, dentro de los pantalones. Lo escucho mascullar un joder mientras trata de que la anaconda pierda volumen y se tranquilice. Busco a mi ayudante con la mirada y lo encuentro con la boca abierta, los ojos fuera de las órbitas y el pelo rojo cereza (lo del pelo no debería ser importante teniendo en cuenta lo bizarro de la situación, lo digo como una mera observación: se ha vuelto a cambiar el color del pelo y a este paso se queda calvo antes de cumplir los cuarenta. Después vendrá llorando y arrastrándose como puta por rastrojo pidiéndome que lo lleve a Turquía a hacerse un trasplante de pelo como su adorado William Levy. Nunca he tenido muy claro si esto es una leyenda urbana).

—Lo... lo siento —trata de disculparse sin quitar la mirada (lasciva, por cierto) de Pablo.

—Joel, ¿por qué no llamas antes de entrar? —pregunto mientras mi roquero cañón termina de abrocharse el cinturón de espaldas a la puerta.

—Yo qué sé, *amore*, nunca lo hago —no puede disimular la sorpresa, pero no está avergonzado. Y creo que Pablo tampoco. Dios, al repartir la

vergüenza, me la regaló a mí toda.

Pablo se gira y se presenta, tendiéndole la mano.

—Hola, soy Pablo. Encantado.

—Joel... —se la estrecha sin decir nada. Vaya, Joel sin nada que decir... voy a apuntar este día en el almanaque de La Vecina Rubia que tengo sobre el escritorio.

—¿Qué querías? —le pregunto acercándome un poco a él. Mi ayudante deja de mirar a Pablo con ganas de ser él el que estuviera haciéndole una mamada y me presta atención a mí. Va a hablar, pero se calla y me hace señas con los ojos. Como no entiendo lo que me quiere decir, se señala la comisura de la boca con un dedo.

—Tienes aquí... —murmura casi sin mover los labios.

Me toco con las manos y noto algo húmedo y viscoso mezclarse con mis dedos. Madre del amor hermoso. ME QUIERO MORIR. ¡¡ME QUIERO MORIRRRRR!! Lo limpio con rapidez y trato de no derretirme y expandirme por el suelo como si fuera plastilina. Plastilina verde y pringosa. Por si no se ha entendido: TENÍA LÍQUIDO PRESEMINAL JUNTO A LOS LABIOS.

—Solo quería... —trata de seguir hablando, pero, por fin, la vergüenza, esa de la que me dotó Dios con más cantidad de la cuenta, también se apodera de él y lo hace tartamudear. Por fin el reparto se vuelve equitativo—. Puede esperar. Mejor me voy y os dejo hacer... —menea la mano derecha de un lado a otro—. Nerea, ¿me acompañas un momento? —Le sigo hasta la puerta—. Zorrilla, ¿no te acuerdas de la norma número cinco? No se hacen felaciones en la oficina —murmura entre dientes. Estiro la boca en una fina línea, le digo adiós con un gesto de la mano y le cierro la puerta en la cara. Bastante abochornada estoy ya como para que él siga con la bromita.

Cuando miro a Pablo se está trochando de la risa. Instalo mi cara de estúpida en mi colorado rostro y me alejo de él.

—¡No te rías! —me pongo a ordenar la mesa, por hacer algo y no tener las manos (que me tiemblan) quietas.

—Venga, ha tenido su gracia —se acerca a mí y me abraza.

—Tú no lo conoces. Estará reprochándomelo durante semanas. No se le olvidará nunca —hago un puchero.

—Yo debería estar más enfadado. A ver qué hago ahora yo con esto —coge mi mano y se la lleva al paquete (que sigue erecto)— durante tres semanas.

Lo miro, extrañada.

—¿Tres semanas?

—A pesar de que te pueda parecer raro, no he venido para que me la chuparas en tu despacho —se burla—. Esta noche cojo un vuelo a Londres. No te he dicho nada porque intenté retrasarlo varios días y creí que lo había solucionado. Pero los Brit Awards son a finales de mes y tengo un millón de mierdas que atender y actos de promoción a los que asistir antes de ese día. Arthur pretende volverme loco.

—¿Cuándo volverás? —una pena enorme se apodera de mí. Es raro. Se podría decir que acabamos de empezar a salir y ya vamos a tener que acostumbrarnos a estar largas temporadas sin vernos. No sé si estoy preparada para esto.

—No lo sé. Pero espero verte pronto allí. Quiero que me acompañes —me acaricia la espalda con una mano.

—¿A dónde?

—A la gala. Me gustaría llevar a mi chica de la mano.

Espera, Pablo. Espera. Tú has perdido totalmente la cabeza, o comes setas alucinógenas. Una de dos, porque si no, no me lo explico.

—No puedes estar hablando en serio —achino los ojos, lo empujo hacia atrás y me suelto.

—Claro que sí —me mira con reticencia.

—¿Estás loco? —levanto las manos haciendo aspavientos.

—¿Qué pasa? —se mece sobre sus botas negras de cordones.

—Pues que no puedo dejar mi trabajo, irme contigo a Londres y presentarme allí como si fuera tu novia. No puedo.

—Es que lo eres —responde, hosco—. Y solo serán unos días. No creo que tu empresa se hunda porque faltes... como mucho una semana.

Me toco la cabeza y me masajeo la sien.

—Pablo... —intento explicarme.

—¿Cuál es el problema?

—Estoy casada. Y no sé si lo recuerdas, pero mi marido aún no sabe nada de ti. Estoy segura de que no le gustará la idea de que salga contigo. —Ni con él ni con nadie, pero eso me lo callo. ¿Por qué? Porque no veo relevante la información, aunque, si lo piensas bien, sí lo es, porque parece que, además de ser algo malo, lo es aún más porque se trata de él.

—¿Y qué cojones tiene él que opinar aquí?

—No tiene que opinar nada, pero no quiero que se entere por los medios

de que su mujer sale por ahí con un veinteañero estrella del rock. —Me muerdo la boca cuando ya lo he soltado todo. Y ha sonado tan mal como creo, ¿no?

—¿Su mujer? ¿Eres su mujer? —vocifera.

—¡Claro que lo soy! ¡Aún estamos casados! —yo también levanto el tono de voz.

—¡Un simple papel no te convierte en la mujer de nadie! Eso se lleva aquí —se señala el corazón—. Y creía que el tuyo me pertenecía —contesta dolido y con tristeza.

—Esto va demasiado rápido —murmuro, más para mí que para él, sin embargo me escucha y se cabrea. Normal, no voy a criticarlo por eso. Yo voy empujando a la misma velocidad que él: vamos como locos, cuesta bajo y ninguno de los dos echa el freno.

—¿Qué? ¿Me vienes con esas? —grita.

—Pablo... —trato de tranquilizarme y tranquilizarlo a él—, tú no sabes nada. No has mantenido con nadie una relación de diez años. Sebastian es mi familia, no quiero hacerle daño.

—¡No me digas que no sé nada! —chilla y para. Cierra los ojos y respira—. No me digas que no sé nada —repite más calmado—. Sé lo que siento por ti, sé que te quiero a mi lado en un momento tan importante de mi vida, sé que me ahogo cuando te alejas de mí, sé que nunca le he dado nada a nadie porque nadie mereció la pena y que decidí dártelo a ti porque desde el primer momento que volví a cruzarme contigo supe que eras tú. Tú —me señala levantando las palmas de las manos—. Tú, Nerea. Con tu sonrisilla cuando te acaricio, con ese cuerpecito menudo revoloteando a mi alrededor. Me enamoré de tu olor, de tu forma de ser, de tu pelo, de la forma en la que me miras... No me digas que no sé nada. Sé que nunca me planteé pasar el resto de mi vida con nadie hasta que llegaste tú. Sé que hasta mi carrera me importa una mierda si tú no estás a mi lado... Lo único que no sé es cómo ha podido ocurrir ni... ¡ni cuándo!... Han pasado tantas mujeres por mi cama que llegué a pensar que no existía nadie para mí, que tal vez mi destino era estar solo. Pero llegaste tú... El sexo contigo es diferente, nunca pensé que estar dentro de alguien me calmaría. Antes solo era una necesidad física... Ahora... ahora es el oxígeno que necesito para poder seguir respirando cuando me ahogo entre todo lo demás. Porque a veces me ahogo, Nerea. Tú no lo sabes, pero me ahogo...—Lo callo enganchándome a su cuello y uniendo mis labios con los suyos, enredando nuestras lenguas y saboreando

el resto de palabras que cuelgan de su boca.

—Pablo... —suspiro.

—Nerea. Habla con él. Habla con Sebastian.

—Lo haré —nos abrazamos con fuerza—. Te lo prometo.

—Arregla los papeles... Yo... Quiero tenerte entera. No quiero tener que esconderme de nadie más.

Nos despedimos mejor y con más tiempo esa misma tarde en su casa. Planeamos las próximas semanas y mi futuro viaje a Londres para encontrarme con él. Lo cierto es que me siento como una niña con zapatos, vestido y lazo nuevo. Lo ayudo a hacer la maleta, muy pequeña para lo que llevaría yo, pero claro, él tiene allí su casa y casi todas sus pertenencias. Y nos besamos durante más de una hora sobre el sofá del salón sin llegar a nada. Y no llegamos a nada más porque él no quiere y me para. Dice que no desea convertir nuestros últimos minutos juntos en una sesión de sexo por mucho que le apetezca. Que lo que realmente necesita es hacerme el amor y que, si empieza, lo único en lo que podrá pensar es en que no me verá en más de veinte días y me querrá partir en dos. Yo le digo que me parecería bien, que si me quiere romper, tiene mi permiso y beneplácito, pero él sonríe y sigue besándome de una manera lenta y dolorosa. Tanto que comienza a hacerme llagas sobre la piel. No físicas ni tangibles, pero que duelen mil veces más. No me deja que lo acompañe al aeropuerto porque está casi seguro que habrá prensa y no quiere meterme en problemas. Me pide que le prometa que hablaré con Sebastian y arreglaré la situación. Cuando lo veo desaparecer en el ascensor, se me crea un vacío tan grande dentro del pecho que, por incomprensible que parezca, se me antoja fumar. Busco la cajetilla de cigarrillos que Pablo tiene guardada en un cajón de la cocina y me la guardo en el bolsillo del pantalón. Cierro la puerta de su piso y vuelvo al mío. Cuelgo la llave que me ha dejado de su apartamento junto a las mías y salgo al balcón a fumarme un pitillo. Hace tanto frío que casi me congelo la nariz.

No sé cómo explicarlo, pero a partir de este día, todo se complica. Pablo se va a Londres y, lo que se avecina como unas semanas tranquilas porque no tengo al roquero cañón echándome polvos a diestro y siniestro, se convierte en la jodida madre de todas las locuras. No tengo que esperar mucho para que la primera sorpresa me estalle en la cara como una bomba de pintura roja que además pica.

ESA EXTRAÑA SENSACIÓN

Esto se veía venir, pero una nunca le hace demasiado caso a las cosas que no le interesan. Bueno, sí interesan pero no nos apetece atenderlas ahora. Mejor mañana; y mañana se convierte en ese día que nunca llega. El viernes casi vuelo entre nubes de algodón por los mensajes que Pablo me manda cada vez que tiene oportunidad. «Te echo tanto de menos que duele». «No escucho ninguna melodía desde que no estás». «Si no vienes pronto y me besas, me va a estallar el corazón». «Tengo las pelotas del tamaño de Kansas City y me van a reventar». «Anoche soñé que me corría entre tus tetas y me levanté mojado y empalmado. Me pajeé en la ducha pensando que me la comías». «Cuando vengas, te voy a follar tan fuerte y tanto tiempo que tendrás que volver a aprender a caminar»... Y, así, entre mensajes moñas y otros tantos guarros que me ponen como una cerda, se me va el santo al cielo y no me doy cuenta de que Sebas entra en mi despacho como un huracán fuerza cinco y tira sobre la mesa unas cuatro revistas que casi impactan en mi cara.

—¿Qué cojones es eso? —vocifera y las señala como si el mismo diablo se hubiera plantado allí.

Mi mirada va de su semblante desencajado a las portadas de las revistas que tengo delante. Cojo una y leo sin voz: «Pablo Aragón tiene pareja y es española». Varias fotos de nosotros entrando en la fiesta de hace un par de sábados, y otras tantas de la misma, pero dentro y demasiados cariñosos como para que se me ocurra decirle a mi marido: «No es lo que parece». Además, le prometí a Pablo que hablaría con él y le contaría lo que ocurre entre nosotros. Me acaricio la frente, cojo fuerzas y le miro. Estas cosas hay que afrontarlas de frente, con honestidad y valentía. Apunto «valentía» y «honestidad» a la lista de conceptos que algunas veces deberíamos pasarnos por el pito del sereno. Ya llevo cuatro: valentía, honestidad, verdad y

sinceridad. Me cago yo en los valores que me inculcaron mis padres de pequeña.

—Sebas. Tenemos que hablar...

—¡Por supuesto que tenemos que hablar! —grita. Pone los brazos en jarra y me atraviesa con el fuego de su mirada—. Dime que esa no eres tú, ¡dime que es una jodida broma!

Me pongo de pie y trato de calmarlo, sin embargo nada puede tranquilizar a un hombre que siente que el orgullo se lo han tirado por el suelo.

—¡Nerea, por dios! ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto completamente loca?

—¿Quieres hacer el favor de calmarte y escucharme?

—¡Escucharte! ¿Qué tienes que decirme? Las fotos —las señala sin miraras—, lo dejan muy claro. —No me pasa desapercibido el tono insultante y despectivo de su voz.

—¿Y qué crees que dicen exactamente? —me cruzo de brazos.

—Que mi mujer es la nueva putilla de una jodida estrella de rock —escupe.

No sé si se me parte el alma o se me infla tanto que a punto está de estallar y destrozarle la cara. Desde luego, nada me gustaría más que devolverle el dolor que acaba de hacerme con sus palabras. Y, si no le doy dos hostias, no es por falta de ganas.

—Vete, Sebas —intento que me salga calmado, pero no estoy segura de conseguirlo.

—No pienso irme. ¡Eres mi mujer! ¡Eres mi maldita mujer! —ríe, sarcástico.

—¡Yo no soy nada tuyo desde hace mucho tiempo!

—¡Por supuesto que lo eres! —Se mira el dedo y después el mío—. Si no crees que lo nuestro aún es de verdad, ¿por qué sigues llevando la alianza?

—¿Esto? —levanto la mano y la señalo—. Esto no significa nada —me la quito y la dejo encima de la mesa—. ¡Nada! ¿Crees que un anillo puede mantenernos unidos? ¡Una relación es mucho más!

—Mucho más... ¿Mucho más qué? ¿Mucho más sexo? ¿Es eso? ¿Eso es lo que un niño de veinte años te da? Crece, Nerea. Y baja de las estrellas. ¡Pon los pies en la tierra por una vez en tu vida!

—¡Vete a la puta mierda! —me vuelvo loca—. ¡Vete de aquí y no vuelvas nunca! —Como no se mueve ni un ápice, camino hasta él y le golpeo el pecho con saña—. ¡Si me casé contigo fue porque te quería! Lo eras todo

para mí y ¿ahora me vienes con esas? ¿Pero tú quién te crees que eres? ¡Me dejaste! ¿Me escuchas? ¡Dejaste que saliera de tu vida! ¿Y ahora vienes a criticarme? —comienzo a llorar sin poder evitarlo—. Casi me muero cuando te dejé y no saliste a buscarme. Creí que me había equivocado, que había perdido diez años de mi vida junto a ti... —Sebas me agarra las manos y las pega a su pecho—. No soy ninguna puta, solo quiero ser feliz...

—Nerea... —intenta calmarme.

—Suéltame —tiro de mis manos.

—Cariño... lo siento... lo siento —cierra los ojos—. No quería decir eso... solo... Estoy muy cabreado.

—Se suponía que tú tenías que cuidar de mí —ceso en mi intento de soltarme— y ni siquiera sabías que existía. Desaparecí para ti...

Coge aire y me mira.

—Fui un imbécil y lo estoy siendo ahora... Joder, cuando se trata de ti... Eres mi mujer, estamos casados, eso es sagrado... Me he vuelto loco, cuando te he visto en las fotos... no sé ni cómo he llegado aquí —solloza.

—Sebas —tiro de mis manos de nuevo y me separo de él unos centímetros. Lo miro a los ojos y soy sincera—. Pablo no es un capricho.

—¿Es una aventura? Podemos superar eso.

—Es mucho más que eso. Yo... lo quiero. —Y al decir esto, os va a parecer una absurdez, escucho el corazón de Sebas resquebrajarse en mil pedazos.

—Nerea, tiene *veintipocos* años... —suspira.

—Lo sé —afirmo, segura.

—Canta en una jodida banda de rock —vuelve a enrabiarse.

—Sebas, lo conozco. Sé quién es. No hace falta que enumeres su currículum. Siento que todo esto te haga daño, pero no lo busqué. Pablo apareció en mi vida sin más...

—Podemos arreglarlo, cariño. No puedes tirar diez años de nuestra vida a la papelera y olvidarte de todo. No puedes decirme que me dejas y te vas con él.

—Yo no dejo nada, Sebas. Lo nuestro ya estaba roto.

—No lo está, no te engañes. Solo necesitábamos un poco de tiempo. Lo que estás viviendo ahora no es real. Sabes que no durará. Él no puede darte la vida que tú necesitas.

Sus palabras son tan parecidas a las de Carol que me hacen sospechar que quizás hayan hablado. O tan solo piensan de la misma manera porque llevan

razón y yo estoy equivocándome al seguir lo que me dicta el corazón.

—Vete, Sebas. No tengo nada más que hablar contigo —le pido, cansada de luchar contra la razón y contra lo que siento.

Él se toca el cabello, camina de un lado a otro y se tapa la cara con las manos. Después me mira.

—Está bien, me voy, pero... sé que lo nuestro no ha terminado.

Vuelvo a ponerme la alianza porque me siento desnuda sin ella y paso el fin de semana llorando en casa de Cristina, comiendo palomitas y poniéndome como una cerda a base de porquerías. Mi hermana me riñe y me recuerda que no podré meterme en el traje que los estilistas de Pablo me tienen preparado para asistir a la gala. Lleva razón, voy a tener que volver a enviarle mis medidas. Llora más por eso, no por tener que volver a medirme, sino por lo horrorosa que saldré en televisión, en el caso de que los medios se fijen en mí contando con todas las celebridades que asistirán a los premios. También llora cuando mi roquero cañón me llama, le cuento lo ocurrido y me entiende. Me entiendoeeee (gimoteo para mis adentros y me sorbo los mocos con un pañuelo). Es que no se puede ser más perfecto. En algo tiene que fallar y mi mente despierta me dice que pronto averiguaré en qué (y que no me va a gustar).

Los días pasan y Joel se muere de la envidia porque asistiré a los Brit Awards y estaré en el mismo edificio que Lady Gaga. El jueves quedamos para cenar con Toni en uno de sus restaurantes preferidos. Muy refinado y pijo, tanto que cuando entro de la mano de Cristina, tengo que tirar de ella y pedirle que cierre la boca y deje de cuchichear. No entiendo a mi hermana, acostumbra a hacer fotos de desnudos a modelos con cuerpos esculturales y después se deja impresionar por cinco personas vestidas con trajes caros.

—Si sé que vamos a venir aquí, me pongo el traje de la comunión.

—Si tú no hiciste la comunión —me río con ella.

—El que me hubiese puesto si la hubiera hecho. No se me ocurre nada más refinado.

—Pues a mí me parecen de lo más horteras —sonrío al encargado de las mesas que nos recibe tras un atril en la puerta—. Buenas noches. Tenemos reservada una mesa para cuatro a nombre de Joel San Cristóbal.

Mira la lista y la repasa con el dedo.

—Si. Síganme, por favor.

Caminamos detrás de él entre las mesas y Cristina va partiéndose de la

risa.

—¿En serio? ¿Joel tiene nombre de santo?

Le pido con la mirada que contenga la compostura, pero a ella le resbala lo que piense la gente. A veces la envidio por muchas cosas y esa es una de ellas.

—Es su apellido y, si le dices que te lo he dicho, te juro que filtro por las redes las fotos de aquella vez que te pillé desnuda en el balcón.

—Qué perversa eres... —se ríe.

—Mira, ahí están —los señalo.

—¿Qué lleva Joel en la cabeza? ¿Un tomate maduro? —bromea y sigue carcajeándose. Le doy un codazo para que no se mofe de él; sin embargo termino riéndome con ella. Lo que se ha hecho en el pelo debería ser delito.

Toni me abraza y sigue el ritual de cada vez que nos vemos. Me pregunta cómo estoy, alaba mis maravillosos atributos de mujer y me desea que sea feliz. Su pareja le ha contado lo bien que me va con Pablo Aragón y no ha escatimado al detallarle cómo me pilló haciéndole una felación en medio del despacho. Cristina se queja y hace una mueca de asco que no nos pasa desapercibida a nadie.

—Lo siento. Me cuesta acostumbrarme e imaginarme a mi hermana y a mi mejor amigo haciendo guarradas. Prefiero no saber en qué ocupan su tiempo.

Pedimos la cena y, tras tres copas de vino, decido que no hay mejor idea ni momento para visitar el aseo. Mi hermana se apunta a la excursión y me acompaña a los impresionantes baños árabes. Aquí, más que venir a miccionar (hasta yo, que ya soy pija de por sí, me vuelvo todavía más estirada al entrar en la estancia) podríamos venir y hacer un tour. Cuando llegamos a la mesa, Joel nos informa, ilusionado, que Elena Márquez, esa clienta que se casará a mediados de año y cuya boda estamos preparando nosotras, acaba de invitarnos a los cuatro, junto con su marido, a una de las tantas fiestas de compromiso que, por cierto, nosotros preparamos; y que podemos ir en cuanto terminemos la cena. Pienso que «de perdidos al río» y que en casa no me espera Pablo con la chorra fuera para empotrarme contra la pared y deleitarme con cinco orgasmos (mierda, de repente tengo ganas de atarme una soga al cuello y tirarme al río), así que aplaudo la idea y Cristina pega saltos de alegría porque va a una fiesta a emborracharse gratis.

Joel sabe exactamente dónde es porque él se ha encargado del evento mientras yo fornicaba, comía y dormía; y eso que llevo dos semanas muy espabilada, pues no tengo a nadie que me caliente la cama. Y quien dice cama, dice coche, encimera, suelo, ducha, bañera, rellano, pasillo, ascensor...

«Nerea, deja de pensar en el roquero cañón y céntrate en lo importante». Entramos en la sala vip de un conocido Club y unas treinta personas bailan al son de *Crazy In Love* de Beyoncé. Cristina me agarra de la mano y comienza a dar vueltas cuando Maluma y su *Felices Los Cuatro* comienza a sonar.

—Hermanita, y yo que creía que los pijos no sabían divertirse... —grita en mi oído mientras mueve las caderas.

Lleva razón, aquí está la *crème* de la *crème* de la capital y no se escucha a Bach o Chopin.

Joel me llama con un gesto de la mano para que me acerque a donde está. Por un momento creo que nos va a llamar la atención por hacer el ridículo o algo similar, pero miro a Cristina y no la veo perder la compostura.

—*Amore*, Elena quería saludarte —la señala. Giro la cabeza y camina hacia mí.

—Hola, Nerea. Encantadísima de que estéis aquí. Es un honor para mí que, además de organizar cada fiesta de nuestro compromiso, nos acompañéis esta noche. Quisiera aprovechar y presentaros a mi marido. Suele viajar mucho y casi nunca está en la ciudad. Mich, cariño. ¿Puedes venir un momento? —Llama a un señor que habla de espaldas a nosotros con dos damas de alta alcurnia (nótese la ironía y mis dos copas de vino de más). Cuando se vuelve y nos mira... ¿Cómo lo explico? No me bastaría con que la tierra me tragase, me escupiese en Marte y no tuviera cómo volver. Me pongo tan nerviosa que Joel nota al instante que algo ocurre. Tira de mi brazo y me dice que respire. Ahora mismo mi cara debe hacer juego con su pelo.

—Mich, cariño. Te presento a Nerea González y Joel... —lo mira, pidiendo solícita que le diga el apellido.

—Joel está bien —contesta con una sonrisa conformada. Ni muerto revela su apellido. Una vez lo vi decirle a un Guardia Civil que si no recitaba su apellido en voz alta en un control de alcoholemia se la chupaba detrás de los matorrales. En mi humilde opinión creo que se la hubiera chupado de todas formas, que solo buscaba una excusa y no la encontró.

Pero volvamos a lo importante.

—Nerea es la dueña de la empresa que se está haciendo cargo de que nuestra boda se convierta en el acontecimiento del año —sigue Elena, acariciando el brazo de su futuro marido—. Él es Mich, mi prometido y artífice de que mi vida sea un cuento de Hadas.

Os voy a revelar un gran secreto: el tal Mich es Michelle Jackson, *Michelle el abogado* para los amigos. O *Michelle el que te la quiere meter*

para mí. Michelle con el que he salido un par de veces. Michelle el que viajaba a Chicago por trabajo durante el último mes.

Intento comportarme con la misma frialdad que él y le devuelvo el apretón de manos.

—Encantada de conocerle —ignoro la leve caricia que me da sobre la muñeca. Será cabrón.

—El placer es mío —y suena tan asqueroso que casi vomito.

Cuando consigo quitármelos de encima, le pido a Joel que nos larguemos. No me lleva la contraria porque sabe que algo ocurre y está deseando saber el qué. Nació cotilla como mi queridísima hermana. Les cuento a los tres de camino a casa quién es el tal Michelle y cómo se las gasta. Casi consigue engañarme. Toni conduce en silencio, Joel se preocupa por *la pobre* su futura mujer y Cristina se caga en sus muertos. Le riño por utilizar esa expresión, pero ella ha cogido carrerilla y solo habla para soltar palabrotas.

—En realidad no ha llegado a pasar nada entre nosotros y no hubiera llegado a pasar porque lo de Pablo se convirtió en algo serio. Pero no fue porque yo no quisiera. El muy cabrón sabía muchas artimañas para camelar a una mujer —comento.

—Siempre lo he dicho. No me gustan los abogados. Saben mentir demasiado bien —Cristina va haciendo cábalas—. Si me hubieras dejado, le habría dado una patada buena en los cojones. Ese no iba a follar hasta el año que viene. —Lo sé. He tenido que sacarla a rastras de allí antes de que hiciera esa locura.

Nos despedimos de la pareja en la puerta de Cristina, hoy dormiré aquí. Le aseguro a Joel que no tiene de qué preocuparse. Yo estoy bien y lo sucedido no afectará a nuestra relación con ellos ni al contrato. Nadie dirá nada, será como si nunca hubiera ocurrido y «aquí paz y después gloria». Que Michelle intentara acostarse conmigo estando prometido, no me afecta de ninguna manera, solo afianza la teoría de que el mundo está repleto de cabrones y de que nos encontraremos con unos cientos a lo largo de nuestra vida.

—Yo creo que los hombres decentes y fieles son una especie en extinción —dice Cristina mientras nos desmaquillamos en su diminuto cuarto de baño.

Me acuesto con la extraña sensación de que lleva razón, pero que, además, ¿por qué vamos a tener la suerte ella y yo de toparnos con esos raros especímenes que sí lo son? Me acurruco en la cama junto a ella y cierro los ojos deseando dormir, sin embargo, un latigazo de intranquilidad no me deja pegar ojo en toda la noche. A la mañana siguiente le mando un mensaje a

Pablo. A mediodía aún no me ha contestado. Durante todo el fin de semana lo llamo en varias ocasiones y en ninguna de ellas me coge el teléfono. Llego un momento que ni hace llamada. Me digo a mí misma que estará muy ocupado. Rastreo en Google su nombre y todas las entradas lo anuncian como favorito y ganador a Artista Revelación. Me imagino el poco tiempo que tendrá hasta para él mismo. Y espero a que sea lunes para volverlo a intentar. Pero, ¿sabéis qué? Que el lunes tampoco logro escuchar su voz.

ESO DEL AMOR

El martes he perdido toda esperanza de hablar con Pablo y, por consiguiente, la fe en la humanidad. Pero ¿qué les pasa a los hombres? Al principio no le di importancia, después me molestó, más tarde me asusté y ahora... ¡ahora lo único que deseo es que se lo folle un pez globo! Mi hermana me ha tranquilizado (o lo ha intentado) poniéndome al tanto de algo que no me ha gustado en absoluto. Por lo visto, Pablo suele hacer estas cosas. No es que lo tenga por costumbre ni lo haga a conciencia, pero a veces no es dueño ni de su teléfono, o está tan concentrado y abstraído que no se da cuenta de que los días pasan. Me parece perfecto, ¡perfecto! El miércoles cuento tres días ignorando las llamadas de Michelle y dos mil quinientos ochenta y cuatro los que Pablo lleva ignorándome a mí, (vale, algunos menos; pero a mí me parecen siglos). Rocío me llama a media tarde para terminar de alegrarme el día y anunciarme que Sebastian asistirá mañana a la inauguración del nuevo restaurante de Carlo.

La vida me sonrío, *me cachis en la mar salada*.

—Lo siento, nena. Son amigos. Sabes que estaba invitado desde antes de que rompierais.

—Claro, claro. No pasa nada. Lo entiendo.

—Además, tú vendrás con Pablo. Lo invitaste, ¿no?

—Si si. No es eso. Es solo que... —me muerdo el labio inferior y dejo la frase a medio terminar.

—¿Qué pasa? ¿No puede venir?

Me pienso si decirle que está muy ocupado en Londres de promoción y que le será muy difícil asistir. No le estaría mintiendo. Fue lo que me dijo cuando se lo comenté hace una semana por teléfono, ya contaba con ir sola o con Cristina, a la que le encanta las fiestas donde comer y beber hasta ponerse beoda de gorra es la atracción principal. Pero Rocío es una de mis mejores amigas, así que decido sincerarme con ella y contarle mis

preocupaciones.

—Hace cinco días que no hablo con él. No contesta a mis llamadas ni a mis mensajes —me masajeo la sien mientras me tiro de espaldas en el sofá de mi casa. No aguantaba más en la oficina. Joel me estaba volviendo loca con la boda de las Reinas de Inglaterra.

—¿Qué? ¡Será cabrón!

—No, no es eso... Cris dice que a ella también se lo suele hacer... Y que ahora está muy ocupado. Ella tampoco ha conseguido dar con él.

—Nena, lo siento, pero tengo que decirte lo que pienso o reviento. —Lo sé, creo que por eso me he sincerado con ella y no con Carol (porque esta, además, me soltaría eso de «te lo dije» y que tan pocas ganas tengo de escuchar), porque necesito que alguien me diga lo imbécil que soy y que el amor me ciega—. Ese niñato ya ha conseguido lo que quería de ti y se ha dado el piro. No va a volver a aparecer y es lo mejor para todos, incluso para él, porque la próxima vez que lo vea le cercenaré los huevos con la catana que adorna mi salón.

—Pero Cristina dice... —la desesperación me obliga a agarrarme a lo más tangible que tengo: mi hermana, la defensora de las causas perdidas.

—Cristina es su mejor amiga, no seas idiota. Ella nunca piensa nada malo de él.

—Pero es mi hermana...

—Cari, es tu hermana, ¿y qué? Ella nunca reconocerá que ese Pablo es un jodido cabrón que utiliza a las tías y después las deja tirada como un *Kleanex*. Como me lo cruce por la calle le reviento la cara, lo voy a dejar sin dientes —farfulla.

—Tú no lo conoces. Pablo no es así —lo defiendo porque no me sale hacer otra cosa.

—Tú tampoco lo conoces. Era tu vecino de pequeño, vale, pero hacía años que no lo veías. Esos tíos no se comprometen con nadie, esos mamones que se creen dioses viven la vida al límite y mueren jóvenes después de haber jodido a medio mundo.

Rocío sigue soltando de todo por la boca y yo trago saliva tratando de no llorar. Ya no tengo quince años, esto no es como aquella vez que un medio novio en el instituto, (con el que solo me metí mano por encima de la ropa), le dijo a todos cuando lo dejé que yo era bastante fresca y habíamos follado en los baños de profesores. Me llevé llorando como un mes, hasta que mi padre lo paró por la calle y le dijo que si no le decía a todo el pueblo que

aquello era mentira, lo iba a colgar por los huevos del árbol de la Plaza del Ayuntamiento. No sé qué tiene la gente que siempre amenaza a los hombres con dejarlos sin testículos, supongo que ha funcionado desde el comienzo de los tiempos y por eso se sigue haciendo. Y aquello fue prueba de ello, el chico en cuestión vino a pedirme perdón y se retractó de lo dicho. Mi padre no lo colgó y él ahora está casado y ha podido tener hijos. Lo que no tiene es pelo en la cabeza.

Hace como cinco minutos que dejé de escuchar a Rocío parlotear sobre la maldad que habita en todo hombre y que las mujeres llevamos siglos queriendo cambiar el hecho de que nacen gilipollas, necios y pervertidos.

—Es un gen. Ge-né-ti-co. Y no nos enteramos. La monogamia no está hecha para nadie, para los hombres menos. Nosotras nos cegamos porque nos enamoramos y no nos apetece follar con nadie más, convertimos el sexo en amor. Pero para ellos el sexo es simple placer y no ven problema en tirarse a quienes les plazca en cualquier momento. Ese Pablo, además de que está como un queso y ser sexi a rabiarse, canta en una banda de rock, que lo hace más irresistible todavía; puede acostarse con todos los Ángeles —refiriéndose a los Ángeles de *Victoria's Secret*— a la vez si le da la gana. No va a amarrarse con nadie de por vida. No es que tú valgas ni merezcas menos, a eso me refiero, tú mereces mucho más. Alguien que le dé la vuelta al mundo para encontrarte. Con estos tíos se folla, no se casa una... —Sigue y sigue—. Sebastian no te cuidaba y este no te va a cuidar. Tenías que pasártelo bien, no enamorarte de él, ¡coño! Sales de Málaga para meterte en *Malagón*...

Me levanto hacia la cocina a por un poco de agua (ella debería hacer lo mismo porque debe de estar seca la *jodía*) y llaman a la puerta. Los pelos se me ponen de punta y el corazón me comienza a latir con fuerza. Conforme voy acortando la distancia con el hall me digo a mí misma que no puede ser él. Está en otro país, tirándose a un montón de Ángeles con ropa interior de un millón de euros y no aquí, dándome mimos a mí con unas bragas desgastada y deshinchada. Pongo el ojo en la mirilla y la decepción se apodera de todo mi ser. Por supuesto, no lo veo a él. Le digo a Ro que espere y abro la puerta. Mi vecino de abajo me saluda con una sonrisa cortada.

—Hola, se te ha caído esto al patio interior —me ofrece una prenda de ropa de color verde. Ni la miro bien para saber qué es—. Hace unas semanas le di a tu vecino una toalla. ¿Te la ha dado? Me dijo que lo haría.

—Sí, gracias. No se preocupe —la cojo y vuelvo a darle las gracias, deseando que se vaya.

—Mi mujer dice que esto le ocurre porque no sabe poner bien las pinzas, no hay que llevarlas hasta abajo. —Abro los ojos sorprendida por la crítica a cómo tiendo la colada que me hace un desconocido. Bueno, debería decir que la hace su mujer, pero que siempre manda al marido en su nombre.

—Gracias —repito por tercera vez—. Dígale a su esposa —que la follan bien y deje de joder— que intentaré hacerlo mejor la próxima vez —sonríó tirante y cierro la puerta. Nada más escuchar el golpe, me da hasta pena, el hombre tiene cara de buena persona; la *Cruella de Vil* y amargada de la vida es su esposa. Me pregunto si tendrán hijos y nietos a los que amargarle la existencia. Seguro que ni los visitan por culpa de ella. Cuando llego al salón, casi ni recuerdo que Rocío me espera al otro lado de la línea telefónica. Me llevo el teléfono a la oreja, pero ya ha colgado. A mí Dios me dotó de mucha vergüenza y a ella se le olvidó regalarle el don de la paciencia. El mundo mal repartido. Tiro el teléfono sobre el sofá y el timbre vuelve a sonar. Camino y abro la puerta como un toro de miura, dispuesta a decirle al pobre hombre que deje de ser el recadero de su señora esposa y tenga un poco de dignidad, que ya tiene una edad.

Se me cae el alma a los pies al ver a Pablo al otro lado, con una sonrisa taciturna, las manos en los bolsillos, el pelo alborotado y esos labios... Malditos labios ¡joder! Voy a cerrar con todas mis ganas, juro que lo iba a hacer, empujo la puerta unos centímetros, pero él da un paso hacia delante, tira de mis manos y me rodea con sus brazos. Es tan grande y yo tan pequeña que me pierdo en su pecho, pero, a pesar de todo, algo me dice que es él el que se aferra con fuerza a mí. De momento y sin avisar me pongo a llorar en modo «Agua va». Él me acaricia el cabello y me besa la cabeza, meciéndome entre susurros e inundándome de «lo sientos» que me llegan al alma.

—Perdóname, nena.

—He estado preocupada —le informo entre sollozos.

—Lo sé, lo siento —me mesa el cabello. Rodea mi cuello con las dos manos, me levanta el semblante para que lo mire y me acaricia las mejillas con los dos pulgares—. Sssh... No llores que me matas —susurra, triste.

—No vuelvas a desaparecer así —pongo mis manos sobre las suyas—. Creí que te había pasado algo.

—Lo siento... —roza con sus labios los míos y todas mis células se estremecen y gritan que quieren más.

—Me has hecho daño... Creí que no volvería a verte —le echo en cara

todos mis miedos.

—Nerea —me da un corto pero húmedo beso—. Yo me he muerto un poco sin ti. —Nos empuja hacia dentro y con una pierna cierra la puerta. Le rodeo el cuello con los brazos, él aprieta mis nalgas y me pega a él. Su miembro choca con mi vientre y suelto un pequeño gemido. No puedo evitar excitarme aún con el grandísimo cabreo que tengo. Noto que sonrío sobre mi boca y lo empujo hacia atrás. No puede tratarme así; pasar de mí y luego venir, sonreír y follarme hasta dejarme exhausta. Aún me queda dignidad, no la he perdido durante este tiempo (recuerdo muy bien que la recogí del suelo de mi piso al dejar a Sebastian) y no la voy a perder ahora. Él intenta agarrarme, pero una sola mirada me basta para que deje espacio entre nosotros.

—Nerea —me llama. Y parece tan desvalido y cansado...

—No, Pablo. No digas nada.

—Necesito explicarme.

—Me parece muy bien, pero yo ni necesito ni quiero escucharte —me enjugo las lágrimas.

—Nena, estaba deseando verte —da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás.

—No te alejes —suplica.

Al ver que no cambio de parecer, se frota la cara con las dos manos y después las mueve hacia arriba perdiendo ambas entre su cabello. Se le ve tan apesadumbrado que tengo que aguantar las ganas de ir, abrazarlo y arroparlo con mi cuerpo. Cierro los ojos para no ver al hombre derrotado que tengo delante y le hago las preguntas que llevan repitiéndose en mi mente durante casi una semana.

—¿Por qué no me has llamado? ¿Cuánto tiempo se tarda en enviar un mensaje?

—Lo siento, de verdad. Perdóname —sigue con las manos agarrando su cabello—. No he tenido tiempo de nada, ni siquiera tengo mi jodido móvil. Lo tiré por la ventana del hotel en el que Arthur me obligó a hospedarme con la banda —deja caer los brazos en sus costados—. Estaba agobiado, no dejaba de sonar. Lo tiré, hablo en serio —señala hacia delante—. Lo vi estallar contra el asfalto, se rompió en mil pedazos. No creo que haya dormido más de diez horas en toda la semana. Entrevistas, promoción, fiestas... Mi mundo se está convirtiendo en un maldito caos y yo... — Termina con nuestra distancia y esta vez dejo que lo haga. Entrelaza los

dedos de su mano derecha con mi mano izquierda, me rodea la cintura y me lleva hacia él. Apoya la frente sobre la mía y cierra los ojos con fuerza—. Y yo... Yo solo podía pensar en ti. —Con la otra mano me rodea la nuca—. En ti y en el brillo de tus ojos.

—Pablo... —se me corta la respiración.

—Tú eres lo único que me da seguridad. He salido corriendo, Nerea. No podía respirar sin ti. Te necesito.

—Las cosas no se hacen así. No puedes pasar de mí, venir y esperar que no esté enfadada y te reciba con los brazos abiertos. Si me necesitabas, ¿por qué no viniste antes? Me podías haber llamado. Una llamada...

—Nena... —roza con sus labios los míos sin llegar realmente a tocarlos. Toda mi piel se electrifica y respiro para calmarme—. Estoy aquí. Créeme si te digo que no he podido venir antes. Todo estás patas arriba. Déjame abrazarte. Solo... déjame sentirte dentro —musita. Y puedo asegurar que su desazón me penetra hasta correr salvaje por mis venas.

Le rodeo con mis brazos, pierdo mi cara en su cuello y lo huelo. Huele a Pablo, a ese chico bromista y guasón que siempre me hace reír y del que me he enamorado casi sin darme cuenta; sin embargo, algo en él, en el tono de su voz, me desconcierta. Me parece como si algo, una parte importante de él, se diluyera y no pudiéramos remediar que desaparezca. No sé cuánto tiempo pasamos así, abrazados en medio de mi salón. Sin hablar, sin música de fondo, sin nada más que nosotros dos y nuestras cada vez más acompasadas respiraciones.

—Pablo... —El sol hace mucho que se escondió cuando lo llamo en un susurro.

—Mmm... —Su solitario murmullo me hace cosquillas junto a la piel, debajo de mi oreja.

—¿Quieres comer algo? —el cabreo no me ha dejado darme cuenta de que está mucho más delgado.

—No tengo hambre —sigue sin moverse ni soltarme de su abrazo—. Solo quiero quedarme así el resto de mi vida —habla sobre mi cuello.

Me remuevo y lo obligo a que me mire. Cuando sus ojos se encuentran de verdad con los míos, un gemido lastimero se escapa de mi garganta como si estuviera pidiendo auxilio.

—Estás muy delgado. Seguro que casi ni has comido —le acaricio el rostro, cubierto por su poblada barba. Nunca se la había visto tan larga.

Él no contesta, solo me mira y me mira.

—Pareces cansado. Siéntate en el sofá mientras yo preparo algo de cena.
—Casi tengo que obligarlo a que camine. Lo empujo con cuidado y él deja caer la espalda sobre el respaldo. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Me incorporo y me agarra de la mano.

—No te vayas —ruega, bajo un susurro demoledor.

—No me voy a ir a ningún lado. —Me atrae hacia él y me sienta a horcajadas sobre sus rodillas. No es nada sexual ni mucho menos, solo desea tenerme cerca. Como yo a él. Me rodea la cintura con los brazos y apoya la mejilla en mi pecho. Yo lo abrazo con fuerza y le acaricio el pelo.

—¿Cuándo ha ocurrido, Nerea?

Sé perfectamente a qué se refiere.

—No lo sé.

—No estoy acostumbrado. Tú... tú sabes lo que es el amor. Qué se siente. Ayúdame a gestionarlo.

Me entran ganas de decirle que yo no tengo ni idea de lo que es el amor. O que no tenía ni idea hasta que llegó él y redefinió los límites de lo que yo creía que era amar sin medida y sin contención. No dudo de que amé a Sebastian con locura, pero Pablo todo lo dimensiona, removiendo los valores en los que siempre confiaba. Con Pablo la palabra Amor ha crecido tanto que hasta el simple concepto pierde el sentido. ¿Qué es el amor? Supongo que hay tantas clases que podría llenar diez páginas hablando sobre él. Amor fraternal, amor romántico, amor al prójimo... Pero ¿cómo reconocer al gran amor de tu vida? A esa fuerza que te empuja de una manera inexplicable a tomar decisiones equivocadas aún sabiendo que la realidad es bien distinta a la que tienes en tu cabeza. Hay algo, algo que atrae como el hierro a un imán, una explosión de locura que influye de manera significativa a hacer caso al corazón y pasar de lo que la razón aconseja.

Pablo, esa estrella del rock, fuerte, alto y con ganas de comerse el mundo se queda dormido acunado entre mis brazos. Cuando su respiración se acompasa por completo, lo tumbo hacia un lado y lo dejo descansar sobre el sofá mientras yo preparo algo de comer. Llamo a Cristina desde la cocina y, muy bajito para no despertarlo, le digo que su amigo está aquí y que parece algo cansado.

—Está dormido en el sofá.

—¿Hasta cuándo se quedará?

—No lo sé, casi no hemos hablado.

—¿Os habéis peleado?

—Ni eso. Me da la impresión de que le ha ocurrido algo. No sé... Debe ser cosa mía. Estaba muy enfadada.

—¿Ya no lo estás?

—¿A qué viene este interrogatorio?

—Estoy preocupada. —Y no tiene que decirme por qué.

—Cris, ya te lo he dicho. No te meteremos en nada. Confía en mí. Lo que ocurra entre Pablo y yo no tiene nada que ver conmigo.

—Os quiero mucho a los dos. No quiero que os hagáis daño.

—No lo haremos, ¿vale? Solo necesitamos un poco de tiempo. Todo está ocurriendo muy deprisa y tenemos que acostumbrarnos.

Me despido de ella, dejo el teléfono sobre la encimera y meto un plato con verduras salteadas y un poco de queso para gratinar en el horno. Pongo el temporizador diez minutos y me doy una ducha rápida. Pablo entra en mi dormitorio cuando termino de ponerme el sujetador. Apoya el hombro en el quicio de la puerta, mira de arriba abajo mi cuerpo casi desnudo y tuerce la boca en esa sonrisa que me vuelve tan loca. Cojo una camiseta del armario y me la pongo. Después hago lo mismo con unos vaqueros y unas deportivas blancas. Él no levanta los ojos de mí.

—Vamos, tienes que comer algo. A saber desde cuándo no pruebas bocado —camino hasta la puerta dispuesta a salir, pero él me agarra de la cintura y me detiene.

—Tengo que ser sincero y decirte que verte desnuda me ha abierto, y mucho, el apetito —levanta una ceja y sonrío, sensual. Pablo, ha vuelto y viene con ganas.

Y a mí me abrió el apetito verte de pie en el rellano cuando abrí la puerta, sin embargo, esa no es la cuestión.

—Vas a comer y después me vas a contar qué es lo te ocurre.

—No me ocurre nada —sube las manos por mis costados por debajo de la camiseta y me acaricia. Todo mi ser se estremece y se me escapa un pequeño jadeo. Unos segundos después, la lucidez me vuelve y me separo. Lo escucho refunfuñar detrás de mí y seguirme.

Cenamos en silencio. Acaba con el plato que le sirvo en dos minutos. No puede negar que viene casi famélico. Hasta le digo que puede terminarse el mío, pero niega con la cabeza y sonrío. Entre los dos recogemos los platos y los dejamos en el fregadero. Le pregunto si quiere ver una película.

—Solo quiero dormir. Abrazado a ti.

Nos desnudamos en silencio, tal y como hemos cenado, cada uno se

encarga de deshacerse de su ropa, pero sin perder de vista al otro. El primero en tumbarse sobre la cama es él. Yo lo hago a su lado y no tarda en abrazarme y acurrucar mi cuerpo contra el suyo. Roza con su nariz mi cuello y ronronea.

—¿Lo escuchas? Es nuestra melodía. Algún día la haré canción y la compartiré con el mundo. Mientras, será solo nuestra, solo mía —y al susurrar esto último sobre mi oído, me aprieta más contra él, tanto que casi nos funde en uno.

Tardo en quedarme dormida. El sueño hace acto de presencia pronto, pero me niego a dejar escapar este momento. Hace dos semanas que no lo siento, y sentir a Pablo no tiene descripción posible ni comparación con nada. Su piel contra mi piel, su calor mezclándose con el mío, su corazón bombeando contra mi espalda y el mío cabalgando desbocado, como un caballo salvaje que ha perdido su manada y no sabe muy bien qué dirección tomar. Sin rumbo fijo. Corriendo sobre una explanada desierta, sin brújula ni sol que le guíe.

El amor, Pablo. Carnal, intenso y eterno. El motor que mueve el mundo, dicen algunos; lo que todo destroza, aseguran otros. El amor, un sentimiento que puede nacer de la nada y cultivarse con el tiempo. ¿Qué voy a saber yo del amor? Si hasta este preciso momento no lo reconozco. Tú, Pablo. Tú eres el amor. El amor de mi vida.

MIS MAÑANAS PREFERIDAS

Al día siguiente llamo a Joel temprano y le hago saber que no iré a la oficina hoy. Le cuento la visita inesperada y, aunque se alegra por mí, me aconseja que no se lo dé todo hecho.

—Hazle saber que no ha actuado bien. Recuérdale que no te ha llamado en una semana y, de paso, recuérdalo tú también, porque seguro que con ese pollón que tiene que tener entre las piernas ya te habrá hecho olvidarlo.

—¡Joel! —le reprendo de camino a la cocina para hacerme un café pero sin dejar de sonreír—. No hables de esa manera. Y no, no se me ha olvidado. Estoy esperando que se despierte para tener una charla con él.

—¿Aún está dormido? La reconciliación debió ser larga y muy dura. —No se me escapa el tonito que le da a la voz al pronunciar las dos últimas palabras. Enciendo la cafetera y meto una cápsula.

—No te voy a contar mis intimidades, pero no. Ayer solo dormimos.

—No me cuentes nada si no quieres, pero no me mientas. Con ese *man* es imposible tener las manos quietas.

Las manos y la boca, estoy a punto de decir.

—Espera, *queen*. —Lo escucho hablar con alguien—. *Amore*, Mía se va a casa, no se encuentra muy bien.

—¿Está enferma?

—Parece griposa. No es nada.

—Iré yo. Estaré allí en un rato.

—No, reina. Tú no te preocupes. Yo me ocupo de todo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Si necesito algo, te llamo.

Cojo la taza de café y me la llevo conmigo hasta la habitación. Pablo sigue dormido enredado entre mis sábanas blancas. Subo la persiana un palmo y los rayos de las nueve de la mañana bañan su cuerpo perfilando sus tatuajes. No he visto jamás una imagen más sensual; estoy segura, la recordaría. El pelo alborotado, los labios rodeados de una espesa barba, los hombros anchos, un brazo por encima de la cabeza, el pecho torneado, vientre definido, piernas arqueadas, robustas y perfectas. No podría asegurar cuánto tiempo me llevo admirando la imagen hasta que tomo asiento a su lado y le acaricio el cuello.

—Mmm —ronronea.

—Pablo, despierta. Llevas durmiendo como unas doce horas. —Echo el cuerpo hacia delante, acercándome a él y le doy un beso en el hombro.

—Un ratito más —gruñe como si fuera un niño pequeño al que su madre pretende levantarlo para llevarlo al cole. Su voz suena amortiguada.

—He preparado café —relajo la palma de la mano derecha sobre su abdomen y noto que lo encoge. Aprovecha mi cercanía para agarrarme y apretar mi espalda contra su torso desnudo, tumbándonos a los dos de lado.

—No voy a levantarme nunca de esta cama —reparte besos por mi cuello.

—Creo que tu plan tiene flecos —lo dejo hacer.

—Yo no los veo por ningún lado —mete las manos por la pernera del pantalón de mi pijama y yo me remuevo—. Tengo todo lo que necesito.

—Tenemos que hablar.

—Tenemos que hacer el amor —aparta mis braguitas y me roza el clítoris. Suelto una suerte de jadeo y aprieto los muslos.

—Estás muy húmeda... —me lame la parte alta de la espalda.

—No juegas limpio. —Me pierdo entre sus brazos.

—A esto se juega sucio, nena —afirma con una voz depravada que me excita considerablemente. Me da la vuelta, me deja boca arriba y se tumba sobre mí. Me besa con mucha calma. Une sus labios con los míos en un baile lento y doloroso—. Sabes a café... a mis mañanas preferidas... sabes a música.

Se arrodilla y, sin dejar de mirarme, me baja las braguitas hasta sacarlas por mis pies rozando a conciencia mis desnudas piernas. Las agarra con una mano y se las lleva a la nariz. Inhala con fuerza y cierra los ojos, quedándose como en trance. Un par de segundos después los abre y vuelve a clavarme la mirada, esta vez mucho más oscura que la de antes.

—Y hueles al sexo con el que siempre he soñado. —Murmura tan

abstraído, pero seguro de sí mismo, que un calambre me recorre de pies a cabeza.

Me abre las piernas con sus rodillas, apoya una mano sobre el colchón a la altura de mi cabeza y con la otra guía su miembro, duro y preparado, hasta la entrada de mi vagina. Aprieto la mandíbula cuando la siento abrirse hueco poco a poco, muy despacio. Mi piel estira y se expande para abrazarla. Gimo cuando llega al fondo. Él jadea sin dejar de mirarme.

—Joder... No quiero estar un día sin esto. No puedo —sale y vuelve a entrar. Me acaricia la mejilla con la yema de los dedos de una mano a la vez que la otra explora mi cuerpo—. Te he echado tanto de menos —susurra junto a mi oído.

Sigue entrando y saliendo con mucha parsimonia. Rodeo con mis piernas su cintura y le palpo el pecho con las manos. Noto su corazón bombear con fuerza.

—Nerea —empuja y se detiene topando con lo más profundo de mí—. ¿Lo sientes? ¿Sientes eso? —Arqueo la espalda y lleno de aire mis pulmones.

—Pablo —Gimo. Enredo mis dedos entre su cabello y lo atraigo hacia mí, besándolo con pasión. Se aferra con ansía a mis caderas y se me escapa un pequeño grito. Levanto la pelvis para darle más acceso y lo siento tan dentro que duele. Y me refiero en todos los sentidos.

Me acaricia el cuello, los pechos, se entretiene con un pezón hasta dejarlo sensible y rosado. Jadeo cuando lo pellizca y lo suelta.

Sigue meciéndose sobre mí, nuestros cuerpos chocan, pero a un ritmo tan pausado que me desespera. Le clavo las uñas en el culo y aprieto con ganas hacia mí. Le ruego que se mueva más rápido, pero él me susurra que necesita ir despacio.

—No tenemos prisa, nena. Déjame sentir cómo me aprietas, déjame vivir dentro de ti.

Me besa, su lengua busca la mía y la encuentra. Sus manos se pasean por mi cuerpo como si llevara años deseando hacerlo, sin dejar huérfano ningún rincón. Mis manos hacen exactamente lo mismo. Le muerdo la mandíbula, el cuello, el pecho. Él me agarra de la cabeza, la levanta y vuelve a unir nuestros labios, sensibles de tanta fricción.

—Nerea, te quiero. Te quiero. —murmura mientras el vaivén de sus caderas me acerca cada vez más al séptimo cielo—. Eres tú, eres tú —me acaricia el cuello con la nariz. Echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por la sensación de estar completa, por dentro y por fuera—. Mírame —susurra y

abro los ojos—. Mírame mientras te corres. El puto big bang explota en tus ojos mientras lo haces. Ahí están las verdaderas estrellas, Nerea, en la luz que desprende el brillo de tus ojos.

—Pablo... —una lágrima rueda por mi mejilla y él la besa con suavidad. Son tantos los sentimientos que experimento cuando se trata de él que me aterroriza pensar lo que puede pasar si esto no sale bien. Son enormes, sinceros y devastadores. Para bien y para mal. Y ese «mal» no me parece una idea tan descabellada. Nuestros mundos son tan diferentes, nos separan tantas cosas y tantos kilómetros que, a veces, como esta semana, se me olvida que Pablo me quiere. Me quiere.

—Te quiero —le declaro yo también.

Me besa, lo beso y nos perdemos. El vaivén decadente se convierte en movimientos rápidos y certeros. Jadeamos a la vez y sobre nuestras bocas. Agarra con fuerza mis glúteos y me levanta la pelvis. Se retira para luego empujar y ya no puedo aguantarlo más.

—Pablo... Pablo... —mendigo.

—¿Más fuerte?

—Si... —afirmo entre jadeos y mucha saliva.

Cristaliza nuestro cuerpos en un baile continuo y demencial. Su pelvis choca con la mía y el sonido rebota en las paredes inundando todo del sexo más brutal, maravilloso y placentero que haya experimentado.

—Córrete —pide sobre mi boca, y el sonido de su voz me lleva hasta la espiral en la que me pierdo sin conocimiento. Todos los músculos de mi cuerpo se contraen y grito sin dejar de mirarlo. Él se muerde el labio con tanta fuerza que se hace daño y se derrama dentro de mí, violento e inmenso. Tres investidas certeras y se detiene. Deja caer el cuerpo sobre el mío sin aplastarme y pierde su boca en el arco de mi cuello. Nuestros pechos se mueven al mismo ritmo que nuestras respiraciones, de una manera caótica y veloz.

Me revuelvo bajo su cuerpo y me pregunta si estoy bien. Le rodeo el cuello con los brazos y entierro mi cara en el arco que lo une con la clavícula.

—Nena, estás temblando —susurra, buscando mi mirada.

—No pasa nada —intento esconderme.

—No me mientas —apoya los codos a ambos lados de mi cabeza y la agarra, dejándola frente a la suya—. Estoy aquí.

Lo empujo hacia atrás porque siento que me asfixio y lo obligo a salir de mí. Su semen resbala por la piel de mis ingles. Se arrodilla y me da espacio

para levantarme. Camino hasta el baño y abro la ducha. Me meto dentro en cuanto el agua se templó y Pablo llega a mi lado poco después. Me abraza por detrás sin decir nada.

—Estás aquí, Pablo. Hoy. Pero esta semana no has estado y yo no he sabido nada de ti.

—No volverá a pasar. Te lo prometo.

—No prometas algo que no puedes cumplir. Cristina dijo que no es la primera vez que lo haces —suelto, quizás demasiado severa.

Me da la vuelta y me pone frente a él.

—Y lleva razón, pero antes no tenía a nadie a mi lado. Ahora te tengo a ti.

—Estos días también me tenías y se te olvidó.

—No se me olvidó, nena. Solo... Este mundo me agobia, me saca de quicio. Me desespera, me vuelvo loco. Cuando eso ocurre, paso de todo y de todos unos días y normalmente se me pasa. Creí que esta vez sería igual, hasta que me di cuenta de que te necesitaba a mi lado para poder superarlo. Yo... no estoy acostumbrado a necesitar a alguien. Se me escapa todo lo concerniente a ti.

—Para mí también es nuevo —las gotas le caen desde el pelo hasta explotar en sus hombros. Levanto el brazo y enredo los dedos entre sus cabellos mojados. He estado casada diez años, sin embargo, todo me parece ajeno y desconocido. Extranjera en el país donde nací—. No tengo las claves para que esto que tenemos salga bien, pero si vamos a mantener una relación adulta, no puedes desaparecer sin más. Si tienes problemas, puedes y debes pedirme ayuda. Al menos... para hablar. No huir.

Traga con dificultad.

—Amo la música. Amo cantar, pero odio todo lo que rodea a este mundo. Todo se está convirtiendo en una jodida mierda. Dime que me acompañarás a los premios, o no voy. Me da igual la banda, me da igual Arthur. Sin ti no podré hacerlo, sin ti a mi lado me muero.

—No digas eso —musito triste.

—Es la verdad. Dime que vendrás —suplica y mi corazón se rompe un poco. Parece tan asustado...

—Claro que iré. Es lo que hacen las parejas. Acompañarse y ayudarse cuando se necesitan —le palpo el pecho para tranquilizarlo.

—Todo es un caos ahí fuera —me besa e hincha el pecho.

—Pero lo importante es el orden aquí dentro. Entre estas paredes. Entre tú y yo.

—¿Ya me has perdonado?

¿Acaso puedo hacer otra cosa?

—Claro que sí. De eso se trata también. De perdonar —pongo mi mano en su mejilla y él se acerca para juntarla más.

—Eres increíble. Toda tú.

Nos besamos, y el mundo, ese al que parece que tanto teme, desaparece. Solo estamos él y yo. Pablo y Nerea. Y nadie más.

Pasamos el día revolviendo las sábanas. Enredando nuestros cuerpos y fundiéndonos en uno. Solo nos alejamos de la cama para comer algo a mediodía y ni la cocina se libra de ser testigo de las ganas que nos tenemos. Me duele todo, cada músculo, cada centímetro de piel, cada célula; pero es un dolor reconfortante que lo hace todo más real. Conozco al Pablo humano, a ese chico de veintisiete años que desea comerse el mundo, pero al que le aterroriza que ese mismo mundo se lo trague a él. Me cuenta que por eso se compró el piso de Madrid, para tener un espacio donde alejarse del grupo, de las fiestas y de las chicas. Esto último me hacer reír, él se contagia de mi risa, me atrapa entre su cuerpo y el colchón y se sostiene con las manos sobre mi cabeza.

—¿De qué te ríes?

—Vamos, eso no hay quien se lo crea.

—No me gusta que se me tiren encima todo el día —empuja como si me estuviera penetrando.

—Pues así llevamos desde esta mañana —le acaricio el vientre y lo contrae.

—Pero tú eres diferente. Si por mi fuera, siempre te tendría así —mira de arriba abajo mi cuerpo desnudo y se muerde el labio inferior con los dientes en un gesto tan provocador y erótico que le bajo los pantalones, me arrodillo sobre el colchón y, según sus palabras, le hago «la mamada del siglo».

A las siete Rocío me llama para recordarme que la inauguración comienza a las diez y que debo estar allí una media hora antes. Me meto en el cuarto de baño (y cierro con pestillo) para contarle (en modo susurro) que Pablo llegó ayer y que me acompañará. Tapo el auricular cuando comienza a dar voces (está a nada de dejarme sorda con los berridos), espero a que termine y le vuelvo a hablar.

—Esta noche te lo cuento, ¿vale?

—¡Por supuesto!

—Solo una cosa... —Suspiro—. ¿Le has comentado algo a Carol?

—Lo siento, cariño. Me llamó esta mañana para hablar de los modelitos para esta noche y... ya sabes. Entre nosotras no hay secretos.

—Si si —me resigno—. ¿Te importa llamarla ahora y ponerla sobre aviso? —No me gustaría que montara una escena cuando nos viera llegar. Ya nos ha quedado claro a todos que no le cae muy bien mi... mi nuevo amigo especial. Y entiendo sus reticencias, que conste.

Le mando un mensaje a Cristina para recordarle que la recogeré a las nueve. Ella iba a ser mi acompañante esta noche, no pienso dejarla tirada porque Pablo esté aquí, me odiaría para siempre. Comida y bebida gratis y un montón de *famoseo* del que después despotricar. Si la privo de eso, no volverá a hablarme jamás. Pablo va a su piso a cambiarse, sin embargo, no tarda ni veinte minutos en volver ataviado con unos vaqueros desgastados, pero con pinta de costar el alquiler de un mes, blusa azul clara con el botón de arriba sin abrochar, una chaqueta de traje azul oscura y cinturón y zapatos marrones. Recojo la mandíbula del suelo y le ordeno, en vano, a mis bragas, que no vayan corriendo a meterse en el bolsillo de sus pantalones. Pero en vano, ahí van las *pillinas*, saltando con alegría.

—¿Todavía no estás preparada? —Le abro la puerta con un kimono de seda negro, pero ya peinada y maquillada.

—Solo me queda vestirme —me giro y camino hasta la habitación. Entra detrás de mí y se deja caer de espalda sobre la pared sin quitarme la vista de encima.

—Si quieres, puedo ayudarte a vestirme —propone.

—¿Puedes dejarme un poco de intimidad? —pido con la boquita pequeña. Por el rabillo del ojo veo que tuerce la boca en una media sonrisa que me pone los vellos de punta.

—Tendrían que venir el CNI para echarme de aquí —se mete una mano en el bolsillo del jeans.

Con mucha sensualidad, deshago el nudo del cinturón, dejo que la tela se abra unos centímetros y mis pechos (cubiertos por un sujetador negro de encaje que deja entrever mis pezones) se asoman sin vergüenza. Se le escapa un gemido y me vengo arriba. Agarro la seda por el cuello y la dejo caer poco a poco por mis hombros, deslizándose suave por mi cuerpo, hasta que se posa, como una pluma, sobre el suelo. Pablo levanta la vista del kimono y recorre, con ella, cada centímetro de mi piel. Cuando llega a mi cara, humedezco mis labios con la punta de la lengua y después los muerdo. Él se

remueve y carraspea. Me doy cuenta del bulto de sus pantalones que él no oculta, por cierto. Tomo asiento en el filo de la cama y me coloco las medias negras semi transparentes que me cubren hasta los muslos y vuelvo a levantarme para introducir los pies en unos zapatos rojos de tacón alto. Su mirada me abrasa la piel.

—¿Te importaría acercarme ese vestido? —señalo con un leve movimiento de mano la percha colgada en la puerta del armario. No me pasan desapercibidos los dos segundos que transcurren antes de que se incorpore hacia delante y decida cogerlo y caminar hasta mí. Al contrario de lo que pensaba, lo saca de la percha y se agache a mi espalda, abriendo la prenda de color negro para que meta los pies en ella. Lo hago, y él sube la tela muy despacio, acariciando con ella y con sus manos, toda mi sensible piel. Se me corta la respiración al notarla pasar por mis erectos pezones y él se da cuenta. Sube la cremallera con una lentitud pasmosa y al llegar arriba deja las palmas de las manos sobre mis hombros, aparta el pelo hacia un lado y besa la zona desnuda baja de mi cuello. Una simple caricia que me transporta a un lugar de fantasía (casi todas sexuales y húmedas). Sigue regando de besos esa parte de mi cuello en dirección ascendente hasta morder el lóbulo de mi oreja.

—Ahora... te empujaría hasta esa pared —susurra, pegando su pene erecto a mi trasero—, aplastaría tus preciosas tetas a ella, te levantaría el vestido, arrancaría esas bragas que me están volviendo loco y te follaría hasta que me suplicas que parase porque te duele y no puedes aguantarlo más. ¿Sabes por qué no lo hago? —abre la palma de una mano sobre mi vientre y me aprieta más contra él y contra su erección. Niego con la cabeza y encojo el estómago—. Porque me has puesto tan caliente que te destrozaría, no podría controlar mis impulsos y te haría daño, estoy seguro. Loco, me vuelves jodidamente loco. —Con la punta de la lengua me lame la unión entre la espalda y el cuello—. Por eso, ahora te voy a soltar y nos vamos a ir a esa fiesta. Yo voy a intentar olvidar tu imagen desnuda delante de mí y las ganas que tengo de abrirte de piernas y follarte como si fuera un animal; y tú intentarás no acercarte mucho a mí esta noche para no obligarme a tener que arrastrarte como un degenerado a los baños de local, arrancarte el vestido, partirte en dos y correrme dentro de ti sin que ni siquiera me importe si tu también has terminado. —Se me escapa un pequeño jadeo.

—No pienso separarme de ti en ningún momento —musito rozándome contra él, provocándolo.

De repente, me suelta y me tambaleo. Se separa unos pasos y camina hasta

la puerta. Se gira al comprobar que yo no me muevo, y sonrío.

—¡Vamos! —cambia por completo el tono de voz—. No querrás llegar tarde.

¡Yo lo que quiero es que me empotres contra el suelo si hace falta!

Cogemos un taxi y nos trasladamos a casa de Cristina para recogerla. Ni qué decir tiene que me remuevo inquieta sobre el asiento trasero sentada a su lado. Lo que acaba de pasar me ha dejado totalmente desubicada, pero lo cierto es que no es eso lo que más me incomoda.

—¿Qué te pasa, nena? Te veo... acelerada —tuerce la boca en una sonrisa muy tentadora. Me agarra la mano y me da besitos sobre los dedos.

—Eso no se hace —le increpo.

—¿El qué? Tú has empezado.

—Y tú deberías haberlo terminado —me quejo.

—Tranquila, lo terminaré —susurra sensual—. Todo a su tiempo.

El coche para en la puerta de mi hermana y la llamo al móvil para que baje.

—Pablo...

—¿Qué pasa? —pregunta con cariño, con sus ojos sobre los míos.

—Sebastian acudirá a la fiesta —digo en el tono más indiferente que encuentro.

—¿Y? Ya le has hablado de mí —me aprieta la rodilla con los dedos, restándole importancia.

—Sí, pero... Tengo que ser sincera. Me incomoda la situación. Es rara...

—Rara «quiero cortarme las venas y que me atropelle un tren»; o... Rara «esto es algo nuevo para mí y me desconcierta».

La forma de exponerlo me roba una sonrisa. A veces parece mayor que yo y otras se convierte en un niño pequeño.

—Todo saldrá bien —asegura. También sonrío—. No te preocupes. No voy a pegarme con él ni nada por el estilo —me da un corto beso sobre los labios.

—Pero... ¿Tú cuándo has llegado? —Cristina abre la puerta y entra como un torbellino, empujando a Pablo y sentándose junto a él. Este se acerca a ella y le da un beso en la mejilla.

—Quita —lo empuja—. Qué asco. Seguro que lleva las babas de mi hermana. —Se frota la cara con la manga de la chaqueta—. ¡Qué bien lo vamos a pasar! Sebastian también viene, ¿no? —Suelta (la muy hija de perra)

mirando hacia el frente y riéndose con malicia.

NO PUEDES HACERLO Y PUNTO

El taxista detiene el vehículo a pocos metros de la puerta, engalanada con una alfombra negra, y la flamante fachada de Roquiolo, el nuevo restaurante de Carlo. Unos veinte periodistas, cámaras y fotógrafos, paran, hacen preguntas y fotografían a las personas conocidas que llegan invitadas a la inauguración. Pablo me mira cuando se da cuenta del festival que hay montado y yo hago exactamente lo mismo. Los dos sonreímos reconfortados sin decir nada, tratando de tranquilizar al otro. Salimos del coche y me da la mano. Cristina camina a su otro lado. Un puñado de reporteros se dan cuenta de que Pablo Aragón hace acto de presencia y se acercan corriendo a nosotros, casi cortándonos el paso. Pablo me pega a él y agarra a Cristina del brazo.

—¿Quién es ella? —pregunta uno.

—¿Es la chica del aparcamiento? —pregunta dos.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Es tu novia? —preguntan tres, cuatro... Solo veo micrófonos y destellos.

—¿Os vais a casar? —siete... ocho...

—Hace solo una semana que se te vio con Brittany Larson. ¿Significa esto que vuestra relación ha terminado?

Noto su cuerpo tensarse a mi lado. Intento mirarlo, pero los flashes me han dejado cegata.

—¿Vais a tener el niño? Brittany ha declarado que... —Pablo frena en seco ante la pregunta y se enfrenta con la reportera. Sin embargo, entre Cris y yo tiramos de él y conseguimos que no haga ninguna tontería (como empujarla por los escalones, sus ojos me indican que es de lo único que tiene ganas).

—¡Joder! —masculla entre dientes cuando ya estamos dentro. Me busca con la mirada.

—Estoy bien, ¿y tú? —respondo ante su silenciosa pregunta.

Asiente con la cabeza mientras se toca el pelo, nervioso. Lo agarro de la solapa de la chaqueta y pego mi cuerpo al suyo.

—¡Eh! No pasa nada.

Se agacha, pega su frente a la mía y respira. Rozo su boca con mis labios y él me besa con dulzura.

—¿Podéis dejar de pelar la pava ya y llevarme a por una copa? —sugiere Cris cruzándose de brazos.

El restaurante lo han decorado con una exquisitez infinita. Paredes blancas con adornos plateados. Unas pequeñas lámparas de metal y de forma ovalada cuelgan de casi todo el techo. Mesas y sillas de madera muy clara. Todo iluminado con una preciosa luz que dibuja el suelo de mármol blanco. Busco a Rocío entre la gente. No sabría decir qué veo antes, si a ella o a su vestido dorado, brillante y precioso, ajustado a su cuerpo de una manera que resalta su voluptuosa y maravillosa figura. La saludo con la mano y ella nos indica que nos acerquemos. Sonríe cuando nos ve llegar, me abraza y me pregunta al oído si todo va bien. Le contesto con un beso en la mejilla, un pequeño apretón y le presento a Pablo formalmente. Éste la agarra por la cintura y le da dos besos que sin querer llegar a ser descarados, consiguen serlo, porque Pablo no puede actuar de otra manera. Sabe cómo besar a una mujer aunque sea de una manera formal.

Mmm. Celos...

—Gracias por invitarme, Rocío. Estás preciosa. —Piropea a mi amiga que, unido a su escandalosa sonrisa, se la mete en el bolsillo ante mi atónita mirada. Me entran ganas de gritarle a la muy traicionera que si ya ha olvidado que el muchacho no me ha llamado en casi una semana y que ella hace pocas horas me echó un gran sermón telefónico en el que abogaba por dejarlo sin huevos y colgarlos como trofeo; pero no lo hago y Ro sigue mirándolo con ojos pervertidos hasta que Cristina carraspea y todos reímos. Se disculpa en voz baja y se sonroja. Vaya, Rocío abochornada. A punto estoy de sacar el móvil e immortalizar el momento en una foto. Disimula y llama a Carlo que habla con alguien detrás de ella.

—Cariño, él es Pablo. Un amigo de Nerea.

—Encantado. —El italiano le da un apretón de manos, educado, y Pablo se lo devuelve.

—Tienes un restaurante impresionante —le alaba el gusto al anfitrión.

—Gracias.

Ahí está. La primera vez que noto esa rareza de la que hablo... Carlo es amigo de Sebas y le puede resultar extraño que le esté presentado a otro hombre como mi pareja, porque Rocío ya lo habrá puesto al día de todo. De hecho, prefiero que sea así, porque no me apetece tener que ser yo la que dé las explicaciones.

Una mujer lo reclama y se despide de nosotros deseándonos que lo pasemos bien. Un camarero nos sirve unas copas de vino y nos la tomamos de pie en medio de la sala. Cristina se queja porque el sujetador, y cito palabras textuales: «me aprieta tanto las tetas que una de ellas está a punto de declararse en huelga y salir de manifestación con pancarta incluida en la que rece “Nos merecemos ser libres. No a la opresión”». Pablo y yo nos carcajamos con sus salidas de tono y le pedimos que mantenga la compostura, aunque en realidad nos da igual que lo haga o no; nos divertimos con ella y la queremos y aceptamos tal cual. Rocío vuelve con un plato en la mano y nos ofrece una especie de pinchos de algo que ni se me ocurre averiguar ni preguntar qué es.

—¿Carol y Andrés aún no han llegado?

—La niñera les ha dejado tirados a última hora, pero han encontrado a otra. Ya no pueden tardar.

Justo termina de hablar y los interpelados llegan a nosotros con una sonrisa en los labios. Bueno, Carol la disimula (sin conseguirlo. La actriz siempre ha sido Rocío) al comprobar quién está a mi lado. Rocío la ha puesto al tanto de que Pablo venía, pero una cosa es saberlo y otra muy distinta tener que verlo. Nos saluda a todos con dos besos menos al roquero (que ahora mismo encabeza su lista negra), al que le hace un gesto muy forzado con la cabeza que no pasa desapercibido a nadie. Por fortuna, todos la conocemos y a nadie le extraña que proceda así.

—Hola, soy Andrés. Tú debes de ser Pablo. —Sin embargo, su marido entiende la situación y se presenta simpático y educado.

—Sí, encantado. —se aprietan las manos.

—Soy el marido de Carol —coge dos cervezas de una mesa y se pone a su lado. Le ofrece una y este la acepta, agradecido, deshaciéndose de la copa de vino —. No le tomes en cuenta a mi mujer que te odie. Solo se preocupa por su amiga, demuéstrole que se equivoca y te convertirás en mi héroe. Me gustaría verla tener que disculparse por algo alguna vez en la vida —le dice, escondiendo la boca detrás del vaso. Mi acompañante sonrío y bebe.

Comienzan a conversar amigablemente sobre cosas que no me interesan nada, como el último coche que ha diseñado una marca alemana que ni conozco ni quiero conocer. Me atrevo a preguntarle a Rocío por Sebastian y me informa de que no lo ha visto. La noche transcurre tranquila. Tomamos asiento los cinco en una mesa; Carol, Andrés, Pablo, Cristina y yo; y aunque al principio la situación entre mi amiga y Pablo puede ponerse un poco tensa, a medida que transcurre el tiempo todo se normaliza y hasta bromean y cruzan algunas palabras. Pero vamos, que seguimos descartando la idea de que puedan llegar a convertirse en amigos. No relato de qué consta el menú porque no tengo ni la menor idea de lo que nos sirven. «Cocina innovadora» la llaman. «Cualquier cosa sin forma definida» la denomino yo. De lo único que me preocupo es de que no lleve almendras, no me apetece pasar la noche en el hospital o morirme delante de las cámaras de televisión. Cuando termina la cena, retiran las mesas y cambian la luz a una mucho más sutil y sensual. Pablo nos pregunta qué queremos tomar y va a la barra con Andrés a por lo que les hemos pedido.

—¡Mira! ¿Aquel de allí no es Mario Casas? —le pregunto a mi hermana.

Ella reacciona como yo esperaba.

—¿Dónde? —da un gritito y se emociona. No lo ve por ningún lado, se gira hacia mí y me da un codazo—. Eres imbécil.

—¡Has caído! —me río.

Ella pone mala cara y gruñe.

Suena *Wait* de Maroon 5 y comenzamos a bailar.

—¡Mira! ¿Ese de ahí no es Sebastian? —me la devuelve la renacuaja. Se me corta el cuerpo y miro en la dirección que indica. Hay una diferencia muy simple entre mi broma y la suya: que ella no bromea.

Me detengo unos segundos a observarlo. Pantalón y chaqueta oscura sobre blusa burdeos sin corbata. Conversa animado con una copa en la mano. Y ahí está, de nuevo esa rareza... Mi marido, mi compañero, mi familia, un montón de sueños, proyectos, viajes, risas, llantos, miedos, tristezas, alegrías, sorpresas, besos, abrazos, él, yo, diez años. Y, como si algo nos uniera, gira la cabeza hacia mí y nuestras miradas se encuentran. Sonríe levemente y me saluda agachando la cabeza en un gesto imperceptible. Se excusa ante sus acompañantes y llega hasta nosotras.

—Hola. —Saluda a Carol y a Cristina, pero a esta última sin acercarse demasiado. Supongo que no descarta la idea de que le pueda soltar una patada voladora y/o envenenarle la bebida. Tal y como lo mira juraría que a

punto está de coger impulso y comenzar a saltar como un ninja. Da igual que le explique mil veces que Sebastian no ha hecho nada malo, para ella mi ex es el enemigo y a los contrincantes no se les da ni agua.

—Hola —contestamos todas.

Me da un beso en la mejilla y me susurra al oído que estoy muy guapa.

—Gracias —me sonrojo y no entiendo por qué. Juraría que los nervios me superan.

—¿Qué tal lo pasáis?

—¡Genial! —contesta mi hermana con demasiado énfasis—. Hasta que...

—¿Y tú, qué tal? —la interrumpo y le echo una mirada de aviso—. ¿Has venido solo? —Esta última cuestión la suelto sin pensarlo demasiado. No quiero saber si alguien lo ha acompañado. Quizás la tetona de Marga, su secretaria, aparezca ahora enseñando escote; en plan: torpedos fuera. Lo pienso durante una milésima de segundo y mi patetismo me aterra. Yo vengo con Pablo, con el que follo muy a menudo, mucho y muy fuerte, y con el que me unen muchas más cosas y más importantes que el sexo.

—He venido con Simón —señala donde este conversa animado con un grupo de personas.

No me da tiempo a decir nada más, Pablo y Andrés vuelven con las copas y nos la reparten. Cojo la mía temblando y rogándole a Cristina en silencio que me ayude a distender el ambiente. La muy puta se encoge de hombros y le da un sorbo a su bebida. En realidad tengo que agradecerle que no diga nada porque casi seguro que empeoraría la situación. Y el tiempo me va a demostrar que no necesito más bocazas a mi alrededor, con Sebastian me basta y me sobra.

—Pablo, él es Sebastian. Mi...

—Su marido —me corta Sebas, alargando la mano hasta él. Puedo ver las gotas de oxígeno congelarse a mi alrededor. Yo y todos los presentes. Se me corta la respiración el tiempo que tarda Pablo en estrecharla y desechar la idea de partírla la boca aquí en medio.

—Ya nos conocemos —le aprieta con fuerza.

Coincidieron en la casa de mis padres en Nochebuena, sin embargo, no recuerdo ni que cruzaran una palabra. Mi hermana y él se dedicaron a bromear junto a la chimenea y yo trataba aparentar delante de mi madre que todo iba bien entre nosotros y que podríamos volver a empezar.

—Nena —Pablo me agarra de la cintura—. ¿Te apetece bailar? Me gusta esta canción —sonríe y me da un beso muy cerca de la comisura de la boca.

Asiento levemente y lo sigo donde bastantes personas bailan mientras Sia canta *Never Give Up*. Sin embargo, no se detiene, sigue hacia delante, buscando otro lugar. Salimos a una especie de almacén y me empuja contra la pared. Pega su mejilla a la mía, respira con fuerza y me acaricia el cuello con los dedos. La música cambia a una mucho más lenta y sugerente. *Imagine Dragons* de *Damons* suena a lo lejos y amortiguada por la pared.

—Lo siento —musita sobre mi boca—. Me he comportado como un...

—No —lo callo—. Lo que ha hecho Sebas ha estado fuera de lugar.

—Pero es cierto —aprieta la mandíbula y traga. Lo miro con el ceño fruncido—. Sigues siendo su mujer —aclara.

—Pablo. No vayas por ahí. Tú mismo dijiste que un papel no significa nada. —Aprieto su mano con la mía y la llevo a mi corazón—. Eso se siente aquí. Y mi corazón te pertenece. ¿Recuerdas?

Pierde la vista en mi dedo; y con el suyo palpa mi alianza de boda.

—Aún llevas su anillo —declara con amargura.

—Esto no significa nada —miento. Y me siento muy mal por ello. No debería significar nada, un simple anillo de oro blanco con un diamante transparente muy pequeño incrustado, solo es eso. No obstante, no puedo negar que simboliza muchas promesas y votos, de alguna manera, sagrados. Con él sellamos nuestra unión y juramos amarnos, cuidarnos y respetarnos hasta el fin de los días.

Cierro los ojos y suspiro.

—Nerea —noto el calor de su aliento en mis labios—. Vámonos —implora.

—¿A casa?

—A Londres.

Me despido de las chicas y las aviso de que nosotros damos por finalizada la velada. Ellas lo entienden a la perfección; supongo que después del momento de tensión nadie dudaba de que pronto desapareceríamos. Cristina llora (o casi) por quedarse un rato más, y Andrés, que se da cuenta, se ofrece a llevarla a casa. Le pido encarecidamente a mi hermana que no haga demasiado el ridículo, o Rocío nos matará a las dos, de una forma lenta y dolorosa (después de clavarnos alfileres en las uñas). Uno de los dos porteros que llevan custodiando la puerta durante toda la noche nos informa de que los medios de comunicación aún aguardan apostados ahí fuera. Nos acompaña hasta una puerta trasera que da hacia otra calle mucho menos concurrida y

Pablo sale a parar un taxi. Yo espero en la especie de almacén en el que antes estuvimos para no pasar frío. Sebastian entra en él, cierra la puerta por donde hemos venido y me pregunta, copa en mano, por qué me voy tan temprano.

—Es más de la una y media —apunto sin casi mirarlo. El enfado por su salida de tono aún no se me ha pasado.

—Supongo que tu novio...

—No es mi novio —le lanzo una mirada de advertencia.

—Creí que... —sigue, envenenado.

—Para, Sebas. No es momento ni lugar. Y, además, no me apetece discutir.

—¿Se ha ido? ¿Te ha dejado sola? —pregunta con desdén.

—¿Qué quieres? ¿Por qué te comportas así? —me encaro con él.

—¿Yo? ¿Así, cómo? —levanta el tono unos decibelios.

—¿Qué es lo que te molesta? —lo subo yo también.

—¿De verdad me lo preguntas? ¡Por dios, Nerea! Apareces aquí, en una fiesta a la que asisten casi todos nuestros amigos, con un joven al que presentas como tu pareja...

—¡Es que lo es! —grito y detengo su perorata.

—¿Y qué soy yo? ¿Quién soy yo? —No digo nada—. Soy tu marido. ¡Tú marido! —chilla. Me agarra de los hombros y me zarandea sutilmente—. ¡Y tengo que ver cómo otro te besa delante de mis putas narices! Me quiero morir ¡Morir! Nerea, ¿tienes una leve idea de lo que siento? —escupe a dos centímetros de mi boca.

—Suéltala. —La voz, alta, clara y ruda de Pablo a nuestro lado, me asusta. Sebas, en vez de amilanarse, se enfrenta a él.

—¿O qué? —le vocifera, sin alejarse de mí.

—O te arranco la cabeza —asegura sin inmutarse.

—¿Si? ¿Me la vas a arrancar tú? —pregunta con una evidente mueca de desprecio en el rostro. Veo a Pablo apretar los puños junto a los costados.

—He dicho que la sueltes —rechina los dientes.

—Lárgate de aquí, niño. Necesito mantener una conversación de adultos con mi esposa.

Pablo se abalanza sobre él y le da un puñetazo en el rostro. Sebas ni siquiera lo ve venir; y no le da tiempo a reaccionar y apartarse.

—¡No! —lo agarro por los hombros cuando intenta volver a golpearlo—. Pablo, ¡no!

Los dos porteros entran en la estancia alertados por los gritos. Uno de ellos

ayuda a mi ex marido a levantarse del suelo y el otro me pide que me lleve a Pablo de aquí, antes de que la pelea vaya a más y los invitados o los periodistas se percaten de lo que ocurre. Subimos al taxi, hacemos el trayecto y entramos en mi piso sin decir ni una palabra. Pablo cierra la puerta detrás de mí demasiado fuerte. Puede que sea el sonido lo que me hace reaccionar, no sabría asegurarlo, pero giro sobre mis tacones rojos y le grito.

—¿Por qué le has pegado? —No contesta. Solo da vueltas por el salón como un mono enjaulado—. ¿Por qué le has pegado? —repito más fuerte si cabe.

Se detiene a un metro de mí y me mira. Me mira y me mira. Se toca el pelo compulsivamente y, cuando me parece que va a decir algo, se abalanza sobre mí, me empotra contra la pared, agarra mi vestido por los hombros, tira hacia ambos lados con fuerza y lo desgarrar de arriba a bajo; la tela cae deshilachada sobre el suelo. Con la mano izquierda me rodea el cuello, aprisionándolo, a la vez que con la derecha rompe mi maravillosa ropa interior, se baja los pantalones y me empala sin compasión. Todo muy deprisa. Grito al sentir la cabeza de su polla llegar a lo más profundo y echo la cabeza hacia atrás. Sus empellones, hondos y certeros, me desmiembran. Intento besarlo, sin embargo, él se retira y me lo impide. Entra desesperado, sale en la misma medida y sus dedos presionan la piel de mis nalgas haciéndome daño.

—Pablo... —Me tapa la boca con la mano. Me coge como si no pesara nada. Deja caer mi espalda sobre el suelo y sigue con sus acometidas. Jadea sobre mi boca y, cuando me va a besar, le agarro del pelo y lo hecho hacia atrás. A esto sabemos jugar los dos.

Me mira con el ceño fruncido y para. El corazón se me va a desgarrar y salir del pecho. El sonido de nuestras respiraciones inunda la estancia. Planta las palmas de las manos en el suelo y desliza el miembro hasta fuera sin llegar a sacarlo del todo.

—Dame tu boca —me ordena bajo un sonido gutural que me desintegra.

—¿Por qué le has pegado? —intento disimular que no me muero porque siga moviéndose y me destroce.

Echa la cabeza hacia delante y yo la freno con mis manos aún enterradas entre sus cabellos.

—Dame la boca. —Exige con rudeza.

—¿Por qué le has pegado? —repito en mis trece.

—Porque no soporto que te toque, porque pensarte con él me vuelve loco,

porque eres mi mujer, no la suya.

—Eso no es ninguna excusa. No puedes hacerlo.

—Lo sé. Pero lo mataría antes que dejar que te hiciera daño.

Le suelto la cabeza y une su boca con la mía. Nos devoramos. Nos comemos. Nos sentimos. Nos dejamos llevar. Los siguientes minutos lo conforman mis gritos, sus jadeos, nuestra saliva mezclándose, dientes mordiendo, pelvis chocando y dos orgasmos devastadores que lo arrasan todo, dejando al descubierto mis miedos y los suyos.

CONOCERME

El sábado por la mañana me llama Carol para ponerme al tanto de lo que sucedió la madrugada del jueves después de que nos fuéramos. Por lo que parece, Andrés y Carlo salieron a la calle a fumar un puro habano que les regaló un actor muy famoso y se encontraron a Sebas sangrando por el labio y hecho un basilisco. Resultado de la acción desmedida de Pablo: tres puntos en el labio superior y dos en el inferior. Esta última información la obtiene encontrándose a mi ex el viernes por la mañana en el hospital. Mi amiga me pregunta, en plan «Madre al borde de un ataque de nervios por las locuras inexplicables de su adolescente y descerebrada hija», si estoy segura de lo que hago. Durante unos segundos la cuestión que plantea da unas algunas vueltas por mi cabeza llegando a una única conclusión que no digo en voz alta: no, no tengo ni la menor idea.

—Le pegó, Ne.

—Lo sé, yo estaba delante.

—¿Y te parece normal?

—Tú no sabes lo que le dijo...

—Ese chico no te conviene. No me vas a convencer de lo contrario.

Y lo cierto es que no quiero convencerla, ni a ella ni a nadie. Nos despedimos sin dejar de discutir, sin embargo, nada cambia entre nosotras.

—¿Cuánto estarás fuera?

—Cinco días. El viernes vuelvo.

—Llámame si algo no sale bien.

La despido con un «Te quiero» y obvio el tono seguro con el que ha dicho sus últimas palabras.

Pablo desaparece durante todo el día. Mañana por la noche cogemos un avión directo a Londres y aprovecha para arreglar algunos asuntos antes de volver. Según me dice queda para comer con la directora de una revista que

le hará un reportaje al grupo el próximo mes. Paso la tarde haciendo la colada y preparando la ropa que meteré en la maleta. Esta función me vuelve bastante loca y consigue que olvide durante un rato lo que ha pasado, pero una visita inesperada llega para recordármelo de nuevo. Rocío no se va de mi casa hasta que no le aseguro unas cien veces que estoy bien. Me cuesta convencerla sangre, sudor y lágrimas (y un té y una cajita de chocolate suizo) hasta que consigo que se vaya y deje de preocuparse por mí. Rectifico: se preocupará, pero lejos de mi persona, donde yo no podré verla ni escucharla.

Sobre las ocho recibo un mensaje de Pablo en el que me propone un plan sencillo y apetecible: pizza, sofá, peli y abrazos. Le contesto utilizando emojis de caras con corazones en vez de ojos y sigo recogiendo la casa para dejarlo todo listo antes de mañana. Lo que se presumía como una noche tranquila en la que Pablo y yo pudiéramos terminar de apaciguar la tensión que aún se intuye entre nosotros (y no me refiero a sexo pervertido y guarro, sino más bien a reencontrarnos con el otro), termina con mi hermana devorando parte de una pizza barbacoa, sentada con las piernas cruzadas sobre mi sofá y llamando gilipollas a su mejor amigo que no la deja de increpar. Sí, Cristina aparece de repente y sin que nadie la invite cuando Pablo y yo estamos a punto de sentarnos a cenar.

—¿Hoy no sales con Lucas? —le pregunta él, en un tono desdeñoso, apostado a su lado

—¿Ahora te cae bien? —se cruza de brazos y lo mira de soslayo.

—No. Pero le pagaría porque viniera a recogerte y dejaras de dar el coñazo.

—Si te molesta mi presencia, vete tú. Esta es la casa de mi hermana. ¿Quién eres tú?

—El que se la folla en el sillón donde estás sentada —dice para molestarla.

—Buah —se levanta de un salto, simulando una arcada.

—Sobre esa alfombra también me la he tirado —señala donde tiene puesto los pies, cubiertos por unos calcetines rosas con corazoncitos rojos.

—Joder, ¡qué asco! —da un paso hacia atrás y pisa el suelo.

Pongo los ojos en blanco y los escucho discutir como si tuvieran cuatro años.

Vemos una película con la luz apagada. Pablo sentado en el sofá, yo tumbada con los pies sobre su regazo y Cristina con el culo sobre el frío suelo porque, según palabras textuales: «jamás volverá a tocar nada que haya

podido estar expuesto a nuestros culos desnudos». El film termina y nos vamos a dormir. Mi hermana me hace jurar que no hemos «hecho guarrerías» sobre la cama de invitados. Pablo y yo nos miramos con complicidad y niego con la cabeza, ocultando a mi pobre e inocente hermanita el día que me sodomizó y se corrió en mi espalda. Desaparece tras la puerta, no sin antes avisarnos de que si nos escucha fornicar, seremos los culpables de causarle un trauma para el resto de su vida. Me lavo los dientes en el baño del dormitorio y me encamino a la cama descalza y con un camisón corto de tirantas. Pablo me espera tumbado boca arriba sobre el cama, con un liviano pantalón de pijama, el torso descubierto y el brazo reposado detrás de la cabeza. Tiene la mirada perdida en el techo, pensativo. Apago la luz de la mesita de noche, me tumbo a su lado y apoyo la cabeza sobre su pecho. El éter llena la oscuridad de la habitación y nuestras pupilas, poco a poco, se acostumbran a la eterna penumbra de la noche de hoy. Un montón de nubes cubren el cielo y solo una tenue luz atraviesa la ventana (sin persiana porque la he dejado levantada).

—Nunca había pegado a nadie antes.

—Dejémoslo estar —le acaricio el vientre.

Gira su cuerpo, depositando el hombro sobre el colchón, y me mira. Con una mano me acaricia el pelo y las mejillas.

—Quiero decir que nunca me había importado tanto nadie para hacerme sentir así. Estaba furioso.

—¿Saco lo peor de ti? —me estremezco cuando sus dedos rozan mis labios.

—No —sonríe afligido—. Bueno, sí. Quiero decir que lo sacas todo. Lo bueno y lo malo. A veces siento que no me conozco. Contigo todo es nuevo. Cuando lo vi con las manos sobre ti y gritándote... Pensé que sería capaz de matarlo. No lo hubiera dudado —calla durante unos segundos—. Me di miedo... —musita.

—Para darle todo tu «yo» a otra persona, antes tienes que conocerte tú completamente. Quizás algunas partes te asusten, pero forman parte de ti y debes aceptarlas.

—¿Y si no me gustan? ¿Y si...? —...— ¿Y si te alejan de mí?

—Yo no soy perfecta. Nadie lo es ¿Piensas alejarte tú?

—No hay nadie ni nada en este mundo que pueda separarme de ti —coge mi cara entre las manos y me besa.

«Solo tú, Pablo», pienso.

Algo me dice que él es su peor enemigo.

Nos abrazamos y nos quedamos así un tiempo indefinido. Escuchando cómo la lluvia inunda las calles de Madrid. Se aparta unos centímetros, me da la vuelta y me abraza desde la espalda, los dos mirando hacia la ventana.

—No me gustan las noches tan cerradas —musito, agarrando con mis manos las suyas que yacen en mi abdomen.

—¿Te dan miedo las tormentas? —noto su sonrisa sobre mi cuello. Se está riendo de mí.

Le doy un pequeño tortazo sobre el brazo.

—Eres idiota. No me gustan porque las nubes esconden las estrellas y no puedo verlas.

El domingo me despierto demasiado temprano y sola en la cama; y no me hace ninguna gracia. Rocío dice que Dios creó los domingos para descansar y el ser humano los aprovecha para follar; y yo hoy no hago ni una cosa ni la otra. Entro en la cocina frotándome los ojos y escucho a Pablo y a Cristina cuchichear algo ininteligible entre ellos. Se callan al verme llegar y miran para otro lado. Si estuviera más despierta, sospecharía que traman algo, pero como aún me hallo en ese proceso de despertar e interactuar con el mundo, dejo pasar el hecho de que los dos se comportan de una forma muy extraña durante todo el desayuno. Mi hermana me invita a que la acompañe a hacer unas fotos a un modelo muy famoso. Le digo que no porque tengo que preparar la maleta, hacer algunas compras de última hora y dejar el piso recogido antes de coger un vuelo al final de la tarde. Todas las razones que enumero dejan de tener importancia cuando me dice a quién va a hacerle fotos: Jon Kortajarena. Escupo el café sobre la mesita baja del salón al escuchar el nombre y comienzo a parpadear ilusionada. Pablo me pregunta, con el ceño fruncido y una sonrisa de medio lado, si tiene algo de lo que preocuparse. «No, Pablo, no lo tienes. Aunque parezca casi imposible, estás más bueno que ese muchacho».

Paso la sesión de fotos babeando y sonriendo como una boba. Vestida “casualmente” con mi pantalón vaquero favorito, una camisa roja estrecha que me queda de muerte (está mal que yo lo diga, pero es cierto) y el pelo peinado con tenacillas dejando unas ondas estilo *surfero* caer sobre mis hombros. Sutilmente maquillada y labios rojos mate. Mi adorada, genial y maravillosa hermana (nótese el peloteo) me lo presenta al terminar la sesión y casi caigo desmayada al suelo cuando me da dos cariñosos besos (con su

pertinente brazo rodeando mi cintura) y sonrío. Charlamos un rato los tres, nos invita a comer en un restaurante cercano y, por supuesto, aceptamos. Pasamos dos divertidas horas en las que me doy cuenta de la cercanía y amabilidad con la que nos trata. Aún envuelta en mi nube de fantasía en la que Jon se enamora de mí y vivo en comuna con él y con Pablo (en la que ambos me empotran a la vez y por separado. Dejádme fantasear, no le hago daño a nadie) no me pasan desapercibidas las tres veces que Cristina se ha alejado para hablar por teléfono. Y vosotros diréis: «Normal que se aleje, no querrá molestar y preferirá mantener la conversación en privado». ¡Error! A Cristina esos detalles se la sudan (perdón por la expresión) y me extraña su forma de actuar durante el día de hoy. Como por ejemplo lo que ocurre a continuación.

—Ahora voy a una fiesta en casa de unos amigos. Nada formal. A tomar unas copas. Me encantaría que me acompañarais. —El simpático modelo profesional nos invita a pasarlo bien y a beber gratis.

—Te lo agradecemos, Jon —Cris le da un golpe en el hombro y lo trata como si lo conociera de toda la vida, fuesen amigos íntimos o un primo cercano al que hace solo dos meses que no ve—. Pero tenemos que volver, Nerea coge un avión esta noche a Londres con su novio —incide en esta última palabra.

Ojo al dato: la borracha de mi hermana ha declinado la oferta de beber gratis y rodeada de gente guapa. Aquí pasa algo.

Aparco su coche en doble fila y me despido de ella con un abrazo. He conducido yo a la vuelta porque Cris no tenía ganas. Yo creo que lo que tenía era mono de móvil; no ha parado de mover sus deditos pequeñitos sobre el teclado del WhatsApp en todo el camino. Me pide que disfrute y lo pase bien y que, si por casualidad me encuentro a Ariana Grande en la gala, le diga cuánto la ama y le dé su teléfono para que la llame cuando venga por Madrid de concierto y salgan a tomarse unas copas. Pero lo dice igual que ha tratado al señor Kortajarena, como si comieran juntas todos los días. La puerta del ascensor se abre en el piso 10 y veo a Pablo con el hombro sobre el quicio de su puerta abierta.

—Te he visto llegar. Estaba en la terraza fumándome un cigarro —se explica sin que se lo pida. Saca las manos de los bolsillos y por un momento tengo la impresión de que no sabe qué hacer. Camina hasta mí y me rodea la cintura. Quizás esté nervioso porque dentro de dos horas nos vamos juntos a Londres donde parece que los medios de comunicación no lo dejan respirar

—. Ya tengo la maleta preparada, si quieres te ayudo con la tuya. —Tal y como me mira, yo diría que, si lo dejo entrar en casa, haremos de todo menos preparar mi equipaje (y no me refiero a fregar el cuarto de baño con lejía); sin embargo, lo dejo pasar y, sin hablar, los dos nos perdemos en mi dormitorio. Yo entro primero y enciendo la luz, pero él la apaga y me abraza.

—No tenemos tiempo para esto —suspiro mientras deja húmedos besos sobre mi cuello. Aquí ocurre algo, Pablo no es de los que apagan la luz para practicar ningún tipo de sexo, por muy guarro que sea.

—Tengo una sorpresa para ti —susurra junto a mi oído.

—Vamos a perder el avión —insisto totalmente en contra de mi voluntad. Yo también tengo ganas de deshacer la cama.

Como si me leyera el pensamiento, me empuja hacia ella y, con cuidado, me tumba sobre el colchón con su cuerpo encima. Roza con su boca la mía y me besa muy despacio.

—Desde que descubrí que te quería, quise hacerte feliz —me mira—. Sé que no siempre he hecho las cosas bien, pero a partir de ahora... —me acaricia el rostro— mi única misión va a ser hacerte sonreír. —Me da un último beso, se quita de encima y se acuesta boca arriba junto a mí. Alarga el brazo hacia la pared junto a la mesita de noche y escucho el «clip» de un interruptor. De repente todo el techo se ilumina con miles de estrellas. Un montón de pequeñas lucecitas blancas aquí y allá. Parpadeo varias veces tratando de entender lo que tenemos encima de nosotros.

Se me corta la respiración y observo cada rincón durante un largo tiempo. Giro la cabeza hacia él. Mis ojos se encuentran con los suyos y con la inmensidad de su sonrisa.

—Tus estrellas. Aquí y ahora. Así no importará si las nubes no te dejan disfrutar de ellas. Incluso están la Osa Mayor y la Osa menor. Siempre podrás verlas... —Las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas y lo beso. Lo beso con el corazón a punto de salirseme del pecho.

—Pablo... —Él las seca con los dedos y susurra sobre mi boca:

—Nerea y las estrellas.

El aeropuerto London City nos recibe cubierto de nieve. Bajamos del avión agarrados de la mano, como una pareja normal y corriente. Dos personas que han tenido la suerte de encontrarse, conocerse y... conectar. Sin embargo, pronto me doy de bruces contra la cruda realidad; y ocurre en el

momento exacto en el que salimos de la terminal y varias decenas de reporteros y fotógrafos se abalanzan sobre nosotros. Pablo me abraza y trata de protegerme de los medios. Un par de hombres vestidos de negro, altos y muy anchos de espaldas, nos rodean y nos alejan de ellos. Dicen algo que no logro discernir y entramos en un coche. Cuando abro los ojos, ya estoy sentada en el asiento trasero. A través de los cristales tintados de las ventanas observo que los flashes no cesan.

—¿Estás bien? —me pregunta entre exabruptos.

—Sí. —Contesto un poco sorprendida.

—Bienvenida a mi mundo de locos.

El coche entra en un garaje, bajamos y se aleja por donde ha venido. Pablo se hace cargo de mi maleta y de la suya, pero él casi no lleva equipaje. Solo una mochila colgada del hombro. Me pregunta por lo que hay dentro porque pesa como si Cristina se hubiera metido y fuera a salir de ella dándonos una gran sorpresa. Y a mí la idea no me parece tan descabellada. El piso es un ático, pero poco se parece al de Madrid, bastante más colorido y más grande. Paredes blancas, sofá verde y cojines de colores. Tres habitaciones dobles, tres cuartos de baño, cocina roja con isla, mesa y dos sillones blancos de dos plazas cada uno; y una terraza de más de cien metros cuadrados. Cuando me enseña el baño de su dormitorio, se me abre tanto la boca que casi se me desencaja la mandíbula. Una bañera-jacuzzi al final de la estancia, pegada a una pared de cristal desde donde se ve la ciudad.

—¿Te apetece un baño? —sonríe y me guiña un ojo.

Lo agarro por el cuello y lo atraigo hacia mí.

—Mucho... contigo... —susurro sobre su boca. Se acerca para besarme y me alejo. Veo su ceño fruncido y me enternezco—. Después —le palmeo el pecho—. Tengo mucha hambre. Vamos a comer.

Pablo me da a elegir entre comida mexicana y japonesa. Por variar y por probar, le sugiero la primera opción. Cenamos burritos y enchilada sobre una mesa baja en medio de enorme salón, junto a una chimenea que bien se merecería escribirla con mayúscula. De estilo moderno, abierta, de acero, en medio de la estancia. Al verla, me he puesto a bailar una especie de danza ceremonial *Cherokee* que bien podría parecer que deseo invocar a la lluvia. Y no pretendo que siga lloviendo (o nevando), solo que la emoción ha podido conmigo y con la contención de mis impulsos. Estoy en Londres, está nevando, este piso es una pasada y Pablo me mira como solo se miran las

cosas que te hacen infinitamente feliz. Este piso no es de su propiedad, aunque no descarta la idea de comprarlo. Lo tiene alquilado desde hace tres años, antes vivía en un apartamento de treinta metros cuadrados con Peter y Allan. Cuando le hicieron su primer contrato discográfico serio, lo primero que hizo fue independizarse de sus amigos como había hecho siete años antes de sus padres. Fue a la universidad y estudió dos años de Biología Marina, pero no le llenaba y no le hacía feliz. Yo le hablo de mis padres, de cómo Carol y yo conocimos a Rocío y evito temas escabrosos. También hablamos sobre Londres. Él se vino muy joven con sus padres y yo la he visitado bastante durante los últimos diez años porque mis suegros son londinenses y Sebastian creció aquí. Pronto nos damos cuenta de que los dos nos proclamamos enamorados de esta ciudad. Se le iluminan los ojos hablando de Neal's Yard en Covent Garden, del Soho, de Little Venice...

—Mañana te llevaré a un lugar mágico —me acaricia el cuello y me besa detrás de la oreja. Mis pies se enredan con los suyos tumbados sobre una mullida alfombra verde oliva.

—Dudo que puedas sorprenderme. Conozco todos los rincones al dedillo —acaricio su nariz con la mía.

—¿Vienes mucho?

—Los padres de Sebas son de aquí —intento hablarlo con naturalidad—. Y son mayores. Veníamos siempre que podíamos.

—Al principio, cuando nos mudamos, me costó adaptarme. Y que el idioma se me diera fatal, no me ayudó a integrarme. Todo empezó a mejorar cuando conocí a Allan el último año de instituto.

—¿Cuándo te mudaste? Hace mucho años que no te veía.

—No recuerdo qué edad tenía exactamente. Quince o dieciséis años.

—Nunca has perdido el contacto con Cristina, ¿verdad? —No me pasa desapercibida lo sonrío al escuchar el nombre de mi hermana.

—Siempre ha sido mi mejor amiga. Es como... un grano en el culo, pero al que echas de menos cuando te falta. —Entiendo perfectamente lo que quiere decir.

—Recuerdo que pasó un mes entero aquí con vosotros —le acaricio los hombros.

—Si, llevábamos aquí casi un año y, a pesar de que odiaba esto y el idioma, conseguí superar el curso con buena nota. Tu hermana fue el regalo por mi esfuerzo —me da un corto beso en la nariz y se levanta. Yo me quedo sentada con las piernas cruzadas—. ¿Quieres un poco de agua? —Le digo

que sí y desaparece en la cocina. Vuelve con dos vasos y se sienta a mi lado.

—La quieres mucho —afirmo y él asiente con la cabeza.

—Desde entonces, o ha venido ella, o he ido yo a verla, pero casi siempre viene ella. Entre una cosa y otra, nunca tengo demasiado tiempo para ir a Madrid.

—No entiendo por qué nunca me dijo que tocabas en una banda de rock...

—¿Hablabais de mí a menudo? —Tira de mis piernas y me sienta a horcajadas sobre las suyas. Le rodeo el cuello con los brazos y sonrío sobre su boca.

—No. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti. Solo que os veíais de vez en cuando.

—Para Cristina sigo siendo yo, Pablo. Y por eso la quiero mucho más todavía. No ha cambiado conmigo, ni nunca ha alardeado o presumido de ser mi amiga. Ella me ve, no como muchas otras muchas personas.

—¿Has perdido a muchos amigos desde que se te ha reconocido tu trabajo?

—Ninguno. He perdido gente, pero eso me ha demostrado que no eran amigos. —Me aparta el pelo de la cara y me mira, cambiando su expresión a una mucho más circunspecta—. Tengo que pedirte algo.

UN LUGAR ESPECIAL

El semblante de Pablo ha mutado a uno más compungido, no diría preocupado, pero algo le turba. Muchas posibilidades se me pasan por la cabeza y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no desgranar cada una de ellas y comenzar a temblar. El ser humano tiende a pensar siempre en lo peor, y perdernos en una espiral de pensamientos negativos lo único que genera son miedos y mucha ansiedad. Aún así, no lo podemos controlar, como si el sufrimiento innecesario estuviera adherido al hecho de sentir y estar vivos. Por eso, por el tono que le ha dado a la última frase, (unido a mi desbordante imaginación), hasta se me pasa por la mente la idea de que va a solicitarme que le done mi futuro primogénito para entregarlo en ofrenda con el pecho abierto en canal al público de uno de sus conciertos.

Me coge la mano, la levanta y mira mi alianza.

—Es mejor que te la quites. Al menos mientras estés aquí.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—No es por mí, nena. Bueno, preferiría que no lo llevaras, pero jamás te pediría que te deshicieras de él. Si lo hago es porque los medios ya sabrán quién eres y llevar este anillo solo servirá para darles más carnaza. Pueden ser muy crueles cuando quieren.

—Está bien... —pierdo la mirada en el aro de oro blanco y con la otra mano me lo quito. Lo aprieto fuerte e intento no darle demasiado importancia, pero no puedo obviar lo desnuda que me siento sin él, como si me faltara algo importante, una parte de mí. Pablo se da cuenta de mi disgusto (dejémoslo así) y me acaricia el mentón.

—Puedes ponértelo cuando vuelvas a Madrid.

Asiento con los labios apretados y ordenándole a mis lágrimas que no broten ahora por muchas ganas que tengan de salir. Lo guardo en el bolsillo de mi pantalón y me pongo de pie.

—Hazme el amor —alargo la mano hacia él. Lo necesito, necesito sentirlo cerca. No como un acto primitivo, sino como algo más racional, más

pensado, más tangible.

La rodea con sus largos dedos, se levanta y pega su cuerpo al mío.

—Siempre —susurra sobre mi boca.

A la mañana siguiente lo acompaño a tres entrevistas. Dos de radio y una en directo para una de las televisiones más importantes del país. Nos encontramos con los chicos de la banda allí. Me quedo detrás de las cámaras mientras los veo desenvolverse como peces en el agua durante la hora y media que dura el programa. Arthur no para de moverse y hablar con todas las personas que parecen tener un cargo importante por aquí. Se sienta a mi lado casi al finalizar la transmisión y me pregunta si necesito algo.

—No, gracias —le señalo la botella de agua que agarro con una mano.

Hablan sobre música, conciertos, futuros proyectos y la próxima gira que empezará en abril. Obvio el hecho de que Pablo no me haya hablado de ella y le pregunto a una chica por los baños. Casi me pierdo entre tanto pasillo, logro llegar con las indicaciones de tres personas más. Mientras dura mi visita a los aseos escucho hablar a varias chicas de lo bueno que están los componentes del grupo The Fox' Lair, pero poco más logro entender, mi oído no acostumbra a cotillear en inglés.

La entrevista termina y Arthur se levanta a hablar con los chicos y la presentadora. Me quedo en mi asiento a esperar que terminen y Allan se acerca y me invita a un café.

—Es malísimo, pero es mejor que nada. —Caminamos hasta una sala donde hay mesas con un desayuno muy variado preparado. Él sirve los cafés y nos sentamos en un sofá de dos plazas. Nos lo tomamos charlando sobre música, los Brit Awards y sobre Pablo, por supuesto, un amigo al que quiere y admira.

—¿Compartís muchas cosas? —pregunto al azar, pero los recuerdos de aquella noche en la que perdí completamente la cabeza aparecen en tropel y me pongo tan roja que Allan se da cuenta.

—¿Qué te ocurre? —sonríe.

—Nada. Parece que la calefacción está demasiado alta —tiro del cuello de mi camisa.

Él suelta una carcajada y me aprieta una rodilla de una manera muy casual, sin intención alguna.

—Eres tal y como Pablo cuenta. —Su afirmación me obliga a preguntarle qué es lo que su amigo habla de mí—. Dice que eres dulce, inteligente e

incluso atrevida, pero que hablar de sexo te supera.

—¡Eso no es cierto! —Me quejo.

—Lo pasamos bien los tres aquel día... —comienza a relatar y mis mejillas rojas pasan a moradas en un instante. Él para y se descojona.

—Vale, me avergüenza recordarlo —admito.

Pablo entra y camina hasta nosotros, con las manos metidas en los bolsillos y relajado.

—Ya pensaba que habías convencido a mi chica para que se largara contigo —increpa a Allan.

—No tendría que convencerla. —Me mira—. ¿A que no, Nerea? ¿A que dejarías a este imbécil para venirte conmigo? —Cruza las piernas, dejando caer un tobillo sobre su otra rodilla y echa la espalda hacia atrás.

Como respuesta me levanto, rodeo la cintura de Pablo con las manos y hundo mi cabeza en su pecho. Él me acaricia el pelo y me besa la sien.

—Qué engañada la tienes —se burla—. Nerea, llámame a mí cuando quieras pasarlo bien de verdad. Ya te darás cuenta de lo aburrido que es este tío —se incorpora, me guiña un ojo y se va.

El resto del día nos lo tomamos con calma y lo dedicamos a nosotros. Comemos en un bar pequeñísimo de Notting Hill. Por suerte, muy poca gente lo ha reconocido y solo nos han parado dos o tres veces para pedir alguna foto. Influye que haya cubierto su rostro con unas gafas de sol y una gorra de visera muy grande. Paseamos por Hyde Park y nos sentamos en un banco a ver jugar a fútbol a unos jóvenes. No nos soltamos de las manos ni dejamos de besarnos y tocarnos en ningún momento. Decidimos levantarnos justo antes de que nuestros cuerpos sobrepasen el punto de congelación. Cogemos el metro hasta Candem Town y me doy cuenta de la ilusión que le hace ir a ese lugar.

—Es especial, es... mágico —besa mi mejilla mientras mi cuerpo descansa sobre el suyo en la esquina de un vagón.

A mí siempre me ha gustado mucho, sin embargo, no solía frecuentarlo porque a Sebas no le agradaba el ambiente. Él se identifica más con el distrito financiero, mucho menos divertido y mucho más oscuro y deprimente (a mi parecer).

Candem es, por decirlo así, una zona alternativa, un lugar donde desconectar de la presión y de lo que te puede abrumar una ciudad tan grande como ésta. Es una explosión de color, diversión y frescura. Un entramado de

calles, luces, empedrado antiguo, tiendas, puestos de comidas, música, bares y gente de todas partes del mundo. Caminar entre sus pasadizos y perderse en sus rincones es un placer que solo me permitía disfrutarlo sin mi ex; por eso no tengo recuerdos con Sebas en este lado concreto de la ciudad.

Salimos de la estación y los últimos rayos de sol se esconden detrás del horizonte de casas de colores, dándole a todo, más si cabe, un aura celestial. Paseamos entre los puestos de camisetas, zapatos, pulseras, fotos antiguas, pinturas, ropa gótica, estudios de tatuaje... Merendamos una especie de bocadillo en uno de los puestos de comida móviles, sentados en una escalera negra de hierro que parece de otra época y con las cervezas apoyadas en el suelo. Nos fotografiamos juntos en la puerta de Cyberdog y entramos a escuchar un poco de música *techno*. Él pone mala cara y lloriquea para que nos larguemos de allí antes de que le exploten los tímpanos. Me pongo a bailar de manera muy exagerada y él se tapa la cara con un casco de astronauta que adorna una de las estanterías y se cruza de brazos, fastidiado. Al salir ya es noche cerrada y la iluminación del distrito me fascina. Viajo a un lugar de cuento: de princesas, cisnes y lagos de ensueño. Pablo me agarra de la mano y me dejo llevar. Paramos frente a una calle sin salida y muy estrecha, toda de piedra oscura, con una farola de hierro negro alumbrando el adoquinado de piedra marrón muy pequeña formando una especie de puzle, brillante por la llovizna que no cesa.

Me quedo tan quieta como una estatua de piedra y enmudezco ante su belleza. Parece la entrada a un mundo de fantasía.

—Ya te he dicho que es mágico —Pablo me rodea el hombro con el brazo y me susurra al oído—. Vamos —tira de mí y lo sigo (al fin del mundo con los ojos cerrados).

Empuja una pequeña puerta de madera al final a la derecha y subimos por una escalera muy empinada. La madera de los escalones cruje conforme la pisamos. Salimos a una plaza relativamente grande, alumbrada con ristas de bombillitas blancas que la cruzan de lado a lado. En el lateral izquierdo hay una pequeña tienda de muñecas y en el derecho una solitaria cervecería con algunas mesas apostadas fuera. Caminamos hasta el final de la terraza y desde ella se ve el entoldado de colores de los puestos que antes hemos visitado y una parte de Candem iluminado. Pablo me rodea con los brazos y yo me refugio en ellos sin dejar de admirar la belleza del sitio. Huele como huelen los recuerdos que sabes que se grabarán en tu retina y en un lugar importante de tu corazón, como esos momentos que, simplemente,

significarán.

—Nunca había estado aquí. Llevas razón. Es mágico.

—Siempre que todo... —para y lo piensa— se desmorona, vengo aquí, me siento ahí —señala con el mentón una esquina— y trato de ordenar mi cabeza. Muy poca gente conoce este lugar.

—Ahora lo conozco yo. Podré venir a molestarte —lo miro y sonrío.

—Espero que lo hagas. Espero que puedas encontrarme cuando me pierda —habla sin bromear.

—Se respira tranquilidad. Entiendo que sea tu lugar favorito —cojo aire.

—¿Cuál es el tuyo, Nerea? —me besa el cuello y suspiro.

—Cualquiera... desde el que se puedan ver las estrellas —musito.

Nos miramos y todo el firmamento se refleja en sus ojos.

—Este no es mi lugar favorito. Ya no. Ni este ni ningún otro. Desde que te conocí, mi lugar preferido eres tú. Donde tú estés, nena. Allí quiero pasar el resto de mi vida.

Me pongo de puntillas y le beso. Despacio, muy despacio, y no sabría decir durante cuánto tiempo porque todo se para y desaparece a nuestro alrededor, ni siquiera tengo constancia del suelo que pisamos.

—Nena... —se separa unos centímetros de mí y mi nombre suena cálido en su boca a pesar de que está a punto de comenzar a nevar—. Tengo una cosa para ti. — Mete las manos en los bolsillos y saca algo que sostiene entre los dedos. Me agarra de la muñeca y me acaricia la señal sobre la piel que ha dejado la ausencia de mi alianza—. No quiero que estando conmigo eches en falta nada. No deseo reemplazarlo a él ni mucho menos. Quiero... quiero darte todo lo que haga falta para hacerte feliz —me abre la palma de la mano derecha, deja sobre ella un anillo de plata envejecida y se me corta la respiración. Unos copos de nieve comienzan a caer sobre nuestras cabezas—. Te quiero, Nerea, desde mucho antes de lo que crees —coge el aro y lo introduce en mi dedo muy despacio—, y lo seguiré haciendo pase lo que pase. Solo... solo quiero que lo sepas. Que no se te olvide. Si alguna vez crees que he desaparecido, míralo y sabrás que estoy contigo. Porque es lo único que quiero... estar contigo.

Miro mi dedo cautivada por la belleza de la joya. Un aro muy fino con una luna muy pequeña arriba. La rozo con los dedos de mi otra mano y mi piel se electrifica, como si estuviera lleno de energía y ahora la transmitiera a todo mi cuerpo. Miro a Pablo a los ojos, que los abre en señal de sorpresa. Él también está sintiendo lo mismo a través de mi piel.

—Te lo dije... todo aquí es mágico —susurra.

La nieve no deja de caer.

—Una vez me preguntaste qué cosas me hacen feliz. Tú, Pablo. Tú me haces infinitamente feliz. Nunca creí que se pudiera querer de esta manera. — Me agarra del cuello con las manos muy dulce y me acerca a su boca. Une sus labios a los míos y nos besamos con amor, pero con amor en grande, en mayúsculas, sintiendo cada letra de la palabra en todos los rincones de nuestro ser.

Caminamos abrazados por una calle bastante concurrida, esquivando a la veintena de transeúntes que se han congregado en ella. Mi estómago comienza a rugir pidiendo un poco de atención. Por fortuna, el trasiego y la charla animada de la gente encubre el desagradable sonido y Pablo no se da cuenta. Llegamos a una plaza repleta de puestos de comida que aún siguen abiertos y me quejo del hambre que empieza a acuciar. Sonidos molestos no, pero yo sí puedo lamentarme con cara de pena.

—Espera, ya estamos a punto de llegar —tira de mi brazo.

—¿A dónde? Tengo hambre.

—Merecerá la pena, confía en mí —sonríe y me arrastra unos metros hasta parar en una esquina donde se encuentran tres calles. Lo primero que veo es un toldo muy grande verde y debajo a un muchacho muy alto y moreno con una camiseta del Atlético de Madrid por encima de una sudadera roja.

—¿Qué pasa, tío? —saluda a Pablo con un choque de manos y un abrazo en cuanto lo ve—. Hace tiempo que no vienes por aquí.

—He estado en España con la banda.

—Yo voy en Semana Santa. Si no aparezco por mi casa para esas fechas, a mi madre se la comen los demonios —habla con un acento muy parecido al de mi amiga Rocío—. Se percata de mi presencia—. ¿Y quién es esta preciosidad?

—Ella es Nerea, mi chica —me rodea los hombros con un brazo—. Nerea, te presento a Joaquín.

—Encantada.

—¡Española! ¿De dónde exactamente?

—De un pueblo de Madrid.

—Nuestros padres siempre han sido vecinos. Es hermana de Cristina —explica.

—¿De verdad? No os parecéis en nada. ¿Cómo está? Hace mucho tiempo

que no la veo.

—Bien —contestamos al unísono.

—Sigue igual de pesada —apunta Pablo.

—Dale recuerdos de mi parte. Y, decidme, ¿qué os trae por aquí?

—Quería que Nerea probara tu paella.

Joaquín se aparta hacia un lado y deja ver un mostrador de madera oscura muy bajo y, detrás de él, una paellera enorme en la que se está cocinando el arroz.

—Por supuesto, le quedan unos diez minutos. Tomaos una cerveza. Yo invito.

Charlamos con él el tiempo que tarda en cocinarse. Me hace gracia el hecho de que un sevillano viaje a Londres a aprender inglés y termine haciendo paella valenciana con la camiseta del Atlético de Madrid en un puesto en Candem Town. Por lo visto muchos españoles afincados en la ciudad utilizan el pub para encontrarse, pasar un buen rato y no echar demasiado de menos su tierra. Nos despedimos de él con dos platos de paella en nuestras manos y tomamos asiento en dos sillas muy pequeñas en una esquina de la terracita del bar. Pablo me cuenta que conoció a Joaquín y a este lugar hace ya cuatro años y que, desde entonces, viene de vez en cuando a charlar con él. Termino con mi plato de paella en muy poco tiempo. Me pregunta si quiero otro, pero le digo que no porque nunca he comido paella para cenar y no sé cómo me sentará. Imaginaos que se me descompone el cuerpo y tengo que visitar el baño cada tres minutos, en plan: retortijones de la leche, olor a cloaca y dolor abdominal de la muerte. Muy poco glamuroso, por no decir que perdería todo el sexapil ante Pablo, ¿no creéis? Nuestra relación todavía no ha llegado a ese punto, no. Aún no soy capaz de tirarme un pedo delante de él como si nada, imagináros cagar como si se fuera a terminar el mundo mañana.

—Hay demasiadas cosas que no habías hecho antes de conocerme. Todavía puedo enseñarte muchas más —bromea, alardeando de su experiencia en muchos sentidos.

—No creas que han sido tantas. He estado casada diez años, no metida en un convento de clausura —me defiende un poco molesta. Me fastidia que critique mi vida. Yo la elegí, si eso se puede elegir de alguna manera.

—No te enfades —se echa hacia atrás con una sonrisa y bebe de su cerveza—, pero admite que nunca te habías corrido tantas veces en una noche como conmigo.

—¡Pablo! —le riño mientras miro hacia todos lados para comprobar que nadie nos ha escuchado—. ¿Quieres hacer el favor de callarte?

—No solo me refiero al sexo, pero ¡vamos! —se incorpora hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesita que nos separa, y me susurra sobre la boca—. Nunca te habías acostado con dos tíos a la vez. ¿Dónde has estado metida?

—No sé si preocuparme de que pienses que hacer tríos es algo normal.

—Es normal experimentar y probar cosas —me acaricia la cara y mete un mechón rebelde de mi pelo detrás de mi oreja—. Lo que me parece curioso es que nunca te lo llegaras ni a plantear.

—¿Cómo sabes que nunca me lo había planteado?

—Tenías que ver tu cara cuando te lo propusimos. Casi te vuelves azul.

—¡Eso no es verdad! —me echo hacia atrás y me cruzo de brazos—. Dije que sí, ¿no? Lo hicimos, no tuve que pensarlo demasiado. Lo tenía claro.

—¿Lo volverías hacer?

—¿El qué? —pregunto sabiendo perfectamente lo que me pregunta, lo único que busco es un poco de tiempo para preparar una respuesta, pero mi cabeza está hueca y en ella solo resuenan los gemidos de satisfacción de aquella grata experiencia.

—Bailar bajo la lluvia, Nerea. No me jodas —se ríe.

—No lo sé —le miento un poquito. Lo haría, pero con él—. ¿Y tú?

—Nunca lo he hecho con alguien que me importe de verdad, con alguien de quien estuviera enamorado. No sé si aguantaría ver cómo otro tío te toca o te folla. El solo hecho de pensarlo me pone enfermo.

Entiendo lo que dice a la perfección. Yo me imagino a una tía desnuda cerca de él y de lo único que tengo ganas es de matar a alguien con una recortada.

—Me gustó lo que hicimos, pero no lo haría si tú no lo vas a pasar bien.

—No pienses en mí, ¿tú repetirías?

—Fue muy satisfactorio, si te refieres a eso. Pero no necesito a nadie que no seas tú. A veces, incluso, me parece que voy a desfallecer con las cosas que me haces.

—¿Te gustan las cosas que te hago? —me mira con una sonrisa ladeada. Tira de mi brazo y me sienta sobre su regazo. Noto la dureza de su miembro a pesar de todas las capas de ropa que sumamos entre los dos.

—Me la has puesto como una piedra con la conversación. A ver qué hago ahora hasta llegar a casa —me muerde el cuello.

—Para... —se me escapa un gemidito cuando me masajea con una mano entre los muslos. Sube la boca hasta encontrarse con la mía y nos besamos como si estuviéramos solos en un sitio mucho más íntimo.

—Vámonos, nos volvemos en taxi.

TU AMIGA Y, AHORA, LA MÍA

El trayecto de vuelta lo hacemos tratando de separarnos y no escandalizar al taxista que, por otro lado, estará acostumbrado a ver de todo.

—Me va a explotar —susurra sobre mi boca. Me agarra la mano y la posa sobre su polla. Ese acto me activa y le abro el pantalón—. Nerea... para... — pide no muy convencido. Se la saco y la meto en mi boca, llevándola hasta mi garganta sin pensarlo demasiado. Un gruñido de placer se escapa entre sus dientes apretados. Repito la operación varias veces y después la lamo desde la base hasta la punta, entreteniéndome en ella. Pablo suelta exabruptos entre la respiración cortada y me agarra la cabeza para que vuelva a metérmela entera—. Joder...

Noto que el coche para, Pablo le tira un billete al asiento de delante, se guarda el miembro y tira de mí hacia fuera.

—Te follaría ahora. En medio de la jodida calle —me empuja contra la fachada del edificio y me besa—. Me has puesto muy cachondo, nena. No sé cómo no me he corrido en tu bonita boca —me muerde el labio inferior y doy un pequeño grito. Nos besamos contra todas las paredes del portal de su edificio hasta que conseguimos, después de muchos intentos, entrar en el ascensor. Pega mi espalda al espejo con rudeza, me baja los pantalones hasta las rodillas, se agarra la polla y me empala con ella. La posición no es muy cómoda y no llega hasta el fondo de mi centro de placer, pero todas mis terminaciones nerviosas se aceleran y gimo al notarla tan dura. No son más de diez penetraciones antes de que las puertas se abran, me agarre del culo y me levante sin salir de mí.

—Te follo aquí, no puedo más —se mueve dentro y gimo.

—Abre la puerta, quiero que nos desnudemos —digo entre jadeos.

Chasquea la lengua en un acto de queja y de lo más tierno.

Se retira unos centímetros y coge las llaves del bolsillo del abrigo. Abre la puerta de su piso con muchas prisas y entramos entre empujones. Me quita la chaqueta y yo me deshago de la suya. Los pantalones los tiramos sin mirar donde pueden caer y, por supuesto, no llegamos a la cama. Pablo se sienta en el sofá conmigo encima y, ahora sí, me penetra llegando a lo más hondo. Echo la cabeza hacia atrás y grito. Él me agarra fuerte de las caderas y me aprieta más contra él, tanto que me quedo sin respiración durante unos segundos. Cuando vuelvo a mí, le quito el chaleco y la camiseta y él hace lo mismo con la ropa que me queda puesta, dejando al descubierto mis pechos cobijados bajo un sujetador de encaje violeta. Me muerde los pezones sobre la tela y gimo. Le agarro de la cara y busco su boca. Me recibe con esta abierta, perdiendo su lengua dentro de la mía. Con una facilidad que me asusta, me quita el sujetador y lo tira al suelo. Separa nuestras bocas y aprovecha para coger aire y mirarme a los ojos. Yo no paro de moverme encima de él.

—Quiero correrme por todo tu cuerpo. En tu boca... —la roza con los dedos—, en tus tetas... —me lame las aureolas con la punta de la lengua—, en tu culo... —me acaricia las caderas.

—Pablo... —jadeo—. Tócame...

Con el dedo pulgar viaja hasta mi clítoris y lo masajea haciendo círculos sobre él.

—Estás tan mojada...

Subo y bajo con rotundidad y le saco un jadeo tan ronco que me deja al borde del éxtasis.

—Lo quiero todo contigo, nena —se levanta conmigo encima y me tumba con movimientos ágiles y rápidos sobre el sofá, haciéndose con el mando de la situación. Entra fuerte en mí y me agarro a sus hombros. Deja su boca sobre la mía y nuestras respiraciones se convierten en una—. Todo... mi futuro está en tus manos... —desvaría.

—Estás loco... —le rodeo la cintura con las piernas.

—Loco por ti. Córrete. No puedo más, córrete conmigo.

Y los dos nos perdemos en un éxtasis difícil de describir. No para de empujar hasta que exprime la última gota y nuestras respiraciones vuelven a zumbar con normalidad, diez minutos después. Le acaricio el pelo, el cuello y la espalda. Su cuerpo sigue encima del mío, rendido sin aplastarme, y su cabeza reposa boca abajo junto a la mía. La levanta y une nuestras miradas.

El pelo le cae sobre la frente, húmedo y revuelto; y el sonrosado de sus labios hinchados por el roce con los míos me vuelve a excitar.

—Lo digo en serio —habla con rotundidad.

—¿El qué? —arrugo el ceño.

—Quiero pasar el resto de mi vida junto a ti —coge mi mano, se la lleva a la boca y besa el anillo que me ha regalado.

Esas palabras... las mismas que me dijo Sebas el día que me pidió que me casara con él, comienzan a sonar en mi mente cada vez más fuerte, repetidas por ambos y a la vez. Me agobio, noto que me falta el aire y el placer que he sentido hasta hace unos segundos se vuelve incomodidad. Lo empujo para que salga de mí y se aparte. Se sienta a mi lado e insiste.

—¿Qué pasa? —me mira, confundido.

Me levanto y me coloco una de las camisetas que hemos tirado al suelo mientras nos desnudábamos sin contención. Giro sobre mis pies descalzos y desaparezco en el baño. Él me sigue completamente desnudo y entra detrás de mí.

—Nerea —me llama, pero lo ignoro.

Aparto el brazo antes de que consiga agarrarme y apretarme contra su cuerpo desnudo.

—¿Me puedes decir qué he dicho?

Cojo aire y fuerza y lo miro.

—Tiempo, Pablo.

—¿A qué te refieres?

—Vamos demasiado deprisa. Hace una semana desapareciste de mi vida y ahora me regalas un anillo que no sé lo que significa realmente y me hablas de futuro. —Trato de no mirarle la chorra y centrarme en lo importante: la conversación que estamos teniendo. Claro que, si se cubriera ese cuerpo tan perfecto, sería más fácil para mí no ahogarme en mi propia baba y, por consiguiente, aumentar las probabilidades de que mi cerebro riegue con normalidad; pero con Pablo desnudo e imponente delante de mí, la situación se vuelve casi esperpéntica. «Céntrate, Nerea. Respira»—. Necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? La vida son dos días y no quiero pasar uno pensando en que lo perdí lejos de ti.

—Las cosas no son tan fáciles —suspiro.

—Las cosas las hacemos difíciles nosotros —termina con el paso que nos separa y pasa la palma de su mano derecha sobre mis hombros, erizando todos los vellos de mi piel—. Yo quiero dártelo todo y tenerlo todo contigo.

No te estoy pidiendo nada que no puedas darme. Yo solo quiero que lo que hagamos... lo hagamos juntos, Nerea. Quiero dártelo todo y quiero que lo sepas. No dudes sobre lo nuestro ni sobre lo que yo espero de esta relación. Antes ni siquiera quería novia, ahora... ahora sueño con envejecer a tu lado.

—Te quiero —poso mis manos sobre sus mejillas—. Y yo también lo quiero todo contigo, pero no basta con quererlo. A veces las cosas no salen como planeamos. Yo ahora mismo... Yo ahora no pienso demasiado en el futuro. Estamos bien... Necesito tiempo. Espero que sepas y puedas dármelo.

El martes todo se vuelve patas arriba y conozco de primera mano el caos del que hablaba Pablo. Nada de momentos íntimos los dos solos, confesiones inolvidables ni visitas a lugares de ensueño que se guardarán en nuestra retina para siempre. Nada más lejos de la realidad. Hoy lo único que pisamos son despachos lúgubres, platós de televisión llenos de gente y emisoras de radio con estancias demasiadas pequeñas y estrechas (o eso me parece a mí). Vamos saltando de entrevista en entrevista, de sesión fotográfica en sesión fotográfica. Un autobús no muy grande nos lleva de un sitio a otro sin dejarnos tiempo ni para tomar un café. Nos pateamos casi toda la ciudad en esas cuatro ruedas. Me levanté con la sensación de que el día sería duro, pero no me imaginé cuánto. Una horda de fans los espera a la salida de una de las reuniones y tengo que ver cómo decenas de chicas se echan encima de Pablo, lo besan, abrazan y soban sin más. Y, por supuesto, él sonríe agradecido, se fotografía con ellas y les firma donde éstas les pide. Entiendo que forma parte de su trabajo tratar así a sus seguidoras, pero a nadie le gusta que magreen a su chico. Desde luego, yo, ahora mismo, soy capaz de empuñar un arma y matarlas a todas. Vale, no llegaría a tanto, pero, mientras lo pienso, se me pasa el tiempo y no me fijo en que una rubia acaba de tocarle el culo. Justo antes de subir al autobús (y como voy pensando en cómo asesinar a las mujeres que rodean a Pablo) no me doy cuenta que una persona se acerca a mí con un micrófono en la mano y seguida de una cámara de vídeo. Comienza a lanzar preguntas sin parar, yo la ignoro y no respondo a ninguna.

—¿Es cierto que está casada? ¿Qué piensa su marido de todo esto? —Me quedo clavada en el sitio al escucharla. La miro y, si tuviera rayos equis en los ojos, ahora mismo caería fulminada al suelo (como las fans sobonas de Pablo)—. ¿Piensa divorciarse? ¿Desde cuándo conoce a Pablo Aragón? ¿Dejó a su marido por el cantante? ¿Ha sido él el culpable de su separación? ¿Conoce a Brittany Larson? ¿Qué opina de la relación que tiene con Aragón?

Voy a contestarle una fresca cuando unos brazos conocidos me agarran de la cintura y me animan a que camine los cuatro pasos que me quedan para entrar en el autobús. Tomo asiento y Pablo lo hace a mi lado, cerrando la cortina de la ventana para que no puedan grabarnos ni hacernos más fotos. Ninguno de los dos dice nada. Conecto los cascos al móvil y me los llevo a las orejas. Pulso el *play* y *Hymn For The Weekend* de Coldplay comienza a sonar a todo volumen y cierro los ojos. Viajo a aquella noche que escuchamos esta canción en su coche cuando a penas nos conocíamos y el mundo no se había vuelto loco. Mi chico me rodea el cuello con el brazo y me apoya la cabeza en su pecho. Respiro con profundidad al mismo tiempo que él me besa la cabeza.

Comemos todos juntos en un restaurante que han reservado para el equipo al completo. Hoy no tengo ni hambre, lo único que quiero es volver a casa y que se acabe el día. Cada minuto que pasa me arrepiento más y más de no haberme quedado en su piso esta mañana. Para más inri, tuve la gran idea de ponerme zapatos de tacón y estoy a tres pasos de que me amputen los dedos de los pies. Por supuesto, no me quejo, esto solo lo hablo con vosotros; no quiero agobiar más a Pablo, bastante cansado lo veo ya como para venir yo hablando de que en breve, en vez de caminar como las personas, voy a reptar como los reptiles. A las seis de la tarde solo deseo que me atropelle el coche oficial de la Reina. Él me mira de vez en cuando mientras contesta a preguntas detrás de un micrófono en una sala insonorizada y yo sonrío. Cuando termina, hora de cenar en este país (hora de la merienda en España), se acerca, me abraza y me pregunta si estoy cansada, después de ronronearme al oído que las agujetas en los brazos causadas por lo que hicimos esta mañana no lo dejan concentrarse en nada. Mi cuerpo reacciona ante el recuerdo y me pongo colorada. No os cuento lo que hicimos porque me da hasta vergüenza. Me costó volverlo a mirar a la cara. Él insiste en que el sexo es así y que mientras más guarro y sucio, más placentero. Y yo... ahí ando, aprendiendo a mis treinta y cuatro años de las lecciones que me da un niño de veintisiete.

—Un poco —contesto, deseando que nos vayamos a casa.

—Un rato más, nena. Tenemos que cenar con Arthur y cerrar algunos temas antes de la gala —me da un beso distraído en la nariz. Suelto una pequeña queja sin darme cuenta y sigue—. Si estás muy cansada, te puedo dejar en casa de camino, pero me gustaría que vinieras. Es importante.

Más pronto que tarde me doy cuenta de la situación. Cuando Pablo decía que teníamos que cenar con su *mánager*, se refería a él y a mí, porque nadie más nos acompaña al restaurante. Nos sentamos los tres en una mesa bastante pequeña en la que pasamos muy poco tiempo solos. Reconozco a Brittany antes de que llegue hasta nosotros. Alta (creo que podría sacarme dos cabezas), rubia, con ojos grises y muy delgada. Nunca la he visto en persona, pero me bastó con echarle un vistazo en algún programa de televisión y un par de revistas. Es una de esas chicas que no pasan desapercibida, pero si, encima, ha sido pareja de tu novio, pues grabas su imagen en tu memoria a fuego. Arthur y Pablo se levantan para saludarla y yo, por educación, los imito. Su padre le da un pequeño abrazo que no dura ni un segundo y Pablo se acerca a ella y le besa la mejilla con confianza, pero distante. Justo a continuación se gira hacia mí y me presenta.

—Brittany, ella es Nerea, mi novia. Nena, te presento a Brittany. Va a cenar con nosotros. —La chica en cuestión me da la mano y yo se la aprieto. Siempre me ha parecido curioso la forma de saludarse de los británicos, como si estuvieran cerrando una venta o un trato. No es que me muera por darle dos besos a la chica de casi dos metros que tengo delante (entre otras cosas tendría que subirme a la silla para llegar a su cara), pero para mí no deja de ser raro. Puntualizo que no me ha pasado desapercibido el hecho de que Pablo me haya presentado como su novia. No me gusta ponernos una etiqueta, pero en este caso tengo que agradecerlo.

—Encantada. Pablo me ha hablado mucho de ti —dice en un perfecto español con ese acento que tanto pone a los hombres. A mí también me pone: celosa y al borde de un ataque de nervios.

—Igualmente —respondo deseando coger uno de los cuchillos de la mesa y, como mínimo, cortarle su perfecta melena y dejarla hecha un cristo, (como diría la Vecina Rubia: es de guapas tener *pelazo* y saber idiomas). Me regaño mentalmente y me recuerdo que soy una mujer instruida y acostumbrada a salvar todo tipo de situaciones, sin embargo, no puedo obviar que todo lo que se refiere a Pablo se sale de mis esquemas. (Ay, esos esquemas que siempre me han acompañado para caminar por la vida sin demasiados sobresaltos, ahora no sirven para nada. *Mardito* Pablo).

Tomamos asiento e ignoro que Brittany le ha puesto la mano en el hombro a mi novio (¿novio?, ¿yo también poniendo etiquetas? De pronto me vuelvo tan territorial que a punto estoy de mearle una pierna a Pablo) y le ha susurrado algo al oído. La cena transcurre sin demasiados sobresaltos y los

pocos que hay los padezco yo internamente. El corazón me va a salir por la boca cada vez que me doy cuenta de la complicidad que existe entre ellos. Decido salir a que me dé un poco de aire en la cara y me disculpo ante los presentes.

—Te acompaño —manifiesta Brittany para mi sorpresa.

Tengo que cambiar de táctica e ir al baño. Quedaría muy mal decirle que me muero por respirar aire fresco porque ver la perfecta pareja que hacen me saca de quicio y me vuelve loca. No hablamos demasiado en los aseos. Solo me pregunta si quiero retocarme con su barra de labios mientras ella lo hace. En el camino de vuelta le pregunto a un camarero si tienen máquina para poder comprar tabaco. Fumarme un cigarro se convierte en una excusa perfecta para poder salir a la calle. Me responde muy educado que hay un pub en la esquina que tal vez venda, pero Brittany se adelanta y me informa de que ella tiene, enseñándome la cajetilla. Nos situamos debajo de un toldo y una estufa de jardín. Me ofrece uno, ella coge otro y alarga la mano cuando me lo llevo a la boca para darme fuego. Se lo agradezco e introduzco el humo hasta mi pecho, con tanta fuerza que comienzo a toser.

—Lo siento —me disculpo cuando termino.

—¿Eres...? ¿Cómo se dice? ¿Estás... enferma? —pregunta, preocupada.

—Oh, no. Es que no fumo muy a menudo. La falta de costumbre... Podemos hablar en inglés si te parece más cómodo —esto último lo digo en su idioma.

—Gracias —sigue en un británico que desborda glamour—. Suelo practicar mucho español con Pablo, pero últimamente pasa bastante tiempo fuera.

Lo sé. Lo tengo atado a mi cama la mayor parte del tiempo. Pienso.

Me da rabia escucharla hablar, pero no puedo odiarla porque parece que no pretende hacerme daño ni nada por el estilo. Más bien trata de entablar conversación como dos buenas amigas, sin embargo, a mí me cuesta mucho verla como alguien cercano. Eso de «los amigos de mis amigos son mis amigos» no cuenta cuando se trata de la ex novia de tu pareja que además de simpática y agradable, está rebuena. Aún así, trato de ser amable.

—Intento ir a España de vez en cuando, pero el trabajo me tiene muy ocupada —le da una calada a su cigarrillo y sigue—. Espero poder ir al concierto de The Fox' Lair en Barcelona. ¿Tú, irás?

—Sí, lo estoy deseando —respondo casi sin pensar. Ni siquiera sé qué día es el concierto porque nadie me ha informado de tal evento (póngase la

pertinente ironía al leer esto).

—Nerea —le cuesta pronunciar la erre de mi nombre—. Me gustaría que pudiésemos ser amigas —me sorprende con la declaración—. Supongo que sabes lo que hubo entre Pablo y yo, pero todo terminó cuando te conoció y yo hace tiempo que entendí que había perdido. Está muy enamorado de ti.

—Yo... —Me quedo sin palabras. ¿Qué se dice en estos casos? ¿Lo siento? No es así. Me apena pensar que ella está perdidamente enamorada de él y que ese amor no sea correspondido, porque se ve a leguas que es así, pero no lo puedo sentir. Me alegro de que me quiera a mí y no a ella ni a ninguna otra.

—Tranquila. No tienes que decir nada. Me alegra verlo tan feliz. No puedo obligarlo a que me quiera... Hace mucho que me di cuenta de que no tengo manera de atarlo a mi lado —mira hacia el fondo de la calle y luego, otra vez, a mí—. Me ha contado muchas cosas sobre ti y me tranquiliza saber que te tiene. Pablo... Pablo puede perderse muy rápido. Se agobia con facilidad y sé que estando tú aquí se está tomando las relaciones públicas de otra manera. Lo veo calmado.

—Lo conoces muy bien —afirmo con un tono amargo.

—Hemos pasado muchas cosas juntos, antes que pareja, siempre hemos sido amigos.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Desde que mi padre lo representa, hace más de tres años. Nerea, no te voy a mentir. Me duele verlo tan enamorado de otra mujer, creo que lo querré mientras viva. No solo es una cara bonita, es la mejor persona que conozco.

—Lo sé. —Por supuesto que lo sé. Por eso no puedo culparla de que ella también haya perdido la cabeza por él. Ni a ella ni a nadie.

—Será mejor que entremos. Tenemos compañía. —Señala al otro lado de la terraza y me percató de que nos acaban de hacer una foto—. A ese fotógrafo le hemos solucionado el año —dice con tranquilidad mientras cruzamos la puerta del restaurante.

—¿No te importa que te persigan y te fotografien en cualquier momento?

—Todos nos beneficiamos. Algunas veces se lucran ellos, otras somos nosotros los que los utilizamos para conseguir lo que queremos.

El camino a casa lo hacemos en silencio. Ninguno habla demasiado en el trayecto en taxi y tampoco cuando entramos en su casa. Los ojos se me cierran del cansancio acumulado y, si los mantengo abiertos, es por las

vueltas que le doy a la conversación que he mantenido con Brittany.

—¿En qué piensas? —Se me escapa un suspiro y Pablo se da cuenta.

Entro en la habitación, me siento en el borde de la cama y me agacho a quitarme los zapatos.

—En nada —musito.

—Dímelo. ¿Has estado incómoda? —se arrodilla delante de mí y me ayuda a deshacerme de los tacones.

—No es eso. Brittany me cae bien. Y es... muy guapa —suelto esperando alguna reacción por su parte, pero no llega. —¿La quieres?

—¿A qué viene esa pregunta?

UNA COSA ES PRETENDER; OTRA, QUERER

Pablo me mira con el ceño levemente fruncido. Mi pregunta le ha sorprendido tanto como a mí. Ya hemos hablado de esto alguna vez aunque a mí el tema nunca me ha quedado claro. Puedo notar su pecho hincharse, en un signo de cansancio. Me agarra de la cintura y se hace hueco entre mis piernas.

—Solo quiero... saber si la quieres —le vuelvo a pedir sinceridad con un leve murmullo.

—Claro que la quiero. Es mi amiga —me acaricia el cabello.

—Ella está muy enamorada de ti.

Cierra los ojos, disgustado.

—¿No te importa hacerle daño?

—Nunca le he mentado. Siempre ha sabido cuáles eran mis sentimientos.

—Pero... la dejaste embarazada. La chica del programa dijo...

—No creas todo lo que dicen de mí. Ya te lo he dicho. Este mundo es así.

—¿Pero es verdad? ¿Estaba embarazada?

Se toca el pelo y resopla.

—Si. Fue un error. Nunca debió ocurrir.

—¿Y qué pasó? ¿La obligaste a deshacerse del bebé?

Se levanta y me mira, enfadado. Su semblante cambia considerablemente. No le gusta lo que acaba de escuchar.

—¿Qué? ¿Por quién me tomas? —levanta el tono de voz.

—Lo siento... Yo... solo estoy cansada. No quería decir eso.

Sale de la habitación a grandes zancadas y un sentimiento de culpabilidad enorme hace acto de presencia. Voy en su busca y lo encuentro en la cocina llevándose el cuello de una botella de agua fresca a la boca.

—El bebé no era mío —aclara sin insistirle.

—Pero has dicho... —tartamudeo.

Deja la botella sobre la encimera y me mira.

—Yo no he dicho nada —traga—. Lo perdió en un accidente de tráfico, estaba de muy pocas semanas. Se filtró la noticia de que estaba embarazada y los medios dieron por hecho que yo era el padre. Pero hacía varios meses que no nos acostábamos juntos. Brittany conoció a alguien el verano pasado y yo me alegré por ella. Parecía un buen tío, la trataba bien... sin embargo, cuando se enteró de lo que ocurría, no quiso saber nada de ella ni del bebé.

—Siento haber pensado así. No sé por qué lo he hecho.

Se toca el cabello, levanta la cabeza hacia el techo y, después, me mira.

—Lo has hecho porque es lo que insinúan los medios. Todos creen que lo perdió por mi culpa, de una forma u otra —hunde los hombros, apenado—. Nunca hemos desmentido nada por no darle más publicidad al asunto. Nos callamos y esperamos a que se olviden. Pero parece que nunca lo hacen.

Me acerco a él y lo abrazo. Descalza, me siento tan pequeña a su lado que casi me abrumba su altura.

—No soy mala persona —me rodea el cuerpo con los brazos y deja caer la mandíbula sobre mi cabeza.

—Lo sé. Por eso te quiero tanto —levanto el semblante y lo miro a los ojos—. Vamos a dormir. Necesitamos descansar para mañana —aconsejo.

—Jodidos premios —se queja—. Si ves que salgo corriendo antes de llegar, apriétame fuerte la mano —sonríe—. No sé qué haría mañana si no estuvieras aquí. Yo no necesito dormir. Te necesito a ti.

El cansancio no nos impide hacer el amor. Pablo dedica la hora siguiente a recorrer mi cuerpo con sus labios y a moverse, muy lentamente, dentro de mí.

Me despierto relajada y feliz, con su olor impregnado en cada poro. Me acaricio los brazos y un escalofrío me recorre entera, recordando los besos y las palabras que me susurró anoche. No puede negar que él también está cansado, pero de algo totalmente distinto. Le desespera tener que atender constantemente a los medios, odia las entrevistas, las preguntas indiscretas y que no se respete su intimidad. Aún así, se levantó muy temprano y fue a hacerse unas fotos con todos los nominados de esta noche. Incluso comerá allí, así que me levanto, me visto y decido salir a tomar un poco el aire. Me siento en una mesa de un pub llamado *Sport Taverny* pido un café solo. Tengo toda la mañana por delante. Hasta las cuatro no vienen los estilistas a arreglarme y, como diría Rocío, cambiarme de cara. Mi teléfono comienza a sonar antes de darme tiempo a disfrutar del desayuno. Veo en la pantalla el nombre de Sebastian y, por un momento, dudo si cogerlo o no. No me

apetece discutir con él o que me saque a guantazos (imaginarios) de mi burbuja de felicidad.

—Nerea... —escucho mi nombre, a través de la línea, entre sollozos. El corazón se me para en ese preciso instante en el que me doy cuenta de que Sebas llora sin poder controlarlo. Solo lo he visto así de compungido una vez, el día que perdió a uno de sus mejores amigos tras una repentina enfermedad.

—¿Sebas? ¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —agunto el móvil con las dos manos por temor a que se me resbale y caiga al suelo. Todo el cuerpo me ha comenzado a temblar.

—Mi madre... mi madre está en el hospital. Le ha dado un infarto. Está muy mal. Nerea... Está muy mal —casi no puede hablar.

—¿Dónde estás?

—Acabo de bajar del avión. Venía sereno, pero mi padre me ha llamado y parece... parece que ha empeorado. No sé qué hacer... Por favor... ¿podrías acompañarme?

—¿Cómo sabes que estoy en Londres?

—Me lo dijo Andrés —suspira con fuerza.

—Está bien. ¿En qué hospital está?

Me da el nombre y nos despedimos para vernos allí en breve. Me tomo el café de un trago, lo pago y salgo del pub en busca de un taxi que me lleve lo más rápido posible con él. Entro por las puertas con paso rápido y constante y no tardo en encontrarlo. Lo veo sentado en una silla de metal, con la cabeza entre las manos, abatido. Solo necesito que nuestras miradas conecten para darme cuenta de la gravedad del asunto. Se levanta y se abraza a mí con fuerza, se aferra a su mujer, a la persona con la que ha compartido los últimos diez años de su vida y con la que, hasta hace pocos meses, podía contar en cualquier momento.

—Ha muerto, Nerea. Ni siquiera me ha dado tiempo a despedirme de ella —llora sobre mi hombro.

—Lo siento, lo siento, lo siento —lo abrazo tan fuerte como él a mí.

No sabría decir cuánto tiempo nos llevamos así, aferrados al otro, llorando la pérdida de su madre.

Durante el proceso de aprendizaje de la vida (que dura hasta que dejas de respirar) tratamos de aceptar la muerte como algo natural, como parte del proceso de estar vivos y caminar por este mundo, pero aún así, aún sabiendo que a todos nos llegará la hora de partir hacia otro lugar (o hacia ninguno), nos cuesta entender que un ser querido desaparezca y no lo volvamos a ver

más.

Nos separamos en el momento justo en que su padre llega hasta nosotros con la cara desenchaja, abraza a su hijo y los dos siguen llorando el fallecimiento de Joanne. Mi suegra y yo nunca nos llevamos demasiado bien, sin embargo, la quería. No era mala persona y siempre quiso lo mejor para su hijo. Me percató de una máquina de bebidas al final del pasillo y compro tres botellas de agua. No sé por qué lo hago, nadie me las ha pedido. Tal vez necesite alejarme de ellos y dejarles que lloren la pérdida en soledad. Nick me demuestra que no es el caso, me abraza y me da las gracias por estar allí. Una hora más tarde y un poco más calmados, Sebastian va a hablar con la gerencia del hospital para gestionar el traslado a la funeraria. Aprovecho para retirarme unos metros y llamar a Pablo. Debo contarle la situación, no le va a hacer gracia cuáles son mis planes más inmediatos ahora. No consigo contactar con él. Por la hora, imagino que estará comiendo. Vuelvo a intentarlo unos minutos más tarde y nada. Sebas llega hasta mí y le pregunto si necesita algo.

—No —se toca la frente, nervioso. Se da cuenta de que llevo el móvil en la mano y miro reiteradamente la pantalla.

—Nerea, si tienes que irte... lo entiendo. Puedo hacer esto solo.

—No voy a dejarte ahora, pero... tengo que hablar con Pablo —digo sincera y lo más natural que soy capaz—. Voy a hablar con él y volveré lo antes posible.

—Gracias —musita a punto de llorar de nuevo. Me acerco a él y lo abrazo con cariño.

—No tienes por qué darlas. Lo hago porque de verdad quiero estar a tu lado. No voy a dejarte solo —le doy un pequeño beso en la mejilla y me mira. Lo escucho suspirar.

—Me preocupa mucho mi padre.

—A él tampoco lo dejaremos solo. No será fácil, pero lo superará. Sabes lo fuerte que es. Y tú también.

—Tú me conoces bien —sonríe apenado.

Le acaricio la mejilla, él acerca sus labios a los míos y, no sé muy bien por qué, dejo que me dé un corto beso sobre ellos.

—Volveré pronto. ¿Vale?

Pablo sigue ignorando mis llamadas, no me gusta su costumbre de desatender el móvil y se me empiezan a pasar por la cabeza mil maneras de

torturarlo cuando lo vea; no obstante, recuerdo lo que yo hice cuando dejé a Sebas y lo entiendo. Yo también quise desaparecer y apagué el móvil en ese momento en el que creí que me ahogaba.

A las cuatro llegan los estilistas y, sin darles demasiadas explicaciones, les pido que se vayan. Uno de los chicos grita palabrotas en inglés, tan rápido que algunas ni las entiendo. Los despacho con una buena propina, pero ni aún así me libro de escuchar los improperios del muchacho. Llega pasadas las cinco de la tarde, justo antes de que decidiera irme y no esperarlo más. Frunce el ceño en cuanto me ve. Cuando me pregunta qué pasa y por qué no estoy arreglándome, decido ser directa y no dar rodeos; a él no le gustan y yo no quiero demorarme más.

—La madre de Sebastian ha muerto hace unas horas. Vengo del hospital.

—¿Cómo ha ocurrido? —se tensa.

—Le ha dado un infarto, ha sido algo repentino.

—Yo... lo siento —parece sincero.

—Pablo, no puedo acompañarte a la gala. Son unos momentos muy duros, tengo que estar con él.

—¿De qué estás hablando? —empieza a ponerse realmente nervioso.

—Te he telefonado un montón de veces, pero nunca coges el teléfono. Ni siquiera sé para qué lo quieres.

—He estado muy ocupado. No sé ni dónde lo tengo.

—No importa. Solo he venido a decírtelo. He cogido un poco de ropa — señalo la bolsa que me espera junto a la puerta—. Estaré unos días con él. — Se toca la barba y respira—. Lo siento, cariño. Me gustaría poder acompañarte en un momento tan importante de tu carrera, pero Sebastian me necesita. No puedo ni quiero dejarlo solo.

—Pero yo...

—Ha muerto su madre. Tienes que entenderlo —me acerco a él y le agarro de las manos. Él chasquea la boca, se suelta de mi agarre, saca el paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta y enciende un cigarrillo. Nunca lo he visto fumar dentro de casa.

—Cariño... —me acerco a él.

Le da una calada y mira hacia otro lado.

—Lo entiendo... pero yo... te necesito.

Le rodeo la cintura con mis bracitos y hundo la cabeza en su pecho.

—Me encantaría compartir este día contigo, pero tendremos muchos más. Toda la vida, ¿recuerdas? Tengo que hacer las cosas bien o me arrepentiré

siempre. —Lo miro y le agarro la cara para que él también me mire—. Te quiero y eso no va a cambiar por nada, nunca. Vas a ir los premios, los vas a ganar y, cuando todo pase, lo celebraremos juntos.

—Nerea... —Me llama, susurrando, pero como si estuviéramos a mil kilómetros de distancia—. Prométeme que volverás.

—Claro que sí, mi amor. ¿Por qué piensas lo contrario?

—Porque me está empezando a faltar el aire. No puedo... no puedo respirar.

Me encuentro con Sebas y Nick en la puerta del hospital. Subimos al coche de este último y nos dirigimos a su casa. Las primeras horas son bastante intensas. Perder a la mujer de tu vida debe ser algo duro de superar y nadie espera que Nick lo haga tan pronto. De todas formas, me sorprende verlo tan entero, supongo que empeorará conforme pase el tiempo y note la ausencia de verdad. Preparo algo de cena para los tres y, aunque me informan de que no tienen hambre, los obligo a comer. Deben estar fuertes para lo que se avecina. Sebas hace varias llamadas y me cuenta, sentados solos en la cocina, que la ceremonia religiosa tardará porque hay lista de espera en la iglesia en la que su madre deseaba que se celebrara. Me asombra que sea así, pero me explica que aquí es algo normal y que hasta dentro de cinco días no podremos incinerarla. Duermo en la habitación de invitados y llamo a Pablo en cuanto me entero, a través de las redes, que ha ganado los premios a Mejor Artista, Mejor Grupo Revelación y Mejor Álbum. No me extraña cuando no contesta a mi llamada. Le envío un mensaje en el que le digo lo orgullosa que estoy de él, las ganas que tengo de estar a su lado y cuánto le quiero. Me duermo pensando en sus labios y en la profundidad de su mirada cuando me he despedido de él esta tarde. Al día siguiente lo vuelvo a llamar, pero tampoco consigo hablar con él. Recojo un poco la casa y hago la colada. Nick me pide que no haga nada, sin embargo, yo prefiero mantenerme ocupada. Sebas pasa el día fuera, arreglando papeles y avisando a la familia de lo ocurrido. Atiendo a varios vecinos y amigos que se pasan por la casa para dar el pésame y ofrecer su ayuda. Llamo para anular mi viaje de vuelta a España y hablo con Joel para contarle lo que ha pasado. Hago lo mismo con Carol, Rocío y Cristina. A esta última le pido que intente hablar con Pablo.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Pero tengo que hacerlo, Cris. Tengo que acompañar a Sebas en un momento como este.

—Claro, Ne. ¿Necesitas algo?

—Llama a papá y a mamá. Diles lo que ha pasado, tal vez quieran venir a despedirse.

—Está bien. No te preocupes, yo me encargo.

Sebastian llega casi a la hora de cenar. Se acuesta sin probar bocado haciendo caso omiso a mi petición de que coma algo. De madrugada lo escucho llorar y no puedo hacer otra cosa que ir a su habitación y abrazarlo. Ninguno dice nada, él se desahoga y yo le acaricio el pelo hasta que se queda dormido. A la mañana siguiente me levanto con la firme idea de ir a hablar con Pablo y pasar un rato con él, pero encuentro a Sebas sentado en el suelo, viendo fotos antiguas, desolado. Preparo dos tazas de café y tomo asiento a su lado sobre la alfombra.

—Siempre me gustó esta foto —acaricia una imagen en color, pero muy envejecida, de su madre con él en brazos en la que sonríen los dos—. Te va a parecer una tontería, pero me acuerdo de ese día. Es uno de mis primeros recuerdos. Hacía calor y pasamos la tarde en la playa. Hicimos un castillo de arena. Poco después de esta foto, el agua lo destrozó y lloré durante horas. Mi padre trató de explicarme que en lo efímero hay mucha más belleza que en otras cosas que duran eternamente. Yo no lo entendí entonces, era demasiado pequeño.

Cojo otra foto, en la que Joanne no debe tener más de veinte años.

—Era muy guapa.

—No me hago a la idea de que no volveré a verla. No dejo de pensar que podía haber pasado más tiempo con ella. Tal vez... debería haberla visitado más.

—No te hagas eso, Sebas. No te flageles. Tenías derecho a vivir tu propia vida y tus padres siempre han formado parte de ella. Joanne ha sido feliz mientras ha estado aquí, eso es lo único que tienes que pensar ahora.

Sonríe con tristeza y algo en el ambiente me indica que vamos a cambiar de tema.

—¿Eres feliz con él?

Asiento con la cabeza.

—Si —musito sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Sabes? La mayor parte del tiempo solo tengo ganas de morirme. Pensar que estás con él me desgarrá el alma, pero... te miro y veo que brillas. Brillas como antes lo hacías conmigo.

—Sebas... No nos hagas esto. No ahora.

—Lo siento. Siento lo de la otra noche. No tengo derecho a hablarte así, ni a él tampoco. Pídele disculpas de mi parte.

—¿Te duele? —le señalo el labio.

—No. No es nada. Me lo merecí. Me comporté como un idiota. Pero no puedes culparme por quererte.

Mira entre las fotos que tiene esparcidas delante de él sobre la moqueta del suelo y una de ellas le llama la atención. La coge entre los dedos y la acaricia.

—¿No has sido feliz conmigo? —Observo la imagen. Él y yo sonreímos a la cámara en una especie de *selfie* sin palo con el London Bridge de fondo. La hicimos la primera vez que viajamos juntos a Londres, aún éramos novios y yo vine a conocer a sus padres.

—Mucho —contesto segura.

—¿Y no crees que podríamos volver a serlo? Juntos.

—Yo... No lo sé.

—Me he dado cuenta de que te has quitado la alianza —me mira el dedo con resignación—. Esto. La muerte de mi madre... me ha hecho pensar. No paro de darle vueltas a la cabeza. Veo a mi padre tan triste y tan solo... Pero lleva razón, ha pasado la mayor parte de su vida al lado de la mujer que ama y tiene el deber de dar gracias por ello. Ha tenido suerte, muchas personas no lo consiguen, que dos corazones enamorados se encuentren no es tan fácil como creemos, aunque siempre lo demos por hecho. Yo... te quiero, te quiero más que a nada y sé que tú puedes volver a sentir lo mismo. Solo te pido que lo pienses, que te des tiempo. Si ese muchacho es el hombre de tu vida, no te volveré a molestar. Pero piénsalo bien. La vida es muy corta para salir corriendo y no luchar por un amor como el nuestro. Nunca ha sido pequeño, me niego a pensar que lo es ahora. Diez años no son casualidad. Diez años son toda una vida. Decidimos compartirla convencidos. Lo nuestro no fue un arrebatado de pasión, fue una decisión meditada y pensada. No fue una mala idea, Nerea. Malos momentos pasan todas las parejas y estoy seguro de que nosotros podemos superarlos.

—No es tan fácil. Siento mucho lo que ha pasado. Jamás creí que lo nuestro terminaría así, ni siquiera me planteé nunca que pudiera terminar —cojo aire—. Pablo es importante para mí. No puedo mentirte, ha aparecido en mi vida para quedarse. No es un capricho, ya te lo he dicho. Le quiero.

Recoge las fotos, las mete en una caja forrada de tela con dibujos de flores y se levanta. Abre un armario y la guarda en el altillo. Se gira hacia mí y desvía la mirada.

—Sebas, no pretendo hacerte daño. Solo quiero ser sincera.

—Voy... voy a dar un paseo. Necesito tomar el aire.

—¿Puedo acompañarte o prefieres ir solo?

—No. Yo... —se mueve nervioso—. Ven conmigo —por fin me mira a los ojos—. Así podrás evitar que me tire al Támesis con un yunque atado a mi cintura —termina con una broma y eso solo afianza mi idea de lo mal y perdido que se encuentra.

—Anda, vamos. A lo mejor soy yo la que te empuja —le agarro la mano y sonrío.

SOLO LOS LOCOS SOBREVIVEN

Aparcamos cerca de Southwark y caminaos hasta la orilla del río Támesis. Le pido que me asegure que lo de lanzarse era una broma porque, si no es así, me veo en la obligación de advertirle que no me tiraré a salvarlo; el agua debe estar helada, hace tanto frío fuera que tengo congelada hasta las pestañas. Pillo el gorro por el borde y me tapo casi toda la cara con él y con la bufanda.

—Me gusta este sitio —mira al fondo, donde los edificios del distrito financiero se levantan imponentes.

—Lo sé. Te cambia la cara cuando estás aquí. Nunca entendí por qué jamás me pediste que nos mudáramos a esta ciudad —pierdo la mirada también al frente.

—¿Te hubiera gustado?

—Me gusta el sol de España, aquí llueve demasiado —agarro la barandilla.

—Los días nublados también tienen su encanto.

Sebas y yo hemos olvidado tantas cosas el uno del otro que él ni recuerda lo que me gustan las estrellas. Sé a ciencia cierta que se lo conté; lo hice tumbada sobre la arena, a su lado, después de bañarnos en la orilla del mar mediterráneo, debajo de una noche despejada. Pero con él nada fue como lo es con Pablo. No digo que sea peor, solo... que todo lo vivo diferente, supongo que porque ambos lo son. Pablo... soñador, romántico, idealista, intenso, divertido, simpático. Sebas... pragmático, con los pies en la tierra, seco, recto, reflexivo. Dos hombres tan distintos que no entiendo cómo mi corazón se ha podido enamorar de los dos. Sospecho que nunca he tenido un prototipo. Ninguna de mis parejas se parecen demasiado entre sí, tienen que tener algo especial, no busco más.

—¿Te acuerdas el día que te pedí que te casaras conmigo? —gira la cabeza y me mira.

—Claro... —sonrío, amable—. Casi nos atropella un camión. Tenías que

arrodillarte en medio de la carretera —le empujo con el hombro.

—Estaba tan nervioso... Llevaba meses planeándolo. Creí que me dirías que no.

—¿De verdad? Nunca me lo habías contado.

—No me podía creer que alguien como tú quisiera casarse conmigo. Fue el día más feliz de mi vida.

—También lo fue para mí. Nunca lo olvidaré.

Me toma de la mano y me besa los dedos.

—Supongo que este anillo te lo ha regalado él —lo señala con un gesto de cabeza. Asiento con movimientos cortos y repetidos—. Me cuesta entender cómo has podido reemplazarme tan pronto. No te lo digo con acritud... Es que... de verdad que no lo entiendo. Tal vez sea porque a mí me parece imposible pensar en rehacer mi vida con nadie que no seas tú. Pero... A pesar de todo, espero que te haga feliz. Si no lo hace, se las tendrá que ver conmigo. Me da igual que sea una estrella del rock.

—Yo no busqué lo que ha ocurrido. Simplemente... pasó. —Comienza a llover y Sebastian entrelaza nuestros dedos, tira de mí y nos refugia debajo de unos árboles, sin embargo, pronto nos damos cuenta de que el agua comienza a calar la copa y deslizarse entre las ramas. Decidimos sentarnos en un restaurante, almorzar algo y entrar en calor.

El sábado apago el despertador demasiado temprano para todo el estrés que mi cuerpo lleva acumulado. Me levanto con una firme idea en la cabeza que cogió forma anoche: buscar a Pablo sin desfallecer hasta encontrarlo. Iré a su casa y, si no está, me trasladaré a Candem a patearle el culo como se merece. Al coger el teléfono móvil, me asusto al comprobar que hay reflejadas como unas veinte llamadas perdidas y un montón de mensajes. De inmediato, la delicada salud de mi madre se me viene a la cabeza y pienso en lo peor. Mi ritmo cardiaco se acelera tanto que casi ni respiro. En nanosegundos observo quiénes me han llamado: Cristina, Carol, Rocío y Joel. Me dispongo a pulsar el nombre de Cristina, cuando la pantalla se ilumina y lo leo en ella.

—Cristina, ¿qué ocurre?

—¿Te has vuelto jodidamente loca? —grita.

—¿Qué dices? ¿Papá y mamá están bien? —me agarro el pecho y dejo de respirar.

—Están perfectamente —casi me corta—. ¿Has vuelto con Sebastian?

—¿Qué? —cada vez estoy más confundida.

—Ne, ¿eres gilipollas o qué te pasa? ¿Dónde está Pablo?

—No lo sé. Hace unos días que no hablo con él. Ese imbécil no me coge el teléfono —me enfado conforme hablo.

—Pon el manos libres.

—¿Para qué? —pregunto a la defensiva.

—¡Pon el manos libres! —repite más fuerte.

Me retiro el teléfono y hago lo que me pide.

—Ya, pesada —le aviso desde lejos.

—Te estoy enviando unas fotos al WhatsApp.

Comienzan a llegar imágenes y, durante unos segundos, no las entiendo muy bien. Parpadeo varias veces, achino los ojos y las voy pasando, cada vez más perpleja y más... asustada. Sebas y yo besándonos en el hospital el día que falleció Joanne, Sebas y yo agarrados de la mano junto al Támesis, Sebas y yo sonriendo y comiendo juntos. Cuando concibo lo que tengo delante y lo que significan, dejo de respirar del todo.

—¿Me entiendes ahora?

—Yo... ¡No! ¡Esto no es verdad!

—Joder, la que has liado.

—Esto es mentira, Cris. Está sacado de contexto. —Leo el titular de una revista: «Pablo Aragón tiene más cuernos que premios». Abro los ojos y se me parte el corazón. ¿De qué están hablando? ¿Cómo pueden decir eso? —Cris, Cris —repito sin poder pensar con claridad y con los ojos llenos de lágrimas—. Cris. Sé que te prometí que no te metería esto... pero... tienes que hablar con Pablo. A ti te escuchará.

—Lo he llamado como unas cien veces en la última hora, tiene el teléfono apagado. Estará volviéndose loco.

—¿Qué hago?

—Tienes que encontrarlo.

—No querrá verme... —se me encoge el pecho al pensar en cómo estará y en lo que sentirá.

—Sabía que esto iba a pasar —susurra—. Encuéntralo y explícaselo, Nerea —me llama por mi nombre completo y Cristina nunca lo hace—. ¡Arréglalo! Pero ¿en qué estabas pensando?

Me visto tan rápido como los nervios me dejan. Sebas se da cuenta de que algo no va bien nada más verme la cara. Le explico lo ocurrido y se lamenta.

- No es culpa tuya —me pongo el abrigo, los guantes y el gorro de lana.
- ¿Cómo puedo ayudarte? Tal vez si yo hablo con él...
- Solo empeoraríamos las cosas ¿Puedes llevarme a su casa?
- Claro. Lo que quieras.

Me doy cuenta de la cantidad de medios de comunicación que hay apostados en la entrada del edificio. Le pido a Sebas que pare en la calle contigua y allí me bajo. Que me vuelvan a ver con él solo empeorará la situación. Antes de irme me ruega que tenga cuidado, que no dude en llamarlo si lo necesito y que, de todas formas, le envíe un mensaje diciéndole que me encuentre bien. El aire helado llena mis pulmones y comienzo a caminar. Agacho la cabeza y disimulo, tal vez no me reconozcan, casi no se me ve la cara ni el pelo; pero estos son profesionales y en cuanto giro la esquina se percatan de mi presencia y corren hacia mí. Creo que nunca me podría acostumbrar al aluvión de preguntas sin sentido. Aligero el paso y, sin decir ni una palabra, abro el portal con mi llave y me escondo dentro.

Entro en la casa con mucho miedo, amedrentada ante lo que me pueda encontrar, pero nada, no atisbo nada. El salón un poco desordenado, solo eso. Voy a la habitación y observo la cama desecha y algo de ropa tirada por el suelo. Pablo y yo no llevamos demasiado tiempo juntos, pero el suficiente para haberme dado cuenta de que siempre lo tiene bastante limpio; y hoy no es así. Echo la culpa a su falta de tiempo estos días con la gala, las fiestas de celebración, las entrevistas... Al salir a la calle, los medios vuelven a increparme, haciéndome preguntas personales y totalmente inventadas sobre mi vida; no obstante, no digo nada. Paro un taxi y le pido que me lleve a Candem. Tampoco lo encuentro en la plaza a la que va a relajarse y a pensar. Le pregunto al dueño del único pub si ha visto a un hombre alto, moreno, con barba y ojos claros y, para mi sorpresa, me informa que se fue hace más o menos una hora. Doy vueltas por el barrio durante dos horas sin tener suerte, no hay ni rastro de él. Se me parte el corazón al verme en las portadas de algunas revistas en los estantes de los kioscos con los que me cruzo. Harta de patearme medio Londres sin encontrarlo, vuelvo a su piso. Los medios siguen en la puerta y tienen pinta de que acamparán durante semanas si hace falta. Me resigno y entro en el portal después de escuchar un montón de absurdecos salir de sus bocas. Sé que Pablo está dentro antes de cruzar el vestíbulo; yo le di dos vueltas a la cerradura y ahora no tiene ni siquiera una. El olor a marihuana me pone en alerta máxima nada más cruzar el vestíbulo. Sigo el

aroma a hierba y entro en la cocina. Está de pie, dando una honda calada al cigarrillo con la mirada perdida.

—¿Qué haces aquí? —ni siquiera me mira.

—Llevo buscándote toda la mañana.

Un denso y pesado silencio moldea el muro que se ha creado ahora mismo entre los dos.

—Tengo que hablar contigo —trato de derribarlo, casi sin esperanzas de tener éxito.

—No hay nada de qué hablar. Está todo bastante claro —escupe.

Apaga el cigarro en un cenicero en forma de batería que tiene delante y sale de allí como si la habitación se estuviera quedando cada vez más pequeña. Lo sigo hasta el dormitorio y me detengo bajo el vano de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —Abre una maleta sobre la cama y comienza a meter ropa si mirar lo que echa dentro.

—Me largo. Supongo que recogerás el resto de tus cosas y te irás con tu marido; y yo no quiero verlo. —Entra en el baño y escucho cómo las puertas de los armarios se abren y se cierran. Un estruendoso ruido me asusta y corro hasta allí. Uno de los armarios que cuelga de la pared se ha caído al suelo. Pasa por mi lado sin mirarme, cierra la maleta y camina hasta el salón.

—Pablo, por favor. Tienes que escucharme —me acerco a él y lo agarro del brazo. La inusual electricidad que me recorre cuando lo toco hace acto de presencia con más fuerza que nunca. Sé que él también la ha sentido, no me pasa desapercibido el gesto de su cara.

—Suéltame —pide con rabia.

—No.

—Suéltame —masculla.

Separo nuestra piel y parece aliviado con mi gesto. Se me encoge el corazón al darme cuenta de que prefiere mantenerme alejada. Le hago reaccionar o desaparece tras la puerta y tal vez no vuelva a verlo jamás.

—Te comportas como un niño. Las cosas no se arreglan huyendo. No puedes salir corriendo y esconderte del mundo cada vez que las cosas no salen como tú quieres.

Para en seco y puedo ver su pecho subir y bajar con fuerza. Gira el cuerpo y me mira con ira.

—¿Yo? ¿Yo me estoy comportando como un niño? —suelta la maleta y da dos pasos hasta quedarse a pocos centímetros de mí—. ¡Me dejas solo en un momento en el que te necesitaba a mi lado! ¡Desapareces tres días! ¡¡Tres

días sin saber nada de mi novia!! ¡Y la veo en todas las putas revistas con su ex!

—¡Te llamé! —lo corto—. ¡Y tú, como siempre, pasas de atender mis llamadas!

—¡Ahora la culpa va a ser mía! ¡¡Mía!! ¡Yo voy a ser el culpable de que mi novia se pasee por ahí con su marido como si estuvieran en una segunda luna de miel, mientras yo le dediqué mis jodidos premios delante de medio mundo!

¿Que hizo qué?

—¡Me has mentido! ¡¡Me has engañado!! ¿Cómo debo sentirme al enterarme por un periodista de que... de que...? —se toca el cabello con las manos y después esconde la cara detrás de las palmas. Resopla varias veces y me mira—. Ni siquiera puedo decirlo en voz alta... Le has besado... —la voz se le resquebraja.

—No es como lo cuentan. Pablo, tú me has enseñado que a los medios no se les puede hacer demasiado caso.

—¿Es mentira? —le brillan los ojos, que me ruegan en silencio que mi respuesta sea afirmativa—. ¿Es mentira que le has besado?

—No —niego levemente con la cabeza—. Pero no significó nada. Sebastian sabe lo que siento por ti y...

—Anoche me acosté con Brittany. Me volví tan loco cuando me dijeron lo que saldría hoy en todas las portadas que perdí la cabeza. Pero tranquila... —sonríe con malicia— no significó nada —escupe.

La sangre se me congela en las venas.

—Eso... eso no es verdad —las manos me tiemblan.

—No. No lo es. Pero te juro que casi lo hago... ¡Solo quería hacerte daño! ¡Que sintieras lo mismo que yo! ¡Y no pude! ¡No pude!

—¿Cómo se te ocurre bromear con eso? —le grito a la cara, encolerizada.

Me clava la mirada, aprieta la mandíbula y, después de unos segundos, da un pequeño gruñido y se mueve de lado a lado, nervioso.

—¿¡Por qué no me has llamado!?! ¡Las parejas hablan sus problemas, no barajan la posibilidad de acostarse con otra persona para olvidarse de todo! ¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no lo has hecho en tres días?

—¡¡No lo sé!! —para de nuevo frente a mí— ¡No lo sé! ¿vale? Yo... estaba confundido... me perdí. Me perdí, Nerea; y tú no viniste a buscarme.

—Lo he hecho hoy, Pablo. Te he buscado durante horas.

—Y no me has encontrado —dice bajo un manto de dolor.

—Estoy aquí —le acaricio el cuello y se aparta.

—Pero yo no —da un paso hacia atrás y cierra los ojos antes de clavarme la mirada—. No tengo ni puta idea de dónde estoy.

—Pablo... —me duele verlo tan desorientado.

—Vete, Nerea. Hoy no vamos a arreglar nada.

—No quiero irme así.

—Estoy roto. Me has roto...

—Lo siento, cariño —las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas sin control—. Perdóname. No he hecho nada, no he hecho nada de eso que dicen y lo sabes. Lo que no entiendo es por qué te empeñas en creer lo contrario.

—Es difícil no imaginarse lo que ha ocurrido estos días después de ver las fotos —contesta hiriente.

—¡Solo he intentado hacer lo correcto! ¡Ha muerto la madre de mi marido! ¿Por qué no puedes entenderlo?

—¿Entiendes tú cómo me siento? ¡Me siento una puta mierda, Nerea! ¡Te quiero! ¡Te quiero como nunca creí que podría querer a nadie! ¡¡Y verte con él me ha matado por dentro!!

Me aferro a su cintura y se calla, pero él no me abraza. Solo se queda ahí, quieto, mientras yo lloro con la cara enterrada en su pecho.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —musito entre sollozos.

—Me duele —por fin me rodea con sus brazos y me pega a él con fuerza—. Me duele. No sé qué hacer...

—No hace falta que hagas nada. Solo dime que me crees —me echo hacia atrás y le miro a los ojos.

—Claro que te creo —apoya su frente sobre la mía en ese gesto tan suyo—. No sé cómo no he matado a nadie estos días. Creí que me volvería loco. Te necesito tanto...

—Te quiero. Nunca te engañaría, ni con él ni con nadie.

—Lo sé, pero me cuesta respirar tanto cuando no te tengo cerca que no pienso con claridad.

—Pablo, debes aprender a vivir lejos de mí. No podemos estar todo el tiempo juntos.

—Claro que sí.

—No. No podemos.

—Sí. Si podemos. Cásate conmigo.

HALLELUJAH DE LEONARD COHEN

—¿Qué estás diciendo? —me separo de él entre sorprendida y asustada.

—Casémonos —repite, convencido.

—Has debido perder completamente la cabeza. —Me mira con el ceño fruncido—. Hace solo dos minutos me estabas echando de tu vida —señalo la maleta detrás de él—, y ahora me pides matrimonio. Las cosas no son así. Debes estar hablando en broma.

—Hablo muy en serio.

—Yo ya estoy casada —apunto.

—¿Crees que lo he olvidado? ¡No podría! ¡No paran de recordármelo! —levanta los brazos. Los deja caer y sigue—. Eres la mujer de mi vida y no dejaré que vuelva a pasar nada de esto.

—No ha pasado nada, Pablo. Solo trato de comportarme como una persona adulta y responsable. Además, aunque nos pudiéramos casar, no podría seguirte a todas partes, tengo mi vida.

—Tú eres mi vida —asegura cada vez más molesto.

—Tú también eres la mía. No es eso.

—Pues demuéstalo —me coge de la mano—. Desde que hemos ganado los premios, todo se ha vuelto más intenso. Nos acaban de invitar al programa con más audiencia de Estados Unidos pasado mañana. Es en Nueva York. Vente conmigo. Cuando termine, podemos coger un avión a Las Vegas y casarnos en tres días —se le ilumina la mirada.

—Definitivamente te has vuelto loco.

—Vamos. Sé que ese matrimonio no tiene efectos legales en España. Ya la legalizaremos cuando podamos; o lo volvemos a hacer aquí, lo repetimos dónde tú quieras y cómo tú quieras —coge aire y lo suelta—. Será de verdad

para mí, para nosotros. Necesito dejar toda esta mierda atrás, Nerea. Los medios no paran de hacer preguntas incómodas y yo...

—Les diremos lo que de verdad ocurre. Aclaremos lo que ha pasado.

—Me importa una mierda lo que piensen —asegura. Me agarra de los hombros y me acerca a él—. Yo solo necesito largarme lejos. Vente conmigo, Nerea. Cásate conmigo.

Podría ponerme a enumerar las mil razones por las que no me casaría con Pablo en las Vegas ahora; y en ninguna de ellas aparece el hecho de que ese matrimonio, en principio, sería una pantomima. Como bien dice él, para nosotros significaría, y eso sería más que suficiente. Hay otras que encabezan la lista, como por ejemplo que es una estrella de rock y que su fama aumenta por momentos, tanto que en las últimas semanas abrumba la facilidad con la que los medios especulan sobre su vida y todo lo que la rodea. Su edad tiene un puesto relevante en la enumeración, sin embargo, hay algo mucho más fuerte que me empuja a decir que no y que no le voy a reconocer en voz alta, por esto, busco una excusa plausible para no decirle la verdad de mi decisión.

—No puedo —intento que no me tiemble la voz.

—¿Cómo que no puedes?

—No puedo —repito con más entereza.

—¿No me quieres?

—Claro que te quiero. No tiene que ver nada con lo que siento por ti. Es... complicado.

—¿A qué te refieres?

—No puedo irme ahora, Pablo. Sebastian me necesita. El entierro es dentro de tres días.

Le cambia el semblante y la pena inunda su cara.

—Vuelves a elegirlo a él —hunde los hombros.

—No se trata de elegir. Es mi deber estar con él.

—No le debes nada.

—Le debo diez años de mi vida.

—Eso es, ¿verdad? Diez años no son nada comparado con un par de meses, ¿no? —musita sobre mi cara—. Dos meses no valen nada.

Me gustaría decirle que he vivido tan intensamente cada segundo a su lado que cuentan como si fueran una vida entera.

—Joder... —se revuelve el pelo—. Soy imbécil. Eres... la mujer de mi vida —siento la duda en su voz.

—Lo soy —lo reafirmo.

—No puedes ser mía si ya eres de otro.

Su dolor me cala el alma.

—Soy tuya. Tuya y de nadie más. Y te quiero, Pablo; pero no puedo irme por muchas razones. Ahora no. Casi no nos conocemos. Tú comienzas una gira dentro de poco y yo tengo mi trabajo en Madrid. No puedo abandonarlo todo y perseguir tu sueño... porque yo también tengo el mío. Eres muy joven, te queda mucho por vivir.

—Yo quiero vivirlo todo a tu lado. Tú eres mi sueño y sería capaz de dejarlo todo por ti.

—Eso crees ahora —paso la yema de mis dedos sobre su mejilla—. Pero tú no sabes vivir sin música. La música es tu sueño. Te hace inmensamente feliz —musito sobre sus labios—. Jamás permitiría que lo abandonaras por nada.

Me agarra del cuello con ambas manos y pega sus labios a los míos con mucha suavidad.

—Te amo —siento latir su corazón con fuerza.

—Y yo a ti. Pero ahora debes ir a Nueva York. No te preocupes. Ya hablaremos cuando vuelvas.

—Prométeme que no te olvidarás de mí.

—Jamás me olvidaré de ti, Pablo. No podría aunque quisiera.

Termino de recoger mis cosas con su ayuda. En un momento dado lo veo sentado sobre el filo de la cama con la mirada perdida en el suelo y no puedo hacer otra cosa que sentarme sobre su regazo y abrazarlo. Han ocurrido muchas cosas en pocos días, en pocas horas, y nos está costando asimilarlo. Le repito que los dos necesitamos espacio y tiempo y, aunque no está de acuerdo, opta por asentir y fingir que todo va bien. Allan nos recoge con su coche en la puerta de Pablo y nos subimos a él huyendo del acoso y derribo al que no someten los medios. Paramos en frente de casa de Nick y le doy las gracias al improvisado chófer por ayudarme. Él sonríe y se ofrece a “echarme una mano” cuando lo necesite. Pongo los ojos en blanco y le doy un beso en la mejilla. Aprovecho el acercamiento para susurrarle al oído que cuide de Pablo. Éste baja conmigo y me acompaña hasta la puerta. Me rodea el cuello con un brazo y pega mi cuerpo al de él.

—¿Por qué me parece que esto es una despedida? —nos pone cara a cara y me besa la frente.

—Porque me voy y tú te vas —intento bromear, pero estoy más cerca de llorar que de otra cosa.

—Esto no es el final. No lo es. Dímelo —suplica, mirándome a los ojos.

—Claro que no.

—Te llamaré. Te lo prometo —asegura y yo sonrío con tristeza porque sé que no la cumplirá.

—Bésame —me pide.

Lo beso. Lo beso como se dan los besos que llevas guardados durante mucho tiempo esperando el momento oportuno para dejarlos volar. Los suelto y llegan a su boca en forma de momentos, de sonrisas, de abrazos, de carcajadas sobre el sofá, de confidencias desnudos sobre la cama, de estrellas robadas del firmamento, de amor, de amor sin razón pero real.

No vuelvo la vista atrás cuando escucho derrapar el coche de Allan. Y si no lo hago, es porque ya he sucumbido a la tristeza de la situación y no quiero que lo descubra en mi cara. Puede replantearse irse si supiera lo que pienso de verdad. Esta mañana lo busqué con la firme convicción de encontrarlo y explicarle lo que había pasado porque no me imaginaba la vida sin él. Nada me importaba más que me entendiera y me perdonara. No sabría decir en qué momento la realidad me ha golpeado de frente en forma de puño sobre la cara. Si tengo que elegir uno, apostarí por ese instante en que me ha pedido que me casara con él. Pero, ¿cómo he pensado que esto en algún momento podría funcionar? Tenía tantas ganas de que fuera así que no me he dado cuenta hasta ahora, aunque he de reconocer que siempre ha estado ahí, avisándome de que todo se podría desvanecer en cualquier momento. Y de pronto lo he visto claro. No soy nadie para interponerme entre Pablo y su carrera. Entre un muchacho que empieza a triunfar y la cima del mundo. Jamás me perdonaría que lo abandonara todo por mí. Él ha nacido para brillar, tanto o más que las estrellas. He tratado de no mentirle y casi lo he conseguido. Jamás me olvidaré de él, claro que no. No volveré a querer a nadie porque todo mi ser lo ocupa su ser; hasta el más ínfimo hueco. Esto no es el final, por supuesto que no. Ahora comienza una vida llena de triunfos de los que me alegraré y los que celebraré en soledad, desde la distancia. En una cosa sí he mentido; con los ojos cerrados lo dejaría todo por él, abandonaría mi sueño por acompañarlo en el suyo; sin embargo, no puedo hacer eso, no puedo hacerle eso a él. Ahora lo sé, Pablo necesita volar solo, encontrarse consigo mismo y buscar su propia brújula para hallar luz en su propia oscuridad. Pablo tiene que aprender a salvarse solo, sin mi ayuda ni la de nadie.

Sebastian me abraza bajo el quicio de la puerta de la cocina y lloro sobre sus hombros. Se imagina lo que ha podido pasar sin pedir explicaciones y yo le agradezco no tener que darlas. Me recompongo en seguida o, al menos, lo intento. Soy yo la que debería animarlo a él tras la muerte de su madre a la que todavía no ha podido enterrar. Así que me limpio las lágrimas y me dedico a cuidar de Sebas y de su padre. Trato de no pensar demasiado en Pablo aunque hay momentos en los que no puedo evitarlo. Me centro en las tareas del hogar, en acompañar a mi marido con la burocracia que conlleva el fallecimiento de alguien e intento dormir ocho horas diarias.

Mis padres deciden no trasladarse a Londres para estar presentes en la ceremonia religiosa en la que despedimos a Joanne y yo prefiero que no lo hagan; mi madre necesita tranquilidad y, después de lo de mi suegra, me aterroriza pensar en el delicado corazón de mi madre. Al día siguiente de la cremación del cuerpo, Sebas y yo cogemos un avión de vuelta a Madrid. No ha servido de nada que le insistiéramos a Nick para que se mudara con su hijo una temporada, él prefiere quedarse en su casa y normalizar la situación lo antes posible. Siempre me ha parecido un hombre muy racional y lógico y ahora lo demuestra con sus decisiones.

Llamo a Cristina nada más aterrizar para ir directamente a su casa porque no me apetece lo más mínimo quedarme en mi piso sola. Llevo varios días rodeada de gente y esta es exactamente la excusa que me pongo, aunque sin duda, la verdadera razón se acerque más a lo que echo de menos a Pablo, y ver su puerta cerrada al lado de la mía no me va a ayudar a olvidarlo.

—Pablo no se merece que lo trates así. Él siempre ha sido sincero contigo —me dice mi hermanita después de escuchar de mi boca la revelación divina que he tenido estos días—. Entiendo tus razones, pero deberías habérselas dicho.

—No me hubiese dejado marchar —musito con un café muy fuerte, estilo americano, en las manos.

—Tal vez, pero...

—Pero nada, Cris. No puedo pedirle que lo deje todo por mí y sabes de sobra que nuestra relación no iba a llegar a ninguna parte. ¿Qué hago yo persiguiendo a una estrella de rock? ¿Dejo mi trabajo y me convierto en su *groupie*?

—¿Has visto la gala de los Brit Awards? ¿Sabes lo que dijo de ti? —pregunta condescendiente.

Niego con la cabeza y aguanto mis lágrimas con un muro de contención de varios kilómetros de alto por varios metros de espesor. Soy demasiado miedica para verla. Conozco a Pablo y me imagino lo que pudo decir; cabe la posibilidad de que me haga cambiar de idea y le pida que no me deje nunca, y eso no va a ocurrir. Él se merece vivir su sueño con toda intensidad y no seré yo quien le niegue eso.

No entro en mi habitación la primera vez que piso el suelo de mi apartamento. El techo cubierto de estrellas me aplastaría el pecho y solo me querría morir, así que acampo en la habitación de invitados y me conformo con la ropa que cuelga de su armario. Un par de días después quedo con las chicas para almorzar. No me hace ninguna gracia tener que contar de nuevo mi decisión, aunque lo hago sin rechistar. Carol, por supuesto, piensa que he hecho lo correcto; y Ro pone en duda mi juicio a la hora de proceder.

—No digo que te hayas equivocado. Solo digo que ese chico parecía quererte de verdad —manifiesta la andaluza mirándome a los ojos, sentada frente a mí.

—Es lo mejor —Carol me da un apretón cariñoso en el brazo—. Tú y Pablo no teníais nada que ver. De una forma u otra, habría terminado.

Los siguientes días pasan tan rápidos que, cuando me doy cuenta, estoy trabajando con un pinganillo en la oreja en las bodas de oro de los «Reyes de Inglaterra». Cincuenta años de casados hay que celebrarlo por todo lo alto y eso hacen ellos. Sus hijos y nietos les acompañan en el tan esperado y especial momento; y he de admitir que alguna lágrima se escapa por fisuras casi invisibles de mi muro de contención tras escuchar los votos que recitan. Hablan del amor real, de lo que hay que luchar para que ese amor no desaparezca después de tantos años y de que hay que buscar la manera de alimentarlo para que no baste con conservarlo, sino que crezca cada día un poco más. Hablan de superar momentos, buscar soluciones a los problemas y ayudar a tu acompañante a dar un paso detrás de otro sin desfallecer. Hablan de roces, de besos, de dar la mano, de acariciar, de abrazar sin que te lo pidan, de llorar cuando haga falta, de la felicidad.

—¿Estás bien? —Joel me rodea los hombros con el brazo y me da un beso en la mejilla. Asiento con la cabeza y sorbo por la nariz.

—No me ha llamado. No esperaba que lo hiciera, lo conozco bien; pero... una parte de mí soñaba que fuera así.

Hace casi un mes que me despedí de Pablo y, aunque lo hice con la esperanza de que cogiera el rumbo de su vida y se olvidara de mí, duele

comprobar que le ha resultado más fácil de lo que yo pensaba. Por lo que he leído en revistas y diarios digitales, han aprovechado el éxito obtenido para hacer una pequeña gira por Estados Unidos antes de comenzar la de Europa dentro de una semana. Los vellos de toda mi piel reaccionan al pensar que visitará España dentro de menos de siete días.

—Estás a tiempo de arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar. Dejémoslo todo tal y como está. —Miguel y Virginia se besan al terminar de declararse todo su amor y me conmueven—. Pensé que envejecería al lado de Sebastian —musito con tristeza—. Me llamó ayer, me ha pedido otra oportunidad. Sabe lo que siento por Pablo, pero está dispuesto a luchar por nuestra relación. Piensa que aún tiene solución.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

Me encojo de hombros.

—Siempre creí que amaba a Sebastian, pero cuando mis sentimientos por Pablo afloraron, me di cuenta de que el amor es otra cosa, de que querer sin razón tiene sentido... —lo miro—. ¿Estoy loca?

—Es lo más sensato que has dicho en las últimas semanas.

—Lo echo mucho de menos.

—¿Por qué no lo has llamado?

—Quiero ser consecuente con mi decisión. Y, de todas formas, sé que no cogerá el teléfono.

La sala entera rompe en aplausos y Joel y yo la imitamos. Sonreímos al escuchar la música que eligieron para este momento: *Satisfaction* de The Rolling Stones. Esto es un puro ejemplo de que las apariencias engañan. Si al verlos te preguntan qué tipo de música les hubiera gustado para su boda, dirías algo así como cualquiera de Frank Sinatra, Louis Armstrong o... *Hallelujah* de Leonard Cohen. Pero no, ellos son muchos más cañeros y divertidos. Terminamos todos bailando y tocando la guitarra como si tuviéramos una entre las manos.

TUS LABIOS ROZANDO LOS MÍOS

El domingo siguiente Cristina y yo vamos a comer a casa de papá y mamá. Cumpliendo nuestro pacto, no me pregunta por Pablo ni lo nombramos; fingir que no existe, no lo hace desaparecer, pero atenúa el dolor y la sensación de soledad me deja respirar. Superar las preguntas de mi madre sin llorar ni enfadarme me cuesta horrores. Mi hermana me echa una mano y me ayuda a salvarlas sin tener que agachar la cabeza. Comemos junto a la chimenea, aunque ha entrado el mes de marzo, aún hace bastante frío.

—Sebastian me llamó ayer para saber cómo estaba. Me apenó mucho no poder ir a despedirme de Joanne... —manifiesta mi madre con un chocolate caliente entre las manos.

—Todos lo entendimos. No estás para viajar —comento.

—Lo sé —le da un sorbo con la mirada perdida dentro de la taza—. Me dijo que estáis tratando de arreglar vuestro matrimonio. —No puedo ignorar el tono esperanzador en su voz.

—Mamá, solo nos vemos de vez en cuando, somos amigos y le estoy ayudando a superar la muerte de su madre.

—Vale, vale. Yo solo digo que, si aún os queréis y él dice que sí, deberíais...

—¡Mamá! ¡Me prometiste que no te meterías en mis asuntos! —dejo mi café sobre la mesa y me levanto de muy malas ganas.

—¡Yo no me he metido en nada! ¡Soy tu madre! ¿No puedo dar mi opinión al respecto? —empieza a hacerse la mártir. Ella y sus dos tácticas que utiliza según le conviene: o nos somete al tercer grado, o se pone a dar pena. Me da a mí que hoy está dispuesta a sacar todo el arsenal y utilizar las dos al mismo tiempo.

—¡Nada te da derecho a meter las narices en mis asuntos! —contesto enfadada.

—¡Lorenzo! ¿Has escuchado cómo me ha hablado tu hija? Pero ¿qué

educación le hemos dado?

Mi padre me mira con cara de reprimenda silenciosa.

—Nerea, tu madre solo quiere lo mejor para ti.

—¿Y cómo sabe ella que lo mejor para mí es volver con Sebastian? — hablo como si no estuviera delante.

—Porque sé lo que es el matrimonio —se entromete mi progenitora—. Porque sé lo que es tener dudas, porque sé lo que es la incertidumbre. Siempre he querido a tu padre, jamás lo he dudado; pero hemos pasado épocas de mucha tensión. El trabajo, dos hijas, una casa... a veces el estrés pone a prueba una relación, solo hay que luchar y superarlo juntos. No hay que salir corriendo en cuanto las cosas se ponen un poco difíciles.

¿Eso hice yo? ¿Huir cuando tuvimos que trabajar para que funcionara? ¿Abandoné el barco nada más chocar con el iceberg y cuando ni aún se estaba comenzando a hundir? Un montón de preguntas se amontonan en mi mente y a casi ninguna le encuentro explicación. Tal vez debería haber luchado más porque mi matrimonio funcionara y no mandarlo todo a la mierda como lo hice. Tal vez los dos nos merecemos una segunda oportunidad. Tal vez podría volver a funcionar.

Salgo de la habitación sin decir nada. No me apetece explicarle que, aunque así fuera, mi corazón ya pertenece a otra persona. Recojo la cocina después de decirle a Cristina que nos vamos pronto. Mi padre entra y me abraza con cariño.

—Estás muy delgaducha —dice sin tono de reprimenda alguno, solo está preocupado por mí.

—Es época de mucho trabajo. Ya sabes... las bodas en primavera... — sonrío y le doy un beso en la mejilla—. Estoy bien, te lo prometo.

—¿Qué tal con Pablo? —pregunta, amable. No le pasa desapercibida mi cara de sorpresa y sigue: —. ¿Lo quieres?

—Eso no importa —sonrío con tristeza y mi padre lee mi pena en la ausencia de mis palabras.

—Claro que importa. Dime, ¿lo quieres?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no estáis juntos? Y no me cuentes todas esas mentiras con las que la prensa especula. Nada de eso tiene sentido.

Los medios de comunicación poco a poco se olvidan de mí, sin embargo, aún hay algún despistado que sigue creyendo que soy noticia y me ha esperado a la salida de casa o del trabajo. De Pablo hablan mucho, de él y del

espectacular éxito que está teniendo: profesionalmente y entre las féminas de allá donde va. No se le ha relacionado con ninguna en especial, es más, en una pequeña entrevista de la que solo pude leer dos páginas, habla de mí y de lo que me echa de menos. Cerré la ventana del ordenador y me levanté para no seguir leyendo y terminar tirándome por la ventana.

—Lo nuestro no tiene futuro, papá. Es demasiado joven. Fui yo quien lo dejó. Le queda mucho por vivir y yo no soy nadie para negárselo.

—Te entiendo, cariño. Supongo que no es vuestro momento —me mira a los ojos y sonrío—. Pero tengo que decirte algo: el amor aparece sin esperarlo y sin avisar y, cuando llega, debemos aceptarlo sin más. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza—. Porque debemos ser agradecidos. El amor es un regalo tan grande y tan hermoso que es nuestro deber abrir nuestro corazón para darle un espacio privilegiado.

—Lo sé. Y Pablo siempre estará aquí —me señalo el corazón—. Conmigo.

—La pregunta es... ¿está solo?, ¿o Sebastian aún ocupa alguna parte?

—A Sebastian nunca lo podré sacar. Simplemente lo quiero, pero con Pablo... con Pablo nada es simple, no sé cómo explicar con palabras lo que me hace sentir.

—Date tiempo. No tienes que volver con tu marido, ni ahora, ni más adelante. Tu madre, tarde o temprano, entenderá que tu vida la eliges tú y aceptará lo que decidas. Y yo... yo solo quiero verte sonreír.

—Te quiero, papá —lo abrazo con fuerza.

—Sé feliz, mi amor.

El camino de vuelta lo hacemos en silencio. Cris pone la radio y, para molestarme, los pies en el salpicadero. Pasa de mí y de mi jeta todas las veces que le pido que los baje, podrían incluso multarnos por llevarlos así. Ella se queja y me ignora. La escucho murmurar y, después de parar en doble fila, le pregunto por qué está tan cabreada.

—¿Vas a volver con Sebastian? —gira el cuello hacia mí de un golpe rápido.

—No lo creo, Cristina —contesto cansada.

—Eso no es una respuesta muy convincente.

—¿Qué más te da a ti? —volteo mi cuerpo y la miro, ahora más enfadada que otra cosa.

—Sebas no podrá hacerte feliz. Pablo... —encolerizo del todo al escuchar

su nombre.

—Pablo ¿qué? Pablo hace más de un mes que no sabe nada de mí y no parece que le importe demasiado. ¡Ni siquiera me ha enviado un maldito mensaje! —grito.

—¡Tú le pediste que se fuera! ¡Tú le pediste tiempo! ¿Qué debe hacer él? Eres idiota, Nerea. Perdona que te lo diga, pero eres gilipollas. Pablo te quiere y has metido la pata hasta el fondo con él.

—¿Has hablado con él? —Algo me dice que sabe más de lo que cuenta.

—No, pero lo conozco bien. Él no ha dado lo vuestro por terminado y le matará saber que te planteas la posibilidad de volver con tu ex.

—¡¡Yo no pienso volver con Sebas!! —levanto las manos— ¿Por qué todos os empeñáis en repetir lo mismo? ¿No puedo querer estar sola?

—Igual que Pablo no está preparado para tener una relación y por eso no te llama, tú no sirves para estar sola. Llevas acostumbrada a la compañía durante mucho tiempo. —Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría.

—Gracias por la confianza que me tienes... —musito, displicente.

—No te enfades conmigo. Me duele verte así.

—Anda, sal —le pido con desgana—. Estoy muy cansada, tengo muchas ganas de llegar a casa.

—Piensa bien las cosas, Ne. No hagas nada a la ligera.

Nos damos un abrazo y la veo desaparecer dentro del portal.

Las semanas siguientes las dedico a trabajar, trabajar y trabajar. Sumergirme en la vorágine de reuniones, notas de prensa de eventos importantes, nuevos clientes, bodas, congresos y un millón de compromisos me ayudan a olvidar que The Fox' Lair ha empezado la gira en Europa, ya han tocado en Barcelona y en dos semanas darán un concierto en Madrid. Sé de buena tinta que Cristina irá y sé de primera mano que yo estoy invitada y que tres entradas, para mí, Carol y Rocío, cogen polvo sobre el mueble del salón. Me la trajo un mensajero hace un par de días junto a una carta escrita de su puño y letra: «Hola, nena. No me aguanto las ganas que tengo de verte. Puede parecer que dos meses no son nada, pero para mí han sido una eterna tortura. ¿Te has olvidado de mí? Espero que no, porque yo y mi música somos tuyos. Tanto como las estrellas pertenecen al cielo. Te quiero». Solo la leí una vez y me hizo sentir tan mal que lo único que deseé fue hacerla añicos y tirarla a la basura; pero no pude. La abracé a mi pecho, despidiéndome de ellas y de él. No se lo he dicho a nadie, mis amigas me matarían si lo

supieran. Carol me reprocharía que tan si quiera me planteara la posibilidad de asistir; y Ro me colgaría del palo mayor por privarla de presenciar el concierto al que ya llaman «El mayor espectáculo que se ha visto en mucho tiempo».

Ignoro las llamadas de Sebas durante un tiempo, sin embargo, un día cualquiera le cojo el teléfono y acepto su invitación a cenar. Me lleva a mi restaurante preferido y, entre varias copas de vino, me agarra de la mano y me repite lo mucho que me sigue queriendo.

—Llevo noches soñando con la primera vez que te besé. Sabías a café. Ahora me pregunto cuándo dejé de hacerlo.

—¿El qué?

—Besarte, pero no de cualquier manera, sino haciéndote sentir especial. Porque lo eres, Nerea, para mí no habrá nadie igual.

—Sebas...

—No digas nada, déjame hablar. Sé que necesitas tiempo y yo estoy dispuesto a dártelo. Te esperaré. Vuelve cuando quieras, no tengo prisa. Vuelve cuando estés segura de que deseas luchar porque esto funcione. No me sirve que vuelvas pensando en él.

Me deja en mi casa una hora después. Se baja, me abre la puerta del coche, como si se tratara de una de nuestras primeras citas, y me acaricia los hombros.

—Echo de menos a mi mujer y... quiero hacerte feliz —acerca sus labios a los míos y deposita sobre este un tímido beso. Algo en mí se despierta y se lo devuelvo. Me mira, sonrío con esperanza y me abraza durante al menos un minuto.

Los siguientes días pasan convirtiendo los minutos en horas. Me cuesta hasta caminar, y levantarme se vuelve una odisea difícil de llevar a cabo. Joel se preocupa por mi evidente tristeza y trata de animarme invitándome al cine o a al teatro. Le acompaño en alguna salida y se queja, sin cortarse, del poco afán que pongo en pasarlo bien. Le pido mil y una disculpas; y me dice que me perdona si salgo a tomar un vino, así que el viernes después del trabajo brindamos con dos copas. El poco alcohol que me tomo me suelta la lengua y le hago partícipe de que me estoy planteando volver con mi marido; y, al contrario de lo que pensaba, no se pone a gritar como *la loca* que es a veces. Entiende mis miedos y mis razones, lo único que me pide es que lo piense bien, igual que Cristina. Le regalo las entradas para el concierto y le exijo que lo pase de maravilla. No tardo en convencerlo ante su negativa a aceptarlas.

Le digo que sería una pena desperdiciarlas y que ellos merecen un lleno absoluto. Sonríe y al final me agradece poder ver desde la zona vip a esos cuerpo esculturales.

Tardo unos días en tomar una decisión. No sabría decir en qué momento llego a la determinación de que no puedo seguir revolcándome entre tanta desgana. Me armo de valor y entro en mi dormitorio. Tomo asiento sobre la cama, acaricio el anillo que Pablo me regaló y recuerdo con melancolía sus palabras: «Si alguna vez crees que he desaparecido, míralo y no olvides que siempre estaré contigo». Una llamarada de desconsuelo sube hasta mi garganta y me tiro de espaldas sobre el colchón. Apago la luz de la lámpara y enciendo el interruptor convirtiendo el techo en un cielo estrellado. Ni las constelaciones me permiten sentirlo cerca. «No te siento a mi lado, Pablo», pienso. Rompo en llanto y me permito llorar como necesitaba desde que me despedí de él la última vez que lo vi. Tengo muy claro que podría estar sola, no me da miedo la soledad; lo que me aterroriza es pensar que algún día podría darme cuenta de que no hice lo suficiente por mi matrimonio. Si durante diez años hemos funcionado y hemos sido felices, ¿por qué no poder volverlo a lograr? Aceptar la derrota no es agradable y yo no quiero darme por vencida tan pronto. Quizás aún estamos a tiempo de empezar. Y Pablo... Pablo ya ha comenzado a hacer su vida sin mí y no se lo reprocho. Yo se lo pedí. ¿Sabéis por qué lo sé? Porque de pronto, con nuestro cielo tan cerca, sin esperararlo, lo siento lejos y me ahogo; no puedo respirar.

Recojo mis cosas y hago un par de maletas. Guardo los enseres más importantes y ya regresaré por el resto con más ayuda. Registrando cajones saco el anillo que encontré del anterior inquilino y lo dejo junto a la carta que Pablo me envió. Sí, sigue en el mismo sitio, no he tenido valor ni de tocarla para guardarla en otro lugar. Cuando venga a entregar las llaves del piso, decidiré qué hacer con ella y le daré al casero la joya para que la pueda devolver a su dueño. Cierro las ventanas de todas las habitaciones y apago las luces conforme salgo de nuevo al salón. Giro la cabeza y observo mi alrededor, despidiéndome de la que ha sido mi casa los últimos meses; respiro y musito un sentido «Adiós». El timbre suena y todo mi cuerpo comienza a temblar. Tardo varios minutos en decidirme a abrir la puerta, sé de buena tinta que no estoy preparada para lo que me voy a encontrar.

—Pablo... —se me corta la respiración al ver la forma en que brillan sus ojos al chocar con los míos. Mezcla de excitación y decepción, pero hay más:

anhelo y muchas ganas. Ganas de comerse el mundo, ganas de triunfar, ganas de vivir al límite, ganas de luchar y ganas de mí. Tanto o más como las que yo tengo de él. Pero las mías se mezclan con tantas otras cosas que se pierden en la oscuridad.

—No has ido —susurra con las manos en los bolsillos, los hombros caídos y los párpados cansados. Se refiere al concierto, no hace falta que especifique nada. Por supuesto que no fui, pero lo pasé tan mal como si me hubiera plantado en primera fila (vale, tal vez no tanto), pero no dormí en toda la noche pensando en que estaba aquí, en Madrid, y en que se podría presentar en cualquier momento. Llevo varios días escondida para no encontrarme con él. Y aquí lo tengo, a un escaso metro, solo tendría que alargar la mano para tocarlo y abrazarme a él.

Trago, y un rosario de espinas me baja por la garganta a la vez que niego con la cabeza.

—No era buena idea —musito, y espero que lo entienda sin más explicaciones, (tonta de mí, Pablo no es de los que se conforman. Por eso, algún día, lo conseguirá todo). ¿Qué habría hecho yo allí? Sufrir y alargar la agonía.

—Te necesitaba conmigo —saca una mano y me acaricia la muñeca izquierda. Intento contenerme y frenar la celebración que le hacen todos los vellos de mi cuerpo, saltando como si fuera fiesta nacional. Doy un paso hacia atrás e intento alejarme de las sensaciones que siento ya como nuestras, mías y tuyas. Escucho una larga respiración, como si mi reacción le agujereara el alma y, por extensión, la mía se rompiera.

No quiero hacerle daño, sino todo lo contrario. Deseo que sea plenamente feliz y conmigo no lo será. Juntos no lo seremos ninguno de los dos.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Dudo durante unos segundos si dejarlo pasar o no, pero no creo que nos merezcamos (que él se merezca) que mantengamos esta conversación aquí, a la vista de cualquier ojo y sin intimidación. Así que cierro la puerta y camino hasta el salón detrás de él. Vamos a hacer esto bien.

Mira mis maletas junto a la puerta de la cocina.

—¿Te vas de viaje?

Niego con la cabeza.

—Me voy a casa.

—Esta es tu casa.

—Aquí estaba de paso. Me voy a casa, Pablo.

Arruga el entrecejo y se toca la barba, confundido.

—Explicáte porque no te entiendo —pide no queriendo entender, y cambiando su peso de pie, cada vez más nervioso.

—Vuelvo a mi casa. Con Sebastian —especifico para que no haya lugar a errores.

—¿Qué cojones estás diciendo, Nerea? —me clava la mirada y mueve la cabeza en un golpe seco.

—Voy a darle una oportunidad a mi matrimonio. Vuelvo con mi marido —entrelazo mis dedos de manera compulsiva.

—No estás hablando en serio. —Suelta una risa sarcástica. Me mira, se da cuenta de que sí lo hago y su semblante muta a uno desilusionado. Da un paso hasta mí y aprieta la mandíbula—. Dime que es una jodida broma —le mantengo la mirada— ¡Dime que no estás hablando en serio! —sube el tono como un millón de decibelios en una milésima de segundo.

Cierro los ojos y le pido que no grite.

—Es lo mejor.

—¿Es lo mejor para quién? ¿Para él? —levanta los brazos.

—No he tomado esta decisión pensando en él. —Y lo digo en serio. Tampoco la he tomado pensando en Pablo. Terminar la relación con el hombre desolado que tengo delante estaba decidido mucho antes de darme cuenta de que luchar por mi matrimonio es mi deber, no puedo darme por vencida tan pronto y tirar a la basura, y sin pelear, diez años de mi vida y todas las promesas que nos hicimos. No quiero deberle nada a nadie, ni siquiera a la vida.

—¿La tomas pensando en mí? —tuerce la boca en una sonrisa muy cínica.

—En parte sí, pero sobre todo en mí.

—¿Por ti, Nerea? ¿Por ti? ¿Quieres decir que serás feliz con él?

—Quiero intentarlo. Puedo explicártelo, pero dudo que lo puedas entender.

—No. En eso llevas razón. No entiendo una puta mierda de lo que dices ni de lo que haces. Me hablas de amor, prometes que me esperarás y, cuando vuelvo, te encuentro con las maletas hechas y preparada para volver con tu ex.

—Eso no es así.

—¿Me equivoco en algo? —me corta—. Por favor, si ves que estoy cometiendo un error, házmelo saber. Tal vez me esté volviendo loco —dice con sarcasmo.

—No sé nada de ti desde hace dos meses. Me prometiste que no volverías a

desaparecer y ni siquiera me has mandado un mensaje a excepción de esa carta con las entradas para el concierto —señalo el mueble—. ¿Qué pensabas? ¿Que me lanzaría a tus brazos cuando llegaras? Pero, ¿quién te crees que soy?

—¡Mi novia! ¡La mujer que amo! ¡Mi música, joder! —vocifera— ¡Eres la música que suena dentro de mí! —levanta los brazos.

No puedo negar que me afecta lo que dice, pero trato de centrarme y no perder la cabeza. Cuento hasta tres, cojo aire y me tranquilizo.

—Las cosas no son así.

—¿Y ya está? ¿Terminas con lo nuestro?

—Es lo mejor.

—Deja de decir eso —escupe con rabia.

—Pero es que es cierto.

—¿Por qué? ¿Ya no me quieres? ¿Es eso?

No dejaré de hacerlo mientras viva, pero me trago las palabras y no las digo. Mejor que piense que mis sentimientos han terminado y me deje marchar, o que se marche. Da lo mismo que lo mismo da.

—Quererse no lo es todo, con amarse no basta. No tenemos nada que ver. Eres muy joven y no buscamos lo mismo...

—Y no crees que yo pueda darte lo que necesitas —levanta la palma de la mano—. No me creo tu discurso ensayado —me corta.

—¡Es que no puedes! ¡Tienes veintisiete años, joder!

Introduce las dos manos entre su cabello y resopla.

—¡Mierda con mi edad! ¡¡Mierda con mi edad!! ¿Por qué te supone tanto problema que sea más joven que tú? —mueve las manos espasmódicamente.

—¡Porque lo es! ¡Tú y yo no buscamos lo mismo! —repito, tal vez para recordármelo a mí también. «Grábatelo a fuego, Nerea».

—Yo solo te busco a ti. Ese es el problema, que llevo buscándote desde que tengo recuerdos, soñando con regalarte mi vida, pero tú nunca te has planteado que yo formara parte de la tuya. Ni siquiera ahora.

—¿De qué estás hablando?

—De nada, ¿qué importa ya?

Mira en dirección al mueble y algo llama su atención. Coge el anillo que encontré el día que llegué aquí, lo mira y se lo pone.

—¿Es tuyo?

No contesta.

—Es tuyo —musito decepcionada, dándome cuenta de lo que significa—

Joder... —me tapo la cara con las dos manos—. También te acostabas con la anterior inquilina —lo miro y no lo niega—. Soy imbécil. Vete, Pablo —señalo la puerta—. Se acabó. Dejémoslo estar. Terminemos con lo que sea que tuvimos, quedémonos con los recuerdos bonitos y vivamos en paz.

—Yo no quiero vivir sin ti. ¿De qué me sirven los recuerdos si no te tengo? —camina hasta mí y le digo que se detenga. No quiero que se acerque. Si me toca, no sé si podré irme entera y sin llevarme un trozo de él.

—No me dejes, nena. —Suplica compungido. Termina con el paso que nos separa, me envuelve con los brazos y esconde la cara en el arco de mi cuello—. Podemos hacerlo funcionar —roza con sus labios mi piel desnuda.

—No lo hagas más difícil. —Ruego con el corazón encogido y una lágrima rodando por mi cara.

—No sé hacerlo de otra manera. —Posa las palmas de sus dos manos sobre mis mejillas y me mira, con su boca a un centímetro escaso de la mía—. No me pidas que me aleje de lo único que me importa en esta vida —siento su respiración sobre la mía—. Nena... —abandona un suave beso sobre mi labio inferior, pero no se lo devuelvo—. Sin ti mi música no suena.

Con esta última frase mi alma se resquebraja como un edificio cuando se viene abajo tras una explosión. Tengo dos opciones: abrazarlo con fuerza y no apartarme nunca más de él, o dejarlo vivir lejos de mí. Elijo la segunda. Tal vez no entendáis mis razones, son difíciles de explicar, hasta a mí me cuesta recordarlas a veces; sin embargo, no puedo olvidar los últimos diez años de mi vida, y no puedo ni quiero ser un lastre para Pablo. En esto se pueden resumir.

Tenso todos los músculos, lo empujo hacia atrás y lo aparto.

—Lo dices en serio. Se acabó. Tomas la decisión por los dos —deja caer los brazos, superado.

—Eres muy joven, algún día lo verás todo de otra manera y lo entenderás.

Se toca el puente de la nariz con dos dedos durante más de un minuto, meditando lo que acaba de escuchar.

—No lo haré y, ¿sabes qué? Que tú tampoco lo entenderás. Por mucho que lo pienses, aunque intentes convencerte... Llegará el momento en que te preguntes por qué dejaste que pasara esto, por qué no fuiste feliz cuando pudiste serlo.

Respiro y no digo nada.

—No te importa lo que yo piense —sigue—. No te importa lo que yo sienta. ¿Tú me has querido alguna vez? —intento callarme, pero me niego a

que se vaya pensando que no lo he amado.

—¡Por supuesto que sí!

—¡¡Tú no has sentido por mí una puta mierda!! —me sorprende la reacción— ¡¡Tú no me has querido en la vida!! —grita, encolerizado. Doy un paso hacia atrás y me aguanto las tremendas ganas de llorar—. ¿¡Sabes lo único que conseguirás!? ¡Destrozarnos, Nerea! ¡¡Nos destrozará!!

—¡Vete! —chillo— ¡Quiero que te vayas! ¿Cómo quieres que te lo diga? —trago con dificultad y aprieto la mandíbula. Se me rompe el corazón justo en el momento en que veo con mis propios ojos y a cámara muy lenta que hago añicos el suyo, pero no tengo más remedio que reaccionar así; Pablo necesita volar solo, y mi sentido del deber comienza a flaquear. ¿Lo nuestro podría funcionar? Unos meses tal vez, pero después...

Se frota la cara, el pelo, respira y... se da por vencido. No va a luchar más. Hasta aquí ha llegado nuestra historia.

—Esta bien. Me voy. Pero antes quiero que sepas lo que pienso, no quiero convencerte, solo... —suspira—. Lo nuestro es de verdad. Yo sé lo que siento por ti, lo que sientes por mí, lo que hemos vivido y que, si nos dieras una oportunidad, funcionaría. Lo que más me jode es que lo sabes, y por eso me cuesta entender tus razones.

—Yo...

—Déjame terminar y me iré. No volverás a verme. Algún día te darás cuenta de que estás equivocada y yo no estaré aquí, no tendrá solución porque... —se toca la frente—. Porque te culparé por habernos hecho infelices. —Gira sobre sus pasos y camina hasta la puerta. La abre, se detiene y mira hacia mí—. Solo espero no odiarte cuando eso ocurra. Porque ten la certeza de que ocurrirá.

Sale y cierra con fuerza. El ruido que causa la madera al chocar contra el marco me golpea el pecho y, ahora sí, lo que quedaba en pie de mi corazón se convierte en cenizas y rompo en un llanto devastador.

Adiós, amor.

Y... las estrellas dejaron de brillar.

Continuará...

EPÍLOGO

No sabría decir en qué momento me enamoré de ella. De lo que estoy seguro es que aquella tarde supe lo que se podía llegar a sentir por otra persona. Siempre he querido a Cristina, y lo que su hermana me removía por dentro... ni mi mejor amiga ni ninguna otra niña lo podía equiparar. Recuerdo que el sol de final de una tarde de verano se reflejaba en su cara y que una ligera brisa le removía el cabello, largo hasta la cintura. Yo me quedé embobado, mirándola como un tonto, ignorando el helado de vainilla que se derretía en mi mano.

—¿Qué miras, enano? —me preguntó sin dedicarme mucha atención, mientras seguía pintándose las uñas de los dedos de los pies, sentada sobre el porche trasero de la casa de sus padres. No pude ni contestar, cada vez que la tenía cerca, mi cuerpo se helaba, me quedaba como una estatua y solo sabía tartamudear. Levantó la mirada y sus ojos color caramelo se fundieron con los rayos del sol—. ¡Oye! Vete a jugar. No seas pesado —frunció el ceño y siguió a lo suyo. Por la radio sonaba una canción de las Spice Girls. Yo salí corriendo y, en el impulso, mi tan codiciado helado cayó al suelo. Me entraron unas enormes ganas de llorar, que aparté a un lado porque ella no me viera sollozar como un niño pequeño. Llegué hasta Cristina que me esperaba alzando al cielo mi balón, se lo quité y me senté sobre la hierba, enfurruñado.

—¡Dámelo! —movió las manitas en mi dirección—. Pablo, ¡tira!

—No tengo ganas de jugar —observé cómo Nerea entraba en la casa por la puerta de la cocina.

—Jopetas, ¿y qué hacemos entonces? —se cruzó de brazos y se sentó a mi lado—. ¿Ya te has comido tu helado?

—Se me ha caído al suelo.

—¿Y no has llorado? —se levantó y me apremió para que yo también lo hiciera—. Vamos a pedir otro a mi madre. Seguro que nos da más.

La seguí hasta la cocina con mi balón debajo del brazo y nos encontramos a Carmela y a Nerea hablando de las asignaturas que cogería el próximo curso en la universidad. Cristina las interrumpió y su madre, tan amable como siempre, nos sirvió helado y nos despidió con un beso en la frente a cada uno. Volvimos al patio a jugar y me senté debajo de la sombra del gran

árbol que tenían en el patio a comérmelo.

—Podemos jugar a tomar el té —propuso Cristina, chuperreteando el suyo hasta terminar con él.

—Yo ya soy mayor para eso —me enfadé.

Ella comenzó a reír y se tiró de espaldas sobre el suelo.

—¡Pero si eres más pequeño que yo! —me dio un golpe en la pierna y siguió carcajeándose. Ella ya había cumplido los nueve, yo los haría el próximo otoño.

—¡Déjame!

—Qué raro estás, ¿qué te pasa? —se incorporó y me miró enseñando su dentadura mellada.

Le di el último mordisco a mi helado y me puse de pie.

—Venga, vamos a jugar. Tú haces de portera.

—Jo. No quiero jugar a fútbol. Siempre ganas tú —hizo un puchero y se cruzó de brazos.

—Te doy cinco goles de ventaja.

Me dispuse a chutar y vi que Nerea salió de la casa con un cesto cargado de ropa y se puso a tenderla. Tiré en su dirección y, como siempre hacía, le di un golpe en el costado. Puse mi cara de niño bueno y salí corriendo hasta ella. Cristina llegó a mi lado con cara de circunstancia.

—Pablo, le has dado a mi hermana. Te la vas a cargar —dijo, moviendo las manitas de arriba abajo y muy deprisa. Nerea me asesinó con la mirada, yo me agaché a recoger el balón y me dediqué a aguantarlo debajo de mi brazo.

—Yo... lo siento. —En realidad no lo lamentaba en absoluto. Me encantaba molestarla, era la única manera de que me hiciera caso.

—¿Que lo sientes? ¡Es la tercera vez esta semana que me das un balonazo! Pero ¿tan mala puntería tienes?, ¿o es que lo haces queriendo? —gritaba como si Cruella de Vil (la mala malísima de 101 Dálmatas) se hubiera apoderado de ella. A mí no me gustaba que me mirase con tan mala cara, pero era eso o que no me mirara.

—Ya te ha dicho que lo siente —me defendió Cristina.

—Como no triunfes como futbolista, ya tienes que ser torpe. ¡No conozco a nadie que esté más tiempo con un balón en sus pies! De verdad, ¡iros de aquí y dejadme en paz!

—¿Se puede saber qué ocurre? —Carmela salió a intentar mediar, creo que harta de que nos tratara siempre a patadas.

—Me ha vuelto a dar con la pelota. Parece que lo hace a propósito —puso los brazos en jarra.

—Nerea, por favor. Sólo tiene nueve años y no conozco a ningún niño más noble que Pablo. Vamos, discúlpate —le ordenó.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué? Pero si ha sido él el que casi me tira al suelo. ¡Me podía haber dado en la cara! —se defendió, sin dar crédito a lo que su madre le pedía.

—Nerea —la avisó con una mirada de reprimenda de que hiciera lo que le decía o no saldría en días. Lo supe porque mi madre me miraba igual cuando me reñía.

—Siento haberte gritado, Pablito cara de... —Carmela abrió los ojos en señal de advertencia—, Pablo —rectificó—. Pero ten más cuidado la próxima vez —cruzó los brazos y levantó la barbilla.

Carmela nos invitó a entrar y a merendar galletas y zumo de naranja fresquito. Corrimos detrás de ella, nos sentamos frente al televisor y vimos dibujos mientras terminamos con la bandeja de dulces. Retozamos un rato tirados sobre el frío suelo panza arriba hasta que Cris propuso jugar al escondite. Le tocó a ella quedársela y yo salí dando brincos a esconderme en algún lugar de la planta de arriba. Escuché murmullos en la habitación de Nerea y pegué la oreja a la puerta entre abierta.

—No entiendo por qué te cae tan mal Pablito, es muy educado y simpático —dijo su amiga Carol.

—Eso lo dices porque no tienes que aguantarlo a todas horas —se quitó la camiseta que yo había manchado con el balón y pude ver, a través de la ranura de dos centímetros, su espalda desnuda. Se me abrió tanto la boca que tuve que apretar los dientes para encajar mi mandíbula en su sitio original.

—Pablo Pablito Cara de Pito babea por ti —repetía sin cesar Carol, metiéndose con ella—. Pablo quiere a Nerea. Pablo quiere a Nerea —canturreaba.

—¡Cállate ya! —la interpelada le tiró un cojín y se rió—. Vamos a llegar tarde. Levántate o perderemos el autobús.

—No puedes negar que ese niño tiene toda la pinta de convertirse, en unos años, en un *quemabragas* —no entendí lo que quiso decir, yo no quería quemar nada.

—Es mono —cogió su bolso, metió el móvil dentro (un Alcatel verde manzana) y lo cerró.

—No es mono. Es guapo. Y dentro de unos años lo podremos comprobar.

—Se levantaron y caminaron hasta la puerta.

Salí corriendo escaleras abajo para que no pudieran verme. Cristina me vio y empezó a gritar que me había pillado y que esta vez me la quedaba yo.

—¡Mamá, me voy! —gritó Nerea, esperando una contestación que no llegó—. ¡Mamá! —repitió a un par de metros de mí.

—Papá está a punto de llegar, os puede llevar —salió de la cocina con un trapo en las manos.

—No te preocupes, cogeremos el autobús —le dio un beso a modo de despedida.

—A las once aquí, ni un minuto más.

—Mamá, tengo diecisiete años. Este año voy a la universidad.

—Me parece genial. Cuando vivas sola, harás lo que te plazca, mientras... a las once en casa —repitió como si nada. Vi que puso los ojos en blanco y suspiró—. ¡Pablo, cariño! —escuché mi nombre y di dos pasitos hasta ponerme frente a Carmela.

—Deja a Pablo en su casa. Su madre os está esperando —le pidió a su hija, que no disimuló la cara de desagrado.

—¡Mamá...! —se quejó.

—Ni una palabra. Sólo son tres casas más abajo.

Caminamos por la acera, Carol y ella delante, hablando sobre los chicos con los que habían quedado, y yo dándoles patadas al balón un poco más atrás. Vivíamos a las afueras de Madrid, en una zona residencial donde casi todas las edificaciones eran casas bajas. No conocía a todo el mundo, pero casi. La señora Weisberger, una anciana estadounidense que, según mi madre, decidió, hace un par de años, mudarse aquí con su marido a pasar el resto de sus días bajo el sol de España, me removió el pelo con la mano de una manera muy cariñosa cuando pasé por su lado y me recordó que cuando el sol desapareciera tenía que volver a regar el césped de su jardín.

—Pablito, deja ya el baloncito, anda —me reprendió, Nerea, cansada de escuchar el sonido de la goma botar. Lo cogió y lo aguantó con una mano—. Vas a golpear a alguien.

—Yo sólo doy donde quiero —contesté a la defensiva, levantando el mentón sin amilanarme, y quitándoselo.

Me miró, extrañada por lo que había dicho, y mis ojos azules se encontraron con los suyos, que sonreían sin poder evitarlo.

—¿Qué has dicho? —me preguntó, analizando mi frase.

—Que donde pongo el ojo, pongo la pelota —me hice el chulo, cosa que a mis casi nueve años no se me daba nada mal.

Las sorprendí con mi respuesta.

—Mira el niño mono. Si tiene coraje y todo —apuntó Carol.

La que a partir de ese día me robó el sueño durante un tiempo, sonrió páfida.

—Seguro, niñato. A ver... dale a aquello —me retó, señalando una señal de prohibido el paso que estaba detrás de mí, al otro lado de la calle.

—Estás loca. Está demasiado lejos. Déjalo en paz —pidió Carol.

—Vale. Si le doy, ¿qué me das? —respondí, subiendo el mentón.

—Nada, imbécil. Si crees que no le puedes dar... —intentó picarme, pero yo estaba acostumbrado a que mis primos mayores me trataran así y sabía muy bien cómo responder.

—No te atreves a apostarte nada porque sabes que no voy a fallar.

—Chapó por Pablito —se rió su amiga.

—Venga, va. ¿Qué quieres si lo consigues?

—Un beso —respondí rápido y seguro.

Las dos comenzaron a reír a carcajadas y yo me sentí mucho más pequeño, sin embargo, traté de esconder mi vergüenza y ahuyenté mis ganas de llorar.

—No te daría un beso ni aunque te convirtieras en el príncipe de mis sueños —casi terminó de hundirme, pero no lo permití.

—No te atreves... —la desafié.

—De acuerdo —cayó en mi trampa antes de darse cuenta. Cuando lo hizo, fue demasiado tarde para echarse atrás.

Puse el balón en el suelo, lo moví unos centímetros con la planta del pie hacia un lado, buscando la dirección correcta, lo miré, divisé la señal y, en unos segundos, lo golpeé con fuerza y determinación. Los tres seguimos su trayectoria y... ¡Pum! Justo en el centro de la diana. La escuché resoplar y abrir los ojos sorprendida. Carol la observó con la sonrisilla floja y yo salí corriendo a recoger mi balón, mi bien máspreciado hasta aquel momento. Aún no me había enamorado de la música.

—Ahora tienes que darle un besito —su amiga se reía de ella a la vez que yo volvía a su lado.

Bufó y respiró hondo, musitando que ella solita se lo había buscado.

La miré sonriente y me limpié la cara con la tela de mi camiseta, esperando que uniera su boca con mi mejilla. Me puse casi frenético cuando la vi agacharse y acercarse a mí. La sonrisa se me borró en cuanto sus labios,

suaves y templados, se pegaron a mi mejilla y noté su respiración rozar mi piel. Me la quedé mirando durante más segundos de los que me hubiera gustado, pues las dos me observaron antes de echarse a reír.

—¡Pablo! —escuché a mi madre gritar desde la puerta de casa— ¡Pablo! —miré en su dirección y salí corriendo hacia allí sin echar la vista atrás. Estaba avergonzado, pero feliz. Me abracé a ella y me dio un beso en la sien—. Gracias por acercarlo, Nerea.

—De nada —contestó, mientras mi madre me acariciaba el pelo y yo la veía desaparecer.

Creo que la quiero desde entonces, desde ese día, desde ese beso. Poco después se fue a la universidad y solo la vi en contadas ocasiones. Yo también me puse a estudiar y unos años más tarde nos trasladamos a Londres. La olvidé, o eso pensaba hasta que la volví a encontrar hace unos meses.

—Disculpe, señor. Ya hemos terminado. Está todo tal y como nos ha indicado —el técnico me da el papel impreso que unas horas antes le he entregado y me invita a que lo acompañe para comprobar que el encargo lo ha realizado bien.

Miro al techo y un montón de luces hechas con fibra óptica brillan como si fuera el firmamento.

—Están las constelaciones que nos ha pedido —señala hacia arriba. Yo asiento con la cabeza sin encontrarlas, confiando en su palabra.

—Gracias, es un gran trabajo —estrecho la mano de los dos trabajadores que me han hecho el favor de venir con tan poco tiempo de antelación.

Los despido en la puerta y les pago con varios billetes de cien euros. Cojo el móvil y envío un mensaje a Cristina, avisándola de que ya pueden regresar. Me llama «imbécil perdido» y bromea diciéndome que Nerea se ha enrollado con Jon Kortajanera y no piensa volver, que se casarán y tendrán hijos preciosos a los que llamarán JJ (por Jon Junior) y que serán tan guapos y estilosos como su padre. La mando a tomar viento fresco y dejo el móvil sobre la mesa del salón. Entro de nuevo en la habitación y miro las lucecitas que alumbran cada rincón.

—Nerea, aquí tienes tus estrellas —musito emocionado, con el corazón latiendo desbocado en mi interior.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi marido, Dani, por su apoyo incondicional, sus ánimos y por cuidar de nosotras como lo hace.

Gracias a mis padres por estar siempre a mi lado, apoyándome y alentándome a seguir.

Gracias a mis amigas por escucharme, por sus consejos y opiniones, por acudir siempre a mi llamada de auxilio, por esos cafés que saben a gloria y renuevan el alma.

Gracias a mis lectoras y lectores, por sus mensajes, por leerme, por emocionarse y sentir cada personaje muy dentro del corazón.

Y gracias a Vero por estar siempre para todo y ser amiga antes que editora.

ESTRELLA CORREA



Estrella Correa nace en Chucena, realiza estudios de Derecho y Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva, casada y con una hija, actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento.

Después de la excelente aceptación de su trilogía Clamores de Juventud: “Un gin-tonic, favor” (febrero, 2017), “Bésame, por favor” (julio, 2017) y “Quédate conmigo, por favor” (diciembre, 2017); publica la primera parte de la bilogía Las Estrellas: “Nerea y las estrellas” (junio 2018).

Fotografía realizada por SENDER GODOY